3 1761 08166229 8

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO IV NÚM. XLVI

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

OCTUBRE—1892

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

463617
6. 47

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 4
no. 46-48

SE OYE RUIDO

Le advierto á V., *barín*—dijo Yermolai entrando en mi *isba* (después de comer me había tumbado en mi lecho de campaña, para descansar de una cacería afortunada, pero fatigosa, de gallos silvestres, dada en el mes de Julio con un calor asfixiante)—le advierto á V. que ya no tenemos munición de plomo.

Salté de la cama, exclamando:

—¡Cómo! ¿Ya no hay perdigones? ¡Pues si habíamos traído cerca de treinta libras, un saco grande!

—Es verdad, el saco era grande, con plomo para quince días. Pero, ¿quién puede preverlo todo? Quizá tuviese algún agujero en el fondo, ó haya pasado cualquiera otra cosa: lo cierto es que apenas hay munición para diez tiros.

—¿Y qué haremos, entonces? Aún no hemos ojeado los mejores pueslos. Mañana han prometido venir lo menos seis compañeros de caza.

—Pues bien, mándeme V. que me vaya á Tula. No está lejos de aquí: cuarenta *verstas* á lo sumo. Iré y volveré como una exhalación, y traeré plomo; si V. quiere, aunque sea un *pud* entero (1).

—Pero, ¿cuándo irás?

—Ahora mismo. ¿Qué necesidad hay de esperar? Sólo será preciso alquilar caballos.

—¡Cómo alquilar! Pues, ¿y los nuestros?

—No pueden servirnos. El caballo de varas cojea que es un horror.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace poco. El cochero lo llevó á herrar y lo ha traído cojo. Sin duda, el albéitar era un asno. Ahora no puede poner en el suelo uno de los cascos delanteros; tiene al aire la mano, como un perro de muestra.

(1) *Pud*, medida de peso equivalente á cuarenta libras.

—¿Y no lo han desherrado?

—No; pero habrá que hacerlo, pues el clavo le ha entrado en la carne.

Hice llamar al cochero, quien afirmó que Yermolai había dicho la verdad. Hice desherrar el caballo y que le metiesen la pata en greda húmeda.

—Vamos, ¿hay que alquilar caballos para ir á Tula?—preguntó de nuevo Yermolai.

—Pero, ¿será posible encontrar caballos en semejante agujero?—exclamé con despecho.

La aldea donde habíamos parado era de las más miserables. Sus moradores parecían muertos de hambre. Gran trabajo nos costó hallar una *isba,* no ya blanca, es decir con chimenea para dar salida al humo, sino por lo menos lo suficientemente grande para caber en ella nosotros.

—Es posible—contestó Yermolai con su acostumbrada flema.—Juzga V. bien este villorrio; y, sin embargo, aquí vivió un campesino muy rico y muy listo, el cual tenía nueve caballos. Ya ha muerto, y ahora todo lo dirige el hijo mayor. Este hijo es tonto de capirote, pero aún no ha tenido tiempo de dar al traste con todos los bienes que dejó su padre. En su casa encontraremos caballos. ¿Quiere V. que se los traiga? Tiene unos hermanos que se sorben los vientos de listos; y, no obstante, él es quien está á la cabeza de ellos.

—¿Y por qué?

—Porque es el mayor de todos. Si eres más joven, sométete...

Y aquí soltó Yermolai una expresión muy enérgica, pero que no puede escribirse.

—Lo traeré. Es un inocente. Se le pueden dar mil vueltas.

Mientras que Yermolai iba en busca del inocente, me pregunté á mí mismo si no haría mejor en irme á Tula. En primer término, aleccionado por la experiencia, Yermolai me inspiraba poquísima confianza: una vez le mandé á la ciudad para que me hiciese unas compras, me juró no dejar de hacer en el día todas mis comisiones; regresó al cabo de una semana, después de haberse bebido todo mi dinero en la taberna, y volvió á pié habiendo salido en un *drochki.* En segundo lugar, conocía yo en Tula á un chalán, y pensaba poder comprarle un caballo para reemplazar al de veras.

—Cosa hecha—dije para mí;—tanto más, cuanto que podré dormir en el camino, porque mi *tarantas* no traquetea demasiado el cuerpo.

—Aquí está—exclamó un cuarto de hora después Yermolai, entrando bulliciosamente en la *isba.*

Seguíale un labriego de gran estatura, vestido con camisa blanca, anchos pantalones de lienzo azul, y

laptis (calzado de madera de álamo blanco). La roja barbilla acabada en punta, los ojos adormilados, la nariz grande y abotagada, dábanle en efecto el aire de un inocente.

—Tiene los caballos—dijo Yermolai—y está conforme con todo.

—Es decir...—dijo el aldeano con voz ronca y vacilante, echando atrás los cabellos y deslizando los dedos por el borde de la gorra puesta delante del pecho—yo... es decir...

—¿Cómo te llamas?—le pregunté.

El aldeano bajó la vista, se quedó pensativo al parecer, y repitió:

—¿Cómo me llamo?

—Sí. ¿Cuál es tu nombre?

—Tengo un nombre... Me llamo Filofei.

—Pues bien, oye de lo que se trata, hermano Filofei: me han dicho que tienes caballos. Tráenos tres, los engancharemos en mi *tarantas,* que es ligera, y vámonos á Tula. Hace fresco y luna clara. ¿Qué tal es el camino?

—¿El camino? A pedir de boca. No hay más que veinte *verstas* de aquí á la carretera. Sólo un trocito no es bueno. Lo demás, bien.

—¿Qué trocito es ese?

—Un vado que hay que pasar.

—Pero, *barín*—interrumpió Yermolai—¿es que va á ir á Tula V. mismo?

—¡Sí, yo mismo!

—¡Vamos, bien!—dijo mi fiel servidor, meneando la cabeza.

Y salió dando un portazo de despecho. Ya no le interesaba ni pizca el viaje á Tula.

—¿Conoces bien el camino?—pregunté á Filofei.

—¿Cómo no conocer el camino? Hágase la voluntad de V.... Sin embargo, sin más ni más, no puedo... así...

Yermolai se había limitado á decirle: «Estáte tranquilo; se te pagará, imbécil.» Por imbécil que fuese Filofei, no podía contentarse con tal promesa. Me pidió cincuenta *rublos,* le ofrecí diez, y nos pusimos á regatear. Yermolai, que acababa de entrar otra vez, quiso convencerme de que ese imbécil... («le gusta la palabra» dijo Filofei en voz baja) no sabía contar el dinero. Con ese motivo me recordó que una posada, construida por mi madre hace veinte años en un sitio de mucho tránsito en el cruce de dos carreteras, acabó por arruinarse, porque un antiguo criado, á quien se le había hecho posadero, ignoraba realmente el valor de las monedas y las apreciaba por el número de ellas, dando (por ejemplo) *un rublo* de plata por *seis copecks* de cobre, á la vez que trataba de ladrones á los caminantes á quienes albergaba.

—Eres un verdadero Filofei— exclamó al cabo Yermolai, quien salió dando un portazo.

Filofei no respondió nada, como si conviniese en su interior en que no era nada decente eso de llamarse Filofei, por más que el verdadero culpable de esto fué el *pope*, á quien no se le había pagado con bastante largueza el día del bautizo.

Al fin convinimos en veinte rublos. Fué en busca de los caballos, y bien pronto trajo cinco para elegir. Eran unas bestias bastante buenas, por más que las crines y colas estuvieran endemoniadamente enmarañadas y tuvieran la barriga más grande que un bombo. Filofei regresó acompañado por dos de sus hermanos, que, en efecto, no se le asemejaban en nada. De breve estatura, cuadrados de hombros, con la nariz puntiaguda y los ojos negros, tenían de veras (según dijo Yermolai) facha de sorberse los vientos de puro listos. Charlaban mucho, pero no dejaban de obedecer al mayor. Hubieran querido enganchar en varas el caballo gris, diciendo que éste bajaba muy bien la montaña. Pero Filofei opinó por el de la cabeza peluda, y el de la cabeza peluda fué el que pusieron en las varas.

Atiborraron de heno el *tarantas* y metieron allí las colleras de mi caballo cojo, para probárselas al que comprase en Tula. Filofei, que había tenido tiempo de ir corriendo á su casa, volvió de ella con una larga hopalanda que había pertenecido á su padre, un sombrero en punta y unas grandes botas embreadas. Luego se instaló con solemnidad en el pescante. Yo también tomé asiento y miré el reloj: eran las diez y cuarto. Yermolai ni siquiera se dignó desearme feliz viaje, y se puso á maltratar al perro. Filofei agitó las riendas, como un campanero las cuerdas de las campanas, y gritó con voz de falsete: «¡A escape, chiquitos!» Sus dos hermanos echaron á correr cada uno por un lado, pegando en el vientre á los caballos á la carrera. Movióse el *tarantas* y salió del patio á la calle; el de la cabeza peluda quiso ir á la querencia de la cuadra, pero Filofei le hizo entrar en razones con algunos latigazos, y cátanos ya fuera del lugarejo, rodando por un camino bastante llano, festoneado por frondosos avellanos.

La noche era suave y tranquila, una verdadera noche de viaje. Soplaba á ratos un vientecillo ligero que meneaba las ramas, y aquietábase en seguida. Inmóviles en el cielo estaban unas nubecitas plateadas, y la luna iluminaba fuertemente desde el zenit todos los objetos. Me tendí en el heno, é iba ya

á dormirme cuando me vino á la memoria el «trocito que no es bueno».

—¡Eh, Filofei! ¿Falta mucho de aquí al vado?

—Ocho *verstas*.

Ocho verstas (pensé): aún tardaremos más de una hora en llegar á él. Tengo tiempo de dormir.

—¡Filofei! De veras, ¿conoces el camino?

—¡Pues no lo he de conocer! Si fuese la primera vez...

Sin duda debió de añadir alguna otra cosa, pero no le oí: estaba dormido.

La intención de despertarme al cabo de una hora no fué, cual suele suceder á veces, lo que me despertó; sino un débil pero extraño chapoteo junto á mis oídos. Levanté la cabeza.

¿Qué diablos es? Estoy tumbado en el *tarantas*, y junto á los bordes del carruaje se extiende una gran sábana de agua, rizada y temblorosa á la luz de la luna. Miro adelante: Filofei está inmóvil como una estatua, con la cabeza inclinada y el torso doblado, en el pescante; y más léjos, por encima del agua murmuradora, la línea oblicua de la *duga* con las cabezas y los cuellos de los caballos. Y todo en silencio, como en los cuentos de hadas.

¿Qué demonio pasa? Me vuelvo para mirar atrás: estamos en medio del río, la orilla dista treinta pasos de nosotros.

—¡Filofei!—exclamé.

—¿Qué se ofrece?—contestó.

—¿Cómo que se ofrece? ¿Dónde estamos?

—¡En el río!

—Ya lo veo; pero, vamos á ahogarnos. ¿Es así como pasas el vado?... Estás durmiendo, Filofei; contesta.

—Me equivoqué unas miajas—dijo al fin mi cochero.—¡Por mis pecados! me torcí demasiado á la izquierda. Ahora hay que aguardar.

—¡Cómo es eso de aguardar! ¿El qué?

—Es preciso que se oriente el de de la cabeza peluda; y á la parte donde se decida, habrá que ir allí.

Me incorporé sobre el montón de heno. La cabeza del caballo de varas no hacía ningún movimiento sobre el agua; todo cuanto podía verse al clarísimo fulgor de la luna, era que una de sus orejas se movía con lentitud, tan pronto adelante como atrás.

—¿Pero, también duerme tu cabeza peluda?

—No, *barín;* está ocupado en husmear el agua.

Y todo volvió á quedar en silencio. No se oía más que el leve rumor de la corriente. ¡Aquella luna, aquella noche, aquel río y nosotros den-

tro!... Acabé por quedarme petrificado.

—¿Qué son esos silbidos?—pregunté á Filofei.

—Serán crías de ánade, entre los juncales; ó tal vez culebras.

De pronto se agitó con violencia la cabeza del caballo de varas, irguió las orejas, resopló con ruido...

—¡Ohó, ohó!—prorrumpió Filofei á grito pelado; y levantándose cuan largo era, hizo eses con la tralla del látigo. En seguida se vió el *tarantas* como arrancado y lanzado adelante á través de las ondas; luego avanzó, zangoloteándose á diestro y siniestro. En los primeros instantes me pareció que aún bajábamos más; pero tras de vaivenes y zambullidas, de pronto pareció bajar el nivel del agua, que continuó huyendo mientras el *tarantas* sobresalía más cada vez de la superficie líquida. Al fin aparecieron de repente las colas de los caballos y las ruedas del coche; hasta que, por último, levantando grandes haces líquidos que se esparcían trocados en diamantes... no, en zafiros... á la azulada luz de la luna, los caballos nos llevaron de un tirón á la ribera arenosa y siguieron por la cuesta del camino, braceando con elegancia y á compás los mojados y relucientes cascos.

Pues bien, ocurrióseme entonces, si irá Filofei á decirme: ¿No ve V. cómo tengo razón? ó cualquiera otra cosa parecida. Pero no dijo ni una sola palabra. Por eso no me creí en el caso de reprenderle por su torpeza; y habiéndome agazapado otra vez en el heno, traté de conciliar el sueño nuevamente.

Sin embargo, no me pude dormir; y no porque no me sintiera bastante fatigado de la cacería ó porque la inquietud me mantuviese aún abiertos los ojos, sino porque el país que recorríamos era en verdad demasiado hermoso para dejar de contemplarlo. Eran unas praderas que se perdían de vista, pingües, lozanas, espesas, entrecortadas por multitud de laguitos, charcas, arroyuelos y esas caletas circulares procedentes del deshielo, cuyos bordes están cubiertos de alisos y sauces; esos prados «libres y ricos» como los llama el pueblo ruso, de los cuales hablan ya nuestras antiguas leyendas, á propósito de los valientes del ciclo de Kieff, de los compañeros de Wladimiro, el gran Kniaz esclavo, los cuales iban allí á cazar «los blancos cisnes y las grises ocas». El camino, muy hollado, desplegábase ante nosotros como una cinta ondulante. Los caballos corrían alegremente. Y yo miraba sin apartar los ojos. ¡Era tan grande la suavidad y la armonía con que todo aquello se deslizaba ante nuestra

vista, bajo la luna «amiga!» El mismo Filofei se conmovió.

—Estas praderas—dijo, volviéndose hacia mí—llevan entre nosotros el nombre de San Jorge, y más lejos comienzan las praderas de los Antiguos Grandes-Duques. No las hay como ellas en toda Rusia. ¡Son tan hermosas!

En este momento estornudó el caballo de la cabeza peluda.

—¡Dios te asista!—dijo en seguida Filofei, con voz grave y baja. —¡Son tan hermosas—repitió, dando un profundo suspiro.—Pronto llegará la corta del heno, y es increíble lo de montones de heno que se harán aquí. ¡Y qué de pesca en todos estos lagos, con unos peces tan gordos! Baste una palabra: el hombre que viva aquí no necesita morirse.

Y levantó de pronto la mano.

—Diga V., mire allá, por encima del agua. ¿No es una garza real? ¿Cogerá peces hasta por la noche?

Luego se echó á reir.

—¡Qué tonto soy! ¿Pues no he tomado una rama por una garza real? La luna nos engaña siempre.

Rodamos largo tiempo á través de aquellas praderas, mas al fin cesaron. Aparecieron unos bosquecillos, después campos cultivados; más adelante dejóse adivinar por dos ó tres puntos de fuego una aldea lejana. Ya no faltaban más que cinco *verstas* para llegar á la carretera. Me dormí.

Otra vez me desperté, y no por mí mismo, sino por la voz de Filofei:

—*¡Barín, barín!*

Me levanté; el *tarantas* se hallaba parado en medio de la carretera, en una llanura enteramente plana. Volviéndose hacia mí desde el pescante, y con los ojos muy abiertos (no me había imaginado que fueran tan grandes), murmuraba con voz misteriosa:

—Se oye ruido...

—¿Qué dices?

—Digo, *barín*, que se oye ruido. Asómese y escuche... ¿Oye V.?

Saqué la cabeza del *tarantas*, contuve el aliento, y oí efectivamente lejos, muy lejos, detrás de nosotros, como un ruido débil y con intermitencias de ruedas que rodasen.

—¿Oye V.?—repitió Filofei.

—Sí—repliqué;—es un carruaje cualquiera.

—Pero, ¿no oye V. allá ahora unos cacasbeles... y alguien que silba?... Quítese el gorro y oirá V. mejor.

No me quité el gorro, pero agucé el oído.

—Es verdad. Pero, ¿qué consecuencia sacas de eso?

Filofei se volvió hacia los caballos y recogió riendas.

—Es una *telega*... sin carga, y las ruedas tienen llantas de hierro. Son malas gentes, *barín*. Hay malos lances en los alrededores de Tula.

—¡Qué locura! ¿Por qué supones que son malas gentes?

—Vaya, no me engaño. Cascabeles, una *telega* vacía y gente que silba... ¿Qué puede ser?

—¿Falta aún mucho desde aquí á Tula?

—¡Quince *verstas*, y no hay ni una casa!

—Pues bien; vuela, y no remolonees.

Filofei hizo restallar el látigo, y el *tarantas* echó á rodar otra vez.

Sin embargo de no dar crédito á los dichos de Filofei, no pude volver á dormirme, pensando: «¿Y si no obstante lo fueran?...»

Tuve una sensación desagradable. Permanecí sentado en el *tarantas*, y me puse á mirar á derecha é izquierda. Durante mi sueño habíase formado una ligera neblina, no sobre el suelo, sino á la altura de las nubes, y la luna parecía colgar dentro de ella, como una mancha blanquizca. Veíase un poco más claro abajo; pero, sin embargo, todo parecía deslucido y pálido. ¡Tristes lugares los que atravesábamos! Campos y más campos, y algunas quebradas llenas de malezas, y vuelta á los campos, casi todos en barbecho, sembrados apenas de algunas malas hierbas. Todo estaba vacío, muerto; ni siquiera una codorniz que cantase.

Caminamos así durante media hora. Filofei no cesaba de excitar á los caballos; pero ni él ni yo pronunciábamos una sola palabra. Al llegar á lo alto de una pequeña colina, Filofei detuvo los caballos:

—¡Se oye ruido, *barín*, se oye ruido!

Me asomé afuera del *tarantas*, pero hubiese podido permanecer debajo de la capota; tan claros llegaban hasta mí, aunque lejanos todavía, el ruido de las ruedas de una *telega*, los silbidos de varios hombres, el cascabeleo de las colleras y hasta el redoblado golpear de los cascos de los caballos sobre el suelo del camino. Hasta me pareció oir cantares y risas. Verdad es que el viento venía de allá abajo; pero, sin duda alguna, los desconocidos viajeros habían adelantado hacia nosotros una ó quizá dos *verstas*.

Filofei y yo nos miramos; se caló la gorra hasta los ojos, y apretando las riendas la emprendió á latigazos con los caballos. Sus tres bestias arrancaron á galope; mas no pudieron sostener mucho tiempo ese paso, y acortaron hasta convertirlo en trote, á pesar de los esfuerzos de Filofei y de los golpes que llovían.

No habiendo participado al prin-

cipio de las sospechas de Filofei, no hubiese podido decir por qué me sentí de pronto convencido de que, en efecto, nos seguían malas gentes. Continuaban los mismos ruidos, los mismos cascabeles, los mismos silbidos, pero ya no dudaba; Filofei no podía equivocarse.

Aún pasaron veinte minutos, y entre el estruendo del *tarantas,* á todo escape, oíamos ya el ruido del otro carruaje.

—Para, Filofei—dije.—Hay que concluir.

Filofei soltó un «soo» quejumbroso, y los caballos detuviéronse al punto, satisfechos de tomar descanso.

¡Gran Dios! Los cascabeles repiquetean á nuestra espalda; unos hombres gritan, silban y cantan. La *telega* arma un estrépito de hierros, los caballos resoplan y golpean el suelo con los cascos.

Nos alcanzaron.

—¡Qué desgracia!—murmuró Filofei.

Iban á poner de nuevo el tiro en marcha cuando, de repente y con estrépito espantoso, pasó junto á nosotros como un torbellino una gran *telega* con tres caballos trasijados; y á pesar de ir á todo galope, pararon bruscamente en firme delante de nuestro coche para ponerse al paso de andadura.

—¡Verdadero estilo de salteadores!—balbuceó Filofei.

Confieso que se me encogió el corazón dentro del pecho, y miré con dificultad á través de aquella bruma confusa. Delante de nosotros veíanse dentro de la *telega* seis hombres con blusa roja, con el *armiak* sobre los hombros, sentados unos, otros tumbados; dos de ellos iban sin gorra. Fuera de la *telega* colgaban unas piernas con grandes botas; había manos que se alzaban y bajaban con desorden. Con toda evidencia, aquellos hombres iban borrachos. Unos cantaban hasta desgañitarse; uno de ellos daba silbidos claros y penetrantes; otro juraba como un energúmeno. En el asiento delantero erguíase, riendas en mano, una especie de gigante vestido con un chaquetón de piel de carnero. Iban al paso, y no parecían prestarnos la más mínima atención.

¿Qué hacer? Los seguimos, también al paso. Durante un cuarto de *versta* marchamos de ese modo. La ansiedad era angustiosa. Imposible huir ni defenderse. Eran seis, y yo ni siquiera tenía un garrote. Si volvíamos atrás, nos alcanzarían en un abrir y cerrar de ojos. Vínome á la memoria un verso de nuestro poeta Jukowski, allí donde habla del asesinato del mariscal Kamenski:

«El hacha de un vil bandido»,

ó bien te aprietan el pescuezo con una cuerda fangosa, y te tiran al hoyo y agoniza con estertores de borrachera, como una liebre cazada con lazo...

¡Horror! Y continúan caminando al paso y sin fijarse en nosotros, al parecer.

—Filofei—le dije en voz baja—trata de tomar un poco á la derecha, como si quisieses tomarles la delantera.

Filofei lo intentó y tomó á la derecha, pero los otros también tomaron por la derecha. Imposible adelantarles.

Filofei hizo otro intento y tomó á la izquierda; pero asimismo se nos atravesaron en el camino, y hasta hubo risas dentro de la *telega*.

—Verdaderos ladrones de caminos—me dijo quedo Filofei.

—¿Pues á qué aguardan?—dije también en voz baja.

—¿Ve V. delante de nosotros, en esa hondonada, aquel puentecillo sobre el arroyo? Pues bien; allí, ellos y nosotros... siempre dan sus golpes de mano junto á los puentes. *Barín*—añadió, suspirando—nuestro negocio no puede ser más claro. No nos dejarán vivos, porque su cuidado principal es que no quede un gallo para cantar. Sólo siento una cosa, *barín*, y es, que mi pobre *troika* (1) me huele á socarrina. Ni siquiera la heredarán mis hermanos.

Si no hubiera pensado en mí mismo, me hubiera asombrado que en tales momentos pudiera Filofei pensar en sus caballos.

—Me matarán. Pero, ¿por qué? Yo les daría todo lo que tengo...

Nos acercábamos al puentecillo, que cada vez era más visible. De pronto resonó un grito penetrante; la *telega* pareció lanzarse de un vuelo como un ave, y al llegar cerca del puente se detuvo de un modo repentino, un poco á un lado de la carretera:

—¡Ah, sí! No podía ser más clara nuestra situación.

—¡Hermano Filofei—le dije—vamos juntos á la muerte. Perdóname el haber causado tu perdición.

—¿Qué falta has cometido, *barín?* ¿Es que puede nadie evitar su suerte? Vamos, cabeza peluda, mi buen caballo fiel, anda adelante, hermano. Préstame el último servicio. ¡Sea con nosotros la gracia de Dios!

Puso su *troika* al trote; comenzamos á acercarnos al puente y á aquella terrible *telega* que nos esperaba inmóvil. Todo era silencio en ella; nada se movía. Así hacen el sollo, el gavilán, todos los animales de rapiña, cuando la víctima se acerca. Ya estamos enfilados con la *telega*. El gigante con pelliza sal-

(1) Tiro de tres caballos en fila á lo largo.

ta de su asiento y viene derecho hacia nosotros. No dice una palabra á Filofei. Pero éste, por propio impulso, tiró de las riendas y se detuvo el *tarantas*. El gigante puso ambas manos en la portezuela, é inclinando hacia adelante su cabezota melenuda y marcando una sonrisa afectada, pronunció el siguiente discursito, con esa voz chocarrera y aflautada de los obreros de fábricas en Rusia:

«Respetable señor: salimos de un honrado festín, de una cenita de boda; acabamos de casar á uno de nuestros mozos; y tantos festejos le hemos hecho, que se ha quedado tendido en tierra. Todos somos unos jóvenes calaveras, unas cabezas calientes; hemos bebido hasta más no poder, pero ya no tenemos con qué tomar la colambre ó la mañana y matar el gusanillo. ¿No tendría V. la gran generosidad..., no nos haría V. la merced de alargarnos un poquillo de dinero... sólo para que hubiera una botella por barba? Las beberíamos á la salud de vuestro honor. Pero si no quiere V. hacernos ese favor, entonces, ¡á fe mía! no se enfade V. si...»

—¿Qué quiere decir esto?—pensé.—¿Es un sarcasmo, una burla?

El gigante continuaba de pié junto al *tarantas*. En aquel momento la luna se abrió paso entre la niebla, y le iluminó de lleno la cara. Todo sonreía en aquel rostro, los ojos, los labios; no había ninguna amenaza, sino yo no sé qué extraña espera. Y luego, sus dientes tan blancos, tan largos...

—¿Yo? Con mucho gusto—exclamé. Y sacando el portamonedas, tomé de él dos *rublos* de plata (por aquel entonces aún se veían en Rusia).—Tome V. ¿Basta con eso?

—¡Muchas gracias!—gritó el gigante al estilo de los soldados.

Y sus grandes dedos me arrancaron en seguida, no todo el portamonedas (como yo esperaba), sino tan sólo los dos *rublos* ofrecidos.

—¡Muchas gracias!

Sacudió las melenas y se fué corriendo á la *telega*.

—¡Muchachos—gritó—el señor viajero os obsequia con dos *rublos!*

Sus camaradas le respondieron con un *hurra* general. El coloso se acomodó en el pescante suyo.

—¡Hasta otra vista!

Y no hubo más que decir. Los caballos partieron como flechas, la *telega* subió á escape la cuesta, dibujóse un momento sobre la oscura línea que separaba el cielo de la tierra, y desapareció...

Ya no más gritos ni cascabeles; ningún ruido, un silencio de muerte.

Antes de que Filofei y yo nos repusiéramos de la sorpresa, transcurrieron unos instantes.

—¡Ah, que picarón de muchacho!—dijo al fin; y quitándose el sombrero, se puso á persignarse.—Es gracioso de veras—añadió, volviéndose hacia mí con el rostro radiente de alegría.—Y también debe de ser un buen hombre. Vamos, vamos, amiguitos, mucha prisa; nada os pasará, no le sucederá nada á nadie. Y él era quien, sin embargo, no nos dejaba pasar; él era quien tenía las riendas. ¡Picarón de muchacho! ¡Arre, arre! ¡Adelante!

Yo no hablaba nada, pero también sentía cierto bienestar. No le sucederá nada á nadie—repetí asimismo...—y no nos ha salido caro. Hasta tuve un poquillo de vergüenza por haberme acordado del verso de Jukowski. Vínoseme una idea á la cabeza, y exclamé:

—¿Filofei?

—Qué.

—¿Eres casado?

—Sí, estoy casado.

—¿Tienes hijos?

—Sí, tengo hijos.

—Y entonces, ¿cómo no te has acordado de ellos? Te apenaste por los caballos. ¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos?

—¿Y por qué tenía que apenarme por ellos? No iban á caer en manos de los bandidos. Pero los he tenido todo ese tiempo en la memoria, y ahora también, y siempre...

Filofei se calló por un instante.

—¡Quizá nos haya favorecido el Señor por ellos á ti y á mí!

—¿Y cómo? ¡Si no eran salteadores!

—¿Y tú qué sabes? ¿Te has metido nunca en el alma de otro? El alma ajena, como dice el proverbio, es el pozo oscuro. Mientras que Dios... Nada hay mejor que esto.

—¡Oh no, *barín!* ¿Ves?... Por mí, por mi familia... ¡Adelante, pequeños, adelante!

Era ya casi de día, cuando nos aproximamos á Tula. Yo estaba sumido en la inconsciencia de un semisueño.

—*Barín*—me dijo de pronto Filofei—mira un poco. Se han detenido en la taberna. Ahí está su *telega*.

En efecto, allí estaban la *telega* y sus caballos. En el quicio de la taberna apareció de repente nuestro conocido, el coloso del chaquetón de piel de carnero.

—Señor — exclamó agitando el gorro — acabamos de bebernos el dinero de V. Y tú, valiente cochero—añadió meneando la cabeza—¿has tenido un poco de miedo, eh?

—Este hombre es muy alegre—dijo Filofei cuando estuvimos á cien pasos de la taberna.

Por fin entramos en Tula. Compré municiones, té y vino (ya que había ocasión), así como un caballo

en casa del chalán. Volvimos á ponernos en camino hacia el mediodía.

Al volver á pasar por el sitio donde habíamos oído por primera vez el ruido de la *telega,* Filofei (á quien un traguillo que bebió en Tula le había puesto de buen humor, hasta al punto de contarme cuentos de vieja) se echó de pronto á reir.

—¿Te acuerdas, *barín,* cómo no dejaba yo de decirte: «Se oye ruido?»

Esta frase le parecía muy cómica; reíase tanto con ella, que agitaba ambas manos.

Aquella misma noche llegamos á su aldea. Referí la aventura á Yermolai. Como estaba en ayunas, no me dió testimonio alguno de interés; sino que se contentó con decir «¡hum!», no sé si con aprobación ó por vituperio, porque sin duda él mismo tampoco lo sabía. Pero dos días más tarde me informó muy satisfecho, de que la misma noche y en el mismo camino había sido robado y muerto un comerciante que iba á Tula. Al pronto no creí la noticia; pero hube de convencerme, porque me afirmó la verdad del hecho un oficial de policía que fué al sitio del suceso para hacer las primeras averiguaciones acerca del crimen. ¿Sería aquella la boda de donde regresaban nuestros «calaveras», y sería ese el mozo á quien dejaron tendido en tierra, según la expresión del gigante chocarrero? Permanecí aún cinco días en el villorrio de Filofei; y cada vez que le encontraba, no dejaba de decirle:

—¡Eh! ¿Se oye ruido?

—Es un muchacho muy alegre—respondía dando siempre una carcajada.

Iván Turguenef.

LOS APARECIDOS

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

ELENA, viuda del capitán Alving, gentilhombre de cámara.
OSWALDO ALVING, su hijo, pintor.
EL PASTOR MANDERS.
ENGSTRAND, carpintero.
REGINA ENGSTRAND, doncella de Elena.

La escena pasa en el campo, en casa de Elena, á orillas de uno de los grandes furdos de la Noruega Septentrional.

ACTO PRIMERO

Una estancia espaciosa con vistas al mar. Puerta á la izquierda. Dos puertas á la derecha. En medio de la estancia un velador rodeado de sillas; sobre el velador libros, revistas y periódicos. En primer término, á la izquierda, una ventana, y delante de ella un sofá y una mesa. En el fondo un invernadero en comunicación con la estancia. A la derecha del invernadero una puerta por donde se baja á la playa. Por entre los cristales del invernadero se divisa el furdo melancólico al través de un velo de lluvia.

(Engstrand *se halla en la puerta que da paso á la playa. Tiene la pierna izquierda más corta que la derecha y lleva una suela de madera.* Regina, *con una regadera vacía en la mano, trata de impedirle que se adelante.)*

REGINA. (*A media voz.*)—¿Qué quieres? A ver si te estás quieto. Vienes chorreando.

ENGSTRAND.—Es lluvia de Dios, hijita.

REGINA.—Querrás decir una lluvia del demonio.

ENGSTRAND.—¡Ave María! ¡Vaya una manera de hablar! (*Da algunos pasos cojeando.*) Oye: quería decirte...

REGINA.—¡Despacha, hombre, y no hagas tanto ruido con el pié! El señorito está durmiendo aquí arriba, cabalmente encima de nosotros.

ENGSTRAND.—¿Está durmiendo todavía á estas horas? ¿Tan entrado el día?

REGINA.—Eso á ti no te importa.

ENGSTRAND.—La noche de ayer la pasé de gran francachela.

REGINA.—Lo creo sin trabajo.

ENGSTRAND.—¿Qué quieres, hija? Somos hombres, somos débiles...

REGINA.—Sí, no es malo el sastre...

ENGSTRAND.—...Y en este bajo mundo menudean las tentaciones. Pero Dios me es testigo de que esta mañana á las cinco y media estaba en el trabajo.

REGINA.—Bien, hombre, bien. Ahora ¿no podrías marcharte? No quiero que me vean aquí de *rendez-vous* contigo.

ENGSTRAND.—¿Cómo has dicho? ¿Que no quieres qué? No he comprendido bien.

REGINA.—Que no quiero que te vean aquí. ¡Ea! Te vas por donde has venido.

ENGSTRAND. (*Dando algunos pasos hacia ella.*)—Eso no, no me voy hasta haberte hablado. Esta tarde termino mi tarea en la escuela que se acaba de construir, y por la noche tomaré el vapor para volverme á la ciudad.

REGINA. (*Entre dientes.*)—Buen viaje.

ENGSTRAND.—Gracias por la intención, hija. Mañana se inaugura el asilo, y habrá comilonas rociadas con bebidas fuertes. Pues bueno: nadie ha de decir que Jacobo Engstrand no puede resistir á la tentación cuando se presenta.

REGINA.—¡Lo que es eso!...

ENGSTRAND.—Sí, mañana se reunirán aquí tantos señorones... Estará el pastor Manders, ¿verdad?

REGINA.—Hoy viene.

ENGSTRAND.—¿Lo ves? Y maldito si quiero yo que tenga nada que decir de mí...

REGINA.—¡Ah! ¡Ya estoy al cabo! ¡Ya, ya!

ENGSTRAND.—¿Qué?

REGINA. (*Mirándolo de hito en hito.*)—¿Qué nuevo embuste piensas hacer tragar al pastor Manders?

ENGSTRAND.—¡Cht! ¿Estás loca? ¡Hacer tragar embustes yo al pastor Manders!... ¡Válgate Dios! El pastor Manders ha sido muy bueno para mí. Pero nos apartamos de lo que quería decirte. Quedamos en que esta tarde me vuelvo á casa.

REGINA.—¡Tanto mejor! Cuanto antes...

ENGSTRAND.—Sí, pero es que quiero llevarte conmigo, Regina.

REGINA. (*Mirándolo atónita un momento.*)—¿Llevarme tú á mí? ¿Qué estás diciendo?

ENGSTRAND.—Digo que quiero tenerte á mi lado, en casa.

REGINA. (*Con sorna.*)—¡Nunca, jamás!

ENGSTRAND.—¡Ah! ¡Lo veremos!

REGINA.—¡Vaya si lo veremos! Puedes estar seguro. ¿Yo, educada en casa de la viuda de un gentilhombre? ¿Yo, tratada aquí casi como una hija, irme á vivir contigo? ¿A una casa como la tuya? ¡Quita, hombre, quita!

ENGSTRAND.—¡Eh! ¿Cómo se entiende? ¿Vas á rebelarte ahora contra tu padre?

REGINA. (*A media voz, sin mirarlo.*)—Has dicho muchas veces que yo no era nada tuyo.

ENGSTRAND.—¡Bah! No hagas caso de eso...

REGINA.—¿Cuántas veces no me has dicho que era una...? ¡Quita allá, quita!

ENGSTRAND.—¡No, no, por Dios! Yo no he usado una palabra tan fea.

REGINA.—¡Oh! Me acuerdo muy bien de las palabras que empleabas.

ENGSTRAND.—Era sólo cuando estaba bebido, Regina. ¡Hay tantas tentaciones en el mundo!...

REGINA.—¡Uf!

ENGSTRAND.—Y además era también porque tu madre tenía muchos humos. Yo necesitaba inventar algo para domeñarla, hija. Siempre se hacía la remilgada. *(Imitándola.)* «¡Por favor, Engstrand! ¿quieres dejarme? ¡Yo he servido tres años en casa del Sr. Alving, de un gentilhombre!» *(Sonriendo.)* ¡Vaya por Dios! No podía olvidar que el capitán había llegado á ser gentilhombre, cuando ella estaba en su casa.

REGINA.—¡Pobre madre! ¡No te ha dado mucho que hacer! ¡En cambio tú á ella!...

ENGSTRAND. *(Con un movimiento que le hace cojear.)*—Claro; la culpa de todo es mía.

REGINA. *(Apartándose y á media voz.)* —¡Uf! ¡Y encima esa pierna!

ENGSTRAND.—¿Decías...?

REGINA.—*Pied de mouton.*

ENGSTRAND.—¿Es inglés eso?

REGINA.—Sí.

ENGSTRAND.—Ya, ya veo que te has hecho muy instruída aquí. Estoy pensando que eso podría venir de molde, Regina.

REGINA. *(Después de un momento de silencio.)*—¿Y qué es lo que quieres que vaya yo á hacer á la ciudad?

ENGSTRAND.—Eso no se pregunta. ¿Qué ha de querer un padre de su única hija? ¿No soy viudo? ¿No estoy solo y abandonado?

REGINA.—Déjate de plamplinas. ¿A qué he de ir contigo?

ENGSTRAND.—Bien, pues te lo voy á decir: se me ha ocurrido una idea, una cosa nueva, que quisiera emprender.

REGINA.—No será la primera, y jamás has hecho nada.

ENGSTRAND.—¡Esta vez ya verás, Regina! ¡Lléveme el diablo...!

REGINA. *(Dando con el pié.)*—¡Cht, cht.

ENGSTRAND. *(Con viveza.)*—Tienes razón. No quería decirte más que una cosa: he ahorrado algún dinero desde que trabajo en ese nuevo asilo.

REGINA.—¿De veras? Pues mejor para ti.

ENGSTRAND.—¿Qué había yo de hacer de mi dinero aquí, en la aldea?

REGINA.—Vamos, sigue.

ENGSTRAND.—Pues verás: he pensado colocar ese dinero de modo que me dé alguna cosilla. Habría que emprender algo, como, supongamos, una especie de posada para los marinos.

REGINA.—¡Puf!

ENGSTRAND.—Yo me entiendo: se trata de una posada decente, no de una pocilga para los marineros, ¡no, por Cristo! Sería para los capitanes de navío, para los pilotos, para todo lo mejorcito, mujer.

REGINA.—¿Y yo tendría que...?

ENGSTRAND.—Tú tendrías que ayudarme, claro; pero por aquello del buen parecer, ya me entiendes. ¡Ah, no, hi-

ja! nada de faenas ordinarias. ¡Pues no faltaba más! Tú no harás más que lo que quieras.

REGINA.—¡Ah! ¿sí? Muy bien.

ENGSTRAND.—Ya comprendes que en la casa hace falta una mujer: eso es claro como la luz. Por la noche habría que divertirse un ratito; tendríamos nuestro poquito de canto, de baile y todo lo demás que es natural. Hazte cargo: gente de mar engolfada en el océano del mundo. *(Acercándose á ella.)* Vamos, Regina, no seas tonta, no te perjudiques á ti misma. ¿De que te va á servir que la señora haya hecho gastos para instruirte? He oído decir que vas á cuidar de los niños en el nuevo asilo. Y pregunto yo: ¿es ese un trabajo bueno para ti? ¿Tienes tantas ganas de perder la salud por esos asquerosos de chiquillos?

REGINA.—No, y si todo saliese á medida de mi deseo, ya sé yo... sí, bien puede suceder.

ENGSTRAND.—¿Qué es lo que puede suceder?

REGINA.—Eso no te interesa á ti. ¿Es una cantidad crecida la que has economizado?

ENGSTRAND.—Podrá haber entre todo unas setecientas ú ochocientas coronas.

REGINA.—No es tan poco.

ENGSTRAND.—Siempre será lo bastante para empezar, hija.

REGINA.—¿No piensas darme algo de ese dinero?

ENGSTRAND.—¡No, por Dios! ¡no pienso en tal cosa!

REGINA.—¿Ni para un corte de vestido? ¿Ni siquiera eso?

ENGSTRAND.—Sígueme, y tendrás todos los vestidos que quieras.

REGINA.—¡Hemos concluido! Yo sabré arreglármelas sola, cuando se me antoje.

ENGSTRAND.—Regina, siempre te guiará mejor la mano paternal. A estas horas yo puedo tener una casa muy regularcita en la calle del Puerto. No se necesita una gran cantidad para comprarla, y allí se podría hacer una especie de albergue para los marinos.

REGINA.—¡Pero yo no quiero seguirte! No hay nada de común entre nosotros. Anda, vete.

ENGSTRAND.—No estarías mucho tiempo conmigo. No, caramba; no tendría yo esa suerte. De fijo que harías tu agosto. Una muchacha guapa como tú, porque te has puesto guapa estos últimos años...

REGINA.—Bien, ¿y qué?

ENGSTRAND.—Que no se pasaría mucho sin que se viese llegar un piloto y quién sabe si un capitán...

REGINA.—No quiero tomar marido entre hombres de esa especie. Los marinos no tienen *savoir-vivre*.

ENGSTRAND.—¿El qué no tienen los marinos?

REGINA.—Te digo que los conozco. No son hombres para casarse con ellos.

ENGSTRAND.—Nadie te obliga á casarte. Se puede sacar partido de otro modo. *(Confidencialmente.)* ¿Tú conoces al inglés—el inglés del yate?—Pues bien: ese dió trescientos escudos, y á buen seguro que ella no era tan guapa como tú.

REGINA. (*Adelantándose hacia él.*)—¡Sal de aquí!

ENGSTRAND. (*Retrocediendo.*)—¡Eh, eh! supongo que no vas á andar á trastazos.

REGINA.—Te equivocas: si hablas de madre, andaré á trastazos. (*Le empuja hacia la puerta que lleva á la playa.*) Y no des golpes á las puertas, porque el señorito...

ENGSTRAND.—¡Bah! Está durmiendo. Es chocante lo que te ocupas del señorito. (*Bajando la voz.*) ¡Dios de Dios! ¿No iremos á salir ahora con que...?

REGINA.—Ya te estás yendo más de prisa que á paso. ¡Tú has perdido el juicio! No, por ese camino no. Ahí viene el pastor Manders. ¡Vamos! lárgate por la escalera de la cocina.

ENGSTRAND. (*Pasando á la derecha.*)—Está bien, está bien; ya me voy. Pero no dejes de hablar unas palabritas con el que viene ahí. Es hombre que puede decirte lo que los hijos deben á los padres, porque, quieras que no, yo soy tu padre; puedo probarlo por los registros de la parroquia.

(*Sale por la otra puerta, que* Regina *ha abierto y que vuelve á cerrar.*—Regina *dirige una ojeada al espejo; se hace aire con el delantal; se compone la cinta de la gorguera, y empieza á arreglar las flores. Entra el pastor* Manders *por el invernadero, con abrigo, paraguas y un saquito de viaje terciado.*)

EL PASTOR MANDERS.—Buenos días, Regina.

REGINA. (*Volviéndose con expresión de alegre sorpresa.*)—¡Calle! Muy buenos días, señor pastor. ¿Llegó el vapor ya?

EL PASTOR.—Acaba de abordar. (*Se adelanta á la escena.*) Esta lluvia que no lo deja desde hace días es de lo más molesto.

REGINA. (*Andando detrás de él.*)—Para las gentes del campo es un tiempo bendito, señor pastor.

EL PASTOR.—Cierto. Casi nunca pensamos en eso los que vivimos en las ciudades. (*Se quita lentamente el abrigo.*)

REGINA.—¿Me permite V. que le ayude?—¡Así!—¡Dios mío, qué mojado! Espere V., voy á colgarlo en el recibimiento. Y ahora el paraguas, voy á abrirlo para que escurra.

(*Sale con ambas cosas por la puerta de la derecha.* El pastor *se quita la bolsa de viaje y la deja en una silla con el sombrero. En el interin entra* Regina.)

EL PASTOR.—¡Ah! ¡Qué agradable es estar bajo techado! ¡Vamos á ver! ¿Aquí marcha bien todo?

REGINA.—Sí, señor; gracias.

EL PASTOR.—¿Pero supongo que andarán Vds. muy revueltos con la ceremonia de mañana?

REGINA.—¡Y tanto! Que hacer no falta.

EL PASTOR.—¿La señora estará en casa, verdad?

REGINA.—Sí, pero anda por arriba, preparando el chocolate para el señorito.

EL PASTOR.—¡Ah, sí! Me han dicho en el desembarcadero que Oswaldo estaba de vuelta.

REGINA.—Vino antes de ayer. Nosotras no lo esperábamos hasta hoy.

El pastor.—¿Supongo que estará tan bueno y tan listo?

Regina.—Está bien, gracias. Pero se encuentra horriblemente fatigado del viaje. Ha venido de un tirón desde París; quiero decir que ha hecho todo el trayecto en el mismo tren. Ahora creo que dormita; si á V. le parece, hablaremos un poquito más bajo.

El pastor.—¡Cht! No hagamos ruido.

Regina. (*Acercando un sillón á la mesa.*)—Pero siéntese, señor pastor, y acomódese á su gusto. (El pastor *se sienta;* Regina *le acerca un taburete á los piés.*) Así. ¿Está bien el señor pastor?

El pastor.—Gracias, gracias; estoy muy bien. (*Mirándola.*) ¿Sabe V., Regina, que se me figura que ha crecido desde la última vez que la vi?

Regina.—¿Le parece al señor pastor? También la señora cree que me he desarrollado.

El pastor.—¿Desarrollado? ¡hum! puede. Un poquitín. (*Pausa.*)

Regina.—¿Querrá V. que avise á la señora?

El pastor.—No hay prisa, querida; gracias. Pero dígame la buena Regina: ¿en que relaciones se halla V. ahora con su padre?

Regina.—No vamos muy mal, señor pastor.

El pastor.—La última vez que fué á la ciudad estuvo en casa.

Regina.—¿Sí? Se pone tan contento siempre que puede hablar con el señor pastor.

El pastor.—¿Y va V. á verlo con frecuencia?

Regina.—¿Yo? Es claro; en cuanto dispongo de tiempo libre, voy á verlo.

El pastor.—Su padre de V. no es un hombre fuerte. Necesita una mano que lo guíe.

Regina.—Sí, es muy posible.

El pastor.—Necesita tener á su lado una persona que lo quiera y en cuyo juicio pueda confiar. Me lo ha confesado sinceramente la última vez que estuvo á visitarme.

Regina.—Sí, también á mí me ha dicho algo. Pero no sé si la señora querría dejarme marchar, sobre todo ahora que tenemos que dirigir el nuevo asilo. Y á mí misma me costaría mucho separarme de la señora, que ha sido tan buena para mí.

El pastor.—¡Pero el deber filial, hija mía!... Por supuesto, no hay que decir que ante todo sería preciso obtener el consentimiento de su señora.

Regina.—Luego, no sé si es conveniente á mi edad encargarme de la casa de un hombre solo.

El pastor.—¡Qué dice V.! ¡Pero, amiga mía, si se trata de su padre!

Regina.—Sin embargo... ¡Ah! Si fuese en una buena casa y para servir á un señor respetable...

El pastor.—¡Pero, querida Regina!

Regina.—Un hombre que pudiese inspirarme veneración, que comprendiese yo que era superior á mí, y que me consideraba como una especie de hija.

El pastor.—Sí, pero, mi querida y buena Regina...

Regina.—¡Ah, si yo pudiese esperar eso, no me negaría á ir á la ciudad! Aquí se vive en un completo aislamien-

to, y bien sabe el señor pastor por sí mismo lo que es estar una persona sola en este mundo. Además, no tengo inconveniente en decir que yo soy trabajadora y pongo mis cinco sentidos en lo que hago. Señor pastor, ¿no sabría V. de un acomodo así?

El pastor.—¿Yo? no, ni por asomo.

Regina.—Pero, mi buen señor pastor, si por acaso supiese V. de alguna cosa, acuérdese de mí.

El pastor. (*Levantándose.*)—De seguro, no dejaría de acordarme.

Regina.—Sí, porque si...

El pastor.—¿Quiere V. tener la bondad de avisar á la señora?

Regina.—En seguida vendrá, señor pastor.

(*Vase por la izquierda.*)

El pastor. (*Se pasea por la pieza; luego se dirige al foro, con las manos detrás de la espalda, y mira hacia el mar. Después vuelve al velador, coge un libro y examina el título. Movimiento de retroceso. Mira otros.*)—¡Ah, ah!

Entra Elena *por la puerta de la izquierda, seguida de* Regina. (*Vase esta última por la primera puerta de la derecha.*)

Elena. (*Alargando la mano al pastor.*)—Bien venido, señor pastor.

El pastor.—Buenos días, señora. Aquí me tiene, como había prometido.

Elena.—Siempre como un reloj.

El pastor.—Puede V. creer que mi trabajo me ha costado escaparme. Todas estas comisiones y direcciones de que formo parte...

Elena.—Razón de más para agradecerle que haya venido tan temprano. Así podremos arreglar nuestros asuntos antes de sentarnos á la mesa. Pero, ¿y su maleta de V.?

El pastor. (*Con precipitación.*)—Mi equipaje está en la tienda. Paso allí la noche.

Elena. (*Reprimiendo una sonrisa.*)—Por lo visto, ¿no quiere V. acostumbrarse á pasar la noche en mi casa?

El pastor.—No, no, señora; se lo agradezco á V. mucho, pero prefiero quedarme allá, según mi costumbre. Es más cómodo para volver á tomar el vapor.

Elena.—En fin, como V. quiera. Pero me parece que dos viejos como nosotros...

El pastor.—¡Por Dios! ¡cómo puede V. hablar así! Bien es cierto que hoy todo lo verá V. alegre. En primer término, la fiesta de mañana; en segundo término, la vuelta de Oswaldo.

Elena.—Sí, ¡calcule V. si será alegría para mí! Hacía más de dos años que estaba ausente. Y ha prometido pasar todo el invierno conmigo.

El pastor.—¿De veras? Pues eso es meritorio y verdaderamente filial, porque me figuro que debe ser muy tentador vivir en París ó en Roma.

Elena.—Sí, pero aquí—ya ve V.—tiene á su madre. ¡Querido hijo! Bien se puede decir que su corazón pertenece por entero á su madre.

El pastor.—También sería triste cosa que la separación y sus ocupaciones de artista hubiesen de relajar lazos tan naturales.

ELENA.—¡Ah! tiene V. razón. Pero con él no hay ese peligro. Tengo curiosidad de ver si V. lo reconoce. Dentro de poco bajará; ahora está descansando en el sofá un poco.—Pero siéntese V., querido pastor.

EL PASTOR.—Gracias. ¿No estorbo?

ELENA.—Al contrario.

(*Se sienta junto al velador.*)

EL PASTOR.—Corriente. Pues voy á exponer á V... (*Toma la bolsa de viaje de la silla en que la puso, se sienta en el lado opuesto del velador, y busca un sitio á propósito para extender los papeles.*) En primer lugar, esto... (*Deteniéndose.*) Dígame V.: ¿de dónde vienen estos libros?

ELENA.—¿Estos libros? Son libros que leo yo.

EL PASTOR.—¿V. lee obras de esta especie?

ELENA.—Sí tal.

EL PASTOR.—¿Cree V. que esto le haga algún bien ó le proporcione algún placer?

ELENA.—Me parece que contribuye hasta cierto punto á darme mayor confianza en mí misma.

EL PASTOR.—Es singular. ¿Y eso cómo?

ELENA.—Le diré á V.: encuentro aquí como una explicación, una confirmación de muchas cosas que suelo pensar y rumiar en mis adentros. Porque, vea V., lo asombroso es que en rigor no se tropieza nada absolutamente nuevo en estos libros; no hay en ellos más que lo que piensan y creen la mayoría de los hombres. La única diferencia es que la mayoría de los hombres no se dan cuenta de esas cosas ó no quieren cavilar sobre ellas.

EL PASTOR.—¡Ah! ¿De modo que V. cree seriamente que la mayoría de los hombres...?

ELENA.—Sí que lo creo.

EL PASTOR.—¿Pero no en nuestro país, no entre nosotros?

ELENA.—¡Ay! Aquí como en todas partes.

EL PASTOR.—¡Ah, si se puede decir...!

ELENA.—Pero, en resolución, ¿qué tiene V. que decir de estos libros?

EL PASTOR.—No digo nada. ¿No irá V. á creer que yo me ocupo en examinar tales obras?

ELENA.—Eso significa que no conoce V. lo que condena.

EL PASTOR.—He leído bastante de lo que se ha dicho de esos libros para censurarlos.

ELENA.—Bien, pero su opinión de V...

EL PASTOR.—Querida señora, hay ocasiones en esta vida en que uno debe remitirse al juicio de los demás. ¡Qué quiere V.! es un hecho y es un bien. ¿Qué sería de la sociedad, si fuese de otro modo?

ELENA.—¡Cierto! Puede que tenga V. razón.

EL PASTOR.—No niego, por de contado, que puedan tener algún atractivo esas obras. Y tampoco puedo censurar á V. porque quiera conocer las corrientes intelectuales que, según se dice, existen en esa sociedad... por donde ha dejado V. vagar á su hijo tanto tiempo. Pero...

ELENA.—¿Pero...?

EL PASTOR. *(Bajando la voz.)* — Pero no conviene hablar de ello, señora. No hay que dar cuenta á todos de lo que uno lee y piensa entre sus cuatro paredes.

ELENA.—No por cierto; soy de su mismo parecer.

EL PASTOR. — Bueno es que V. se acuerde de las obligaciones que le impone ese asilo que decidió V. erigir en una época en que sus ideas sobre el mundo moral diferían notablemente de las que profesa hoy... hasta donde yo puedo juzgar, por lo menos.

ELENA.—Sí, sí, conformes. Pero el asilo es cabalmente...

EL PASTOR. — Justo, es de lo que teníamos que hablar. Con que... ¡prudencia, querida señora! Y ahora, pasemos al asunto. (*Abre una carpeta y saca papeles.*) ¿Ve V. esto?

ELENA.—¿Son los documentos?

EL PASTOR.—Completos y en regla. Ya puede V. figurarse que no habrá sido fácil obtenerlos. He tenido que usar de toda mi influencia, porque las autoridades, cuando se trata de tomar decisiones, bien puede decirse que son cruelmente concienzudas. Pero, en fin, aquí los tiene V. (*Hojea el legajo.*) Este es un inventario de la hacienda de Solvik, que forma parte del dominio de Rosenvold, con indicación de los edificios recién construidos — escuela, habitación de los maestros y capilla. — Y aquí está la ratificación del legado y la aprobación de los estatutos. ¿Quiere V. enterarse? (*Lee.*) Estatutos del asilo. «A la memoria del capitán Alving.»

ELENA. (*Con la mirada fija en los papeles durante un rato.*)—¡He aquí, pues!

EL PASTOR.—He elegido el título de capitán mejor que el de gentilhombre, porque es menos pretencioso.

ELENA.—Sí, sí, como á V. le parezca.

EL PASTOR.—Y aquí tiene V. la libreta de la Caja de Ahorros, con el capital y los intereses, todo destinado á cubrir los gastos de construcción.

ELENA.—Gracias; pero hágame V. el favor de guardarlos para mayor comodidad.

EL PASTOR.—Con mucho gusto. Por el pronto, opino que dejemos el dinero en la Caja de Ahorros. El interés de la renta no es muy tentador: cuatro por ciento á seis meses. Dicho se está que, si más tarde supiésemos de una colocación más ventajosa—debería ser, por supuesto, una primera hipoteca ó una inscripción perfectamente segura,— podríamos volver á hablar del asunto.

ELENA.—Sí, sí, mi querido pastor, V. entiende más que yo de esas cosas.

EL PASTOR.—En todo caso, estaré á la mira. Pero hay un punto sobre el cual he querido preguntar á V. varias veces.

ELENA.—¿Y es?

EL PASTOR.—¿Se asegura ó no se asegura el asilo?

ELENA.—Naturalmente, sí.

EL PASTOR.—Aguarde V. un poco. Miremos de cerca la cuestión.

ELENA.—En mi casa está asegurado todo: edificios, cosecha, ganado y mobiliario.

EL PASTOR.—Y se comprende: se tra-

ta de la hacienda propia. Yo hago lo mismo, por mi parte. Pero aquí ya comprende V. que se trata de una cosa muy distinta. El asilo debe recibir en cierto modo una consagración para un objeto de orden superior.

ELENA.—Sí, pero eso no quita...

EL PASTOR.—Por mi cuenta, no veo ningún inconveniente en precavernos contra todas las eventualidades.

ELENA.—Es claro.

EL PASTOR.—Pero dígame V.: ¿en qué disposiciones está la comarca? ¿Qué piensan los habitantes? V. lo sabe mejor que yo.

ELENA.—¡Hum! las disposiciones...

EL PASTOR.—¿Hay aquí un número importante de opiniones autorizadas—verdaderamente autorizadas—que pudieran llevar á mal nuestra decisión?...

ELENA.—¿Qué entiende V. por opiniones autorizadas?

EL PASTOR.—Me refiero á personas que ocupen una posición bastante independiente é influyente para que no se pueda desdeñar su manera de ver.

ELENA.—Si se trata de esas, hay cierto número que acaso se escandalizarían si...

EL PASTOR.—¡Ve V.! Entre nosotros, en la ciudad, abundan. Piense V. en las ovejas de todos mis colegas. Muchos se inclinarán á creer que ni V. ni yo tenemos confianza en los decretos de la Providencia.

ELENA.—Pero, por lo que hace á V., querido pastor, bien sabe V. mismo...

EL PASTOR.—Sí, ya sé, ya sé; yo tengo mi alma en mi armario, no hay que decir. Pero no podríamos evitar comentarios malévolos y desfavorables. Y esos comentarios podrían acabar por entorpecer la obra misma.

ELENA.—De ser así, es verdad.

EL PASTOR.—Yo tampoco puedo perder de vista completamente la situación equívoca—me atreveré á decir difícil—en que podría encontrarme. Los círculos influyentes de la ciudad se ocupan mucho de esta fundación. El asilo ¿no se erige en parte en beneficio de la ciudad? Hay que prometerse que aliviará en grande escala las cargas de la beneficencia pública. Pues bien: habiendo sido su consejero de V. el encargado de toda la parte administrativa de la fundación, temo, lo confieso, ser el primer blanco de las envidias.

ELENA.—En efecto: no debe V. exponerse á ellas.

EL PASTOR.—Sin hablar de los ataques que de fijo dirigirán contra mí ciertos periódicos que...

ELENA.—Basta, mi querido pastor. Su primera consideración es suficiente.

EL PASTOR.—¿Opina V., pues, que debemos pasarnos sin seguro?

ELENA.—Sí, nos pasaremos sin él.

EL PASTOR. (*Recostándose en su sillón.*)—Pero, suponiendo que ocurra un accidente—no se puede saber nunca—¿se encargaría V. de reparar el desastre?

ELENA.—No; se lo digo á V. claramente; no lo haría.

EL PASTOR.—En ese caso, ¿sabe V., señora..., que asumimos una responsabilidad muy grave?

ELENA.—¿Podemos hacer otra cosa?

El pastor.—No, y en eso estriba precisamente la dificultad. En rigor nos es imposible eludirla; pero no podemos exponernos á juicios desfavorables, y no tenemos derecho para escandalizar á la opinión.

Elena.—V., sacerdote, no seguramente.

El pastor.—Por otra parte, yo creo que en una fundación de esta índole hay que contar con una buena estrella, y aún diré más, con la protección especial de lo alto.

Elena.—Hay que esperarlo, mi querido pastor.

El pastor.—¿De modo que V. cree que debemos dejar las cosas como están?

Elena.—Evidentemente.

El pastor.—Se hará lo que á V. le parece. (*Escribiendo.*) Decimos, pues: sin asegurar.

Elena.—Lo que me asombra es que haya esperado V. hasta hoy para hablarme de eso.

El pastor.—He pensado preguntar á V. muchas veces.

Elena.—Es que ayer estuvimos á punto de tener fuego allá abajo.

El pastor.—¿Qué me dice V.?

Elena.—Afortunadamente fué cosa sin importancia: unas virutas que ardieron en la carpintería.

El pastor.—¿Dónde trabaja Engstrand?

Elena.—Sí, según se dice, tiene tan poco cuidado á veces con las cerillas...

El pastor.—¡Tiene tantas cosas en la cabeza ese hombre! ¡Ha sido tan probado! A Dios gracias, me dicen que ahora se esfuerza por llevar una vida intachable.

Elena.—¿Sí? ¿Y quién le ha dicho á V. eso?

El pastor.—Me lo ha asegurado él mismo. Lo que es positivo es que es un buen obrero.

Elena.—Sí, cuando no bebe.

El pastor.—¡Ah, esa pícara debilidad! Pero, según él, casi siempre es por culpa de la pierna mala. La última vez que lo ví en la ciudad me impresionó. Fué á visitarme y á darme las gracias calurosamente por haberle procurado trabajo aquí donde puede ver á Regina.

Elena.—Pues no la ve mucho.

El pastor.—Se equivoca V.; le habla todos los días. El mismo me lo ha asegurado.

Elena.—Es posible.

El pastor.—¡Comprende tan bien la falta que le hace alguien que pueda contenerlo cuando llega la tentación! Lo que más interesa en Jacobo Engstrand es que acude á V. en sus momentos de flaqueza para confesarla y acusarse á sí mismo. La última vez que estuvo á verme... oiga V. esto... me confesó que sería una felicidad para él tener á Regina á su lado...

Elena. (*Levantándose precipitadamente.*)—¡A Regina!

El pastor.—V. no debería oponerse.

Elena.—Al contrario: me opondría. Sobre que, además, Regina hace falta en el asilo.

El pastor.—¡Peró no olvide V. que Engstrand es su padre!

Elena.—¡Un padre como ese...! Lo

conozco mejor que nadie. ¡No! ¡Jamás irá Regina á su lado con mi consentimiento!

El pastor. (*Levantándose.*)—No lo tome V. tan á pechos, señora. Le aseguro á V. que me causa pena verla prevenida contra Engstrand hasta ese punto. No parece sino que teme V....

Elena. (*Más tranquila.*)—Poco importa. Yo he recogido á Regina en mi casa, y en mi casa debe quedar. (*Escucha.*) ¡Cht! mi querido pastor, ni una palabra de todo esto. (*Se anima su semblante.*) ¿Oye V.? Es Oswaldo. No pensemos más que en él.

(*Entra por la puerta de la izquierda* Oswaldo Alving, *con abrigo, un sombrero en la mano y fumando en una pipa grande de espuma de mar.*)

Oswaldo. (*Parándose en la puerta.*)—¡Oh! mil perdones. Creía á todo el mundo en el despacho. (*Acercándose.*) Buenos días, señor pastor.

El pastor. (*Contemplándolo con asombro.*) ¡Oh! ¡Es asombroso!

Elena.—¿Qué dice á esto el Señor pastor?

El pastor.—Digo... digo... ¡No! Pero ¿es de veras?

Elena.—Sí, es realmente el hijo pródigo.

El pastor.—Pero, querido mío, amiguito...

Oswaldo.—El hijo recobrado, si le parece á V. mejor.

Elena.—Oswaldo se acuerda de cuando V. se oponía tanto á que fuese p intor.

El pastor.—Hay tantas decisiones, temerarias á los ojos humanos, y que después... (*Tendiéndole la mano.*) En fin, bien venido. Crea V., mi querido Oswaldo... ¿puedo llamar á V. así familiarmente, verdad?

Oswaldo.—¿Cómo quería V. llamarme?

El pastor.—¡Bien! Pues iba á decir, mi querido Oswaldo, que no vaya V. á figurarse que yo condeno de una manera absoluta la profesión de artista. Reconozco que en esa profesión, como en todas, hay muchos cuya alma puede librarse de la corrupción.

Oswaldo.—Es de suponer.

Elena. (*Radiante de alegría.*)—Uno conozco yo que se ha librado en cuerpo y alma. Pastor, mírelo V.

Oswaldo. (*Adelantándose.*)—Bueno, bueno, querida madre, dejemos eso.

El pastor.—Vamos, no hay que negarlo efectivamente. Y además empieza V. á crearse un nombre. Los periódicos han hablado de V. muchas veces con los mayores elogios... Y eso que en estos últimos tiempos ha habido un poco de silencio.

Oswaldo.—(*Se ha acercado á las flores.*)—Desde hace algún tiempo no he podido trabajar con regularidad.

Elena.—Un pintor tiene derecho al descanso, como cualquiera.

El pastor.—Ya lo creo. Así se prepara uno, recoge sus fuerzas para alguna gran obra.

Oswaldo.—Sí... Madre, ¿comeremos pronto?

Elena.—Dentro de media horita. A Dios gracias, no le falta apetito.

El pastor.—Ni la afición al tabaco.

Oswaldo.—Encontré arriba la pipa de mi padre, y...

El pastor.—¡Ah, ya caigo!

Elena.—¿Qué quiere V. decir?

El pastor.—Cuando vi á Oswaldo en el umbral, con la pipa en la boca, creí ver resucitado á su padre.

Oswaldo.—¿De veras?

Elena.—¡Ah! ¿Cómo dice V. eso? Oswaldo no se parece más que á mí.

El pastor.—Sí, pero en los extremos de la boca, en los labios, hay un no sé qué, que ya había notado yo en las facciones de Alving...

Elena.— Ni por asomo. A mi juicio, lo que tiene más bien la boca de Oswaldo es algo de sacerdotal.

El pastor.—Sí, sí, es muy cierto; hay una particularidad semejante en algunos de mis colegas.

Elena.—Pero deja la pipa, hijo; no quiero humo en esta habitación.

Oswaldo. (*Obedeciendo.*)—Con mil amores. No quería más que probarla. Es que fumé en ella una vez siendo niño.

Elena.—¿Estás seguro?

Oswaldo.—Sí. Era muy chiquitín entonces. Recuerdo que entré una noche en el cuarto de mi padre, y que él estaba tan alegre, tan animado...

Elena.—¡Oh! Tú no puedes acordarte de esa época.

Oswaldo.—¡Vaya! Me acuerdo perfectamente. Me cogió, me puso encima de sus rodillas y me hizo fumar en la pipa. Fuma, hijo—me dijo;—fuma de firme. Y fumé todo lo que pude, hasta que empezó á correrme el sudor por la frente. ¡Entonces se echó á reir con tanta gana!

El pastor.—Es extraño.

Elena.—Amigo mío, es algún sueño que ha tenido Oswaldo.

Oswaldo.—No, madre; no es un sueño. La prueba—¿no te acuerdas?—es que entraste tú y me llevaste al cuarto de los niños; allí me sentí mal y vi que llorabas. ¿Solía gastar padre á menudo esas bromas?

El pastor.—Era muy bromista en su juventud.

Oswaldo.—Y, sin embargo, hizo tantas cosas en este mùndo, tantas cosas buenas y útiles durante el poco tiempo que vivió.

El pastor.—Es verdad. Lleva V. el nombre de un hombre digno y activo, mi querido Oswaldo Alving. Confiamos que será una animación, un estímulo para V.

Oswaldo.—Debiera serlo, en efecto.

El pastor.—Por el pronto, ya es un buen precedente que empiece V. consagrando un día á su memoria.

Oswaldo.—¿Qué menos?

Elena.—Y yo que lo tendré tanto tiempo conmigo... Por eso es más bueno que por nada...

El pastor.—Sí, me dicen que se quedará V. con nosotros todo el invierno.

Oswaldo.—Vengo por tiempo indeterminado, señor pastor. ¡Ah, qué cosa tan buena verse uno en su casa!

Elena.—¿Verdad que sí, hijo?

El pastor. (*Mirándolo con interés.*)—Bien joven era V. cuando empezó á correr el mundo, mi querido Oswaldo.

Oswaldo.—Sí, señor. A veces me pregunto si no era demasiado joven.

ELENA.—Nada de eso. Es una cosa que no puede hacer más que bien á un muchacho desenvuelto, y sobre todo á un hijo único. Lo malo es permanecer pegado á los padres, sin salir del hogar, y convertirse en un niño mimado.

EL PASTOR.—Ese es un problema difícil de resolver. Después de todo, el hogar paterno será siempre la verdadera patria del hijo.

OSWALDO.—En eso estoy pronto á aceptar la opinión del pastor.

EL PASTOR.—Vea V., si no, su propio hijo. Sí, podemos hablar perfectamente de estas cosas en su presencia. ¿Cuál ha sido la consecuencia por lo que toca á él? Ahí lo tiene V. á los veintiséis ó veintisiete años sin haber tenido jamás ocasión de conocer la verdadera vida de familia...

OSWALDO.—Dispense V., señor pastor... En ese punto padece V. un error completo.

EL PASTOR.—¿Sí? Pues yo creía que V. no había frecuentado más que los círculos de artistas.

OSWALDO.—Exactísimo.

EL PASTOR.—Y especialmente los de los artistas jóvenes.

OSWALDO.—Como V. lo dice.

EL PASTOR.—Y yo creía que los más de ellos no tenían medios de crear una familia y de constituir un hogar...

OSWALDO.—Hay algunos que no pueden casarse, señor pastor.

EL PASTOR.—Pues eso es precisamente lo que digo.

OSWALDO.—Pero eso no impide que tengan un hogar, y lo tienen muchas veces... y un hogar muy decente y muy bien organizado.

(*Elena escucha atentamente y hace signos de aprobación con la cabeza, pero sin decir nada.*)

EL PASTOR.—No se trata de la casa de un soltero. Yo llamo un hogar, un hogar doméstico, aquel en que vive un hombre con su mujer y sus hijos.

OSWALDO.—Sí, con sus hijos y con la madre de sus hijos.

EL PASTOR. (*Con un movimiento de sobresalto y juntando las manos.*)—Pero... ¡misericordia!

OSWALDO.—¿Qué?

EL PASTOR.—¿Vivir con... la madre de los hijos?

OSWALDO.—Sí; ¿preferiría V. que se la abandonase?

EL PASTOR.—¿De modo que de lo que V. habla es de relaciones ilegítimas, de falsos matrimonios?

OSWALDO.—Yo no he visto nunca nada de falso en esa comunidad de vida.

EL PASTOR.—Pero ¿cómo es posible que un hombre y una mujer que tengan... siquiera un poco de educación se amolden á una existencia de ese género á los ojos de todo el mundo?

OSWALDO.—¡Eh! ¿Qué quiere V. que hagan? Un artista pobre, una joven pobre... Para casarse se necesita mucho dinero. ¿Qué quiere V. que hagan?

EL PASTOR.—¿Qué quiero que hagan? Se lo diré á V., señor Alving. Lo que deben hacer es alejarse el uno del otro en un principio, ¡eso!

OSWALDO.—El consejo no haría gran

mella en jóvenes enamorados y apasionados.

ELENA.—La verdad es que no serviría de mucho.

EL PASTOR. (*Insistiendo.*) — ¡Y las autoridades que toleran tales cosas y dejan que se consumen á la luz del día...! (*Volviéndose hacia* Elena.) ¿No tenía yo razón al preocuparme profundamente por su hijo?... En círculos donde se ostenta descaradamente la inmoralidad, donde adquiere, por decirlo así, derecho de ciudadanía...

OSWALDO.—Le confesaré además, señor pastor, que yo visitaba con mucha frecuencia á una de esas familias irregulares, en cuya casa pasaba todos los domingos.

EL PASTOR.—¡Los domingos encima!

OSWALDO.—¡Pues claro! Es el día en que uno se distrae. Pero jamás he oído allí una palabra inconveniente, ni menos he sido testigo de ninguna cosa que pudiera tacharse de inmoral. No; ¿sabe V. dónde y cuándo he tropezado con la inmoralidad en los círculos de artistas?

EL PASTOR. — ¡No, no lo sé, á Dios gracias!

OSWALDO.—Pues me voy á permitir decírselo: he tropezado con ella cuando algún marido y padre de familia modelo, de los de por acá, se ha dignado honrar con su visita los estudios de los artistas y sus humildes figones, para echar una cana al aire. ¡Entonces es cuando ha aprendido uno lo bueno! Esos caballeros nos iniciaban, contándonos casos y cosas en que jamás habíamos pensado.

EL PASTOR.—¿Cómo? ¿Me dirá V. que hombres honrados de este país irían...?

OSWALDO.—¿Ha oído V. alguna vez á esos hombres honrados, de vuelta en su patria, discutir sobre la inmoralidad que reina en los países extranjeros?

EL PASTOR.—Naturalmente.

ELENA.—Y yo también.

OSWALDO. — ¡Sí, sí! Se los puede creer por su palabra. Hay peritos entre ellos. (*Llevándose las manos á la cabeza.*) ¡Pero, señor! ¡Es concebible que se pueda manchar así de lodo aquella hermosa, aquella soberbia, aquella libre existencia!

ELENA. — No te exaltes, Oswaldo, que eso no te hace bien.

OSWALDO. — No, madre, tienes razón; nada saco de eso. ¿Ves? La maldita fatiga. Voy á dar una vueltecita antes de comer. Dispénseme, señor pastor; V. no puede colocarse en mi lugar, pero ha sido un arrebato del momento.

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ELENA.—¡Pobre hijo!...

EL PASTOR.—Sí. Celebro oírselo decir á V. ¡Vea adónde ha venido á parar!

(*Elena lo mira en silencio.*)

EL PASTOR. (*Paseando.*)—Hijo pródigo, ha dicho. ¡Ay sí! ¡ay sí! (Elena *continúa mirándolo.*) Y V., ¿qué dice á todo esto?

ELENA.—Digo que Oswaldo tiene razón de todo en todo.

EL PASTOR. (*Sobresaltado.*) — ¡Razón! ¿Razón en formular tales principios?

ELENA.—Aquí, á mis solas, he lle-

gado á pensar como él, señor pastor. Pero no me he atrevido á tocar la cuestión muy de cerca. ¡Sea! Mi hijo hablará por mí.

El pastor.—Es V. muy digna de compasión, señora. Oigame, vamos á hablar seriamente. En este instante no tiene V. delante de sí su agente de negocios, su consejero, su amigo de la juventud y el de su difunto marido; ahora el que está aquí es el sacerdote, que va á hablar á V. como lo haria en la hora del mayor extravío de su vida.

Elena.—¿Y qué tiene que decirme el sacerdote?

El pastor.—Ante todo, señora, quiero refrescar sus recuerdos. El momento es oportuno: mañana es el décimo aniversario de la muerte de su marido. Mañana se descubrirá el monumento que ha de honrar su memoria. Mañana me dirigiré á toda la concurrencia; hoy quiero entenderme con V. sola.

Elena.—Bien, señor pastor; hable V.

El pastor.—¿Recuerda que al cabo de un año de matrimonio se encontró V. al borde del abismo, que desertó de su hogar... que abandonó á su esposo? Sí, señora; lo abandonó y se negó á volver, á pesar de todas sus instancias, á pesar de todas sus súplicas.

Elena.—¿Olvida V. lo desgraciada que fuí aquel primer año?

El pastor.—Buscar la felicidad en esta vida es dar muestras de un espíritu de rebelión. ¿Qué derecho tenemos á la felicidad? No, señora; lo que tenemos que hacer es cumplir nuestro deber, y el deber de V. era vivir al lado del hombre que había elegido y á quien la unía un lazo sagrado.

Elena.—Bien sabe V. la vida que llevaba Alving en aquella época, y los desórdenes de que se hizo culpable.

El pastor.—Sé perfectamente los rumores que circulaban sobre él, y lejos de mí la intención de aprobar su conducta durante la juventud hasta donde fuesen justificados esos rumores. Pero una mujer no está autorizada para erigirse en juez de su marido. Su deber de V. era soportar humildemente la cruz que la voluntad suprema estimó oportuno imponerle. En vez de eso, se sublevó, rechazó la cruz y abandonó al ser débil á quien tenía la misión de sostener. Desertó V. exponiendo su nombre y su reputación, y, por si algo faltaba, estuvo V. á punto de perder la reputación de los demás.

Elena.—¿De los demás? De uno querrá V. decir.

El pastor.—¿No era cosa más que inconsiderada venir á mi casa en busca de refugio?

Elena.—¿A casa de nuestro pastor, de nuestro amigo?

El pastor.—Precisamente por eso. Sí, bien puede V. agradecer á nuestro Señor el que yo tuviese la firmeza indispensable para apartarla de sus exaltados designios y restituirla á la vía del deber y á la casa de su legítimo esposo.

Elena.—Sí, pastor, es verdad que eso fué obra de V.

El pastor.—Yo no fuí más que un humilde instrumento en manos del Altísimo. Y gracias á la ventura que me

fué concedida de reducir á V. al deber y á la obediencia, ¡cuál no ha sido la bendición del resto de su vida! ¿No se han arreglado las cosas como yo le predije? ¿No se despidió Alving de todos los desórdenes de su existencia, como cuadra á un hombre? Y después, ¿no vivió siempre al lado de V. amoroso y al abrigo de toda censura? ¿No llegó á ser el bienhechor del país, y no se elevó V. misma con él hasta hacerse poco á poco su colaboradora? ¡Y animosa colaboradora en verdad! ¡Oh! Todo eso lo sé, señora, y le debo en justicia este elogio. Pero lleguemos á lo que ha sido después el gran error de su vida.

ELENA.—¿Qué quiere V. decir?

EL PASTOR.—Así como un día renegó V. de sus deberes de esposa, renegó V. posteriormente de los de madre.

ELENA.—¡Ah!...

EL PASTOR.—Siempre ha estado V. poseída de una ciega confianza en sí propia; nunca ha aspirado más que á la emancipación de todo yugo y de toda ley; nunca ha querido soportar cadenas de ningún linaje. Cuanto estorbaba á V. en la vida lo ha rechazado sin sentimiento, sin vacilación, como una carga insoportable, no oyendo más dictados que los de su albedrío. Llegó á no convenirle á V. ser esposa, y se libró de su marido; la pareció molesto ser madre, y envió V. su hijo al extranjero.

ELENA.—Todo eso lo he hecho, es verdad.

EL PASTOR.—Así ha llegado V. á convertirse en una extraña para él.

ELENA.—No, no; se engaña V. en eso.

EL PASTOR.—No me engaño, y el hecho es natural. ¿Cómo vuelve Oswaldo á su patria? Reflexiónelo V. bien, señora. Fué V. culpable con su marido; V. misma lo reconoce, erigiendo ese monumento á su memoria; reconozca V. también el mal que ha hecho á su hijo; quizá aún es hora de restituirlo al camino derecho. Vuelva V. misma sobre sus pasos, y enmiende lo que confío que aún podrá enmendarse. (*Levantando el índice.*) Porque—se lo digo sinceramente, señora—¡V. es una madre culpable! He ahí lo que he creído de mi deber manifestarle. (*Pausa.*)

ELENA. (*Lentamente, dominándose.*)—Ha hablado V., señor pastor, y mañana lo hará en público para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana; pero hoy tengo también que participarle algo...

EL PASTOR.—Naturalmente: procurará V. disculpar su conducta.

ELENA.—No. Me limitaré á referirle ciertos hechos.

EL PASTOR.—Veamos.

ELENA.—En todo lo que acaba V. de decir á propósito de mi marido, de mí y de nuestra vida común, desde que consiguió V. atraerme, para emplear su lenguaje, á la vía del deber, en todo eso no hay absolutamente nada que V. haya sabido por sí mismo, porque desde aquel momento V., que nos visitaba diariamente, no volvió á poner los piés en nuestra casa.

EL PASTOR.—Vds. se marcharon de la ciudad inmediatamente después de esos sucesos.

ELENA.—Sí, y en vida de mi mari-

do jamás vino V. á vernos aquí. Los asuntos del asilo son los que le han obligado á V. á visitarme.

El pastor. (*Con voz baja é insegura.*) —Elena... si es una reconvención, yo le suplico que reflexione...

Elena.—En las consideraciones que debe V. á su estado, sí. Y además, yo era una mujer que había abandonado á mi marido. Nunca se está á bastante distancia de mujeres así.

El pastor.—Querida... señora, hay en eso una exageración tan palmaria...

Elena.—Sí, sí, sí; dejemos eso á un lado. Todo lo que yo quería decir es que, al juzgar mi vida doméstica, V. no hace más que asociarse á la opinión corriente.

El pastor.—Bien, sí. ¿Y qué?

Elena.—Pero hoy, Manders, hoy quiero decirle á V. la verdad. He jurado que la sabría V. solo algún día.

El pastor.—¿Y qué verdad es esa?

Elena.—Esa verdad es que mi marido ha muerto en medio de la disolución en que había vivido siempre.

El pastor. (*Buscando el respaldo de una silla para apoyarse.*)—¿Qué ha dicho V.?

Elena.—Disolución tan profunda después de diez y nueve años de matrimonio como en vísperas de nuestra unión.

El pastor.—¡Y á esos extravíos de la juventad, á esas irregularidades, á esos desórdenes, si V. quiere, á eso llama V. disolución!

Elena.—Esa era la palabra que empleaba nuestro médico.

El pastor.—Ahora ya no comprendo á V.

Elena.—Sería inútil que me comprendiese.

El pastor.—Se confunde mi cabeza. ¡De modo que todo el matrimonio de Vds., esa vida común de tantos años con su esposo no era más que un velo tendido sobre un abismo!

Elena.—Ni más ni menos. Ahora ya lo sabe V.

El pastor.—Esa... Ha de pasar mucho antes de que yo pueda explicarme todo eso. ¡No comprendo absolutamente nada! No puedo formarme una idea siquiera. Pero ¿cómo era posible...? ¿Cómo ha podido permanecer oculta tal cosa?

Elena.—Para que el secreto no trascendiese tuve que sostener una lucha de todos los instantes. Después del nacimiento de Oswaldo pareció que había alguna mudanza, pero no duró mucho. Más adelante tuve que luchar doble, tuve que empeñar un combate mortal para que nadie sospechara qué clase de hombre era el padre de mi hijo. Aparte de esto, V. recordará cómo sabía ganar los corazones Alving. Parecía imposible que nadie concibiese un mal pensamiento acerca de él. Parecía de esa especie de hombres contra cuya reputación todo es impotente. Pero al fin Manders—es menester que lo sepa V. todo,—al fin cometió una abominación mayor que todas las demás.

El pastor.—¿Mayor que todo?

Elena.—Yo llevaba con paciencia las cosas, aunque sin ignorar nada de

lo que pasaba fuera de casa; pero cuando el escándalo se instaló entre estas cuatro paredes...

El pastor.—¿Qué dice V.? ¡Ah, Dios mío!

Elena.—Sí, aquí, bajo nuestro techo. Ahí (*señalando la primera puerta de la derecha*) tuve la primera revelación un día que necesité entrar en ese cuarto; ví á la doncella entrar con agua para regar las flores.

El pastor.—¿Y bien?

Elena.—Al poco rato entró también Alving. Le oí hablar muy tiernamente á esa muchacha. Después oí (*con una risa seca*), ¡oh! aún resuenan en mi interior aquellas palabras desgarradoras y ridículas á la vez... oí á mi propia criada murmurar: «Déjeme V., señor; haga el favor de soltarme.»

El pastor.—¡Oh, una imperdonable ligereza! Pero una ligereza nada más, señora; créalo V.

Elena.—Lo que debía creer no tardó en saberlo. El gentilhombre logró sus fines con la muchacha, y el hecho, pastor, tuvo consecuencias.

El pastor. (*Petrificado.*)—¡Todo eso en esta casa, en esta casa!

Elena.—En esta casa he soportado yo muchas cosas. Para retenerlo aquí por las tardes y por las noches, tuve que ser su compañera de orgía allí arriba, en su cuarto; tuve que sentarme á la mesa con él, tuve que beber en su compañía; tuve que escuchar sus demencias; tuve que luchar cuerpo á cuerpo para llevarlo á la cama.

El pastor. (*Conmovido.*)—¿Y V. pudo sufrir todo eso?

Elena.—Me acordaba de mi hijo, y por él lo sufría todo. Pero al saber aquel último ultraje, al ver á mi propia criada... juré que todo aquello acabaría. Recabé la autoridad en la casa, la autoridad sobre todo... sobre él mismo; porque, como tenía ya un arma contra él, no se atrevía á moverse. Entonces fué cuando mandé á Oswaldo fuera de aquí. Cumplía en aquella fecha siete años, y empezaba á observar y á hacer las preguntas que todos los niños. Todo eso, Manders, no podía tolerarlo yo. Me pareció que el niño debía envenenarse en aquella atmósfera de mancillas. Por eso lo saqué de aquí. Ahora comprenderá V. por qué no ha vuelto á pisar esta casa, mientras ha vivido su padre. Nadie sabe lo que me ha costado.

El pastor.—En verdad, ha tenido V. una dura experiencia de la vida.

Elena.—Jamás hubiese resistido; á no tener un deber que cumplir. ¡Ah, puedo decir que he trabajado! Todas esas ventajas—el aumento de las tierras, la mejora de la posesión,—todas esas obras útiles, cuya gloria recogió Alving, ¿cree V. que fué él quien las llevó á cabo? ¡El, que desde la mañana hasta la noche estaba tendido en el sofá, engolfado en la lectura de una antigua *Guía oficial!* No, necesito que sepa V. otra cosa: yo era la que le hacía moverse en sus horas de lucidez, y yo era la que debía llevar todo el peso, cuando se entregaba á sus excesos habituales ó quedaba sumido en un marasmo sin nombre.

El pastor.—¿Y á la memoria de un hombre así eleva V. un monumento?

ELENA.—Vea V. lo que puede una mala conciencia.

EL PASTOR.—¿Una mala...? ¿Qué quiere V. decir?

ELENA.—Me ha parecido siempre que la verdad no podría menos de traslucirse, y que acabaría por ser conocida de todos. De ahí que ese asilo esté destinado en cierto modo á acallar todos los rumores y á evitar todas las sospechas.

EL PASTOR.—Pues no ha ido V. descaminada, señora.

ELENA.—Tenía otro móvil además. Yo no quería que Oswaldo, que mi hijo, heredase nada de su padre.

EL PASTOR.—De modo que con la herencia de Alving es con la que...

ELENA.—Sí, las sumas que año tras año he consagrado á ese asilo forman —lo he calculado exactamente—el total de un haber por el cual se consideraba en su día al teniente Alving como un buen partido.

EL PASTOR.—Comprendo...

ELENA.—Ese dinero fué el precio de compra. No quiero que pase á manos de Oswaldo. Mi hijo debe recibirlo todo de mí, todo.

(*Entra* Oswaldo Alving *por la segunda puerta de la derecha; ha dejado en el vestíbulo el abrigo y el sombrero.*)

ELENA. (*Yendo á su encuentro.*)—¿Estás ya de vuelta, querido mío?

OSWALDO.—Sí. ¿Qué va uno á hacer fuera con esta eterna lluvia? Pero oigo decir que vamos á comer. ¡Santa palabra!

REGINA. (*Saliendo del comedor con un paquete en la mano.*)—Un paquete para la señora.

(*Lo entrega á* Elena.)

ELENA. (*Dirigiendo una mirada al pastor.*)—Probablemente las cantatas para la fiesta de mañana.

EL PASTOR.—Hum...

REGINA.—Y la señora está servida.

ELENA.—Bien, en seguida vamos. No quiero más que...

(*Empieza á abrir el paquete.*)

REGINA. (*A Oswaldo.*)—¿El señorito desea Porto blanco ó tinto?

OSWALDO.—Los dos, Regina.

REGINA.—Bien... está muy bien.

(*Entra en el comedor.*)

OSWALDO.—Yo puedo ayudar á V. á destapar...

(*La sigue al comedor, cuya puerta queda entornada.*)

ELENA. (*Después de abrir el paquete.*)—Eso es: aquí están las cantatas, pastor.

EL PASTOR. (*Juntando las manos.*)—¿Cómo podré yo tener el espíritu bastante sereno para pronunciar mi discurso de mañana? ¡La verdad...!

ELENA.—¡Oh! Ya saldrá V. adelante.

EL PASTOR. (*Bajando la voz para no ser oído en el comedor.*)—¿Qué quiere V.? El hecho es que no podemos despertar el escándalo.

ELENA. (*Bajando la voz, pero con firmeza.*)—No; pero ese será el fin de esta larga y odiosa comedia. Desde pasado mañana obraré como si el difunto no

hubiese vivido jamás en esta casa. No quedará aqui nadie más que mi hijo y su madre.

(En el comedor se oye caer una silla y rumor de palabras.)

(*La voz de* Regina, *entre ahogada y estridente.*)—Pero, Oswaldo, ¿estás loco? ¡Suéltame!

ELENA. (*Retrocediendo espantada.*)—¡Ah!...

(*Dirige miradas extraviadas á la puerta entreabierta. Se oye toser y reir á* Oswaldo, *y el ruido de destapar una botella.*)

EL PASTOR. (*Indignado.*)—Pero, ¿qué significa?... ¿Qué es esto, señora?

ELENA. (*Con voz ronca.*)—Espectros..., la reaparición de la pareja del invernadero.

EL PASTOR.—¿Qué dice V.? ¿Regina...? ¿Sería?...

ELENA.—Sí. Venga V. ¡Ni una palabra!

(*Toma el brazo del pastor* Manders, *y se dirige al comedor con paso inseguro.*)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. El cielo cubierto, como antes, de espesa niebla.

(*Salen del comedor el pastor* Manders *y* Elena.)

ELENA. (*Volviendo la cabeza hacia atrás.*)—¿Vienes, Oswaldo?

OSWALDO. (*Desde dentro.*)—No, gracias; voy á dar una vueltecita.

ELENA.—Bien pensado. Sal un instante antes de que empiece otra vez el aguacero. (*Cierra la puerta del comedor, se dirige hacia la del vestíbulo y llama.*) ¡Regina!

REGINA. (*Desde dentro.*)—¿Señora?

ELENA.—Ve al lavadero á echar una mano á las guirnaldas.

REGINA.—Sí, señora.

(Elena *se cerciora de que ha salido* Regina, *y cierra la puerta.*)

EL PASTOR.—¿El no puede oir nada desde donde está, verdad?

ELENA.—Cerrada la puerta, no. Además, va á salir.

EL PASTOR.—Todavía estoy aturdido. No sé cómo he podido pasar un bocado.

ELENA. (*Paseando agitadamente y tratando de dominar su emoción.*)—Ni yo tampoco; pero, ¿qué hacer?

EL PASTOR.—¿Qué hacer, en efecto? No sé, por mi parte. Tengo tan poca experiencia en este género de cosas...

ELENA.—Estoy absolutamente segura de que no hay nada todavía...

EL PASTOR.—¡No! ¡El cielo nos libre! Pero no por eso dejan de ser familiaridades muy inconvenientes.

ELENA.—Todo eso es un simple capricho de Oswaldo. Puede V. estar seguro.

EL PASTOR.—¡Oh! Yo, lo repito, soy poco competente en esta clase de cosas. Sin embargo, me parece...

ELENA.—Ella tiene que salir de la casa, y en seguida. Eso es claro como la luz.

EL PASTOR.—Naturalmente...

ELENA.—Pero, ¿dónde ha de ir? Nosotros no podemos cargar con la responsabilidad de...

EL PASTOR.—Irá sencillamente á casa de su padre.

ELENA.—¿A casa de quién, dice V.?

EL PASTOR.—A casa de su... Digo no, es verdad: Engstrand no es su... Pero, ¡por Dios, señora! ¿Cómo es posible! Vamos, estará V. equivocada.

ELENA.—¡Ay! No estoy equivocada. Juana tuvo que confesármelo, y Alving no pudo negar. No había, pues, más remedio que echar tierra sobre el asunto.

EL PASTOR.—Evidentemente, no había otro partido.

ELENA.—La muchacha salió de casa inmediatamente, después de recibir una suma bastante respetable, como precio de su silencio. Con eso supo bandearse, una vez en la ciudad. Allí volvió á entenderse con el carpintero Engstrand, le dejó comprender el mucho dinero que tenía, y le urdió una historia sobre un extranjero que había entrado en el puerto con su yate el verano anterior. Y ahí tiene V. cómo se casó con Engstrand, de la noche á la mañana. ¡Eh! ¡Si V. mismo los casó!

EL PASTOR.—Pero, ¿cómo explicar...? Yo recuerdo muy bien la actitud de Engstrand cuando fué á verme para su matrimonio. Se presentó tan contrito y se reconvenía con tanta amargura por la ligereza de que se habían hecho culpables su prometida y él...

ELENA.—Claro que tenía que echar la culpa sobre sí.

EL PASTOR.—Pero todo aquel disimulo... ¡Y conmigo! No lo hubiera esperado de Jacobo Engstrand. ¡Ah! Tendrá que darme cuenta de todo, y seriamente; yo se lo prometo. ¡Y encima una unión tan inmoral! ¡Por dinero! ¿A cuánto ascendió la cantidad de que podía disponer la muchacha?

ELENA.—A trescientos escudos.

EL PASTOR.—¡Qué le parece á V.! ¡Casarse con una mujer perdida por trescientos miserables escudos!

ELENA.—¿Y qué dice V. de mí, que me dejé casar con un hombre perdido?

EL PASTOR.—Pero ¡Dios me valga! ¿Qué está V. diciendo? ¡Un hombre perdido!

ELENA.—¿Acaso cree V. que Alving fuese más puro, cuando lo acompañé al altar, que Juana, cuando se casó con Engstrand?

EL PASTOR.—Los casos son tan diferentes...

ELENA.—No tanto. Lo único diferente son los precios: por una parte, trescientos míseros escudos...; por la otra, una fortuna.

EL PASTOR.—¡Vaya! ¿Cómo puede V. comparar dos cosas tan distintas? ¿No se aconsejó V. de sus allegados y no sondeó V. su propio corazón?

ELENA. (*Sin mirarlo.*)—Yo creí que V. había comprendido por dónde andaba extraviado en aquella época este corazón, como V. lo llama.

EL PASTOR. (*Con austeridad.*)—Si lo hubiese comprendido, no hubiera visitado diariamente la casa de su marido de V.

ELENA.—En fin, lo cierto es que yo no me había consultado.

El pastor.—Bien, pero de todos modos V. siguió las prescripciones al tomar el consejo de sus parientes más cercanos: de su madre y de sus dos tías.

Elena.—Es verdad. Ellas tres fueron las que arreglaron el asunto, y no yo. ¡Estaban tan convencidas de que hubiese sido una locura rechazar ofrecimiento semejante! ¡Si mi madre pudiese levantar la cabeza y ver en lo que han venido á parar todos esos esplendores!

El pastor.—Nadie puede responder del resultado. Lo seguro es que el matrimonio de V. se hizo estrictamente según el orden prescrito.

Elena. (*A la ventana.*)—¡Ah, ese orden y esas prescripciones! ¡A veces me parece que son la causa de todas las desgracias de este mundo!

El pastor.—Señora, ahora comete V. un pecado.

Elena.—Es posible; pero todos esos lazos, todas esas consideraciones se me han hecho insoportables. No puedo... quiero desasirme, quiero la libertad.

El pastor.—¿Qué quiere V. decir?

Elena. (*Dando golpecitos en un cristal.*)—Yo no hubiera debido tender el velo sobre la vida de Alving. Pero no me atrevía á obrar de otro modo, hasta por consideraciones personales: ¡tan cobarde era!

El pastor.—¿Cobarde?

Elena.—Si se hubiera sabido algo, hubiesen dicho: ¡Pobre hombre! es natural que claudique: un hombre cuya mujer huye.

El pastor.—Y hasta cierto punto no hubiese faltado razón para hablar así.

Elena. (*Mirándole á la cara.*)—Si yo hubiese sido como debía, hubiera llamado aparte á Oswaldo y le hubiera dicho: Escucha, hijo mío, tu padre era un hombre perdido...

El pastor.—¡Misericordia!

Elena.—Le hubiese contado todo lo que he contado á V., ni más ni menos.

El pastor.—Acabaré por indignarme con V., señora.

Elena.—Sí, sí. Yo también me indigno (*apartándose de la ventana*) de verme tan cobarde.

El pastor.—¿Y llama V. cobardía á cumplir sencillamente con su deber? ¿Olvida que un hijo debe amor y respeto á sus padres?

Elena.—Dejémonos de generalidades. Una pregunta: ¿Debe amar y respetar Oswaldo al gentilhombre Alving?

El pastor.—¿No hay una voz de madre que le veda á V. destruir el ideal de su hijo?

Elena.—Pero ¿y la verdad?

El pastor.—Pero ¿y el ideal?

Elena.—¡Oh! ¡el ideal, el ideal! ¡Con solo que yo fuese un poco más animosa de lo que soy...!

El pastor.—No tire V. piedras al ideal, señora, porque se venga cruelmente. Y puesto que se trata de Oswaldo, Oswaldo ¡ay! no es muy rico en ideal; pero, hasta donde he podido ver, tiene uno: su padre.

Elena.—En eso no se engaña V.

El pastor.—Y ese sentimiento V. misma lo ha despertado y alimentado con sus cartas.

Elena.—Sí, era esclava del deber y

de los miramientos, y he mentido á mi hijo durante años. ¡Oh! ¡qué cobarde, qué cobarde era!

El pastor.—Ha implantado V. una ilusión saludable en el alma de su hijo, y á buen seguro que no es un bien de poco valor.

Elena.—¡Hum! ¿Quién sabe si es un bien...? En cuanto á un enredo con Regina, no lo quiero. No es cosa de que por una ligereza vaya á causar la desgracia de esa pobre muchacha.

El pastor.—¡No, gran Dios! Sería espantoso.

Elena.—Si yo supiese que tenía intenciones serias, y que iba en ello su felicidad...

El pastor.—¿El qué? No comprendo.

Regina.—Pero no hay caso, porque Regina, desgraciadamente, no se presta á ello.

El pastor.—¿Cómo? ¿Qué quiere V. decir?

Elena.—Si yo no fuese tan pusilánime, con gusto le diría: cásate con ella ó haced lo que os plazca; pero no haya engaño.

El pastor.—¡Cielo santo! ¡Un matrimonio en esas condiciones! ¡Una cosa tan espantosa... tan inaudita!

Elena.—¿Inaudita, dice V.? Pastor Manders, con la mano en el corazón, ¿no cree V. que en torno de nosotros, en el país, hay más de una unión entre parientes tan cercanos?

El pastor.—No la entiendo á V.

Elena.—¡Vaya!

El pastor.—V. piensa en casos excepcionales en que... ¡ay! la vida de familia no siempre es desgraciadamente todo lo pura que debiera. Pero una cosa como esa á que hace V. alusión no se sabe jamás... al menos con certidumbre. Aquí, á la inversa, se daría el caso de que V., una madre, quisiese que su...

Elena.—Pero si yo no lo quiero ni remotamente. Por nada del mundo lo consentiría; es precisamente lo que digo.

El pastor.—Porque es V. cobarde, según su expresión. De modo que, si no fuese V. cobarde... ¡Dios bondadoso! ¡Una unión tan repulsiva!

Elena.—¡Eh! todos, me parece, descendemos de uniones de esa clase. ¿Y quién ha instituido tales cosas Pastor?

El pastor.—Señora, yo no trato con V. de semejantes materias. Está V. lejos de hallarse en la disposición requerida; pero cuando se atreve V. á decir que es una cobardía de su parte el...

Elena.—Escuche V. y sepa lo que quiero decir. Tengo miedo, porque hay en mí algo que me obsedia, recuerdos terribles que me persiguen como fantasmas de que no puedo librarme.

El pastor.—¿Cómo dice V.?

Elena.—Cuando vi en ese sitio á Regina y á Oswaldo, me pareció como si el pasado reviviese ante mí. Y no me falta nada para creer, pastor, que todos somos aparecidos. No es sólo que corra en nuestras venas la sangre de nuestros padres; es que llevamos también una especie de idea destruida, una especie de creencia muerta con todo lo que á ella se asocia. Nada de eso vive; pero, á pesar de todo, no deja de estar allá, en el fondo de nosotros

mismos, sin que jamás logremos desecharlo. ¿Cojo un periódico y me pongo á leer? Pues veo surgir fantasmas entre las letras. Se me figura que el país está poblado de aparecidos, que hay tantos como granos de arena en el mar. Y, por remate, ¡todos, mientras existimos, tenemos un miedo tan miserable á la luz!

EL PASTOR.—He aquí, pues, el fruto de sus lecturas. ¡Bello fruto en verdad! ¡Ah! ¡Esos abominables libros, esos escritos revolucionarios de los librepensadores!

ELENA.—Se equivoca, mi querido pastor. Quien me indujo á reflexionar fué V. mismo, y le debo á V. las gracias.

EL PASTOR.—¿Yo?

ELENA.—Sí. Cuando V. me redujo á lo que llamaba el deber, cuando me alabó como justo y equitativo aquello contra lo cual se sublevaba horrorizado todo mi ser, empecé á examinar la trama de sus enseñanzas. Yo no quería tocar más que un solo punto; pero, suelto ese, se deshacía todo. Y entonces vi que las costuras de V. estaban hechas á máquina.

EL PASTOR. *(Pausadamente, con emoción.)*—¿Sería éste el premio de lo que fué el más duro combate de mi vida?

ELENA.—Diga V. mejor la más sensible de sus derrotas.

EL PASTOR.—Fué la mayor victoria de mi vida, Elena: un triunfo sobre mí mismo.

ELENA.—Un crimen contra nosotros dos.

EL PASTOR.—¿Qué? Un día va V. á mi casa, completamente extraviada, gritando: «Aquí me tienes, tómame»; entonces yo le suplico, yo le digo: «Mujer, vuelva al lado de quien es su esposo ante las leyes», ¿y á eso llama V. un crimen?

ELENA.—En mi opinión, sí.

EL PASTOR.—V. y yo no nos comprenderemos nunca.

ELENA.—En todo caso, no nos comprendemos ya.

EL PASTOR.—Jamás... jamás he considerado á V. en mis pensamientos más secretos sino como la mujer de otro.

ELENA.—¿Está V. seguro?

EL PASTOR.—¡Elena!

ELENA.—¡Se olvida uno tan fácilmente...!

EL PASTOR.—No tanto. Por mi parte, soy el mismo de siempre.

ELENA. (*Cambiando de tono.*)—Bien, bien; no hablemos más del pasado. Ahora anda V. metido hasta el cuello en juntas y direcciones, y yo estoy aquí luchando contra aparecidos dentro y fuera.

EL PASTOR.—En cuanto á los de fuera, podré ayudar á V. á librarse de ellos. Después de todo lo que he sabido hoy con espanto, no puedo en conciencia asumir la responsabilidad de dejar en su casa á una muchacha inexperta.

ELENA.—¿No cree V. que lo mejor sería procurarle una posición... quiero decir... algún buen partido?

EL PASTOR.—Sin ninguna duda. Opino que sería de desear en todos sentidos. Regina ha llegado á la edad en que... ¡Dios mío! Yo no entiendo de esas cosas, pero...

ELENA.—Regina se ha desarrollado pronto.

EL PASTOR.—¿No es verdad? Por lo que toca á desarrollo corporal, creo acordarme de que estaba ya muy adelantada cuando yo la preparaba para la confirmación. Pero, mientras, es preciso de todos modos que vuelva á su casa. Bajo la mirada de su padre... ¡Digo, no! Engstrand no es... ¡Ah! ¡Que haya podido él, él, ocultarme así la verdad!

(*Llaman á la puerta del vestíbulo.*)

ELENA.—¿Quién podrá ser? Adelante.

ENGSTRAND. (*En traje de domingo, á la entrada.*) Vds. dispensen, pero...

EL PASTOR.—¡Ah, ah! ¡Hum!...

ELENA.—¿Es V., Engstrand?

ENGSTRAND.—No estaban ahí las muchachas, y he tenido que tomarme la libertad excesiva de llamar á la puerta.

ELENA.—Bien, bien. Entre. ¿Tiene V. algo que decirme?

ENGSTRAND. (*Entrando.*)—No, señora, mil gracias. A quien querría hablar una palabrita es al señor pastor.

EL PASTOR. (*Paseándose.*)—¿A mí? ¿Es á mí á quien quiere V. hablar? ¿A mí, no es verdad?

ENGSTRAND.—Sí, señor; yo querría...

EL PASTOR. (*Parándose delante de él.*)—¡Bueno! ¿Y puedo saber de qué se trata?

ENGSTRAND.—Pues verá V., señor pastor: es la hora de la paga allá... Mil gracias, señora... Ya está todo preparado, y á mí me ha parecido conveniente que los que hemos estado trabajando en tan buena armonía durante todo ese tiempo... me ha parecido que haríamos bien en terminar con una reunioncita piadosa.

EL PASTOR.—¿Una reunión allá en el asilo?

ENGSTRAND.—Sí... á no ser que al señor pastor no le parezca conveniente, porque entonces...

EL PASTOR.—Claro que me parece conveniente, pero... ¡Jem!...

ENGSTRAND.—Yo mismo solía arreglar reunioncitas por la noche...

ELENA.—¿Sí?

ENGSTRAND.—Sí, de vez en cuando, algún ejercicio de piedad; pero yo no soy más que un pobre hombre humilde y rudo, y no tengo las dotes necesarias... ¡Dios me ayude!... Así que, como el señor pastor estaba aquí, pensé que...

EL PASTOR.—Bien, pero yo tengo que hacerle antes una pregunta, señor Engstrand. ¿Está V. en las disposiciones requeridas para tal reunión? ¿Tiene V. libre y limpia la conciencia?

ENGSTRAND.—¡Oh! Dios nos perdone, no vale la pena de que uno hable de su conciencia, señor pastor.

EL PASTOR.—Al contrario, se trata de ella cabalmente. Veamos: ¿qué tiene V. que responder?

ENGSTRAND.—¡Eh! La conciencia puede encontrarse á veces en falta.

EL PASTOR.—Vamos, al menos conviene V. en ello. Pero ¿quiere V. decirme aquí, francamente, qué historia es esa de Regina?

ELENA. (*Con viveza.*)—¡Pastor Manders!

El pastor. (*Haciendo un ademán para calmarla.*)—Déjeme hacer.

Engstrand. —¿Regina?... ¡Señor! ¡Me da V. miedo! (*Mira á* Elena.) ¿Supongo que no le habrá ocurrido ninguna desgracia á Regina?

El pastor.—Es de esperar. Pero de lo que yo hablo es de su situación de V. con respecto á Regina. A V. lo tienen por padre suyo, ¿no es esto? Bien; pues diga...

Engstrand. (*Vacilando.*)—¡Jem! El señor pastor sabe muy bien lo ocurrido conmigo y con mi difunta Juana...

El pastor.—Es inútil atenuar la verdad. Su difunta mujer se lo reveló todo á la señora antes de dejar su servicio.

Engstrand.—¡Oh! ¡que se lo...! ¿Esas tenemos? Pero ¿hizo eso de veras?...

El pastor.—¡Ea! Ya está V. desenmascarado, Engstrand.

Engstrand.—...¡Y ella que había jurado por la salvación de su alma...!

El pastor.—¡Por la salvación de su alma!

Engstrand.—No, no; había jurado simplemente, pero con todo su corazón.

El pastor.—¡De manera que V. me ha ocultado la verdad durante tantos años! ¡Me la ha ocultado V. á mí que le demostraba una confianza tan inquebrantable en todo y siempre!

Engstrand.—¡Ay! Sí, lo he hecho.

El pastor.—¿He merecido yo que V. me engañase, Engstrand? ¿No me ha encontrado V. siempre propicio á ayudarle con mis consejos y con actos hasta donde dependía de mí? Responda, ¿es cierto? ¿sí ó no?

Engstrand.—Efectivamente, más de una vez me hubiera costado trabajo salir de apuros, á no ser por el pastor Manders.

El pastor.—Y V. me lo recompensa así. Me ha hecho V. sentar falsas inscripciones en los registros de la parroquia, y durante toda una serie de años no me ha dado V. ninguna de las explicaciones que me debía, que debía á la verdad. ¡Engstrand, su conducta de V. no tiene perdón, y desde ahora todo ha acabado entre nosotros!

Engstrand. (*Suspirando.*)—Es verdad; bien lo veo.

El pastor.—Sí, porque ¿cómo podría V. justificarse?

Engstrand.—Pero ¿cómo ha podido ella confesar su vergüenza? Vamos, señor pastor, supóngase V. que está en el caso de mi difunta Juana...

El pastor.—¡Yo!

Engstrand.—Señor, no es más que un suponer. Yo quiero decir, pongo por caso, que el señor pastor tuviese alguna cosa vergonzosa que ocultar á los ojos del mundo, como se dice. Nosotros, los hombres, no debemos apresurarnos á condenar á una pobre mujer, señor pastor.

El pastor.—No es á su mujer de V. á quien acuso, sino á V.

Engstrand.—¿Si yo pudiese hacer una preguntita al señor pastor?

El pastor.—Vamos, hágala.

Engstrand.—¿Un hombre no tiene el deber de levantar á toda criatura que cae?

El pastor.—Evidentemente.

Engstrand.—¿Y un hombre no está obligado á cumplir su palabra?

El pastor.—También. Pero...

Engstrand.—Después de su desgracia por causa de aquel inglés—puede que fuese un americano ó un ruso, como los llaman—Juana vino á la ciudad. La pobre muchacha me había rechazado ya varias veces, porque ella no tenía ojos más que para lo bonito, y yo me encontraba con este defecto de la pierna. Ya, ya se acuerda el señor pastor del accidente. Un día fuí á caer en un baile donde andaban de bullanga los marineros en medio del delirio de la embriaguez, como se dice. Y queriendo convencerlos para que abrazasen una nueva vida...

Elena. (*En la ventana.*)—Hum...

El pastor. —Estoy al cabo, Engstrand: aquellos hombres groseros le tiraron por la escalera. Me lo ha contado V. Su achaque le honra.

Engstrand.—No es que me envanezca, señor pastor. Quería decirle que por entonces vino Juana á confiarse á mí con las lágrimas en los ojos y rechinando los dientes. Puede creerme, señor pastor: me desgarraba el alma oir sus lamentos.

El pastor.—¿De veras, Engstrand? Continúe V.

Engstrand.—Entonces le dije: el americano navega por esos mares, y tú, Juana, has cometido un pecado y te has perdido. Pero aquí está Jacobo Engstrand, le dije luego; aquí está firme sobre sus piés. No era más que una figura, vamos al decir, señor pastor.

El pastor.—Comprendo muy bien. Siga.

Engstrand.—¡Pues bueno! Yo la levanté y me casé con ella á la faz de todo el mundo para que no se supiese su desliz con un extraño.

El pastor.—En todo eso obró V. dignamente. Pero lo que yo no puedo aprobar es que se rebajase V. á admitir dinero.

Engstrand.—¡Dinero! ¿Yo? Ni un céntimo.

El pastor. (*Interrogando con la mirada á* Elena.)—¡Pero...!

Engstrand.—¡Ah, sí!... Aguarde V. un poco; recuerdo que Juana tenia algo, es verdad. Pero yo no quise jamás oir hablar de tal cosa. ¡Quita allá!, dije; eso es el precio del pecado. Este oro miserable—ó esos billetes de Banco... lo que sea... no sé—vamos á tirárselo á la cara al americano: así dije yo. Pero el hombre se había marchado, había desaparecido al través de los mares y de las tempestades, señor pastor.

El pastor.—¿Hizo eso el bueno de Engstrand?

Engstrand.—Ya lo creo. Entonces Juana y yo convinimos en que ese dinero debía servir para criar á la niña; y así ha sido, y yo puedo rendir cuentas hasta de la moneda más insignificante.

El pastor.—Eso hace variar mucho la cuestión.

Engstrand.—Eso es lo que ha pasado, señor pastor; y, bien puedo decirlo, yo he sido un verdadero padre para Regina en la medida de mis fuerzas, porque no soy por desgracia más que un pobre lisiado.

El pastor.—Vamos, vamos, querido Engstrand.

ENGSTRAND.—Pero eso, sí, señor, lo puedo decir: yo he educado á la niña, he vivido en espíritu de amor con mi difunta Juana, y he ejercido la autoridad en la casa, como está escrito. Y jamás me ha pasado por la cabeza ir á buscar al pastor Manders para alabarme y hacer gala de haber cumplido yo también un día una buena acción. No; cuando á Jacobo Engstrand le pasa eso, calla y se lo guarda para sí. Desgraciadamente, eso no ocurre á menudo, como V. comprende, y, cuando estoy con el pastor Manders, no me faltan extravíos y flaquezas de que hablarle. Porque, repito lo que decía hace poco: la conciencia puede encontrarse en falta de vez en cuando.

EL PASTOR. — Deme la mano, Jacobo.

ENGSTRAND.—¡Jesús mío! Señor Pastor...

EL PASTOR.—No ande con niñerías. (*Le estrecha la mano.*) ¡Así!

ENGSTRAND.—¿Y si yo pidiese ahora perdón al señor pastor?...

EL PASTOR.—¿V.? Yo soy, al contrario, el que debo disculparme.

ENGSTRAND.—¡Ah, eso jamás!

EL PASTOR.—Mucho que sí, y lo hago de todo corazón. Perdone mi sospecha; y si yo pudiese demostrarle de algún modo mi absoluta confianza y mi buena voluntad...

ENGSTRAND.—¿Haría V. tal cosa, señor Pastor?

EL PASTOR.—Con el mayor placer.

ENGSTRAND.—Es que... en este mismo momento tendría V. la ocasión de hacerlo. Con el dinero que he ahorrado aquí quiero fundar en la ciudad un albergue para los marinos.

ELENA.—¡Oiga!

ENGSTRAND.—Sí; vendría á ser, como quien dice, una especie de asilo. El hombre de mar está expuesto á todas las tentaciones cuando viene á tierra. Pero en mi albergue, en la casa de que le hablo, estaría como bajo las miradas de un padre. Ese es mi proyecto.

EL PASTOR.—¿Qué le parece de esa idea, doña Elena?

ENGSTRAND.—No dispongo de mucho, y si encontrase una mano bienhechora...

EL PASTOR. — Corriente, corriente. Habrá que pensar en todo eso. Su designio de V. me halaga extraordinariamente. Ahora váyase á sus cosas, y que enciendan para que todo tenga su airecito de fiesta; después nos ocuparemos de nuestra reunión edificante, mi querido Engstrand, porque ahora sí que lo creo á V. de veras en buenas disposiciones.

ENGSTRAND.—Eso me parece á mí también. Vaya, pues con Dios, señora, y gracias por sus favores; guárdeme V. bien á Regina (*se limpia una lágrima*), la hija de mi difunta Juana... Es singular... pero no parece sino que ha echado raíces en mi corazón. ¡Ah, es la pura verdad!

(*Saluda y vase por la puerta del vestíbulo.*)

EL PASTOR.—¿Eh? ¿Qué le parece á V. de ese hombre, señora? La explicación que nos ha dado se aparta un poco de la de V....

ELENA.—En efecto.

EL PASTOR.—Ya ve V. cuánto hay que mirarse antes de pronunciar juicios sobre el prójimo. Pero, en cambio, ¡qué alegría cuando uno reconoce su error! ¿No lo cree V. así?

ELENA.—Lo que creo, Manders, es que V. es y será siempre un niñote.

EL PASTOR.—¿Yo?

ELENA. (*Poniendo las dos manos sobre los hombros del* Pastor.)—Y añado que me entran grandes ganas de echarle á V. los brazos al cuello.

EL PASTOR. (*Retrocediendo apresuradamente.*)—¡No, no, Dios bendito!... ¡Semejantes deseos...!

ELENA. (*Sonriendo.*)—¡Vamos, no tenga V. miedo de mí!

EL PASTOR. (*Después de acercarse al velador.*)—Tiene V. á veces una manera de expresarse tan vehemente... Ahora guardo los documentos en mi cartera. (*Lo hace.*) Eso es. Hasta la vista. No aparte los ojos de Oswaldo, cuando venga. Yo volveré dentro de poco.

(*Coge el sombrero y vase por la puerta del vestíbulo.*)

ELENA. (*Exhala un suspiro; dirige una mirada por la ventana; arregla un poco el cuarto, y se dispone á entrar en el comedor; pero se detiene estupefacta en el umbral, y profiere una exclamación sorda.*)—¡Oswaldo! ¡Todavía estás en la mesa!

OSWALDO. (*Desde el comedor.*)—No quería más que acabar el cigarro.

ELENA.—Creí que habías salido á pasearte un rato.

OSWALDO.—¡Con este tiempo!

(*Se oye ruido de vasos.* Elena *deja abierta la puerta y se sienta en el sofá cerca de la ventana, con el bordado en la mano.*)

OSWALDO. (*Desde dentro.*)—¿No es el pastor Manders el que acaba de salir?

ELENA.—Sí, va al asilo.

OSWALDO.—¡Jem!

(*Se oye el choque de un vaso y una botella.*)

ELENA. (*Mirando intranquila.*)—Querido Oswaldo, conviene que tengas cuidado con ese licor, porque es fuerte.

OSWALDO.—Es bueno contra la humedad.

ELENA.—¿No] prefieres venir aquí conmigo?

OSWALDO.—No podría fumar.

ELENA.—Ya sabes tú que puedes fumar un cigarro.

OSWALDO.—Bueno, bueno, ya voy. Nada más que otra gotita... ¡Ea! concluido.

(*Entra con el cigarro en la boca y cierra la puerta. Una pausa breve.*)

OSWALDO.—¿Dónde ha ido el Pastor?

ELENA.—Si acabo de decirte que ha ido al asilo.

OSWALDO.—Justo.

ELENA.—No debías quedarte tanto tiempo en la mesa, Oswaldo.

OSWALDO. (*Llevándose á la espalda la mano en que tiene el cigarro.*)—Pero si eso es una delicia, madre. (*La acaricia y le da golpecitos.*) Figúrate: acabado de regresar, verme sentado á la limpia mesa de mi madrecita, en la casa de

mi madrecita, y saborear la excelente cocina de mi madrecita...

ELENA.—Querido mío.

OSWALDO. (*Se levanta, pasea y fuma con alguna impaciencia.*)—¿Y qué hacer aquí sin eso? No puedo ponerme á trabajar.

ELENA.—¿No? ¿No podrías?

OSWALDO.—¿Tan oscuro como está? ¿Sin un rayo de sol en todo el día? (*Paseando agitadamente.*) ¡Oh! ¡Qué suplicio no poder trabajar!...

ELENA.—¿Te habrás precipitado un poco al volver aquí?

OSWALDO.—No, madre, era preciso.

ELENA.—Es que mejor querría cien veces seguir privada de la felicidad de tenerte conmigo que verte...

OSWALDO. (*Parándose delante de la mesa.*)—Pero... dime, madre, ¿de veras es tan gran felicidad para ti tenerme á tu lado?

ELENA.—¡Sí es una felicidad!

OSWALDO. (*Estrujando un periódico.*)—Me parece que te debería ser indiferente hasta cierto punto el que yo existiese ó no.

ELENA.—¿Y tienes alma para decir eso á tu madre, Oswaldo?

OSWALDO.—Pues tú has podido vivir sin mí hasta ahora perfectamente.

ELENA.—Sí, he podido vivir sin ti, es cierto...

(*Pausa. Oscurece poco á poco.* Oswaldo *pasea precipitadamente. Deja el cigarro.*)

OSWALDO. (*Deteniéndose delante de* Elena.)—Madre, ¿puedo sentarme en el sofá junto á ti?

ELENA. (*Haciéndole sitio.*)—Sí, ven, ven, querido mío.

OSWALDO. (*Sentándose.*)—Ahora tengo que decirte una cosa, madre.

ELENA. (*Prestando atención.*)—¿Qué?

OSWALDO. (*Mirando fijamente en frente de sí.*)—No puedo tenerlo más tiempo sobre mi corazón.

ELENA.—¿Tener el qué? ¿Qué hay?

OSWALDO. (*Mirando en frente, como antes.*)—No he podido resolverme á escribirte sobre el particular, y desde mi regreso...

ELENA. (*Cogiéndole del brazo.*)—¡Pero qué es, Oswaldo!

OSWALDO.—Ayer y hoy he procurado librarme de mis pensamientos... desecharlos. Inútil.

ELENA. (*Levantándose bruscamente.*)—Oswaldo, vas á decírmelo todo.

OSWALDO. (*Obligándola á sentarse de nuevo.*)—Quédate aquí. Probaré. Me he quejado de una fatiga causada por el viaje...

ELENA.—Bien... ¿y...?

OSWALDO.—Y no es eso, ó, mejor, no es una fatiga ordinaria...

ELENA. (*Intentando levantarse otra vez.*)—¿Pero no estarás enfermo, Oswaldo?

OSWALDO. (*Obligándola á sentarse nuevamente.*)—No te muevas, madre. Oyeme con calma. Lo que yo tengo no es una enfermedad, lo que se llama generalmente una enfermedad. (*Cruzando las manos sobre la cabeza.*) ¡Madre! ¡Yo estoy quebrantado de espíritu, soy hombre perdido!... ¡Jamás podré trabajar!

(*Ocultando la cara con las manos, cae*

de rodillas delante de su madre y prorrumpe en sollozos.)

ELENA. (*Pálida y temblorosa.*)—¡Oswaldo! ¡Mírame! ¡No, no, nada de eso es verdad!

OSWALDO. (*Mirándola con desesperación.*)—¡No volver á trabajar jamás! ¡jamás...! ¡jamás! ¡Ser un muerto en vida! Madre, ¿puedes figurarte tú ese horror?

ELENA.—¡Pobre hijo mío! Pero ¿de qué viene ese horror? ¿Cómo ha llegado á dominarte?

OSWALDO.—¡Ah! Es precisamente lo que no me explico. Yo no he llevado jamás una vida borrascosa en ningún sentido; puedes creerme, madre. Soy sincero.

ELENA.—Pero si no lo dudo, Oswaldo.

OSWALDO.—El caso es que me encuentro así... ¡Una desgracia tan terrible!

ELENA.—¡Oh! todo eso se disipará, hijo de mi alma. No es más que un exceso de trabajo, créelo.

OSWALDO. (*Sordamente.*)—Eso me figuraba también al principio; pero es otra cosa.

ELENA.—Cuéntamelo todo, punto por punto.

OSWALDO.—Es lo que me propongo.

ELENA.—¿Cuándo notaste eso por primera vez?

OSWALDO.—Desde que llegué á Paris, después de mi última estancia acá. Empecé por sentir unos dolores de cabeza violentísimos, especialmente en el occipucio; parecía como si me hubiesen metido el cráneo en un anillo de hierro desde la nuca hasta la coronilla.

ELENA.—¿Y qué más?

OSWALDO.—Creía que era el dolor de cabeza que me hizo sufrir tanto en la época del crecimiento.

ELENA.—Sí, sí.

OSWALDO.—Pero no era eso. No tardé en convencerme. Me fué imposible trabajar. Quise empezar un gran cuadro, y me encontré como sin facultades. Todas mis fuerzas estaban como paralizadas; no podía concentrarme y llegar á ver imágenes fijas. Todo giraba en torno mío, como si hubiese estado poseído de vértigo. ¡Fué una situación terrible! Al fin mandé llamar al médico, y por él lo supe todo.

ELENA.—¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—Era uno de los grandes médicos de allá. Tuve que especificarle lo que sentía, y él me hizo luego una porción de preguntas que, á mi juicio, no tenían nada que ver con mi estado; yo no adivinaba á dónde quería ir á parar.

ELENA.—Sigue.

OSWALDO.—Acabó por decirme: V. tiene algo *vermoulu* desde su nacimiento; es la palabra francesa que usó.

ELENA. (*Escuchando con atención concentrada.*)—¿Qué quería decir?

OSWALDO.—Es cabalmente lo que yo no comprendía; así que le rogué que se explicase con más claridad. Entonces dijo el cínico del viejo... (*Cerrando el puño.*) ¡Oh!...

ELENA.—¿Dijo?

OSWALDO.—Los hijos pagan los pecados de los padres.

ELENA. (*Levantándose lentamente.*)—¡Los pecados de los padres...!

OSWALDO.—Ganas me daban de abofetearlo.

ELENA. (*Atrevesando la escena.*)—Los pecados de los padres...

OSWALDO. (*Con forzada sonrisa.*)—Sí. ¿Qué te parece? Naturalmente, yo le aseguré que, por lo que hace á mí, no había que pensar en tal cosa. ¿Crees que se desdijo? Nada de eso, sostuvo su afirmación; y hasta que cogí tus cartas y le traduje los pasajes referentes á padre...

ELENA.—¿Qué?

OSWALDO.—Que entonces no tuvo más remedio que confesar que erraba el camino. ¡Y de ese modo supe la verdad, la incomprensible verdad! Esa desdichada existencia de joven, esos tratos alegres... hubiese debido abstenerme de tales cosas. Había abusado de mis fuerzas. ¡De manera que por mi propia culpa...!

ELENA.—¡No, Oswaldo! ¡No lo creas!

OSWALDO.—No había otra explicación posible, según dijo. He ahí lo más afrentoso. ¡Perdido irreparablemente para toda la vida por mi propio aturdimiento! Todo lo que hubiese podido hacer en este mundo... ¡ni intentar pensarlo, ni intentar soñarlo siquiera! ¡Oh! ¡Que no pueda yo revivir! ¡Que no pueda yo hacer que todo eso no hubiese pasado! (*Se deja caer de cara al sofá.* Elena *se retuerce las manos y recorre la escena en una lucha muda consigo misma.* Oswaldo, *después de un instante, levantándose á medias y permaneciendo de codos, continúa*): ¡Todavía si fuese una herencia, una cosa contra la cual hubiese sido yo impotente!... ¡Pero así! ¡Disipar uno con tal ligereza, de una manera tan necia y vergonzosa su propia felicidad, su propia salud, todo... el porvenir, la vida...!

ELENA.—¡No, no, querido hijo, es imposible! (*Se inclina hacia él.*) El caso no es tan desesperado como tú crees.

OSWALDO.—¡Ah! Tú no sabes... (*Levantándose de una sacudida.*) Y toda esta pena, madre, toda esta pena que te causo. Más de una vez he deseado que en el fondo te preocupases menos de mí, y casi lo he supuesto.

ELENA.—¡Yo, Oswaldo! ¡Mi único hijo! Lo más precioso que tengo en el mundo, mi única preocupación.

OSWALDO. (*Cogiendo las manos de su madre y cubriéndolas de besos.*)—Sí, sí, ya lo veo, madre, cuando estoy en casa, ya lo veo. Y es otra de las cosas que más me pesan... Pero ahora ya lo sabes todo, y no volveremos á hablar de ello por hoy. No puedo pensar en esto mucho tiempo seguido. (*Se dirige hacia el fondo.*) Que me den algo de beber, madre.

ELENA.—¿De beber? ¿Qué quieres beber á estas horas?

OSWALDO.—¡Eh! Cualquier cosa. Tú tienes en casa ponche frío.

ELENA.—Sí, pero mi querido Oswaldo...

OSWALDO.—No te opongas á esto, madre. Sé amable. Necesito algo con que ahogar todos los pensamientos que me consumen. (*Entra en el invernadero.*) ¡Y, para colmo, esta oscuridad que reina aquí!

(Elena *tira del cordón de la campanilla que está á la derecha.*)

OSWALDO.—¡Y esta lluvia continua! Una semana tras otra, y meses enteros sin parar. ¡Ni un rayo de sol nunca! De todas las veces que he estado en casa no recuerdo una en que haya hecho sol.

ELENA.—Oswaldo, tú piensas abandonarme.

OSWALDO. (*Suspirando profundamente.*)—Yo no pienso en nada. No puedo pensar en nada. (*Bajando la voz.*) No hay cuidado.

REGINA. (*Saliendo del comedor.*)—¿Ha llamado la señora?

ELENA.—Sí, traiga V. la lámpara.

REGINA.—En seguida, señora. Está encendida. (*Vase.*)

ELENA. (*Acercándose á* Oswaldo.)—Oswaldo, no disimules conmigo.

OSWALDO.—No te oculto nada, madre. (*Aproximándose á la mesa.*) Me parece que te he hecho no pocas confesiones...

(*Entra* Regina *con la lámpara y la pone en la mesa.*)

ELENA.—Oye, Regina, ve por una botella pequeña de champaña.

REGINA.—Sí, señora. (*Sale.*)

OSWALDO. (*Estrechando la cabeza de* Elena.)—Eso sí que está bien. Ya sabía yo que mi madrecita no consentiría que su hijo tuviese sed.

ELENA.—¡Pobrecito Oswaldo! ¿Cómo podría yo negarte nada ahora?

OSWALDO. (*Con viveza.*)—¿Es de veras, madre? ¿Lo dices en serio?

ELENA.—¿Cómo? ¿El qué?

OSWALDO.—¿Que no tienes nada que negarme?

ELENA.—Pero, mi querido Oswaldo...

OSWALDO.—¡Cht!

REGINA. (*Dejando en la mesa una bandeja con una botella pequeña de champaña.*)—¿He de destapar?

OSWALDO.—Gracias, voy á hacerlo yo.

(*Vase* Regina.)

ELENA. (*Sentándose á la mesa.*)—¿Qué hay, pues, que no debería negarte yo? ¿En qué pensabas?

OSWALDO. (*Ocupado en abrir la botella.*)—Ante todo uno... ó dos vasos.

(*Hace saltar el tapón, llena un vaso, y quiere llenar otro.*)

ELENA. (*Sujetándole la mano.*)—Gracias... yo no tomo.

OSWALDO.—Entonces será para mí.

(*Bebe un vaso, y lo vuelve á llenar y á vaciar. Después se sienta á la mesa.*)

ELENA. (*Esperando que hable.*)—¿Conque...?

OSWALDO. (*Sin mirarla.*)—Oye: me ha llamado la atención cómo estabais en la mesa tú y el pastor Manders... tan callados los dos...

ELENA.—¿Notaste tú eso?

OSWALDO.—Sí. (*Después de una pausa.*) Dime... ¿qué piensas de Regina?

ELENA.—¿Que qué pienso?

OSWALDO.—Sí. ¿Verdad que es soberbia?

ELENA.—Mi querido Oswaldo, tú no la conoces como yo.

OSWALDO.—¿Eso quiere decir...?

ELENA.—Regina, desgraciadamente,

ha permanecido demasiado tiempo en su casa; debí recogerla más pronto.

OSWALDO.—Bien, pero ¿no es soberbia, madre?

(*Llena el vaso.*)

ELENA.—Regina tiene muchos y muy grandes defectos...

OSWALDO.—¿Y eso qué?

(Bebe.)

ELENA.—Pero no por eso le tengo menos cariño; y soy responsable de ella. Por nada de este mundo querría que le sucediese ninguna cosa.

OSWALDO. (*Levantándose de un salto.*) —¡Madre, Regina es mi única salvación!

ELENA.—¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—Yo no puedo continuar soportando á solas este tormento.

ELENA.—¿No tienes á tu madre para soportarlo contigo?

OSWALDO.—Así lo creía, y por eso he venido. Pero ya veo que las cosas no podrán seguir de este modo. Yo no podré pasar aquí toda mi existencia.

ELENA.—¡Oswaldo!

OSWALDO.—Yo tengo que vivir de otro modo, madre. He ahí por qué es preciso que te deje. Yo no quiero que tengas siempre este espectáculo delante de los ojos.

ELENA.—¡Infeliz hijo! Pero mientras estés tan enfermo, Oswaldo...

OSWALDO.—Si no fuese más que la enfermedad, me quedaría contigo, madre, porque tú eres el mejor amigo que tengo en el mundo.

ELENA.—¿Verdad que sí, Oswaldo? ¡Di!

OSWALDO. (*Yendo de un lado para otro con desasosiego.*)—Pero son además todos estos tormentos, todos estos remordimientos interiores... y por remate esta gran angustia, esta angustia mortal. ¡Oh!... ¡Esta horrible angustia!

ELENA. (*Yendo detrás de él.*)—¿Angustia? ¿Qué angustia? ¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—¡Ah! No me preguntes más sobre eso. No sé, no puedo describírtela.

(Elena *pasa á la derecha y tira del cordón de la campanilla.*)

OSWALDO.—¿Qué quieres?

ELENA.—Quiero que mi hijo esté alegre, ¡eso! Es menester que no vea negras todas las cosas. (*A* Regina *que aparece en la puerta.*) ¡Más champaña! Ahora una botella grande.

(*Vase* Regina.)

OSWALDO.—¡Madre!

ELENA.—¿Crees tú que nosotros no sabemos vivir aquí?

OSWALDO.—¿No tiene esa muchacha una estampa soberbia? ¡Vaya unas formas! Y rebosando salud por todas partes.

ELENA. (*Sentándose á la mesa.*)—Vente aquí, Oswaldo, y hablemos tranquilamente.

OSWALDO. (*Sentándose.*)—¿No sabes, madre, que yo tengo que reparar una falta cometida con Regina?

ELENA.—¿Tú?

OSWALDO.—O, si prefieres, una ligera imprudencia, y muy inocente. La última vez que estuve aquí...

ELENA.—¿Qué pasó la última vez?

OSWALDO.—Me hizo mil preguntas sobre París, y le conté qué sé yo cuántas cosas. Después recuerdo que un día acerté á decirle: «¿No le gustaría á V. ir allá?»

ELENA.—¿Y ella?...

OSWALDO.—Se puso como la grana, y me dijo: «Sí, me gustaría muchísimo.»—«Bien, le respondí, está bien, puede que haya un medio de satisfacer su deseo.»

ELENA.—¿Y qué más?

OSWALDO.—Naturalmente, me había olvidado de todo; pero anteayer le pregunté si estaba contenta del mucho tiempo que yo iba á permanecer aquí...

ELENA.—¿Y qué respondió?

OSWALDO.—Me miró de una manera singular, diciéndome: «¡Sepamos...! ¿Y mi viaje á París?»

ELENA.—¿Su viaje?

OSWALDO.—Entonces vi que había tomado la cosa en serio, que había estado pensando en mí toda esta temporada, y que se había puesto á aprender el francés.

ELENA.—¡Ya! Por eso...

OSWALDO.—¡Madre! Al ver esa soberbia muchacha, tan linda, tan llena de salud—jamás me había fijado hasta entonces,—al verla, puede decirse, con los brazos abiertos, dispuesta á recibirme...

ELENA.—¡Oswaldo!

OSWALDO.—... Comprendí que era la salvación. Lo que yo veía en mi presencia era la alegría de vivir.

ELENA. (*Asombrada.*)—¿La alegría de vivir...? ¿Esa es, pues, la salvación?

REGINA. (*Presentándose en el umbral, con una botella en la mano.*)—Dispénsenme Vds. si he tardado tanto, pero he tenido que bajar á la bodega.

OSWALDO.—Denos V. otro vaso.

REGINA. (*Mirándolo con asombro.*)—Aquí tiene V. el vaso de la señora, señorito.

OSWALDO.—Sí, pero un vaso para ti, Regina.

(**Regina** *se estremece y mira tímidamente á su señora.*)

OSWALDO.—¿Vamos?

REGINA. (*Perpleja y bajando la voz.*)—¿Lo permite la señora?

ELENA.—Vé por el vaso, Regina.

(Regina *pasa al comedor.*)

OSWALDO. (*Siguiéndola con los ojos.*)—¿Has reparado en su manera de andar? ¡Tan firme y tan resuelta!

ELENA.—¡Eso no puede ser, Oswaldo!

OSWALDO.—Está decidido. Ya lo ves: es inútil contradecirme.

(*Entra* Regina *con un vaso, que conserva en la mano.*)

OSWALDO.—Siéntate, Regina.

(Regina *interroga á su señora con la mirada.*)

ELENA.—Siéntate.

(Regina *se sienta en una silla cerca de la puerta del comedor, y conserva en la mano el vaso vacío.*)

ELENA.—Oswaldo... ¿qué me decías de la alegría de vivir?

OSWALDO.—¡Oh, madre, la alegría de vivir...! En nuestra tierra apenas la conocéis. Yo no la siento aquí jamás.

ELENA.—¿Ni aun estando en casa?

OSWALDO.—Ni aun estando en casa. Pero tú no me comprendes.

ELENA.—Sí, ahora creo interpretar tu idea.

OSWALDO.—¡La alegría de vivir... y luego la alegría de trabajar! ¡Eh! En el fondo es lo mismo. Pero también desconocéis aquí esa alegría.

ELENA.—Puede que tengas razón. Sigue hablándome de eso, Oswaldo.

OSWALDO.—Mira, yo pienso sencillamente que aquí se enseña á mirar el trabajo como un azote de Dios, como un castigo de nuestros pecados, y la vida como una cosa miserable, de que urge librarse cuanto más pronto.

ELENA.—Sí, un valle de lágrimas. Y la verdad es que hacemos todo lo posible porque sea así.

OSWALDO.—Pues allá no se quiere saber nada de esas cosas. Allá esa clase de enseñanzas no encuentra creyentes. Allá puede uno sentirse lleno de alegría y de felicidad, por la sencilla razón de que se vive. Madre, ¿no has notado tú que todo lo que he pintado gira en torno de la alegría de la vida? Por todas partes y siempre la alegría de la vida. Allá todo es luz, sol, regocijo, y los semblantes humanos brillan de placer. Por eso me asusta permanecer aquí.

ELENA.—¿Te asustas? ¿Y de qué te asustas en casa?

OSWALDO.—De que todo lo que fermenta en mi interior se transforme aquí en mal.

ELENA. (*Mirándolo fijamente.*)—¿Crees eso posible?

OSWALDO.—Absolutamente seguro. Aunque yo tratase de llevar en casa idéntica vida que allá, no sería lo mismo.

ELENA. (*Que ha escuchado con atención creciente, se levanta y fija en su hijo una mirada profunda y pensativa.*—¡Ahora lo comprendo todo!

OSWALDO.—¿El qué?

ELENA.—Es la primera vez que veo la verdad y ahora puedo hablar.

OSWALDO. (*Levantándose.*)—No te entiendo, madre.

REGINA. (*Se ha levantado también.*)—¿Debo marcharme?

ELENA.—No, quédate. Ahora puedo hablar. Ahora, hijo mío, vas á saberlo todo, y después tomarás una determinación. ¡Oswaldo! ¡Regina!

OSWALDO.—Silencio. El Pastor...

EL PASTOR. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¡Bueno! Hemos tenido una de esas reunioncitas que ensanchan el alma.

OSWALDO.—Nosotros también.

EL PASTOR.—Hay que ayudar á Engstrand en eso del albergue de los marinos. Es menester que Regina se vaya con él y le preste su concurso.

REGINA.—No, gracias, señor Pastor.

EL PASTOR. (*Que no había reparado en ella todavía.*)—¿Qué...? ¡Aquí...! ¡y con un vaso en la mano!

REGINA. (*Apresurándose á dejar el vaso.*)—Vds. perdonen...

OSWALDO.—Regina se viene conmigo, señor pastor.

EL PASTOR.—¡Que se va! ¿Con V.?

OSWALDO.—Sí, en calidad de esposa... si lo exige.

EL PASTOR.—Pero ¡misericordia!...

REGINA.—Yo no puedo hacer nada... señor Pastor.

OSWALDO.—O se queda aquí, si yo me quedo.

REGINA. (*Involuntariamente.*)—¡Aquí!

EL PASTOR.—Me deja V. atónito, doña Elena.

ELENA.—No sucederá nada de eso, porque ahora puedo decirlo todo.

EL PASTOR.—¡Pero no querrá V.! ¡No, no, no!

ELENA.—Puedo y quiero. Tranquilícese V., no habrá ningún ideal destruido.

OSWALDO.—¿Qué se me oculta aquí, madre?

REGINA. (*Escuchando.*)—¡Señora! ¡Oiga V.! Hay gente fuera; gritan.

(*Pasa al invernadero y mira por la ventana.*)

OSWALDO. (*En la ventana de la izquierda.*)—¿Qué pasa? ¿De qué procede ese resplandor?

REGINA. (*Profiriendo un grito.*)—¡Es que está ardiendo el asilo!

ELENA. (*A la ventana.*)—¡Ardiendo!

EL PASTOR.—¿Ardiendo? Imposible. Vengo de allí.

OSWALDO.—¿Dónde está mi sombrero? ¡Ah! Poco importa... ¡El asilo de mi padre!

(*Sale corriendo por la puerta que da al mar.*)

ELENA.—¡Mi chal, Regina! ¡Todo está envuelto en llamas!

EL PASTOR.—¡Es espantoso! Señora, ¡es el castigo que cae sobre este lugar de perdición.

ELENA.—Sí, sí, seguramente. Ven, Regina.

(*Se precipita, seguida de* Regina, *por la puerta del vestíbulo.*)

EL PASTOR. (*Juntando las manos.*)—¡Y sin asegurar!

(*Vase detrás de ellas.*)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Todas las puertas abiertas. La lámpara sigue encendida encima del velador. Fuera reina aún la oscuridad de la noche; no se ve más que un débil resplandor en el fondo del paisaje, á la izquierda.

(Elena, *envuelta en su chal, mira por una ventana del invernadero.* Regina, *con chal también, se encuentra detrás á corta distancia.*)

ELENA.—Todo ha ardido. Se ha destruido todo.

REGINA.—Aún hay fuego en los cimientos.

ELENA.—¡Y Oswaldo sin volver! No hay nada que salvar, sin embargo.

REGINA.—¿Iré á llevarle el sombrero?

ELENA.—¿No tiene sombrero siquiera?

REGINA. (*Señalando con el dedo hacia el vestíbulo.*)—No, señora; véalo V. en la percha.

ELENA.—Déjalo ahí. No puede tardar en volver. Voy á ver yo misma.

(*Vase por la puerta que da al mar.*)

EL PASTOR. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¿No está la señora?

REGINA.—Acaba de salir hacia la playa.

EL PASTOR.—Es la noche más terrible que he pasado en mi vida.

REGINA.—Sí. ¿No es una desgracia horrorosa, señor Pastor?

EL PASTOR.—¡Oh! No me hable V. de eso. Apenas puedo pensarlo.

REGINA.—Pero, ¿cómo ha empezado el fuego?

EL PASTOR.—¡No me pregunte V. nada! ¿Lo sé yo? ¿Es que quiere V. también...? ¿No basta que su padre...?

REGINA.—¿Qué ha hecho?

EL PASTOR.—¡Oh! Me volverá del revés la cabeza.

ENGSTRAND. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¡Señor pastor...!

EL PASTOR. (*Volviéndose con espanto.*)—¿Cómo? ¿Me persigue V. hasta aquí?

ENGSTRAND.—¡Sí; que el cielo me confunda!... ¡Jesús, lo que digo! Pero todas sus lamentaciones de V. no sirven de nada, señor pastor.

EL PASTOR.—¿Qué hay?

ENGSTRAND.—¡Ah! Mira tú; todo se debe á esa reunión piadosa. (*Aparte á Regina.*) ¡Esta es la nuestra, hija! (*Alto.*) ¿De modo que yo tengo la culpa de que el señor pastor haya...?

EL PASTOR.—Pero yo le aseguro á V., Engstrand...

ENGSTRAND.—Nadie ha tocado á las luces más que el señor pastor.

EL PASTOR. (*Deteniéndose.*)—Sí, eso dice V.; pero yo no recuerdo haber tenido una luz en la mano.

ENGSTRAND.—Y yo que vi perfectamente al señor pastor despabilar una vela con los dedos, y tirar el pábilo en el serrín.

EL PASTOR.—¿V. ha visto eso?

ENGSTRAND.—Perfectamente.

EL PASTOR.—No lo entiendo. Sobre que yo no he tenido jamás la costumbre de despabilar las velas con los dedos.

ENGSTRAND.—Sí, aquello no parecía bien. Pero, ¿es realmente una costumbre peligrosa, señor pastor?

EL PASTOR. (*Paseándose con desasosiego.*)—¡Que no me pregunte V., hombre!

ENGSTRAND. (*Siguiéndole.*)—Y, para que nada falte, ¿no había tomado seguro el señor pastor?

EL PASTOR. (*Sin dejar de andar.*)—No, no y no; lo sabe V. de sobra.

ENGSTRAND. (*Siguiéndole.*)—¡Sin seguro! ¡Vamos, que prenderse fuego así!... ¡Jesús, Jesús, qué desgracia!

EL PASTOR. (*Limpiándose la frente.*)—¡Ah! Bien puede V. decirlo.

ENGSTRAND.—¡Y que eso pase con un establecimiento de beneficencia, que debía ser útil á la ciudad y á sus arrabales, como suele decirse! Mucho me temo que los periódicos no traten como es debido al señor pastor.

EL PASTOR.—No, en eso estoy pensando precisamente. Es, quizá, lo más doloroso... ¡Todos esos ataques abominables, todas esas acusaciones ... ¡Ah! ¡Es terrible pensarlo!

ELENA. (*Entrando por la puerta que da á la playa.*)—No es posible hacer que abandone el fuego.

EL PASTOR.—¡Ah! ¿Está V. ahí, señora?

ELENA.—V. siquiera se ha librado del discurso inaugural, pastor Manders.

EL PASTOR.—¡Oh! Yo hubiese tenido tanto gusto...

ELENA. (*Con voz sorda.*)—Más vale que haya sido así. De ese asilo no podía salir nada bueno.

EL PASTOR.—¿V. cree...?

ELENA.—¿Lo duda?

EL PASTOR.—De todos modos, es una inmensa desgracia.

ELENA.—Expliquémonos en algunas palabras sobre este asunto, como sobre una cuestión de intereses... ¿Espera V. al pastor, Engstrand?

ENGSTRAND. (*Cerca de la puerta del vestíbulo.*)—Sí, señora; estoy esperándolo.

ELENA.—Entonces siéntese V.

ENGSTRAND.—Gracias; estoy muy bien de pié.

ELENA. (*Al* Pastor.)—¿V. tomará el vapor probablemente?

EL PASTOR.—Sí, dentro de una hora.

ELENA.—En ese caso, tenga V. la bondad de llevarse todos los papeles. No quiero volver á oir una palabra de este asunto. En este instante me dominan otras preocupaciones.

EL PASTOR.—Señora...

ELENA.—Más tarde le enviaré á V. plenos poderes para terminar como á V. le parezca.

EL PASTOR.—Lo haré con la mayor voluntad. La disposición primera del testamento es ya, por desgracia, completamente inaplicable.

ELENA.—Dicho se está.

EL PASTOR.—Por el pronto, pienso hacer este arreglo: el cercado de Solvik, pertenecerá á la localidad. La tierra no carece de valor: siempre podrá servir para algo. En cuanto á la renta del capital que queda en la Caja de Ahorros, quizá podré emplearlo convenientemente en beneficio de la población.

ELENA.—Será lo que V. quiera. Hoy todo eso me es completamente indiferente.

ENGSTRAND.—Piense V. en mi refugio para los marinos, señor pastor.

EL PASTOR.—Sí, puede ser; es una idea. Veremos. Hay que reflexionar.

ENGSTRAND.—No, caramba; ¡qué reflexión!... (*Reportándose.*) ¡Ave María purísima!

EL PASTOR. (*Suspirando.*)—Y luego, yo no sé desgraciadamente hasta cuándo tendré que ocuparme de estos asuntos, y si la opinión pública no me obligará á retirarme. Todo depende del resultado de la información.

ELENA.—¿Qué dice V.?

EL PASTOR.—Y el resultado no es posible preverlo.

ENGSTRAND. (*Acercándose á él.*)—V. perdone, sí que se puede prever. No olvide que está aquí Jacobo Engstrand.

EL PASTOR.—Sí, sí, pero...

ENGSTRAND. (*Más bajo.*)—Jacobo Engstrand no es hombre que abandona á un bienhechor generoso en la hora del peligro, como se dice.

El pastor. — Sí, querido; pero ¿cómo...?

Engstrand. — ¡Jacobo Engstrand es, por decirlo así, como el ángel de la salvación, señor Pastor!

El pastor. — No, no, lo que es eso no podré consentirlo de ningún modo.

Engstrand. — Y, sin embargo, así será. Yo sé de uno que ya ha cargado en cierta ocasión con la falta de otra persona.

El pastor. — ¡Jacobo! (*Le estrecha la mano.*) Es V. un hombre raro. ¡Vamos! Se hará lo que sea preciso por el asilo de V. Cuente con ello.

Engstrand. (*Quiere dar las gracias, pero la emoción ahoga su voz.*)

El pastor. (*Terciándose la bolsa de viaje.*) — ¡Y ahora andando! Los dos nos vamos juntos.

Engstrand. (*Aparte á* Regina, *que está cerca de la puerta del comedor.*) — Vente conmigo, chiquilla; estarás como una reina.

Regina. (*Moviendo la cabeza.*) — ¡Gracias!

(*Pasa al vestíbulo y da al* Pastor *la maleta.*)

El pastor. — ¡Adiós, señora! Y quiera el cielo que penetre pronto en esta morada el espíritu de orden y de regularidad.

Elena. — ¡Adiós, Manders!

(*Se dirige al invernadero, al ver entrar á* Oswaldo *por la puerta exterior.*)

Engstrand. (*Secundado por* Regina, *ayuda al* Pastor *á ponerse el abrigo.* — Adiós, hija mía; y, si te ocurre alguna cosa, ya sabes dónde encontrar á Jacobo Engstrand. (*Aparte.*) ¡Callejuela del Puerto, jem!... (*A* Elena *y* Oswaldo.) Y la casa de los marinos se llamará el «Asilo del gentilhombre Alving...» ¡así! Y, si consigo dirigir esa casa como pienso, puede asegurarse que será digna del difunto señor gentilhombre.

El pastor. (*En la puerta.*) — ¡Hum! Vamos, querido Engstrand. ¡Adiós, adiós!

(Engstrand *y él vanse por el vestíbulo.*)

Oswaldo. (*Acercándose á la mesa.*) — ¿Qué casa es esa de que hablaba?

Elena. — Una especie de asilo que quieren fundar él y el pastor Manders.

Oswaldo. — Arderá como éste.

Elena. — ¿De dónde sacas eso?

Oswaldo. — Va á arder todo. No va á quedar nada que recuerde la memoria de mi padre. Y yo también me abraso.

(Regina *lo mira asombrada.*)

Elena. — ¡Oswaldo! No debiste estar allá tanto tiempo, ¡pobre hijo mío!

Oswaldo. (*Sentándose á la mesa.*) — Creo que tienes razón.

Elena. — Déjame enjugarte la cara; estás completamente mojado.

(*Se la limpia con su pañuelo.*)

Oswaldo. (*Paseando una mirada indiferente.*) — Gracias, madre.

Elena. — ¿No estás cansado? ¿Querrías dormir quizá?

Oswaldo. (*Con angustia.*) — No, no... ¡no quiero dormir! Yo no duermo nun-

ca; hago que duermo. (*Con voz sorda.*) Pronto me llegará la hora.

ELENA. (*Mirándolo con inquietud.*)—¡Ah! ¿De modo que estás malo de veras, bendito mío?

REGINA. (*Prestando atención.*)—¿Está malo el Sr. Alving?

OSWALDO. (*Con impaciencia.*) — ¡Y esas puertas! ¡Cerradlas todas! Esta angustia mortal...

ELENA. — Cierra, Regina.

(Regina *cierra y se queda en la puerta del vestíbulo.* Elena *se quita el chal.* Regina *hace otro tanto.*)

ELENA. (*Aproximando una silla y sentándose al lado de* Oswaldo.)—Ya ves: me vengo junto á ti.

OSWALDO.—¡Sí, eso es! Y que no se vaya Regina. Regina tiene que estar siempre á mi lado. Tú acudirás en mi auxilio, ¿verdad, Regina?

REGINA.—No comprendo...

ELENA.—¿En tu auxilio?

OSWALDO.—Sí... cuando haga falta.

ELENA.—Oswaldo, ¿no está aquí tu madre para volar en tu ayuda?

OSWALDO. — ¿Tú? (*Sonriendo.*) No, madre; tú no puedes prestarme ese auxilio. (*Con sonrisa forzada.*) ¡Tú! ¡Ja, ja! (*La mira gravemente.*) Y la verdad es que ese era tu papel. (*Con violencia.*) ¿Por qué no me tuteas, Regina? ¿Por qué no me llamas Oswaldo?

REGINA. (*En voz baja.*)—Creo que no le gustará á la señora.

ELENA.—Dentro de poco tendrás ese derecho. Ahora ponte junto á nosotros tú también...

(Regina *se sienta en silencio y con alguna vacilación al otro lado de la mesa.*)

ELENA.—Ahora, pobre hijo mío, quiero quitarte el peso que tienes sobre tu alma.

OSWALDO.—¿Tú, madre?

ELENA.—Sí: todo lo que tú llamas penas, remordimientos y arrepentimiento...

OSWALDO.—¿Y crees que alcanzará á tanto tu poder?

ELENA.—Sí, Oswaldo, estoy segura. Cuando hace un momento hablabas de la alegría de vivir, lo he visto claro todo, y he contemplado bajo un nuevo aspecto mi vida entera.

OSWALDO. (*Moviendo la cabeza.*)—No comprendo nada.

ELENA.—¡Ah! Si hubieses conocido á tu padre cuando era todavía un jovenzuelo teniente... ¡La alegría de vivir! El parecía personificarla...

OSWALDO.—Sí, ya sé.

ELENA.—Comunicaba la alegría, difundía el regocijo en torno de sí. Y luego ¡aquella fuerza indomable, aquella plenitud de vida que poseía!

OSWALDO.—Bien, ¿pero...?

ELENA.—Y he aquí que aquel alegre niño—porque era como un niño en esa época—llega á establecerse en una modesta población con pretensiones de gran ciudad, que no podía depararle ningún goce íntimo, sino sólo placeres sensuales. Se encontró sin un objetivo que alcanzar, sin más que un empleo. Ningún trabajo en que poder ocupar todo su espíritu; nada más que negocios. Ni un solo amigo capaz de sentir lo que es la alegría de vivir, sino única-

mente compañeros de ociosidad y de orgía.

OSWALDO.—¡Madre...!

ELENA.—Sucedió lo que debía suceder.

OSWALDO.—¿Y qué debía suceder?

ELENA.—Tú mismo lo decías hace poco, al anunciar lo que sería de ti, si permanecieses en casa.

OSWALDO.—¿Quieres decir con eso que mi padre...?

ELENA.—Tu pobre padre no encontró jamás un desahogo para aquella alegría de vivir que le rebosaba. Yo tampoco llevé la serenidad á su hogar.

OSWALDO.—¿Tú tampoco?

ELENA.—Yo había recibido algunas enseñanzas en que no se hablaba más que de deberes y de obligaciones, y en ese sentido he vivido mucho tiempo. Toda la existencia se resumía en deberes—mis deberes, sus deberes, etc.;—temo haber hecho insoportable la casa á tu pobre padre, Oswaldo.

OSWALDO.—¿Cómo no me has hablado de eso nunca en tus cartas?

ELENA.—Porque hasta este día nunca he creído posible confesártelo todo á ti, á su hijo.

OSWALDO.—¿Y hoy has comprendido...?

ELENA. (*Lentamente.*)—Yo no vi más que una cosa, y es: que tu padre era hombre perdido antes de tu nacimiento.

OSWALDO. (*Con voz sorda.*)—¡Ah!...

(*Se levanta, y se acerca á la ventana.*)

ELENA.—Y después reflexioné que Regina pertenecía á esta casa... con el mismo derecho que mi propio hijo.

OSWALDO. (*Volviéndose precipitadamente.*)—¡Regina...!

REGINA. (*Estremeciéndose y con voz contenida.*)—¡Yo...!

ELENA.—Ahora los dos lo sabéis todo.

OSWALDO.—¡Regina!

REGINA. (*Hablándose á sí misma.*)—De modo que mi madre era una...

ELENA.—Tu madre, Regina, tenía muchas cualidades buenas.

REGINA.—Sí, pero lo era de todos modos. ¡Oh! Bien me lo decía yo á veces; sólo que... ¡Vaya, señora! ¿Me permite V. marcharme en seguida?

ELENA.—¿De veras querrías irte, Regina?

REGINA.—Lo quiero, sí.

ELENA.—Eres libre, naturalmente; pero...

OSWALDO. (*Adelantándose hacia* Regina.)—¿Quieres irte ahora que estás aquí en tu casa?

REGINA.—*Gracias*, señor Alving... Es verdad, ahora puedo decir Oswaldo, pero no precisamente de la manera que yo pensaba.

ELENA.—Regina, no he sido franca contigo.

REGINA.—Verdaderamente que no, no puede decirse tal cosa. Si yo hubiera sabido que Oswaldo estaba enfermo, y que no podía haber nada serio entre nosotros... No, yo no voy á consumirme aquí cuidando enfermos.

OSWALDO.—¿Qué? ¿Ni aun por un hombre tan allegado á ti?

REGINA.—No, no puedo. Una muchacha pobre tiene que emplear su

juventud... de otro modo; podría encontrarse algún día sin casa y sin hogar. Y yo también deseo disfrutar de la vida, señora.

ELENA.—¡Ay, sí! Pero no vayas á perderte, Regina.

REGINA.—¡Bah! Si me pierdo, será que estaba de Dios. Si Oswaldo se parece á su padre, supongo que yo debo parecerme á mi madre... ¿Puedo preguntar á la señora si el pastor Manders está enterado de lo que se refiere á mí?

ELENA.—El pastor Manders lo sabe todo.

REGINA. (*Poniéndose el chal.*)—Entonces necesito darme prisa para alcanzar el vapor. Es tan fácil entenderse con el pastor Manders, y me parece que yo tengo tanto derecho al dinero como... ese cojo de carpintero.

ELENA.—No deseo otra cosa, Regina.

REGINA. (*Mirándola fríamente.*)--Bien hubiera podido la señora educarme como á la hija de un hombre de condición; eso hubiese sido más conveniente. (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Bah!... ¡Me tiene sin cuidado! (*Mirando de soslayo, con amargura, la botella cerrada.*) Después de todo, yo podría beber Champaña con personas de alto copete.

ELENA.—Si alguna vez necesitas un hogar, ven á mi casa, Regina.

REGINA.—No; se lo agradezco, señora. El pastor Manders me tomará á su cargo. Y si debiese acabar mal, sé un sitio donde estaré como en mi casa.

ELENA.—¿Dónde?

REGINA.—En el asilo del gentilhombre Alving.

ELENA.—Ya veo, Regina, que corres á tu perdición...

REGINA.—¡Bah! Adiós.

(*Saluda y vase por la puerta del vestíbulo.*)

OSWALDO. (*Mirando por la ventana.*)—¿Se ha marchado?

ELENA.—Sí.

OSWALDO. (*Entre dientes.*)—Tanto peor.

ELENA. (*Detrás de él, y poniéndole las manos sobre los hombros.*)—Oswaldo, querido hijo, ¿te has afectado mucho?

OSWALDO. (*Volviendo la cabeza hacia ella.*)—¿Por qué? ¿Por lo que se refiere á padre?

ELENA.—Sí; á tu desgraciado padre. Temo tanto que la impresión haya sido demasiado fuerte para ti...

OSWALDO.—¿Qué te induce á creerlo? Naturalmente, todo esto me ha sorprendido de una manera extraordinaria, pero en el fondo me es igual.

ELENA. (*Retirando las manos.*)—¿Igual? ¿Que tu padre haya sido tan profundamente desgraciado?

OSWALDO.—Puedo compadecerle como á cualquier otro, pero...

ELENA.—¿Nada más? ¡Por tu propio padre!

OSWALDO. (*Con impaciencia.*)—Mi padre... mi padre. ¿He conocido yo por ventura á mi padre? ¡No tengo ningún recuerdo de él, como no sea que un día me hizo vomitar!

ELENA.—¡Es horrible pensarlo! A pesar de todo, un hijo, ¿no debe amar á su padre?

OSWALDO.—¿Cuando ese padre no

tiene ningún título á su gratitud? ¿Cuando el hijo no lo ha conocido nunca? Y tú, tan ilustrada en todo lo demás, ¿tendrías realmente esa añeja preocupación?

ELENA.—¡No sería, pues, más que una preocupación...!

OSWALDO.—Sí, puedes afirmarlo, madre. Es una de esas ideas corrientes que el mundo admite sin examen y...

ELENA. (*Sobrecogida.*)—¡Aparecidos!

OSWALDO. (*Atravesando la escena.*)—Sí, así puedes llamarlas.

ELENA. (*Con transporte.*) ¡Oswaldo...! ¿Entonces tampoco á mí me quieres?

OSWALDO.—A ti, por lo menos, te conozco.

ELENA.—Me conoces; pero... ¿nada más?

OSWALDO.—Y sé lo que me quieres; por fuerza he de estarte agradecido. Además, puedes serme tan útil ahora que estoy enfermo...

ELENA.—¿Verdad, Oswaldo? ¡Oh! Poco me falta para bendecir la enfermedad que te ha traído á mi lado. Porque bien se ve que no te poseo; es menester que te conquiste.

OSWALDO. (*Con impaciencia.*)—Sí, sí, sí, todo eso son maneras de hablar. Es preciso que te acuerdes de que soy un enfermo, y no puedo ocuparme de otros; bastante tengo con pensar en mí mismo.

ELENA. (*Con dulzura.*)—Yo tendré paciencia.

OSWALDO.—¡Y alegría, madre!

ELENA.—Sí, hijo mío, tienes razón. ¿He logrado al fin librarte de esos remordimientos y preocupaciones que te consumían?

OSWALDO.—Sí, lo has logrado. Pero ahora, ¿quién me librará de la angustia?

ELENA.—¿De la angustia?

OSWALDO. (*Atravesando la escena.*)—Regina lo hubiera conseguido con una buena palabra.

ELENA.—¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

OSWALDO.—¿Va muy avanzada la noche, madre?

ELENA.—Va á amanecer. (*Mira por una ventana del invernadero.*) Ya tiñe el alba los montes. ¡Y hará buen día, Oswaldo! Dentro de un momento podrás ver el sol.

OSWALDO.—Me alegro. Hay tantas cosas que pueden alegrarme é invitarme á vivir...

ELENA.—¡Ya lo creo!

OSWALDO.—Aunque no pueda trabajar...

ELENA.—¡Oh! No has de tardar en poder hacerlo, puesto que ya no tienes esos pensamientos enervadores que te consumían y á que andabas dando vueltas á todas horas.

OSWALDO.—Es una gran suerte que hayas disipado todas esas pesadillas. Y ahora que he podido salvar este paso... (*Sentándose en el sofá.*) hablemos, madre.

ELENA.—Sí, eso es.

(*Acerca una butaca al sofá y se sienta muy cerca de su hijo.*)

OSWALDO.—Ya ves: sale el sol, y lo sabes todo, y se fué la angustia.

ELENA.—¿Que lo sé todo? ¿Qué quieres decir?

OSWALDO. (*Sin escucharla.*)—Madre, ¿no has dicho que no hay nada en el mundo que tú no hicieses por mí, si yo te lo rogase?

ELENA.—Sí, es verdad.

OSWALDO.—¿Y sigues diciéndolo?

ELENA.—Puedes estar seguro, querido mío, mi único hijo. ¿Vivo yo para otra cosa que para ti?

OSWALDO.—Sí, sí. Entonces óyeme. Madre, tú tienes el alma bien templada; lo sé yo. Pues bueno, es preciso que me escuches con calma y sin interrumpirme...

ELENA.—Veamos. ¿Qué cosas son esas tan terribles?

OSWALDO.—Es que no has de alborotarte. ¿Me lo prometes? Vamos á hablar aquí muy tranquilos. ¿Me lo prometes, madre?

ELENA.—Sí, sí, te lo prometo. ¡Pero habla!

OSWALDO.—Bien. Pues has de saber que esta fatiga... y esta situación en que se me hace insoportable la idea del trabajo, todo eso no es la misma enfermedad.

ELENA.—¿Y esa enfermedad...?

OSWALDO.—Esa enfermedad que me ha cabido en herencia está... (*Poniendo el dedo en la frente y bajando mucho la voz.*) está aquí dentro.

ELENA. (*Casi afónica.*)—¡Oswaldo...! ¡No... no!

OSWALDO.—¡No grites! No puedo soportarlo. Sí, sábelo: está aquí en acecho. Puede estallar cuando menos se piense.

ELENA.—¡Ah, eso es espantoso!...

OSWALDO.—Pero ten calma. He ahí cómo me encuentro...

ELENA. (*Dando una sacudida.*)—¡Todo eso es falso, Oswaldo! ¡Es imposible! ¡No puede ser!

OSWALDO.—Allá tuve un acceso. Pasó pronto; pero me perseguía y enloquecía la angustia, y corrí aquí, junto á ti, lo antes que pude.

ELENA.—¡De modo que esa es la angustia!...

OSWALDO.—Sí, es un horror indecible, como comprendes. ¡Ah! ¡Si no se tratase más que de una enfermedad mortal común! Porque yo no tengo tanto miedo de morir... á pesar de que desearía vivir todo lo más posible.

ELENA.—¡Sí, sí, Oswaldo, y así será!

OSWALDO.—¡Pero en esto hay algo tan horrible!... Volver, por decirlo así, al estado de la primera infancia... necesitar uno que lo alimenten, necesitar... ¡Ah!... ¡No hay palabras con que expresar lo que sufro!

ELENA.—El niño cuenta con su madre para cuidarlo.

OSWALDO. (*Saltando de su sitio.*)—¡No, jamás! ¡Eso es precisamente lo que no quiero! No puedo hacerme á la idea de permanecer en este estado años y años quizá... de envejecer, de encanecer así. Y entre tanto podrías morirte tú y dejarme solo. (*Se sienta en la butaca de su madre.*) Porque el médico ha dicho que esto no concluye necesariamente con una muerte inmediata. Supone que es una especie de reblandecimiento del cerebro ó algo así. (*Con forzada sonrisa.*) Me parece que la expresión suena armoniosamente. Yo me doy á pensar de continuo en telas de terciopelo de seda, de un matiz cere-

za... alguna cosa así muy suave al tacto.

ELENA.—¡Oswaldo!

OSWALDO. (*Levantándose de un salto y atravesando la escena.*)—¡Y me has quitado á Regina! ¡Que no esté aquí! Ella es quien hubiese venido en mi ayuda.

ELENA. (*Acercándose á él.*) — ¿Qué quieres decir, alma mía? ¿Hay alguna ayuda que yo no esté dispuesta á ofrecerte?

OSWALDO.—Cuando recobré los sentidos, después del acceso, el médico me dijo que, si se repetía—y se repetirá—no habría ya esperanza.

ELENA.—¡Y tuvo el valor de decirte eso!

OSWALDO.—Le obligué yo. Le dije que estaba dispuesto á tomar... (*Con una sonrisa siniestra.*) Y era cierto. (*Saca una cajita del bolsillo interior de la cazadora.*) ¿Ves esto, madre?

ELENA.—¿Qué es?

OSWALDO.—Polvos de morfina.

ELENA. (*Mirándolo espantada.*)—¡Oswaldo... hijo mío!

OSWALDO. — He conseguido reunir doce papeles.

ELENA. (*Tratando de coger la caja.*)—¡Dame esa caja, Oswaldo!

OSWALDO.—Todavía no, madre.

(*Vuelve á guardarla en el bolsillo.*)

ELENA. — Yo no sobrevivo á este golpe.

OSWALDO. — ¡No se ha de poder sobrevivir! Si yo tuviese aquí á Regina le participaría mi resolución... y reclamaría de ella este último auxilio. Estoy seguro de que no me negaría su ayuda.

ELENA.—¡Jamás!

OSWALDO.—Si me diese el ataque en su presencia, y me viese tendido, más débil que un niño, impotente, miserable, sin esperanza... sin salvación posible...

ELENA.—Regina no hubiese consentido jamás...

OSWALDO.—Regina no hubiese vacilado mucho. ¡Era tan hermosamente blanda de corazón!... Y pronto se hubiese cansado de cuidar á un enfermo así.

ELENA.—Pues entonces ¡bendito sea Dios por haberse ido Regina!

OSWALDO.—Sí, madre; de manera que á ti te toca ahora socorrerme.

ELENA. (*Profiriendo un grito.*)—¿A mí?

OSWALDO.—¿Y quién sino tú?

ELENA.—¡Yo, tu madre!

OSWALDO.—Justamente.

ELENA.—¡Yo que te he dado la vida!

OSWALDO.—No te la pedí. ¿Y qué clase de vida me has dado? ¡No la quiero! ¡Vuélvetela á llevar!

ELENA.—¡Socorro! ¡Socorro!

(*Huye al vestíbulo.*)

OSWALDO. (*Corriendo tras ella.*)—¡No me dejes! ¿Dónde vas?

ELENA. (*En el vestíbulo.*)—A llamar al médico, Oswaldo. ¡Déjame salir!

OSWALDO. (*Alcanzándola.*)—Ni saldrás tú, ni entrará aquí nadie.

(*Echa la llave.*)

ELENA. (*Volviendo.*)—¡Oswaldo, Oswaldo!... ¡Hijo mío!

OSWALDO. (*Siguiéndola.*)—¿Y tienes corazón de madre tú... tú que puedes verme sufrir esta angustia sin nombre?

ELENA. (*Con voz contenida, después de una pausa.*)—Aquí tienes mi mano.

OSWALDO.—¿Consientes...?

ELENA.—Si llega á ser preciso. Pero no, no sucederá. ¡Eso no es posible nunca, nunca!

OSWALDO.—Deseémoslo. Y vivamos juntos mientras podamos. Gracias, madre.

(*Se sienta en la butaca que* Elena *acercó al sofá. Amanece; la lámpara sigue encendida encima del velador.*)

ELENA. (*Aproximándose con dulzura.*) ¿Te sientes tranquilo ahora?

OSWALDO.—Sí.

ELENA. (*Inclinada hacia él.*)—No era más que un sueño terrible de tu imaginación, cosa de pura fantasía. Todas estas sacudidas te han quebrantado. Ahora es menester que descanses, aquí, en casa de tu madre, ¡cariño mío! Todo lo que desees lo tendrás, como cuando eras pequeñito... ¿Ves? ha pasado el acceso. ¡Ah! bien lo sabía yo... ¡Y mira qué hermoso día tenemos, qué sol tan brillante! Ya verás cómo vas á ser otro aquí, en tu casita.

(*Se acerca al velador y apaga la lámpara. Sale el sol. Las montañas y la llanura resplandecen en el fondo del paisaje con la luz de la mañana.*)

OSWALDO. (*Inmóvil en su butaca, de espaldas al foro; de repente pronuncia estas palabras:*)—Madre, dame el sol.

ELENA. (*Cerca de la mesa, mirándolo espantada.*)—¿Qué dices?

OSWALDO. (*Con voz sorda y débil.*)—¡El sol!... ¡El sol!...

ELENA.—(*Acercándose á él.*)—¿Qué tienes Oswaldo?

(Oswaldo *parece desvanecerse; se distienden todos sus músculos; el semblante pierde toda expresión; los ojos se apagan y miran con fijeza.*)

ELENA. (*Temblando de terror.*)—¿Qué es esto? (*Gritando.*) ¡Oswaldo! ¿qué tienes? (*Se arrodilla delante de él y lo sacude.*) ¡Oswaldo! ¡Oswaldo! ¡Mírame! ¿No me conoces?

OSWALDO. (*Con la misma voz desmayada.*)—¡El sol!... ¡El sol!...

ELENA. (*Levantándose de un salto, desesperada, llevándose las manos al pelo y gritando*):—¡No puedo! (*En voz baja y rápida.*) ¡No puedo...! ¡Jamás! (*Súbitamente.*) Pero ¿dónde están? (*Registra precipitadamente el bolsillo de* Oswaldo.) ¡Aquí! (*Retrocede algunos pasos y exclama.*) ¡No, no, no!... ¡Sí!... ¡No, no!

(*Permanece á algunos pasos de su hijo, con las manos crispadas en el pelo, y mirándolo fijamente, muda de terror.*)

OSWALDO. (*Siempre inmóvil en la butaca.*)—El sol .. El sol...

ENRIQUE IBSEN.

TRES CUENTOS

EL PRIMER FABRICANTE DE AGUARDIENTE

Un pobre *mujik* fué á labrar los campos sin haberse desayunado. Llevaba un zoquete de pan. En cuanto dió vuelta al arado, guardó el zoquete debajo de un brezo y echó el *caftán* encima.

El caballo estaba fatigado, el mujik tenía hambre. El mujik desenganchó el caballo y lo dejó pacer; luego se acercó al caftán para comer. Levantó el caftán: no estaba el mendrugo. Busca y rebusca, vuelve y revuelve el caftán, lo sacude: no estaba el zoquete.

El mujik se asombra.

«¡Qué cosa tan extraña!—pensaba.—¡No he visto venir á nadie y, sin embargo, alguien me ha quitado el mendrugo!»

Y fué un diablejo quien le había robado el pan, mientras el mujik labraba. Después habíase sentado detrás del brezo, para oir cómo iba á enfadarse el mujik y nombrar al diablo.

El mujik no estaba contento.

—¡Bah!—dijo—no me moriré de hambre. Sin duda, quien me lo ha quitado tenía necesidad de él: que se lo coma y buen provecho le haga.

Y el mujik se fué de allí al pozo y bebió agua; descansó un momento, unció de nuevo el caballo al arado y comenzó á labrar otra vez.

El diablejo estaba furioso de no haber podido hacer pecar al mujik. Fué á pedir consejo al jefe de los diablos. Le contó cómo le había quitado al mujik su corteza de pan, y cómo en vez de incomodarse el mujik, había dicho: «¡Buen provecho!»

El diablo en jefe se encolerizó y dijo:

—Puesto que el mujik te ha burlado en este negocio, consiste en

que tú mismo has faltado á tu deber. No has sabido manejártelas. Si se consiente á los mujiks y también á sus *babas* desafiarnos así, eso no es vida... Eso no puede seguir así; anda, pues, vuelve á ese mujik, y gana tu mendrugo si quieres comértelo. Si de aquí á tres años no has vencido á ese mujik, te sumergiré en agua bendita.

El diablejo quedó espantado.

Volvió corriendo á la tierra y pensó largo tiempo en el medio de reparar su falta. El diablejo no hizo más que meditar y meditar; hasta que, por fin, dió en ello.

Tomó la forma de un buen hombre y entró al servicio del mujik. Previendo que el verano sería seco, persuadió á su amo para que sembrase trigo en los terrenos aguanosos. El mujik dió escucha á su servidor, y sembró el trigo en las tierras empantanadas.

En las de los otros mujiks se abrasó el trigo con el solazo. En la del pobre mujik brotó alto y derecho; tuvo para comer hasta la siega siguiente, y aún le sobró mucho pan.

Al otro estío, el sirviente persuadió al mujik de que sembrara el trigo en las alturas; y precisamente el año fué de lluvias.

En los sembrados de los demás tumbóse el trigo, se pudrió, no maduraron las espigas; al paso que el mujik recolectó en las alturas un trigo admirable. Le sobró tanto trigo, que no sabía lo que hacer con él.

Entonces el criado enseñó al mujik á que con él hiciese *vodka* (1); se puso á beberlo él mismo y hacerlo beber á los demás.

Entonces el diablejo fué á ver al jefe de los diablos, alabándose de haber ganado su zoquete de pan; el diablo en jefe quiso convencerse de ello.

Vino á casa del mujik, y vió que, habiendo invitado éste á los notables, les daba á todos vodka. La misma patrona era quien servía de beber; pero al pasar junto á la mesa, se agarró á una esquina de ésta y derribó un vaso.

El mujik se incomodó y riñó á su mujer, diciendo:

—¡Mira esta necia del demonio! ¿Es agua de fregar para que la tires de ese modo al suelo?

El diablejo dió un codazo al diablo en jefe, y dijo:

—Fíjate. Veremos si ahora no echaría de menos el mendrugo.

Después de reñir á su mujer, el mujik quiso servir él mismo: se echó una ronda y trincaron todos. Llegó un pobre mujik, á quien no esperaban. Saludó y sentóse. Al ver

(1) Aguardiente de cereales, alcohol amílico.

á los otros bebiendo vodka, también hubiera querido beber él un poco para confortarse. Allá se estuvo el pobre mujik, tragando saliva todo el tiempo. El amo rehusó hacerle beber y no hacía más que refunfuñar:

—¿He hecho bastante para dársela á todo el que venga?

También esto le gustó al diablo en jefe. Y enorgulleciéndose el diablejo, exclamó:

—Eso no es todo; espérate á lo que sigue.

Habiendo bebido su vodka los ricos mujiks, y con ellos el amo, halagábanse los unos á los otros y se prodigaban muchas alabanzas, y sus palabras eran melifluas.

El jefe de los diablos no hacía más que escuchar y oir, y felicitaba al diablejo diciéndole:

—Si hechos hipócritas por este brevaje se engañan mutuamente, entonces los tenemos á todos por la mano.

—Espera un poco lo que va á suceder—repuso el diablejo.—Déjalos que beban nada más que otro vasito. Ahora son zorros que mueven la cola uno delante de otro y tratan de engañarse; pero dentro de un rato los verás más feroces que lobos.

Los mujiks bebieron otro vaso y pusiéronse á gritar y hablar groseramente. En vez de decir palabras melifluas, se injuriaban; les acometió una furia; se dieron de golpes y se saltaron unos á otros las narices. Y habiéndose mezclado el patrón en la pelea, llevó su parte en los trompazos.

El diablo en jefe no hacía más que mirar y regocijarse.

—¡Bien va esto!—exclamó.

Y el diablejo le respondía:

—Espera un poco lo que sigue. Déjalos beber otra copita. Ahora son lobos rabiosos; pero en cuanto beban el tercer vaso serán como cerdos.

Los mujiks bebieron cada cual un tercer vaso. Estaban todos ellos como aturdidos. Gruñían, gritaban sin saber lo que decían, y no se escuchaban unos á otros. Fuéronse cada cual por su lado, unos solos, otros en grupos de dos ó tres, y todos fueron á caer al suelo en sus respectivas calles.

El amo, que había salido para acompañar á sus huéspedes, cayóse en un charco, se manchó todo y se quedó allí tumbado como un cochino que gruñe.

Y eso le gustó más al jefe de los diablos, quien dijo:

—¡Muy bien! Has inventado una bebida famosa. Bien ganaste tu mendrugo. Enséñame ahora cómo has fabricado ese brevaje. Preciso es (lo juraría) que en él hayas puesto, lo primero, sangre de zorro, y por eso los mujiks se han vuelto

bellacos como zorros; después sangre de lobo, que les hizo feroces como lobos, y, por último, sangre de puerco, que los ha hecho como puercos.

—No—dijo el diablejo;—no me las he arreglado así. Solamente he hecho que tuviera trigo. En él es donde estaba la sangre de las bestias; pero esta sangre no podía obrar mientras el trigo apenas le daba para lo necesario. Entonces era cuando no echaba de menos ni aun su última corteza de pan. Y cuando comenzó á tener trigo de sobra, entonces se puso á pensar qué haría de él para utilizarlo. Y entonces le enseñé á beber vodka. Y cuando se puso á destilar por su gusto los dones de Dios, convirtiéndolos en vodka, entonces salió la sangre del zorro, del lobo y del cerdo; ahora no tendrá sino que beber vodka para trocarse al punto como las bestias.

El jefe de los diablos felicitó al diablejo, le dió el zoquete de pan y le ascendió de grado.

LOS TRES STARETZI

«Y cuando orareis, no habléis mucho, como los gentiles. Pues piensan que por mucho hablar serán oídos.

»Pues no queráis asemejaros á ellos: porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidáis.»

(San Mateo, *capítulo VI*, *versículos* 7 *y* 8.)

El arzobispo de la ciudad de Arkangelsk iba en un buque hacia el monasterio de Solouki. El mismo buque conducía peregrinos, que iban á ver las santas reliquias. El viento era favorable y el tiempo magnífico; el barco no cabeceaba.

Unos peregrinos iban echados, otros comiendo, y algunos, sentados en corrillos, conversaban. También el arzobispo subio al puente, á pasearse. Cuando llegó á proa, vió un corro de fieles: un *mujik* joven hablaba, señalando el mar con la mano, y los otros le escuchaban.

Detúvose el arzobispo y miró en la direccion que apuntaba el mujik: nada distinguía, nada más que el mar centelleante al sol. El arzobispo se acercó al grupo y aguzó el oído. Al verle el mujik quitóse el gorro y se calló; á ejemplo suyo, se descubrieron los demás en respeto al arzobispo.

—No os molestéis, hermanos míos—dijo este último...—He venido á escuchar también lo que cuentas, muchacho.

—Pues bien, el pescadorcillo nos contaba—dijo un mercader, menos tímido que los demás—la historia de los tres *staretzi* (1).

—¡Ah!... ¿Y qué está contando acerca de ellos?—interrogó el arzobispo.

Acercóse á la borda y se sentó en una caja.

—Habla—añadió—yo también quiero escucharte... ¿Qué señalabas allá, hijo mío?

—Aquel islote que se ve allá abajo—respondió el joven mujik, indicando un punto del horizonte, á su derecha.—En ese islote precisamente es donde los *staretzi* trabajan en su salvación.

—Pero, ¿dónde está ese islote?—preguntó el arzobispo.

—Dígnese Vuestra Grandeza mirar en la dirección de mi mano... ¿No ve aquella nubecita? Pues bien, un poco más abajo, á la izquierda... aquella especie de banda gris.

El arzobispo miraba y remiraba: relucía el agua al sol, y por falta de costumbre nada veía.

—No veo...—dijo.—Pero, ¿quienes son esos *staretzi*, y cómo viven? ¿De qué manera trabajan por su salvación?

—Son hombres de Dios—contestó el aldeano.—Hace mucho tiempo que oía hablar de ellos, pero nunca había tenido ocasión de verlos. El verano pasado los vi.

Y el pescador volvió á empezar su relato. Un día que salió de pesca, fué arrojado contra ese islote; y él mismo no sabía dónde estaba. Iba errante á la mañana por el islote, cuando de pronto vió una *isba* muy pequeña, y junto á la *isba* un *staretz*, seguido inmediatamente por otros dos. Le dieron de comer, secaron el vestido de él y ayudaron á componer su barca.

—¿Y cómo son?—preguntó el arzobispo.

—Uno de ellos es bajito, encorvado, sumamente anciano. Va vestido con una sotana vieja, y parece tener más de cien años. Las canas de la barba empiezan á ponérsele verdosas. Está risueño y tranquilo como un ángel del cielo. El segundo, un poco más alto y tan viejo como

(1) Plural de *staretz*, título honorífico que se da á los religiosos ancianos.

él, gasta un *caftán* roto, y su larga barba gris tiene reflejos amarillos. Es un hombre robusto: ha vuelto quilla arriba mi barca como si fuese un cubo, sin darme tiempo siquiera para ayudarle. También él estaba muy alegre. Y el tercero era muy alto; la barba, de una blancura de cisne, le llegaba hasta las rodillas; triste y con las cejas erizadas encima de los ojos, estaba desnudo por completo, salvo un taparrabos de cortezas entretejidas.

—¿Y qué te dijeron?—preguntó el arzobispo.

—¡Oh! Todo lo hacían sin decir gran cosa, y hablaban muy poco aun entre ellos. Una sola mirada, y al instante se comprendían. Pregunté al mayor si hacía mucho tiempo que habitaban allí; frunció las cejas y murmuró no sé qué, con tono de enfado. Pero el anciano más pequeño le cogió en seguida la mano, sonrióse y el grande se calló.

El viejecito sólo dijo:

—Favorécenos...

Y se sonrió.

Mientras hablaba el aldeano, habíase aproximado el buque á un grupo de islotes.

—Ahora es cuando se ve con mucha claridad—dijo el mercader.—Dígnese mirar Vuestra Grandeza—añadió extendiendo la mano.

El arzobispo miró. Vió, en efecto, una banda gris: era el islote. Miró por largo tiempo; después, pasando de proa á popa, se dirigió al piloto, y dijo:

—¿Qué islote es aquel que se ve allá abajo?

—No tiene nombre. Como él tenemos aquí muchos.

—¿Es cierto lo que se dice, que los *staretzi* trabajan allí en pro de su salvación?

—Así se dice, Eminencia; pero, yo ignoro si es verdad. Pescadores hay que aseguran haberlos visto; pero también acontece hablar sin saber lo que se dice.

—Quisiera desembarcar en ese islote para ver á los *staretzi*—dijo el arzobispo.—¿Cómo nos las arreglaríamos?

—Con el buque no se puede—añadió el piloto.—Se necesita una canoa para eso. El capitán es el único que puede conceder autorización.

Llamóse al capitán.

—Quisiera ver á los *staretzi*—le dijo el arzobispo.—¿Podrán conducirme allí?

El capitán quiso disuadirle.

—No tiene nada de imposible, pero perderíamos mucho tiempo. Me atrevo á exponer á Vuestra Grandeza que no valen la pena de verlos. He oído decir que esos viejos son idiotas, no comprenden nada y no saben hablar mejor que los peces del mar.

—Deseo verlos; pagaré la molestia; conducidme.

No había nada que replicar. Hiciéronse los preparativos, se maniobró el velamen, el piloto viró de bordo y se navegó á velas desplegadas en dirección á la isla. Y todos los pasajeros reuniéronse á proa, para mirar también el islote. Los que tenían buena vista distinguían ya los peñascos de la isla y enseñaban á los demás la pequeña *isba*. Bien pronto uno de ellos hasta vió á los tres *staretzi*.

El capitán trajo el anteojo, miró por él y alargóselo en seguida al arzobispo, diciendo:

—Es verdad. A la derecha, en la costa, hay una gran peña: se ven tres hombres.

A su vez el arzobispo tendió el anteojo en la dirección indicada y miró. Vió, en efecto, tres hombres: uno muy alto, otro más bajo y pequeñísimo el tercero. Estaban de pié en la orilla, cogidos de la mano.

El capitán se acercó al arzobispo.

—Eminencia, aquí es donde debe aguantar el buque. Si Vuestra Grandeza lo tiene á bien, pase ya á la falúa y aquí esperaremos anclados.

Echóse el ancla, se amainaron velas y el barco se puso á dar arfadas. Arriaron al agua la falúa, saltaron á ella los remeros y el arzobispo bajó por la escala.

Una vez abajo, sentóse en un banco, á popa de la canoa; los remeros dieron un golpe de remo y bogaron con derrota al islote.

Muy pronto llegaron á una ensenada de piedra. Distinguíanse perfectamente los tres *staretzi:* uno muy alto, desnudo del todo, excepto un taparrabos de cortezas trenzadas; otro más bajo, con un *caftán* roto; después el viejo pequeñito, encorvado, con la sotana vieja. Los tres estaban cogidos de la mano.

Los remeros llegaron á la costa y atracaron. El arzobispo echó pié á tierra y bendijo á los *staretzi,* quienes se deshicieron en saludos. Después les habló y dijo:

—He sabido, *staretzi* de Dios, que estabais aquí ocupados en vuestra salvación y que rogabais á Cristo por vuestros prójimos. Y como por la gracia de Dios, yo su indigno servidor, he sido llamado á apacentar sus ovejas, he querido visitaros á vosotros, que también servís al Señor, y traeros, si es posible, la santa palabra.

Los *staretzi* continuaron silenciosos y se sonrieron mirándose.

—Decidme: ¿cómo trabajáis en vuestra salvación y cómo servís á Dios?—prosiguió el arzobispo.

El *staretz* mediano suspiró y echó una mirada al viejo chiquitín.

El *staretz* alto se puso fosco y también miró al viejo pequeño.

Este se sonrió, y dijo:

—Siervo de Dios, nosotros no podemos servir sino á nosotros mismos, ganándonos el pan.

—Pues entonces, ¿cómo rezáis? —continuó el arzobispo.

—He aquí nuestra plegaria: «Tú eres Tres, nosotros somos tres... Favorécenos.»

En cuanto el viejo pequeñito hubo pronunciado estas palabras, los tres *staretzi* levantaron los ojos al cielo, y los tres repitieron:

—Tú eres Tres, nosotros somos tres... Favorécenos.

El arzobispo se sonrió y dijo:

— Esa es la Santísima Trinidad, de la cual habéis oído hablar; pero no es así como debe rezarse. Os he tomado afecto, venerables *staretzi;* estoy seguro de que queréis agradar á Dios, pero ignoráis cómo se le debe servir... No es así como debe rezarse; oidme, os voy á enseñar. Lo que voy á enseñaros no soy yo quien lo ha enseñado, sino la Sagrada Escritura de Dios, donde el Señor indica á cada uno cómo hay que orar.

Y el arzobispo les explicó cómo se reveló el Señor á los hombres; les explicó Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Luego añadió:

—Dios Hijo descendió á la tierra para salvar al género humano; y he aquí cómo nos enseñó á todos á orar. Escuchadme y repetid conmigo.

Y el arzobispo comenzó:

—Padre nuestro...

Y uno de los *staretz* repitió:

—Padre nuestro...

Y el segundo *staretz* repitió:

—Padre nuestro...

Y el tercer *staretz* repitió:

—Padre nuestro...

—...Que estás en los cielos...

Y los tres *staretzi* repitieron:

—...Que estás en el cielo...

Pero el *staretz* mediano equivocóse de palabras, diciendo una cosa por otra; el *staretz* alto tampoco pudo continuar, porque los bigotes le cubrían la boca; y el viejo bajito, como no tenía dientes, articulaba muy ma .

El arzobispo volvió á empezar la oración, y con él empezáronla de nuevo también los *staretzi*. Tomó asiento en una piedra, los *staretzi* formaron corro en torno suyo, mirándole la boca y repitiendo lo que él decía.

Y el arzobispo batalló con ellos todo el día hasta por la tarde, repitiendo diez y veinte y cien veces la misma palabra, que los *staretzi* repetían en pos de él. Equivocábanse; les corregía y les hacía que volviesen á empezar.

El arzobispo no abandonó á los *staretzi* hasta que no les hubo enseñado la oración de Dios. La rezaron

con él, luego solos. Habiéndola aprendido el *staretz* mediano antes que los otros dos, la repitió solo. Entonces el arzobispo se la hizo decir y repetir á él solo; y los otros dos le imitaron.

Comenzaba á ser ya de noche, y salía del mar la luna, cuando el arzobispo se levantó para ir en demanda del buque. Despidióse de los *staretzi*, quienes le hicieron reverencias hasta el suelo. Los levantó, abrazó á los tres, les dijo que rezasen como les había enseñado, sentóse en el banquillo de la falúa, y ésta bogó hacia el buque.

Y mientras bogaban hacia el buque, el arzobispo oía sin cesar á los tres *staretzi*, que recitaban en voz alta la plegaria de Dios.

Bien pronto estuvo la falúa junto al buque. Ya no se oían las voces de los *staretzi;* pero veíase á los tres en la orilla, á la luz de la luna, el anciano bajito en medio, el alto á su derecha y el otro á su izquierda.

Llegó el arzobispo al buque y subió á cubierta. Levaron anclas, largaron velas, que el viento hinchó, y el buque, puesto en movimiento, prosiguió su viaje.

Fuése el arzobispo á popa y se sentó allí, sin apartar los ojos del islote. Aún se veían los *staretzi;* luego desaparecieron, y ya no se vió más que la isla. Muy pronto desapareció también ésta, y sólo brillaba el mar jugando á los rayos de la luna.

Acostáronse los peregrinos, y quedó en silencio el puente. Pero el arzobispo no se quiso dormir todavía. Solo á popa, miraba el mar por donde se ocultara el islote; y estuvo pensando en los buenos *staretzi*. Recordaba el gozo de éstos al enseñarles á rezar, y daba gracias á Dios por haberle designado para ir en ayuda de los venerables *staretzi*, para enseñarles la palabra divina.

Así pensaba el arzobíspo, fija la vista en el mar, allá donde había desaparecido el islote. De pronto ve una cosa blanquear y relucir en el reguero luminoso de la luna. ¿Era una gaviota, ó una vela blanca? Mira más fijo y piensa: es una barca, una barca que nos sigue con una vela. Pero, ¡qué rápidamente va! Hace poco estaba lejos, allá lejos, muy lejos, y ahora está ya muy cerca; y, además, es una barca como no se ven, y con una vela que no parece vela... Sin embargo, aquella cosa les persigue, y el arzobispo no puede distinguir aquella cosa. ¿Es una barca, un ave, un pez? Se asemeja á un hombre, pero es demasiado grande para hombre; y luego, un hombre no podría caminar así por el mar.

Levantóse el arzobispo, acercóse al piloto, y le dijo:

—¡Mire V.! ¿Qué es aquello?—le preguntó.

Pero ya ha visto él mismo claramente que son los *staretzi*, que corren sobre el mar; sus blancas barbas brillan; se aproximan al buque.

Habiendo vuelto la cabeza el piloto, soltó despavorido el timón, y éxclamó:

—¡Señor! ¡Los *staretzi* nos persiguen sobre el mar; corren como en tierra!

Al oir esos gritos, levantáronse los pasajeros y se precipitaron hacia la popa; todos ellos pudieron ver á los *staretzi*, corriendo cogidos de la mano, y haciendo señas los de los lados para que se detuvieran.

Aún no había habido tiempo para tomar ni un rizo, cuando los *staretzi* alcanzaron al buque, llegáronse hasta la borda, y alzando los ojos dijeron en seguida:

—Hemos olvidado, siervo de Dios, hemos olvidado lo que nos enseñaste... Lo recordábamos mientras lo repetíamos; mas al cabo sólo de una hora de haber cesado de repetirlo, trabucamos una frase y todas las hemos olvidado. Enséñanos de nuevo.

El arzobispo hizo la señal de la cruz, inclinóse hacia los *staretzi* y dijo:

—¡*Staretzi* de Dios, á pesar de todo, vuestra plegaria llegará al Señor! Yo no soy quien tiene que enseñaros. Rogad por nosotros, pobres pecadores.

Y el arzobispo los reverenció hasta el suelo. Y los *staretzi* permanecieron un instante inmóviles, después volvieron la espalda y marcháronse otra vez por encima de la superficie del mar.

Y hasta el alba se vió una gran luz hacia el lado por donde habían desaparecido.

DIOS ESTÁ DONDE HAY AMOR

Había en una ciudad un zapatero remendón llamado Martín Avdieitch. Ocupaba una covachuela iluminada por una ventana. La ventana daba á la calle; veíase pasar la gente; y aun cuando Martín sólo veía los piés de las personas, conocíalas por las botas.

Mucho tiempo llevaba allí, y co-

nocía mucha gente. Era raro que un par de botas no pasara dos ó tres veces por sus manos. A unas echaba medias suelas, á otras remiendos; á veces ponía tapas nuevas. Y á menudo veía á través de la ventana la obra prima, labor de sus dedos.

Avdieitch tenía mucho trabajo, porque trabajaba con esmero, ponía buen material, no llevaba caro á nadie y entregaba los encargos con puntualidad. Y todos le apreciaban, y jamás holgó falto de tarea.

En todos tiempos había dado muestras Avdieitch de ser un mozo honrado. Pero, al entrar en años púsose á pensar más que nunca en su alma y en acercarse á Dios. Cuando aún trabajaba en casa de su patrón, murió su mujer dejándole un niño de tres años.

Ninguno de sus hijos vivía; perdió los primeros que tuvo. Al principio quiso enviar su hijo al campo, á casa de su hermana; después le dió pena y pensó:

—A mi Kapitochka le sería demasiado duro vivir con una familia extraña. Quiero tenerlo conmigo.

Y Avdieitch abandonó á su patrón y se estableció por su cuenta con su hijo. Pero Dios no bendijo á Martín en su descendencia. Cuando Kapitochka comenzaba á crecer y ayudar á su padre, cayó enfermo, desmedróse durante una semana y murió.

Avdieitch dió sepultura á su hijo y desesperó de todo. Estaba tan sin consuelo, que se puso á murmurar contra Dios. Sentíase Martín tan desdichado que á menudo pedía la muerte al Señor, acusándolo de no habérsele llevado á él, que era un viejo, en lugar de á su hijo único y adorado. Hasta cesó de frecuentar la iglesia.

Cátate que un día, hacia Pentecostés, llegó á casa de Avdieitch un paisano suyo, un peregrino siempre errante desde ocho años hacía. Charlaron, y quejóse Martín amargamente de sus desventuras.

—Ya ni siquiera tengo afán por vivir, hombre de Dios—decía.—Sólo anhelo morir. Eso es todo cuanto á Dios imploro. Ahora ya no tengo esperanza ninguna.

Y el viejecito le respondió:

—No está bien hablar así, Martín. No nos corresponde juzgar lo que Dios ha hecho; esto es superior á nuestra inteligencia. Sólo Dios es juez de lo que hace. Ha resuelto que tu hijo muriese y que tú vivieras: será que vale más que así sea. Y tu desesperación proviene de que quieres vivir para ti, para tu propia felicidad.

—¿Y para qué vivimos?—preguntó Avdieitch.

Y dijo el anciano:

—Es preciso vivir para Dios. El es quien te da la vida, para El de-

bes vivir. Cuando comiences á vivir para El, ya no tendrás penas y lo sobrellevarás todo fácilmente.

Martín guardó silencio un instante. Después replicó:

—¿Y cómo vivir para Dios?

Y contestó el viejo:

—¿Cómo vivir para Dios? Cristo lo ha revelado. ¿Sabes leer? Compra el Evangelio y lee. En él aprenderás cómo es necesario vivir para Dios. Allí encontrarás respuesta á todo lo que preguntas.

Estas palabras llegaron al corazón de Avdieitch. El mismo día salió á comprar un Nuevo Testamento en letra gorda, y se puso á leerlo.

Sólo quería leer durante los días de fiesta; pero, una vez que hubo comenzado, sintió tal sosiego en el alma, que tomó la costumbre de recorrer todos los días algunas páginas. A veces quedaba tan absorto con la lectura, que consumía todo el petróleo de la lámpara sin poder dejar el santo libro.

De esta suerte, leía todas las noches. Y cuanto más leía, con mayor claridad comprendía lo que Dios le mandaba y cómo hay que vivir para Dios; el gozo penetraba más y más dentro de su corazón.

Antaño, sucedíale antes de acostarse entrarle ganas de suspirar y gemir, evocando el recuerdo de Kapitochka. Hogaño contentábase con decir:

—¡Gloria á Ti, gloria á Ti, Señor! ¡Hágase tu voluntad!

Desde ese tiempo, la vida de Avdieitch cambió por completo. Antes entraba los días de fiesta á beber té en el *traktir*, y tampoco se privaba de un vaso de *vodka*. A veces dejábase arrastrar á beber con un amigo; y al salir del *traktir*, si no borracho un poco alegre, poníase á decir locuras, á dar gritos é injuriar á los transeuntes.

Pero todo eso estaba ya lejano. Ahora se deslizaba su vida apacible y feliz. Ponía manos á la obra desde el alba, concluía su tarea, descolgaba la lámpara, poníala sobre la mesa, sacaba el libro del estante, lo abría y comenzaba á leer. Y cuanto más leía, más comprendía y más serena quedaba su alma.

Sucedióle una vez quedarse leyendo hasta más tarde de lo que tenía por costumbre. Estaba entonces en el Evangelio según San Lucas. En el cap. VI, leyó los versículos siguientes:

«Y al que te hiriere en una mejilla, preséntale también la otra. Y al que te quitare la capa, no le impidas también llevar la túnica.

»Da á todos los que te pidieren: y al que tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas á pedir.

»Y lo que queréis que hagan á vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros á ellos.»

En seguida leyó los otros versículos, donde el Señor dice:

«¿Por qué, pues, me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?

»Todo el que viene á mí, y oye mis palabras, y las cumple, os mostraré á quién es semejante:

»Semejante es á un hombre que edifica una casa, el cual cavó y ahondó, y cimentó sobre la piedra: y cuando vino una avenida de aguas, dió impetuosamente la inundación sobre aquella casa, y no pudo moverla: porque estaba fundada sobre piedra.

»Mas el que oye y no hace, semejante es á un hombre que fabrica su casa sobre tierra sin cimiento, y contra la cual dió impetuosamente la corriente, y luego cayó: y fué grande la ruina de aquella casa.»

Avdieitch leyó estas palabras y llenóse de regocijo su corazón. Se quitó las gafas, las dejó encima del libro, se puso de codos en la mesa y se quedó pensativo. Y comparó sus propios actos con sus palabras, y dijo para sus adentros:

—¿Está fundada mi casa sobre roca ó sobre arena? Bueno fuera que lo esté sobre roca. ¡Se siente uno tan satisfecho, estando solo, si se ha obrado como Dios manda! Mientras que si se deja uno apartar de Dios, puede caerse en el pecado. Voy á proseguir; esto es muy bueno. ¡Dios me asista!

Después de haber meditado así, quiso acostarse. Pero le costaba mucho trabajo dejar el libro. Y se puso otra vez á leer el séptimo capítulo. Leyó la historia del centurión y del hijo de la viuda; leyó la respuesta de Jesús á los discípulos de San Juan. Llegó al pasaje en que el rico fariseo convidó en su casa al Señor; leyó cómo le ungió los piés la pecadora y los lavó con sus lágrimas, y cómo El la perdonó sus pecados. Llegó luego al versículo 44, y leyó:

«Y volviéndose hacia la mujer, dijo á Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los piés; mas ésta con sus lágrimas ha regado mis piés y los ha enjugado con sus cabellos.

»No me diste beso; mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besarme los piés.

»No ungiste mi cabeza con óleo; mas ésta, con ungüento ha ungido mis piés.»

Leyó este versículo y pensó:

«No me diste agua para los piés, no me diste beso, no ungiste mi cabeza con óleo.»

Y Avdieitch se quitó de nuevo las gafas, dejó el libro y se puso á meditar.

—Sin duda, era como yo ese fariseo. Yo también he pensado únicamente en mí: con tal de beber té, estar calentito y no faltarme nada,

no pensaba yo lo más mínimo en el convidado. Sólo me ocupaba de mí, y del convidado nada. ¿Y quién es el convidado? ¡El Señor mismo!... ¿Y si hubiese venido á mi casa, hubiera obrado yo de esa manera?

Y con la cabeza apoyada en ambas manos, durmióse Avdieitch sin darse cuenta de ello.

—¡Martín!—exclamó de pronto una voz junto á sus oídos.

Martín se despertó, sobresaltado, de su modorra.

—¿Quién va?

Volvió la cabeza, miró á la puerta: no había nadie.

Otra vez se quedó dormido.

De repente, oyó con suma claridad estas palabras:

—¡Martín! ¡Eh, Martín! Mira mañana á la calle. Vendré á verte.

Despabilóse Avdieitch, se levantó de la silla y se frotó los ojos. El mismo ignoraba si había oído estas palabras en sueños ó en realidad.

Apagó la lámpara y se acostó.

A la mañana siguiente se levantó antes de la aurora, dirigió sus preces á Dios, encendió la hornilla, puso en ella á cocerse el *stechi*, col fermentada, *kacha*, hizo hervir agua en el *samovar*, atóse el mandil y se sentó á trabajar junto á la ventana.

Y mientras trabajaba, acordábase de lo que la víspera le sucedió; y no sabía qué pensar. Unas veces le parecía haber sido juguete de una alucinación, otras que realmente le habían hablado.

—Son cosas que ocurren—dijo para sí.

Continuó Martín trabajando y mirando por la ventana; y si pasaba alguien con botas desconocidas para él, encorvábase para ver á través de la ventana, no sólo los piés, sino también la cara.

Pasó un portero *(dvornik)* con botas de fieltro *(valenki)* nuevas; luego el aguador; después un soldado veterano del tiempo de Nikolai, calzado con *valenkis* viejas, á las que había echado ya soletas, y armado con una larga pala de madera.

Llamábase Stepanitch y vivía en casa de un mercader vecino, quien le tenía recogido por caridad. Estaba encargado de ayudar á los *dvorniks*.

El veterano se puso á espalear la nieve delante de la ventana de Avdieitch. Este le miró y continuó su tarea.

—No cabe duda de que soy bien majadero al atisbar así—pensaba Avdieitch burlándose de sí mismo... —Es Stepanitch que está espaleando la nieve, y me figuro que es Cristo que viene á verme. Soy un mentecato que desvaría.

Sin embargo, al cabo de otras diez puntadas miró de nuevo por la ventana; y vió á Stepanitch, quien

apoyando la pala en la pared, descansaba y entraba en calor.

—Es viejo ese buen hombre—se decía Avdieitch.—Se ve que ya ni siquiera tiene fuerza para espalear la nieve; quizá le viniera bien darle té, y precisamente está á punto de enfriarse mi *samovar*.

Clavó la lezna en el banco, se levantó, puso el *samovar* en la mesa, echó agua caliente en la tetera y tocó en la ventana. Volvióse Stepanitch y se aproximó. El zapatero le hizo una seña y fué á abrir la puerta, diciéndole:

—Entra á calentarte; debes de estar con frío.

—¡Cristo sea con nosotros! Sí, es verdad, me duelen los huesos—respondió Stepanitch.

Entró el anciano, sacudióse la nieve de los piés, los enjugó por miedo de ensuciar el piso entarimado, y vacilároнle las piernas.

—No te tomes la molestia de secarte los piés; ya limpiaré esto—dijo Avdieitch.—Eso no importa nada; ven á sentarte y toma un poco de té.

Llenó dos vasos y alargó uno de ellos á su huésped; él derramó el suyo en la salvilla y se puso á soplar encima.

Bebió Stepanitch, volvió el vaso boca abajo, puso encima el azúcar sobrante y dió las gracias. Pero, veíase que aún quería más.

—Toma otra vez, dijo Martín.

Y de nuevo llenó ambos vasos.

Mientras bebía, Avdieitch miraba á cada momento á la calle.

—¿Esperas á alguien?—le preguntó el huésped.

—¿Si espero á alguien? Vergüenza me da decir que sí. No sé si tengo razón ó no para esperar, pero he oído unas palabras que me han llegado al corazón... ¿Sería un sueño, ó no sé qué?... Oye, hermano; leía yo ayer el Evangelio de nuestro buen Padre Jesucristo, cuánto sufrió, cómo anduvo por la tierra. ¿Habrás oído hablar de esto, no es así?

—Sí, he oído hablar de ello—respondió Stepanitch.—Pero, nosotros los ignorantes no sabemos leer.

—Pues bien; leía yo cómo andaba *El* por la tierra... ¿Sabes? He leído cómo entró en casa del fariseo y cómo éste no salió á recibirle. Leía yo, pues, hermano mío, esto ayer precisamente, y pensaba: «¿Cómo es posible no reverenciar lo mejor que se pueda á nuestro Padrecito Cristo. Si, pongo por caso, me sucediera á mí (como á cualquier otro) una cosa semejante, ni siquiera sabría cómo agasajarle con todo el respeto debido. ¡Y el fariseo no *Le* acogió bien!» He aquí lo que yo pensaba. Y me adormecí. Y cuando estuve adormecido, hermano, oigo que me llaman por mi nombre.

Me levanto, y la voz parece que murmura junto á mí, y dice: «Espérame, vendré mañana.» Y así, dos veces de seguido... ¡Pues bien! ¿Quieres creerme? Se me ha quedado eso en la cabeza. ¡Por más que me reprendo á mí mismo, *Le* espero siempre, á *El*, á nuestro Padrecito!

Stepanitch meneó la cabeza sin contestar. Acabó el vaso, y lo puso boca abajo en el platillo; pero Avdieitch lo levantó de nuevo y volvió á echar té.

—¡Toma, y de salud te sirva! Pienso que *El*, nuestro Padrecito, cuando andaba por el mundo, no rechazaba á nadie y buscaba sobre todo á los humildes. Siempre entraba en casa de los humildes; *Sus* discípulos los tomó de entre nosotros, pescadores, artesanos como nosotros. «El que se ensalza, será humillado, decía; el que se humilla será ensalzado... Vosotros me llamáis Señor, dice, y yo os lavo los piés á vosotros; el que quiera ser el primero, debe ser el servidor de los otros... Porque, dijo, bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Stepanitch se había olvidado del té. Era un hombre viejo y sensible. Escuchaba y corríanle las lágrimas á lo largo de las mejillas.

—¡Anda, toma otro poco más!—le dijo Avdieitch.

Pero Stepanitch hizo la señal de la cruz, apartó el vaso y se levantó.

—Te doy las gracias, Martín Avdieitch, por haberme tratado de este modo y haberme satisfecho el alma á la vez que el cuerpo.

—Para servirte. Hasta otra vez. Siempre me agrada que vengan á verme—dijo Avdieitch.

Marchóse Stepanitch.

Martín echó para sí el resto del té, se lo bebió, quitó la vajilla y volvió á sentarse junto á la ventana á trabajar.

Se pone á coser, y mientras cose mira por la ventana y espera á Cristo. Y no hace más que pensar en *El*, y repasa en su memoria lo que *El* hizo y habló.

Pasaron dos soldados, el uno con botas de ordenanza, el otro con botas suyas; luego un *barín* con zapatos de charol; después un panadero con su banasta.

Y hete aquí que frente á la ventana apareció una mujer con medias de lana y zapatones de campesina. Pasó más allá de la ventana y se detuvo arrimada á la pared. Avdieitch, inclinándose, mira á través de los vidrios. Ve una mujer forastera, con una criaturita en brazos, apoyada en la pared y vuelta de espaldas al viento. Trataba de abrigar á su hijito, pero sin lograrlo, porque no tenía nada con que arroparle. Aquella mujer llevaba

vestidos de verano en malísimo estado.

Y tras de la ventana, Avdieitch oyó al niño gritar y á la madre consolarle, pero sin conseguirlo.

Levantóse, abrió la puerta, salió y se puso á gritar en la escalera:

—¡Buena mujer! ¡Eh, buena mujer!

La forastera le oyó y volvióse hacia él.

—¿Por qué te quedas al frío con tu hijo? Entra en mi habitación y estarás mejor para cuidarle... ¡Por aquí! ¡Por aquí!

Suspensa la mujer, ve un viejo con mandil y anteojos, quien la hace señas de que venga. Le sigue, baja los escalones y entra en la covachuela. Y el viejo la dice:

—Aquí, ven aquí. Siéntate más cerca del hornillo. Caliéntate, y da de mamar á tu chiquitín.

—Es que me he quedado sin gota de leche—respondió ella.—Desde esta madrugada no he comido ninguna cosa.

Y, sin embargo, puso al pecho su criatura.

Avdieitch meneó la cabeza. Acercóse á la mesa, cogió pan y un tazón, abrió el hornillo donde se cocía el *stchi,* sacó un puchero de *kacha;* pero como la *kacha* no había tenido tiempo de hervir, echó solamente *stchi* en el tazón y lo puso encima de la mesa. Partió pan, descolgó una servilleta y puso el cubierto.

—¡Siéntate y come, buena mujer! Te tendré un poco el niño. Yo también he tenido hijos y sé atenderlos.

La mujer hizo la señal de la cruz, se puso á la mesa y comió; mientras tanto, Martín, que se había sentado en la cama con el niño, le echaba besos para consolarle. Como la criaturita no cesaba de llorar, Avdieitch inventó amenazarle con el dedo, aproximándoselo y alejándolo alternativamente de sus labios, pero sin metérselo en la boquita, porque lo tenía negro de pez. Y el nene, mirando fijamente el dedo, cesó de llorar y hasta echóse á reir, con gran contento de Avdieitch.

En tanto que comía, refirió la forastera quién era y de dónde venía:

—Soy mujer de un soldado. A mi marido le hicieron marchar hace ya ocho meses, y no he vuelto á tener noticias de él. Vivía yo de mi oficio de cocinera, cuando parí; con un niño, no han querido conservarme, y va para tres meses que estoy sin colocación. Me he comido cuanto tenía; quisé ponerme á criar como nodriza, y me han rechazado diciendo: «¡Demasiado flaca!» Entonces he ido á casa de una tendera donde está colocada nuestra pequeña *baba;* allí me han prometido tomarme. Pensé que la cosa iba á

hacerse en seguida, pero me han dicho que vuelva la otra semana; y vive muy lejos... Estoy extenuada, y he fatigado también á mi pobre hijito. Por fortuna, nuestra patrona ha tenido lástima de nosotros, y, en nombre de Cristo, nos deja dormir en su casa. De otro modo, no sé qué sería de mí.

Avdieitch suspiró y dijo:

—¿Y no tienes ropa de abrigo?

—No. Ayer empeñé por veinte *kopeks* mi último chal.

Acercóse la mujer á la cama y cogió al niño. Avdieitch se levantó, se fué á la pared, buscó y trajo un abrigo viejo *(poddiovka)*.

—Toma; es malo, pero siempre te servirá para arroparte.

La forastera miró la *poddiovka,* miró al anciano, tomó la prenda de abrigo y se deshizo en lágrimas. Alejóse Avdieitch, no menos conmovido; luego se acercó á la cama, sacó un baúl, lo abrió, anduvo buscando en él y fué á sentarse otra vez enfrente de la mujer.

Y la mujer dijo:

—¡Cristo te salve, abuelito! Sin duda, *El* es quien me ha conducido ante tu ventana. Sin eso, el niño hubiera cogido un pasmo. Cuando salí de mi casa hacía calor, y ahora ¡qué frío! ¡Qué buena idea te ha inspirado *El,* nuestro Padrecito, de mirar por la ventana y haberte apiadado de mí!

Avdieitch se sonrió y dijo:

—En efecto, *El* es quien me ha inspirado esta idea. No era por casualidad por lo que miraba yo á través de la ventana.

Y refirió su ensueño á la mujer, cómo había oído una voz y cómo el Señor habíale prometido venir aquel mismo día á su casa.

—Todo puede suceder—contestó la mujer.

Levantóse, cogió la *poddiovka,* envolvió al niño, se inclinó y dió las gracias á Avdieitch.

—En el nombre de Cristo, toma—dijo Avdieitch, deslizándola en la mano una moneda de veinte *kopeks;* —toma esto para desempeñar el chal.

Santiguóse la mujer, Martín se santiguó también; después la acompañó hasta la puerta.

Y la forastera se fué. Después de haber comido el *stchi,* Avdieitch se puso otra vez á trabajar. Mientras tiraba de la lezna no perdía de vista la ventana, y cada vez que se veía una sombra alzaba los ojos para examinar al transeunte. Pasaban algunos á quienes conocía y otros á quienes no conocía; pero éstos no tenían nada que le llamase la atención.

Y cátate que precisamente delante de la ventana ve pararse una vieja vendedora ambulante, que llevaba en la mano una cestita con

manzanas; ya no quedaban muchas; de seguro que había vendido las demás. Llevaba á la espalda un saco de leña menuda, que había debido de recoger en algún almacén; y se volvía de regreso á su casa. Como, al parecer, el saco la hacía daño, quiso mudarlo de hombro; así, pues, lo dejó en el suelo, colocó la cesta de manzanas encima de un poste, y se puso á amontonar la leña. Mientras estaba así ocupada, un chicuelo salido de no sé dónde, con una gorrilla rota, cogió una manzana de la cesta y quiso echar á correr.

Pero le vió la vieja, volvióse y agarró al pequeño por la manga. El niño se rebullía; pero ella le sujetó con ambas manos, le quitó la gorra y le dió de repelones en el cabello.

El muchacho da alaridos, la vieja echa sapos y culebras; Avdieitch, sin perder el tiempo en clavar la lezna, la tira al suelo y corre á la puerta. Hasta tropezó en la escalera y dejóse caer las gafas. Voló á la calle. La vieja continuaba tirándole del pelo al chiquillo, le zurraba de lo lindo y amenazábale con los guardias de orden público *(gorodovoi)*.

Bregaba el chico y negaba, diciendo:

—Yo no he cogido nada. ¿Por qué me pegas? ¡Suéltame!

Avdieitch se empeñó en separarlos. Cogió de la mano al pilluelo, y dijo:

—Suéltale, *babuchka*. Perdónale en nombre de Cristo.

—Voy á perdonarle de manera que se acuerde hasta la próxima condena correccional. Voy á llevar á la prevención á este granuja.

Martín suplicó á la vieja, diciéndola:

—Déjale, *babuchka*, ya no lo hará más. Suéltale, pues, en nombre de Cristo.

La vieja soltó su presa. El pillete disponíase á huir, pero Avdieitch le detuvo.

—Ahora, pide perdon á la *babuchka*, y no vuelvas á hacer eso en adelante; porque te he visto coger la manzana.

El muchacho echóse á llorar y pidió perdón.

—¡Eso está bien! Y ahora, aquí tienes una manzana.

Y Martín cogió del cesto una manzana, alargándosela al niño.

—Voy á pagártela, *babuchka*—continuó, dirigiéndose á la vieja.

—Vas á echar á perder á este mala pécora—dijo la vieja.—Lo que era menester es recompensarle de modo que pensara en ello toda la semana.

—¡Eh, *babuchka!* Nosotros así juzgamos, pero Dios no juzga así. Si había que azotarle por una man-

zana, ¿qué sería preciso hacer con nosotros por nuestros pecados?

La vieja guardó silencio.

Y Martín contó á la vieja la parábola del acreedor que perdonó al deudor su deuda, y del deudor que fué á matar á su bienhechor.

Escuchaba la vieja, y el chiquillo escuchaba también.

—Dios nos manda perdonar—dijo Avdieitch—pues de otro modo nada nos será perdonado á nosotros mismos... Y perdonar á todos, y más que á nadie á quienes no saben lo que hacen.

La vieja meneó la cabeza y suspiró, diciendo:

—No digo que no. Sólo que los niños son de por sí demasiado propensos á obrar mal.

Pues entonces, á nosotros los viejos nos toca enseñarles el bien.

—Eso mismo digo yo. Yo también tuve siete hijos—replicó la vieja;—no me queda más que una hija...

Y la anciana se puso á contar cómo vivía en casa de su hija, de la cual tenía nietos.

—¿Ves mi debebilidad? Y, sin embargo, trabajo. Mis nietos... ¡Me da lástima de ellos, son tan gallardos, tan presurosos en salirme al encuentro! Pues, ¡y Aksiutka! Ahí tienes una que no se iría con nadie sino conmigo. «*¡Babuchka*—me dice—querida *babuchka!*...»

Y la anciana enternecióse por completo.

—En verdad que esto no es más que una niñería. ¡Dios le guarde!—exclamó la mujer dirigiéndose hacia el chicuelo.

Pero, cuando se disponía á volver á echarse el saco á la espalda, acudió el muchacho diciendo:

—Dame, *babuchka,* te lo voy á llevar; vamos por el mismo camino.

La vieja meneó la cabeza y le dió el saco.

Y fuéronse juntos ambos. La vieja hasta se olvidó de reclamar á Avdieitch el pago de la manzana. Y al quedarse Martín sólo, los miró y oyó marcharse y conversar mano á mano.

Siguióles con la vista; después volvió á entrar en casa, encontró intactos los anteojos en la escalera, recogió la lezna y prosiguió el trabajo. Trabajó un momento; mas ya no veía bien para enhebrar el hilo; vió al farolero, que iba á encender los faroles.

—Necesito encender la lámpara—dijo para su capote.

Arregló la lamparita, la colgó y reanudó su tarea. Dió término á una bota y la examinó: estaba bien. Recogió las herramientas, barrió los recortes, descolgó la lámpara, la puso encima de la mesa y sacó del armario el Evangelio.

Quiso abrir el libro por la página en que se quedó la víspera; pero salió otra página.

Cuando estaba abriendo el Evangelio, acordóse del sueño de la víspera; y al punto creyó oir que se movían detrás de él.

Volvióse Avdieitch y le pareció ver gente en el rincón... En efecto, eran personas; pero no podía distinguirlas. Y una voz le murmuró al oído:

—¡Martín! ¡Eh, Martín! ¿No me conoces?

—¿Quién eres?—exclamó Avdieitch.

—¡Pero, si soy *Yo!*—dijo la voz.—¡Soy *Yo!*

Y era Stepanitch; quien surgiendo del rincón oscuro, echóle una sonrisa, se disipó cual una nube y se desvaneció.

—¡Y también soy *Yo!*—dijo otra voz.

Y del rincón oscuro salió la mujer con el niño; sonrióse la mujer, sonrióse el niño, y se desvanecieron los dos.

—¡Y también soy *Yo!*—exclamó otra voz.

Y apareciόse la vieja con el muchacho que tenía una manzana; sonriéronse ambos, y se desvanecieron.

Y sintió Avdieitch gozo en el corazón. Hizo la señal de la cruz, se puso las gafas y leyó el Evangelio en la página por donde se había abierto.

Y en lo alto de la página leyó:

«Porque tuve hambre, y me dis»teis de comer; tuve sed, y me dis»teis de beber; era huésped, y me hospedasteis.»

Y en lo bajo de la página:

«En verdad os digo: que en »cuanto lo hicisteis á uno de estos »mis hermanos pequeñitos, á mí me »lo hicisteis.» (San Mateo, capítulo XXV, vers. 35 y 40.)

Y comprendió Avdieitch que el ensueño no le había engañado; que, en efecto, el Salvador había venido aquel día á su casa; y que á *El* es á quien había hospedado.

Conde León Tolstoy.

LAS EMOCIONES DE UN PERDIGÓN ROJO

Ya sabéis que los perdigones van por bandadas y anidan juntos en el hueco de los surcos, para levantar el vuelo á la menor alarma, desparramándose como los granos que se siembran. Nuestra compañía particular es alegre y numerosa y está acampada en un llano junto á la linde de un gran bosque, donde tenemos buen botín y magníficos refugios á ambos lados. Por eso, desde que sé correr, tengo buen plumaje y estoy bien alimentado, me encuentro muy dichoso de vivir. Sin embargo, una cosa teníame algo intranquilo, y era esa célebre conclusión de la veda, de que nuestras madres empezaban á hablar en voz baja unas con otras. Un viejo de nuestra banda me decía siempre acerca de esto:

—No tengas miedo, Rojillo—me llaman Rojillo á causa de mi pico y de mis patas, del color de la serba;—no tengas miedo, Rojillo. Yo te tomaré por mi cuenta el día de la apertura de la caza, y estoy seguro de que no te ocurrirá nada malo.

Es un macho viejo muy picarón y vivaracho todavía, aun cuando tiene ya señalada la *herradura* en el pecho y algunas plumas blancas acá y allá. De joven recibió en un ala un perdigón de plomo; y como esto le ha hecho ser un poco pesado, mira dos veces antes de alzar el vuelo, mide bien el tiempo y sale del apuro. A menudo me llevaba consigo hasta la entrada del bosque. Hay allí una rara casita, oculta entre los castaños, muda como una madriguera vacía y siempre cerrada.

—Mira bien esa casita, pequeño—me decía el viejo;—cuando veas salir humo por la techumbre y abiertas la puerta y las ventanas, mala señal para nosotros.

Y yo me fiaba de él, sabiendo de ciencia cierta que ya estaba él ducho en eso de las aperturas de la caza.

En efecto, la otra mañanita, al rayar la aurora, oí que me llamaban muy quedo dentro del surco...

—Rojillo, Rojillo.

Era mi viejo macho. Tenía un mirar extraordinario.

—Vente á escape—me dijo—y haz lo que yo.

Le seguí medio dormido, deslizándome por entre los terrones, sin volar, sin saltar casi, como un ratón. Ibamos por el lado del bosque; y al pasar vi que había humo en la chimenea de la casita, luz en las ventanas, y, delante de la puerta, de par en par, unos cazadores, unos cazadores equipados del todo y una trahilla de perros que saltaban. Cuando pasábamos, gritó uno de los cazadores:

— Registremos el llano esta mañana, y luego de almorzar haremos lo mismo en el bosque.

Entonces comprendí por qué mi viejo compañero nos llevaba cuanto antes á la arboleda. A pesar de esto palpitábame el corazón, sobre todo al pensar en nuestros pobres amigos.

De pronto, en el momento de llegar al lindero, pusiéronse á galopar hacia nosotros los perros...

—¡Agáchate, agáchate!—me dijo el viejo bajándose; al mismo tiempo, á diez pasos de nosotros, una codorniz despavorida abrió cuanto pudo sus alas y su pico, y echó á volar dando un grito de miedo. Oí un formidable ruido y quedamos rodeados por un polvo de un olor extraño, blanco y caliente, aunque apenas había salido el sol. Estaba yo tan amedrentado que ya no podía correr. Felizmente entrábamos en el bosque. Mi camarada se agazapó tras una pequeña encina, yo me coloqué junto á él y ambos permanecimos allí ocultos, mirando por entre las hojas.

En los campos había un terrible fuego de fusil. A cada escopetazo cerraba yo los ojos despavorido; luego, cuando me decidía á abrirlos, veía el llano inmenso y desnudo, y los perros corriendo, husmeando entre las briznas de hierba, entre las gavillas, girando sobre sí mismos como locos. Los cazadores juraban detrás de ellos y los llamaban; las escopetas relucían al sol. Hubo un momento en que creí ver volar como hojas sueltas, entre una nubecilla de humo aun cuando en los alrededores no había ningún árbol. Pero el viejo macho me dijo que eran plumas; y, en efecto, á cien pasos frente á nosotros un magnífico perdigón gris cayó dentro de un surco, doblando su cabeza ensangrentada.

El tiroteo cesó de pronto cuando el sol quemaba desde lo alto. Los cazadores regresaban hacia la casita, donde se oía peterrear una gran hoguera de sarmientos. Hablaban entre ellos con la escopeta al hombro, discutían los disparos hechos, y mientras tanto sus perros iban detrás, jadeantes, con la lengua colgando...

—Van á almorzar—me dijo mi compañero;—hagamos lo mismo.

Nos metimos por un sembrado de trigo morisco junto al bosque, un gran campo blanco y negro, en flor y granado, con aroma de almendra. Picoteaban también allí unos hermosos faisanes de irisadas plumas, bajando sus crestas rojas de miedo de ser vistos. ¡Ah! ¡Estaban menos altivos que de costumbre! Mientras comían, nos pidieron noticias y nos preguntaron si había caído alguno de los suyos. Durante este tiempo el almuerzo de los cazadores silencioso al principio, íbase haciendo cada vez más bullanguero; oíamos chocar las copas y saltar los corchos de las botellas. El viejo advirtió que ya era hora de irnos á nuestro refugio.

Dijérase que á la sazón el bosque estaba durmiendo. La charca adonde van los gamos á beber no estaba enturbiada por ningún lengüetazo. Ni un hocico de conejo entre los sérpoles del vivar. Solo se oía un estremecimiento misterioso, como si cada hoja, cada brizna de hierba resguardase una vida amenazada. ¡Esa caza de monte tiene tantos escondrijos! Las gazaperas, la montanera, las faginas, las malezas y además los hoyos, esos hoyitos de bosque que conservan por tanto tiempo el agua después de haber llovido. Confieso que me hubiera gustado estar en el fondo de uno de esos agujeros; mas mi acompañante prefería permanecer al descubierto, tener anchuras, ver á lo lejos y sentir ante sí el campo libre. Bien hicimos, porque los cazadores penetraban en la selva.

¡Oh! Jamás olvidaré aquella primera descarga en el bosque, aquel tiroteo que horadaba las hojas como el granizo en Abril y dejaba señales en las cortezas de los árboles. Un conejo pasó huyendo á la carrera á través del camino, arrancando matitas de hierba con sus uñas extendidas. Una ardilla bajó velozmente de un castaño, dejando caer castañas aún verdes. Sintiéronse dos ó tres pesados revuelos de gordos faisanes y un tumulto entre las ramas bajas y las hojas secas, al viento de ese escopetazo que agitó, despertó y asustó á todo bicho viviente en el bosque. Los musgaños se escondían en lo más hondo de sus agujeros. Un escarabajo, que salió del hueco del árbol tras del cual estábamos

agachados, movía sus ojos salientes y estúpidos, yertos de terror. Por todas partes pobres bichitos azorados, libélulas azules, moscardones, mariposas... hasta un saltamontes chiquitín con alas de color escarlata, que vino á pararse junto á mi pico; pero también yo estaba asustado en demasía para aprovecharme de su miedo.

El viejo, por su parte, continuaba tan tranquilo siempre. Muy atento á los ladridos y á los disparos, haciame señas cuando se acercaban; y nos íbamos un poco más lejos, fuera de la pista de los perros, y muy ocultos entre el follaje. Sin embargo, una vez creí que estábamos perdidos. La calle de árboles por donde teníamos que cruzar estaba guardada á cada extremo por un cazador á la atisba. Por un lado, un mocetón con patillas negras, quien sonaba como una panoplia vieja cada vez que se movía, con su cuchillo de monte y su cartuchera y el cuerno de municiones, sin contar con que sus polainas hebilladas hasta las rodillas le hacían parecer aún más alto; en el otro extremo, un viejecito, apoyado tranquilamente contra un árbol, fumaba en su pipa, guiñando los ojos como si quisiera dormirse. Este no me daba miedo, sino el mocetón de allá abajo...

—No entiendes una jota de esto, Rojillo—me dijo mi camarada riéndose.—Y sin temor ninguno, con las alas abiertas de par en par, levantó el vuelo casi entre las piernas del terrible cazador de las patillas. Y el hecho es que el pobre hombre estaba tan engolfado con todos sus atavíos de caza, tan ocupado en admirarse de arriba á abajo, que cuando se echó al hombro la escopeta estábamos ya lejos de su alcance. ¡Ah! ¡Si cuando los cazadores se creen solos en un rincón de un bosque, supieran cuántos ojuelos fijos les atisban desde los matorrales, cuántos piquitos puntiagudos reprimen la risa al ver su torpeza!...

Nosotros andábamos, andábamos sin parar. No teniendo nada mejor que hacer sino seguir á mi viejo acompañante, mis alas se desplegaban á compás de las suyas, para replegarse y quedar inmóviles así que él se paraba. Aún me parece ver todos los sitios por donde pasamos: el conejar cuajado de brezos, lleno de madrigueras al pié de los árboles amarillentos, con esa gran cortina de robledales donde parecíame ver escondida la muerte por todas partes; y la verde sendita por donde mi madre la Perdiz había paseado tantas veces su pollada bajo el sol de Mayo, donde saltábamos picoteando las hormigas rojas que trepaban por nuestras patas, donde

encontrábamos faisanitos cebados, gordos como pollastros, y que no querían jugar con nosotros.

Vi como en un sueño mi senderito, en el momento de atravesarlo una corza, erguida sobre sus delgadas patas, con los ojos muy abiertos y dispuesta á saltar. Después, la balsa adonde íbamos en partidas de quince ó treinta, todos al mismo vuelo, alzándonos de la llanura en un minuto, para beber el agua del manantial y salpicarnos de gotitas que ruedan sobre el plumaje lustroso... En medio de esa charca había una aliseda, como un ramillete muy espeso; y en aquel islote nos refugiamos. Preciso sería que los perros tuviesen una nariz de primera, para ir á buscarnos allí. A poco de llegar nosotros, presentóse un corzo arrastrándose sobre tres patas y dejando una rastra roja sobre el musgo tras de sí. Daba tanta tristeza el verle, que escondí la cabeza bajo las hojas; pero oía al herido beber en la charca resollando y ardiendo en fiebre...

Caía la tarde. Los disparos de escopeta se alejaban y disminuían en número. Después quedó todo en silencio... Había concluido aquello. Entonces regresamos despacio á la llanura, para saber noticias de nuestra gente. Al pasar por delante de la casita de madera, vi una cosa horrible.

Al borde de un hoyo, unos junto á otros yacían liebres de rojo pelo y conejillos grises de cola blanca, con las patitas juntas por la muerte, en ademán de pedir misericordia, y con ojos empañados que parecían llorar; además, perdices rojas, machos de perdiz grises, con la *herradura* como mi camarada, y perdigoncillos de aquel año que tenían como yo pelusa debajo de las plumas. ¿Hay nada más triste que un ave muerta? ¡Las alas son tan vivas! El verlas plegadas y frías hace temblar... Un gran corzo, magnífico y tranquilo, parecía que estaba durmiendo con su lengüecita sonrosada fuera de la boca, cual si aún fuese á lamer.

Y allí estaban los cazadores, inclinados sobre aquella carnicería, contando y tirando hacia sus morrales de las patas sangrientas y de las alas rotas, sin respeto á todas esas heridas recientes. Los perros, atraillados para el camino, fruncían aún sus hocicos en ristre, como si se dispusiesen á lanzarse de nuevo á los tallares del soto.

¡Oh, mientras el ancho sol se ponía por allá abajo y se marchaban todos jadeantes, alargando sus sombras sobre los terrones de los surcos y las sendas húmedas con el sereno del crepúsculo, cómo maldecía yo, cómo detestaba á toda la banda, hombres y animales!... Ni

mi compañero ni yo teníamos ánimos para lanzar, como de costumbre, unas notitas de despedida á ese día que acababa.

En nuestro camino encontramos infelices bestiezuelas, muertas por un perdido perdigón de plomo y abandonadas allí á las hormigas; musgaños con el hocico lleno de polvo, picazas, golondrinas derribadas al vuelo, tendidas de espaldas y levantando sus rígidas patitas hacia el cielo, de donde descendía la noche á escape como suele en otoño, clara, fría y húmeda. Pero lo más conmovedor de todo, era el oir en los linderos del bosque, al margen del prado y allá abajo en los juncales del río, llamamientos angustiosos, tristes y diseminados, á los cuales nadie contestaba.

ALFONSO DAUDET.

LA COPA

—

DE SULLY PRUDHOMME

Rodar veréis en torpes bacanales
De grosero licor cántaro lleno;
Mas no abunda lo mismo el vino bueno
Que ha de espumar en límpidos cristales.

Aguarda, en tanto, en altos pedestales,
Aureo, artístico vaso, noble estreno;
Vacío permanece su hondo seno;
Nadie osa profanar copas reales.

El espíritu va cual la materia;
Contenta á un pecho vil placer inmundo;
Altiva es la pasión del alma altiva;

Y quien aspira á la pureza eteria
No halla amor, entre amores de este mundo,
Digno de que su seno le reciba.

M. A. CARO.

EL SALÓN DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA

(CONCLUSIÓN)

El séquito de la Emperatriz en Aquisgrán se componía de la señora duquesa de Larochefoucauld, su camarera mayor, de cuatro damas de palacio;

La condesa de Luçay, y más tarde la señora de Lannes, que volvía de Portugal;

La condesa de Colbert (señorita de Canclaux) y la baronesa de V.***;

Del caballerizo mayor, el caballero de Harville, y dos gentilhombres, el Sr. de Beaumont y el señor de Aubusson de la Feuillade;

De un caballerizo de carrera;

Y del Sr. Deschamps, secretario de órdenes, antes autor de zarzuelillas muy picantes, camarada literario y dramático de Picard, con quien había compuesto muchas piececitas, en las cuales ponía también todo su ingenio su amigo Deprez.

El Sr. Deschamps, elevado ó descendido de pronto desde el papel de hombre de letras al de servidor de la corte, veíase á veces apurado por su antigua intimidad con el actor-autor de *El Villorrio,* lo cual divertía mucho por su parte al autor de *Los Herederos*. Podía aplicársele al Sr. Deschamps lo que Chamfort decía del Sr. de Guerville:

—Observad que este poeta nunca ha hecho una obra maestra él solo; siempre ha tenido un colaborador, lo cual hace más ligera para la envidia la carga de su gloria.

Por lo demás, este buen Deschamps, cortés, servicial é ingenioso, era el más infeliz de los hombres en aquel puesto, tan ambicionado por él; porque se había reído demasiado con sus colaboradores de las ridiculeces cortesanas para no sufrir al verse también cargado de ellas, él á quien su nacimiento, su vocación y sus antecedentes debían

dispensar más que á nadie de esos nobles errores. Además, siendo por su cargo el natural confidente de las deudas que á diario contraía la Emperatriz, á despecho de las recomendaciones del Emperador, el pobre secretario de órdenes veíase sin cesar amenazado, á la menor indiscreción, de caer en desgracia con su señora, ó de tener que aguantar las iras del señor, y ya se sabe el miedo que inspiraban estas iras.

Reuniendo entonces las funciones de intendente y las de secretario particular, era preciso rebajar las cuentas, disminuir su total, sin saber cómo se saldaría el exceso disimulado; era necesario halagar á los acreedores y comprar su silencio, y redactar luego humildes observaciones acerca de los excesivos gastos consagrados á objetos de capricho, observaciones que Josefina leía ó escuchaba con tanta mayor paciencia cuanto que no hacia caso de ellas y no gastaba ni un céntimo menos. Todo esto aún no era nada. Pero eso de llevar desde la mañana casaca francesa y espada al cinto, saltar casi repentinamente desde la *carmañola* del Terror y el *redingot* de la República al casacón palaciego de la corte de Luis XVI, á esa vestimenta condenada á muerte por los revolucionarios y que nuestros actores apenas se atrevían á sacar en los papeles de marqueses de Molière, requería mucho valor, porque llevándola entonces no tenía ya que arrostrar más que el riesgo de ir incómodo y ridículo.

Entre las personas á quienes el interés por su salud ó por su fortuna había llevado á baños aquella temporada, se distinguían el señor y la señora de Sémonville, sus hijos los señores de Montholon y la encantadora señora de Macdonald, cruelmente herida por la enfermedad que la ha arrebatado al amor de su familia; el señor y la señora de Turenne, el señor de Villontrais, el duque de Aremberg y varios castellanos principales de las riberas del Rhin.

La señora de Turenne, recién llegada de su provincia, apareció de pronto en medio de las mujeres que se presentaron á la Emperatriz. Era bastante bonita para producir efecto; pero, preciso es confesarlo, á la belleza de sus diamantes debió sobre todo las particulares atenciones de la soberana y de las personas encargadas por el Emperador de atraer á la corte de la Emperatriz las mujeres de los hidalgos ricos.

Cuando se supo que aquella mujer, de ojos espléndidos como los brillantes que llevaba puestos, tenía por marido á un buen mozo llamado el señor de Turenne, y que ambos iban á formar parte de la servidumbre imperial, difundióse cómico regoci-

jo entre muchos de los oficiales cuya instrucción en genealogías nobiliarias no estaba siempre al nivel de su valentía personal.

—Enhorabuena—decía en mi casa uno de los adictos á la ex-república;—puesto que *el general* tiene el antojo de querer mezclar con los nuestros apellidos aristocráticos, que nos los dé como éste; no hay un coronel á quien no le halague ser camarada del *nieto* del gran Turenne. ¡Caracoles, y qué bien se debe batir con ese nombre! Eso vale más que los *currutacos* de emigrados que se cuelan por todas partes para hacerse rogar que les hagan volver á sus farsas de antaño.

Por más que se le contestaba que el mariscal de Turenne no había dejado ningún hijo, y que entre esos *currutacos* de emigrados había descendientes directos de los Montmorency, de los Montemart, de los Rohan, de los Bouffers, de los Villars, de los Broglie, etc., cuyos antecesores habían guerreado tan bien como él mismo, no por eso cesaba en sus diatribas contra la antigua nobleza francesa, en la cual no hacía más que una sola excepción á favor del pretendido hijo del mariscal de Turenne.

Este intrépido soldado de nuestros ejércitos republicanos era un verdadero tipo del militar de la época, valiente hasta el heroismo, amante de la libertad, por la cual creía combatir, desdeñoso para toda ciencia extraña á la guerra, idólatra de Bonaparte, descontento del Emperador, de cuyos decretos *renegaba*, y á quien obedecía como un esclavo. No permitía á nadie más que á sí mismo hablar mal de él. Inflexible en lo que atañe al cumplimiento del deber, aunque humanitario y hasta generoso, pasó por la prueba más cruel que la suerte pudo imaginar contra un oficial de aquellos tiempos: había sido elegido para mandar el piquete de gendarmes de primera que había de fusilar al duque de Enghien...

Despertado á media noche con orden de encaminarse á los fosos del castillo de Vincennes, para hacer allí justicia (decíanle), en la persona de un oficial traidor y sentenciado por el consejo de guerra, había creído tener que cumplir uno de esos tristes deberes impuesto por la disciplina. Tan presente se halla en mi memoria el relato que me hizo de lo que había sufrido en aquel terrible momento, que aún me parece oirle con sus exprexiones medio grotescas, medio conmovedoras.

—¡Preciso es tener desgracia!—decía.—¡Yo que siempre aborrecí esas fiestas!... Pero, ¿qué quiere V.? Son cosas del oficio y hay que resignarse; de lo contrario, le tomarían á uno por un cobarde si se

tuvieran melindres para fusilar á un desertor ó á cualquier pobre diablo, culpable de algún arranque brusco contra un superior suyo; por eso no rechisté una palabra cuando vinieron á llamarme de parte del general para hacer ejecutar la sentencia del consejo. Sólo que me chocó la hora elegida para aquella expedición. Matar á un hombre en pleno día, pase; pero en medio de la noche, á la luz de una linterna puesta sobre su corazón, ¡mil truenos! es para imponer al más intrépido.

Al hablar así, el abultado rostro del capitán H.*** palidecía con el recuerdo. Y añadió:

—Eso sin contar con que todo, cuando se hace por el estilo, á la chita callando, siempre me es un poco sospechoso. Vamos—dije para mí—el pobre muchacho ha hecho alguna barbaridad y es justo que la pague. Entonces preparé mis hombres y les repetí que fueran exactos á la voz de mando, porque entre aquellos mozos hay quienes matan austriacos como gorriones y no saben apuntar á un camarada.

De pronto ábrese una puertecilla y salen los fusileros; como es de cajón, el paciente iba en medio de ellos. ¡Ah, ah! — pensé al verle — no es ningún pelafustán. ¡Vaya un aspecto noble! ¡Qué buena planta! ¡Cómo marcha con paso firme! Pero ¡Dios me perdone! aún es muy joven, treinta años á lo sumo; preciso es que sea algún hijo de buena casa, porque los jefes le tratan con cortesía. ¿Quién dijera que con esa figura y ese valor ha podido merecer tan fea muerte?

Y esta reflexión me trastorna la cabeza; me imagino que es un pobre joven víctima de informes falsos, un valiente oficial calumniado. Me da como un ahogo en el pecho; me parece que me falta ya la voz y que la palabra *¡fuego!* no podrá salir de mi boca. Sin embargo, no había que retroceder, pues no era cosa de hacerse fusilar en lugar suyo.

Por fortuna le veo hacer señas á uno de los nuestros, cual si quisiera hablarle. Le entrega un papel. Creo que trata de ganar tiempo. Bueno—me digo—flojea un poco. ¡Caramba! El momento es duro y se trata de retardarlo. Eso me da valor á mí... y cumplo con mi deber.

Al llegar aquí el capitán se detuvo, pálido y abatido, como si aún oyera la fatal explosión. Alzó los ojos hacia mí; sin duda habría en mi cara vivas muestras de indignación y de terror, puesto que volvió bruscamente la cabeza, exclamando:

—Me disculpa V., ¿no es cierto-¿Sabía yo quién era él? ¿Sabía yo

que el consejo de guerra se había apresurado á despacharlo para el otro barrio, por miedo de que el Emperador le perdonase? ¿Sabía yo siquiera que el papel que entregó al camarada era un mechón de pelo suyo, el postrer adios á la mujer á quien amaba? ¡Dios me confunda! Creo que si yo lo hubiese sospechado, nunca hubiera tenido ánimos para mandar que disparasen: y bien sabe Dios cuánto aborrezco á todos esos Borbones desde lo de la máquina infernal. Pero ¡mil bombas! aquel tenía el aspecto de un oficial intrépido, y además el continente de un soldado que no tiene nada que echarse en cara y se burla de la muerte. ¡Vaya una mirada de lástima que nos dirigía, como diciendo: ¡Pobres gentes, os compadezco más que á mí mismo, porque vais á matar á un buen francés! Y cuando sepáis que no era culpable, esta acción os pesará en el alma como un crimen.

—Sin embargo, es verdad, señora —añadió el capitán golpeándose el pecho;— tenía la conciencia limpia. Y cuando al acabar aquella triste expedición he visto al camarada M.*** (1) desmayarse como una mujer; cuando este pobre chico, educado en casa del antes príncipe de Condé, se puso á sollozar diciéndonos que acabábamos de matar á un inocente..., que ese joven tan guapo y tan animoso, que yacía allá atravesado por nuestras balas, era... el duque de Enghien... ¡ay! sentí como un puñetazo en el corazón... y sabe Dios cuánto he jurado contra quienes nos comisionaron para hacer aquello...; porque, desengáñese V., de verdad, aquella ejecución sumaria no salió del magín del Emperador.... ¡Demonches! no es así como trata á sus enemigos..., los mata en pleno día, á cañonazo limpio..., á riesgo de que se lo lleve á él mismo por delante una bala rasa... Eso es cosa de algunos zascandiles de la corte, que temen una buena carrera de baquetas como volviesen los antiguos á quienes han plantado; esos *cochinos* políticos son quienes han tomado sobre sí la carga de fusilar á un Borbón, creyendo darle un plato de gusto al general. Pues bien, se han equivocado; por un primo mío, de servicio en la camareta de las Tullerías, he sabido que al ver entrar el Emperador en su aposento á Josefina, con el rostro demudado, anegada en lágrimas y exclamando:

—¡Ha muerto el duque de Enghien! ¡Ah, Dios mío! ¿Qué has hecho?

Sé que el Emperador ha palidecido, y ha dicho con voz ahogada:

—*Los desdichados han ido demasiado á escape.*

(1) Es el oficial citado en la biografía del duque de Enghien.

Sé que estuvo varios días abrumado por el peso de una sombría tristeza, y que pasó varias noches sin sueño... ¡Ah! Esas noches se quedarán grabadas en su memoria; nunca dirá el daño que ha sufrido, es justo; la cosa ya está hecha y hay que sostenerla. Pero crea V. que toda su vida aborrecerá á quienes la aconsejaron y hasta á los pobres diablos que, como yo, la ejecutaron sin saber lo que hacían.

La llegada de M. de C. interrumpió ese relato, que hubiera yo temblado de ver continuar delante de él. Después me ha confesado que, chocándole muchísimo la alteración pintada en mi rostro y en el del capitán H., estuvo á punto de retirarse por discreción; pero que le había contenido el apuro de una salida inmotivada.

M. de C. era uno de esos emigrados recién venidos, á quienes el recuerdo y la proximidad de Coblentza sostenían en las márgenes del Rhin. El miedo á un retorno del Terror entraba también por algo en su cuidado de no alejarse de la frontera. Pero lo que más agradable les hacía la estancia en esas provincias era el gusto de oir allí hablar mal sin cesar de los agentes del gobierno francés, y echar de menos al mismo tiempo todas las vejaciones que se deploraban durante la dominación germánica, capricho habitual de toda provincia conquistada; y esta malquerencia contra los vencedores estaba en armonía con el mal humor de los perjudicados por la Revolución.

El capitán H. advirtió muy pronto, por mi apuro, que acababa de entrar un hombre cuyas confidencias legitimistas temía tanto, como su relato republicano acababa de hacerme temblar. Me echó una mirada reprobadora, pues temer que un emigrado se comprometiese ante él era injuriarle: hubiera podido hacerlo impunemente. El Capitán H. era un hombre de honor, en toda la extensión de la palabra. Pues bien; el recuerdo de sus eminentes cualidades y del servicio que había prestado á mi marido dejándole escaparse de la prisión en el 93, no llegaban á cohonestar el de la atroz comisión que se había visto obligado á desempeñar; y, lo confieso para vergüenza mía, esa desgracia, que hubiera debido aumentar mi interés por él á causa del sentimiento que le produjo, me hizo insoportable su presencia. Veíale siempre mandando el asesinato de un inocente... ¡Y qué inocente!..

Me dijo un día:

—Señora, hice muy mal en hablarle á V. del asunto de Vincennes; es V. como yo. ¿Está pensando V. en ello siempre?

—Sí, demasiado á menudo—le contesté.

—¿Y me tiene V. mala voluntad por haber cumplido con mi deber?

—Es cierto; mas es una injusticia que pasará, así lo espero.

—¡Nunca!—replicó con amargura;—las mujeres son como los generales: nunca se les debe contar sino lo que nos honra.

Desde aquel día no he vuelto á ver al capitán H. Murió en una de nuestras victorias.

*
* *

Pocos días antes de marcharse de París, había asistido la Emperatriz á la distribución de las cruces de la Legión de Honor. Celebróse aquella ceremonia con gran pompa en la iglesia de los Inválidos; y pudieran escribirse tomos enteros con el enjambre de epigramas, pullas y chistes desdeñosos que saludaron la fundación de esta orden, solicitada después por todas las personas ilustres de Francia.

Sin embargo, Napoleón, sentado por vez primera en un trono, recibió aquel día á mil novecientos caballeros. También por vez primera acababa de pasar el séquito de la corte imperial por la misma plaza donde cayó la cabeza de Luis XVI.

El vencedor de Marengo había dejado su caballo de batalla para atravesar en coche de gala el paseo principal de las Tullerías; este jardín, perfumado como hoy de flores, lleno de guerreros y de mujeres elegantes, resonaba con los gritos de *¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!* en vez de los gritos del día: y los periódicos también pregonaban: *¡Todos los corazones están ebrios! ¡El entusiasmo llega al colmo!* Porque de todos los géneros de estilo, el menos variable es el que se aplica al poder.

No obstante, los fieles á la libertad devolvían sus cruces; los republicanos amenazaban tratar al nuevo trono como al antiguo; aquellos cuyos apellidos ó intereses les ataban al partido caído, reíanse de lástima viendo parodiar así el esplendor manárquico, y decían:

—He aquí una cruz que me asegura la vuelta de mi cruz de San Luis.

La noche de aquella gran solemnidad, el Emperador condujo toda su corte á la sala de las estatuas antiguas. A la claridad de las antorchas admiráronse las obras maestras conquistadas por él en Italia. Así es como en cada uno de los actos regios á que se atrevía, á despecho de la República, gustaba de manifestar sus derechos á la gratitud nacional.

Cada departamento había de tener participación en las condecoraciones. Decidióse que la Emperatriz distribuiría las destinadas al departamento de Roër. Soñaban ya con la pomposa ceremonia de la coronación, y se quiso hacer una especie de boceto en la catedral donde había sido coronado Carlomagno.

El obispo, á la cabeza de todo el clero, salió á la puerta de la iglesia para recibir á la Emperatriz; la cual cruzó, bajo palio, la larga basílica y fué á sentarse en un trono preparado para ella en el coro.

La belleza de ese monumento tan rico en nobles recuerdos, el esplendor de los uniformes militares, las galas de aquella nueva corte, las de todos los asistentes, y aún más el retorno de aquella pompa sacerdotal por tanto tiempo oculta á las miradas, daban á esa ceremonia el aspecto de una verdadera solemnidad.

La Emperatriz, revestida por vez primera con el manto de corte, llevaba una diadema de diamantes; y el conjunto de su vestir, la cola de aquella falda de *moaré* blanco bordado de oro que se extendía por las gradas del trono, aquel talle majestuoso, aquella actitud sencilla y digna, completaban la ilusión. Era efectivamente una soberana. Y el clero numeroso, revestido con ricas casullas sembradas de perlas finas, regalo en otros tiempos hecho por el emperador Othon, representaba la corte eclesiástica de una poderosa emperatriz.

Habíanse sacado del tesoro una parte de las reliquias sagradas. Las insignias imperiales y reales de Carlomagno, su corona y su cetro, estaban allí sobre el altar; perecían puestas á disposición de quien osara apoderarse de ellas. Y bajo las bóvedas de ese templo gótico donde Carlomagno daba el espaldarazo á sus valientes caballeros, á Roland, á Roger, á Renaud, era donde los caballeros de la Legión de Honor se inclinaban ante Josefina y recibían de manos de ésta las insignias de la Orden.

Durante ese tiempo, el pueblo prosternado entonaba, con todas las reglas de la armonía, los cánticos de Mozart, y no puede expresarse el efecto de aquella reunión de voces puras, naturalmente sabias y propias de Alemania; de ese coro público, del cual ningún coro de ópera puede imitar la imponente masa, la unidad de intención y el fervor de alma que nace del sentimiento religioso de todo un pueblo.

Aquellas innumerables voces que cubrían la del órgano, hacían retemblar las vidrieras de colores de la antigua metrópoli é infundían en el ánimo de los circunstantes una fiebre piadosa. Los menos devotos

veíanse arrastrados por aquel torrente de armonía, y, sin querer, se mezclaban sus preces con la plegaria general. Dábanse gracias también á aquel gran erector de reinos y de leyes, por haber fundado asimismo en Francia la música de iglesia (1). Comprendíase, en fin, que se gozara Dios en oir cantar de aquel modo sus alabanzas.

En medio de aquella noble exaltación, ocurriósele al general L. pronunciar un discurso adaptado á las circunstancias y en el cual se felicitaba (decía) de ver la virtud en el trono y *la belleza al lado*.

Aquella rara elocuencia ofendía por igual á las *virtudes* y á las *bellezas* que allí estaban; pues con justo motivo cada una de ellas hacía poco caso de la hermosura sin virtud, y aún menos quizá de la virtud sin hermosura.

La misma noche, en el salón, bromeó dulcemente la Emperatriz acerca de la noble parte que la había otorgado el general L.; después me preguntó qué pensaba de ese discurso. La pregunta era dificultosa, pues no quería yo disgustar á la Emperatriz ni al general; y salí sencillamente del apuro respondiendo que, distraída por el ostentoso espectáculo de la ceremonia y convencidísima de que el general orador no podía dirigir á S. M. sino gratas verdades, no había atendido á escucharle.

—Lo cual no le impedirá á V. reirse de él con ganas esta noche entre sus amigos—me dijo en voz baja la Emperatriz; y luego, al ver mi asombro, añadió:—Sé por M. Deschamps que da V. en su casa regocijadas cenas, donde se ríe cual se reía en otros tiempos; que Duval y Picard, son allí tan divertidos como en sus comedias, y que se cuentan las historias más jocosas. Debiera V. relatarme algunas de ellas, pues ha de saber V. que nada le hace tanta gracia al Emperador como esos chismes y habladurías. Cuando vamos al teatro, su mirada de águila descubre en un minuto las nuevas relaciones entabladas durante su ausencia; quiere saber las rupturas y las paces, interesándose lo increíble por todos esos pequeños dramas de sociedad. Por ejemplo: hay ciertas personas cuya vida sigue con toda la perseverancia empleada en continuar le lectura de una novela que interesa. Adivina V. de quién quiero hablar, ¿no es así?

—Lo creo, señora.

—¿La ve V. siempre?

—Lo más á menudo que me es posible. V. M. sabe mejor que nadie cuán amable y buena es.

(1) V. Anquetil: *Historia de Francia*, t. I., página 266.

—¡Ah! Sí, lo sé—respondió Josefina suspirando;—sé cuán dulce es su amistad. Creo que se han educado Vds. juntas, así es que la querrá V. mucho.

—Sí, señora. En los tiempos de su poderío, la debí la libertad y acaso la vida de varios amigos míos; por eso estoy eternamente agradecida á ella.

—Y yo también la quiero mucho; pero Bonaparte no quiere que la vea, y esto me desconsuela.

Advirtiendo entonces que se fijaban en nuestra conversación, añadió Josefina:

—Tengo que darla un encargo; venga V. mañana á verme.

—Esperaré sus órdenes.

—No. Pídame V. audiencia por medio del Sr. de Harville; hablaremos más á nuestras anchas.

Y la conversación volvió á ser lo que era antes, es decir, una especie de monólogo entrecortado por preguntas insignificantes, cuyo único objeto era dirigir la palabra á casi todas las personas que formaban la tertulia. Las más duchas en esos escarceos cortesanos soltaban á veces frases graciosas, afortunadas adulaciones. La señora de Sémonville era una de las más ingeniosas en este género, por lo cual gozaba de gran favor en el salón de la Emperatriz. En primer lugar, tenía la ventaja de haber visto el de María Antonieta; sabía cómo puede aliarse la gracia de una conversación fácil con el respeto debido á la elevada posición, y Josefina hablaba con ella enteramente segura; sabía con plena certeza que por reciente que fuese su elevación, ésta no sería olvidada ni un instante por la señora de Sémonville. Además, el culto de una mujer tan ingeniosa por la etiqueta y las atenciones de la corte, era el mejor modelo que pudiera ofrecerse á las jóvenes damas de palacio y á los cortesanos cuya inexperiencia ocasionaba todos los días tantos yerros.

Durante ese tiempo el Sr. de Sémonville, nuestro embajador en Holanda, estaba en plena desgracia injustísimamente, por haber obedecido órdenes que el Emperador parecía querer desaprobar en su política. El Sr. de Sémonville, satisfecho de su inocencia, permanecía en Aquisgrán, mucho más ocupado en velar por la salud de su nuera que por sus propios intereses. Venía con frecuencia á participarme sus inquietudes, sus tristes presentimientos; y debo hacerle la justicia de decir que ninguna nostalgia del poder y ningún deseo ambicioso distraían esos paternales pesares. Pues bien; aquel dolor sincero y conmovedor pasaba en sociedad por pesadumbre de ministro relevado. Esa incredulidad para con los buenos

sentimientos es lo que más autoriza á pensar mal de los palaciegos; y la odio más que nada porque alimenta esa ola de lugares comunes contra los cortesanos, con la cual nos abrevan desde hace tantos siglos.

Sin hacerme esperar obtuve la prometida audiencia, y allí encontré á la señora de Beauharnais con toda su ingenuidad y benevolencia para sus conocimientos antiguos.

Me habló de las disputas que á menudo tenía con el Emperador acerca de su amiga la señora de C.***, y me dijo que éste no la perdonaba sobre todo el haber desdeñado el gran papel que estaba llamada á representar después de haber librado de Robespierre á Francia.

—Eso puede ser una lástima—dije—pero no es un cargo.

—Sí—replicó ella;—Bonaparte se lo hace á todos cuantos faltan á lo que su destino promete.

—Confieso que tiene derecho á mirarlos con lástima; pero odiarlos, eso es injusto...

—Y hasta ingrato—interrumpió Josefina.—Porque sabe que Teresa nos ha servido con su poder y con interés cuando se trató de hacer que le dieran el mando del ejército de Italia. No le he ocultado los socorros de todos géneros que debí á esa excelente amiga cuando salí de la prisión, viuda, arruinada y sin saber el porvenir que esperaba á mis hijos. Crea V. que se necesita que haya algún motivo muy grave para contrarrestar esos recuerdos en el ánimo de Bonaparte, porque es más agradecido y más sensible de lo que se figuran; yo misma soy una prueba de ello; se hacen multitud de cosas para incitarle contra mí, se intentan todos los días para inducirle á una separación que sería mi muerte. Pues bien, el recuerdo de mi adhesión, de lo que él cree deberme, ha podido siempre más que las insinuaciones y pérfidas denuncias de su familia. Verdad es que yo soy su superstición, acaso más que su amor, y que me juzga uno de los rayos de su buena estrella.

Entonces me refirió Josefina la predicción que la habían hecho en el momento de su marcha á la Martinica.

—Perdería su primer marido de muerte violenta—la había dicho la hechicera;—el segundo la haría más grande que la reina.

Este oráculo, la mitad del cual habíase ya cumplido cuando conoció á Bonaparte, tenía ella la certidumbre de que contribuyó mucho á la prontitud y confianza con que se hizo elegir emperador de los franceses.

—Es tan supersticioso como yo misma—añadió.—Por ejemplo: tan persuadido se halla de que le doy buena sombra, que por nada del

mundo partiría para ponerse al frente del ejército sin haberme besado. Cierto es que me riñe mucho cuando su maldita policía le advierte de que he visto á la señorita Lenormand; pero, aunque la trata de embustera y amenaza con hacerla encerrar si especula más tiempo con nuestra estúpida credulidad, no deja de hacerme repetirle lo que ha visto aquélla en sus cartas; y cuando ha predicho para él nuevos triunfos, siempre se sonríe con complacencia.

Después la Emperatriz me habló de Méhul, de Ducis, de Nepomuceno Lemercier y de otros varios antiguos contertulios habituales de la Malmaisón, todos los cuales habíanse retirado en el momento en que los gentilhombres iban á convertir en antecámara el salón que precedía á ese famoso gabinete donde tantos hechos memorables se meditaron.

—Ducis y Lemercier—continuó Josefina—acaban de devolver al Emperador la cruz de la Legión de Honor. Considera esta devolución como un gran insulto; pero lo que sobre todo explica su cólera es la despedida de Lemercier, quien le dijo en su última visita:

—«¡Ah! ¿Conque os place rehacer la cama á los Borbones? Pues bien; os predigo que no dormiréis en ella diez años (1).»

(1) Sólo durmió en ella Bonaparte nueve años y nueve meses.

—Aun cuando esta predicción no le da pena ninguna—añadió Josefina—comprenderá V. muy bien que le guarda rencor por ella. Así es que me encuentro privada de ver á quienes eran mis predilectos amigos. V. que tiene todos los días el gusto de volverlos á ver y de escuchar su conversación tan chispeante, dígales que los echo de menos en medio de todas las pompas y todos los placeres que me aturden; pero dígaselo muy quedo, pues imputaríaseme como un delito el interés que por ellos conservo. Y no es esto todo (añadió, mirando á todas partes para ver si alguien nos oía, como en las comedias); es preciso que induzca V. á Teresa á romper sus relaciones de amistad con el Sr. O.***. Bonaparte le cree uno de sus mayores enemigos; y, á decir verdad, esta es la causa de su animosidad contra ella. Trate V. de obtener ese sacrificio, y estoy segura de que la devolverá su antiguo afecto y me permitirá que vuelva á verla cual en otros tiempos.

El encargo era difícil, y no esperaba yo además conseguir en él ningún buen éxito. La mujer que había arrostrado el cadalso por sus amigos, no podía inmolar ninguno de ellos en aras del odio, ó más bien de las injustas prevenciones del Emperador. La hice en voz alta esta reflexión:

—No importa—replicó Josefina; —prométame V. inducirla á seguir mi consejo. ¡Dios mío! Nunca hay tan buenos motivos para...

No concluyó la frase, y su restricción me hizo sonreir. Prometí hacer lo que con tanta gracia me pedía; é iba ya á despedirme de ella, cuando me detuvo para hablar de trapos.

Llamó á su primera azafata, la señora de Saint-Hilaire, para enseñarme el último traje que acababa de entregarla Leroi (1). Era de tul de color de rosa, estaba adornado con flores y hubiera convenido perfectamente á una novia de diez y seis años de edad, para su tornaboda. Mientras elogiaba yo la extremada elegancia de aquel vestido, pensaba que haría parecer á la Emperatriz más vieja de lo que era. Me equivoqué: sentaba tan bien á su talle, que se le perdonaba el que no favoreciese á su semblante.

—¿Quién la peinó á V. ayer?—me dijo.—Llevaba V. un turbante plegado á las mil maravillas.

—¡Ah, Dios mío!—exclamé riendo.—¿También contra éste la va á emprender V. M.?

Y la confesé que ese turbante en que se había fijado era obra de su segundo ayuda de cámara.

(1) Famoso modisto y sastre de la corte imperial.

—¡Qué! ¿Ese joven Herbault hace tan lindas cosas? Es necesario que dé yo empleo á su talento.

En esta frase había toda una fortuna. Luego, pasando á otro asunto, me dijo:

—Encargue V. á su amigo Picard que varíe un poco más su repertorio. Siempre hay los mismos chistes, las mismas ridiculeces cursis; tiene ingenio bastante para dedicarse á la alta comedia. ¿No encuentra V. que sus continuas sátiras contra el señorío hecho de prisa se han pasado de moda?

—Creo que mañana estrena una comedia nueva—respondí—porque en la corte se vuelve uno un normando para contestar.

—¿Sabe V. qué título tiene?

Iba á soltarlo ya... cuando un femenil instinto me contuvo.

—Es un título muy raro—respondí, fingiendo esfuerzos por acordarme de él;—pero no lo recuerdo ya.

Lo cierto es que titulándose aquella comedia *La mujer de cuarenta y cinco años*, tenía yo el presentimiento de que sería desagradable el título á la Emperatriz y pudiera hacer que formase prejuicios contrarios á la obra.

Por desgracia, aquella pequeña comedia no era de naturaleza á propósito para vencer esas prevenciones. Jamás he comprendido cómo

Picard, con todo su ingenio, pudo imaginarse divertir á la Emperatriz con la tristemente fiel pintura de una mujer casi vieja, defendiéndose á fuerza de afeites y atavíos contra los ultrajes del tiempo.

Durante aquella representación estuve en un potro. Mi palco no estaba lejos del de la Emperatriz; veía yo contraérsele el rostro á cada chiste lanzado contra las ridiculeces de la mujer á los cuarenta y cinco años; y buscaba el medio de evitar cualquiera conversación acerca de este asunto, cuando el señor de B., gentilhombre de la Emperatriz, vino á invitarme de su parte á que me dirigiese á su salón al salir del espectáculo.

No podía, pues, librarme de las críticas y hasta de las embozadas acusaciones con que iban á abrumar al pobre autor. Era imposible justificarle y casi una cobardía el abandonarle; mi papel hacíase difícil.

Apenas hice mis reverencias, cuando la Emperatriz me dijo con una sonrisa algún tanto amarga:

—Dígame V., señora Gay, ¿qué le parece á V. la comedia? Yo no puedo juzgarla. Debiérase aconsejar á Picard que no se representara sino ante mujeres de veinticinco años.

—Paréceme, señora, que en ese auditorio debería comprenderse á las que no representan más que esa edad.

Esta adulación, bastante traída por los cabellos, me valió una mirada cariñosa.

Los cortesanos cayeron con toda la pesadez de su ingenio sobre el de Picard. El error de un hombre de talento es la *comidilla* de la jauría de las gentes que no lo tienen; hay que dejarles desgarrar su presa.

En aquellas circunstancias, Picard había dado muestras de torpeza, por lo menos. La Emperatriz quiso castigarle ofreciendo á su rival, Alejandro Duval, una ocasión para ser aplaudido en presencia de ella. Había yo invitado á M. Deschamps á la lectura que iba á darnos Duval de una obra que acababa de concluir.

Por aquella época, era un acontecimiento dramático la aparición de una obra en cinco actos del autor de *Eduardo en Escocia*. Deschamps había hablado de ella en la corte, y la Emperatriz me dijo:

—Se habla de que el Sr. Duval tiene aquí una obra en cartera; mucho me complacería oirla. ¿Se la ha leído á V. ya?

—No, señora.

—No importa. Puede exponerse una sin temor á una lectura suya, con la seguridad de que será interesante. Desearía que la diese aquí.

Y el Sr. Deschamps fué encargado de invitar al Sr. Duval á que

sometiera su comedia al fallo de aquel pomposo areópago.

—¿Piensan allí en eso—exclamó—después de lo sucedido con *Eduardo en Escocia?* ¿Quieren tenderme otro lazo y confiscar esta obra, como la otra?

Podía ser fundada la inquietud; no sabía yo cómo disiparla, cuando se presentó Deschamps á asegurar á Duval que la Emperatriz había defendido siempre su causa contra el Emperador, y que para darle una prueba de su bienquerencia era por lo que le pedía esa lectura.

Duval no podía resistirse á los deseos de la que él denominaba la simpática y buena Josefina; el día designado, recibí el encargo de presentar al autor en medio de aquella corte novicia, en la cual iba él á buscar las ridiculeces más que los aplausos.

Aquella velada dramática fué una verdadera fiesta en esperanza para los pobres hombres condenados á estar de pié todos los días mientras duraba la tertulia de la Emperatriz, y particularmente para el general Harleville, atacado de una enfermedad que había disminuido muchísimo sus fuerzas é hinchado sus piernas: era menester todo el heroismo del cortesano para resistir tales sufrimientos y para sostenerse con semejantes bases. En verdad que la gloria y la religión no inspiran abnegaciones mayores que el culto á la etiqueta en las almas nacidas para consagrarse á ella. Lástima es que el látigo de la sátira sea la única palma de ese martirio, á la vez atroz y cómico.

Todos los días traíale á Josefina noticias del Emperador un correo de gabinete enviado desde Boulogne; y por la noche comunicaba ella á veces á las personas de su corte algunos párrafos de las cartas imperiales, y les daba parte de los acontecimientos cuyo relato pergeñaba el Emperador, no siempre como habían sucedido, sino como deseaba él que se contaran.

Tuve la prueba de una de esas pasmosas alteraciones, cierta noche que nos habló ella de la horrible tempestad que puso en peligro á toda nuestra escuadrilla.

Aquel mismo día había estado á comer en mi casa un íntimo amigo del almirante Bruix, amigo que también acababa de recibir por un correo del comercio un relato de aquella tempestad y del desastre que la siguió. La carta estaba escrita por un oficial de marina, casi desconocido para el Almirante, pero que teniendo mucha franqueza con el amigo del Sr. Bruix, deseaba hacerle saber la verdad acerca de la causa de haber caído en desgracia el comandante de nuestra escuadra del Océano.

He aquí el pasaje más importante de aquella carta:

«Le dirán á V. y se imprimirá que su amigo ha obrado mal. No es cierto; aunque tuviera que perder mi apellido y mi empleo, lo repetiré: no es verdad.

»La otra mañana, al montar á caballo, anuncia el Emperador que pasará revista á la escuadra; ordena que abandonen su posición los barcos que forman la línea de retaguardia, pues dice que quiere pasar la revista en alta mar. Luego, seguido de Roustan, va á dar su paseo habitual, recomendando que todo esté dispuesto para su vuelta.

»Transmítese en seguida la orden al almirante Bruix, quien responde sencillamente: «Hoy no habrá revista; que nadie se mueva.»

» Bien pronto llega al puerto el Emperador; pregunta si todo está dispuesto; le comunican la respuesta del Almirante. Se la hace repetir dos veces; golpea el suelo con el pié; retrátase la cólera en sus ojos; envía al Almirante la orden de presentarse en seguida ante él. Pero su impaciencia no le permite aguardarle.

»Marcha en su busca, y lo encuentra á mitad de camino de su alojamiento. El estado mayor que seguía á S. M. se detiene, se coloca en semicírculo detrás de él y mira con medroso silencio, pues nunca había parecido más profundamente encolerizado el Emperador.

—»Señor Almirante—dice con voz alterada—¿por qué no ha hecho V. ejecutar mis órdenes?

—»Señor—contesta el almirante Bruix con respeto y firmeza—una horrible tempestad se prepara. Vuestra Majestad puede verlo como yo. ¿Quiere, pues, exponer la vida de tantos valientes?

—»Caballero—responde el Emperador cada vez más irritado.—He dado órdenes; otra vez pregunto, ¿por qué no las ha hecho V. ejecutar? Las consecuencias á mí solo me conciernen. ¡Obedezca V.!

—»Señor, no obedeceré de ningún modo.

—»Caballero, es V. un insolente.

»Y al decir estas palabras, el Emperador, que tenía levantado el látigo, se adelanta hacia el Almirante; éste retrocede un paso, se lleva la mano á la espada y dice palideciendo:

—»¡Señor, mucho cuidado!

»Todos los testigos quédanse helados de espanto. El Emperador, inmóvil, con la mano levantada, clavaba los ojos en el Almirante, quien por su parte conservaba su terrible actitud. Al fin el Emperador tira su látigo al suelo; entonces el Sr. Bruix suelta la empuñadura de su espada y con la cabeza des-

cubierta esperó en silencio el resultado de aquella escena.

—»Señor contraalmirante Magou—dice el Emperador—haga V. ejecutar al instante los movimientos que he ordenado. En cuanto á V., caballero—añadió dirigiéndose á Bruix—en el término de veinticuatro horas salga V. de Boulogne y retírese á Holanda.

» El Emperador se aleja para ver el movimiento que obligaba á hacer á su escuadra el contraalmirante Magou. Pero, apenas toma las primeras disposiciones en acatamiento á las órdenes del Emperador, cuando se cubre el cielo de negras nubes, ruge el trueno y el viento rompe todas las líneas. En fin, ocurre lo predicho por el Almirante. Una horrible tempestad dispersa los barcos y amenaza tragárselos.

»El Emperador, con aspecto sombrío, la cabeza inclinada y los brazos cruzados, paseábase á zancadas por la playa, cuando de pronto se oyen espantosos gritos. Más de veinte chalupas cañoneras acababan de ser lanzadas contra la costa; los infelices que las tripulaban luchaban contra las olas gritando ¡socorro! Pero era tal el peligro, que nadie se atrevía á prestarles ese socorro.

» Yo tenía rabia en el corazón y maldecía con toda mi alma á aquél cuya terquedad era causa de este desastre, cuando le veo escaparse de los brazos que pugnaban por contenerle, y lanzarse á una lancha de salvamento, gritando:

—» ¡Dejadme, dejadme, hay que sacarlos de ahí!

» Y ya su barca se llenaba de agua; las olas le pasaban por encima de la cabeza; una más fuerte que las otras estuvo á pique de lanzar al Emperador por encima de la borda; cae su sombrero al mar. Electrizados por tanto valor, oficiales, soldados, marinos, paisanos, échanse á nado ó dentro de chalupas para tratar de llevarles socorro; pero no se ha podido salvar sino á un pequeño número de los infelices que componían las dotaciones de las cañoneras, y al día siguiente arrojó el mar á la playa más de doscientos cadáveres, á la vez que el sombrero del vencedor de Marengo.

» Aquel tremendo día siguiente lo fué de desolación para todo el campamento; cada cual reconocía un amigo entre los cuerpos hacinados por las olas. El Emperador parecía abatido por este espectáculo, y pienso que interiormente deploraba su injusticia para con el Almirante; pero no es menos cierto que aquí se culpa á Bruix de haber exasperado al Emperador con sus respuestas y haberle inducido, con su lacónica resistencia, á dar la desas-

trosa orden, que con un poco más de complacencia se hubiese podido hacer retirar. Pero no lo crea V.; que el Almirante vuelva ó no á entrar en gracia del Emperador, Bruix no es culpable, no ha hecho más que cumplir con su deber.»

Aún estaba yo conmovida con este relato que me habían hecho dos horas antes, cuando la Emperatriz, llevando aún en la mano la carta que acababa de recibir del Emperador, nos dijo que una *imprudencia* del almirante Bruix estuvo á punto de ser funesta para la escuadrilla; pero que ésta había arrostrado felizmente la tormenta, y que nada podía compararse con el gozo de los marineros y soldados, quienes disputaban ya sobre quién sería el primero en pisar las costas de Inglaterra. El Emperador concluía aquella carta acusándose de haberse reído con toda su alma días antes, al ver al ministro de Marina caerse al agua.

Aconteció esto algún tiempo después de la hermosa fiesta en que el Emperador, sacando del casco de *Du Guesclin* las cruces de la Legión de Honor, había condecorado con ellas á los más valientes de su ejército. Para hacer que S. M. pasara desde el muelle á una chalupa cañonera, habían echado una simple tabla de una orilla á la otra; el Emperador había pasado de un salto el ligero puente; pero el Sr. de Crest, poco ágil y demasiado obeso, después de haber puesto con timidez un pié sobre la tabla, que pandeaba con su peso, perdió el equilibrio precisamente á mitad del trayecto; rompióse el tablón, y el ministro se zabulló en el agua entre el muelle y la chalupa. Habiéndose precipitado al mar en seguida los marineros para pescarlo, izáronlo con sumo trabajo desde la chalupa, donde el Emperador se acusaba (como lo decía en su carta) de haberle acogido con carcajadas poco caritativas.

Esta última anécdota fué la única de que se habló durante la velada... ¡alegrándose de poderse reir con toda seguridad de un suceso del cual habíase reído el mismo Emperador!

Llegado el día de la lectura, encontramos el salón de la Emperatriz, independientemente de las personas de su corte, lleno de todos los bebedores de agua y nobles extranjeros á quienes había juzgado dignos de asistir á aquella solemnidad literaria. Duval tuvo la más graciosa acogida por parte de la Emperatriz; lo cual no era razón para ser tan bien recibido por todos aquellos que allí se encontraban, pues cada cual sabía que su carácter bretón y su talento independiente habían desagradado á veces al Emperador; era preciso, pues, mantenerse entre la obligación de aprobar la benevolencia de

la Emperatriz para con Duval y la fría reserva que todo buen palaciego debe conservar para con aquel que alguna vez no ha sido del agrado y puede volver á desagradar al amo y señor.

La obra tenía que vencer más de una preocupación de esa importancia; era la primera vez que se arreglaba la tertulia de manera que todos estuviesen sentados, y aún no estaba bien resuelto el orden de los sitios. Los de la dama de honor y las damas de palacio estaban naturalmente junto á la soberana; pero como ésta las veía á todas horas, prefería entablar una conversación nueva cerca de los invitados, lo cual hacía que algunas veces se acercaran á ella gentes con pocos títulos para tamaño favor. Eso ponía en un potro á la señora de La Rochefoucauld, gran sacerdotisa de la etiqueta: pasaba porque la señora de Sémonville, cuya alcurnia, cuyo ingenio y cuyos modales ofrecían todas las condiciones requeridas, se viese honrada con preferencias por la Emperatriz; pero en cuanto cualquiera otra recibía el menor agasajo, aquello era un levantamiento general.

En aquella tertulia nueva, dispuesta con vacilaciones de inexperiencia, nadie estaba contento con su sitio, excepto yo que no tenía derecho á ocupar ninguno; me encontraba lo bastante cerca de la Emperatriz para que pudiese comunicarme sus observaciones acerca de la obra sin ser oída por todo el mundo.

La preocupación del auditorio habíase apoderado también del autor; le veía cautivado por la observación de esos pequeños tormentos y de esas pequeñas ambiciones, hasta el punto de olvidar por completo el papel que iba á hacer en aquella pomposa asamblea. Sabía bien que no iba á ser escuchado sino á través de las ideas más extrañas á su obra; y por eso leyó su comedia á través del plan de la que meditaba.

Un gesto de la Emperatriz le indica que se acerque á la mesa dispuesta para la lectura; hace otra señal al Sr. de Harville, quien invita á señoras y caballeros á que se sienten. El más profundo silencio reina en el salón. Pero si todo el mundo calla, nadie escucha tampoco; y corre el primer acto cual un arroyo que se desliza por una llanura.

El título de *tirano,* aunque *tirano doméstico,* había promovido al pronto alguna desconfianza; temíase un asunto republicano; pero bien pronto se tranquilizaron, al pensar que el Sr. Duval tenía demasiada perspicacia y que yo no era tan estúpida que fuese á poner en peligro á ambos en ese salón imperial con una

lectura ofensiva, y, por tanto, muy arriesgada.

Al final del acto primero, dice Carlos á su hermana:

Para las armas pienso haber nacido.
Tiene mi nuevo estado inmensos goces:
hoy mismo compraré noble caballo,
soberbio bruto de gallardo porte;
bien pronto me has de ver con otro aspecto,
si me han cortado bien el uniforme.

—He ahí precisamente cómo hablaba Eugenio antes de partir para Italia—dijo la Emperatriz;—no es posible pintar mejor el gozo del joven oficial con su primer uniforme.

Y cada uno repitió con confianza ciega este elogio, en idénticos términos.

En el segundo acto, habiéndose amortiguado un poco las agitaciones personales, concedióse más atención á la comedia; además, era preciso aparentar ocuparse mucho de lo que parecía interesar en el más alto grado á la Emperatriz.

—¡Ah, Dios mío!—me dijo en voz baja tras una tirada de versos de Valmont;—es enteramente el carácter de mi primer marido, sólo que aún era más amable delante de gente.

Por esta relación, en la que de seguro no había pensado el autor, puede juzgarse el buen éxito que obtuvo la lectura en el ánimo de Josefina. Sin embargo, todo el interés dramático de la obra resintióse un momento por un incidente cómico de lo más inesperado.

El Sr. Creté, director general de Obras públicas, que había llegado aquella misma mañana después de pasar varias noches de camino y cerca de una hora en salir del atolladero donde había volcado su carruaje, había querido aceptar la invitación de la Emperatriz, arrostrando el insomnio y las consecuencias de su caída.

La pícara casualidad le había proporcionado un excelente sillón, dentro del cual se hallaron tan á gusto sus remolidos y gordos miembros, que todas las ilusiones de una buena cama fascinaron bien pronte su cerebro. La Emperatriz le vió, lo mismo que yo, adormecerse con toda la pesadumbre de su fatiga; pero como, estando sentado tras del autor, no podía ser visto, no pensó ella en turbar aquel inocente descanso.

Cuando, terminado el tercer acto, uniéronse varias voces á la de la Emperatriz para felicitar al señor Duval, el ruido despertó al director. Ve á todo el mundo de pié, porque la Emperatriz se había levantado para ir á hablar al autor de la comedia. Y confuso al ver que es el único que permanece sentado, quiere levantarse precipitadamente. Pero los hermosos cisnes blancos esculpidos por Jacob, que sostienen los brazos del sillón, se han incrus-

tado en los muslos del durmiente durante su sueño; nada puede separarlos de él, y armado con ese pertinaz escudo mezcla sus elogios con todos los que abruman al autor.

No hay seriedad que valga contra lo cómico de una situación así. En vano se esforzó la Emperatriz por no ver los esfuerzos del futuro ministro para desembarazarse de la poltrona antigua que se agarraba á él como un pretendiente; en vano las patas al aire de aquel sillón hacíanse amenazadoras para cuantos estaban detrás; no sabiendo cómo dar rienda suelta á la reprimida risa, desahogáronse echándole el muerto al papel del marido ridículo y bueno, contrapuesto en la comedia de Duval al marido *tirano doméstico;* y jamás hubo personaje cómico que excitara más la alegría.

A la postre, el sillón abandonó su presa, y ya nada vino á perturbar la atención que merecía la obra.

Por más empeño que se ponga en matarse el corazón á fuerza de vanidades, quédale siempre un poco de sensibilidad para compadecer los pesares de familia; y después de su ruina, el único suceso que puede enternecer á los *egoistas* es acaso la idea de verse abandonados por las personas á quienes hacen infelices. Por eso produjeron mucho efecto los últimos actos de la comedia. La Emperatriz quedó visiblemente afectada por las penas de la señora de Valmot, por las lágrimas de sus hijos, por el arrepentimiento del *tirano;* y todo el mundo predijo al autor el triunfo que después obtuvo.

Por un momento, la conversación se asemejó á lo que era en otros tiempos, en la Malmaison, en casa de la señora Bonaparte; hubiérase dicho que al volver cada cual á sus sentimientos naturales, con la pintura de los disgustos comunes en tantas familias, olvidaba la corte y la exagerada reserva que impone.

Siempre he compadecido á los reyes por la obligación que voluntariamente se han impuesto de no conversar nunca; pues no puede llamarse *conversación* ese monólogo entreverado de preguntas, que constituye la base de toda conversación regia. Los más ingeniosos, como Federico II, han intentado tomar parte en este recreo, el más grande y duradero de los provechos del talento; pero siendo la intimidad y la libertad dos condiciones indispensables para esta deliciosa distracción, los reyes se han condenado á no ver más que ridículas parodias de ella. El mismo Voltaire nos advierte que, á despecho de los estímulos y engatusamientos de Federico, en los instantes en que más animadas estaban las cenas de Postdam y en que los convidados

hacían más esfuerzos de ingenio, el pensamiento de que aquel hombre á quien divertían, tenía el poder de meterlos en su calabozo, si le daba ese capricho, no les abandonaba nunca y enfriaba considerablemente la verbosidad de los convidados enciclopédicos.

Hoy no es el miedo al calabozo lo que dificultaría una conversación *semiregia,* pues hay que convenir en que nunca ha habido más libertad, sobre todo en Francia; pero el amor á los altos puestos y al dinero, paraliza todavía más el ingenio que el miedo al poder absoluto. Como por lo común los soberanos no hablan sino con aquellos á quienes tienen más cerca, el temor de perder los empleos que poseen y que esperan, sostiene justamente su conversación en aquella nulidad servil que es lo clásico del género.

Un príncipe heredero, cuyo padre disfrute de buena salud, si gusta del ingenio, tiene algunas posibilidades de conocer el encanto de aquella comunicación pronta é íntima de las ideas en que abundan los que saben conversar bien. Gusta transmitir las luces propias á quien debiera verlo todo para socorro de todos: es un campo de esperanza donde es grato sembrar ideas generosas. Hay la ilusión halagüeña de que, asociándole á todos los goces de la inteligencia, llegarán á repugnarle las groseras adulaciones y la perversa charla de las medianías; fórmase de antemano una corte de hombres superiores, aptos para guiarle en sus elecciones, para defenderle en sus peligros, para cantarle en sus glorias.

Se exponen á contrariarle para probar la sinceridad de su celo; no por el estilo de ese ministro que hablaba con aspereza al Emperador y le decía, golpeando en la mesa del consejo como fuera de sí: «Señor, es preciso que V. M. oiga bien la verdad; es necesario que V. M. sepa al fin que es el más grande hombre del mundo.» Pero no se teme manifestar á un príncipe joven que se tiene diferente opinión que él; se puede discutir y hasta bromear; se puede tener con él esa astucia tan francesa de pasar por la zumba para llegar á la razón; puede enseñársele, con señales ciertas,

á leer en la frente de los malvados.

Pero que se apresure á disfrutar de aquella confraternidad de espíritu, de aquella confianza que le permite ver á los hombres tales como son. Porque la venda va unida á la corona: tan pronto como la una ciña sus sienes, la otra cubrirá sus ojos. No importa: si ha sabido aprovecharse de su noviciado regio, á lo menos le quedarán descubiertos los ojos de la memoria; éstos

pueden bastar aún para conducir á un soberano é impedirle caer.

Esparcióse repentinamente la especie de una inesperada aparición del Emperador. Todo Aquisgrán se conmovió. Cada cual se puso á investigar en sus acciones la reprensión que podía temer ó la gracia que tenía derecho á pedir. La llegada de varios grandes personajes, que precedían ó acompañaban siempre al Emperador, no dejaba ya ninguna duda acerca de su próxima venida.

La entrada fué enteramente militar. Creo que el mariscal Mortier era quien abría la marcha; seguíale el general Moutón. Ambos eran el asombro del pueblo alemán, por su elevada estatura y su arrogante porte. El estado mayor deslumbraba. Pero el Emperador pareció menos hermoso de lo que ese pueblo se lo había imaginado, según las relaciones físicas y morales que los eruditos del país se empeñaban en hallar entre Napoleón y Carlomagno.

Los antiguos vínculos de amistad entre el señor Maret, secretario de los cónsules, y mi marido, así como las nuevas obligaciones del intendente de Hacienda del departamento de Roër para con el secretario de Estado, nos habían hecho pretender el honor de alojar al señor Maret en nuestra casa durante su permanencia en Aquisgrán.

Nunca olvidaré la benevolencia con que se dignó aceptar nuestra invitación, ni los deliciosos momentos que tuvo la bondad de consagrarnos, sin menoscabar los que reclamaban sus múltiples trabajos.

Apreciando el Emperador la lucidez, el orden y la facilidad del estilo del señor Maret, no consentía que ningún otro tradujera sus pensamientos, lo mismo en *El Monitor* que en sus correspondencias políticas. Seguro de su ilustrada prudencia, de su razonador ingenio y de su perfecta discreción, le consultaba acerca de todas las cosas y le encargaba la ejecución de los proyectos que acababa de forjar. Cuando se piensa en todo lo que pasaba en un día por la voluntad de Napoleón, asombra que haya encontrado en una sola persona ingenio para comprenderla siempre bien, talento y tiempo para transcribirla. Apenas bastaban cuatro secretarios para copiar las notas escritas por la mano del ministro, el cual estaba en todas las solemnidades, en todas las tertulias y en todos los espectáculos de la corte. Cuando hacia las dos de la madrugada, después de trabajar tres ó cuatro horas, oía hablar aún en mi salón, veíamos entreabrirse la puerta de su gabinete, y nos preguntaba si no era demasiado tarde para venir á echar un párrafo con nosotros.

Sorprendíame entonces en medio de lo que denominaba mi estado mayor. Era una tertulia de gente de buen humor, habladores chispeantes y artistas, en que estaban en mayoría los ayudantes de campo; uno de los de Bernadotte, el coronel Gérard, jugaba á la *bouillotte* con otros mariscales en agraz como él, que se habían distinguido ya por varios hechos de armas y prometían á la gloria tanto como ésta ha hecho por ellos.

La manera como entonces se jugaba era peculiar en aquella época. El oro, que rige hoy al mundo, acababa de ser en Francia motivo de una revolución sanguinaria contra sus poseedores; la guillotina lo había desacreditado. La guerra, que producía mucho sin dejar algunas veces tiempo para gozar de él, no inspiraba ningún deseo de atesorarlo; así es que se arriesgaba con un desinterés y una nobleza que se considerarían en la actualidad como un acto de locura. ¡Pero cuánta gracia tenía esa locura! ¡Cuánto se diferenciaba de la hipócrita sangre fría ó de la sinceridad de mal humor de nuestra juventud jugadora. Y es que entonces el juego era un placer, una pasión, y no un negocio.

Reíase al jugar, se interrumpía la partida para oir el menor relato divertido: testigo de ello, el que nos refirió Picard, de una mixtificación de que fué víctima su primer galán joven y que le puso á él, como director de la compañía, en un cómico aprieto.

Decíase que el actor Clozel era muy guapo y muy aficionado á las aventuras amorosas. Habiendo sido bien recibido en una casa de Aquisgrán, apresuróse á cortejar á la señora de la casa, sin advertir los celos que causaba á un amigo de la susodicha señora. Una cita dada para el día siguiente en el bosque de Aquisgrán acabó de hacer perder la chaveta al pobre celoso, quien resolvió imposibilitar á Clozel de asistir al paseo y aprovechar la cita.

Su recurso era violento, es verdad, pero seguro; conocía lo inútil de las reconvenciones; hubiéranse burlado de las amenazas; el duelo era comprometedor; así es que prefirió recurrir á la farmacia.

Dos granos de tártaro emético, recetados por su doctor para una indisposición fingida, le bastaron para su venganza.

En su calidad de amigo de la casa, era él quien hacía el té y distribuía las tazas en las diferentes mesitas de juego que por lo común llenan un salón de provincias.

Apenas había bebido Clozel la taza que le ofreciera su rival con tanta cortesía, cuando, sintiéndose demasiado inquieto para continuar

su partida, cedió los naipes á otra persona, lo cual excitó risas ahogadas entre algunos guasones confidentes del bromazo. Dos horas después presentóse un criado para decir á la señora de la casa que el señor Clozel no podría ir á dar el paseo proyectado para el amanecer del siguiente día, porque estaba enfermo de gravedad.

Al oir esta noticia, levántase Picard alarmadísimo para ir á ver en seguida á su primer galán. Los burlones, queriendo calmar su inquietud, le hacen saber la causa de la indisposición momentánea del guapo Clozel, sin pedirle que guardara secreto, pues aquellos señores hubieran tenido mucho gusto en responder á las iras del burlado. Picard se enfada y se ríe á la vez, porque sus recuerdos de estudiante y oficial de procurador le hacen, á pesar suyo, indulgente en demasía para las jugarretas á los presuntuosos.

Sin embargo, aunque era á media noche corre á casa de Clozel y le encuentra con el abatimiento consecutivo á una crisis del estómago; por lo demás, muy bien, pero con una inquietud acerca de sí mismo que nada puede calmar. En vano Picard da á aquella indisposición las causas más probables, sin atreverse á decir la verdadera: Clozel se obstina en creerse enfermo de muerte. Se niega en redondo á salir á las tablas la noche inmediata; y es la única representación á que asistirá el Emperador. ¿Qué hacer? Al contarnos Picard su desesperación, indignábase de nuestras risas.

Le aconsejé que fuera á confiar la anécdota al señor Deschamps para que hablase de ella á la Emperatriz, la cual no dejaría de divertir con su relato al Emperador. Todos los soberanos se asemejan, añadí: cuando el Emperador *se ríe, está desarmado*.

En efecto, todo pasó á pedir de boca. El Sr. de Rémusat envió á pedir noticias de Clozel. Picard le hizo creer que era de parte del Emperador. Orgulloso de tan noble prueba de interés, el actor quiso corresponder á ella representando muerto ó vivo; y como, no obstante de creerse en la agonía, Clozel estaba bueno y sano, nunca se representó mejor ni hizo reir más el papel de Rifflard.

Yo que velaría hasta con los aburridos, si á los aburridos les gustara trasnochar, lo cual no he visto nunca, estaba encantada de tener un momento más que dedicar á la conversación con el señor Maret; porque independientemente del interés que tenía la más mínima palabra de una persona que pasaba la vida en intimidad con Napoleón, la conversación del señor Maret era á un tiempo la de un hombre de so-

ciedad y la de un literato. Siempre tenía algunos hechos menudos que contar relativos al Emperador, que lo presentaban como tanto gusta ver á las gentes superiores, con la sencillez burguesa de su existencia. Aquella noche nos dijo cómo el ejército de Italia, riéndose al ver á su general mandarlo con el sombrerito rozado y deformado que se había cubierto del polvo de tantas batallas, se había suscrito á escote para obsequiarle con un sombrero nuevo, lo cual le había halagado y divertido. Nos habló también de las cartas inimaginables y burlescas que diariamente recibía el Emperador de muchos de sus soldados, confiándole como á un padre sus repectivos asuntos de familia. Entre otras, una decía:

«V. M. es demasiado justo y conoce muy bien á mi tío Eustaquio, para creer que nunca me dará ni un cuarto de la hijuela de mi madre, á menos de que no vaya al pueblo yo para ponerle las peras á cuarto. Por eso necesito una corta licencia.»

Otro le contaba con el mismo aplomo sus penas amorosas. Había algo de la antigua sencillez de los combatientes de Homero en esas candorosas expansiones del soldado con su general en jefe. Esto era prueba de que suponían en él, como en la Providencia, esa mirada divina que penetra lo mismo en la choza del pobre que en el palacio de los reyes, ese poder que se interesa por las penas de los más pequeños, igual que por las lágrimas de los más grandes, el conocimiento completo de todos los seres y de sus más recónditas ideas. Nada sirve para dar un concepto más cabal de la gloria del Emperador como esos ejemplos de un culto sincero en donde se encuentran los mayores beneficios del culto religioso: la fe, la esperanza y la súplica.

El señor Maret nos dijo que, cuando una feliz casualidad permitía al Emperador algún poco de vagar para leer una de esas cartas, era muy raro que no fuese favorable la contestación. Esperamos que tantos detalles interesantes, tantos secretos íntimos ó políticos, vivos aún en la memoria del señor duque de Bassano, no quedarán perdidos para la posteridad; y que nos legará un cuadro fiel de los grandes y pequeños acontecimientos de que ha sido confidente, actor ó testigo.

Después de haber dado audiencia á todas las autoridades departamentales y á los embajadores que aún no habían presentado la credencial desde que el primer cónsul se había hecho Emperador, Napoleón, seguido por toda la corte y por algunas personas de la ciudad, dirigióse á la catedral de Aquisgrán. Iba á ver las santas reliquias

regaladas á Carlomagno por la emperatriz Irene.

Estas reliquias, que se enseñan al pueblo cada siete años, son: una camisa de la Virgen María, un pañal del Niño Jesús, huesos de San Esteban, un brazo de Carlomagno, etc., etc.

Este brazo llamó la atención sobre todo al Emperador.

Llamó al doctor Corvisart, que era de su séquito, para preguntarle á qué parte de ese formidable brazo pertenecía aquel gran hueso, conservado bajo cristales tantos años.

Al oir esta pregunta, sonrióse Corvisart y guardó silencio; pero interrogado de nuevo, contestó en voz baja que aquel hueso es una *tibia* perteneciente á una pierna, quizá de Carlomagno, pero que nunca había formado parte de ningún brazo.

—Chitón, guarde V. ese descubrimiento para sí solo—dijo el Emperador;—es preciso respetar todos los prestigios.

Pero la observación anatómica del doctor había sido oída por algunos vecinos, quienes me la contaron.

La puerta del armario de hierro que contiene esas reliquias está tabicada; esa pared no se demuele en el intervalo de los siete años de reclusión, sino en obsequio de las testas coronadas. Esto tenía que mirarse como un homenaje doblemente halagüeño para el poderío personal y el nuevo título de Napoleón.

Entre esas reliquias hallábase un cofrecito de plata sebredorada, que excitó la curiosidad de la Emperatriz. El obispo la dijo que una antigua tradición prometía una gran felicidad á quien abriese aquel cofrecillo, pero que hasta entonces nadie lo había logrado. No se veían en él cerraduras ni goznes.

Apenas tuvo en las manos la Emperatriz el cofre, abrióse éste en seguida. Por la cara que puso al obrarse este milagro, comprendióse que atribuía tal honor á los sacerdotes guardianes de las reliquias, y en manera alguna á su predestinación. El Emperador sonrióse al ver este halago sacerdotal, como hombre resuelto á recibirlos todos, sin apreciarlos en más de lo que valen.

Se mostró menos indulgente para con el obsequio de un camafeo antiguo, incrustado en uno de los relicarios del tesoro. Habiendo admirado Josefina con sobrado motivo ese camafeo, el clero de Aquisgrán creyó deber suyo hacerle ofrenda de él; pero el Emperador la prohibió aceptar, acto enteramente imperial y que no fué muy del agrado de Josefina.

Al salir del sacro tesoro, el Emperador bajó á la tumba de Carlomagno.

Sentóse en el sitial de piedra sin labrar en donde tomaban asiento los emperadores todos de Alemania cuando se hacían coronar en Aquisgrán.

Dicen las crónicas que ese sillón fué extraído del sepulcro de Carlomagno por mandato de Othón III. Cuando hizo abrir el mausoleo imperial, encontraron el cuerpo del más grande de nuestros reyes, revestido mitad con los ornamentos de un cristiano penitente, mitad con los de un emperador y rey de Francia. Othón hizo sacar los que el tiempo y la humedad habían respetado, además de la corona y el mandoble. El cadáver del *Emperador-rey* estaba aún sentado en el mismo sitial donde le coronaron; parecía que su altivez no le dejaba inclinarse ni siquiera ante la muerte, que el descanso y el lecho del sepulcro no eran para él. Othón dió el último golpe á ese orgullo póstumo, despojando á los restos de Carlomagno de los atributos de un conquistador y de un santo, y depositando aquéllos en un sarcófago, donde son objeto de la veneración de los héroes, de los legisladores y de los ambiciosos, desde hace más de mil años.

Los sucesos acaecidos después, permiten suponer los pensamientos que agitaban á Napoleón en aquel sitial y junto á ese esqueleto que había dominado medio mundo con sus armas y sus leyes.

Pálido, con los ojos relumbrantes con todos los fulgores de la gloria, hubiérase dicho que Napoleón leía su propio destino en los fúnebres despojos de aquel coloso del poder; y nunca he dudado de que la impresión de ese momento influyó mucho sobre el resto de su gloriosa vida.

Hasta entonces había subido al acaso, sin inquietarse por el puesto que eligiese, con tal de estar más alto que todos. Solamente allí acababan de surgir del caos de su ambición el mundo y el trono con que soñaba; sólo allí acababa de encontrar su modelo y su meta; pero el torrente de gloria que le arrastraba hacia esa meta había de tragárselo antes de que la pudiera tocar.

El aspecto de lo que queda del palacio de Carlomagno no aumentó en nada la impresión producida por su tumba. El Emperador sólo fué distraído de ella por la advertencia de uno de los eruditos de su séquito, quien recordó la inscripción latina que se leía encima de la puerta de aquel palacio antes de que los normandos lo devastaran:

Hic sedes regni trans Alpes habeatur
Caput omnium civitatum et provinciarum Galliæ.

Esta inscripción comprueba que Carlomagno había hecho de Aquisgrán la Sede del imperio de Occidente.

¡Y el imperio de Occidente aún podía renacer!...

Todo conspiraba á alimentar esos proyectos gigantescos. En el gran Consejo en donde el Emperador de Alemania había resuelto, el 10 de Agosto anterior, tomar el título de emperador hereditario de Austria, este monarca se había decidido igualmente á reconocer el advenimiento de Napoleón. Cuando este advenimiento se notificó á las cortes extranjeras, el Austria había consultado á Rusia, sin obtener respuesta. Más vecina de Francia, comprendió con razón que su silencio acerca de tal comunicación equivaldría á una ruptura; y como no se encontraba en estado de declarar la guerra, su embajador, el conde de Cobentzel, recibió la orden de ir á Aquisgrán á presentar sus nuevas credenciales á Napoleón. El mismo día, el señor de Talleyrand presentaba al nuevo Emperador al conde de Lima y al señor de Souza, aquél embajador y éste enviado extraordinario del príncipe regente de Portugal; al bailío de Ferette, ministro de la orden de Malta, y al marqués de Gallo, embajador de la corte de Nápoles.

Así, pues, aquel salón de la Emperatriz, aquella corte á medio formar, cuya cursi aristocracia había promovido tantas chanzonetas, se volvió imponente de golpe. El aparato militar, que era su lustre, deslumbraba los ojos. Admirábase allí aquel estado mayor de grandes generales de rico y noble aspecto, que reemplazaba con ventaja á toda esa patulea de petimetres con casacas bordadas de la antigua corte, y la multitud de embajadores de casi todos los soberanos de Europa, que, esperando á sus señores, iban entretanto á depositar sus homenajes á los piés del vencedor de Marengo. En fin, de tal manera se dejaba sentir el prestigio inherente á un poder muerto con Luis XVI y resucitado por la gloria, que no había medio de burlarse.

Además, todos los ornamentos, las preocupaciones y hasta los defectos del antiguo régimen tenían allí su representante. El ingenio, la indolencia, los chistes, el desenfado, la gracia, toda la coquetería diplomática habían vuelto allá con el señor de Talleyrand. El joven Augusto de Colbert, tan hermoso y tan fríamente audaz, representaba allí la elegante valentía de los coroneles de Fontenoy; la señora de La Rochefoucauld hacía allí el efecto de una duquesa conservada. Su sillón tenía un falso aspecto de taburete, que no dejaba nada que desear á los amantes de los vetustos privilegios

de la corte. El Sr. de Aubusson de la Feuillade, con su casaca de chambelán, representaba allí el verdadero gentilhombre de cámara. El caballero de Harville recordaba allí á ese señor que se bañaba con un cordón de hoja de lata pintado de azul al óleo para no desprenderse ni por un instante de las insignias de su grandeza.

Verdad es que las mujeres, en su mayoría jóvenes, hermosas y engalanadas, estaban con una actitud más rígida que la de las grandes damas que en otro tiempo se veían en el juego de la reina. Quizá consistiera eso en que las mujeres en la corte de Luis XIV y aun en la de Luis XV no pensaban sino en conseguir una frase galante del rey, y las de la corte de Napoleón preocupábanse á menudo de evitar una frase severa por parte de éste. Deben perdonársele tales muestras de mal humor, porque casi siempre eran con justo motivo. Por ejemplo: los ingleses nos hacían entonces todo el daño posible. El Emperador no podía herirlos más que en su comercio. Pues bien; á despecho de las leyes, de su voluntad tan fuerte y del interés nacional, en cada paseo de la mañana veía á las damas de palacio y á la misma Emperatriz vestidas con todas las telas inglesas que él mismo había prohibido; cuanto mayor era el riesgo del contrabando, más se apoderaba la moda de ellas; que el espíritu de contradicción puede en Francia mucho más que todo sentimiento patriótico.

Indignado el Emperador por esta culpable indiferencia, toda su severidad era poca para echarla en cara, puesto que se resistía á todas sus reprensiones.

¡Ah! Preciso es creer que somos incorregibles, puesto que el mayor genio del siglo, el que se sometió á tantos poderosos y reformó tantos abusos, no ha podido triunfar de esta *frivolidad patricida*.

Siendo los recuerdos de Carlomagno el asunto de más interés en el viaje del Emperador á Aquisgrán, subió á Louisberg, lugar adonde iba antaño en peregrinación, con los piés descalzos y la cabeza descubierta, el mismo soberano que podía ostentar tantas espléndidas coronas. Bonaparte, presuroso por llegar al castillo de Franckeinberg, cerca de ese lago donde fué arrojado el anillo de Carlomagno, había descendido á galope de la montaña, y sus mejores caballerizos habían tenido que pasar fatigas para seguirle por el sendero escabroso y rápido, reemplazado hoy por encantadoras calles de árboles. El Emperador se encontró con Josefina en medio de su corte, al llegar al pié del gótico torreón de donde salieron Emma y Eginhard, junto á

ese puente donde sólo se encontraron impresas en la nieve las huellas del paso de una mujer. Allá, bajo los muros de ese castillo donde Carlomagno espiaba desde la ventana los amores de su hija, donde él mismo descansaba de las fatigas de la gloria y del poderío, con el placer de amar y de obedecer, allá vimos de pronto improvisarse al azar la más hermosa decoración de ópera que pueda imaginar el genio de los Ciceri, inspirado por los más brillantes recuerdos de nuestra historia.

El Emperador á caballo, subido, á despecho de una escalera rota, en la cima de la peña que sustenta la torre de Franckeinberg: este torreón derruido por el tiempo y por lo alto del cual asoma una vieja encina con las ramas abiertas como paternales brazos, símbolo druídico que parece proteger hoy á las ruinas, como las alas del águila imperial protegían antaño al noble castillo; los generales, los ayudantes de campo, los oficiales de la guardia, desparramados en gradación por el puente, las murallas y los restos de la antigua fortaleza; Roustán *el Mameluco,* apeado de su corcel árabe, con el brazo metido por la brida, estirado el cuello, con la vista fija en su señor, espiando el fin de su contemplación para obedecer á la menor señal... Y Napoleón dominando desde la cúspide de aquella ruina la risueña comarca elegida para delicia de Carlomagno... apartando con su bella mano las guirnaldas de hiedra y de espino que cuelgan de las viejas almenas, como para formarle una corona natural; dirigiendo alternativamente sus miradas al lago que recibió el anillo mágico, talismán de amor y de locura, y luego á los hirvientes arroyos (1) que surcan la pradera, cubierta entonces de mujeres y de flores. Aquel cuadro representaba toda la poesía de la historia gótica y de la historia moderna; y hubiera podido creerse que la Emperatriz había transportado aquel día su salón á la sombra de aquella ruina imperial para que allí se vieran, cual en otro tiempo, valientes soldados, hazañosos caballeros y hermosas mujeres rodeando también al más gran conquistador de Europa.

(1) La senda que conduce á Franckeinberg está entre dos arroyos, uno de ellos de agua muy termal.

Sofía Gay.

LA LITERATURA COLOMBIANA

Si hay para Colombia una gloria legítima é indiscutible—despues de la que le procuró la persistente y heroica lucha por la independencia—es ciertamente la del adelanto de su literatura, tan manifiesto en los últimos años, que ha logrado alcanzar merecido renombre en casi todos los países de la América española y aun en la Península.

Es innegable que los colombianos se han distinguido siempre por su amor á las letras, y en esa misma plausible inclinación debemos buscar el origen de la vehemencia con que han solido acometerse entre nosotros apasionadas luchas por defender distintos ideales; luchas que han producido en variadas manifestaciones resplandecientes fulgores de ingenio, rica savia de maduro raciocinio, que han sido á modo de gala y ornato de nuestra prensa periódica, á punto de que ni la juiciosa y reflexiva de Chile, ni la pulida y sensata del Perú, podrían exceder á la nuestra en variedad de tonos ni en profundidad y alteza de miras.

Y es cosa que halaga sobremanera el patriotismo colombiano poder afirmar que, si las opiniones encontradas, los diversos sistemas religiosos y políticos han sido generalmente discutidos con calor, los bandos enemigos han rendido siempre culto á la necesidad de convencerse recíprocamente por medio de la controversia ilustrada, persuadidos de que sólo son estables los triunfos que se alcanzan sobre el espíritu, y de que no hay victoria más legítima ni duradera que aquélla. Lo que equivale á afirmar que paulatinamente han ido imponiéndose los obreros del pensamiento y del trabajo á los caudillos voluntarios de la conquista y de la guerra.

La vida colonial de nuestro país no es la que mayor atractivo puede ofrecer á quien investigue los orígenes y la marcha progresiva de la cultura intelectual. Poblaciones incipientes, formadas en su mayor parte por el elemento indígena, éste de comprensión tardía y muy desprovisto de cualidades imaginativas, la misión civilizadora emprendida por los conquistado-

res tenía que ser lenta y enojosa por todo extremo, comenzando por la dificultad de difundir su propio idioma en reemplazo del imperfecto con que se entendian los naturales.

Es error nacido de la sed de progreso el querer juzgar las épocas pasadas por las ideas y preocupaciones que entre nosotros ha difundido la cultura del siglo. Aquellos fueron tiempos de dura prueba. Sólo el esfuerzo varonil del noble pecho español pudo avasallar tan insuperables obstáculos y arrollar indómito las mismas poderosas fuerzas naturales que se oponían á su dominio.

Hasta 1790 es, por tanto, exigua la producción intelectual del nuevo reino de Granada. Las dos re lucidas imprentas que contaba la capital no daban salida sino á novenas y á algunos cuadernos puramente místicos.

Debióse á la iniciativa del ilustrado virrey D. José Ezpeleta la aparición del semanario titulado *Papel periódico de Santafé de Bogotá*, cuya redacción corrió á cargo del entendido bayamés, D. Manuel del Socorro Rodríguez, quien á poco desempeñó también el puesto de bibliotecario nacional.

El aludido semanario se ocupaba en copiar las noticias que contenía la *Gaceta de Madrid*, con tal cual artículo de fondo, entre los que aparecieron extensas noticias sobre las diversas clases de quina del nuevo reino, escritas por el célebre jefe de la expedición botánica, D. José Celestino Mutis, y que fueron lo que mayor notoriedad é interés dió á dicho periódico, que se publicó desde el 9 de Febrero de 1791 hasta el mismo mes de 1797.

En 1801, D. Jorge Tadeo Lozano, y el presbítero Dr. Luis Azuola dieron á luz el *Correo Curioso*, que también era semanal. Terminó con el número 46, y contiene noticias y datos curiosos.

En 1801, D. Francisco José de Caldas redactó el *Semanario de la Nueva Granada*, la publicación más seria é importante de aquella época, que tuvo mucha aceptación, y contó entre sus colaboradores á varios distinguidos jóvenes, quienes allí se exhibieron con talento y madurez. Particularmente llamaron la atención desde el principio los discursos de Caldas sobre la geografía de Nueva Granada, y sobre otros puntos.

Agotada brevemente esta obra científica, el coronel D. Joaquín Acosta hizo de ella la segunda edición en París, en 1849, suprimiendo de sus páginas lo que ya no presentaba interés general.

En el *Semanario* apareció la primera composición poética de D. José Fernández Madrid:

«¡Oh sabio autor de tantas maravillas
Del universo, augusto Soberano!
¡Qué dulce llanto inunda mis mejillas
Al contemplar las obras de tu mano! (1).»

Por aquel tiempo D. Manuel del Socorro Rodríguez ensayó tambien la publicación de otra hoja periódica, que podía considerarse como la continuación de la que había redactado durante

(1) *A la noche*, oda.

el período de mando del virrey Ezpeleta, pero tuvo que suspenderla apenas despuntaron los primeros amagos de la revolución de 1810.

Durante la primera época de ésta, que terminó con la entrada de Morillo, en 1816, el mejor periódico de los que se publicaron fue el *Argos de la Nueva Granada*, que apareció en Tunja en 1813, y terminó en Bogotá en 1816. Sus páginas registran artículos interesantes sobre política, escritos por varios de los hombres célebres de aquel entonces, como Camacho, Castillo y Madrid.

Cuando el pabellón republicano volvió á enarbolarse en Nueva Granada, que fué en 1819, apareció la *Gaceta de la ciudad de Bogotá*, que duró hasta 1821, y entonces comenzó la *Gaceta de Colombia*. Una y otra contienen los anales de nuestra revolución.

El periodismo aumentó progresivamente hasta 1830, año en que se disolvió la gran República de Colombia, y de esa fecha en adelante, hasta 1850, se desarrolló muchísimo. Pero, bien considerado, en lo general, el mayor interés que despiertan en la actualidad los periódicos de esas épocas, es el de darnos á conocer las agitaciones locales, sin que, por otra parte, pueda dejar de estimarse el gradual adelantamiento que todos ellos manifiestan en la legítima expresión de las ideas y en los atavíos con que acicalaban éstas para presentarlas en público (1).

De los órganos de la prensa que surgieron desde 1832, cuando se estableció el gobierno de Nueva Granada, asta el haño últimamente citado, uno de los que mayor boga y popularidad alcanzaron, según el común decir, fué *El Día* (fundado el 23 de Agosto de 1840): hoja neutral, que daba acogida benévola á las opiniones encontradas de los políticos, y que, seguramente por esta causa, como por la reconocida laboriosidad y perseverancia de su editor, D. José A. Cualla, alcanzó á durar cerca de once años, hasta la revolución de 1851, época en que era redactado por el ilustrado Dr. Mariano Ospina, quien lo convirtió en clamorosa y vehemente tribuna contra el gobierno del Presidente López.

Después se señaló ruidosamente *El Neogranadino*, escrito por la galana y descriptiva pluma del Dr. Manuèl Ancízar, durante los primeros meses de su aparición; luego por el Dr. Manuel Murillo, su principal redactor, y con asidua colaboración del Dr. Salvador Camacho Roldán. Este periódico significó un gran paso en el arte tipográ-

(1) De 1820 á 1830 se señalaron como periodistas de nombradía el general Santander, los Dres. Vicente Azuero y Estanislao Vergara, y el infortunado vate, autor de *Las Convulsiones*. Luis Vargas Tejada, talento literario de primer orden, versadísimo en el conocimiento de las literaturas extranjeras, y de 1830 á 1840 el mismo general Santander, Florentino González, Lorenzo María Lleras, Eladio Urisarri, Juan Nepomuceno Vargas, quien de 1844 á 1845 redactó *La Noche*, periódico de oposición; Rufino Cuervo, José Ignacio de Márquez, Juan de Dios Aranzazu, Ignacio Gutiérrez Vergara, José Félix Merizalde, Juan Francisco Ortiz y José Joaquín Ortiz.

fico, como que era impreso con singular esmero y corrección por los hermanos Echevarrías (Jacinto, León y Cecilio), quienes, á instancias del mismo Dr. Ancízar, dejaron su poética ciudad del Guaire para venir á Bogotá á dar impulso á la imprenta. Su ejemplo y esfuerzos no fueron infructuosos, como que hoy se hacen allí ediciones que compiten con las europeas.

El primer número de *El Neogranadino* apareció el 4 de Agosto de 1848, y con él nació también entre nosotros el arte de la litografía, á impulsos del muy recordado artista venezolano don Celestino Martínez, quien dibujaba hábilmente en la piedra retratos de varios personajes colombianos ó piezas de música, que *El Neogranadino* daba á sus suscritores.

No menos importancia tuvo en su clase *El Catolicismo*, revista religiosa que comenzó á publicarse quincenalmente el 10 de Noviembre de 1849, y luego fué semanal hasta el 4 de Abril de 1861. Fué su fundador el virtuoso arzobispo D. Manuel José Mosquera, quien ayudó á su redacción, encomendada principalmente á los Sres. D. Rufino Cuervo y D. Ignacio Gutiérrez Vergara.

De 1850 á 1860, la literatura colombiana vivió vida de excitabilidad nerviosa, amparada por los grandes ideales políticos que transformaron las sociedades con el más brusco y decisivo cambio que en régimen político y social se haya experimentado aquí desde la época de la colonia. Puede decirse que por ese entonces la espontaneidad y el vigor en la forma expositiva constituían las condiciones más relevantes de todo escritor. Había la inexperiencia de la juventud unida al noble entusiasmo de quien se cree capaz de realizar todo lo bueno con sólo el esfuerzo de la voluntad.

Los modelos extranjeros no abundaban con esa exquisita brillantez de colorido y verdad de forma que hoy imprime tan singular atractivo á las obras de ingenios privilegiados.

Buscábase el éxito en la fluidez y fogosa expresión del verso; los símiles que hiriesen vivamente la imaginación; la frase ampulosa y deslumbradora; la queja amarga y vehemente; el arrebato varonil francamente expresado: tales eran, compendiando brevísimamente, los caracteres principales de las composiciones de entonces. Y de tal manera suele ser irresistible el influjo que en la formación del gusto ejercen el estilo y la intención de un autor favorito, que no es raro encontrar en la época presente adoradores de aquel romanticismo subido de punto, quienes se dejan seducir aún con la frase alambicada más que con el escrupuloso análisis de una creación de autor moderno. Y no sólo el vulgo de los consumidores permanece fiel á la vieja escuela; escritores nuestros hay que, formados en aquella atmósfera, no han podido librarse aún de la influencia primitiva que recibieron, y suelen producir cantos que tienen el sabor y la entonación de los pasados tiempos.

Con todo, no es posible desconocer

el avance extraordinario que se ha efectuado en el fomento y cultivo de las bellas letras. Esos triunfos nos han dado más gloria y resonancia fuera que las incruentas batallas de nuestras guerras civiles.

Colombia se enorgullece de ser la patria de historiadores como Restrepo, Acosta, Plaza y Groot. Debe al primero, testigo presencial de muchos hechos de la magna lucha, narración cronológica, circunstanciada y muy verídica de los sucesos que dieron libertad á cinco repúblicas, escrita con imparcialidad y recto juicio, allegando datos y fechas de cuanto más notable y particular ocurrió en ese largo período de transición, ilustrando la narración de los acontecimientos con las reflexiones parsimoniosas y sensatas de un filósofo que aspira á la gloria de la inmortalidad, por lo que ella tiene de más hermoso; esto es, por el respeto á la verdad.

El coronel Acosta, que amaba como naturalista y hombre de corazón á su país, reunió, con celo inteligente y cuidadoso estudio, todo aquello que daba noticia de los primeros años de la existencia de la tierra colombiana, y publicó en París, en 1848, una obra que es imperecedera, especialmente por los datos sobre los aborígenes que poblaban esta parte de la América cuando la época del descubrimiento.

También, comprendiendo la historia antigua de la Nueva Granada, y analizando la existencia colonial del país hasta 1810, el ilustrado Dr. José Antonio Plaza publicó en 1850 una obra útil (1), escrita con lenguaje animado, aunque frecuentemente confuso, con espíritu independiente y con cierta amenidad de plan. Pero la falta de precisión en algunas fechas y lo incompleto de algunos sucesos, con más los vacíos que la rapidez del relato dejaron en el libro del Dr. Plaza debía corregirlos, llenarlos y subsanarlos más tarde D. José Manuel Groot, quien publicó en 1869 el primer tomo de su laboriosísima y muy leída *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*. Son de notar en ésta el perseverante esfuerzo del autor, á fin de no dejar vacío ninguno en la fiel narración de los sucesos, el particular empeño para mostrar cada época de la historia con el colorido local que le corresponde, y el propósito de pintar gráficamente los personajes que figuraron, no menos que la encomiable intención de inspirarse para el todo en ese sello de sinceridad y de buena fe que tanto gustan y tanto mérito dan á escritos de esta naturaleza. Es cierto que en ocasiones se dejó llevar un tanto de la exageración de partido, la que le induce á calificar con mayor rudeza y acritud de lenguaje hechos que, si censurables, no son faltas imputables á determinada agrupación política, y que el conjunto de la narración merece el calificativo de crónica más propiamente que el de historia.

Y si para abreviar el rápido repaso de nuestras glorias nos colocamos de una vez en la época presente, preciso

(1) *Memorias para la Historia de la Nueva Granada.*

nos será confesar que acredita esfuerzo incomparable de no comunes conocimientos y de profundo amor al estudio y al arte, la traducción de las obras de Virgilio, del humanista D. Miguel Antonio Caro, trabajo de tan bella y significativa representación en el mundo intelectual, que bastaría por sí solo para darnos nombradía en el exterior. Y como dos líneas que prolongándose en ancho campo hasta perderse de vista en el lejano horizonte forman la vía férrea de poderosa locomotora, así al señalar al aprecio de los lectores el perseverante traductor de Virgilio, acude á la mente el recuerdo del modestísimo filólogo D. Rufino José Cuervo, su compañero, alma candorosa y sencilla en sus gustos, exenta de vanaglorias mundanas, pero tan amante del saber, que vive trabajando sin tregua ni reposo con la alta mira de procurar para su patria brillo y esplendor. El público sabe muy bien que el *Diccionario de Regímenes de la lengua castellana* ha sido considerado, por autoridades competentes, como un monumento de sorprendente erudición.

Jorge Isaacs y el sin rival D. Eugenio Díaz, están repitiéndonos siempre, con su espiritual creación de *María* el primero, y el segundo con su original *Manuela*, que en el género novelesco las letras colombianas tienen dos obras de que se enorgullece con justo título. Las numerosas ediciones que de la primera se han hecho en América y en Europa mismo, la han popularizado de tal suerte, que ha venido á ser como la biblia de nuestra literatura. En todo el Nuevo Continente, el nombre de Jorge Isaac y el de Colombia van inseparablemente unidos. ¡Dichoso dominio el del genio! ¡Poderosa facultad la de la inteligencia, que salva con su vuelo los límites materiales y el azul espacio!

¡La ardiente sangre que corre por nuestras venas; la azarosa y revolucionaria existencia que nos ha tocado; el perpetuo anhelar por el triunfo de grandes ideales, y, cual medio adecuado para mantener vivo el fuego sagrado de la inspiración poética; el suelo virgen é imponderable de esta rica América, son causas para que los cantores colombianos hayan brotado con la fecundidad pasmosa con que las selvas bravías de las orillas del revuelto Magdalena cierran de espeso manto el horizonte y elevan á los aires los enhiestos penachos de sus verdes palmeras!

Pero en esa corte tan inmensa hay un rey. Contemplad la augusta selva á larga distancia y veréis descollar en el horizonte, con el majestuoso atavío de las más lujosas galas de la naturaleza tropical, la inolvidable figura de Gregorio Gutiérrez González, cuya aureola esplendente de gloria parece aumentarse á medida que van desapareciendo las generaciones que se deleitaron desde la cuna con la suave miel de sus canciones.

Gregorio Gutiérrez González ha sido considerado como el bardo más popular, el más simpático y el más original. El raudal poético de su inspiración sólo admite, para compararlo de una manera expresiva y verdadera, el

símil de que, así como el suelo natal del poeta, Antioquia, encierra los más privilegiados veneros del codiciado metal, el cantor imperecedero del cultivo del maíz, el cariñoso y amante *Antíoco*, tenía que ser á modo de vate exclusivo y predilecto de todo un pueblo, en quien se reuniesen la sublimidad de pensamientos á la acendrada ternura de un corazón de paloma. El cantor de *Julia* es una de nuestras más legítimas glorias nacionales, por lo mismo que es la organización poética más completa que poseemos.

Vates filosóficos de elevada entonación, de pensamientos tan profundos como el mar, y tan llenos de misteriosos celajes como el morir del sol en Occidente, aparecen, á nuestra vista, Rafael Núñez y José Eusebio Caro, y como dulce bardo, de lira de oro, diestro en los secretos del arte, intencionado divulgador de las ternezas del alma, Rafael Pombo supo, con el supuesto nombre de *Edda*, hacer su entrada triunfal en el Parnaso, para luego vivir, de modo imperecedero, como sublime cantor de *El Bambuco*.

Y si, desgraciadamente, el arte dramático y los diversos ramos de la crítica no han tenido entre nosotros la representación que debieran, atendidas la natural facilidad y la predilección por las letras que nos domina, hay uno que otro nombre que, en la segunda de las esferas nombradas, ocupa alto puesto y merece toda clase de encomios. D. Miguel A. Caro y D. Rafael M. Merchán han elevado la crítica literaria é histórica al punto que le corresponde en el presente siglo, esto es, á la más acabada manifestación del espíritu humano. ¿Y qué podremos decir aquí, que no sea pálido elogio de las singulares dotes que para tan difícil género posee el estadista Dr. Salvador Camacho Roldán? Las pocas muestras que su pluma nos ha dado en tal clase de escritos, le han conquistado inmensa popularidad.

Salvador Camacho Roldán que, como carácter, como inteligencia y como probidad, es personaje entre los primeros de la sociedad bogotana, ha llevado también á las narraciones de viaje el inmenso caudal de conocimientos que adquirió desde joven; y el relato de su excursión á los Estados Unidos, libro próximo á aparecer (1), vendrá á señalarse como de las más selectas producciones de los ingenios colombianos.

Un ramo que ha gozado de la particular predilección de los colombianos, y quizá el más cultivado después de la poesía lírica, es el de cuadros de costumbres, género que ha servido como de escuela preparatoria en donde todos hemos aprendido á tener gusto por las producciones de los talentos colombianos. Ahí están, como pensador de alta escuela de donairoso y expresivo decir, Juan de Dios Restrepo; como ameno, culto y espiritual narrador, José Caicedo Rojas; como observador sagaz y ocurrente, Medardo Rivas; como in-

(1) Ya ha visto la luz esta hermosa obra, de la cual se ocupó LA ESPAÑA MODERNA. (N. DEL D.)

mortalizador de recuerdos de antaño, Rafael Eliseo Santander; como epigramático, José David Guarín; como original y delicado en sus pinturas, Ricardo Silva; como lleno de sal ática, José Manuel Marroquín; como sentimental, gracioso y de retozón ingenio y exquisita variedad, José María Vergara y Vergara, el más decidido impulsador de nuestras letras, y uno de los más generosos en abrir campo á todo talento que prometía. Si bajo el mando del virrey Ezpeleta surge, como primera figura en el campo literario, la del cubano D. Manuel del Socorro Rodríguez, que fué el iniciador del periodismo bogotano, y cuyo nombre, por este motivo, debe ser recordado con veneración, ¿qué no diremos del insigne Vergara y Vergara, que tan notabilísimos esfuerzos hizo por dar vida y brillo á las letras colombianas?

Para aquellos que hayan olvidado la labor que llenó, nos bastará recordarlos que fué él quien obtuvo, en Madrid, la creación de la Academia Colombiana; á la cual siguieron las demás del Continente hispano-americano, y él quien fundó y dió mayor vida, con su privilegiado ingenio, á *El Mosaico* y la *Revista de Bogotá*.

El periodismo colombiano representa, de algunos años á esta parte, gran fuerza de vida, y es inequívoco testimonio de un movimiento intelectual fecundo y perseverante.

Prolija, y también enojosa para los lectores, sería la enumeración de todos los periódicos y revistas que han aparecido en Bogotá y en algunas poblaciones importantes del resto de la República, como Cartagena y Medellín, centros de cultura que siempre han mostrado empeño en no dejarse exceder ni en ilustración, ni amor al arte por los hijos de la ciudad de Monserrate y Guadalupe; pero, con intención de consignar en próxima ocasión una lista más completa, que contenga nombres y circunstancias que ilustren las noticias sobre la prensa, séanos permitido recordar aquí aquéllos de que, aun en el día, se hace memoria, y cuya influencia en el movimiento social y político ha sido indiscutible.

Uno de ellos fué, sin duda, *El Tiempo*, que se publicó semanalmente; los dos primeros números de tamaño pequeño, y desde el 3.° en adelante de gran formato, con seis columnas. Duró en la primera época de su aparición desde 1.° de Enero de 1855 á 28 de Agosto de 1860. Reapareció el 3 de Setiembre de 1861 y terminó el 31 de Diciembre del mismo año. Continuado después en 6 de Enero de 1864, terminó el 5 de Octubre de 1866, y en la cuarta y última época de su publicación, del 11 de Febrero de 1871 al 1.° del mismo mes de 1872. Sus redactores fueron, sucesivamente, José María Samper, el primero, quien allí comenzó á dejar comprender las poderosas facultades intelectuales de que estaba dotado; Ricardo Vanegas, Manuel Ancízar, Santiago Pérez, Manuel Murillo, quien, desde que había redactado en Santamarta la *Gaceta Mercantil* (22 de Setiembre de 1848 á 27 de Diciembre de 1848), adquirió justa nombradía

como escritor político; Felipe Pérez, Januario Salgar, Lorenzo María Lleras, Próspero Pereira Gamba, Lino Ruíz y José María Rojas Garrido.

Otro órgano de la prensa liberal que ha dejado imperecedero recuerdo es *El Mensajero*, diario político que hizo lucida y valiente oposición á la Administración del general Mosquera. Se publicaron desde el 1.° de Noviembre de 1866 hasta el 15 de Marzo de 1867 116 números. Lo redactaron los insignes periodistas D. Santiago Pérez, don Felipe Zapata y D. Tomás Cuenca.

La Opinión y *La Paz*, el primero publicado por tres años, de Febrero de 1863 á fines de 1865, y el segundo, en el año de 1868 y principios de 1869, son dignos de mencionarse por el singular acierto y moderación con que el célebre estadista Dr. Salvador Camacho Roldán dirigió esos periódicos.

Fueron colaboradores de *La Opinión* Francisco E. Alvarez, Ricardo Becerra, Enrique Cortés y Florentino Vesga.

La Revista de Colombia, que apareció también por aquel tiempo, fué fundada y sostenida por una pluma deseosa del progreso del pueblo, de aspiraciones sociales vehementes y de imaginación viva, poética y sensible: por el Dr. Medardo Rivas.

El Liberal, redactado por el conocido publicista Dr. Aníbal Galindo, vió la luz pública de 1869 á 71. Luis Bernal y Antonio María Pradilla, fueron colaboradores de esta hoja.

El *Diario de Cundinamarca* alcanzó catorce años de existencia, dirigido principalmente por D. Florentino Vesga y por el Dr. Nicolás Esguerra y por su editor, también periodista, D. José Benito Gaitán. Al Dr. Vesga cabe la gloria de ser autor de uno de los pocos libros científicos de indiscutible mérito que poseemos: *Memoria sobre el estudio de la Botánica en la Nueva Granada.*

Acuden luego á la mente *La Unión colombiana* y *La Ley*, baluartes en donde el Dr. José María Samper trató de armonizar las conquistas de la libertad con el triunfo del derecho y la voluntad de los pueblos; *La Defensa*, del Dr. Santiago Pérez, hábilmente escrita; *La Reforma*, bisemanario del doctor Narciso González Lineros, primer periódico que se vendió á medio real y que aclimató en Bogotá la pequeña industria ejercida por los muchachos pobres en la venta de impresos por las calles; *La Luz*, dirigida con talento por D. Rafael Núñez y D. Rafael M. Merchán, y en la que escribieron, entre otros, como redactores principales, los Sres. Antonio Roldán, Luis Carlos Rico, Ricardo Becerra y Francisco de P. Mateus; *El Relator*, fundado el 8 de Mayo de 1877, del publicista y razonador D. Felipe Pérez, uno de los periodistas y escritores más fecundos del país y autor de la Geografía más completa que poseemos. Y puesto que hemos apuntado de ligero los nombres de algunos periódicos sostenedores de las ideas liberales, no sería regular prescindir de la enumeración de los más recordados ó significativos del partido conservador. Y son estos:

El Progreso, de José María Torres

Caicedo, publicado durante los años de 1846, 47 y 48.

El Conservador, periódico popular, 52 números, del 13 de Marzo de 1847 á 11 de Marzo de 1848. Redactado por D. José Joaquín Ortiz.

El Siglo, de 1848, escrito por el brillante orador y poeta épico Julio Arboleda, periódico de que fué también redactor Florentino González.

La Civilización, publicada de 1849 á 1850 por D. José E. Caro y por el ex-presidente de la Confederación Granadina, D. Mariano Ospina. En ella colaboró D. José Manuel Groot.

El Porvenir, redactado por D. José Joaquín Ortiz, y un año de los cinco que duró (de 1855 á 1859), por D. Lázaro María Pérez. Entre sus más notables colaboradores se cuentan el doctor Manuel María Mallarino, D. Sergio Arboleda, el Dr. Manuel José González y Juan Salvador de Narvaez.

El Conservador, publicado desde el 13 de Setiembre de 1863 hasta 1866. Escribió mucho para las columnas de esa hoja Marcelino Valverde, y eran colaboradores no menos activos José Caicedo Rojas, José Manuel Groot, José Joaquín Ortiz, Venancio Ortiz, Manuel de J. Barrera y la plana mayor de los conservadores de aquella época, quienes, concluida la lucha de las armas, combatían con singular empeño y decisión por el triunfo de sus principios políticos.

La Prensa, que, fundada el 9 de Junio de 1866, terminó el 3 de Diciembre de 1869. La redacción de ella estuvo á cargo del Dr. Carlos Holguín, quien con talento y perseverancia defendió en ese periódico los intereses de la causa conservadora, á tal punto, que aquella tarea le convirtió, al andar del tiempo, en autorizado vocero de su partido; luego, en las Cámaras Legislativas, fué siempre el mismo Dr. Holguín, por muchos años, el jefe visible de la idea conservadora.

La Ilustración. Comenzó á publicarse el 1.° de Enero de 1870 y fué redactada, hasta 1877, por el infatigable publicista y filósofo Dr. Manuel María Madiedo. Contaba número crecido de colaboradores y corresponsales. Se contaron entre los primeros el Dr. Carlos Holguín, Ezequiel Canal, Manuel María Mallarino, Salomón Forero, Alejo Posse Martínez, Venancio Ortiz, José L. Camacho, Lázaro María Pérez, Emilio M. Escobar y muchos otros.

El Tradicionalista (1871 á 1876), dirigido por la docta pluma de D. Miguel A. Caro, y en dos ocasiones por el doctor Carlos Martínez Silva. En el grupo de sus colaboradores figuran como de los primeros D. Sergio Arboleda, Carlos Holguín y el distinguido sacerdote, hoy obispo de Popayán, Dr. Juan Buenaventura Ortiz.

El Bien Público y *La América*, periódicos de significación y prestigiosos entre sus correligionarios, uno y otro redactados por la pluma de José María Quijano Otero, literato de bondadoso y afable carácter, entusiasta por las glorias patrias y autor del compendio de Historia que sirve de texto en los principales colegios de la República.

El Bien social y *El Conservador* (en

la tercera época de su aparición), tribunas del activo y fogoso periodista Manuel Briceño.

Los más asiduos colaboradores del segundo periódico nombrado fueron el mismo Briceño, D. Sergio Arboleda, D. Alejandro Posada y su editor y fundador D. Rufino Gutiérrez.

El Deber, nacido á impulso de la inquebrantable voluntad y fuerza de acción del Dr. José María Samper, al terminarse la revolución de 1876, y en donde logró reunir, con perseverancia ejemplar, las fuerzas dispersas del partido vencido en la guerra civil de ese año. Ausente su fundador por razones de salud y exigencias comerciales, continuó de redactor de dicho periódico el Dr. Carlos Holguín, y, en su última época, volvió á estar á cargo del mencionado Sr. Samper.

Semanarios destinados en primer término á difundir la fe católica y á trabajar por la moralidad de las costumbres, recuérdanse especialmente *La Fe*, de José María Vergara y V., y *La Caridad*, del decano de nuestros escritores y poetas, D. José Joaquín Ortiz. *La Caridad* apareció el 24 de Setiembre de 1864, y después de dos interrupciones terminó el 26 de Octubre de 1882. Contiene muchos artículos del Dr. Manuel María Mallarino, que firmaba con el seudónimo de *Gama*.

Por inclinaciones de raza, no menos que en razón de la vida sedentaria y monótona que llevamos, los periódicos jocosos y satíricos han tenido siempre pronta acogida entre nosotros.

Hase señalado como el más hiriente y agresivo en sus ataques *El Alacrán*, publicado por el notabilísimo poeta epigramático Joaquín Pablo Posada y por Germán Gutiérrez de Piñeres. y podría citarse como el más moderado y medido en sus ocurrencias *El Cachaco*, que redactó el conocido literato español D. José María Gutiérrez de Alba, quien fué nuestro huésped durante diez años.

Anteriores á éstos, se recuerdan *Los Cubiletes*, *La Calavera*, *El Trovador* y *El Duende*, este último escrito en mucha parte por la simpática pluma de D. José Caicedo Rojas, por D. Domingo A. Maldonado y D. José Manuel Groot, y uno de los que mayor boga alcanzaron.

También el editor D. Nicolás Pontón publicó en su imprenta *El Loco*, *La Bruja*, *Lós Locos* y *El Chino de Bogotá;* y D. Nicolás Tanco Armero, *El Charivari*.

Aun cuando la política ha absorbido de preferencia nuestra atención, como sucede en toda América, las ciencias y las bellas letras han tenido, sin embargo, órganos útiles y notables en el estadio de la prensa. Como dedicados á honrar las primeras pueden citarse los *Anales de la Universidad* y *La Escuela Normal*, que tan importantes y variados trabajos contienen; los *Anales de Instrucción pública* y *El Ingeniero*, y en la lista de los consagrados especialmente á la literatura. *El Mosaico*, base del renacimiento intelectual de los últimos treinta años, periódico fundado el 24 de Diciembre de 1858 por un grupo de distingidos literatos; la *Biblio-*

teca de señoritas, fundada y redactada, durante un año por D. Felipe Pérez, luego por el profesor D. Eustasio Santamaría; los editados por el generoso y benévolo patrocinador de la juventud, D. Nicolás Pontón, que fueron estos: *El Iris* (1866), *El Hogar* (1868), *El Museo Literario* (1871), *El Rocío* (1872-1875), *El Verjel colombiano* (1875) y *La Pluma* (1880-1883). Después hay que mencionar *La Tarde* y *El Pasatiempo*, ambos dirigidos por su editor D. Ignacio Borda; *El Zipa*, fundado por D. Filemón Buitrago (1877-1881); la *Revista de Bogotá* y *El Eco literario*, publicaciones del laborioso literato D. José Joaquín Borda; *La Patria*, recordada revista de Adriano Páez; el *Anuario de la Academia colombiana*, que contiene pocas pero muy escogidas producciones nacionales; *La Mujer*, moral y muy útil revista quincenal, de la elegante escritora doña Soledad Acosta de Samper, publicada de 1878 á 1881; el *Repertorio colombiano*, la revista mensual de mayor importancia y significación que se ha publicado aquí, dirigida por el Dr. Carlos Martínez Silva (1868-1883), y en sus últimos tiempos por el Sr. D. Enrique Restrepo, y, por último, el que mayor lucimiento y novedad da á nuestro acervo periodístico, el *Papel Periódico Ilustrado*, del malogrado artista bogotano don Alberto Urdaneta, publicación que, por fortuna para las letras, renace hoy á nueva vida bajo el nombre más amplio de *Colombia Ilustrada*, dirigida por el Sr. J. T. Gaibrois.

Pero no es nuestra intención, ni cabría tampoco en los reducidos límites de esta corta reseña, señalar punto por punto todos los progresos intelectuales que forman el caudal de la literatura colombiana; únicamente hemos querido buscar, en tan lisonjeros recuerdos, ocasión para poder afirmar lo conveniente que es para la obra común del progreso dar acogida deferente á las tareas que ennoblecen el ánimo, ilustran el espíritu y sirven como de guía en el camino de la perfectibilidad humana.

El movimiento creador é impulsivo de 1850, marcó época y logró transformar casi por completo los hábitos y las instituciones existentes; la generación que va extinguiéndose se lleva al sepulcro la satisfacción de haber luchado con nobleza y generosidad de miras. Deja tras sí una huella hermosa que significa trabajo, desprendimiento, heroismo, entusiasmo.

Isidoro Laverde Amaya.

ÚLTIMO SUEÑO

—¿Escuchas?
—Sí.
—¿Qué escuchas?
—Un gorjeo
Que brota de los labios de mi amada.
—¡Soñador! es tu madre que murmura
Puesta de hinojos, funeral plegaria.

———

—¿Escuchas?
—Sí.
—¿Qué escuchas?
—¡El ruido
Del vaporoso traje de mi amada!
—¡Soñador! no te engañes, es que cosen
Un sudario de muerte tus hermanas.

———

—¿Ves?
—Sí.
—¿Qué ves?
—¡El ardoroso brillo
Que despiertan los ojos de mi amada!
—¡Soñador! es la aurora que despunta
En el mundo incorpóreo de las almas.

———

—¿Sientes?
—¡Oh! ¡Sí!
—¿Qué sientes?
—Ella... ella
En este instante con amor me abraza.
—¡Soñador! no te engañes... no delires...
¡Yo soy, yo soy, contempla mi guadaña!

Dijo esto con sardónica ironía
La horrible muerte en medio de la estancia;
El poeta exhaló su último aliento
Y su espíritu huyó como una ráfaga.

Después, madre y hermanas todas juntas
Al pié de su ataúd, tristes lloraban:
Sus amigos reían... y á lo lejos
Doblaban por un muerto las campanas.

JULIO FLORES.

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX

CAPÍTULO PRIMERO

EL PESIMISMO EN LA HISTORIA

Nunca se ha agitado con el apasionamiento de esta época la cuestión del mal y la del valor de la vida. ¿Qué valor debe tener la vida á los ojos de un hombre calculador, ilustrado por la experiencia y por la ciencia modernas? ¿Es verdad que el mundo es malo, que hay en él un mal radical, invencible, que está dentro de la naturaleza de la humanidad, que la existencia es una desgracia y que vale más la nada que el ser? Estas proposiciones suenan de un modo extraño en los oídos de los hombres de nuestro tiempo, aturdidos por el estrépito de su propia actividad, con razón orgullosos de los progresos de la ciencia, y cuyo temperamento acepta gustoso una estancia prolongada sobre la tierra, y no se resiste á sufrir las duras condiciones de la vida, aceptando los bienes y los males que les corresponden. Sin embargo, esa filosofía que maldice la vida es un hecho, y no sólo se manifiesta en algunos libros brillantes y atrevidos, dados á la estampa para desafiar al optimismo científico é industrial de este siglo, sino que se desarrolla por la discusión y se propaga por contagio á determinados espíritus, turbándolos profundamente. Es una especie de enfermedad intelectual, pero enfermedad privilegiada, concentrada hasta el día en las esferas de la alta cultura, á manera de adorno malsano y corrupción elegante. Constituye una crisis cerebral y literaria al mismo tiempo, pero sin encerrarse dentro de los límites de un sistema. Hemos tratado de analizarla en algunos estudios, de marcar sus analogías en los medios más diferentes, y por el examen de las formas comparadas y de los síntomas llegar hasta la fuente de ese mal, novísimo en los pueblos de Occidente. Confesamos que este estudio tiene más interés psicológico que utilidad práctica. ¿Podrá esta filosofía, mediante el transcurso del tiempo, aclimatarse en Euro-

pa, y llegará día en que atienda la humanidad á la extraña seducción de estos ponderadores de la desesperación y de la nada?

Cuando se dice que el pesimismo es un mal moderno, hay que distinguir: bajo la forma sistemática y sabia que ha tomado en nuestros días, realmente es dolencia moderna; pero ha habido en todo tiempo pesimistas; como que el pesimismo es contemporáneo de la humanidad. En todas las razas, en todas las civilizaciones hubo imaginaciones que se asombraron de lo incompleto, de lo trágico que es el destino humano, y dieron á este sentimiento la expresión más tierna y patética. Gritos profundos de tristeza y desesperación han atravesado los siglos, poniendo de relieve el engaño de la vida y la suprema ironía de las cosas. Este desacuerdo del hombre con su propio destino, la oposición de sus instintos y de sus facultades con su medio, la naturaleza enemiga y dañina, las combinaciones y las sorpresas de la suerte, el hombre lleno de duda y de ignorancia, sufriendo con su pensamiento y con sus pasiones, la humanidad abandonada á luchas sin tregua, la historia llena de los escándalos de la fuerza, la enfermedad, la muerte, en fin, la separación violenta por la muerte de los seres que más se han querido, todos estos sufrimientos y estas miserias forman un clamoreo que resuena desde el fondo de las conciencias en la filosofía, en la religión, en la poesía de los pueblos. Pero estas quejas ó estos gritos de angustia, por profundo y apasionado que sea su acento, son casi siempre, en las razas y en las civilizaciones antiguas, accidentes individuales: expresan la melancolía de un temperamento, la gravedad entristecida de un pensador, el desquiciamiento de un espíritu bajo el golpe de la desesperación, no expresan, á decir verdad, una concepción sistemática de la vida, la doctrina razonada de la renuncia al ser. Job maldijo el día en que nació: «El hombre nacido de la mujer vive poco y lleno de miseria»; pero Jehová toma la palabra, aniquila con sus evidencias la ingrata duda, la queja injusta, la rebelión inmotivada de su servidor, le levanta esclareciéndole, y le salva por fin. Salomón declara «que está cansado de la vida, al contemplar todos los males que hay bajo el sol, y que todas las cosas son vanidad y aflicción del espíritu»; pero sería una interpretación superficial el no ver en esta triste poesía del *Eclesiastes* más que el lado de la desesperación, sin observar al mismo tiempo el contraste de las vanidades de la tierra, apuradas hasta el hastío por una alma grande, atraída por fines más altos, y como la antítesis eterna que resume todas las luchas del corazón humano, que siente su miseria en medio de la embriaguez de sus alegrías, y que busca en regiones más elevadas lo que debe colmar el vacío de su nostalgia.

Sentimientos análogos se encuentran en la antigüedad griega y romana. Se han notado con frecuencia rasgos de profunda melancolía en Hesiodo y en Simónides de Amorgos, así

como también en los coros de Sófocles y de Eurípides. De Grecia ha salido esta queja conmovedora: «Lo mejor para el hombre es no nacer, y si ha nacido, morir joven.» Hartmann ha recordado un pensamiento de la *Apología*, en que Platón le facilita una imagen expresiva para hacer resaltar la proposición fundamental del pesimismo, que el no ser es por término medio preferible á ser: «Si la muerte es la privación de todo sentimiento, un sueño sin ensueño alguno, es un bien muy grande el morir. Compárese una noche pasada en un sueño profundo, que no haya sido turbado por ningún ensueño, con las demás noches y con los días que han llenado el trascurso entero de la vida; reflexiónese y dígase en conciencia cuántas noches y cuántos días más felices y más dulces que esa noche se han pasado; yo estoy convencido de que el mismo rey de la Persia encontraría pocos, y que sería fácil contarlos.» Aristóteles ha notado, con su penetrante intuición, que hay una especie de tristeza que parece ser inseparable compañera del genio (1). El trata la cuestión como psicologista; ¿pero no puede decirse, bajo otro punto de vista, completando su pensamiento, que la altura á que se eleva el genio humano sólo sirve para demostrarle con mayor claridad la frivolidad de los hombres y la miseria de la vida?

El epicureismo, alegre, voluptuoso, frívolo, conduce, por una lógica inesperada, á la condenación de la vida. Testigos son los sectarios de la sensualidad en Roma, que morían con la misma facilidad y con la misma resolución que los fanáticos de la libertad estoica. En el fondo, es el amor exagerado á la vida el que los lleva á condenarla y á rechazarla cuando ya no esperan de ella ningún bien. Si no hay fin superior al placer, ¿por qué sobrevivir al placer extinguido? El placer no es inmortal; cuando empieza el cansancio se acerca el agotamiento de las fuerzas. ¿Y qué puede igualar en tristeza á un epicúreo abandonado por la sensualidad? Más vale prevenir ese abandono, peor que la muerte, y morir con vida. «¿De qué sirve—dicen los epicúreos al sectario voluptuoso que ha gastado ya sus fuerzas—disputar cobardemente algunos días y algunas sensaciones á la naturaleza que se retira de ti? Ya no te queda más que debilidad, dolor y vejez. Bebe la muerte en una última libación.» Bajo estas inspiraciones se formó en Alejandría la academia de los suicidas, de la cual formaron parte Antonio y Cleópatra. Los romanos de la decadencia ofrecían su vida en una suprema fiesta al destino, y se arrojaban, con una especie de vértigo voluptuoso, en ese desconocido que suponían la nada. Petronio, el poeta de la orgía romana, jugó hasta el último instante con el suicidio, haciendo que le abriesen y le cerrasen sucesivamente las venas, como para gozar, saboreándolo, del placer de la muerte.

Hay un epicureismo que no procede del amor exagerado, sino del despre-

(1) *Problemas*, XXX.

cio reflexivo de la vida. Lucrecio renueva con trágica expresión la dura crítica con que ya la trataron algunos filósofos griegos. Han tenido razón los que han censurado esta inspiración que llena las poesías de Lucrecio de quejas que resuenan con dolorosa monotonía, como un eco al través de los fragmentos que nos quedan de Empedocles:

«¡Dioses! ¡Qué grande es vuestra miseria, infeliz raza mortal! ¡En medio de cuántas luchas y de cuántos suspiros habéis nacido!»

Recordemos también esta enérgica pintura de la vida: «Males de todo género caen sobre nosotros, que destruyen nuestro pensamiento. Midamos con la vista la corta carrera de esta vida, que realmente no es viable. ¡Qué pronto morimos! Cada existencia es una bocanada de humo que se desvanece; apenas podemos conocernos en esta agitación que nos lleva no sabemos á dónde; en vano nos envanecemos de haber abrazado con el pensamiento la universalidad de las cosas; ni la mirada del hombre puede abarcarla, ni el oído apercibirla, ni la inteligencia comprenderla.»

Todo es para nosotros enigma y caos. No sabemos nada de las cosas, en medio de las cuales nos arrastra una fuerza ciega. ¿Qué felicidad puede sentir un espíritu que reflexiona en estas tinieblas agitadas en que vivimos sin conciencia y sin recuerdos? Una inspiración análoga es la que precede al pesimismo de Lucrecio. El poeta latino no busca siquiera el enigma de la vida, proclama que no lo hay; no hay un sentido oculto en la existencia, ni un orden futuro que pueda reparar el desorden del mundo presente. La sabiduría consiste en apagar todo deseo y en llegar á esa apatía que se parece al nirvana budista, y en la cual no penetra nada, ni ruido de fuera, ni asombro, ni emoción. Pero el budista ha matado en sí mismo el sentimiento de la vida; el sabio de Lucrecio vive todavía y se siente vivir; de ahí procede su dolor incurable; no puede ya respirar en ese vacío en que se ha encerrado, se ahoga. Nos han pintado con tono delicado y vivo este mal del epicúreo, fiel á su estrecha doctrina, y que por una exageración de prudencia ha cerrado aún más el círculo de su acción: «El tedio entra en su espíritu desierto de pasiones. El uniforme espectáculo del mundo, que contempla en su eterna holganza, le cansa y le exaspera. Como Lucrecio, dejará escapar ese grito de hastío: ¡Siempre, siempre lo mismo! *Eadem sunt omnia semper, eadem omnia restant!*... La única ventaja que se aseguró fué la de no temer la muerte; pues arregló de tal manera su vida, que podía pasar de una nada á la otra sin sacudida violenta. Quizá combinó el orden de la naturaleza para ir más rápidamente hacia ese sueño eterno, cuyas primicias ha saboreado ya, y para asegurar á plazo más breve el encanto de la muerte.» ¿No es esto la *gentilezza del morire*, que celebrara Leopardi veinte siglos más tarde?

Para acabar con este gusto singular de la muerte en la antigüedad, recor-

daremos que á principios del siglo III, antes de la Era cristiana, había en Alejandría una escuela de pesimismo abierta por uno de los más célebres doctores de la escuela cineraica, el famoso Hegesias, que sacaba de las doctrinas de Aristóteles consecuencias inesperadas contra la vida. Partiendo del principio de que únicamente el placer puede ser el fin racional de la vida, concluía que la existencia se engaña, porque no consigue ese fin. La felicidad es una cosa puramente imaginaria é irrealizable, que engaña y que engañará siempre nuestros esfuerzos. La suma de placeres no iguala nunca la de las penas, y los bienes no tienen intrínsecamente nada real; la costumbre embota nuestra sensibilidad, y la sociedad los destruye. De ahí procede esta máxima que resume su filosofía: «Sólo al insensato le parece la vida una felicidad, el sabio siente por ella indiferencia y desea la muerte.» La muerte vale tanto como la vida, es la forma suprema de la renuncia, por la cual se libra el hombre de una vana esperanza y de una gran decepción. Había compuesto, nos dice Cicerón un libro titulado *El Desesperado*, en que hace hablar á un hombre que se mata de hambre; sus amigos tratan de disuadirle, y el desesperado les contesta enumerándoles las penas de esta vida. Es la antítesis del *Fedon*, en que Sócrates, al morir, desarrolla las razones que le hacen esperar el remedio de las injusticias de la vida presente. Es curioso hacer constar que este predicador melancólico de la muerte, que se inspira en la doctrina de la sensualidad, emplea algunos de los argumentos predilectos de Schopenhauer. Hegesias era tan elocuente en sus pinturas sombrías de la vida humana, que recibió el nombre de *Peisithanatos*, y el rey Ptolomeo, asustado de la influencia que su palabra ejercía sobre los espíritus, cerró su escuela para librar á sus oyentes del contagio del suicidio.

Pero el género de sentimiento que expresan estos síntomas filosóficos es poco común entre los antiguos, y es un grave error el del poeta del pesimismo, Leopardi, al haber imaginado en favor de su causa una antigüedad fantástica, y al haber querido persuadirnos de que el pesimismo está en el genio de los grandes escritores de Atenas y de Roma. Sistema ó error, este punto de vista aminora el sentido penetrante y sutil que ha recibido el pesimismo de la antigüedad. Nada más quimérico que Safo meditando sobre los grandes poblemas:

...Arcano é tutto
Four che il nostro dolor....

Ya no es la inspirada, ya no es la apasionada Venus quien habla, es una rubia alemana que vuelve de un Werther desconocido, separada de él por obstáculos infranqueables, y que exclama «que todo es misterio fuera de nuestro dolor».

En el mismo sentido y bajo el imperio de la misma idea, fuerza Leopardi la interpretación de las dos palabras célebres de Bruto y de Teofrasto en el momento de morir, el uno renegan-

do de la virtud que ha causado su muerte, el otro renegando de la gloria por la cual no ha querido vivir (1). Suponiendo que sean auténticas y que no hayan sido recogidas por la tradición de alguna vaga leyenda por Diógenes Laercio y Dión Casio, no podían evidentemente tener esas palabras, en la boca que las pronunció, la significación moderna que les atribuye un comentario demasiado sutil é ingenioso. Además, Leopardi se corrige él mismo, vuelve á la verdad histórica de las razas y de los tiempos cuando dice en la misma obra «que la fuente de esos pensamientos dolorosos, poco extendidos entre los antiguos, se encuentra siempre en el infortunio particular ó accidental del escritor ó del personaje que sale á la escena, real ó imaginario». Esta es la verdad. El fondo de la creencia antigua es que el hombre ha nacido para ser feliz, y que, si no logra serlo, es por culpa de alguna divinidad celosa del orgullo humano, que se eleva amenazando á los dioses. Lo que domina en los antiguos es el gusto hacia la vida y la fe en la felicidad terrestre, que persiguen con terquedad; parece, cuando sufren, que están desposeídos de algún derecho.

Hartmann, en su *Filosofía del inconsciente*, marca con precisión esta idea del optimismo terrestre que rige al mundo antiguo (judío, griego y romano). El judío da un sentido temporal á las bendiciones del Señor; la felicidad, en su opinión, consiste en que sus graneros estén llenos de trigo y sus bodegas repletas de vino (1). Sus concepciones de la vida no tienen nada de trascendental, y para que entre en ese orden superior de pensamientos y de esperanzas, es preciso que Jehová le hable por medio de sus profetas ó le advierta castigándole. La conciencia griega, después de haber apurado la noble embriaguez del heroismo, busca la satisfacción de esta necesidad de ser feliz en los placeres que procuran el arte y la ciencia; se complace en una teoría estética de la vida. La existencia es el primero de los bienes; recuérdese la frase de Aquiles en los infiernos, en la Odisea: «No pretendas consolarme de la muerte, noble Ulises; prefiero cultivar como un mercenario el campo de un pobre á reinar sobre la inmensa multitud de los hombres.» Es la misma frase del *Eclesiastes:* «Más vale un perro vivo que un león muerto.» La república romana introdujo en el desarrollo un elemento nuevo; transformó el egoismo del individuo en egoismo de raza; ennobleció el deseo de la felicidad, marcando al hombre otro fin más elevado, al cual debe sacrificarse el individuo: el bien de la ciudad, el poder de la patria. He ahí, salvo algunas excepciones, los grandes móviles de la vida antigua: las bendiciones temporales en la raza de Israel, los placeres de la ciencia y del arte entre los griegos, en los romanos, el deseo de la dominación uni-

(1) *Comparazione delle sentenze di Bruto e Teofrasto.*

(1) *Proverbios*, III, 10.

versal, el sueño de la grandeza y de la eternidad de Roma. En estas diversas civilizaciones, no existen sino aisladamente inspiraciones del pesimismo. El ardor viril en el combate de la vida que demuestran estas razas enérgicas y nuevas, la pasión de las grandes cosas, el poder y el candor virgen de las nobles esperanzas que la experiencia no ha marchitado, el sentimiento de una fuerza que aún no conoce sus límites, la conciencia reciente que la humanidad tiene de sí misma en la historia del mundo, todo esto explica la profunda fe de los antiguos en la posibilidad de realizar en este mundo la felicidad, todo esto es opuesto á la moderna teoría que parece ser el triste cortejo de la humanidad envejecida, la teoría del dolor universal é irremediable.

En cambio, y como contraste con el mundo antiguo, hay influencias y corrientes de pesimismo en algunas sectas que han interpretado más ó menos fielmente el cristianismo. ¿Puede dudarse, por ejemplo, que tal pensamiento de Pascal ó que tal página de las *Veladas de San Petersburgo* puedan colocarse como ilustraciones de idea y de estilo, al lado de los análisis más amargos de la *Filosofía del inconsciente*, ó entre las *Canzoni* más desesperadas de Leopardi? Esta comparación no parecerá forzada á ninguno de los que saben que el pesimismo del poeta italiano ha revestido en su principio la forma religiosa.

Hay en el cristianismo un lado sombrío, dogmas temibles, espíritu de austeridad, de abnegación, de ascetismo, que no constituye toda la religión, pero que forma su parte esencial, un elemento radical y primitivo, anterior á las atenuaciones y á las enmiendas que llevan sin cesar las complacencias del yo natural ó las debilidades de la fe. Cada individuo modifica un poco la religión á su modo, dándole un carácter peculiar á su espíritu. El cristianismo, mirado únicamente bajo ese aspecto como una doctrina de expiación, como una teología de lágrimas y de espanto, hiere con frecuencia á ciertas imaginaciones y las inclina á una especie de pesimismo. Esta manera de comprender el cristianismo es la del jansenismo exagerado. La naturaleza humana escarnecida, la perversidad puesta al desnudo, la absoluta incapacidad de nuestras facultades miserables para la verdad y para el bien, la necesidad de distraer á este pobre corazón que quiere huir de sí mismo y de la idea de la muerte, que se agita en el vacío, y, sobre todo, este perpetuo pensamiento del pecado original, que ondea sobre el alma entristecida con las más duras y extremas consecuencias, la visión continua y casi sensible del infierno, el corto número de elegidos, la imposibilidad de la salvación sin la gracia (¡y qué gracia! «no sólo la gracia suficiente, que no basta»), en fin, ese espíritu de mortificación sin piedad, ese desprecio de la carne, ese terror del mundo, la renuncia á todo lo que vale en la vida, semejante cuadro extraído de las *Provinciales* y de las *Pensées*, parecía hecho para agra-

dar al autor de *Bruto minore* y de la *Ginestra*, en las meditaciones de Recanati. Pero esta analogía de sentimientos no dura. ¿Quién no encuentra diferencia entre las dos inspiraciones, en cuanto se entra en familiar conversación con el alma de Pascal, tan dolorosa y tan tierna? El pesimismo de Pascal tiene por fundamento una caridad ardiente y activa; quiere contener al hombre y le consterna, le aterroriza. ¡Pero qué piedad tan profunda hay en esta lógica violenta! Cierra todas las salidas á la razón, pero es para llevarla de un vuelo al calvario y transformar esta tristeza en alegría eterna. Atormenta su genio para descubrir nuevas demostraciones de su fe; parece que sucumbe bajo la responsabilidad de las almas que no consigue convertir, de los entendimientos que no ha ilustrado.

Lo mismo puede decirse, aunque por otras razones, de lo que llamaremos el terrorismo religioso de José de Maistre. Evidentemente parece á primera vista un pesimismo esa apología lúgubre de la Inquisición, ese dogma de la expiación aplicado á la penalidad social, esa teoría mística del sacrificio de sangre, de la guerra considerada como una institución providencial, del patíbulo colocado como base del Estado. El corazón se oprime al contemplar la vida humana sometida á poderes tan formidables, y á la sociedad bajo un yugo de hierro, bajo un amo que es un dios terrible, servido por ministros sin piedad. Pero este aparato de terror no resiste á un instante de reflexión. Pronto se ve que son paradojas de combate, apologías y afirmaciones violentas, que se oponen á ataques y á negaciones exageradas. José de Maistre es un polemista y no un apologista del cristianismo; la batalla tiene sus arrebatos; la elocuencia, la retórica, tienen su embriaguez; la de M. De Maistre le arrastra, no la domina, está poseído de ella. Los argumentos no le bastan y acude á la hipérbole. Es un gran escritor que escribe sin razón, un gran pintor que abusa del efecto; su pesimismo tiene un colorido exagerado. En el fondo no ha cambiado nada en las perspectivas del dogma cristiano; la vida futura contiene la explicación y el remedio del mal que reina sobre la tierra.

En vano se buscaría en la historia del cristianismo, exceptuando quizá algunas sectas gnósticas, nada que se parezca á esta nueva filosofía. Tampoco ofrece nada análogo la historia de la filosofía. No pueden absolutamente clasificarse entre los pesimistas, á pesar de sus semejanzas superficiales, á los que hacen objeciones al optimismo. De otro modo, todo el mundo sería alguna vez pesimista. Ninguna filosofía ha dado una definición satisfactoria del mal:-ni los estoicos, ni Platón, ni Descartes, ni Leibnitz, ni Rousseau, han conseguido por completo conciliar la existencia del mal, bajo todas sus formas, con el gobierno del universo. Existe en esto una antinomia terrible de la razón. Los que lo han propuesto sin resolverlo no son por eso pesimistas, y sería mezclarlo y confundirlo

todo el colocar á Carneade, á Bayle ó á Voltaire entre los filósofos que proclaman el mal absoluto de la existencia: no han presentado más que el mal relativo, en contradicción aparente con la Providencia. En la India es donde el pesimismo ha encontrado sus verdaderos progenitores; él mismo lo reconoce y se enaltece con ello. La coincidencia de las ideas de Schopenhauer con el budismo ha sido con frecuencia reconocida. Volveremos sobre este punto; aquí sólo recordaremos que el pesimismo se ha fundado en la noche solemne en que Zakia, meditando bajo la higuera de Gaja sobre la desgracia del hombre, y buscando los medios de librarle de estas existencias sucesivas, que no son más que un cambio sin fin de sus miserias, exclamó: «Nada es estable sobre la tierra. La vida es como la chispa producida por el roce de la madera. Se enciende y se apaga, no sabemos de dónde viene ni á dónde va... Debe haber alguna ciencia suprema en que podamos encontrar reposo. Si yo la consiguiese, podría llevar la luz á los hombres. Si yo mismo fuese libre, podría libertar al mundo... ¡Oh desgraciada juventud, que la vejez tiene que destruir! ¡Desgraciada salud, que matan las enfermedades! ¡Pobre vida en que el hombre permanece tan pocos días!... ¡Si no hubiese la vejez, la enfermedad, ni la muerte! ¡Si las tres estuviesen para siempre encadenadas!» Y la meditación continúa extraña, sublime, desesperada: «Todo fenómeno está vacío; toda sustancia es el vacío; fuera de ella no hay más que el vacío... El mal es la existencia; lo que produce la existencia es el deseo; el deseo nace de la percepción de las formas ilusorias del ser. Todo esto son efectos de la ignorancia. La ignorancia es, pues, en realidad, la causa primera de todo lo que parece existir. Conocer esta ignorancia es lo mismo que destruir sus efectos.»

Esta es la primera y la última palabra del pesimismo. Es el extraño pensamiento que absorbe en este instante á algún piadoso hindu, que busca las huellas de los pasos de Zakya-Muni sobre el mármol de un templo de Benarés. Es el problema sobre el cual meditan vagamente á estas horas algunos miles de monjes budistas, en la China, en la isla de Ceylán, en la Indo-China, en el Nepal, en el fondo de sus conventos y de sus pagodas, embriagados por sueños y contemplaciones sin fin; tal es el texto sagrado que sirve de alimento á tantos sacerdotes, á tantos teólogos del *Triptaka* y del *Lotus de la buena ley*, á esas multitudes que piensan y que rezan en estas creencias, y que se cuentan por centenares de millones. Es también el lazo misterioso que une á los pesimistas del extremo Oriente, del fondo de los siglos y á través del espacio, á los filósofos refinados de la Alemania contemporánea, que después de haber atravesado todas las esperanzas de la especulación, después de haber agotado todos los sueños y todas las épocas de la metafísica, vienen, saturados de ideas y de ciencia, á proclamar la nada de todas las cosas, y repiten con una

desesperación sabia la frase de un joven indio, pronunciada hace más de veinticuatro siglos en la orilla del Ganges: «El mal es la existencia.»

Ahora se comprende en qué sentido y en qué medida es cierto que la enfermedad del pesimismo es una enfermedad esencialmente moderna. Es moderna por la forma científica que ha tomado en nuestros días, es nueva en las civilizaciones de Occidente. ¡Qué efecto tan extraño produce el asistir á este renacimiento del pesimismo budista, con todo el aparato de los más sabios sistemas, en el corazón de la Prusia, en Berlín! Que trescientos millones de asiáticos beban el opio de estas doctrinas fatales que enervan y adormecen la voluntad, es cosa ya muy extraordinaria; pero que una raza enérgica, disciplinada, tan fuertemente construida para la ciencia y para la acción, tan práctica al mismo tiempo, calculadora, fría, belicosa y dura, todo lo contrario de una raza sentimental; que una nación formada de estos elementos robustos y activos acoja triunfalmente las teorías de la desesperación reveladas por Schopenhauer, que su optimismo militar acepte con entusiasmo la apología de la muerte y de la nada, he ahí lo que á primera vista parece inexplicable. Y este éxito de la doctrina nacida en las orillas del Ganges no se detiene en las orillas de la Spree. La Alemania entera ha prestado atención á este movimiento de ideas. La Italia, con un gran poeta, había adelantado la corriente; Francia, como veremos, la ha seguido en cierto modo; también tiene Francia actualmente sus pesimistas. La raza eslava no ha escapado á esta extraña y siniestra influencia. Véase esa propaganda desenfrenada del nihilismo, que espanta con razón al poder espiritual y temporal del czar, y que esparce por toda la Rusia un espíritu de negación descarada y de fría inmoralidad. Véase, sobre todo, esa monstruosa secta de los *skopsy* ó mutilados, cuyos desastres nos han descrito y que «haciendo un sistema moral y religioso de una degradante práctica de los harenes de Oriente, materializando el ascetismo y reduciéndolo á una operación quirúrgica», proclaman con este vergonzoso y sangriento sacrificio que la vida es mala y que es conveniente agotar su origen. Es la forma más degradada del pesimismo, pero es también su expresión más lógica. Es un pesimismo conforme con las naturalezas groseras que van en seguida á los extremos del sistema, sin detenerse en inútiles elegías, en elegantes bagatelas de delicados espíritus, que se quejan continuamente y no concluyen jamás.

CAPÍTULO II

LOS PESIMISTAS DEL SIGLO XIX.—EL POETA DEL PESIMISMO, LEOPARDI. LA TEORÍA DE «L'INFELICITÁ».

Examinemos de cerca la filosofía del pesimismo moderno y tratemos de apoderarnos de los primeros síntomas en el siglo XIX. Es un hecho curioso que nacen casi simultáneamente las primeras ideas en el poeta italiano Leopardi y en el filósofo alemán Schopenhauer, sin que pueda observarse ninguna influencia directa del uno sobre el otro. Precisamente en 1818, cuando en la amarga soledad de Recanti se operaba en Leopardi esa fase tan grave que le hacía pasar casi sin transición del cristianismo á la filosofía de la desesperación, salió Schopenhauer para Italia, después de haber remitido á un editor su manuscrito de *El Mundo considerado como voluntad y como representación*. El uno encerrado en la pequeña población que servía de cárcel á su ardiente imaginación, el otro ansioso de la celebridad que había de tardar más de veinte años en llegar, igualmente oscuro entonces, los dos escritores no se encontraron, y es más que probable que Leopardi no leyó nunca á Schopenhauer, cuyo libro no se publicó hasta más tarde, en Alemania; pero en cambio es seguro que Schopenhauer conoció las poesías de Leopardi; las cita una vez por lo menos, sin darles la importancia que tienen en la historia del sistema.

En cuanto á la cuestión de saber si Leopardi tiene derecho á estar colocado entre los filósofos, basta, para resolverla, comparar la teoría de *l'infelicità* á lo que se llama «el mal del siglo», la enfermedad de Werther y de Jacobo Ortis, la de Lara y de René, la de Rolla. Ha sido un error el hablar del pesimismo de lord Byron ó de Chateaubriand; este no es más que una forma del romanticismo, el análisis idólatra y dolorido del yo del poeta, concentrado respetuosamente en sí mismo, contemplándose hasta que se produce en su interior un éxtasis doloroso ó embriagador que opone su dolencia ó su aislamiento á los placeres de la vil muchedumbre, pagando de ese modo su grandeza y esforzándose por hacer de la poesía un altar digno de su víctima.

La antigüedad, que en este punto era de la opinión de Pascal, detestaba el yo y le proscribía: las costumbres, de acuerdo con el gusto del público, sufrían con dificultad estos desahogos de una personalidad llena de sí misma, llevada naturalmente á dar demasiada importancia á sus tristezas y á sus ale-

grías. Los dioses, los héroes, la patria, los combates, los trágicos juegos de la fatalidad, el amor también, pero en la expresión de estos sentimientos generales, no en el análisis de los incidentes biográficos, ese es el fondo de la poesía antigua; la poesía personal es rara. Esta fuente de inspiración, comprimida durante tanto tiempo, ha brotado en el nuestro con gran abundancia y á gran altura. De ese culto, á veces extravagante del yo, ha salido el lirismo contemporáneo con sus grandezas y con sus pequeñeces, sus inspiraciones sublimes y sus pueriles vanidades; de ahí proceden todos esos dolores literarios que han agitado y emocionado tan profundamente á una generación, y que las nuevas generaciones, con su educación científica y positiva, apenas puedan tomar en serio. Pero estas tristezas elegantes y altivas no son realmente filosóficas, no proceden de una concepción sobre el mundo y sobre la vida: partes del yo vuelven á él, allí se encierran y gozan, de su delicado orgullo; se guardarían como de una profanación, de revelarse á la muchedumbre. No es la humanidad que sufre, es el poeta, es decir, una naturaleza excepcional. Para que estos sufrimientos puedan formar una teoría, no basta que sean sinceros y profundos, es menester que sea general el sentimiento en que se inspiran. El pesimismo, al contrario, no hace del dolor un privilegio, sino una ley; no crea una aristocracia de desesperados. La única superioridad que atribuye á su genio, es la de ver claramente lo que la muchedumbre humana siente de un modo confuso. Asimila la existencia entera á la desgracia, y extiende la ley de sufrir del hombre á la naturaleza, de la naturaleza á su principio, si hay alguno, y si ese principio llega á conocerse. El mal subjetivo podría no ser más que un accidente insignificante en el mundo; el mal objetivo es el que hay que mirar, el mal impersonal, absoluto, que reina en todos los grados y en todas las regiones del ser. Sólo así se constituye una filosofía; lo demás es literatura, es biografía ó novela.

Tal es el carácter de la teoría de *l'infelicità* de Leopardi. Ha sufrido mucho sin dūda, de diferentes modos, y las desgracias físicas que pesaron tanto sobre su juventud, la quebrantada salud que arrastró á través de su vida como una amenaza perpetua de la muerte, la impaciencia que le consumió en su retiro, la pobreza que le angustiaba, y, sobre todo, esa sensibilidad nerviosa que transformaba en suplicio intolerable las menores contrariedades, y con mayor razón las amarguras de la ambición no satisfecha, las decepciones más tristes aún de un corazón amante que no puede alcanzar más que la sombra de sus anhelos, construyeron dentro de su espíritu tan singular filosofía. Fué mucho lo que sufrió. A pesar de todo, su teoría no es única, y él no consiente que se vea en ella la expresión de sus sufrimientos; si va precedida de una experiencia, es de una experiencia generalizada, se transforma en un conjunto de concep-

ciones razonadas y armónicas sobre la vida humana.

Hay que ver cómo el filósofo, que Leopardi sintió despertar precozmente dentro de sí, pretende demostrar que no ha lanzado al mundo el grito de su dolor personal, cómo teme exponer su corazón á ser pasto de la pública curiosidad, con qué orgullo rechaza la limosna de simpatías que no ha solicitado y que le hacen sonrojar: «Por la pusilanimidad de los hombres, escribe á un amigo suyo, que necesitan estar persuadidos del mérito de la existencia, se han considerado mis opiniones filosóficas como el resultado de mis sufrimientos personales, y se obstinan las gentes en atribuir á *mis circunstancias materiales* lo que sólo se debe á mi entendimiento. Antes de morir, quiero protestar contra esta invención de la debilidad y de la vulgaridad, y rogar á mis lectores que traten de destruir mis observaciones y mis razonamientos, pero que no acusen á mis enfermedades.» Que hay un enlace entre las desgracias de esta vida y la dura filosofía en que se refugió el poeta, como en un último asilo, esto no da lugar á duda alguna; no es posible separar la figura dolorida de Leopardi del monótono fondo de sus cuadros y de sus doctrinas; pero hay que reconocer que, por un esfuerzo meritorio de libertad intelectual, borra casi por completo la huella de sus recuerdos personales en la solución que da al problema de la vida. Eleva esta solución á un grado de generalidad en que empieza la filosofía; su pesimismo es un sistema, no una apoteosis de la miseria. Por este rasgo que queríamos poner en claro, se diferencia de la escuela de los líricos y de los desesperados en que se ha pretendido colocarle; no tiene más que un parecido remoto con Rolla, á quien algunos han llamado su hermano; vale más que ellos por la altura del punto de vista cósmico á que se eleva; ha querido ser filósofo, ha merecido serlo y lo es.

Juzguémosle, pues, como desea ser juzgado, y veamos si la teoría de *l'infelicità*, que inspira todas sus poesías y está concentrada en las *Obras morales*, recuerda ó anuncia las teorías de la filosofía alemana contemporánea.

No hay, según Hartmann, más que tres formas de dicha posible para la humanidad, tres maneras de comprenderla y de realizarla. De nada servirá excitar y torturar la imaginación para inventar alguna felicidad inédita; esta ansiada felicidad entrará en los cuadros trazados de antemano, y esta ya es una prueba evidente de la pobreza de nuestra facultad de sentir y de la esterilidad de la vida. O bien se pretende poder conseguir la felicidad en el mundo tal como es, en la vida actual é individual, sea por el libre ejercicio de los sentidos, la riqueza y la variedad de las sensaciones, sea por el desarrollo de las altas facultades del espíritu, el pensamiento, la ciencia, el arte y las nobles emociones que de él resultan, sea por la actividad heroica, el gusto de la acción, la pasión del poder y de la gloria. O bien se aplaza la idea de la felicidad,

se la considera realizable para el individuo en una vida trascendente después de la muerte; es la esperanza en que se precipita la mayoría de los que sufren, los pobres, los despreciados del mundo, los desheredados de la vida; es el asilo abierto por las religiones y particularmente por el cristianismo á las miserias irremediables y á los dolores sin consuelo. O bien, en fin, abandonando el más allá trascendental, se concibe un más allá terrestre, un mundo mejor que el mundo actual, que cada generación prepara sobre la tierra por sus trabajos y sus fatigas. Se hace el sacrificio de la felicidad individual para asegurar la llegada de ese nuevo ideal, se eleva uno al olvido de sí mismo, á la conciencia y á la voluntad colectivas, se goza con la idea de esa dicha por la cual se trabaja y que otros disfrutarán, lo desea uno así para sus descendientes, y se embriaga uno con esa idea y con los sacrificios que reclama. Este noble sueño de la dicha de la humanidad futura sobre la tierra por los descubrimientos de las ciencias, por las aplicaciones de la industria, por las reformas políticas y sociales, es la filosofía del progreso, que en algunos espíritus entusiastas se convierte en una religión. Esas son las tres teorías de la felicidad en que se ha agotado la imaginación de la humanidad: son «los tres grados de la ilusión humana», sucesivamente recorridos por las generaciones que se sustituyen sobre la escena del mundo y que, cambiando de fe sin cambiar de decepción, no hacen más que agitarse en un círculo de inevitable error, con su absurda creencia en la felicidad.

Hartmann se equivoca al pensar que esos tres estados de la ilusión se suceden. Son simultáneos, coexisten en la vida de la humanidad; no ha habido ningún tiempo en que no hayan estado representados; son tres razas eternas del espíritu, y no tres edades históricas. A la hora en que escribo, ¿no hay en la amplia variedad de las sociedades contemporáneas optimistas del tiempo presente, optimistas de la vida futura, optimistas de la edad de oro que el progreso hará renacer sobre la tierra? Además, esos diversos estados los recorre á veces un hombre mismo en su vida; cualquiera de nosotros ha podido perseguir sucesivamente la imagen de la felicidad en el sueño de la vida actual, en la vida futura, en el porvenir de la humanidad. En fin, el orden de sucesión y de desarrollo que marca Hartmann no es un orden riguroso: cada hombre puede recorrer esas diversas etapas en un orden diferente, hasta en un orden inverso. No es raro ver que un espíritu, después de haber atravesado las ilusiones de la felicidad terrestre y las del progreso indefinido, se detenga y repose en la fe de lo invisible y de lo divino; y tampoco es imposible que esta evolución se verifique con un orden contrario, empiece por las más nobles aspiraciones de la religión y acabe por la indolencia epicúrea.

Leopardi, sin presentar ni describir científicamente estos tres estados, los ha conocido por una experiencia dolo-

rosa; los ha atravesado, no se ha detenido en ninguno; los ha pintado separadamente; nos ha enseñado con rasgos singulares y enérgicos por qué no ha adoptado ninguno, y la sinrazón de los hombres que se acógen á ellos. Hasta la edad de diez y ocho años, su adolescencia soñadora no pasó los límites de la fe religiosa. Emplea los recursos de su gran erudición en escribir una especie de apología de la religión cristiana; el *Ensayos sobre los errores populares de los antiguos* (1815). Pero ya en esa nomenclatura de las supersticiones de la antigüedad, dioses y diosas, oráculos, magia, al lado de invocaciones á «la religión más amable» que le entusiasma y lo consuela en sus prematuros dolores, están como los gérmenes del futuro escepticismo. En el mismo período de su vida escribió los *Proyectos de himnos cristianos*, animados por el sentimiento del dolor. Es un pesimista que se dirige en estos términos al Redentor: «Tú lo sabías todo desde la eternidad; pero permite que la imaginación del hombre te considere como el más íntimo testigo de nuestras miserias. Tú has pasado por esta vida, que es la nuestra; has conocido la nada, has sentido la angustia de la desgracia de nuestro ser...» O también en esta oración al Creador: «Ahora voy de esperanza en esperanza, errando todo el día y olvidándote, y siempre engañado... Llegará el día en que, no teniendo otro estado á que recurrir, colocaré todo mi espíritu en la muerte, y entonces iré á Ti...» Esta hora del supremo recurso no llegó; en el momento mismo en que escribió con mano trémula sobre el papel mojado de sus lágrimas estos fragmentos de himno y de oración, se apercibió de que el abrigo de sus creencias se habia derrumbado, y no quedaba nada en pié; se vió solo en medio de tanta ruina, ante un mundo vacío y bajo un cielo de acero.

Entonces tomó sin vacilación su partido irrevocable: pasó de una fe ardiente á una especie de escepticismo indómito y definitivo, que nunca admitió incertidumbres, ni combates, ni ninguna de esas aspiraciones á un más allá en que se refugia con una especie de voluptuosidad inquieta el lirismo de los poetas contemporáneos. Nada de esto produjeron en Leopardi los desórdenes de su espíritu, las penas y los dolores psicológicos que expresa con tanta ternura. Permanece inquebrantable en la soledad que se ha formado. Hace alguna que otra alusión desdeñosa, de pasada, «al temor que inspiran las cosas del otro mundo.» No vuelve á mencionar á Dios, ni aun para negarle. Evita hasta el nombre: cuando se ve obligado, como poeta, á hacer intervenir un ser que domina el personaje, es Júpiter. La naturaleza, principio misterioso del ser, pariente cercana del Inconsciente de Hartmann aparece sola enfrente del hombre en la meditación perpetua de lo desconocido que abruma al poeta; á ella sola interroga el hombre sobre los secretos de las cosas tan indescifrables para ella como para él. «Estoy sometida al destierro, dice, cualquiera que sea la causa, que

ni tu ni yo podemos comprender.» La naturaleza y el destino, es decir, las leyes ciegas é inexorables, cuyos efectos sólo aparecen á la luz, cuyas raíces penetran en la noche. Cuando el poeta saca á la escena la curiosidad del hombre sobre los grandes problemas, tiene una manera muy particular de forzar el desenlace. Las momias de Ruysch resucitan por un cuarto de hora; refieren cómo han muerto. «¿Y lo que sigue á la muerte?» pregunta Ruysch. Pero el cuarto de hora ha pasado y las momias callan.

En otro sitio, en un diálogo extraño, un islandés errante, que después de haber huido de la sociedad ha huido de la natraleza, se encuentra en el fondo del Sahara; lo aturde con sus preguntas, cada una de las cuales es una queja: «¿Por qué me ha enviado sin consultarme á este mísero mundo? ¿Por que, si me ha hecho nacer, no se ha ocupado de mí? ¿Cuál es su fin? ¿Es mala ó es impotente?» La naturaleza contesta que no tiene más que un cuidado y un deber: hacer girar la rueda del universo en que la muerte mantiene la vida, y la vida la muerte. «Pero entonces, contesta el islandés, puesto que sufre todo lo que está destruido, puesto que lo que destruye no goza y es destruido pronto á su vez, dime lo que ningún filósofo puede decirme: ¿á quién agrada, para quién es útil esta vida desgraciada del universo, que sólo subsiste por la pérdida y por la muerte de todos los elementos que la componen?» La naturaleza no necesita tomarse el trabajo de contestar á su interlocutor: dos leones hambrientos se arrojan sobre él y le devoran, ellos también caerán más tarde desfallecidos sobre la arena del desierto.

El silencio es la única contestación á estas grandes curiosidades que van á estrellarse contra una muralla indestructible ó á perderse en el vacío. No hay que esperar, pues, ninguna felicidad bajo la forma trascendente. Ese es el primer estado de la ilusión atravesado por Leopardi, ó, mejor dicho, por la humanidad que lleva el poeta dentro de sí. Ha demostrado al hombre la sinrazón de sus esperanzas fundadas sobre lo invisible. ¿Pero no tendrá el hombre razón al querer gozar de lo presente, porque no haya porvenir, al tratar de engrandecer su existencia por medio de los grandes pénsamientos y de las grandes pasiones, confundiéndola, en un sublime sacrificio con la patria, haciéndose heroico, poderoso y libre, ó con otro ser á quien haga donación de su personalidad, enriqueciéndole con su propia dicha? El patriotismo, el amor, la gloria, cuántas razones para vivir, aunque el cielo esté vacío, ¡cuántas maneras de ser feliz! Y puesto que hay que renunciar á las quimeras del porvenir, ¿no es todo esto bastante sólido y sustancial, no es la misma realidad, bajo la forma más noble y más hermosa, no merece que se viva?

Nadie ha sentido en su alma más patriotismo que Leopardi. Al leer la *Oda á Italia*, parece que se está oyendo á un hermano de Petrarca ó á un rival de Alfieri. El que escribía estos

versos que todas las memorias italianas han conservado, que todas las bocas repiten y que han procurado sin duda algunos batallones de voluntarios al vencido de Novara y al vencedor de San Marino, es sin duda un gran patriota, pero es un patriota desesperado. Ama á su patria, pero la ama en el pasado; no cree en su resurrección. Después de celebrar en versos apasionados su gloria desvanecida, después de evocarla, de sacarla de su letargo, de recordar las guerras médicas y de entonar, terminándolo, el himno interrumpido de Simónides, se deja llevar del desaliento al contemplar la Italia cautiva y resignada. En las poesías de esa época se refleja ya una gran amargura. «Gloriosos ascendientes, ¿tenéis aún esperanzas fundadas en nosotros? ¿No hemos perecido todos? Quizá no os esté negado el poder de conocer el porvenir. Yo estoy abatido y no tengo defensa alguna contra el dolor; para mí el porvenir es oscuro, y todo lo que distingo es de tal naturaleza, que me parece la esperanza como un sueño y una locura.» ¿Para quién han trabajado los grandes poetas italianos, Dante, Tasso y Alfieri? ¿A qué han conducido en definitiva sus esfuerzos? Los unos han acabado por no creer en la patria, los otros se han consumido en una lucha insensata. El mismo Dante, ¿qué ha hecho? Ha preferido el infierno á la tierra; tan odiosa le parecía la tierra. ¡El infierno! «¿Pero qué región no vale más que la nuestra?... Y es, sin embargo, menos pesado, menos doloroso el mal que se sufre que el tedio que nos abruma. ¡Feliz tú, que pasaste la vida llorando!» El mismo bajó, hacia el final de su vida, á los infiernos, en el poema más largo que escribió (ocho cantos y cerca de tres mil versos), los *Paralipomenos de la Batracomiomaquia*, pero fué para burlarse cruel y tristemente de la ilusión patriótica que había hecho latir un instante su corazón. En este, como en otros puntos, podemos censurar el pesimismo, reconocer su error contra la esperanza obstinada de una nación. ¡Qué crimen contra la vida y contra la patria puede cometerse atacando estas grandes ideas, abatiendo las energías viriles de un hombre ó de un pueblo! La Italia hubiera estado mejor inspirada que el poeta si no hubiese cedido á un desaliento prematuro, si hubiese luchado hasta el final contra el abatimiento de los hombres y la traición de la fortuna; treinta años más tarde hubiera sido el patriota el que tuviese razón contra el desesperado.

Pero no hay que ver sólo al italiano en Leopardi; es el intérprete de la humanidad. Esas grandes sombras antiguas que ha consagrado en tan hermosos cantos, las evoca para hacerlas proclamar á ellas mismas la locura de su heroismo y la nulidad de su obra: Bruto, el joven, en una oda famosa escrita en 1824, extiende su anatema sobre la abnegación que era la fe de la antigüedad, y abdica de su patriotismo estéril: «No, no invoco al morir ni á los reyes del Olimpo y de Cocyto, ni á la tierra indigna, ni á la noche, ni á ti, último rayo de la negra muerte,

memoria de la posteridad. ¿Cuándo ha sido consolada una tumba por los sollozos y las palabras de la villana multitud? Los tiempos van empeorando, y sería un error el confiar á nuestros nietos podridos el honor de las almas ilustres y la suprema venganza de los desgraciados. ¡Qué el ave negra y codiciosa extienda sus alas sobre mí! ¡Qué me ahogue esta bestia, que el huracán arrastre mis ignorados despojos, y el aire se lleve mi nombre y mi memoria!»

La gloria literaria, esa gloria por la cual confiesa Leopardi que ha tenido una pasión inmoderada, ¿vale la pena que cuesta el adquirirla? Parini nos hace ver claramente á qué se reduce esa fantasma. Parece que está uno leyendo una página de Hartmann, tal es la semejanza de los argumentos de estos dos pesimistas. Nadie negará, nos dice Hartmann, que cuesta mucho trabajo el producir una obra. El genio no cae formado del cielo; el estudio que debe desarrollarlo, antes de que madure y dé sus frutos, es una tarea penosa, cansada, en que los placeres generalmente son escasos, salvo quizá los que nacen de la dificultad vencida y de la esperanza. Si de resultas de una larga preparación se ha puesto uno en estado de producir algo, los únicos momentos felices son los de la concepción, pero pronto les suceden las luchas de la idea contra la expresión material del arte. Si no estuviese uno empujado por el deseo de terminar, si la ambición ó el amor á la gloria no aguijoneasen al autor, si consideraciones exteriores no le obligasen á apresurarse, si, en fin, el espectro lánguido del fastidio no se levantase detrás de la pereza, el placer que se espera de la producción no haría olvidar los trabajos que cuesta. ¡Y la crítica envidiosa é indiferente! ¡Y el público tan restringuido y tan incompetente! Que se averigue cuántos hombres son, por término medio, accesibles de un modo serio á los placeres del arte y de la ciencia. Esta página de Hartmann puede servir de comentario á los argumentos de Parini. La conclusión es dura: «¿Qué es un gran hombre? Un nombre que pronto no será nada. La idea de lo bello cambia con el tiempo. En cuanto á las obras científicas, pronto quedan atrasadas y se olvidan. El matemático más mediano de nuestros días sabe más que Galileo y que Newton. La gloria es, pues, una sombra, y el genio, de quien es la única recompensa, el genio es un regalo funesto para el que lo recibe.

Queda el amor, único consuelo posible de la vida presente, ó, más bien, última ilusión, pero la más tenaz, que hay que disipar para convencerse bien de que la vida es mala, y no vale la más feliz lo que la nada. Es un error como otros tantos, pero que persiste hace tiempo, porque los hombres ven en él una última sombra de felicidad, después de haber sido engañados por todo lo demás.—*Error beato*, dice el poeta.—¿Y qué importa si este error hace nuestra felicidad?—No, no nos hace dichosos, aun engañándonos y atrayéndenos sin cesar; es una fasci-

nación que renace continuamente, y nos deja cada vez más desesperados, porque se apodera siempre de nuestro corazón. La lucha del hombre contra ese fantasma que hiere su imaginación, que no se deja vencer ni por la cólera ni por el despecho, ni por el desprecio ni por el olvido, está descrita con gran elocuencia en las *Ricordanze*, en el *Risorgimento*, y, sobre todo, en las *Aspasie*. Conocida es la historia de los desdichados amores del poeta, para quien el amor no fué sino motivo de sufrimientos. Dos veces fué dominado por la pasión y dos veces se desvanecieron sus esperanzas; en los dos extremos de su corta vida pasó á su lado el fantasma, hizo brillar la alegría ante sus ojos, un fugitivo relámpago de ventura, y cuando desapareció el fantasma, el poeta que había creído que lo podía estrechar, quedó en una soledad mayor y más triste. ¡Qué remedio! El poeta era chico y contrahecho, sólo poseía el genio. Schopenhauer le hubiera explicado su caso con dos palabras: «La tontería, dice ese terrible humorista, no perjudica al que espera algo de las mujeres. Más bien les disgustaría el genio como una monstruosidad. No es raro ver que un hombre grosero y nulo, sustituye en el favor de una mujer á un hombre lleno de talento y digno de su amor.» ¿Qué puede esperarse de las mujeres?, añadía, recordando un epigrama griego: tienen los cabellos largos y las ideas tan cortas...

Leopardi no se vengó de Aspasia con la misma brutalidad; siguió siendo poeta en su venganza, pero su ironía no es menos cruel por ser más delicada. Léase la elegía que lleva ese nombre y en que desahoga su corazón. En el fondo se da cuenta de su error; es el de casi todos los hombres, al menos de aquellos que tienen imaginación; no es la mujer que ha querido, es la belleza, de la cual pensó alcanzar un ligero destello. Es la hija de su imaginación que el enamorado acaricia con su mirada, es *una idea*, parecida á la mujer que el amante apasionado, en su confuso éxtasis, se hace la ilusión de amar. No es ésta, es *aquélla* la que persigue y adora. Al fin, reconociendo su error y viendo que ha elegido mal su objeto, se irrita y acusa á la mujer, pero sin razón. Rara vez alcanza el espíritu femenino esta altura de concepción, y lo que inspira al hombre superior su belleza, eso no lo comprende la mujer. «No hay sitio en su estrecha frente para un pensamiento tan grande.» Son falsas esperanzas que se forja el hombre engañado bajo el fuego de su mirada; en vano pide sentimientos profundos, desconocidos y enérgicos á esa débil y frágil criatura.—No, no es á ti á quien amaba, exclama el poeta, sino á esa diosa que ha vivido en mi corazón y que está enterrada en él.—La belleza, *l'angelica beltade*, cuya visión engañosa hace todo el encanto de la mujer que adorna, la ha cantado Leopardi en el *Pensiero dominante*. ¿Pero qué es esa belleza que ensalza de ese modo? ¿Qué es en sí eso que no es más que una idea, ese *dolce pensiero?* El nos lo dice:

es una quimera, la sombra de la nada, pero que se apega á nosotros con tal obstinación, que no nos abandona hasta la tumba.

Si la belleza no es más que una quimera, si el amor que persigue su reflejo no es más que una ilusión, la sombra de una sombra, podemos comprender de resultas uno de los fenómenos más misteriosos de la psicología del amor, la asociación inevitable de esta idea y la de la muerte. «El amor es fuerte como la muerte», «la mujer es amarga como la muerte», estas palabras melancólicas se repiten con frecuencia en el *Cantar de los cantares*, en el *Eclesiástico* y en los *Proverbios*. Esta repetición de las inspiraciones de Salomón abunda también en los líricos; se encuentra en las páginas apasionadas de Mad. de Staël, y en la literatura contemporánea se ha hecho uno de los temas favoritos de nuestros poetas. Pero nadie ha hecho un esfuerzo tan grande como Leopardi para convencernos de este hecho extraño. «Forman una pareja fraternal el Amor y la Muerte; el destino los engendró al mismo tiempo. No hay nada tan hermoso en este mísero mundo, no lo hay tampoco en las estrellas. Del uno nace el placer más grande que se encuentra en el mar del ser; la otra acalla los inmensos dolores...» Cuando empieza á nacer en el fondo del corazón la pasión del amor, despierta al mismo tiempo que ella un deseo de morir, lleno de languidez y de desfallecimiento. ¿De qué modo? No lo sé, pero ese es el primer efecto del amor verdadero y grande. La joven tímida y reservada, que al nombre de la muerte siente erizarse sus cabellos, se atreve á mirarla cara á cara cuando empieza en ella el amor, y comprende con su espíritu ignorante la dulzura de morir, *la gentilezza del morire*.

Tratemos de analizar este fenómeno singular. Quizá cuando se ama, espanta el mirar el desierto del mundo; vese la tierra inhabitable en esa nueva, única, infinita felicidad que imaginamos. Quizá también presienta el enamorado la terrible tormenta que se va á levantar en su corazón, al mismo tiempo que la lucha de los hombres, la fortuna y la sociedad conjuradas contra él; quizá, en fin, es el secreto asombro que produce la idea de lo efímero, de todo lo que es humano, la dolorosa desconfianza de sí mismo y de los demás, el temor de que llegue el día de no amar ó de no ser amado, más insoportable á los que aman que la misma nada. Es un hecho que las grandes pasiones sienten instintivamente que la tierra no puede contenerlas y que harán estallar el frágil vaso del corazón que las ha recibido; se lanzan con una especie de voluptuosidad en la infinita vaguedad de la muerte. Esto es lo que nos sugiere el poeta cuyo pensamiento, á pesar de su esfuerzo, queda á veces indeciso, y en la siguiente página, bajo el título expresivo *A se stesso*, encontramos un comentario personal de sus últimas desilusiones sobre el amor y sobre los bienes de la tierra: «Ahora descansarás para siempre, mi corazón, de tus fatigas. Ella ha mata-

do, el error supremo que he creído poseer para una eternidad. Ha muerto en mí, lo siento, porque no sólo la esperanza, sino el deseo de mis adorados errores se ha extinguido. Reposa para siempre. Has palpitado demasiado. No hay nada que merezca tus latidos, y la tierra no es digna de tus suspiros. Amargura y tedio, esa es la vida; no hay otra cosa en ella; el mundo no es más que fango. Descansa ya. Desespera para siempre. El destino no ha concedido á nuestra raza más que la muerte. Desprécialo todo en adelante, á ti mismo, á la naturaleza y á ese poder oculto y brutal que trabaja sin descanso para el mal del universo; desprecia la infinita vaguedad de todo.» ¡Pobre poeta! ¿Qué hombre de imaginación no ha escrito este epitafio sobre la tumba en que ha creído enterrar á su corazón, sin haberlo visto, después de escrito, dolorosamente desmentido!

Arrojado así de refugio en refugio, del patriotismo estéril y desconocido á la gloria, de la gloria al amor, ¿no encontrará el hombre al menos un consuelo, una felicidad, en el sacrificio de su dicha á la de las generaciones futuras, en ese gran pensamiento del progreso que merece un trabajo sin descanso, que hace que nada se pierda de la labor humana, y que levanta la miseria del mundo actual al estado de precio ó de rescate de la desconocida felicidad que gozaran nuestros descendientes? Este es el *tercer estado de la ilusión;* Leopardi lo mide, como á los otros, de una mirada intrépida, que en vez de desvariar sobre quimeras, prefiere ver claramente lo que es y lo que será siempre: «el mal de todos y la infinita vanidad de todo».

E. Caro.

(Se continuará.)

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA

Tenaces padecimientos, incompatibles con toda labor intelectual, nos obligaron ha un año justo á suspender las que dedicábamos á esta sección, y aunque no hayan por completo desaparecido, ni nos permita nuestra salud todavía asegurar, cuanto en el hombre cabe, la constancia periódica que desearíamos, al reanudar hoy la sección ultramarina de La España Moderna, saludamos á nuestros hermanos de América reunidos en la madre patria para celebrar el glorioso Centenario del descubrimiento de su fértil país, y disculpandonos al mismo tiempo con muchos que no han venido, por la suspensión imprevista de nuestras relaciones literarias.

Sea el primero de todos el Sr. D. Rafael M. Merchán, ilustre escritor cubano residente en Bogotá, con quien dejamos cortada una polémica, que su personal situación sin duda había llevado por derroteros políticos, contra nuestra voluntad, y así la continuó, á pesar de nuestro silencio, en dos opúsculos gallardamente escritos, llamándonos una y cien veces á un terreno adonde no podemos seguirle, porque jamás en él nos entenderíamos. Harto bien sabe el Sr. Merchán que en punto á reformas administrativas para Cuba llegamos adonde pocos hombres verdaderamente conservadores nos seguirían, en la creencia de que el estado social y político de aquella isla merece, ¿qué es merecer?, reclama ya de nuestra parte un esfuerzo supremo que saque á su administración de la rutinaria marcha que ya es visto á dónde conduce; á entendernos menos cada día unos y otros, ennegreciendo más y más el porvenir; pero estas reformas, que algunos por radicales nos han censurado, habrían de ir acompañadas, no nos cansaremos de repetirlo, de un robustecimiento tal de la autoridad española, que nos parece, hoy por hoy, una de las mayores dificultades prácticas de nuestro plan, pues el parlamentarismo y la democracia, tal como en España los vamos entendiendo, no se compadecen bien

con la robustez y el desembarazo del poder ejecutivo, y ni aun en aquellos casos y circunstancias que con el *salus populi* se relacionan, podría esperarse de nuestros Parlamentos y nuestros periódicos una actitud circunspecta.

Si nosotros pudiéramos dar á nuestros poderes ultramarinos la organización inquebrantable que da Inglaterra á los de sus colonias; si el *veto* y la revocación de todos los actos de carácter peligroso pudiera verificarse allí sin que las Cámaras lo desautorizaran y la prensa metropolitana lo pusiera en ridículo, no nos asustaría la organización de alguna de las posesiones inglesas para Cuba; y sobre este punto lo hacemos ya final, porque tendríamos que acudir al terreno adonde el Sr. Merchán nos llama, reanudando una polémica estéril, que ni aun plantearse puede bien en la situación de aquel escritor y la nuestra. La de nuestros países respectivos, además, se ha hecho desde el año anterior harto delicada.

***

Cúmplenos también enviar desde aquí nuestras disculpas á algunos escritores americanos que en este largo eclipse han tenido la bondad de remitirnos sus obras, en las cuales nos ocuparemos en su día con mil amores; pero sólo en aquéllas, entiéndase bien, que sean meramente históricas ó literarias, pues de las que se relacionan con las convulsiones que por desgracia sufren nuevamente las repúblicas hispano-americanas, obras que ya van abundando bastante por desgracia, estamos resueltos á no ocuparnos para bien ni para mal. De nuestra parte no ha de ir un solo soplo á la hoguera que allí ha vuelto á encenderse.

***

Porque el desencanto y la amargura que nos ha producido, en el corto intervalo de un año, el espectáculo del caudillaje y de la guerra civil renaciendo entre nuestros hermanos de Ultramar, sólo pueden apreciarlo en su justo valor aquellos que conozcan el optimismo de nuestros puntos de vista; optimismo tachado de cándido por algunos que se precian de conocer mejor que nosotros aquellos países.

Los sucesos les están dando la razón plenamente con harta pena nuestra, y sin citar regiones, es decir, Repúblicas determinadas, cúmplenos añadir que aquellas donde nosotros creíamos el progreso y la paz pública más asegurados, son justamente las que más están contribuyendo á nuestro desaliento y desilusión. Si á esto se agrega que, según los corresponsales más sensatos de la prensa europea, no es el españolismo lo que menos se amengua y debilita en la presente crisis de esas Repúblicas perturbadas á quien nos referimos, se comprenderá la situación creada á los espíritus de bue-

na fe que, al ocuparse en las cosas de la América española, partían de principios al parecer no tan firmes como se los habían imaginado. Nosotros aspirábamos á robustecer la unidad de raza, suponíamos á los americanos sinceramente animados de igual propósito; y como el patriotismo es el primer concepto que mueve á estos trabajos nuestra pluma, no nos sería dable continuarlos sin absoluta reciprocidad. Toda pasión noble es egoista é intransigente, y ¿puede haber ninguna más noble que el amor de patria y familia?

***

Apresurémonos á declarar que si este mal no fuese transitorio, nos esperaría nuevo y más lamentable desengaño, pues ni los sucesos políticos de América nos han cogido enteramente de nuevas, ni por ahora presentan una gravedad irremediable que haga desesperar de lo futuro. El año pasado, cuando sufrió tan terrible fracaso el Congreso general americano de los Estados Unidos, pronosticamos próximas y graves complicaciones en las Repúblicas vecinas, dado el carácter del hombre que lo promovió, y que después ha justificado más y más. Así, igualmente esperamos ahora que el espíritu español no tarde en tomar la revancha y en romper los lazos arteros que sin duda alguna se le tienden. Aquél Congreso, como es sabido, tenía un objeto público puramente económico: la liga aduanera americana; y una tendencia secreta más ó menos hostil á España, que algunas naciones de las allí reunidas con muy buen acuerdo rechazaron. Hasta se dijo entonces en correspondencias públicas y privadas, y nosotros repetimos la especie sólo como un rumor trascendental, que otro de los propósitos de los muñidores del Congreso norte-americano era hacer al gobierno español un llamamiento enérgico y colectivo acerca de la situación de las Antillas, y sin duda alguna fué también rechazada dicha idea, si llegó á iniciarse. El principal de aquellos muñidores norte-americanos ha pagado ya con una caída estrepitosa del poder la mala voluntad que nos tenía; pero ¿quién duda que su espíritu y sus maquinaciones no se estén dejando sentir en los movimientos revolucionarios de las repúblicas americanas? Estos manejos casi nunca por el público se ven, pero es hoy dable presumir, casi con claridad absoluta, que se las castiga por lo que impidieron hacer el año pasado; y de aquí que esperemos de ellas una conducta digna de pueblos que no se dejan perturbar por bastardas maquinaciones y sobre todo que seguirán resistiéndose á cuanto sea depresivo para la madre común española. Por más que los intereses del comercio de allende el Atlántico tengan por lo general mayor homogeneidad con los de los yankees, el espíritu nacional de los pueblos de raza española nunca puede serlo, porque la lengua, la religión y la sangre abren entre ellos un verdadero abismo.

***

Enlazada quizá con estas cuestiones la idea de celebrar en Chicago el Centenario del descubrimiento de América, ha contribuido no poco á aminorar el lucimiento del nuestro, lo que nos ha sido principalmente sensible en la esfera literaria, que era donde todos esperábamos que la América española diese gallardas muestras de sus progresos. Las convulsiones políticas han debido también tener en ello mucha parte. Ello es que la Academia española se ha visto en la triste precisión de renunciar al gran certamen á que había convocado, para cantar el descubrimiento de América, á los poetas de aquende y allende el mar, mientras la de la Historia declara igualmente desierto el de la grande obra en prosa que le había encomendado la Junta directiva del Centenario. Sin embargo, este último certamen no ha sido tan estéril como el de poesía, pues si no como premio, como subvención y estímulo, se han adjudicado 10 y 8.000 pesetas respectivamente á los manuscritos que llevan por lemas *Plus ultra* y *San Joaquín*.

En cambio, y para llenar en lo posible aquel vacío, va á publicarse por la Academia Española una gran *Antología*, comprensiva exclusivamente de los mayores poetas americanos. Ya está en prensa el primer tomo, que comprende una introducción del Sr. Menéndez y Pelayo, tan notable y erudita como todas sus producciones, seguida de las más selectas de los poetas de México, los de las cinco repúblicas de la América central, y Cuba Puerto Rico y Santo Domingo. El tomo primero estará concluido para el mes próximo, y con las *Antologías* locales que preparan algunas Repúblicas por indicación de la misma Academia, se conseguirá indudablemente que el gran suceso del Centenario no haya sido estéril para la musa hispano-americana.

***

Otro vacío estamos notando en esa gran manifestación que, en la que fué metrópoli de ambos mundos, reune hoy á tantos ilustres hijos de España, aquí y allá nacidos. Nos referimos á la escasísima parte que se concede en los festejos á los hombres que completaron la obra de Colón, ya con las armas, ya con la inteligencia, ya como conquistadores, ya como historiógrafos.

Sin que pretendamos nosotros, ni por un momento, contarnos entre los que regatean al primer Almirante de las Indias un solo rayo de su gloria, pues hasta sus errores como gobernador de la Isla Española tienen explicación para un espíritu desapasionado, creemos, sí, que la conquista de América y la historia que nosotros le tejimos, vale tanto, por lo menos, como el descubrimiento, y aunque el Centenario esté consagrado á este último, son hechos tan correlativos y van tan íntimamente enlazados uno y otros, que en la esfera filosófica no pueden separarse con la facilidad con que en la esfera oficial y práctica se han separado.

Así, por ejemplo, los cosmógrafos que ayudaron á Colón, principalmente Juan de la Cosa, que trazó el primer mapa en que figuran sus descubrimientos, ha debido merecer á los hombres de ciencia que acudan al Centenario, algo más que las ligeras memorias escritas ú orales que se le consagrarán por incidencia en los Congresos y Juntas públicas. Se nos dirá que ya se ha publicado aquel curioso mapa en una Revista que se prepara por una empresa, publicación especial y lujosa en el mismo gran tamaño y con las mismas condiciones esotéricas que el original tiene. ¿Qué más ha de hacerse por el cosmógrafo compañero de Colón? se nos dirá. Pues muy sencillo: una peregrinación á Santoña, su patria, si no tan espléndida como las que se han hecho á la Rábida, no menos significativa de la admiración que los hombres modernos sienten por cuantos se asociaron á la gran empresa del piloto genovés, siquiera fuesen oscuros y modestos, que bien modestos y oscuros nombres se están sublimando ahora, sólo por haberse enlazado con el suyo; prueba indudable de que no es el mero hecho del descubrimiento lo que los pueblos civilizados solemnizan hoy, sino las trascendentales consecuencias que para la civilización tuvo.

Igualmente hubiera sido lógico y natural, así como se da á Granada y Barcelona participación en los festejos oficiales, que nosotros creemos legítima, pues en la primera ciudad se acordó la expedición y se firmaron los contratos entre la corona y el navegante, y en la segunda fué recibido éste por los Reyes al regreso de su primer viaje, igualmente, repetimos, hubiera sido plausible una peregrinación al monasterio de Guadalupe, donde se acordaron las medidas más eficaces y prácticas para armar las carabelas, cosa que estaban resistiendo en Palos y Moguer desde las primeras autoridades hasta el último marinero. Sabido es que en Guadalupe, donde se hallaban los Reyes á fin de la primavera de 1592 para dar gracias á la Virgen, de quien eran devotísimos, por la conquista de Granada, se firmaron el nombramiento é instrucciones de Juan de Peñalosa, contino de la casa real, para ir á Palos como juez ejecutor de las cédulas que antes se habían dado, y estaban, como hemos dicho, incumplidas; nombramiento tan eficaz y oportuno, que á los cuarenta días de su fecha salieron las carabelas al mar con el gran piloto y los Pinzones.

La última mano, por decirlo así, y el golpe decisivo al proyecto, se le dió en el monasterio de Guadalupe, fábrica insigne de los tres ilustres Alfonsos, que hoy mismo, aun abandonada y mísera, merece una peregrinación artística, ya que no fuera de gratitud, por su parte en el descubrimiento y conquista de América. Esta parte fué tal como estamos hoy mismo demostrando en un trabajo especial, y por eso no la encarecemos aquí. Baste recordar que á dos pasos de la Virgen de Guadalupe, y como quien dice, bajo el influjo de su maternal mirada, se engendra-

ron y criaron por los mismos dias aquellos hombres que se llamaban Hernán Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa, Alvarado, Soto, Valdivia, Orellana, Ovando, y tantos y tantos que iban á completar y españolizar el descubrimiento del insigne Almirante.

No hubiera procedido así éste si viviera con la Virgen de Guadalupe, no por cierto, ni menos doña Isabel la Católica, pues sin duda por encargo especial de ésta, innecesario también sin duda para el gran Almirante, á la segunda isla que descubrió el memorable 12 de Octubre de 1492 le puso por nombre *Santa María de Guadalupe*.

¡Y aún hay en este mismo momento hombres llamados librepensadores, que, á la faz de Madrid y de toda la Europa culta, abofetean á la historia, á la verdad y al sentido común, sosteniendo que la Iglesia y el catolicismo fueron ajenos al descubrimiento de América. Lo contrario sí que se impone, como la luz á las tinieblas, al positivismo y al libre pensar. Por la religión y para la religión se hizo el descubrimiento antes que para la ciencia ni para ningun otro interés mundano, por más que, tanto los Reyes Católicos como el gran marino, los tuviesen muy en cuenta, que eran gentes más ilustradas que esos que hoy se lo llaman á sí mismos, sólo porque saben parodiar la antigua fábula del perro que ladraba á la luna.

V. Barrantes.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Los reyes de Italia en Génova.—Escuadras extranjeras.—Preferencia concedida á Francia.—Efectos de la distinción.—Recuerdo de la entrada de Colón en Barcelona.—Carroza de España triunfante.—Congresos científicos y literarios inaugurados.—Medalla conmemorativa.—El Centenario en Canet de Mar.—Gloria á Jaime Ferrer.—Plancha marmórea en Salamanca.—Inconvenientes de la inmortalidad.—Anuncios de charlatanes.—Biblioteca del Centenario.—Música.—Libros.—El de la duquesa de Alba.—Impresión que han producido los documentos.—Aplausos á la autora.—Obra del cronista de Santander, maltratando á Juan de la Cosa.—Contingente francés.— Opinión de un Jesuíta, acerca de la beatificación del Almirante.

Siguiendo el gobierno de Italia las buenas máximas de la ciudad de Génova, ha logrado que la reunión de buques de guerra de todas las naciones en aquel puerto, sirviera para algo más que hacer salvas en honra del personaje finado cuatro siglos ha, italiano en verdad, pero al que nada tiene que agradecer, en particular, su patria. El propósito tropezó al principio con dificultades, y en poco estuvo que, invocando al cólera morbo por recurso socorrido, se circulara nuevo aviso diplomatico, dejando sin efecto la concurrencia de naves, cuya colocación en los muelles y formación en escuadra internacional planteaban problemas trascendentales de etiqueta. A todo proveyó la virtud del Santo del día, inspirando confianza en que, «tanto como el milagro del descubrimiento de América antaño, pudiera hacer ahora el de reconciliar á Francia con Italia (1)», y, en efecto, ayudando un tanto á los méritos del antiguo marinero la voluntad de los ministros del día, el milagro parece hecho, con sólo haber dado á la escuadra de la República y al vicealmirante Riennier, portador de carta autógrafa de M. Carnot, los primeros puestos en las andanas, en las mesas, en los actos públicos á que asistieron los reyes.

Esto satisfizo en tanto grado la vanidad de la prensa francesa, que ha cambiado por completo su lenguaje y aun sus apreciaciones, y porque en Berlín y en Viena no han parecido igualmente bien las distinciones acordadas á la República, por lo mismo en ésta se reciben con doble placer, predisponiendo los ánimos al olvido de los agravios, y

(1) *Caffaro*, Génova, 25 Agosto 1892.

á preparar el terreno de manera que siga á la aproximación política la inteligencia comercial, que es por el momento lo interesante y práctico para Italia (1).

España, representada en las fiestas por su embajador y por lucida armada naval, ha figurado en lugar secundario al conmemorarse el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Esto aparte, la presencia de los reyes Humberto y Margarita ha prestado calor á la solemne manifestación de Génova, cuartel general de los corresponsales de la prensa del mundo, activísimos en la comunicación de ocurrencias y descripciones. Los más han pasado revista á los salones y dado cuenta de bailes y festines, transcribiendo brindis y discursos. La función de gala en el teatro *Carlo Felice*, la visita de los monarcas á los navíos almirantes y á los establecimientos de Beneficencia les ofreció extenso campo de observación, en lo material más variado al presenciar los ejercicios de las sociedades gimnásticas, carreras de caballos, de velocípedos, de embarcaciones, de flores y de candelas.

Excepcional atención ha merecido la ceremonia con que las damas genovesas donaron al bajel de guerra, *Andrea Doria*, una bandera de combate, ricamente bordada, en homenaje al ilustre capitán de mar que, lo mismo que Colón, es, por sus hechos, más de España que de Liguria. Al puerto corría diariamente la masa de los curiosos, atraída por los cañonazos con que tantas naves acorazadas ensordecían el aire y nublaban el cielo por momentos.

En número excedían á las que acudieron en Agosto á las fiestas de Huelva: teníanlas cuatro naciones, Alemania, Rumania, Grecia y Japón, que no estuvieron representadas al solemnizarse el recuerdo de salida de las carabelas de Palos; ascendía la suma á cincuenta buques grandes y pequeños, y á miles la de disparos en saludo del estandarte real de Italia; pero amarrados los vasos por secciones en las escolleras, no daban á la vista el agrado que navegando juntos hacia la mar, en orden perfecto, ofrecieron al escoltar á la nao *Santa María*, ni al corazón el sentimiento producido por nuestro espectáculo incomparable.

El efecto de la cabalgata, simulando la entrada solemne de Colón en Barcelona, fué excelente, aunque sin la novedad de la anterior, porque se aprovechaban casi todos los mismos trajes. Había, sin embargo, alteraciones, agregados los tipos de americanos con los animales y objetos de que eran portadores, amén de las carrozas alegóricas, descollando la que representaba *El triunfo de España* con matrona sentada, á la que ofrecían productos de su país dos jóvenes indias (1).

(1) Un periódico de Roma dice con fecha 15 de Setiembre: «E infatti qualche cosa si e ottenuto, come lo provano le commissioni fatte sur larga scala di vini delle Puglie per parte dei fabbricatori francesi, vini che sono gia in viaggio per la Francia.»

(1) *La Ilustración española y americana* ha publicado un diseño de esta carroza, con descripción de la fiesta, en el número de 22 de Setiembre.

Había también invectiva en la pragmática real, que á voz de pregonero se leyó en lengua castellana, ordenando la forma en que había de recibirse al Almirante vencedor de los obstáculos oceánicos.

El cortejo, compuesto de más de mil personas á pié ó á caballo, se dirigió hacia el lugar en que se hallaba el trono de los Reyes Católicos, acompañados del príncipe D. Juan y de los magnates de la corte. A la llegada de Colón se levantaron los soberanos, alargándole amistosamente la mano; el Almirante, seguido de los indígenas, depositó á sus piés las primicias de las Indias; se dió seguidamente lectura á la confirmación de los privilegios con que galardonaban el éxito de la empresa, y continuó la procesión su camino tocando las músicas y tambores, ondeando las banderas de la expedición y marchando en orden capitanes, marineros, soldados y salvajes acompañados del pueblo catalán. Un espectador escribió en el acto:

Sfila il corteo: davanti
son paggi e cavalieri,
son servi e scudieri,
son marinari e fanti.
Nitriscono anelanti
e rapidi i corsieri...
— nei costume leggieri
torna l'età dei canti?
Oh, cielo di diamante
preso a la Spagna! o vero
ritorno al Cinquecento!
Adelante! Adelante!
il maggior pregonero
grida l'avvenimento.
Da le finestre, a cento
pendon gli arazzi: care
vision stanno a guardare
il corteo lungo e lento.
Che brio! che movimento!
l'immensa folla pare
un infinito mare
messo in moto dal vento.
Ecco Colombo! s'erge
un grido alto e profondo,
come un grido di mischia
La sua figura emerge...
un monellaccio al fondo
mosso da invidia, l'schia.

Sin perjuicio de los espectáculos populares, se han inaugurado, durante la estancia de los reyes en Génova, los Congresos geográfico, pedagógico, botánico, literario, histórico, de derecho marítimo, saliendo á luz otra medalla conmemorativa del cuarto centenario, dibujo de L. Pogliaghi y grabado de A. Cappuccio. Presenta en el anverso el retrato de Colón y dos figuras de matronas, Europa y América, estrechándose la diestra. En el reverso se simboliza con varias figuras el triunfo de la civilización sobre la barbarie, dentro de una orla formada por los escudos de armas de las pincipales ciudades de América.

¿Qué decir de lo que más cerca de nosotros se prepara para el momento próximo en que se cumplirá el centenario de aparición de la tierra virgen? Se conocen ya los programas oficiales formulados por los municipios de Madrid, Barcelona y algunas otras capitales, mas nunca son definitivos tales proyectos ni puede confiarse en la realización hasta última hora. Un señor Abés, catalán, inventor de cierto me-

canismo de aviación, se propone sorprender á sus paisanos volando desde la cumbre de la montaña de Tibidabo, para coronar en el momento oportuno la estatua de Colón que señala al Occidente con el dedo desde el monumento de la Rambla. ¿Quién sabe qué otras invenciones imprevistas se reservan en ciudades y pueblos muy calladas, pero que no dejarán seguramente de hacer demostraciones por su cuenta, con el doble motivo del paso de SS. MM. el Rey y la Reina regente para presenciar las singulares ceremonias de Huelva y de Granada?

Canet de Mar, pintoresca villa de la costa de Barcelona, acaba de dar testimonio de que, si no son menester grandes recursos ni mucho pensar para la demostración culta y patriótica del sentimiento, tampoco es de todo punto necesario cronista que la propale. ¡Con qué regocijos tan naturales, tan sencillos y tan gratos han celebrado su fiesta mayor, que es la de la Virgen de Setiembre! Quisieron cón mucha razón que, á la par del homenaje brindado por doquiera á los descubridores del continente de las Indias, recibiera en la ocasión parte merecida Jaime Ferrer de Blanes, el astrónomo insigne consultado por los Reyes Católicos acerca de las islas y tierras nuevas; el más sincero y desinteresado admirador de Colón. Quisieron que al acto se asociara la gente de mar de Mongat, Vilasar, Mataró, Arenys, San Pol, Masnou, Badalona; de todos esos lindos pueblecitos que bordan la playa desde Barcelona al Oriente, Blanes con preferencia, y puntuales á la invitación, acudieron de todos con comisiones de los ayuntamientos, los niños de las escuelas llevando sus estandartes, las sociedades corales, los marineros con ramaje y banderas, sus mujeres con flores.

Era de ver el cura de Canet embarcado en una lancha, saliendo por la mar al encuentro de las otras en que llegaban con cruz alzada los párrocos de las poblaciones vecinas; el desembarco, la recepción y la acogida. Improvisado un altar en la playa, se celebró el sacrificio de la misa en sufragio de los marinos difuntos, asistiendo arrodillada la concurrencia con recogimiento, que agrandaba el rumor de las olas. Después, formada procesión cívica, paseó las calles de la villa engalanada, hasta el sitio en que se había erigido arco triunfal con dedicatoria *La costa de Levante á Jaime Ferrer, de Blanes.* Rodeando el tablado en que aparecía el busto de Colón, se procedió á coronarlo de laurel, cantando los coros himno expresamente compuesto, que los oyentes aplaudieron con entusiasmo.

Muchos mástiles con flámulas tenían memorias de los héroes del descubrimiento y de los nombres de las embarcaciones famosas, sin olvido de Marchena y de Santángel. En los dos principales se leía: *Gloria á Colón.—Lo poble que conserva sas costums, se honra á si mateix.*

Deshecha la comitiva, mientras por grupos alegres subía la gente á la meseta en que domina el santuario de

Nuestra Señora de la Misericordia, se disponían los bailes y meriendas al aire libre, fin de la fiesta gratísima del centenario de Canet.

Bueno es que haya de todo y para todos los gustos. En Salamanca, antigua Atenas castellana, en que ha de predominar el clásico, por contraste con el concurso marinero dicho, lo ha habido de autoridades y corporaciones convocadas para inaugurar con solemnidad de discursos y vítores la lápida conmemorativa de la llegada de Colón al convento de San Esteban. El telégrafo, prescindiendo por esta vez del acostumbrado laconismo, ha transcrito sin pérdida de tiempo la inscripción descubierta, en estos términos.

«Desechado Colón por el parecer unánime de una junta cortesana, viene á Salamanca, y hospedado en este convento, es comprendido por fray Diego de Deza, que, catedrático de prima, atrae á la opinión del marino á los maestros más insignes de la escuela.

»Al ser presentado esta vez por el prior Magdaleno á los Reyes, es admitido á su servicio el 20 de Enero de 1486, con esperanzas ciertas, que al fin se realizan el 92.»

¿Es esto realmente composición epigráfica, ó es extracto de disertación ocasional, por error comunicado?

Si lo primero, quien haya intervenido en la colocación de la plancha marmórea habrá incurrido en responsabilidad independiente de la crítica, porque siendo monumento nacional el convento de San Esteban, corresponde á la Academia de la Historia entender en las leyendas que expliquen la razón, respondiendo de la veracidad y de la forma. En caso distinto, puesto el letrero en edificio privado, no habría por qué hacerle más reparos que á tantos como se ofrecen á la vista en estos días en que es asunto de actualidad la vida de Colón, y no llega á las manos papel que en verso, en prosa ó en música de ella no trate. Ni la sección de anuncios de los periódicos respeta, más bien dicho, olvida la fama del Almirante. Ensalzándola, pregona por *Tesoro de la boca, licor de Colón;* por reparo del estómago, vino generoso y guisantes *á lo Colón;* por panacea, las *Píldoras de Colón;* por esparcimiento, la pantomima histórica *Colón, ó el descubrimiento del Nuevo Mundo*, para cuya ejecución no se ha omitido gasto alguno (1).

Inconvenientes de la inmortalidad señalados por Espronceda al decir:

«El lindo tocador de alguna hermosa
Coronaré en figura de botella...
Que de su vida al fin tanto blasón
Ha logrado alcanzar Napoleón.»

Ofrécense, por de pronto, á la elección de los filarmónicos las piezas siguientes:

L'Apoteosi de Colombo, letra del profesor Silvio A. Caligo, música del maestro Perosio; Genova.

Gloria á Colón, himno, letra de don

(1) Barcelona, en la plaza de toros: sol, un real; sombra, dos reales. ¡Honor á Colón! ¡Gloria al ilustre genovés! Toman parte 300 personas.

R. Solanes, música de D. C. Llupart; Barcelona.

España y Colón, himno para piano, compuesto por D. Antonio Lolle; Lisboa.

Himno á Colón, letra del autor dramático Sr. Velilla, música del maestro Mariani; Sevilla.

La compañía de ópera italiana que ha de actuar en el Teatro-Circo de Barcelona, inaugurará la estación con la obra *Cristóbal Colón*, letra del doctor D. Francisco de Francisco, música del maestro D. Francisco Vidal.

El drama histórico en cuatro actos y en verso, *Cristóbal Colón*, escrito por D. Eduardo Sainz Noguera, está destinado á escenario más modesto, sin el concurso de maestro alguno.

Las obras literarias continúan imprimiéndose en mayor número; anuncian los periódicos italianos:

Cristoforo Colombo, osservazioni critiche sui punti più rilevanti e controversi della sua vita. Pubblicate per cura di M. A. Lazzaroni, con disegni di Lemmo Rossi Scotti e figure di cose e monumenti colombiani. Due volumi 8.° grande.

Cristoforo Colombo nel teatro, del professor Piero Carboni. Un volume.

Terra Vergine, romanzo colombiano di Auton Giulio Barrili; un volume.

Vita di Cristoforo Colombo, narrata da Francesco Tarducci, secondo gli ultimi documenti; seconda impresione; due volumi 8.°

Le Squadre Internazionali nel porto di Genova per la feste Centenarie della scoperta dell'America. Entre los grabados, comprende: Ritratto di Cristoforo Colombo; le caravelle *Santa Maria*, *Niña* e *Pinta* in rota per la scoperta dell'America; il porto de Huelva; la città di Palos.

Entre tantos trabajos escritos en la lengua del Dante, debo señalar, por conocido y por gratitud á las citas que hace de mis estudios, el del Sr. Cesare de Lollis, secretario de la comisión regia italiana del Centenario, intitulado *La mente e l'opera di Cristoforo Colombo* (1). Sirve de correo á libro del mismo autor, de más extensión y de incomparable importancia, limitándose éste á la consideración general que acredita la inquebrantable fe de Colón en la realización del proyecto de llegar al Asia. Pero este proyecto no era original suyo; expone el Sr. de Lollis que antes del año 1474 lo había desarrollado el florentino Paulo Toscanelli, toda vez que en la correspondencia de esta data con el portugués Martínez se alude á conversaciones previas, y consta, por documentos de autenticidad incontestable, que en 1473 no había salido de Italia Colón, dedicado á la industria paterna, en la que siguió probablemente dos ó tres años más, con interrupción de algún viaje puramente comercial. Fué, por tanto, Toscanelli, á su juicio, pensador á quien corresponde el mérito de una idea que Colón adoptó con entusiasmo, y entre los dos italianos habrá de dividirse la gloria del descubrimiento, si

(1) Roma, tip. della Camera dei Deputati, 1892, 8.°, 23 páginas.

bien adjudicando al genovés la mejor parte.

No han estado ociosas las prensas españolas, y bastará á su crédito el nuevo libro, en folio, cuya portada reza *Autógrafos de Colón y papeles de América. Los publica la duquesa de Berwick y de Alba, condesa de Siruela* (1); libro de consulta, de larga vida, hermano del que la ilustre y hermosa dama ofreció no ha mucho al apetito de los bibliófilos, tomando plaza por derecho propio entre los más ilustrados y más bizarros del gremio, sorprendido con la evidencia de concurrir entre las envidiables prendas de la autora, gala de los salones, dechado de distinción y de elegancia, el buen gusto literario, la afición rara de los papeles viejos y el más raro discernimiento para la selección de los valiosos. La impresión se ha agrandado ahora como en el agua los círculos al caer la piedra; porque si al juicio bastaba el volumen primero, formado, como estaba, con documentos privativos de la casa de Alba, podía pensarse que en el deseo de refrescar memorias gloriosas de linaje, deseo laudable, pero al fin personal, se había engendrado; mientras que el segundo libro, ajeno por completo al amor propio, señala por móvil el noble fin de servir á la historia, «salvando de una pérdida más ó menos segura», documentos ignorados del archivo ducal, de singular oportunidad al celebrarse el Centenario.

(1) Madrid, 1892. Sucesores de Rivadeneyra, 203 páginas y 12 reproducciones.

«No me toca á mí, sino al lector—ha escrito la amable editora—decidir si los papeles del libro bastan para declararle importante; pero los nombres de D. Diego y D. Hernando Colón, de Diego Méndez, Sebastián Caboto, Juan de Rojas, Diego Velázquez, Hernán Cortés, Diego de Nicuesa, Jorge Robledo y otros... me permiten esperar que, por lo menos, ha de considerarle curioso. Hasta comprendo, y mi escasa erudición me lo hace temer, que esta última condición se le niegue; mas á lo que no me allano es á que se ponga en duda la buena voluntad que me guió al publicarlo.»

El aplauso sincero de los que á la autora nunca han visto habrá disipado su modesta incertidumbre, si antes no lo hiciera el de los literatos más autorizados. El aplauso es general, correspondiendo á la opinión, que confirmarán edades venideras, de haber levantado la noble escritora un monumento histórico que perpetuará su nombre.

Compónese el libro de dos partes, como el título indica: la primera contiene cuatro autógrafos de Cristóbal Colón, copiados, impresos y reproducidos en perfecto *facsímile;* el sello que usaba en las cartas; la jaculatoria con que solía encabezar sus escritos, y varias firmas, no conformes con la que mandó suscribir á sus sucesores, en la escritura de institución de mayorazgo, pues algunas carecen de siglas, trazando sólo el *Xpo. ferens;* en otras escribió bajo las iniciales misteriosas *VIRREY* y en otras *El almirante;* diferencias calculadas, por lo que da á

entender la epístola secreta que envió á los Reyes después de capitular con el rebelde Roldán en la isla Española, aconsejando que la capitulación no fuera aprobada ni guardada por razones que el P. Las Casas recogió, y entre ellas «porque el asiento se firmó en las carabelas, y así en la mar, donde no se usa el oficio de visorrey, sino de almirante (1)».

¡Singular confesión de haber tratado con mala fe!

En los autógrafos del libro de la Duquesa examinaba el gran genovés las concesiones que los Reyes le otorgaron, interpretándolas y comentándolas con argumentos que el segundo almirante, D. Diego Colón, utilizó posteriormente en los pleitos con la corona, sosteniendo tocarle la gobernación del continente occidental de polo á polo, y más, si más se descubriese, y el tercio, octavo y décimo de los beneficios.

Un fragmento de carta de Miguel Muliart, concuñado de D. Cristóbal, ofrece en la colección la primera muestra escritural de persona cuyo parentesco con el Almirante negó el escritor italiano Sr. Peragallo. Es papel de considerable interés, porque podrá dar la clave de los motivos que impulsaron al marido de Violante Muñiz para quejarse á los Reyes del mal tratamiento y retención en la isla Española que el Virrey le hacía sufrir juntamente con otras personas de cuenta.

Relativamente á las del fogoso Alonso de Ojeda, de Diego Méndez y otras notables en la conquista de las Indias, dicho está que comprende el libro noticias sin desperdicio; noticias justificadas que en algo contradicen la noción histórica vulgar, aportando materiales para la verdadera historia.

Sin duda alguna, por las que atañen á Cristóbal Colón, por las que ayudan al mejor conocimiento de su carácter y condiciones, habrá quien lamente la aparición del hermoso volumen de la duquesa de Alba, como condenaría la potencia del microscopio al mirar por él un vaso con agua que antes le pareciera pura y transparente, mas podrán aquietarse los espíritus meticulosos, sin despreciar minucias, aceptando el levantado parecer del Sr. Menéndez y Pelayo, con respecto á la vulgarización de los pleitos (1).

«Tal hallazgo—dice—ha venido á modificar más que otro alguno la fisonomía del Colón legendario, y no todos se avienen de buen grado con el que ahora se nos presenta tributario, y no poco, de las flaquezas humanas, un tanto cuanto interesado y codicioso, gobernante poco hábil, á ratos débil, á ratos violento. Pero... no bastarán tales manchas para que en el juicio sereno de la historia baje un punto Colón del pedestal á que le han encaramado, no ciertamente á título de gran político y óptimo repúblico, ni menos como dechado de perfección moral y como santo digno de ser vene-

(1) *Hist. de las Indias*, lib. I, cap. CLX.

(1) *De los historiadores de Colón.*—El Centenario, t. II, pág. 437.

rado en los altares (que esto y nada menos han pretendido disparatadamente Roselly y sus secuaces), sino como héroe de iniciativa y de resistencia, y como revelador de la mitad del mundo, y autor pacífico de la mayor revolución de la historia moderna.»

Sin la importancia incuestionable de la obra de la Duquesa, merecedora de mención más detenida de lo que consiente esta reseña, ha salido á luz en Barcelona otro libro estimable, por oportuno y propio del Centenario, *Historia de un año célebre,* formada por D. Federico Schwartz, de la Real Academia de Bellas Letras, profesor de la Universidad, concejal del ayuntamiento y miembro de la comisión municipal que ha asistido á las fiestas de Génova (1). Abarca con rápida ojeada el estado del mundo viejo al alborear el año 1492, con separación de los pueblos que se dividían el territorio, respectiva situación política é intelectual, alcance de las letras y artes al iniciarse el Renacimiento. Llegando por sus pasos á España, condensa en tres grandes cuadros los acontecimientos: la conquista de Granada, la expulsión de los judíos, el descubrimiento to de América. Colón, racionalmente, aparece como una figura, grande sí, pero entre tantas como juegan en el pasmoso escenario. Acaso el autor la examina con más benevolencia y parcialidad que á los que le acompañaron en la empresa náutica, parcamente considerados; de todos modos, el plan, susceptible de mayor desarrollo, está bien concebido; el estudio del conjunto es útil.

De la República Argentina ha llegado impreso, dedicado á recordar uno de los institutos civilizadores implantados por los españoles en el mundo en que tan mal se les ha juzgado, las misiones del Paraguay, ejemplar único y sin precedente de república cristiana en que, sin soldados, sin jueces, sin oradores, se desarrolla la vida de gentes arrancadas á la barbarie, y se multiplican gozando de la abundancia y de la satisfacción, realizando los mejores ideales de los socialistas, de los comunistas y aun de los utopistas, bien merecían el elogio justificado con documentos que ha escrito D. R. Monner Sans (1).

Los lectores de La España Moderna conocen los artículos que en ella dedicó el Sr. D. José María Asensio al mayor de los hermanos, capitanes de Palos, y á discutir mi defensa contra los cargos de insubordinado, desertor y envidioso que le había hecho, siguiendo las opiniones de W. Irving. Con estos artículos ha compuesto tomo para la biblioteca centenaria, reconociendo los grandes méritos del piloto y jefe de la *Pinta*, pasando porque no le sea

(1) 1492, *Historia de un año célebre;* Barcelona, imp. de la Casa provincial de Caridad, 1892, 8.°, 348 páginas.

(1) *Misiones guaraníticas*, 1607-1800. *Pinceladas históricas*, por R. Monner Sans. Obra escrita expresamente con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento de América. Buenos Aires, imp. de Pablo E. Coni é Hijos. 1892, 8.°, 232 páginas.

aplicable en rigorosa exactitud el delito de abandono de bandera, pero manteniendo el juicio de haber sido la envidia móvil de sus acciones, singularmente en la separación de las carabelas (1). ¡Cómo ha de ser! No estamos conformes; más alta idea me merecen las nobles condiciones de carácter del ilustre andaluz, sin asegurar, ni por asomos, que sea mi buen amigo Asensio el equivocado. A otros queda la incumbencia de salvar el error.

Tengo otros dos libros españoles á la mano.

Acto académico celebrado por la universidad de Granada en conmemoración del cuarto Centenario de la reconquista de esta ciudad y del descubrimiento del Nuevo Mundo (2).

Opúsculo en que se describe la sesión pública y solemne de festejo oficial, insertando los discursos y poesías que se leyeron. Descuella la disertación bizarra del catedrático de historia crítica de España, Dr. D. Fernando Segundo Brieva de Salvatierra, hermoso bosquejo de la situación nacional al principiar el reinado de los Reyes Católicos, lección del descubrimiento de América y de las condiciones personales de Cristóbal Colón, parecida á las que daba Saavedra Fajardo, que de provechosa enseñanza podrá servir, como en la de Granada, en todas las universidades del reino.

La parte de los montañeses en el descubrimiento de América (1).

Con este título impropio no puede formarse idea del contenido del libro, panegírico de Cristóbal Colón formado con comentarios y consideraciones de especial originalidad de criterio, que revela desde la hoja primera la dedicatoria de la obra á S. M. D. Alfonso XIII, rey de Castilla y de León, etc. De las 236 páginas de impresión, están las más ocupadas por la autobiografía del Almirante, ó sea por copia de los escritos en que trató de su persona y del de las partes del Diario de navegación conocidas. En 34 se hace el extracto del mismo Diario, y aquí es donde están aplicadas las reflexiones del autor, sin pecar de difusas.

Presumen que á tiempo de albergarse en casa del duque de Medinaceli el proyectista venido de Portugal, hubo de conocer á Juan de la Cosa, vecino del Puerto de Santa María, y de conferenciar con él sobre la empresa que meditaba, siendo el resultado que armara el duque la nao *Santa María* y que por este camino viniera á ser propiedad del piloto. Andando el tiempo, reintegrado el señor del Puerto de los gastos, el tal la Cosa, *que probablemente era natural de Santoña*, tripulada la nao con

(1) «Colección de libros escogidos».—*Martín Alonso Pinzón*, estudio histórico, por José María Asensio, Director de la Academia de Buenas letras de Sevilla, correspondiente de la de la Historia de Madrid, etc. Madrid, La España Moderna, 8.°, 295 págs.

(2) Granada, Imp. de Indalecio Ventura, 1892. 4.°, VI, 128 págs.

(1) Segunda edición comprobada con el Diario de Colón y otros documentos auténticos y contemporáneos, por D. Angel de los Ríos y Ríos, C. de la Real Academia de la Historia y cronista de la provincia de Santander. Santander, imp. y lib. de L. Blanchard, 1892, 236 págs. y tres mapas.

gente montañesa, *según es de creer*, se puso voluntariamente á las órdenes de Cristóbal Colón, ya provisto de las cédulas de los Reyes. Era hombre de mar experto, maestro de hacer cartas, *primus inter pares*, y acaso de navegación sabía más que el misme Almirante, «como lo pensó Doña Isabel»; pero en el transcurso del viaje y ocurrencias posteriores, demostró ser orgulloso, desvergonzado, traidor, envidioso por de contado, *de mal vino*, é ingrato con el grande hombre «á quien todos debían servir de rodillas», «queriendo verle hundido con la propia nave para continuar por sí el descubrimiento».

A ser exactas las apreciaciones del Sr. de los Rios, *la parte de los montañeses* (representados por Juan de la Cosa y por unos cuantos marineros anónimos, borrachos, testarudos é insubordinados) no habría de contarse entre aquellas que avaloran las ejecutorias de hidalguía; mas por dicha carece de fundamento el juicio, extraviado sin duda por la tendencia, bastante general, de desconceptuar á los compañeros de Colón para que más realce la grandeza suya. El cronista de Santander ha tenido que formular su conclusión á favor de hipótesis más que aventuradas, como lo es que el maestre de Santoña pensara ensanchar las exploraciones de su jefe... á nado, que no de otro modo pudiera hacerlo después de naufragar la *Santa María*, á menos que por su voluntad desposeyera á Vicente Pinzón del mando de la *Niña* y se dejara desposeer éste; como lo es también que el mapamundi de Juan de la Cosa (aun de esta gloria quiere despojar al maestro de hacer cartas, su paisano) sea plagio de otro mapa bosquejado por mano del Almirante.

No ha profundizado mucho el Sr. de los Ríos en el estudio de la cartografía, ni en el de los monzones, según parece, y á ello, que no á intención, habrá que atribuir graves errores de su libro. La figura enviada por Colón á los Reyes el año 1489 después del tercer viaje, en que reconoció la costa de Paria, podría contener, y contenía sin duda, un bosquejo de las islas Antillas, indefinido en la de Cuba (que pensaba el autor ser tierra firme), y un trazo indefinido también al Sur de la isla de Trinidad, indicando la costa que apenas vió por no consentirlo el tiempo, las circunstancias de mar y la personal de la oftalmía que le tenía encerrado en la cámara. Si esta figura ó mapa era la que el obispo Fonseca *vendia á los émulos del Almirante*, poca cosa enseñaría á los pilotos que habían hecho el viaje y que luego acompañaron á Ojeda, Guerra y demás expedicionarios; si la misma sirvió de pauta á la Cosa, bien acreditó la maestría en la transformación, porque su mapamundi detalla la tierra firme desde Maracaibo hasta el río de las Amazonas; sitúa como isla á la de Cuba, y no solamente contiene los descubrimientos hechos por los españoles, sino también por los ingleses, hasta el año 1500.

El Sr. de los Ríos se ha dejado llevar aún más lejos por sus buenos deseos, al reproducir una carta impresa en alguno de los Tolomeos del siglo XVI,

donde ya aparece la costa de Campeche, y sin indicar la procedencia, porque en la *Zabela Insula* está fijado el estadarte de Castilla (que tenía por escudo); y porque en la inscripción de Paria dice: *Esta tierra fué descubierta por Cristóbal Colón, genovés, por mandato del rey de Castilla*, decide que no pudo escribirla sino el mismo Almirante, y se determina á poner por membrete de la reproducción.

Mapa del Nuevo Mundo según Colón, después de su tercer viaje en 1498. *Adicionado probablemente por Juan de la Cosa después de su viaje de* 1499 *con Hojeda, y por Americo Vespucci, con datos del de Vicente Yáñez Pinzón, de* 1500.

Con perdón del cronista, en mi pobre opinión, bien puede la provincia de Santander gloriarse de haber dado cuna á Juan de la Cosa, maestro cartógrafo de verdad, gran marinero, valeroso, moderado, una de las conspicuas figuras en la historia del descubrimiento, sin perjuicio ni menoscabo de la primera.

Por estudio que ha hecho en Lisboa el Sr. Nicolás Florentino, acerca de *Doña Felipa Monir de Melo*, algo se aprende sin llegar á penetrar el misterio que envuelve á la esposa legítima de Colón. No así por la monografía de Fr. Paulino Alvarez, de la Orden de Predicadores, titulada *Colón y los Dominicos*, repetición de cuanto han dicho los panegeristas de Salamanca respecto á las famosas conferencias.

El Comité departamental de Calvados, en Francia, ha contribuido á nuestra manifestación nacional con elegante libro de varia lección (1), galantemente dedicado á S. M. la Reina regente, diciendo:

«En secondant l'andacieux génie du navigateur génois, la Castille a bien mérité de l'Humanité. Le monde entier associera à tout jamais dans sa reconnaissance au nom de Colon ceux de l'Espagne et de ses souverains.»

Encierra el opusculito un estudio de mitología comparada en que presenta el conde de Charencey al Orfeo americano. M. L. Guillonard exhuma un rarísimo escrito del geógrafo alemán Sebastián Munster, en que atribuye á Américo Vespucio, con preferencia á Colón, el descubrimiento de la cuarta parte del mundo. Comunica M. Robillard de Beaurepaire noticias curiosas de los descendientes de Mosen Pedro Margarit, desde que su hijo Pablo, sin saberse la razón, arraigó en Normandía. De él se formaron dos ramas ilustres que subsisten; los Marguerit de Rochefort y los Marguerits de Versainville, éstos con marquesado. Por último, M. Emile Travers extracta en francés, acompañando juicio crítico, el drama de Rubí *Isabel la Católica*.

También ha dirigido á S. M. Doña Cristina una Oda precedida de apuntes biográficos del descubridor de América, Mr. Edgard Denancy, estimulado por el almirante Vallón (2), porque á

(1) *Quatrième Centenaire de la découverte du Nouveau Monde.* Comité départamental du Calvados. Caen, imp. Ch. Valin Fils, 8.°, 101 páginas.

(2) *Christophe Colomb*, 1492-1506. *Notice*

la bondad de los versos no perjudica la inexactitud de los datos tomados del Diccionario Larouse.

Por lo contrario, parecen de buenas fuentes los que ha buscado Mr. J. Brucker antes de dar á la Revista parisiense de los Padres de la Compañía de Jesús el estudio titulado *Christophe Colomb l'explorateur et le chrétien* (1), que ha de tener resonancia por el criterio que lo distingue de todos aquellos con que favorecen á la prensa católica los favorecedores de Roselly de Lorgues.

Piensa el autor que no se limitó el gran navegante á repetir lo que otros hubieran ensayado con más ó menos éxito, pero que no más puede admitirse que la idea de su empresa procediera de inspiración repentina de lo alto, ó que ni los estudios y reflexiones, ni las sugestiones ajenas entraran en ella por algo. Parécele que estas opiniones han recibido golpe mortal con la afirmación solemne de León XIII, de haberse formado el convencimiento de Colón con el estudio de la astronomía y la consulta de documentos antiguos *(ex astronomica disciplina et veterem monumentis)*, así como con los indicios de existir, más allá del mundo conocido, hacia Occidente, extensos territorios no explorados por nadie. Es incuestionable que no sospechó nunca haber dado con un mundo nuevo, persuadido de ser de Asia las playas de su arribo, mas sería pueril disputarle la gloria del descubrimiento de ese mundo encontrado. El mérito de Colón no consiste en la concepción del proyecto, sino en la penetración, en la energía, en la perseverancia, desplegadas hasta el heroismo para realizarlo. Eminentes católicos desean alcanzar para el Almirante honores más altos que los profanos ordinariamente acordados á los héroes, y celebraría el autor que lo consiguieran, sin atreverse á dar apoyo á la causa; la canonización y aun la beatificación que eleva hasta el culto público en las iglesias suponen condiciones que no siempre coinciden con las virtudes ni con los méritos escepcionales, y á Mr. Brucker, sin que pueda disimularlo, parece que la beatificación de Colón tropezará con obstáculos graves que no hay medio de allanar satisfactoriamente.

Así discurre sobre diversos puntos históricos y de celebración del centenario, entre los más controvertidos, con aplomo y sensatez que le procurarán muchos lectores. Las siglas de antefirma de Colón interpreta, *Christus—Maria Santissima—Jesus.*

Al contingente francés pertenece el catálogo de documentos geográficos expuestos en la Biblioteca Nacional, trabajo concienzudo de M. Gabriel Marcel (1), muy de agradecer, especial-

biographique. et Ode. Lettre préface par le Centre-Amiral Rd. Vallon, Deputé du Senegal, Grand Officier de la Legion d'Honeur, 1892, París, imp. Gumchard, 8.°, 15 páginas.

(1) *Christophe Colomb l'explorateur et le chrétien. Etudes religieuses, philosophiques, historiques et litteraires. Revue mensuelle publiée par des Pères de la Compagnie de Jésus*, París, Septembre, 1892.

(1) *Quatrième centenaire de la découverte de*

mente por la noticia de inéditos, entre los que hay carta autógrafa de Pedro Mártir, postulanos originales españoles y portugueses, comprendiendo uno de Diego Gutiérrez, fecho en Sevilla en 1550; el único mapamundi conocido de Sebastián Caboto, de 1544; el cartulario de privilegios de Colón, con otras curiosidades, hasta el número de 289.

Bien puede estimarse como tal el folleto en que el Dr. M. E. T. Hamy toma parte en la cuestión tan debatida del nombre de América contra las fantasías de MM. Marcou y Saint-Bris (1).

Habría que ensanchar mucho los límites ordinarios de la reseña mensual si continuara la mención de libros y folletos que desde la anterior han circulado; la abundancia obliga á dejarla en suspenso con la fórmula obligatoria, *se continuará*.

---

l'Amerique. Catalogue des documents géografiques, exposés à la Section des cartes et plans de la Bibliothèque Nationale, París, J. Maisonneuve, 1892. 4.°, 77 págs.

(1) *Quelques observations sur l'origine du mot «América» communiquées au VIII congrès des Americanistes*, par M. E. T. Hamy, membre de l'Institut, conservateur du Musée d'Ethnographie. París, Ernest Leroux, 1892.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Portugal.—Ilusiones acerca de un cambio en sus leyes fundamentales.—Error de cuantos sueñan con una intervención española en Portugal caso de perturbaciones allí.—Francia.—Debilidades múltiples del gobierno con los socialistas.—Excesos del socialismo francés.—Necesidad de una política republicana y conservadora.—Inglaterra.—Morley en Irlanda.—Pesimismo de los parnellistas.—Grandeza de Gladstone.—Estado del Imperio austriaco.—Dificultades enormes.—Esclavones y magyares.—Austria y los Balkanes.—Política universal de Alemania.—Italia y las economías.—Presupuesto de paz y libertad.

El estado interior de la nación lusitana, sin agravarse al extremo de aparecer como enfermedad mortal, se asemeja mucho á ciertos males, que van poco á poco devorando y consumiendo á los enfermos, sin extinguirlos para siempre. No hay revolución allí, pero tampoco resistencia. El partido republicano carece de fuerza: pero la monarquía tradicional pasa por terrible anemia. No se puede intentar abajo una revolución; pero tampoco arriba organizar un poder y autoridad estables. Los viejos partidos han muerto y no se acaban de formar los nuevos. El pueblo no parece aparejado á la servidumbre, pero tampoco revestido de aquellas energías indispensables al ejercicio de la libertad. Es un enfermo de sumo cuidado. Y toda su enfermedad se origina y proviene del estado económico. El presupuesto en déficit creciente y el Tesoro en patentísima ruina; Portugal atraviesa una de las crisis mayores económicas que se han conocido en la historia. Para expresar cuánto se habrá esta crisis agravado, no hay sino decir una cosa: en la tribuna, en la prensa, en el Parlamento, hasta en el Gobierno, corre muy discutida, pero muy vulgarizada, la idea de una venta pública del grande ajuar colonial dejado á los portugueses por las edades más gloriosas de su historia y por el atrevimiento de sus más audaces marinos. Tímidamen-

te, muy tímidamente se propone tal cuestión y se inicia; pero corre por doquier en proyecto una serie de operaciones que pudiera granjear dinero sobre las colonias, sin riesgo de la integridad territorial. Lo grave del caso es que nadie asiente á creer en milagro de una evidentísima inverosimilitud, y todo el mundo declara más fácil perder las colonias por imposibilidad de conservarlas, que irlas mercadeando en contratos indignos de un gran pueblo. Y mientras la dignidad lusitana se alza con tan plausible y noble soberbia, la banca europea implacable murmura proyectos como la institución de un verdadero sindicato dirigido á tratar de Portugal, como si fuera Portugal Egipto. No hay más que leer los votos emitidos por los Consejos generales franceses, y se observará cómo piden aquellos ricos ciudadanos de la gran República central una gestión diplomática encaminada con inteligencia y con ahinco á recabar del Estado portugués un próximo pago de sus deudas y un irremisible cumplimiento de sus compromisos. Y mientras esto pasa por fuera, dentro, Portugal consume al hombre de los socorridos expedientes, á Mariano Carvalho, y al hombre de las grandes ideas, á Oliveira Martins, los dos depuestos de sus respectivos ministerios por sendas contrarias causas; y se ofrece un espectáculo tan triste como el proceso ante la Cámara senatorial de prócer, á quien sus pares juzgan como vulgar malversador de públicos caudales. Francamente, cosa incomprensible para mí que haya todavía quien pueda en Portugal creer expediente muy saludable una revolución inmediata y nueva. Tanto le serviría hoy la revolución á Portugal como cualquier sinapismo, por fuerte que pudiera ser, á un cadaver. Imaginaos que un moribundo, puesto en tal trance por llevar voraz cáncer en el estómago, sin posibilidad ni siquiera de tragar el caldo, pidiera para curarse y redimirse un buen rostbeeff con mucha sangre, á la inglesa. Tales me parecen á mí cuantos piden el remedio de una revolución en Portugal.

¡Oh! El acto de generar un tiempo cualquiera más robusto y progresivo que el tiempo corriente demanda del generador, mucha verdadera fuerza de que disponer y mucha sobra de vida que prestar. El mal hoy reinante en Lusitania no es de aquellos que piden movimiento; es de aquellos que piden calma y reposo. Unid á la pobreza y á la ruina el cuidado y el dispendio pedidos por una situación política nueva y tendréis que sumar en el cuerpo social, con todas las enfermedades propias de una vejez de-

crépita, todas las enfermedades propias de una infancia débil y enteca. En cosa ninguna se conocen tanto las analogías entre los organismos sociales y los organismos naturales como en esta debilidad irremisible de toda niñez é infancia. Conforme un organismo aparece más perfecto, aparece también el período de su crecimiento más dificultoso. Comparad las enfermedades que aquejan á un buchecillo con las enfermedades que aquejan á un pequeñuelo, y veréis cuál diferencia. Pues como el niño está expuesto á sarampión, escarlatina, viruelas y tantas otras lacerias, las nuevas formas políticas y sociales, que recaen y tocan en la infancia, se hallan expuestas á crisis mortales. Acordaos de como se puso á morir Inglaterra en su paso desde la política reaccionaria de los Estuardos al Parlamento y á la Constitución; acordaos de cuánto sufrieron los Estados Unidos al separarse del régimen colonial para constituir su propio gobierno; acordaos de la Revolución francesa y de nuestras guerras civiles, con lo cual tendréis bastante para saber cómo quedaría Portugal de maltrecho, si sobre su situación económica, sobre sus apuros insuperables, sobre su ruina terrible pusiese los males anejos á un periodo de revolución, en que todo habría de ir manga por hombro, pero muy especialmente la tributación y el tesoro. Así es que un buen amigo de Portugal como yo, un devoto de sus calidades y virtudes, un frecuentador de su historia y de sus letras, aunque siempre le haya dolido el apartamiento y separación de nuestra común madre patria y de nuestra nacionalidad, una en esencia, le aconseja por su bien y provecho no se meta en dibujos y no sueñe con revoluciones imposibles hoy de todo punto, si no quiere salir mañana con las manos en la cabeza. Y lo digo con toda sinceridad, aunque se revuelvan contra mi consejo todos los aconsejados.

Y digo más, digo que así como no saben lo que se pescan todos cuantos opinan por una revolución en Portugal, muy capaz de traerle á Portugal la muerte, no saben lo que se pescan todos cuantos creen posible una intervención de nuestra España en Portugal, durante cualquiera de las incidencias propias del período revolucionario, y mucho menos después del triunfo definitivo y completo. Tal intento no puede ser sugerido más que por la ignorancia ó por la demencia. Y, sin embargo, hase discutido gravemente la eventualidad no en los consejos de nuestro Gobierno, pero sí en los consejos de nuestros estadistas. Una elevadísima señora, cre-

yendo, sin duda, los asuntos políticos asuntos caseros, y las coronas y los Estados cosas así como propiedad particular y personalísima, expuestas de suyo á verse robadas, y á cualquier hora necesitadísimas de ser defendidas, como haciendas ó casas, de ladrones domésticos y de incendiarios audaces, por la cooperación y auxilio que se prestan los vecinos entre sí en trances análogos, escribió desde los palacios reales á cierta reina, que no quiero nombrar, en demanda de un auxilio conocido con el nombre de intervención extraña ó extranjera en todos los diccionarios políticos. No he sabido yo la respuesta dada por la reina de su propio impulso á la demandante. Mas puedo aseverar que, según de público se dice, la requerida consultó á varios estadistas respecto de la demanda, y que los periódicos hablaron por aquella fecha de una intervención maquinada por la diplomacia monárquica en Portugal, siendo su brazo é instrumento la nación española. Recuerdo ahora que me hallaba yo al correr unas especies como estas, y suscitarse las dilucidaciones más ó menos oportunas y congruentes de tales ideas, en una peregrinación europea, durante la cual me llegaban siempre con retraso y hasta con dificultad las noticias relativas á España y á su política particular. Algo hablaban los periódicos europeos, y algo mis ojos leyeran; mas no podía yo dar asenso ninguno á mis ojos, ni crédito de ninguna clase á lo que había leído. Una dama de alta estirpe, á la gobernación pública extraña, dirigiéndose á una reina, cabeza de un régimen político, no ya parlamentario y constitucional, democrático, donde la palabra sin freno y la idea sin sombras y las reuniones sin límites y la prensa diaria en toda libertad, elaboran la pública opinión á su modo y acaban por hacer el gobierno á su imagen, para que repitiese cosa tan incongruente con todos nuestros principios y tan repugnante á nuestro carácter como aquellos atentados del cuitadísimo Luis XVIII el año veintitrés á la soberanía nacional española ó aquellos otros de la infeliz reina Isabel á la soberanía de Portugal y á la soberanía de Roma veinticinco ó veintiséis años más tarde, francamente, me parecía un romance absurdo, forjado quizá por los enemigos de ambas monarquías, pues á la postre, crímenes de tal género dañan por igual á los intervenidos y á los interventores en las implacables justicias y expiaciones de la humana historia. Pero los rumores, más ó menos fundados, trajeron á nuestro país bien graves consecuencias. Desengañémonos: los pueblos no se

relacionan ahora por los tratados diplomáticos, se relacionan por los tratados mercantiles. Después de pegar unos contra otros han acabado por comprender todos que se necesitan y que se completan. El régimen de los tratados mercantiles reemplaza hoy al régimen de los tratados diplomáticos. Pero no puede prescindirse, ni aun para rebajar ó aumentar las tarifas sobre los caldos, del grado de simpatía política que hay entre los pueblos. Por ejemplo, Italia no tendrá nunca un buen tratado mercantil con Francia mientras persevere tenaz en su adhesión á la triple alianza. Nosotros no entraremos en alianza de ningún género jamás. El más realista de los gobiernos guardaríase bien de ayudar á Germania contra Francia, como el más republicano á Francia contra Germania en cualquier futuro conflicto, porque sincera y estricta neutralidad se impone á unos y á otros con imposiciones incontrastables, por causas de fuerza mayor, superiores así á la voluntad individual como á las voluntades colectivas. Pero nosotros tenemos en la magnífica constitución geográfica nuestra, dos costados flaquísimos: la cuestión de la desembocadura del Tajo y la cuestión de la desembocadura del Estrecho: Lisboa y Tanger. Por una serie de tristes coincidencias, á cada instante se habla de una intervención extraña en Portugal y de una intervención extraña en Tanger. Pues bien: principio primero y primordial de nuestra política; evitar las intervenciones de los demás, impedir todo desembarco inglés en la desembocadura del Tajo y todo desembarco inglés en la desembocadura del Estrecho. Mas, para ello comenzar por el ejemplo, por decir que no queremos intervenir nosotros. Cuando estábamos en las negociaciones mercantiles con Francia del año 91, corrió este rumor; y ahora que nos hallamos en segundas negociaciones, corre otro rumor análogo á causa de la visita del monarca portugués al monarca español. Y corre cuando un síntoma tan por extremo tranquilizador para nosotros, cual el tratado de Francia con Suiza, nos promete una rebaja de las tarifas francesas en pro de las naciones convenidas ó en vías de convenio. Precisa, pues, desvanecer toda sospecha europea, y asegurar que así como no haremos nada conducente á favorecer una revolución en Portugal, tampoco haremos nada conducente á perturbar á nuestros vecinos en el ejercicio libérrimo de su política y á privarles del derecho que tienen de intentar cuantas revoluciones les plazcan, derecho de que nosotros hemos usado siempre á nuestro albedrío, pudiendo cambiar sin recelo alguno y

(cuando se les pase por las mientes, bajo su responsabilidad) la forma del Gobierno.

Estudiando Francia, échase de ver en ella cuánto á una grande nación le duele y cuesta el tránsito desde las grandes monarquías á los nuevos institutos políticos de forma republicana y sustancia democrática, mantenidos por el espíritu vivaz de la moderna libertad. Tras veintidós años de gobierno, la forma republicana en aquel suelo que tres veces ha sabido producirla, se encuentra hoy todavía indefinida é indeterminada, suspensa entre aspiraciones radicalescas y aspiraciones socialistas de un extremo peligro. Parece imposible. Mientras la derecha del país, tan hostil á la República, se aquietaba, y por voluntad ó por fuerza venía obediente á reconocer la superioridad de nuestras instituciones predilectas, por lo menos su necesidad, perdíase con suma torpeza el Gobierno en esos intrincados problemas socialistas, de los cuales no se puede salir, por una razón muy obvia: porque no tienen humanamente salida. La presentación por el ministerio Constans de aquellos fantaseados planes, en cuyas proposiciones más ó menos imaginarias se exacerbaba la sed rabiosa del partido socialista popular, sin darle ninguna satisfacción, porque todas las prevenidas y presentadas eran ilusorias, en tales términos perdieron al gobierno aquel, que cayó destrozado al poco tiempo y no pudo recomponerse jamás ni reanimarse. Pasma el atrevimiento de los comunistas y dan tristeza las complacencias serviles usadas con ellos por el presidente Loubet, ministro de la Gobernación y encargado del orden público por ende. Lafargue truena por los departamentos como un conquistador en tierra conquistada. Baudin revoca las órdenes de los prefectos por su propia soberana voluntad, y ordena entren con aires de corderos en sus cuarteles los dragones expedidos contra unos amotinados en rebelión abierta. Lokroy no se desdeña de ofrecer ¿qué ofrecer? presentar un proyecto de ley con tendencias á nacionalizar las minas, comienzo de la expropiación universal, y por lo mismo recaída completa en el seno de la barbarie comunera. ¿Y por qué se presenta este proyecto de ley? Pues por una muy sencilla cosa, porque los habitantes de Carmaux se han dado el gusto de nombrar un alcalde comunista, jornalero de las minas del distrito, y como quiera que no puede por falta de tiempo el elegido asistir al trabajo, la Compañía le ha quitado el jornal, como él quitára por grado y albedrío propios sus brazos á la

Compañía. Y, ¿queréis creerlo? A esto lo llaman los radicales franceses desconocimiento del sufragio universal en los burgueses del Consejo que administra la explotación de aquellos terrenos, y por esto pide cosa tan grave como que las minas de los particulares entren á una en los acervos comunes de las apropiaciones colectivas. Cuando así el Gobierno deja tomar vuelos á cosa tan preñada de miasmas deletéreos, como la nube comunista condensada sobre nuestra Europa, no debemos maravillarnos de que un socialista germánico, cual el Sr. Liebnechth, se persone audaz en Marsella, y predique desatinado el desamor á la patria desde las satisfacciones y las arrogancias del pueblo vencedor, aconsejando sin escrúpulo al vencido por él mismo, por los suyos, invasores de ayer mañana, defienda sin entusiasmo y sin empeño en las futuras irrupciones germánicas el hogar propio y el territorio francés. Si me pareció pésimamente, obedeciendo á los afectos de independencia mamados á los pechos de mi madre España, que se aplaudiera en Francia la música de los conquistadores, imaginaos qué me parecerá el aplauso consagrado á ese comunista, capaz, en nombre de una teoría internacional muy provechosa para sí, capaz del desacato enorme de irse á un pueblo vencido y descoyuntado por sus compatriotas y predicarle nada menos que la tibieza y la flojedad en afecto, tan por extremo sublime, como el amor á la patria. Pues bien, yo atribuyo todo esto á las debilidades incomprensibles, que aquejan al Gobierno francés, ante peligro tan grave como la hipnotización de aquel pueblo por utopía tan perturbadora, como esa utopía socialista, verdadero espejismo, propio únicamente para engendrar alucinaciones engañosas.

Por eso unánime aplauso en Europa loa la firmeza con que Morley se ha expuesto á perder su cartera y su diputación, antes que transigir con los tres malditos ochos de las escuelas comunistas, signos verdaderos de servidumbre social generada por los espíritus humildes, ó sea, por los más necesitados de la libertad y del derecho. Hay una verdadera voluptuosidad intelectual en hacer el bien y no recibir en cambio ni el agradecimiento de aquellos á quienes el bien sirve y aprovecha. ¡Cuántas madres siervas, á quienes la palabra de los oradores inspirados y geniales ha devuelto los hijos arrancados á sus senos en los bazares babilónicos, donde se vendía la carne humana, ignoran, al gozar de semejante beneficio, los nombres de sus bienhechores! Pues así le sucederá indu-

dablemente á Morley. Trabajará por la emancipación de los irlandeses entre blasfemias é ingratitudes múltiples de los mismos á quienes emancipa y redime. Los parnellistas, los más favorecidos, le opondrán todo género de obstáculos porque no realiza y cumple la obra que comenzara su trágico suicida jefe antiguo. Y los mismos, de Parnell separados por haber, con mucha razón, permanecido fiel al sajón que redime la Irlanda y los irlandeses, á Gladstone, como representan un pueblo de intransigentes, rendirán parias en los altares de la intransigencia y pedirán que se improvisen medidas, las cuales no puede improvisar ningún gobierno en el mundo y menos un gobierno de Inglaterra. Conozco perfectamente las bárbaras injusticias cometidas por los landlores despidiendo sin piedad á los arrendatarios por el retraso de cualquier arrendamiento, y las crueles injusticias, de que adolecen y se quejan los pobres campesinos celtas, encerrados en la miseria bajo el peso de tamaña implacable fatalidad.

Pero un gobierno cualquiera, si merece tal nombre, debe observar prácticas de derecho importantes á todos los ciudadanos, y mejorar el espíritu de las leyes en su aplicación, pero sin desconocerlas ni violarlas, hasta que haya podido sustituirlas con otras mejores. No puede Morley humanamente desviarse de tal código de procedimientos gubernamentales, y á nadie interesa como á los irlandeses tan justo proceder, pues la dictadura erigida por ellos en provecho propio podría con suma facilidad en su daño trocarse. Por nadie se debe apelar á la fuerza, y mucho menos por aquellos que han sido víctimas de la fuerza. Pero cuesta mucho trabajo sugerir teoría semejante á quien ha contraído en el seno de la esclavitud un temperamento revolucionario, que le posee siempre, como la fiebre más ó menos oculta surge y estalla en todos los envenenados por el miasma pestilente de las lagunas pontinas. Con muchas dificultades van á tropezar los reformadores, siendo las más temibles aquellas que habrá de originar el pueblo redimido y emancipado en las neurosis y desarreglos antecedentes y consiguientes á su emancipación. Los fenianos, ó sean los revolucionarios antiguos; el parnellismo acostumbrado á la intransigencia política y á la obstrucción parlamentaria; el mismo pueblo católico movido por supersticiones religiosas ayudarán, sin quererlo y sin saberlo, por sugestiones suicidas, al partido adversario de Irlanda y caerá en una complicidad horrible con los opresores capaz de, si no justificar, pues la ti-

rania no puede por modo alguno justificarse nunca, explicar y hasta excusar la opresión. Pero Morley levanta una obra secular. Que tenga la paciencia, como tiene sin duda el mérito congruente con su obra.

Entre las obras difíciles, que pueden aquí en el mundo intentarse, ninguna tanto como desembrollar el intrincadísimo problema oriental. Son los factores tantos, y las cuestiones, con esos factores por mil modos relacionadas, tan difíciles, que jamás se tropieza con el hilo de una idea, la cual nos conduzca por el intrincado laberinto y de sus dificultades nos saque. Una reunión del Congreso de los Estados en Viena, que cuenta desde polacos hasta turcos y desde latinos hasta griegos y desde tiroleses hasta transilvanos, arca de Noé, donde penetran parejas de todas las razas, es capaz de revolver el seso al más grave y más reflexivo estadista. Imaginaos cómo se habrá puesto de furioso el canciller Kalnolky dando de manos á boca, en tal cónclave de razas, con un Eym de Bohemia, quien tira de la manta, cual niño mal criado, y critica el sacramento más venerable de la política del Austria, la triple alianza. Y esta crítica debe poner en guardia el ánimo de los austriacos respecto de sus súbditos los esclavones. Cosa difícil cuando la idea de raza está mucho más honda en éstos que la idea de patria, y sienten la voz de su sangre sin para nada sentir la tradicional autoridad de su Imperio, conducirles contra Moscovia y los moscovitas considerados por ellos como sus hermanos en la naturaleza y en la historia. Pues bien, mientras el joven tcheque, ó sea el hijo de Bohemia, siente un afecto de suyo tan fraternal por los eternos enemigos del Austria, por los rusos; el magyar siente un despego increíble y ofrece culto á Kossuth, únicamente porque ha sostenido las luchas titánicas con Rusia, cuya espada inmoló la independencia de Hungría el año 49. Mucho, muchísimo, debe molestar al Emperador esta hipnotización que al nombre de Kossuth sufren sus mejores súbditos, aquellos que han formado el núcleo de su Imperio: los húngaros. El grande y viejo patriota, rayano en verdadero centenario, que vive con la robustez y la majestad de secular encina en el destierro, significa y recuerda la separación entre Hungría y Austria, origen de tantos épicos encuentros en no lejanos tiempos. Pues en las barbas mismas del que ciñe la corona de San Esteban divinizan sus mejores vasallos al rebelde que llevó la corona de San Esteban en una época de lucha inolvidable bajo la silla de su caballo de guerra. Unos

húngaros le bendicen como pudieran bendecir á un Dios, y otros le recuerdan sus luchas como haciendo solemne adhesión á su simbólica persona. Imaginaos, cual empresa inverosímil y fantástica, encerrar dentro del mismo Imperio y medir bajo el rasero de la unidad imperial, á gentes, como las gentes de Bohemia, que recelan de los Hapsburgos, por enemigos de Rusia, y á gentes, como las gentes de Hungría, que recelan de los Hapsburgos por amigos de Rusia. Pero si tuviera tan sólo estas dificultades Francisco José de Austria, bien podría darse con un canto en los pechos. Pero es el caso que Austria, no sólo ejerce dominio directo sobre los pueblos que constituyen su Imperio; ejerce dominio indirecto sobre los pueblos sitos en la península de los Balkanes, y tiene que moderar el radicalismo en Servia; que dirigir los primeros pasos de Bulgaria; que atender á la minoridad eterna de Bosnia y Herzegowina; que combatir al sultán bajo las apariencias de un respeto rayano en culto; que reñir con el czar sin llegar hasta la guerra; que congraciarse con Grecia sin satisfacerla; que mantener la balanza en Macedonia entre turcos y helenos, kleplitas y albaneses, búlgaros y servios, codiciosos igualmente de la misma presa; que impedir la codiciable apropiación de Salónica y su puerto hasta encontrarse con fuerzas para cogerlo y apropiarlo ella; que andar en torno de Constantinopla como quien anda en torno de un moribundo, yendo sobre un reguero de inflamable pólvora con una mecha encendida en las manos: triste situación, en la cual pueden gastarse muchas fuerzas al trabajo hercúleo de evitar inevitables catástrofes. Este buen Stambuloff es una sombra para el Austria. Empeñado en hacer su santísima voluntad, no siempre santa, se ha ido á Constantinopla en busca y requerimiento de cualquier sanción á su obra y á su príncipe, tan detestados por Rusia. Y cuando el sultán lo ha visto allí, ha armado una buena, queriendo á los rusos y aun á los franceses ocultarles tan peligrosa visita. Y parece que para evitar perdiera el viaje y para conseguir se fuese pronto huésped tan molesto, le ha regalado el gran señor una tabaquera cuajada de brillantes, y sobre tal tabaquera, el czar ha dirigido á Turquía una carta, en realidad conminatoria para el Austria. Y dirá Stambuloff, el dueño de Bulgaria, maestro de primeras letras, que se ha llevado á Sofía de secretario un Coburgo y Orleans: ahí me den todas las bofetadas, en el rostro de Austria. Todo puede tolerársele y todo permitírsele al dictador de Bulgaria, con

excepción de una cosa tan sólo, con excepción de las provocaciones á una guerra, y menos á una guerra inmediata. Por fortuna tenemos en Londres á Gladstone y Gladstone sabrá refrenarlos, pues representa en el mundo este gran hombre la paz en la libertad. No podrá coronar su vida gloriosísima de modo más glorioso que siendo ancora segura de tales bienes en este crítico momento.

Y no cabe duda respecto del propósito que le anima y del norte que le dirige. Una de las vulgaridades, con mayor perfidia por los conservadores ingleses divulgadas, y por el público europeo creídas, es el tenacísimo empeño imputado á Gladstone ahora en conservar la precedente política de Salisbury, manteniendo por doquier sus mismos principios y hasta sus mismos procedimientos. Decíase con visos de razón que había la reina Victoria impuesto el nombre de Roseberry para el departamento de Negocios extranjeros y que tal nombre significaba tan solo una sanción póstuma decretada por el poder nuevo á la política del anterior y una firme promesa de continuarla. Parece imposible la ocultación al sentimiento universal y á la pública conciencia de cosas tan evidentes como las correlaciones antiguas entre la política exterior y la política interior de Gladstone constituidas de suerte que forman un todo consustancial. Conozco muy bien el carácter psicológico de los sajones, opuesto por completo al carácter sintético de los meridionales, de franceses, italianos, españoles, quienes generalizan más, y por ende resultan más lógicos y más artistas en sus concepciones, encadenadas como un sistema científico y de proporciones verdaderamente rítmicas. Los ingleses no se curan de las correlaciones, que nosotros vemos y amamos, en su criterio de observación y experiencia, muy propio para ir aplicando á cada hecho una idea particularísima y oportuna, más bien que una idea semiabstracta desengarzada de un sistema en serie y con dialéctica. Pero ahí está la característica que distingue á Gladstone de sus compatriotas y que lo hace por su inteligencia el hombre más completo y cabal entre todos los ingleses: su sintético temperamento intelectual. Así comprende perfectamente cómo para establecer la libertad en Irlanda se necesita recabar la paz en el mundo. Así acaba de tomar dos medidas igualmente trascendentales: una el reemplazo de Smith en Tanger, otra el abandono de Ouganda. Si á esto añadimos cómo ha desmontado los remontadísimos nervios italianos dolidos hace poco de la neurosis belicosa y cómo ha con-

ducido la difícil cuestión de Pamir para que no pueda traer ahora conflictos, siempre temibles, en las centrales mesetas asiáticas, tendremos un cuadro perfectísimo y acabado de las tendencias pacíficas dominantes en el ministerio inglés, tan sanas para el mundo; cuando uno piensa que la muerte á nadie perdona, hiriendo en los mismos días dos espirituales cúspides tan altas como la cabeza de Renan y la cabeza de Tennyson, y se acuerda de cómo dos vidas tan útiles al género humano, como la vida del gran Pontífice León XIII y la vida del gran estadista Gladstone, se acercan á nonagenarias, no puede menos de dirigirse al gran misterio, que se halla en torno del universo, envolviendo el espacio en lo infinito é impulsando el tiempo á la eternidad, para pedirle de hinojos las conserve aquí en bien del género humano y esplendor de todo nuestro planeta. ¡Oh! Mientras ellos elaboran tantas y tantas ideas progresivas, esos genios del retroceso aparecen cada vez más empeñados en que perdure todavía el feudalismo y estalle la guerra.

El emperador Guillermo y el general Caprivi no me dejarán mentir. Ahí los tenéis, después de haber agotado con el presupuesto militar más gravoso que recuerda la historia, las fuerzas europeas, pidiendo nuevos y cuantiosos dispendios á cambio de una martingala como la reducción del servicio militar á tres años. Pero el bollo parece muy pequeño á los liberales germánicos, en cambio de lo muy grande que les parece el coscorrón; y así repugnan votar el proyecto ese, y ponen á sus dos redactores en calzas prietas. Vamos, pues, á presenciar un combate homérico entre las Cámaras y el Imperio, análogo al que sostuvo tiempos atrás el canciller Bismark, con lo cual tendremos á éste con todos sus defectos y errores, pero sin ninguno de sus profundos propósitos y sin ninguna de sus desmedidas grandezas. Cuánto mejor fuera que un pueblo como Germania, un pueblo de profesores y estudiantes, por lo cual era venerado de todos cuando pensaba Hegel, escribía Humboldt, cantaba Schiller, componía Bethowen, se dejara esas veleidades guerreras, y fuera en política lo que ha sido en ciencias y letras: un factor verdadero del progreso universal terrestre. Y lo más terrible del caso está en que Alemania pega sus furores guerreros á pueblos de natural tan artístico cual Italia, y nos arruina sin excepción á todos con su monomanía de los armamentos. La situación de Italia es para conocida y meditada por las consecuencias traídas al seno de la política europea. Ele-

mento de paz y de progreso en sí misma esta nación inspirada é inspiratriz, su corte y sus cortesanos quisieron que fuese, contra la complexión propia y el ministerio providencial italianos, un elemento de guerra y de conquista. Impeliéronla en ese camino con ayuda de algún error cometido por Francia, como el protectorado sobre Túnez, y comenzó á dispendiar sus ingresos cuando un régimen de paz y libertad, con un método de sabias economías, le diera desahogo bastante á procurarle dos resultados de suyo tan útiles, como la extinción del curso forzoso y la extinción del impuesto sobre la molienda. Tamaño error le trajo su enemiga con Francia, en la cual ha perdido casi todo su comercio de caldos, y un presupuesto excesivo, con el cual ha estado muy cerca de un desastre. No hubo sino tímida orientación tomada por el último ministerio Rudini hacia las economías y ha resultado de inmenso provecho al erario y de inmenso alivio al trabajo. Así es que habrá Rudini, si sustenta con resolución las economías, de levantarse con la representación del sentimiento público italiano y subir al poder en alas de la opinión universal. El hábil ministro, que acaba de sucederle y gobierna hoy allí, paréceme un término medio entre la política de Crispi soberbia y la política de Rudini modesta. Pero no estamos para términos medios, no estamos para eso. El mal aparece hoy tan grave, que pide remedio enérgico, y el remedio está en un inmediato presupuesto de paz y libertad.

Emilio Castelar.

IMPRESIONES LITERARIAS

Inauguración de la temporada teatral.—Libros americanos.—*Apariencias*, por Gamboa.—Pinceladas históricas, por R. Monner Sans.—Universidad de Córdoba, por Ramón J. Cárcano.

Ha comenzado la temporada teatral, y, á la verdad, no han sido los comienzos tales que aseguren para los actores de los principales teatros, triunfos muy brillantes. En general, las compañías que hasta ahora han empezado sus artísticas tareas, adolecen de un defecto que es ya crónico y que tal vez no tenga curación posible. Me refiero á la desproporción que existe entre los primeros actores y los demás que, á guisa de cuerpo coreográfico, los rodean. Acontece que en cuanto un artista se distingue entre sus compañeros aspira á ser cabeza de ratón, y cátatele funcionando de primer actor y director de escena, atento sólo—aun á costa de sus intereses—al propio lucimiento, importándole bien poca cosa del arte dramático y de la relativa perfección á que debe aspirar todo aquel que al arte se consagra. Síguese de aquí que los cuadros de comediantes que en enormes y pintarrajeados carteles aparecen en las anunciadoras de la villa, tienen algo de parecido con esas fuentes monumentales en cuya parte baja cuatro ó cinco figurines sirven de pedestal á tal ó á cuál deidad, más ó menos acuática. Consecuencia natural de esta, que no sé si llamar organización, ha sido la frialdad con que el público ha soportado las funciones inaugurales.

Al desvío de los espectadores ha contribuido también el poco acierto de las empresas en la elección y reparto de las obras. En el teatro de la Comedia se ha presentado con la de Tirso, titulada *Desde Toledo á Madrid*, arreglada por Bretón y

Hartzenbusch, una parte, y no la mejor de la compañía, que actúa en aquel coliseo. Es esta obra, en efecto, más ordenada de lo que suelen serlo otras de Fr. Gabriel Téllez; los caracteres están bien ideados y sostenidos, es fácil y natural su desarrollo y chispeante y oportuno el diálogo. Pero siendo esto cierto de toda certidumbre, no lo es menos que *Desde Toledo á Madrid* tiene mucha menos fuerza cómica que otras comedias del malicioso y picaresco mercenario. Quizá, y sin quizá, la mayor honestidad de la pieza elegida, con relación á las demás del mismo autor, fué la causa de la elección que de ella hicieron dos tan insignes literatos como Bretón y Hartzenbusch. Líbreme Dios de censurar la comedia de Tirso; pero justo es reconocer que no es entre las que compuso aquel privilegiado ingenio de las que ocupan el lugar preferente. Además, *Entre bobos anda el juego*, de Rojas, inspirada en *Desde Toledo á Madrid* y representada muy á menudo en los teatros de la corte, quita todos sus efectos á la obra de Tirso, y, pese á su originalidad, queda como eclipsada é inferior en la comparación que por fuerza ha de establecer el público entre ambas composiciones escénicas.

Ocasión es esta, ó á mí me lo parece, de decir algo acerca de los *arreglos* de las obras del teatro antiguo. Declaro que me suena á temerario atrevimiento eso de *arreglo* tratándose de una comedia de Lope, Calderón, Tirso ó cualquiera de los otros incomparables dramaturgos que con los tres citados forman la pléyade gloriosa de los maestros de la escena española. A esto podrá contestarse diciendo, arreglar una comedia no significa el intento de perfeccionarla, es acomodarla á las gustos presentes, modernizarla, darle la hechura del figurín que está de moda. ¿Y á esto puede llamarse arreglo? No es la tarea en este caso de los arregladores semejante á la del sastre que se empeñase en dar á un ferreruelo la hechura de un gabán ó convertir una ropilla en un chaquet. Mejor sería que cuando se pusiesen en escena las comedias del teatro antiguo se representasen tales y como las escribieron sus autores, salvas pequeñas modificaciones, para evitar el excesivo cambio de lugares tan frecuente en las obras del siglo XVII. El público que acudiese entonces al teatro para admirar las joyas de nuestra escena, experimentaría mayor placer viéndolas en toda su integridad que mutiladas ó remendadas por el arreglador, y en cuanto á los demás espectadores que hoy se aburren contemplando los arreglos al uso, poco se perdería en que se aburriesen

viendo las comedias antiguas representadas como sus autores las escribieron.

Porque es una verdad que no puede negarse, que así como el noventa por ciento de los lectores no tiene paciencia para acabar de leer nuestras mejores novelas del siglo de oro, incluso el *Quijote*, mientras que devora línea á línea los engendros de los modernos folletinistas, así la mayor parte de los espectadores de nuestros teatros que se deleitan con las prestidigitaciones de Sardou, bostezan de fastidio ante las perfecciones de *La Vida es sueño*.

Y es natural que así suceda; para encontrar deleite en las comedias de nuestros antiguos dramaturgos es preciso conocer la literatura de aquella época, sus costumbres, el carácter nacional, las preocupaciones, los errores, las creencias, la vida toda de aquella sociedad tantos años ha fenecida. Sólo así puede apreciarse la vis cómica de las situaciones, los conflictos, la índole de los afectos, la sutileza de los conceptos y los adornos del estilo. Es necesario, en una palabra, abstraerse de la vida presente y trasladarse en espíritu á aquella sociedad y aquel mundo. Solamente así podrá sentirse la honda belleza del problema religioso que se plantea en el *Condenado por desconfiado*, ó la idea del honor de aquel médico de su honra que manda dar á su esposa una sangría suelta sólo porque medio sospecha que no le es fiel, ó el conflicto del D. Félix de *Amigo amante y leal*, que por acatamiento á su señor llega hasta el extremo de poner asechanzas á su dama para que el príncipe la fuerce. El arte escénico no es, en rigor, otra cosa que una reproducción viva y lo más fiel posible de un aspecto de la realidad: el deleite del espectador depende en gran parte de la semejanza que encuentra entre lo real y lo fingido. Cuando el retrato corresponde al original, la obra dramática le complace. ¿Cómo sin conocer ni sentir el objeto pintado ha de percibir el parecido de la pintura?

Nadie más competente para poner mano en cosa tan sagrada como son las joyas de nuestra escena, que los dos poetas que trataron de ajustar la comedia desde *Toledo á Madrid* á las exigencias del teatro contemporáneo. Pero con ser indiscutible la competencia de los dos grandes ingenios, preciso es convenir en que las modificaciones hechas en la obra del ingenioso fraile desvirtuan y trastornan de un modo excesivo la producción original. La división en cinco actos, cosa es ya que por sí sola representa, á mi entender, grave atentado contra una ley constantemente observada en nuestros dramas, ley que tiene menos de arbi-

traria que la exigida por Horacio. Si no fuese el respeto que me inspiran los nombres de Bretón y Hartzenbusch, diría que la refundición de varios personajes en uno, los retazos añadidos, alguno de los parlamentos mutilados, y, sobre todo, el acto quinto con todos sus incidentes, que ni siquiera soñó Tirso, podrán ser, y lo son, prueba evidente del talento artístico de los arregladores, pero revelan al mismo tiempo magnos atrevimientos, que sólo tienen disculpa en la autoridad de los dos grandes maestros que á tales cosas se atrevieron.

Para los actores, la representación de una comedia del teatro antiguo es una verdadera prueba á la que muy pocos comediantes modernos pueden resistir. Creen nuestros artistas dramáticos que aprendiendo su papel *ad pedem literæ,* han hecho todo cuanto es necesario para representar con acierto tal ó cual personaje. Error grande. Sólo conociendo profundamente nuestra literatura y nuestro teatro, y el siglo á que la comedia pertenece, puede intentarse con esperanzas de acierto la empresa de representar una obra cualquiera de la centuria XVII. Poner en escena una de esas comedias equivale á resucitar, no una sola obra teatral, sino una época, y esto sólo pueden hacerlo grandes y privilegiados artistas.

Por tal razón, la comedia *Desde Toledo á Madrid* resultó un lastimoso desastre, y únicamente la actriz encargada del papel de doña Mayor, demostró en algunas escenas que había estudiado, aunque no con mucha fortuna, el carácter apasionado, violento, atrevido y libre de las damas de Tirso. Los otros actores hicieron patente su desconocimiento absoluto de la obra que ejecutaron.

***

El teatro de la Princesa, siguiendo sus tradiciones galófilas, abrió sus puertas con una comedia de Dumas, mutilada inhábilmente y de escaso mérito artístico. Es aquel lindo coliseo una especie de sucursal de los teatros franceses: gracias á la empresa que lo explota, vemos allí, del revés por supuesto, usando una frase de Cervantes, los abigarrados tapices que tejen y pintan los dramaturgos traspirenáicos. Por allí ha pasado, en los dos últimos años, medio centenar de *altas comedias* francesas, las cuales han contribuido no poco á pervertir el gusto del público y á grabar en la literatura patria el carácter de la enfermiza dramática francesa.

Cuenta este teatro, es verdad, con

la mejor actriz española; ninguna hay que la aventaje ni siquiera la iguale en la expresión de los afectos; su figura y sus modales la hacen apta para desempeñar los papeles de gran dama; dice bien y sabe dar á su voz el acento reconcentrado de la pasión, el de la queja cariñosa, el del despecho y el de la ironía... Pero es lo cierto que en aquel teatro es ella sola artista de relevante mérito: los demás, á excepción de alguno que otro tolerable, no son más que los comparsas de la actriz, figuras borrosas que, agrupadas en el fondo de la escena, sirven únicamente para que la actriz principal destaque convenientemente.

En la obra de Dumas *La Princesa Jorge* el público experimentó una verdadera decepción. Aplaudió sí, á su artista predilecta, pero faltó poco para que no recibiese con protestas, más que medianamente ruidosas, á la mayor parte de los artistas que sirven de pedestal á la protagonista de la obra y á la principal artista de la compañía.

Y he aquí que esto confirma lo que más arriba dejo dicho: si esta actriz tuviese á su lado á la media docena de actores ó de actrices que figuran al frente de los demás teatros, y si en vez de gastar su talento en obras exóticas, generalmente mal arregladas y peor escritas, buscase en el repertorio nacional los dramas y comedias de Tamayo, Ayala, Serra, Bretón de los Herreros y otros genuinamente españoles, ó de los autores que, á la manera de Sellés, siguen las huellas francesas, otro gallo cantaría á nuestra escena, y acaso los ingenios que ahora aspiran honrosamente á conquistar los laureles del teatro emprenderían rumbo más acertado que el que ahora siguen con escaso fruto para ellos y con marcado vilipendio para las letras patrias.

***

Gloria es de nuestra vieja patria ver cómo sus hijas, las repúblicas de la América española, agrandan en aquellas remotas tierras la herencia literaria que de nosotros recibieron. Tres libros americanos acabo de leer, y cada uno de ellos, dentro de su respectivo género, prueban cuán fecundas son allí las fuentes del ingenio. Es el primero de estos libros una novela, impresa en Buenos Aires y escrita por un publicista de merecida fama: Federico Gamboa. Seiscientas páginas contiene aquélla, y á pesar de su extensión no decae el interés ni un solo momento, ni en una sola página parece fatigada la pluma envidiable de su autor.

Apariencias pertenece al género naturalista, pero sin incurrir en las exageraciones de esta escuela. Su autor llega á las fronteras de lo prohibido, pero no las traspasa ni se goza jamás en la descripción y regodeo de lo repugnante. Su asunto no es nuevo ni complicada la trama. La historia de unos amores, estudiada en sus antecedentes, analizada en sus comienzos y observada en sus más minuciosos detalles psicológicos hasta el momento del desenlace.

Dotado el Sr. Gamboa de un espíritu observador que recuerda algo el de Turguenef, lleva quizá hasta el exceso el afan de la observación, amontonando detalles y no pasando por alto nada de lo que tiene relación con el objeto descrito. Pero si esta minuciosidad puede resultar, y de hecho resulta algunas veces excesiva, en cambio da ocasión á que el autor haga hermoso alarde de una imaginación rica en colores y de una delicadeza de percepción en nada inferior á la de los más célebres novelistas franceses, maestros en estas habilidades literarias

Tan verdad es esto, que hay capítulos como el de la descripción de dos trenes que chocan, la de un viaje desde Méjico á Venezuela, la de una fiesta de sociedad y otros muchos cuadros no inferiores á los citados, que cautivan á los lectores no sólo por su verdad sino por la maestría y vigor de la pintura.

Pero donde principalmente se descubren dotes de novelista privilegiado, es en el análisis de los carecteres y en el estudio de la vida interior. El Sr. Gamboa pertenece al número de esos mineros del pensamiento, que armados de poderosas linternas, nos hacen caminar por los espirales tenebrosos del alma, mostrándonos aquí el rincón ignorado en donde se mueve la larva embrionaria del deseo, más allá la región dantesca, en que el hielo de la ironía destruye los ardores del entusiasmo, en tal misteriosa encrucijada el paraje sombrío en que el instinto brutal, armado de sus armas groseras, armas de hombre primitivo, combate contra ese débil guerrero que se llama bien, pronto á huir ante las acometidas furiosas de su constante enemigo. En esas profundidades de mina es donde el autor ha encontrado los mejores diamantes de su libro.

La acción comienza en una aldea de Méjico en tiempos de la invasión francesa, cuyos últimos resultados fueron el drama de Querétaro. Estas primeras páginas del libro *Apariencias,* atraen desde el primer momento la atención con la pintura de un episodio de la guerra de la independencia mejica, semejante á los hechos gloriosos de que

fueron teatro las aldeas españolas á principios del siglo. En esta especie de prólogo se da á conocer al jovenzuelo que ha de ser protagonista de la novela, salvado de una muerte cierta por D. Luis, elocuente abogado, quien, conmovido ante la orfandad del muchacho, le prohija y le atiende con cariño de padre.

Pedro, que este es el nombre del joven, crece en años al mismo tiempo que en virtudes, ama y es amado, conquista una envidiable posición y todo le sonríe. Hasta aquí la novela tiene todo el perfume de un idilio, cuya parte más tierna y delicada es la que se refiere á los amores del joven estudiante con Magdalena. A partir de este punto, el idilio se convierte en drama. D. Luis, el protector, el padre de Pedro, se casa con una hermosa joven. Anciano el marido y en el apogeo de la vida la esposa, surge naturalmente el germen de la trama. Amor frenético se apodera de los dos jóvenes, Elena y Pedro. Magdalena es olvidada. En tanto los imprudentes amantes luchan tenaz y obstinadamente con su pasión; pero *amor,* «más poderoso que la muerte», acaba por vencerlos y el adulterio se consuma.

El análisis que el autor hace de la pasión en el alma de los adúlteros, reune grandísimo poder de observación. Se asiste al nacimiento de aquella ligera llama, inadvertida al principio, amenazadora más tarde, voraz por último, hasta el punto de reducir á humeantes escombros todos los esfuerzos de la voluntad y todos los baluartes del deber y del pudor. Satisfecha la criminal pasión, el remordimiento aventaja en dolores á las angustias del deseo: el placer intranquilo, el temor siempre en acecho, los celos despiertos, y la degradación, compañeros inseparables del placer ilegítimo, son pintados con tremendos colores, con los colores de la verdad espantable, lógica y desnuda.

No hay catástrofe sangrienta. El marido sorprende á los adúlteros, y aunque aguijoneado al punto por el deseo de venganza, acaba por condenarlos á vivir.

Esto es, en pocas frases, el argumento de *Apariencias,* que, aunque poco nuevo, ha dado asunto al Sr. Gamboa para extraer de él no pocas bellezas, reflexiones profundas é ingeniosas consideraciones. Es, en una palabra, la novela del autor bonaerense, libro que honra á la literatura americana, si bien nótase en él más afinidades en punto á procedimiento, á estilo y aun á lenguaje, con la literatura francesa, que con la española, de la cual por su idioma y por su tradición es hija y heredera.

***

De muy distinto carácter es el libro nuevo, también de Buenos Aires, que con el título de *Pinceladas históricas,* acaba de publicar el individuo del Congreso internacional de americanistas, D. R. Monner Sans. Es esta obra un concienzudo trabajo acerca de las Misiones Jesuítas del Paraguay. Con frase sobria, como corresponde á los estudios científicos, el autor de las *Pinceladas* enumera los beneficios que en su opinión deben aquellas regiones á la gestión de los Jesuítas y los males que de su expulsión se siguieron, rebatiendo al mismo tiempo los cargos que sobre la Compañía de San Ignacio han formulado algunos historiadores.

Como el prologuista del libro, B. Mitre, hace notar oportunamente, más bien que un trabajo puramente histórico, la obra del señor Monner Sans es una tesis de carácter crítico en que el autor se propone demostrar las excelencia de la dominación de los Jesuítas en el Paraguay.

*
* *

Algunas palabras sobre la organización de la Universidad de Córdoba titula D. Ramón J. Cárcano, ex-profesor de aquel centro docente, á un libro de verdadero interés para cuantas personas se dedican al estudio de las importantes cuestiones relativas á la enseñanza. Toda la obra tiene por objeto principal defender la existencia autónoma de las Universidades, como la que tuvo la de Córdoba, cuyos primitivos reglamentos coinciden en muchos puntos con los antiguos de las Universidades españolas, privadas hoy, como las argentinas, en absoluto, de toda su antigua independencia.

Como modelo de instituciones docentes, presenta el Sr. Cárcano las universidades de Alemania, por él visitadas y estudiadas con gran detenimiento y elevación de miras. La forma particular de seguirse los estudios, la manera de ser nombrados los profesores, la jurisdicción confiada á rectores y maestros, el carácter armónico de las diversas materias que constituyen la enseñanza, el espíritu, en una palabra, de las escuelas germánicas, le parece ser digno de imitación y medio adecuado para rehabilitar el nombre de la Universidad americana de Córdoba.

Inspirándose el autor siempre en el ejemplo de aquella enseñanza, lamenta la desaparición de la Facultad de Teología de la Universidad cordobesa, y muestra cómo, aislada la ciencia de Dios de las

otras ciencias y alejando al sabio del sacerdote, lejos de tender á la unidad superior en que se unen y compenetran los conocimientos humanos, se contribuye á una especie de división de castas científicas y se ahondan las grandes divisiones que existen entre los hombres de la Iglesia y los de la Universidad.

Muy interesante y de carácter general y poético es lo que el autor escribe acerca de la retribución del Profesorado y de las ventajas de hacer desaparecer lo gratuito de los estudios. Con ejemplos tomados de Alemania é Inglaterra, prueba las ventajas de la retribución particular al profesor, facilitándole así que se consagre por completo al sacerdocio de la enseñanza sin distraer su actividad en el ejercicio de otras profesiones un tanto ajenas á la materia que es objeto de su enseñanza.

En rigor, este libro, no sólo tiene utilidad para la nación argentina, es también de sumo interés para España, en donde las enseñanzas universitarias están necesitando honda y radical reforma.

Francisco F. Villegas.

REVISTA FINANCIERA

Paralización de los negocios. — El numerario. — Alza. — El déficit. — Economías indispensables. — Exportación vinícola.

No han adquirido ni movimiento ni desarrollo alguno los negocios desde la fecha de nuestra anterior Revista. Paralización tan grande pocas veces se ha conocido. Lo mismo en Inglaterra, que en Francia, que en Alemania, que en Bélgica y que en Holanda—naciones de donde surgen siempre las principales empresas —la paralización es absoluta y ni se registran nuevos empréstitos ni nacen y se constituyen tampoco sociedades y compañías de la importancia ni de la calidad de otros años.

La crisis del año último no ha pasado todavía por completo, ó al menos no se ha olvidado. La desconfianza sigue siendo quizá la única nota característica de los mercados del dinero, y la desconfianza no puede engendrar nada grande ni provechoso.

Tal estado de postración donde mejor se refleja es en los balances de los grandes Bancos de emisión, repletos de numerario como nunca han estado, y con un descenso en la cartera jamás visto. Desde fines del año último á fines del pasado mes de Setiembre, el metálico de los Bancos de emisión de Europa ha aumentado en 1.167 millones de pesetas, y la cartera, por el contrario, ha sufrido sensible reducción.

Consecuencia de esto, es el bajo precio á que el dinero se ha cotizado y se cotiza. El Banco de Inglaterra descuenta al 2 por 100; el de Francia, al 2 ½; el de Alemania, al 3; el de Bélgica, al 2 ½; el de Austria, al 4, y el de Rusia, al 4 ½; tipos todos de 1 á ½ por 100 más bajos que en los años anteriores. Y en los mercados libres el dinero se

ofrece bastante más bajo. En Londres y París abunda desde $^{17}/_{18}$ por 100 en adelante con buenas garantías y á plazo corto; y en Berlín y Amsterdan no falta tampoco desde 1 $^{1}/_{2}$ por 100 en adelante.

Un poco ha comenzado á cambiar esta situación en estos últimos días. El cambio responde al pago del cupón trimestral de acciones, obligaciones y valores de los Estados, al acaparamiento de oro por Austria-Hungría para transformar su sistema monetario y á la flojedad de la corriente de oro de América.

*
* *

La abundancia de numerario y la escasez de buenos y nuevos negocios, ha producido la natural mejora en la cotización de todos los valores en los últimos meses. Lento ha sido el movimiento de ascenso, pero al mismo tiempo firme y constante, haciéndose en alza las liquidaciones de Julio, de Agosto y de Setiembre. La cotización del último al comenzar y al terminar, ha acusado las siguientes diferencias para los valores de las principales naciones de Europa:

FONDOS	BOLSAS	31 Agosto.	30 Setiembre.	Diferencia.
3 por 100 francés...	París.....	99,90	99,87	— 0,03
Consolidados.....	Londres.....	97,31	97,19	— 0,12
4 austriaco (oro)...	Viena.....	113,90	115,70	+ 1,80
3 $^{1}/_{2}$ belga.....	Bruselas.....	102,60	102,55	— 0,05
4 exterior español..	Madrid.....	74,40	74,90	+ 0,50
3 $^{1}/_{2}$ holandés.....	Amsterdam....	101,62	101,75	+ 0,13
4 húngaro (oro)....	Viena.....	111,35	112,35	+ 1
5 italiano.....	Roma.....	95,80	96,80	+ 1
3 portugués.....	París.....	24	24,56	+ 0,56
3 prusiano.....	Berlín.....	87,50	86,75	— 0,75
3 ruso-oriente.....	San Petersburgo	104,62	105,12	+ 0,50

Según los precios corrientes de estos valores en la Bolsa de París, la renta *francesa* produce el 3 por 100; el consolidado *inglés*, 2,82

por 100; la renta *austriaca*, 4 por 100; la *holandesa*, 3,43 por 100; la *húngara*, 4,16 por 100; la *prusiana*, 3,43; la *rusa*, 3,71; la *turca*, 4,53; la *italiana*, 4,63, y la ESPAÑOLA, **6,19** por **100**.

*
* *

No sin rubor se pueden escribir estas cifras. El crédito de España es el menos estimado y el menos apreciado en Europa. Delante de él está hasta el de Turquía y hasta el de Portugal, á pesar de las dificultades financieras y políticas acumuladas en esta nación en los años últimos.

Realmente, en la marcha que aquí se ha impreso á la administración de la Hacienda del Estado, no es posible esperar otro resultado. Ni de propósito podría hacerse peor. Hacienda que liquida desde tiempo inmemorial con déficit de tanta consideración é importancia, no puede aspirar á disfrutar de mayor crédito del que posee. Se hizo un arreglo con los acreedores hace diez años: de entonces acá se han consumido mil millones de pesetas más que lo que han producido las contribuciones é impuestos. ¿Qué tranquilidad puede tener el rentista español? ¿Quién le garantiza que, á seguir las cosas el mismo rumbo no se impone más pronto ó más tarde otro nuevo arreglo que reduzca capital é intereses como otras veces se ha reducido? Los créditos no se cotizan solamente por lo que de presente valen sino por las seguridades que para lo porvenir ofrecen, y el porvenir de los nuestros no es límpido y claro si no se cambian los rumbos que se siguen, y los gastos se ajustan á los ingresos normales. Otros diez años como los pasados desde 1882 á 1892 no es posible sufrirlos sin herir sagrados intereses del crédito. En este período se han gastado los recursos de las cajas especiales, los pagarés de bienes nacionales, los valores que el Tesoro guardaba en cartera como sobrante de la emisión Camacho, el valor de las existencias de tabacos, 300 millones anticipados por el Banco de España, el préstamo de la Compañía de Tabacos y la última emisión de amortizable que ascendió á 250 millones de pesetas. En total cerca de 1.000 millones. Si la bola sigue y la bola crece, no

hay que dudar quiénes tendrán que pagar las consecuencias de esta imprevisión y de este despilfarro.

Problema que ha podido tener fácil arreglo se va complicando más cada día y dificultando su solución. Un Estado no tiene derecho á consumir más de lo que puede. Si es costosa y complicada su organización y su máquina, el primer deber es simplificarla y reformarla. España es un país pobre, y empeñarse que vivamos á imagen y semejanza de Francia, que es el país más rico del globo, es una locura.

Nuestro presupuesto de gastos asciende á 800 millones de pesetas: 500 millones consumen la deuda y el ejército, 300 aquella y 200 éste. Para el resto de todas las demás obligaciones, para la enseñanza, para la justicia, para el clero, para la administración financiera, para la gobernación interior, para las relaciones exteriores, para la agricultura, para el comercio y para obras públicas no quedan más que 300 millones. Algo podrá reducirse esta partida y distribuirse por modo más racional y *económico,* pero las reducciones más importantes hay que buscarlas y hay que hacerlas en el ejército. ¿No se atreven á ello nuestros hombres políticos, ó hay impedimentos que lo estorban? Pues renunciemos á ver nuestra Hacienda normalizada y nuestro crédito elevado, la industria, la agricultura y el comercio prósperos, desarrollados.

* * *

Algo podría conseguirse también por el lado del aumento de los ingresos, aumento que podría lograrse con sólo administrar mejor y con mayor celo. Por indiscutible tenemos que mientras las contribuciones é impuestos no salgan de manos de la Administración pública, no se conseguirá nada provechoso. La administración del Estado ni sirve para recaudar ni para administrar tampoco. Le falta el interés, y al faltarle el interés le falta el estímulo preciso en toda empresa. El éxito alcanzado por la Compañía de Tabacos, debe servir de ejemplo á nuestros gobernantes. Ni la contribución territorial, ni la industrial, ni ninguna produce lo que puede producir, lo que producirá, sin duda, el día que se entreguen á la iniciativa y esfuerzo particulares.

* * *

Del tratado de comercio con Francia, que tanto influiría en la mejora de la situación y del crédito de España, nada podemos decir. Regresaron los comisionistas españoles satisfechos de las atenciones personales que recibieron y del estudio comparativo que de las tarifas de aduanas de ambos países hicieron, pero de seguro amargados por las pocas esperanzas de éxito inmediato. La empresa de concertar un tratado es ardua y dificultosa en tanto que la opinión, soberana en Francia, no cambie.

Mientras nuestro comercio exterior se resiente de la paralización en la exportación de vinos, exportación que de más en más se va reduciendo, creándonos serios conflictos por no disponer de otro artículo que pueda suplir la deficiencia de la balanza económica y continuar el agio de los giros sobre las plazas extranjeras. En los ocho meses transcurridos del año corriente y en igual período de los anteriores, se han exportado las siguientes cantidades de vinos comunes:

		1890	1891	1892
A Francia.....	Hect.	4.554.900	6.081.902	3.601.215
A Inglaterra.....	»	57.628	67.493	62.832
Al resto de Europa y Africa...	»	88.724	103.044	94.246
A Cuba y Puerto Rico.....	»	336.424	325.547	389.277
A América extranjera.....	»	305.167	278.076	222.274
A Asia y Oceanía.....	»	17.800	20.454	27.935
TOTAL.....	»	5.360.613	6.876.516	4.397.779

En valores la reducción se acerca á 60.000.000 de pesetas. Los demás artículos de exportación se defienden mal, y las industrias textiles logran alguna mejora.

* *

La Bolsa con pocas operaciones y sin dirección señalada. No obstante lo que otros valores extranjeros empujan, por la solidaridad que entre todos existe, los de España, por el malestar de la Hacienda, por

la perturbación de los cambios y por las continuas exigencias del Tesoro sobre el Banco de España, que se traduce en desproporcionado aumento de billetes, no consiguen ninguna mejora sensible. Lo que ganan una semana lo pierden en la inmediata. De fines de Agosto á fines de Setiembre su movimiento ha sido el siguiente:

	31 Agosto.	30 Setbre.	Diferencia.
4 por 100 interior	70,50	70,95	+0,45
4 por 100 exterior	74,65	74,90	+0,25
4 por 100 amortizable	79,90	79,65	—0,25
Billetes Cuba, 6 por 100	106,10	106,80	+0,70
Idem íd., 5 por 100	97,10	98,40	+1,30
Cédulas Banco Hipotecario, 5 por 100	97,50	97,70	+0,20
Idem íd., 4 por 100	84	84	=
Acciones Banco de España	360	363	+3
Compañía de Tabacos	113,50	114	+0,50
CAMBIOS			
París, á la vista	15,15	14,80	—0,35
Londres, á la vista	»	28,85	»

A principios de Octubre se ha cortado el cupón, y los valores todos han retrocedido, excepto los de la Compañía de Tabacos, que han llegado á cotizarse á 130 por 100 y hoy se defienden alrededor de 128 y 130.

Nada más de particular.

UN EX-MINISTRO.

LA OBRA DEL SR. CASTELAR

El acontecimiento literario de 1892, el libro más notable que ha visto la luz referente á Cristóbal Colón, no obstante haberse escrito tanto con motivo del Centenario en España y fuera, es el publicado por el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, con el título de *Historia del Descubrimiento de América.*

La prensa unánime ha elogiado la obra y nosotros dedicaremos á ella un detenido estudio en el número próximo, concretándonos hoy á dar el índice del libro para conocimiento de nuestros lectores.

Dedicatoria.—Prólogo.—Capitulo primero, *Excepcional importancia de Colón.*—Cap. II, *Nacimiento y crianza de Colón.*—Cap. III, *La gloria de Colón.*—Cap. IV, *Portugal y Colón.*—Cap. V, *Casamiento de Colón y estancia de casado en Portugal.*—Cap. VI, *Venida de Colón á España.*—Cap. VII, *España y su estado al arribo de Colón.*—Cap. VIII, *Amores de Colón en Córdoba.*—Cap. IX, *Colón ante los nobles andaluces.*—Cap. X, *Colón ante la corte.*—Cap. XI, *Colón ante los Reyes Católicos.*—Cap. XII, *Colón en Salamanca.*—Cap. XIII, *La Rábida.*—Cap. XIV, *Colón y el real de Santa Fe.*—Cap. XV, *De Santa Fe á Palos.*—Cap. XVI, *Martín Alonso Pinzón.*—Cap. XVII, *El día de la partida.*—Cap. XVIII, *Viaje de Palos á Canarias.*—Cap. XIX, *El mar tenebroso.*—Cap. XX, *¡¡¡Tierra!!!*—Cap. XXI, *Los primeros descubrimientos.*—Cap. XXII, *La Isabela y Cuba.*—Cap. XXIII, *La Española.*—Cap. XXIV, *Regreso de Colón á España.*—Cap. XXV, *El descubrimiento en Europa.*—Cap. XXVI, *Segundo viaje de Colón.*—Cap. XXVII, *Causas del regreso segundo de Colón á España.*—Cap. XXVIII, *Los preparativos del tercer viaje.*—Cap XXIX, *Tercer viaje.*—Cap. XXX, *Cuarto viaje.*—Epílogo.

ÍNDICE

	Páginas.
Se oye ruido (novela), por Iván Turguenef	5
Los Aparecidos (drama en tres actos), por Enrique Ibsen	18
Tres cuentos, por el Conde Leó i Tolstoy	66
Las Emociones de un perdigón rojo, por Alfonso Daudet	87
La Copa (soneto), por Sully Prudhomme	92
El Salón de la emperatriz Josefina (conclusión), por Sofía Gay	93
La Literatura colombiana, por Isidoro Laverde Amaya	124
El último sueño (poesía), por Julio Flores	136
El Pesimismo en el siglo XIX, por E. Caro	138
Sección Hispano-ultramarina, por V. Barrantes	159
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro	165
Crónica internacional, por Emilio Castelar	179
Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas	192
Revista financiera, por un Ex-ministro	201
El libro del Sr. Castelar	207

España moderna

AÑO IV NÚM. XLVII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

NOVIEMBRE—1892

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

MIGUEL

Un zapatero vivía con su mujer y sus hijos en casa de un labriego. El pobre artesano no tenía nada, y ganaba el pan de cada día con el sudor de su frente. El pan era caro, el trabajo poco retribuido, y lo que con éste ganaba á mucha costa no hacía sino pasar de la mano al estómago. El y su mujer no tenían para los dos más que una sola pelliza, la cual estaba tan gastada que se caía á pedazos. Dos años llevaba ya esperando el zapatero poder comprar una pelleja de carnero para hacerse una nueva.

Sin embargo, al entrar el otoño quedaba algún dinerillo en casa; la mujer del zapatero guardaba en el cofre un billete de tres rublos, que unido con los pequeños créditos hechos acá y allá á los parroquianos, hacían un total de cinco rublos y veinte kopecks que añadir á los billetes. Una mañana dispúsose el zapatero á ir al pueblo con el fin de comprar la piel de carnero, tanto tiempo deseada; se puso la manteleta algodonada de su mujer, se echó encima un caftán de paño, y bastón en mano emprendió el camino en seguida de desayunar, no sin haber guardado cuidadosamente en el bolsillo el billete de tres rublos. Mientras caminaba silencioso, echaba sus cuentas: «Tengo tres rublos, decía para sus adentros; con los cinco que voy á recibir, suman ocho; y por este precio puede comprarse una pelleja decente.»

A la primera puerta que llamó, salió la mujer respondiéndole que no estaba su marido y que le pagarían dentro de ocho días; entre tan-

to, el zapatero no recibió ni un kopeck.

Fué á llamar en otra parte; esta vez encontrábase allí el amo de casa, pero juró y perjuró que no tenía dinero; y sólo entregó veinte kopecks.

Entonces al zapatero se le ocurrió la idea de que era preciso comprar á crédito la piel. Mas, el comerciante á quien se dirigió no quiso ni oir hablar de crédito.

—Con buenos rublos en la mano, podrás elegir todo lo que gustes; pero sin dinero no hay mercancía. ¡Ah! Medrados andaríamos con los créditos; ya sabemos lo que con ellos pasa.

El pobre zapatero no esperaba de ningún modo lo que le sucedía. Veinte pobres kopecks, el precio de una mala chapuza: he ahí todo lo que traía de su viaje, con un par de calzones de fieltro viejos que un aldeano le había dado para guarnecer de nuevo.

La pena y las congojas roíanle el corazón; entró en la primera taberna que halló al paso, bebió por valor de sus veinte kopecks y tomó el camino de su casa. Había helado, y nuestro hombre iba sin pelliza; sin embargo, sentía suave calor por todo el cuerpo: el aguardiente le había remozado todo. Hacía sonar el garrote encima del suelo endurecido por la helada, mientras que con la otra mano obligaba á las viejas calzas de fieltro á hacer los movimientos más desordenados. A guisa de consuelos, chapurreaba palabras incoherentes. «Voy muy calentito, decía, y sin embargo no llevo puesta la pelliza. Un cuartillo de aguardiente ha hecho el avío. Con eso circula el calor por todas las venas, y se puede pasar muy bien sin pelliza; y luego, ¡cómo aligera el corazón! Ahora soy un hombre contento. ¿Por qué apesadumbrarse? Seguiremos nuestro rumbo sin pelliza. Pero, ¡y mi mujer! Ella es quien va á revolverme otra vez la bilis; ¿no es eso irritante, de veras? No trabajo sino para ella, me tiene cogido por la nariz y me dejo llevar dócilmente. Pero, ¡espera, querida! Es necesario que salgan de tu escondite los rublos; me los tendrás que dar, y si no te arranco el moño. ¡Vaya, y que lo haré como lo digo! ¡Qué! No he recibido más que veinte kopecks. ¿Qué podía comprar con esta suma? Beber un trago, y nada más. Siempre se está quejando de que le hace mucha falta esto y que necesita lo otro y lo de más allá. ¡Y yo! ¿Cree ella que siempre tengo todo lo que deseo? Ella tiene la casa y el rebaño y toda suerte de cosas buenas, mientras que yo estoy ahí como un pobre diablo que debe proveer á todo. A ella no le falta pan; pero ¿quién lo paga sino yo? Y Dios sabe

dónde hay que tomar todo ese dinero. ¡Tres rublos por semana, sólo para el pan! Cuando yo llegue, me los encontraré á todos dispuestos á comer pan; ¡nada menos que rublo y medio en la mesa! Por eso quiero que ella me dé lo que me pertenece...»

Discurriendo así, llegó el pobre zapatero remendón junto á una capilla, oculta por una de las revueltas del camino.

Al pié del edificio parecióle que se rebullía una cosa blanca.

La noche, que había entrado ya, le impedía distinguir nada á distancia; acercóse para ver mejor, y se quedó perplejo. «¿Qué será eso?—se preguntaba.—Tal vez un sillar de piedra; pero no los hay en este sitio. ¿Un animal? No lo parece. ¿Un hombre, más bien? Pero aquella claridad y esas formas tan suaves, sería extraño. Además, ¿qué iba á hacer un hombre aquí, á estas horas?»

Se inclinó, acercándose mucho... Cosa extraña, en verdad. Sí, era un hombre; pero un hombre sin vestido, sin ropa interior, desnudo como un niño que acaba de nacer. No hubiera podido decirse si estaba muerto ó vivo; su mirada era fija, y no hacía ningún movimiento. Apoderóse el miedo del artesano, quien estremeciéndose, dijo para sí: «Sin duda los ladrones le han muerto y dejado aquí, después de robarle. Alejémonos; toda la vida está uno en peligro, si se mezcla en esta clase de cosas.» Y alejándose aprisa, volvió la esquina de la capilla.

Ahora estaba fuera de su vista la terrible aparición. Cuando húbose ido á lo largo de la pared, no pudo por menos de volver atrás la cabeza, y vió al hombre que había abandonado su sitio y avanzaba mirando como si buscase alguna cosa.

El pobre remendón creyó desmayarse; se detuvo temblando y diciéndose: «¿Qué debo hacer, acercarme á él ó huir á escape? ¡Ojo, amigo, no vayamos á tener algo que sentir si me acerco! ¿Quién sabe si está ahí con algún mal propósito? Si te acercas y se te echa encima y te estrangula dejándote en el sitio... ¡brr!... Y si nada hubiese que temer, ¿qué harías con él? Le echarías los brazos; está desnudo, ¡habría que vestirlo, despojarte de tus últimas ropas para cubrirle con ellas! ¡Nada de eso, amiguito; tomemos la del humo!»

El zapatero prosiguió á escape su camino. Sin embargo, no había andado cuatro pasos, cuando de nuevo se detuvo. Una voz interior le hablaba y le dejaba clavado en el sitio. «Pero, ¿qué ibas á hacer, hermano Semán? Este hombre se muere de necesidad, y tiemblas ante él

como una tímida criatura, ¡y quieres pasar de largo! ¿Habrás encontrado quizá un tesoro, y temes que te roben tus riquezas? ¡Semán, Semán, amigo mío, mal está lo que haces ahora!»

Y volviendo precipitadamente piés atrás, se fué en derechura hacia el desconocido.

II

Al aproximarse, vió un hombre joven, cuyo cuerpo sano y robusto no tenía vestigio alguno de violencia, sólo que el infeliz estaba yerto y parecía transido; habíase acercado al muro de la iglesia y estaba allí apoyado, sin mirar á Semán, sin fuerzas, sin poder ni siquiera alzar los ojos.

Semán se aproximó cada vez más; entonces el desconocido se despertó como de un sueño, levantó la cabeza, abrió los ojos y miró á Semán con una mirada que iba derecha al fondo del corazón. El zapatero arrojó las calzas, se soltó el cinturón de cuero, que fué á reunirse en el suelo con éstas, y después se quitó el caftán.

—Basta... veo lo que es. Toma, ¿quieres probarte esto? Pero enderézate un poco.

Semán sostuvo con sus brazos al desconocido y le ayudó á ponerse de pié. Entonces pudo ver un rostro encantador; el cuerpo era de formas delicadas y juveniles, los piés y las manos no presentaban callosidad alguna. Semán le echó su caftán encima de los hombros, y no pudiendo el desconocido meterse las mangas, le cogió las manos y le ayudó; luego cerró el caftán por delante, puso los faldones uno sobre otro y apretóle el talle por medio de su cinturón de cuero. Se quitó también el viejo gorro para cubrir con él á su desventurado hermano, pero sintió un frío penetrante y se hizo esta reflexión:

—Después de todo, yo soy calvo, mientras que á él le resguarda la cabeza un espeso bosque de pelo.

Y volvió á encasquetarse el gorro.

—Más vale calzarlo—replicó.—Le hizo sentar y le puso las viejas calzas de fieltro que llevaba en los piés. Luego de haberlo vestido así, le dijo con tono de cordialidad:

—Está bien, hermano. Ahora un poco de movimiento para entrar en calor. Con esto se sale ya del apuro. ¿Puedes andar?

El extranjero no respondió; inmóvil, miraba á Semán con ojos llenos de afecto y gratitud.

—¿No contestas? ¿Tal vez quisieras pasar aquí el invierno? Ven, vamos pronto á ponernos bajo te-

chado. Toma mi bastón, hermano, apóyate en él y prueba á caminar.

El hombre echó á andar. Iba sin dificultad, sin quedarse á la zaga, pegado á Semán, quien comenzó á preguntarle:

—Dime, hermano, ¿de dónde vienes?

—No soy de aquí.

—¿Qué es lo que por acá te trae? ¿Qué hacías junto á la capilla?

—No debo decirlo.

—¿Sin duda te han maltratado algunos perversos?

—Ningún hombre me ha hecho daño; Dios es quien me castiga.

—Es verdad, todo sucede conforme á su voluntad. Sin embargo, algo te propones: ¿á dónde vas?

—Todos los caminos me son indiferentes.

Semán se asombraba. Su compañero no tenía aspecto de loco ó de mala persona; hablaba con gran dulzura. ¿Por qué rehusaba explicarse? «Dios mío, pensaba el zapatero, hay muchas cosas ignoradas en este mundo.» Y prosiguió:

—Pues bueno, vente á mi casa y allí tendrás por lo menos un momento de reposo.

El zapatero seguía con paso alegre el camino de su casa, y el extranjero iba tan deprisa como él.

En aquel instante un viento frío se le coló por debajo de la descubierta camisa; había cesado el calor de la embriaguez, y Semán sintióse dolorido por aquella racha helada. Tiritando, aceleró el paso mientras estiraba sin piedad sobre el pecho la manteleta de su mujer. Pensaba tristemente: «Salí esta mañana para comprar una pelliza de carnero, y me vuelvo sin ir siquiera vestido, y por añadidura trayendo conmigo un hombre desnudo: ¡lo que es esto sí que no le va á gustar á Matrena!» Al pronunciar el nombre de su mujer, al pobre hombre le dió un vuelco el corazón. Echó una mirada á hurtadillas á su protegido; al ver este rostro tan dulce, tal como se le apareciera junto á la capilla, volvieron rápidamente á su corazón el gozo y la serenidad.

III

La mujer de Semán había acabado temprano su cotidiano trabajo. El agua, la leña, todo estaba dispuesto para el día siguiente; los niños habían tomado su merienda, ella acababa de tomar un bocadillo, y á la sazón celebraba consejo consigo misma, con el apuro de decidir si sería preciso hacer aquel día una nueva hornada de pan.

—Semán puede haber comido en el camino—se decía;—en ese caso,

no tomará nada esta noche, y queda bastante pan para mañana.

Volvió y revolvió veinte veces el pedazo que le quedaba, y al fin tomó su partido. «No, decidió; no hay harina sino para una vez, y es preciso que con ella lleguemos hasta el viernes.»

Una vez cuidadosamente guardado el pan, Matrena cogió la aguja y se puso á remendar una camisa de su marido. Mientras corría ligera la mano, Matrena estaba en pensamiento con su Semán, comprando la piel de carnero con la cual se haría la famosa pelliza.

—¡Dios mío, con tal de que no se deje engañar!...—decía tirando nerviosa de la aguja.—El pobre hombre no tiene ni pizca de malicia; un niño chiquitín lo llevaría de las narices, y él no es capaz de arrancar un pelo. La verdad es que ocho rublos en plata no son una bicoca: con eso se tiene una hermosa pelliza, claro es que sin guarnecer, pero á la postre una pelliza. ¡Bastante hemos sufrido sin pelliza el invierno pasado! Yo no podía ir á ninguna parte, ni siquiera hasta el arroyo. Y todo se lo ha puesto al salir; no tengo nada de abrigo que ponerme en el cuerpo. Salió temprano. ¿Qué hace para no haber vuelto todavía? ¡Caramba! ¿Se habrá detenido por casualidad mi tesoro en la taberna?

Concluía su monólogo, cuando de pronto unos pasos hicieron rechinar la escalera. Matrena soltó la aguja y salió á toda prisa.

Con gran sorpresa suya, ve que han entrado dos hombres: uno de ellos es su marido; el otro es una especie de campesino, con altas botas de fieltro, sin gorro, de una facha extraña.

—¡Gran Dios!—pensó ella.—Bien me daba á mí que mi hombre ha bebido.

Pero cuando vió que venía sin caftán, apenas vestido con la vieja manteleta, y que estaba allí plantado como un culpable, sin chistar, sin saber á dónde mirar, creyó ella que se le hacía pedazos el corazón.

—Estás borracho—dijo con dolorosa amargura;—te has bebido nuestro pobre dinero con este beodo, y aún te atreves á traerlo aquí.

Los dos hombres entraron en la habitación; Matrena los siguió, empeñada en ver la cara al extranjero. Advierte que es muy joven, que tiene la tez pálida, un continente muy dulce, y además que lleva su propio caftán ¡sobre la piel desnuda! ¡Ni vestigios de camisa, ni siquiera de gorro! Ha èntrado, y allí permanece inmóvil, sin menearse, sin atreverse á alzar los ojos.

—No puede ser un hombre de palo—se dijo Matrena.—¡Me da miedo!

Retrocedió y pegóse á la chime-

nea, esperando con aire azorado lo que iba á suceder.

Semán se quitó el gorro de cuero y se sentó en el banco.

Preocupado con albergar á su huésped, preguntó á Matrena:

—Bueno, mujercita, ¿qué nos das de cenar?

La mujer, trocada en estatua delante del hogar, masculló entre dientes. Miraba alternativamente al uno y al otro, y meneaba la cabeza con el mohín más displicente. Semán advirtió que su cara mitad tenía el corazón lleno de bilis; pero hizo como si nada viese, y cogiéndole la mano al extranjero le dijo con tono afectuoso:

—Siéntate, hermano, y comeremos un bocado juntos.

El extranjero se sentó con timidez al lado de Semán. Este continuó:

—Di, mujercita, ¿no te queda nada de tus guisos?

Entonces desatóse Matrena:

—¡Claro está que algo me queda! Pero eso de dártelo, ¡que te limpies! Un hombre que ha bebido hasta no saber ya dónde tiene la cabeza, que se va para comprar una pelliza y vuelve sin caftán, trayendo consigo un vagabundo... no, en mi ánima. ¡Yo no doy de comer á gandules y borrachos de vuestra calaña!

—Cesa en tu estúpida charla, Matrena; dejas correr mucho la sin hueso, y antes debieras informarte...

—Lo que quiero saber antes es qué has hecho de nuestro dinero.

—Míralo—dijo;—Trifonow no me ha dado nada, me ha prometido pagarme mañana.

Estas frases, lejos de calmar á la terrible esposa, provocaron una nueva explosión de cólera.

—¡Sin pelliza! ¡Mi caftán en las costillas de un descamisado! ¡Y un vago en mi casa!—gritó, apoderándose con furia del billete, que al momento guardó en sitio seguro. Y no cesaba de darle á la lengua:—No, aquí no hay nada para vosotros. ¡Pues no tenía yo mal quehacer si hubiese de alimentar á tus borrachos, á tus amigos de taberna...!

—¡Matrena, calla el pico y oye lo que te voy á decir!

—¡Lo que me vas á decir! ¡Vaya con este grandísimo majadero, que quiere darme lecciones! ¡Ah! No me engañaba yo cuando no te quería por marido. Toda la hermosa ropa blanca que recibí de mi madre la has vendido para beber, y hoy te marchas aún á la taberna en vez de comprar la pelliza.

Semán quiere explicar que no ha bebido más que los veinte kopecks; comienza el relato de su encuentro con el extranjero, pero Matrena le interrumpe á cada paso y habla sola. ¿De dónde sacará ella todo cuanto dice? ¡Dios, qué flujo de palabras!

Una no espera á la otra. De diez años á la fecha acuden á su memoria todos los hechos; no se le olvida ninguno. Matrena se sobreexcita cada vez más, grita más alto, y al cabo cae sobre su marido, á quien agarra del brazo con violencia:

—¡Y mi manteleta! ¡También necesitabas lo único bueno que me quedaba! ¡Devuélvemela, perro borracho, y bien pronto, ó si no, ojo al garrote!

Semán, sin poder contestar una palabra, se sacó una de las mangas; su mujer tiró violentamente de la otra haciendo crujir todas las costuras; luego, tirando la prenda de vestir por encima de la cabeza, precipitóse hacia la puerta con el propósito de marcharse, pero de repente se detuvo. Se apaciguó su ira; otra voz acababa de hablar en ella, diciéndola que antes de escuchar á la cólera se informase de quién era el extranjero.

IV

Se quedó, y dijo á Semán:

—Si fuera un hombre de bien, no se pasearía desnudo, sin una camisa siquiera en el cuerpo; si estuviese allí por cosa buena, hace mucho tiempo que me hubieras dicho dónde has encontrado á este mocete.

—Precisamente, voy á decírtelo. Cátate que voy tranquilo por mi camino; delante de la capilla veo echado al pié de la pared á este hombre, desnudo como un niño que acaba de nacer; el frío le había dejado yerto; con el tiempo que hace no es nada bueno estar fuera de casita, sin ropa puesta encima. Dios es quien me condujo á su presencia; sin mí no estaría vivo. ¿Qué tenía yo que hacer? ¡Piénsalo bien! Nadie sabe lo que puede ocurrirle en el mundo. No vacilé, repartí con él mis vestiduras, y le dije que se viniese conmigo. Así, pues, Matrena, sosiega tu corazón un poco salvaje, y cuida de no pecar; acuérdate de que hemos de morir.

El espíritu del mal dominaba aún á Matrena: echó al extranjero una mirada llena de repulsión y permaneció silenciosa.

En cuanto al huésped desconocido, continuaba sin pestañear, medio sentado en la orilla del banco, cruzadas las manos sobre las rodillas y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Tenía los ojos constantemente cerrados. Su frente estaba velada por una tétrica melancolía y parecía oprimírsele la respiración.

Matrena continuaba sin responder.

Semán la interpeló de nuevo.

—Pero, Matrena, ¿te ha dejado de su mano Dios?

Estas palabras vibraron con extraño son en los oídos de Matrena, quien lanzó una nueva mirada al extranjero y sintió descargársele el corazón de un peso inmenso. Abandonando la puerta, se acercó á la estufa, sacó la comida de la tarde y la puso delante de ambos hombres; trajo la jarra de cerveza *(kwass)*, poniéndola en la mesa después de llenarla hasta el borde; puso también el único pan que le quedaba; y, con voz tranquila, dijo á sus huéspedes, colocando ante ellos los cuchillos y las cucharas:

—Pues, bien, comed; he ahí todo lo que puedo ofreceros.

—Vamos, mi joven amigo, regálate—dijo á su vez Semán, después de cortar el pan en rebanadas y de empapar la sopa.

Y las cucharas iban y venían por la cazuela común. Matrena, de codos en una de las esquinas de la mesa, no apartaba los ojos del extranjero; y apoderóse de ella la lástima, y conmoviósele el corazón. Las facciones del desconocido se iluminaron con un rayo de alegría, reapareció en su frente la serenidad; levantando los ojos hacia Matrena, viósele una sonrisa llena de dulcedumbre.

Terminada la comida y alzados los manteles, Matrena se puso á hacer preguntas al extranjero.

—¿Quién eres?—comenzó.

—Aquí no me conocen.

—Pero, ¿cómo te has encontrado en el camino de nuestra aldea? ¿Quién te ha despojado de esta suerte?

—Dios me castiga.

—¿Con que de veras estabas desnudo delante de la capilla?

—Sí, es verdad; helaba, el frío me había entumecido ya; entonces me ha visto Semán y ha tenido lástima de mí: se ha quitado el caftán para cubrirme con él. Y, lo mismo que Semán, tú también te has apiadado de mi miseria y me has dado con qué calmar mi sed y mi hambre. ¡Recompénseos Dios con la felicidad eterna!

Matrena se fué á descolgar de la ventana una camisa vieja, aquella misma que acababa de remendar; encontró también un par de calzones viejos, y todo ello se lo dió al extranjero, diciéndole:

—Toma, hermano, ponte esto; no puedes estar sin camisa. Ahora elige el sitio que te convenga para pasar la noche; puedes tomar el sobradillo ó el rincón del hogar.

El extranjero se acostó en el camaranchón después de haber devuelto el caftán. Matrena, por su parte, mató la luz y se acostó junto á su marido, cubriéndose pobremente con la mitad del caftán. Pensando en el huésped misterioso, no se pudo dormir. Cuando se decía

que el último pan estaba comido y no había ya para mañana, que había dado hasta la camisa y los calzones de su marido, su corazón se contraía dolorosamente; pero entonces volvía á ver la sonrisa tan dulce y tan afectuosa, que había contestado á sus beneficios, y al punto una explosión de júbilo disipaba en ella todo vestigio de amargura.

Largo tiempo permaneció así despierta, notando que tampoco dormía Semán, porque tiraba del caftán y se lo echaba él todo encima de sí.

—¡Semán!—le dijo ella al cabo.

—¿Qué hay?

—Hemos comido el último resto de pan, y no he puesto ningún otro al horno. ¿Qué vamos á hacer mañana? ¿Habrá que pedirlo prestado á la vecina Malojá?

—Con tal de que tengamos vida, encontraremos que comer.

Esta contestación hizo callarse á Matrena, quien, sin embargo, continuó un momento después:

—Ya se ve que ese hombre no es ningún malvado. Entonces, ¿por qué no quiere darse á conocer?

—¡Qué sé yo! Sin duda, porque se lo han prohibido.

—Oye, pues, Semán.

—¿El qué?

—Nosotros estamos dispuestos á dar siempre... ¿Por qué á nosotros nunca nos da nadie nada?

Semán no sabía qué responder, y refunfuñó:

—Bastante hemos charlado ya. Durmamos.

Y volviéndose al otro lado se quedó dormido con un sueño profundo.

V

A la mañana siguiente se despertó más tarde que de costumbre. Los niños dormían aún. Matrena había ido á casa de la vecina en busca de su pequeño préstamo. El extranjero estaba ya sentado en el banco, vestido con las calzas viejas y la camisa remendada. Una tranquila serenidad irradiaba de sus facciones, y sus miradas elevábanse al cielo.

Semán le dijo, acercándose á él:

—Hermano, hablemos un poco. No se puede vivir sin comer ni beber, y el cuerpo requiere ir vestido. El hombre debe ganarse el pan. ¿Sabes trabajar?

—No sé nada.

A Semán le dió un sobresalto; pero reportándose dijo:

—Bien. Basta con que tomes gusto al trabajo; el hombre puede aprenderlo todo.

—Trabajaré como vosotros.

—¿Cómo hay que llamarte?

—Miguel.

—Basta: no pregunto ninguna otra cosa, puesto que no puedes decir nada más. Pues bien, mi querido Miguel, aplícate, sigue mis consejos y aquí no te faltará ninguna cosa.

—¡Dios te bendiga! Ahora, habla y obedezco.

El zapatero tomó su ovillo de hilo encerado y se puso á retorcer la hebra entre los dedos:

—Mira—dijo;—esto no es difícil.

Miguel ponía en ello toda su atención, luego ensayaba á su vez; triunfó de esta prueba con un buen éxito completo. Semán continuó iniciándole gradualmente en todos los secretos del oficio. El aprendiz daba muestras de habilidad y de inteligencia, y no hacía más que regocijar á su maestro. Por difícil que fuese la obra, salía de sus manos limpia y bien hecha. Al tercer día, Miguel trabajaba ya como un obrero; hubiérase dicho que en toda su vida no había hecho otra cosa. No perdía un minuto, comía con moderación y no salía jamás. Cuando tenía ratos de vagar, permanecía silencioso, con los ojos constantemente fijos en el cielo; ninguna palabra inútil, ninguna burla salía de su boca. No se reía nunca. No se le había visto sonreir más que una vez, el día de su llegada, cuando Matrena le sirvió de cenar.

VI

Yendo así las cosas, días tras días, semanas tras semanas, transcurrió bien pronto un año. El maestro Semán tenía ahora un hábil obrero, capaz de trabajar mejor y con más solidez que otro cualquiera; todo el mundo elogiaba su obra, los parroquianos acudían de todas partes, y al fin reinaba el bienestar en la morada del pobre zapatero de viejo. Un día, en el riñón del invierno, detúvose ante la puerta un trineo tirado por tres veloces caballos. Semán y su compañero se asomaron á la ventana, interrumpiendo el trabajo respectivo. Un elegante lacayo saltó con presteza del pescante y abrió la portezuela. Apeóse un personaje de porte distinguido, envuelto en pieles, quien se dirigió á la puerta y subió la escalera. Matrena habíase precipitado al portal y tenía abierta de par en par la puerta.

El personaje se inclinó ante el dintel, bajo en demasía, y penetró en la estancia. Era de una estatura más que regular, y en poco estuvo que al entrar no diese con la cabeza en el techo. Su aire majestuoso contrastaba con la modesta pie-

za, que parecía demasiado pequeña para él.

Semán, que se había levantado con premura, hizo una profunda reverencia, todo confuso al ver á ese gran señor; su pobre techo jamás había cobijado á un personaje semejante. ¡Qué contraste! Por un lado, Semán con la tez curtida y el rostro arrugado, Miguel con su pálida y demacrada faz, Matrena cuya rugosa piel se estira sobre los huesos; por otra parte, un coloso de pingüe cara encendida, con un pescuezo de toro, hirviendo todo el hombre como si fuese fundición, en una palabra, un ser con aspecto de venir de otro mundo.

El personaje respiró ruidosamente, se quitó el abrigo de pieles, y después de sentarse, preguntó:

—¿Quién es aquí el amo?

—Yo soy, mi Señoría—respondió Semán, adelantándose.

El caballero se volvió entonces hacia su lacayo, y le dijo:

—Fedka, vete á buscar el rollo de cuero.

Apresuróse á salir el lacayo, y bien pronto regresó con un rollo, entregándosele á su amo. Este lo puso encima de la mesa.

—Abrelo—ordenó de nuevo.

Cuando quedó hecho así, el caballero, apoyando la mano en el cuero, interpeló á Semán:

—¡Escucha ahora, zapatero y maestro de obra prima! ¿Ves este cuero?

—Lo veo, mi Señoría—tartamudeó Semán, tan confundido, que apenas podía hablar.

—¡Lo ves! Pero, ¿sabes tú lo que es esta mercancía?

Semán palpó el cuero, y dijo:

—Es una magnífica mercancía.

—¡Magnífica! Ya lo creo, pardiez; tan magnífica, que un zapatero como tú en su vida ha visto cosa parecida. ¿Sabes que esto es cuero alemán, y que cuesta veinte rublos?

El corazón le dió un vuelco á Semán, quien apenas pudo balbucear:

—¿Dónde se encontraría aquí nada parecido?

—Eso mismo digo yo. Ahora, escúchame bien. Quiero que con esta piel me hagan un par de botas, pero necesito una obra maestra. ¿Te encargarás tú de este trabajo?

—Me encargaré de él, mi Señoría.

El caballero apostrofó con violencia á Semán.

—Pronto dices que te encargarás; pero, ¿sabes para quién trabajas? ¿Y conoces el precio de este género? Quiero unas botas que me duren puestas un año, sin torcerse, ni desgastarse una pizca, sin desgarradura de ninguna clase. Si te crees capaz de hacerlo bien, corta mi precioso rollo, te lo confío; pero si

no estás seguro, no te encargues de la cosa, pues te prevengo que al menor pliegue, al más pequeño desgarro, á la más mínima avería que se produzca en un año, te hago zampar en la cárcel sin piedad. Por el contrario, si me satisface la obra, tu salario será un rublo en plata.

Semán había perdido todo su aplomo, no se atrevía á responder, é interrogaba con la vista al compañero Miguel. Como éste permaneciese indiferente, Semán le dió con el codo, diciendo en voz baja:

—¿Debo aceptar?

Miguel hizo un movimiento de cabeza, que significaba.

—Toma el trabajo, puedes hacerlo.

Con este consejo, aceptó Semán y prometió unas botas que se conservaran intactas durante un año. Después de lo cual, llamando al lacayo, el caballero se hizo descalzar el pié izquierdo y alargó la pierna al maestro de obra prima, para que le tomase las medidas.

Semán cogió unas tiritas de papel, las reunió cosiéndolas por los cabos, y esto formó una medida de unos diez *werschok*, alisándola cuidadosamente con la mano; luego, poniendo rodilla en tierra, comenzó la operación, pero secándose antes las manos con el delantal, de miedo á ensuciarle las medias al caballero.

Midió la planta y después la garganta del pié. La pantorrilla era un verdadero pilar; la tira resultó corta para abarcarla en redondo.

—Cuida de no hacerme las cañas demasiado estrechas—exclamó el caballero.

Semán apresuróse á coser otra tira; al paso que el extranjero, sentado con indolencia, miraba las caras á los estantes en la habitación; y mientras sus dedos gordos ejecutaban una danza dentro de las medias, sus ojos fueron á fijarse en Miguel.

—¿Quién es este?—preguntó.—¿Tu aprendiz, sin duda?

—Dígnese dispensarme V. S.; este joven es ya un maestro, y él es quien hará las botas de V. S.

—Ten cuidado, joven. Ya has oído; quiero unas botas que permanezcan nuevas durante un año entero.

Semán habíase interrumpido para dirigirse también á Miguel, pero éste se ocupaba poco del caballero; miraba con rara insistencia al rincón del cuarto, como si alguna cosa le llamase la atención detrás del extranjero. Miraba y remiraba, hasta que de pronto una sonrisa iluminó su rostro; pareció transfigurarse.

—¿Qué quiere decir esto, necio presumido? ¿Qué tienes tú que fisgar? Piensa más bien en esmerarte

en la obra que vas á hacer y en concluir á tiempo mis botas.

—Estarán dispuestas á la hora en que vengan á pedirlas—respondió sencillamente Miguel.

—Así lo mando yo.

El caballero se dejó calzar, envolvióse en su abrigo de pieles y se dirigió á la puerta; al salir se le olvidó bajarse, y fué á chocar violentamente contra el dintel. El noble personaje echó sapos y culebras de lo lindo, mientras se frotaba la frente y corría á su trineo, que partió al galope.

Semán exhaló un suspiro de alivió, y dijo:

—¡Vaya un hombre de hierro! Un mazo no le derribaría; su cabeza ha hecho temblar la techumbre, y apenas parece haber sentido el golpe que se ha llevado.

Matrena también quiso echar su cuarto á espadas.

—Gentes que tienen todo cuanto quieren—dijo—no tiene nada de particular que sean fuertes y robustas. Pero, no importa; la muerte los deshará como á los demás.

VII

Al cabo de un momento, Semán dijo á Miguel:

—Bueno, ya tenemos la obra. ¡Con tal de que no nos ocurra un fracaso! El cuero es de lo más caro, su dueño, un hombre áspero, un desgarrón en seguida se hace. Ahora, á ti te toca mostrar lo que puedes hacer. Tienes un ojo más certero que yo, tus manos son más hábiles que las mías. Te dejo; corta el cuero; yo coseré las piezas.

Miguel extendió sobre la mesa el precioso rollo, sin contestar, y tijera en mano se puso á cortar el cuero. Mientras alejábase Semán, se acercó su mujer, curiosa por lo que iba á ocurrir. Por supuesto que desde mucho tiempo atrás era sabedora de cómo se procedía, pero aquella vez no pudo dar crédito á sus propios ojos. Contra todas las reglas, Miguel cortaba la pieza en una serie de roldanas; la pobre Matrena estaba enteramente trastornada; sin embargo, no se atrevía á intervenir por temor á meterse en una cosa de que no entendía. «Sin duda, no habré comprendido, decíase; dejemos obrar á Miguel, pues entiende de esto más que yo.» El obrero se puso en seguida á coser las piezas, pero siempre al contrario de lo usual; parecía hacer unos zapatos destinados á llevarse sin medias, como los que se ponen á los muertos. Matrena se asombraba cada vez más, pero se callaba, sin embargo, mientras que Miguel seguía cose que cose.

Pasó la tarde; al regresar Semán, se encontró con que el cuero de su Señoría estaba transformado en un par de zapatos de muerto.

El pobre hombre juntó las manos, y exclamó:

—¡Santo Dios! En un año que lleva conmigo, el joven no ha hecho jamás el menor desaguisado. ¡Y de pronto habrá de causarme un perjuicio tan grande! Zapatos flexibles, en lugar de las botas altas que encargó el caballero. ¡Y la magnífica piel estropeada, perdida! ¿Dónde encontrar ahora otra semejante? ¿Y qué voy á decirle al caballero? ¿En qué has estado pensando, Miguel, pobre amigo mío? Esto es clavarme un puñal en el pecho. Te encargan unas botas, y tú...

Iba á reventar, pero en ese momento estremecieron la puerta redoblados golpes.

Asomáronse todos á la ventana. Un jinete acababa de apearse ante la casa y estaba atando el caballo. Corrieron á su encuentro y conocieron al lacayo del caballero.

—Buenas tardes—dijo.

—Buenas tardes. ¿Qué se te ofrece?

—Vengo de parte de mi graciosa señora. Es con motivo de las botas.

—Pues, ¿de qué se trata?

—Mi señor ya no las necesita; ya no es de este mundo.

—¿Qué dices?

—La mismísima verdad. Al dejaros, ya no debía volver vivo á su casa; la muerte le sorprendió en el camino. Cuando llegamos al castillo, salto del pescante, abro la portezuela, pero no se menea, como si fuese una piedra; su cara estaba pálida, el cuerpo rígido. ¡Dios, qué trabajo nos costó sacarlo del trineo! Por eso mi graciosa señora me envía á ti con esta orden:

«Vete á decir al zapatero que tu señor, el que le ha encargado botas dejándole un rollo de cuero raro, está en la eternidad; dile que ya no son necesarias las botas, y que haga con el cuero un par de zapatos flexibles para calzar los piés al difunto. Puedes aguardar y traerte los zapatos. Anda y date prisa.»

Entonces Miguel recogió los recortes de cuero, aplastó uno contra otro los dos zapatos de muerto luego de darles el último golpe con la punta del mandil, y después, haciendo con todo ello un paquete, se lo entregó al vivaracho mensajero, quien partió, dirigiéndoles este saludo:

—¡Adiós, buenas gentes! ¡Que haya suerte!

VIII

Trascurrieron un año y otro, hasta llegar á seis, y Miguel continua-

ba viviendo en casa del maestro Semán. Las cosas seguían por su carril ordinario. El hábil obrero trabajaba sin descanso, no abandonaba nunca la tiendecilla, jamás salía de su boca una palabra inútil, sólo le habían visto reir dos veces: la primera cuando Matrena le había servido de cenar; la segunda vez cuando el caballero había encargado las botas. Semán tenía con él continuos motivos para estar satisfecho; nunca había vuelto á plantear la cuestión de su origen. Sólo temía saber una cosa: que un día ú otro se marchase de allí Miguel.

Un día, toda la familia estaba en el cuartito, la mujer de su casa preparaba la comida, los niños saltaban encima de los bancos, echando á veces una mirada curiosa á la calle; Semán y Miguel, sentados cada cual delante de su ventana, ocupábanse en golpear un par de tacones. Uno de los muchachuelos llegó corriendo por el banco hasta Miguel, y apoyándose en el hombro de éste, exclamó mirando á la calle:

—Tío Miguel, fíjate un poco en la mujer del comerciante que viene también á casa y trae dos niñas pequeñas; mira cómo cojea una de ellas.

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, cuando Miguel, dejando su trabajo, se inclinó rápidamente hacia la ventana y dirigió á la calle una mirada de extraña fijeza.

Semán se asombró muchísimo. Su oficial nunca se había preocupado por lo que pasaba fuera, y cátate que de pronto parecía como magnetizado ante la vidriera. Miró Semán, y vió que, en efecto, se acercaba una mujer dando la mano á dos niñas pequeñas; la señora iba muy bien puesta y sus niñitas vestidas la una como la otra, con abrigo de pieles y una elegante pañoleta alrededor del cuello; se parecían tanto, que no se las hubiese distinguido sin la invalidez que hacía cojear á una de ellas. La señora subió la escalera y entró en la habitación, introduciendo primero á las dos criaturas.

—Buenos días, buenas gentes—dijo saludando.

—Servidor de V., señora. Pase V., se lo ruego—respondió Semán.

Sentóse la señora delante de la mesa, mientras que las dos pequeñas se arrimaban á ella, un poco asustadas en medio de esas caras desconocidas.

—Quisiera que me hiciesen un par de zapatos á mis niñas, para Año nuevo.

—Es muy fácil, señora. Verdad es que aún no hemos calzado unos piés tan chiquitos; pero, á pesar de eso, puede hacerse la cosa. ¿Desea

V. zapatos ó botinas con vueltas? Aquí tiene V. á mi oficial, que en todo es un maestro.

Y Semán se volvió hacia Miguel; pero éste no había vuelto á tomar su obra, sino que continuaba fijando los ojos en las dos niñitas. No cabe duda de que eran unas criaturas encantadoras, de hermosos ojos negros, mejillas redondas y sonrosadas, y además estaban muy bien con sus abrigos de pieles; pero todo eso no explicaba aquella contemplación de Miguel, quien las miraba como si hubiese vuelto á ver antiguas conocidas.

Sin embargo, Semán guardó para sí su asombro, y continuó hablando con la señora. Conviniéronse en el precio, después de lo cual el maestro Semán buscó las tiritas de papel y se puso á ajustarlas para tomar medidas. La señora sentó en sus rodillas á la niña cojita, diciéndole á Semán:

—Para ésta habrá que tomar dos medidas, y hacer un zapato para el pié torcido y tres para el otro. Las dos tienen el mismo pié: son gemelas.

Cuando Semán llegó al pié tullido, preguntó.

—¿De qué le procede este defecto? ¡Una niña tan hechicera! ¿Es quizá de nacimiento?

—Precisamente, no. Su madre le deformó el pié al darla á luz.

La curiosa Matrena no dejó de acercarse, necesitaba saberlo todo: quién era la señora, quiénes las niñas y cómo es que las tenía consigo.

—¿De modo que no eres su madre?—dijo muy asombrada.

—Ni madre, ni pariente de ellas, querida mía; entre nosotras no hay ningún vínculo de sangre, son mis hijas adoptivas.

—¡Conque no eres su madre y, sin embargo, tienes tanto afecto y cuidado para con ellas!

—¡Cómo no he de amarlas! Las he amamantado á mis pechos. Yo también tenía un hijo; Dios me lo ha llevado, pero no era mayor mi ternura por él que por estas dos.

Pero ¿de quién eran aquellas criaturas?

IX

Una vez entablada la conversación entre aquellas dos mujeres, la madre adoptiva hizo el siguiente relato:

—Si no estoy equivocada, hace seis años, día por día, que sucedió la cosa. Estas pobres pequeñuelas perdieron á la vez padre y madre en una misma semana. El martes enterraron al padre, la madre murió el viernes. Cuando vinieron al

mundo, llevaban ya tres días siendo huérfanas del primero; no debían tener madre ni un solo día. habitaba yo entonces en la aldea con mi marido, y vivíamos puerta con puerta. El esposo era un misántropo, trabajaba en los bosques; un día, al derribar un árbol, cayó éste en falso y le aplastó. Expiró mientras le llevaban á su casa. Tres días después, su mujer daba á luz dos gemelos, que eran estos angelitos.

La desdichada estaba sola en su casa, con su desventura y en la mayor miseria; parió sola y falleció. Cuando al día siguiente fuí á verla, estaba rígida y helada. Entre las convulsiones de la agonía, la pobre madre habíase vuelto hacia una de las criaturitas y la había aplastado el pié. Quedó estropeada de resultas.

Corrí á llamar á los vecinos; reuniéronse en torno de la muerta, lavaron el cadáver, se le vistió y hubo que ir por un ataúd; los vecinos eran todos buenas gentes, pagaron á escote y procedieron en seguida al enterramiento.

¡Quedaban las dos recién nacidas! ¿Qué hacer? Yo era la única que estaba criando (á mi único hijo, que tenía ocho semanas). A mí me correspondía hacerme cargo al principio. Luego, habiéndose consultado unos á otros los vecinos detenidamente, me dijeron:—María, encárgate aún un poco de las dos criaturitas, mientras vemos lo que es preciso hacer. Lo primero que hice fué dar teta á la niña sana, pues la otra parecía que no iba á poder vivir y yo quería abandonarla. Sin embargo, dictábame el corazón en silencio: «¿Y por qué no había también de vivir este ángel?» Me dió lástima; puse al pecho la niña delicada, vivió y tuve así tres niños á quienes dar de mamar. Era yo joven y robusta, nada me faltaba, y el misericordioso Dios hizo abundar la leche en mis pechos. Mientras daba teta á dos, el tercero aguardaba su turno.

Más tarde me envió Dios una terrible prueba. Mientras criaba yo los hijos de otra persona, juzgó conveniente arrebatarme el mío. El pobre ángel entraba en el segundo año. Después no he vuelto á tener más. La prosperidad reinaba en la casa, después hemos venido á establecernos cerca de aquí; dirigimos un molino por cuenta de otro, ganamos un buen salario, y llevamos una vida holgada. No teniendo ya á nuestro hijo, ¡qué existencia sería la nuestra sin estos dos pequeños querubines! ¡Santo Dios! ¿Cómo no he de amar á estas prendas? ¡Son toda mi vida!

Y la buena mujer, presa ya de una gran emoción, estrechó con

transportes de cariño á la inválida niña contra su corazón, enjugándose con la mano que le quedaba libre una lágrima que humedecía sus ojos.

Matrena suspiró muy pensativa, exclamando:

—Dice bien el proverbio: «Sin padre ni madre puede prolongarse la vida, pero no se puede vivir sin Dios.»

Aún hablaban las dos mujeres entre sí, cuando de pronto llenóse de brillante claridad la pequeña habitación. Ambas se miraron sorprendidas. La irradiación partía del lado de Miguel; éste mismo hallábase como transfigurado; con las manos juntas sobre las rodillas, miraba al cielo y se sonreía.

La señora se había retirado, llevando consigo á sus dos niñitas. Miguel, de pié, había dejado su trabajo. Se quitó el mandil, y luego, inclinándose profundamente, dijo á sus huéspedes:

—Mis queridos bienhechores, ahora dejadme ir en paz, Dios me ha perdonado; perdonadme también vosotros.

Y toda su persona resplandecía con un fulgor cada vez más intenso á los ojos de sus asombrados huéspedes.

Semán respondió, inclinándose con profunda veneración:

—Miguel, veo que no eres lo que los demás hombres; no puedo, por tanto, retenerte, y tampoco me atrevo á pedirte que me reveles lo que es un misterio. Pero, á lo menos, ¿no pudieras explicarme una cosa? Por qué, cuando aquí te traje, tu rostro, tan triste, se iluminó de pronto al servir la mesa mi mujer? ¿Por qué tuviste una sonrisa aún más radiante cuando el caballero estaba aquí sentado? ¿Y por qué, en fin, esta tercera sonrisa y este resplandor maravilloso en presencia de la señora y de las niñas que acaban de marcharse? Miguel, dinos, dinos, ¿qué es este nimbo que te envuelve y por qué te has sonreído tres veces?

—Sí, Dios me ha perdonado; mi penitencia ha concluido, y eso es lo que devuelve á mi cuerpo su esplendor. Cada una de mis sonrisas era una sonrisa de gozo, porque cada vez oía una palabra de Dios, y á la tercera tenía que acabarse mi penitencia. Cuando se despertó la caridad dentro del alma de tu mujer en presencia de mi necesidad, oí la primera palabra y viste mi primera sonrisa. Cuando el caballero encargó unas botas que no había de llevar, escuché la segunda palabra y me sonreí otra vez. Ultimamente, las niñitas me han hecho oir la tercera y última palabra, y he sonreído por tercera vez.

Semán replicó:

—Dinos, Miguel, ¿cuáles son

esas palabras y por qué te ha castigado Dios?

—Dios me ha castigado porque no he cumplido su voluntad. Me había hecho ángel del cielo y me he sublevado contra El. Sí; yo era un ángel, y Dios me envió á la tierra para recoger el alma de una mujer. Encontré á una infeliz criatura en una horrible miseria, dando á luz dos hijos gemelos, dos niñitas. Ambas criaturillas buscaban el seno de su madre, y ésta no tenía fuerzas ya ni siquiera para acercárselas; entonces me vi á su lado, y temblé, presintiendo por qué me había enviado Dios. «Angel divino —me dijo ella derramando lágrimas—acaban de dar tierra á mi marido; un árbol lo ha muerto al caer; no tengo hermanas, ni madre, á nadie; ¿quién cuidará, pues, de mis pobres hijitas? Ten conmiseración; dame tiempo, te lo suplico, para que á lo menos pueda criarlas. ¿Qué sería de ellas sin padre ni madre?...» Tuve lástima, y dejé la madre á sus recién nacidas. Puse una de ellas en su brazo y la otra contra su seno. Subiéndome al cielo, me presenté ante el trono de Dios, diciendo: «No he podido tomar el alma de la nueva madre; su marido ha muerto en el bosque, se queda sola con unos gemelos que acaban de nacer, y dice que esas criaturas no podrían vivir sin ella. Me ha rogado que la dé tiempo para criarlas; me dió lástima de ella, y no he podido resolverme á quitarle su alma...» Entonces Dios Nuestro Señor me ordenó de nuevo: «Anda, te digo, toma el alma de esa madre y oirás estas tres palabras: Lo que hay en el corazón del hombre, lo que el hombre no puede conocer, lo que guarda la vida del hombre. Cuando las hayas oído y comprendas su significado, podrás volver á entrar en el cielo.»

Entonces las pobres niñas desprendiéronse de los pechos que las criaban, la madre se desplomó pesadamente sobre una de ellas y su cadáver, echado encima de la criaturilla, hizo torcerse su pobre piececito. Eché á volar con el alma de la muerta; pero un torbellino me rompió las alas, y caí junto á la aldea ¡mientras el alma remontábase sola hasta Dios!

XI

Semán y Matrena lloraban de espanto y de gozo, al ver quién era aquel que habían acogido y abrigado seis años bajo su techo. El ángel continuó:

«Abandonado por Dios, hallábame enteramente desnudo en el camino. Yo no tenía ninguna idea

sobre la condición de los hombres, y necesitaba convertirme en uno de ellos para sufrir sus miserias y aprender á conocer el hambre y el frío.

»Hambriento y aterido, no sabía valerme en esa necesidad apremiante. Entonces se me apareció á lo lejos en el campo una capilla consagrada á Dios. Me acerqué y pretendí buscar allá un abrigo; pero estaba cerrada, y me agaché al pié del muro para resguardarme del viento. Era noche cerrada, el suelo estaba helado, pensé que iba á morir..., cuando vino un hombre por el camino. Tenía familia, necesitaba pensar en el comer y el vestir de los suyos, y esto era para él suficiente cuidado. De seguro que éste no podía socorrerme. Cuando me vió, entenebrecióse su semblante y me dió miedo; se apresuró á continuar su camino. Iba á apoderarse de mí la desesperación, cuando de pronto el pasajero volvió piés atrás; volví á ver sus facciones, y ya no era el mismo hombre. Antes había visto la espantosa muerte en su rostro; á la sazón, había en él vida y luz. ¡Reconocí la imagen de Dios!

»Adelantóse hacia mí, se despojó de sus propios vestidos para cubrirme con ellos, y me llevó consigo. Entramos en su casa, una mujer nos recibió en los umbrales; su rostro era aún más horrible que el primero de su marido; el espíritu de la muerte salía de su boca, apestaba á muerte y podredumbre, y sentíase sofocado con eso. La mujer quería rechazarme á las frías tinieblas, y yo no ignoraba que tan pronto como su mal designio se realizase quedaría muerta. Su marido la hizo reflexiones hablándola de Dios, y todo cambió en ella de repente. Me dió de cenar; y como me mirase con fijeza, al punto clavé en ella los ojos: la muerte había cedido el puesto á la vida y la luz. Entonces volví á reconocer la imagen de Dios, y oí su primera palabra: «¡Aprenderás lo que hay en el corazón del hombre!»

»Ahora sabía yo que en el fondo del corazón del hombre hay amor. Me alegré de aprender una de las cosas que me eran ocultas, ¡y eso me produjo mi primera sonrisa! Habitaba yo bajo vuestro techo; y cuando hubo transcurrido un año, presentóse un hombre exigiendo botas que calzaran un año entero sus piés, sin desgastarse. Miré á ese hombre, y he aquí que detrás de sus hombros estaba uno de mis compañeros del cielo, el ángel del amor. Sólo yo le veía, sin poder equivocarme; así supe que antes de la noche el alma del caballero comparecería á juicio, y meditando en ello me dije: «He aquí un hombre que

se inquieta porque un calzado le dure un año entero, é ignora que hoy mismo ha de morir. Por tanto, el hombre no puede decir de antemano cuáles serán las necesidades de su cuerpo. Esta es seguramente la segunda palabra de Dios: «Sabrás lo que no le ha sido dado al hombre conocer: ¡lo por venir!» Me sonreía entonces porque la había oído y porque volvía á ver á uno de mis compañeros del cielo.

»Aguardé con paciencia en medio de vosotros á que Dios me revelase su tercera y última palabra. Al fin, después de seis años, la buena mujer ha venido aquí, y en sus querubines reconocí al momento las dos gemelas de la muerta; y reflexionando siempre, me he dicho:—Tanto has suplicado que no les fuese arrebatada su madre, creyendo que sin padre ni madre no podrían vivir, que vino una mujer extraña, las crió y se las llevó á su casa para educarlas...—Y cuando la buena mujer estrechaba contra su corazón á esos hijos ajenos, derramando lágrimas de amor, reconocí en ella al mismo Dios vivo; he visto lo que guarda la vida de los hombres, he oído la tercera y última palabra, y he comprendido que Dios me había perdonado.

»He aquí lo que produjo mi tercera sonrisa.»

XII

Entonces el ángel se envolvió en una luz tan espléndida, que no podía soportarse la vista de él; y una voz celestial hizo oir sus palabras:

«Ahora sé que la vida no se conserva por los cuidados ni por las inquietudes del hombre, sino por el amor.

»La madre moribunda no sabía cómo sus hijas conservarían la vida. El rico señor ignoraba lo que necesitaría una hora después, y ningún mortal sabe si á la tarde llevará puesto el calzado de los vivos ó si calzarán su cadáver con el de los muertos.

»He debido la conservación de mi vida, no á mis cuidados y á mis inquietudes, sino á la caridad de un hombre y una mujer, que han acogido y alimentado al infeliz encontrado en el camino; conmoviéronse al ver mi miseria y me dieron su amor.

»Las dos huerfanitas viven, no por los cuidados que se les han prodigado, sino por el amor que una extraña sentía en su corazón. Lo que sostiene la vida no son las preocupaciones de los hombres, sino la chispa divina, el amor que reside dentro de su corazón.

»He advertido que el cuidado de vivir atormenta mucho á los hombres de corta vista; pero una sola cosa sostiene la vida, y es el amor. Y el que perdura en el amor habita en Dios y Dios en él, porque Dios es amor.»

Entonces el ángel entonó un cántico de alabanzas, y el sonido de su voz hizo temblar hasta en sus cimientos la casa de Semán. Entreabrióse el techo, y una columna de fuego ascendió de la tierra al cielo. Semán y su familia se desplomaron sin conocimiento y permanecieron prosternados en el polvo, en tanto que el ángel, desplegando sus nuevas alas, voló majestuosamente al empíreo.

Cuando Semán volvió en sí, nada había cambiado en su estancia, donde no se hallaban más que sus deudos.

LOS DOS ANCIANOS

I

Dos ancianos habíanse propuesto ir juntos á Jerusalén, á orar á Dios en los Santos Lugares (1).

Uno de ellos era un labriego bien acomodado, y se llamaba Jefin Farassitsch Scheweleff.

El otro era un pobre campesino de poca fortuna, llamado Elíseo Bdorow.

Jefin era un hombre severo; no bebía aguardiente, no fumaba ni tomaba rapé, en su vida había salido de su boca una palabra fea, y conducíase siempre como un hombre de buenas costumbres y de un carácter ejemplar.

Como individuo del Consejo de los *ancianos*, había desempeñado esas funciones durante dos períodos, saliendo de ellas con inmaculada reputación.

Su familia era de las más numerosas: dos hijos casados, con hijos también, viviendo todos bajo el mismo techo.

De exterior imponente, llevaba espesa barba corrida, teníase tieso como un soldado; y, siendo casi

(1) Al escribir el presente hermoso cuento, se propuso Tolstoy demostrar á sus paisanos que Dios escucha la oración desde dondequiera que se le dirija, y que no deben abandonarse la educación de los hijos y el cuidado de la casa por entregarse al rezo. El escrito ha producido mágico resultado entre los aldeanos rusos.—(N. DEL T.)

septuagenario, apenas plateaban sus cabellos algunas canas.

Elíseo era un vejete ni rico ni pobre, que había peregrinado durante su juventud como carpintero, y en su vejez se había vuelto más casero cada vez, á fin de consagrarse á la agricultura.

Uno de sus hijos buscaba fortuna en el extranjero; el otro continuaba en la casa.

Elíseo era de recto espíritu y de buen corazón. Bebía muy á gusto su vasito de aguardiente, tomaba su polvo de rapé y le gustaban los cantares; sin embargo, era un compañero pacífico y vivía en buena inteligencia con sus vecinos, siendo afectuoso con los de dentro de casa.

De mediana estatura, Elíseo era de tez bronceada, barba crespa y oscura y—como su patrono el profeta Elíseo—tenía el cráneo completamente calvo.

Desde mucho tiempo atrás, ambos viejos estaban de acuerdo y habían hecho voto á la vez de ir juntos en peregrinación; pero Farassitsch, constantemente comprometido en algún nuevo negocio, nunca podía encontrarse libre. Apenas había despachado uno, veníasele otro á las manos; una vez se trataba de una petición en matrimonio para su nieto, otra esperaba al menor de vuelta del regimiento, ó bien sobrevenía la necesidad de construir alguna dependencia...

Un día de fiesta encontráronse los dos viejos, y se sentaron en amor y compaña sobre una viga.

—¿Cómo va, padrecito?—preguntó Elíseo.—¿Y cuándo nos decidimos á cumplir nuestro voto?

Jefin frunció el entrecejo, y dijo:

—Aún hemos de tener paciencia para un rato; llevo un año muy pesado. Se me ha puesto en la cabeza acabar la construcción de la nueva casa; contaba con emplear en ella poco más de un centenar de rublos, y pasan ya de trescientos. Y aún no se le ve el fin á esto. Claro es que no habré concluido antes del verano. Sin embargo, una vez llegado el verano, cúmplase la voluntad de Dios; entonces, á ciencia cierta, nos pondremos en camino.

—A mi parecer—observó Elíseo—no debiéramos diferir por más tiempo nuestro proyecto, y conviene que nos decidamos desde ahora. La primavera es lo más oportuno.

—Con seguridad, la estación es buena; pero han comenzado los trabajos. ¿Cómo he de dejar en planta mi edificio?

—¿No tienes, pues, nadie que te ayude? Y tu hijo, ¿no puede continuar los trabajos?

—Pero, ¿cómo los dirigirá sin mí? Con mi mayor no puedo contar de ninguna manera, porque bebe.

—Tenemos que morir, padrecito mío, y tendrán que vivir sin nosotros. Alguna vez debe probar tu hijo á ir sin andadores.

—Cierto es, pero no descanso ni sosiego cuando las obras no se hacen á mi vista.

—¡Ah, querido hermano! Con seguridad que no llevarás á cabal término todos tus trabajos. Escucha, voy á contarte un apólogo. Poco hace, fregaban y barrían las mujeres en mi casa, en víspera de fiesta, y esa limpieza no tenía fin; mira por aquí, mira por allá, siempre se topaba con algo que acicalar, y nada se concluía. Entonces, la mayor de mis nueras (una cabecita destornillada) exclamó: «¡Bendito sea Dios., que llega el día de fiesta sin aguardarnos; pues con todo nuestro celo, jamás hubiéramos terminado esta limpieza!»

Tales palabras dieron qué pensar á Farassitsch, quien exclamó después de una pausa:

—Esta construcción me cuesta ya un sentido; y un viaje lejano no se puede emprender con las manos vacías. Cien rublos no son un puñado de anís.

Echóse á reir Elíseo, y observó cordialmente:

—Eso es pecar, padrecito mío. Tus medios son diez veces mayores que los míos, que soy un pelagatos. ¡Y me hablas de dinero! Dime, nada más, cuándo partimos. Yo no tengo un cuarto, pero no me faltará.

A su vez, sonrióse con malicia Farassitsch.

—Vaya, vaya—dijo chungueándose:—¿te has hecho rico de pronto, ó vas á desenterrar la suma que te hace falta?

—En primer lugar, arañando bien, acabaré por encontrar en casa alguna cosilla; y, si esto no bastase, cederé una docena de colmenas á mi vecino, quien hace mucho tiempo que me las viene pidiendo.

—Buen año para los enjambres; ya te arrepentirás de ello...

—¿Arrepentirme de ello? ¡Ni por pienso, padrecito mío! En toda mi existencia, sólo he tenido que arrepentirme de mis pecados. Para mí, no hay nada de mayor precio que mi alma.

—En eso llevas razón; pero, sin embargo, es penoso que vayan mal las cosas en la casa.

—Y aún es más dolor cuando no van bien las de nuestra alma. Hemos hecho un voto: ¡pongámonos en camino, de veras, pongámonos en camino!

II

Elíseo había convertido á su viejo amigote.

Durante dos horas, Jefin anduvo dando vueltas en silencio á su magín; y al día siguiente se presentó en casa de Elíseo.

—Vamos, padrecito, dispuesto me tienes aquí; me has abierto los ojos. En manos de Dios están la vida y la muerte. Mientras aún estamos firmes y guapos es cuando debemos ir en peregrinación.

Al cabo de una semana pusiéronse en camino los dos ancianos.

Jefin Farassitsch tenía en casa dinero suficiente. Tomó para el viaje ciento noventa rublos y dejó doscientos á su mujer.

Elíseo se había puesto en regla; vendió á su vecino diez de sus colmenas, comprometiéndose también á suministrarle tantos enjambres nuevos como pudieran producir diez colmenas. Por todo ello recibió Elíseo setenta rublos. Los treinta rublos restantes los recogió en casa, exigiendo á cada cual un pequeño sacrificio; su mujer le entregó todo lo que había economizado, apartándolo para el caso de muerte; la nuera también dió lo que poseía.

Jefin Farassitsch confió á su primogénito todos los asuntos de la casa; le hizo cuidadosas recomendaciones, á saber: dónde y en qué número podría asalariar segadores para el heno, dónde había de llevar el estiércol, dónde tenía que levantar el edificio, cómo debía hacer la techumbre.

Elíseo recomendó á su anciana compañera que pusiese aparte los enjambres nuevos de las colmenas vendidas, á fin de que el vecino no sufriese perjuicio alguno. En cuanto á las cosas de la casa, no la hizo recomendación ninguna: «Según las circunstancias—la dijo—juzgarás lo que tienes que hacer. Dueña de ti misma, obrarás como te convenga.»

Los ancianos hicieron sus preparativos de viaje.

Sus deudos ocupáronse en cocer tortas de miel, en coser sacos de viaje, en cortar vendas de lienzo para los piés, en comprar botines nuevos.

Al cabo, llegó la hora de la separación.

Las familias acompañaron á los peregrinos hasta el campo, y allí se dieron la despedida; después, los ancianos lanzáronse con valor hacia el mundo remoto.

Elíseo se alejó animosamente y sereno de la aldea natal, dejando tras de sí todos los pequeños cuidados, todas las preocupaciones. En adelante, todas sus facultades ya no tendían sino á esto: mostrarse con su caro compañero servicial y amable, no ensuciar su lengua con palabras feas, y volver á su hogar luego de haber logrado piadosamente el sacro objetivo que perseguía.

Por tanto, seguía así su camino,

con una dulce sonrisa en los labios y masculleando en voz baja una oración ó algún pasaje de la *Vida de los Santos*, todo ello recitado de carretilla. Y si encontraba á un transeunte ó se detenía á pasar la noche en alguna parte, se esforzaba por mostrarse cariñoso y fraternal, no sosteniendo sino conversaciones gratas á Dios.

Así caminó como peregrino, con el alma satisfecha.

No había más que una cosa en que Elíseo no pudo tener dominio sobre sí mismo. Habíase propuesto abandonar la costumbre del rapé, y para eso había «olvidado» en casa la tabaquera de álamo blanco. Pero, es más fácil decir que hacer. En el camino, un viandante le ofreció un polvo. Elíseo resistióse un momento, luego sucumbió á la tentación, quedóse atrás para no escandalizar á su compañero de viaje, y de nuevo sorbió rapé.

También Jefin Farassitsch caminaba alegre hacia la santa meta, fiel y firme, sin desfallecer su conciencia, sin palabras inútiles; pero, en el fondo de su corazón no notaba la alegría de aquella fácil marcha hacia el cielo. No le salían del magín los cuidados de su hogar. Pensaba de continuo en lo que harían en casa.

¿Se habría olvidado su hijo de poner en orden esto ó aquello, y lo habría hecho bien? Si, al caminar, veía plantar patatas ó conducir estiércol, al punto sentíase atormentado por la idea de que su hijo quizá no le hubiese comprendido bien. Estas cavilaciones no le dejaban sosegar en manera alguna; tanto, que hubiera preferido regresar á su casa, para convencerse en persona de que todo iba bien, y para meter él mismo las manos en la masa.

III

Cinco semanas llevaban andando los viejos; tenían roto el calzado y era preciso comprar otro nuevo. Habían llegado á la Rusia Menor.

Cuando abandonaron la aldea, pagaban de su bolsillo los gastos de cama y comida; pero, una vez entre los naturales de la Rusia Menor, encontrábanse con aldeanos que se despepitaban por ofrecerles hospitalidad gratuita en sus chozas. Dábanles de beber, de comer y donde acostarse, sin querer aceptar ningún pago; y encima llenaban de pan las alforjas de los peregrinos, amén del deslizar en ellas algunas tortas.

Así avanzaron unas cien verstas los viejos camaradas sin hacer desembolsos.

Habían dejado tras de sí una provincia entera, cuando llegaron á una comarca estéril. Es verdad que

los acogían cordialmente, que nada se les reclamaba por dormir; pero ya no era cuestión de la mesa, ni de víveres para el camino. Por todas partes quejas de faltar el pan; y hasta no era raro el no poder proporcionarse nada ni aun con dinero contante y sonante.

—El año pasado—clamaba el pueblo—no hemos tenido cosecha ninguna. Más de uno que vivía en la holgura ha caído en la estrechez y ha tenido que malvenderlo todo; otros, no teniendo más que lo necesario, y gracias, llegaron á la más negra miseria, y los pobres diablos han buscado su salvación emigrando, ó mendigan ahora de puerta en en puerta, sin poder soportar ya la desolación de sus hogares. Este invierno han comido zurrón y cayado.

Una vez pasaron los viejos la noche en una localidad. Allí encontraron donde comprar quince libras de pan recién hecho; preparáronse para la marcha y partieron antes del crepúsculo, con el propósito de dejarse atrás un buen trozo de camino antes de los calores de mediodía.

Así anduvieron diez verstas y llegaron á un riachuelo; agacháronse y con sus cubiletes alcanzaron agua, que bebieron mientras comían pan; y restauradas de este modo sus fuerzas, cambiaron de calzado.

Descansaron un rato, para recuperar su energía física.

Elíseo sacó del bolsillo una tabaquera, al ver lo cual Jefin Farassitsch movió la cabeza con aire escandalizado y exclamó:

—¡Qué veo! ¿No puedes abandonar esta abominación?

Elíseo hizo ademán de bajar la mano y dijo:

—¡Vencido por esta concupiscencia culpable! ¡Lo que somos!

Levantáronse y prosiguieron la caminata. Anduvieron así otras diez verstas y llegaron á un gran pueblacho atravesado por la carretera.

El calor abrumaba. Elíseo sentíase desfallecido, deseando satisfacer el hambre y apagar la sed; sin embargo, Farassitsch no quería perder un minuto.

Farassitsch era un intrépido andarín; Elíseo solía quedarse muy detrás de su compañero.

—La sed me abrasa—dijo á su amigo.

—Pues bien, vete á calmarla. Yo no tengo sed.

Elíseo se detuvo, y añadió con tono conciliador:

—No me haré esperar; no hago más que entrar en aquella cabaña que se ve allá abajo, y tomar un buen traguete. Fresco y reconfortado así, al instante estoy contigo.

—Bueno—dijo el otro.

Y Jefin Farassitsch continuó solo

su camino, al paso que Elíseo se dirigía á una de las chozas.

Era una casita de adobe, negruzca por abajo, más clara hacia arriba, y cuya arcilla habíase desmoronado en muchos puntos; el techo estaba al descubierto por un lado.

La entrada de aquel zaquizamí daba al corral. Entró Elíseo. Sobre un montón de tierra yacía un hombre, enfermo y escuálido, sin barba, con la blusa metida dentro de los calzones, como es costumbre entre los habitantes de la Rusia Menor. Evidentemente, el hombre se había tumbado en busca de sombra, y luego había venido á herirle allí el sol con sus ardientes rayos. Permanecía echado, con los ojos abiertos. Elíseo le interpeló, pidiéndole de beber. El hombre no respondió.

—O está enfermo, ó es duro de corazón—pensó Elíseo, y encaminóse á la puerta.—Con la mano en el pestillo, tocó en ella.

—¡Eh, patrón!

No hubo respuesta. Golpeó de nuevo con el palo.

—¡Hermanos en Jesucristo!

Ninguna señal de vida.

—¡Siervos de Dios!

Sin respuesta alguna.

A punto de alejarse de aquella puerta inhospitalaria, oyó tras ella sonidos quejumbrosos, como un gemido doliente.

—¿Habrá sucedido ahí dentro alguna desgracia? Tengo que verlo.

Y Elíseo se decidió con presteza á entrar en la cabaña.

IV

Hizo girar el anillo del picaporte y se abrió la puerta.

Elíseo penetró en un estrecho vestíbulo. La puerta de la habitación estaba entornada solamente; la abrió. A la izquierda, frente á la puerta, el hogar, el sitio de honor; allá, en el rincón, una mesa y encima las imágenes devotas, los Santos Icones; delante de la mesa un banco; encima del banco, vestida nada más que con una camisa, una mujer anciana, con la cabeza descubierta descansando en la mesa; sentado junto á la vieja, un muchachuelo á quien se hubiera tomado por una figura de cera, pero con el cuerpo hinchado; tiraba de la manga á la mujer y daba lamentables gritos, pidiéndole alguna cosa.

Elíseo se quedó petrificado en el umbral. Una atmósfera pesada y un olor pestífero llenaban la atmósfera.

Acercóse y vió una mujer tendida cara al suelo, detrás de la hornilla, con un estertor suave, ya avanzando un pié, ya retirándolo al momento. Luego se echaba de cos-

tado, y el mal olor partía de allí. «De seguro, la infeliz está gravemente enferma y nadie se ocupa de ella.»

Al cabo, la anciana levantó la cabeza y vió al visitante.

—¿Qué vienes á hacer aquí, extranjero?—preguntó con mal humor.—¿Qué quieres de nosotros? Hombre, no tenemos absolutamente nada...

Presintiendo Elíseo la última miseria en que estaban aquellas gentes, se acercó con dulzura á la anciana.

—Sierva de Dios—dijo—he venido aquí á pedir de beber.

—No tenemos á nadie para traernos agua. No tenemos absolutamente nada que darte. Sigue tu camino.

Elíseo añadió:

—Dime, pues, buen alma, ¿no hay nadie sano en casa? ¿Quién cuida entonces á la enferma?

—Te digo que no tenemos á nadie; nuestro hombre se muere ahí fuera, y nosotros nos morimos también aquí.

El muchacho, que se había callado al ver al forastero, volvió á gritar y lamentarse; y ahora que la vieja se había puesto á hablar, la tiraba de la manga, pidiendo con voz que desgarraba el corazón:

—¡Pan, abuelita; dame un bocado de pan que comer!

Elíseo iba á hacer otra pregunta á la vieja, cuando entró el campesino tambaleándose y cogiéndose á la pared; quiso sentarse en el banco, pero le faltó y fué á caer pesadamente al suelo. Sin hacer el menor esfuerzo por levantarse, quiso hablar; pero no logró más que producir sonidos inarticulados, viéndose en la necesidad á cada instante de tomar resuello para decir una palabra.

—La enfermedad—murmuró—nos ha sorprendido en medio del hambre. Mira: el hambre se lleva á éste.

Y llorando señaló con el dedo al muchacho.

Elíseo se quitó de los hombros con presteza el saco de viaje, se remangó los brazos, puso el zurrón encima del banco y lo abrió.

Sacando un mollete y un cuchillo, cortó un gran pedazo de pan y se lo alargó al campesino. Sin embargo, éste lo rehusó, señalando al muchacho y á su hermanita.

—¡Ocúpate sólo de los niños!

Elíseo dió el zoquete al que gritaba.

El niño, olisqueando el pan, agarró el pedazo con ambas manos y lo devoró con una especie de frenesí.

Entonces, una niñita que salió de debajo del banco del hogar, arrastróse ante Elíseo. También á ella la dió un trozo de pan. Luego cortó de la hogaza para la vieja y para el

campesino. La mujer recibió su parte dando las gracias, y se puso á comerla con avidez.

—También necesitaríamos agua —dijo ella.—Tengo como abrasada la garganta. Ayer ú hoy, no sé ya cuando, quise ir en busca de agua para nosotros. Conseguí beber, pero no traerla; toda se derramó, y yo misma me caí entre el polvo. Con gran trabajo logré venir á rastras aquí. También la cuerda se ha quedado allá abajo. ¿Se la habrá llevado alguien?

Elíseo se informó de dónde se encontraba el pozo. La vieja le dió las señas. Fué allá, dió con la cuerda, trajo agua y apagó la sed de los desventurados. Los niños comieron otra vez pan con el agua.

La mujer enferma no abandonó su yacija; estaba sin conocimiento, y se tiraba sin cesar á derecha é izquierda.

Elíseo se apresuró á ir á la aldea, compró en una tienda mijo, sal, harina, manteca y una azuela.

De regreso con estas diversas cosas, preparó leña menuda y encendió lumbre en el hogar.

Elíseo hizo cocer una sopa y una papilla, y restauró las fuerzas de todos con aquella confortante refacción.

V

El aldeano comió también un poquito, la vieja tomó con mucho gusto su parte en la comida, los niños limpiaron los platos hasta sacarles brillo, y poco después, sostenidos en sus bracitos, se durmieron con dulce sueño.

Entonces el aldeano y la vieja se pusieron á narrar cómo les había sobrevenido esa desventura.

—Tampoco antes— decían—vivíamos en un lecho de rosas, y este año nuestros campos no han producido ninguna cosecha; de suerte que en otoño tuvimos que apencar con nuestros ahorrillos y valernos de todo. Cuando todo lo devoramos, fuimos á mendigar en casa de los vecinos ó de las personas caritativas. Al principio nos socorrían con gusto; más tarde se nos cerraron las puertas sin piedad. Los mismos ricos habían caído en la miseria. Cada día nos era más difícil el pedir; por todas partes debíamos, aquí la harina, allí el pan. En vano tomábame mil afanes por buscar trabajo; en ninguna parte lo había, nadie tenía trabajo que dar. Por todas partes ofrecíase la gente á trabajar sólo por el pan. La vieja y la niña iban á pedir limosna lejos; pero

en todas partes, á causa de la escasez, faltaba hasta lo más estrictamente necesario. Sin embargo, íbamos tirando así esta lamentable existencia en espera de sostenernos hasta la recolección. Llegada la primavera, cesaron por completo las limosnas; y al mismo tiempo se presentó la funesta enfermedad que nos tiene clavados aquí. Todos hemos tenido que sufrir horrores. Un día teníamos algo que comer; luego había que pasar hambre durante dos días. Desde entonces empezamos á alimentarnos con hierbas. Sea por efecto de esta alimentación, sea por cualquiera otra causa, mi mujer fué atacada por esta horrible enfermedad. Ya no podía levantarse, y á mí también comenzaron á faltarme las fuerzas. Para salir de esta penuria, nos hacía falta de todo.

—Yo sola—replicó la anciana—continuaba combatiendo con la miseria, desgastando mis últimas fuerzas, sin alimento, sin esperanza. Me quedé tullida; la pequeña también se quedó como una sombra, temblando y castañeteando. Quise enviar la criatura á casa de los vecinos, pero ella se resistía. Metida en un rincón, se negaba á salir de él. Anteayer vino una de nuestras vecinas, conoció que la enfermedad y el hambre tenían aquí su aposento, y se volvió atrás en seguida. Su marido la ha dejado, abandonándola con sus hijos en la miseria más abrumadora. Así, pues, estamos aquí sin esperanza, esperando á la muerte...

Al oir este relato que partía el corazón, Elíseo abandonó la idea de reunirse con su compañero desde el siguiente día; habíase resuelto con prontitud á quedarse por la noche.

Al otro día se levantó temprano, poniéndose en seguida á trabajar como si hubiera sido el amo de la casa.

Hizo la masa con la vieja y encendió el hogar. Después marchóse con la niñita á casa de los vecinos, ocupándose en reunir lo que hacía falta inmediata.

—¿Qué necesitan esas gentes?

—Todo: han agotado hasta lo último que les quedaba. No hay nada en la casa, ni tienen ropa que ponerse.

Elíseo iba de casa en casa, sin violentarse por eso, recogiendo todo cuanto podía, unas veces proporcionándoselo con sus manos, otras con su bolsillo.

Así pasó en aquel sitio un día, luego dos y hasta el tercero.

El muchachito recobraba las rosas de sus mejillas, saltando encima del banco, colgándose de Elíseo y acariciándolo.

La niñita, vivaracha y alegre otra vez, ayudaba con brío á todos los quehaceres domésticos.

Esa gente menuda corría tras de

Elíseo, tendiéndole los brazos y llamándole «¡tiito!»

La vieja también había recobrado el uso de las piernas. El aldeano iba por la casa, agarrándose á las paredes. Sólo la mujer continuaba echada; pero al tercer día recobró el conocimiento y pidió de comer.

—¡Dios mío—dijo para sí Elíseo—cómo había yo de creer que me iba á estar aquí tanto tiempo! Ahora, es menester que me marche ya.

VI

El cuarto día era festivo, y Elíseo pensó: «Voy á pasar también la fiesta con estas gentes; les compraré una friolera con tal ocasión, y hacia el atardecer me pongo de nuevo en camino...»

Elíseo volvió á la aldea, donde compró leche, harina y manteca fresca de cerdo. En seguida se puso á cocinar con la vieja. Por la mañana temprano Elíseo se fué á misa, luego regresó á casa y se sentó á la mesa con las pobres gentes. La mujer también estaba levantada, probando á ir y venir.

El aldeano se afeitó con esmero y se puso camisa limpia, lavada por la vieja; luego se fué al pueblo á casa de un rico labrador para implorar su caridad y su misericordia. Había tomado en arriendo de ese rico labrador un pegujal y un prado de heno; por eso el pobre hombre había ido á pedirle si no podría dejarle hasta la nueva recolección la tierra y los pastos.

Hacia la tarde regresó de su penosa caminata; volvió á casa abatido y comenzó á llorar amargamente. El rico labriego no había dado señal ninguna de conmiseración, limitándose á responder con dureza: «¡Tráeme la renta!»

Acometióle otra angustia á Elíseo.

—¿Cómo se las van á arreglar estas gentes para vivir? Los demás van ya á la corta del heno, y ellos no tienen nada. Bien pronto estará maduro el trigo (y este año la madre tierra da preciosos frutos), y ellos nada tienen que cosechar; y es vano intento el suyo de apiadar al rico cultivador. Si hoy les abandonase yo, bien pronto volverían á caer en la más horrible miseria...

Elíseo se sentó meditabundo, quebrándose los cascos con el asunto de los queridos pobres, y no partió, quedándose una noche más.

Buscó en el corral un sitio donde acampar, rezó sus oraciones y se acostó, pero sin que á él acudiese el sueño. Por una parte sentíase tentado á ponerse en camino (había ya consumido demasiado tiempo y dinero allí), y por otra parte esas pobres gentes le preocupaban mucho.

«Sin embargo, no puedes aliviar todas las miserias. Sólo quería compartir con ellos un pedazo de pan; y ¿qué ha sucedido? Ahora se trata de rescatar el prado de heno y el campo de trigo. En seguida se necesitará una vaca para la mujer y los niños, un caballo para el labriego. Te has dejado arrastrar por tus impulsos, hermano Elíseo Kusmitsch.»

Levantóse Elíseo, desdobló el caftán que tenía puesto por almohada, lo sacudió, sacó la tabaquera y tomó un polvo para aclarar las ideas; pero en vano meditaba, no encontró ninguna buena.

Le era preciso ponerse en camino, y aquellas pobres gentes desconsolábanse con su partida. No sabía por dónde comenzar. Acabó por doblar de nuevo el caftán, se lo puso por almohada y se echó otra vez.

Permaneció allí varias horas sin poder conciliar un momento el descanso hasta que cantaron los gallos.

Sólo entonces le entró un ligero sueño. Luego, de pronto, sobresaltóse como si alguien le hubiese despertado. Soñaba estar vestido del todo, dispuesto á partir con alforja y palo, y quería salir por la puerta; pero ésta, nada más que entornada, apenas podía dar paso á un hombre. Quédase detenido por el saco y se esfuerza por soltarse, pero se enreda por el otro lado con una de las cintas que le sujetan el calzado. Al esforzarse en recobrar la libertad, ¿qué ve? No es la puerta lo que le retiene, sino la niñita, agarrada á él y gritándole:

—¡Tío, tiíto, más pan!

Y al mirarse los piés nota que el niño le retiene por el calzado.

El campesino y la vieja le miran desde la ventana...

Elíseo se despertó, y hablando en voz alta se dijo:

—Quiero desempeñar la pradera y el sembrado, quiero también comprar un caballo para el labriego y una vaca para los niños. Sin esto, por más que viajase cruzando los mares en busca de Cristo, lo perdería dentro de mi alma. Tengo que ayudar á estas gentes.

Tras lo cual, durmióse profundamente Elíseo hasta entrada la mañana.

Levantándose temprano aún, se fué á casa del rico labrador, rescató el sembrado de centeno y dió también el dinero de la pradera.

Además compró una hoz (la antigua habíanla vendido cuando hubo penuria) y la condujo á la choza.

Envió al campesino á segar; él mismo corrió á la ventura entre las gentes de la aldea; en casa del tabernero encontró un caballejo vigoroso y un carro barato. Pronto estuvieron conformes en el precio,

y Elíseo cerró el trato; luego trató de proporcionarse una vaca.

Yendo por el camino alcanzó á dos muchachas del lugar.

Iban con lentitud y hablaban alegres.

Elíseo oyó que él era el asunto de su charla. Una de las mozas le decía á la otra.

—Al principio no sabían qué especie de hombre pudiera ser, y pensaban que sólo sería un peregrino cualquiera. Les ha desempeñado todo. Y hoy he visto yo misma cómo estaba en tratos con el tabernero acerca de un caballo y un carro. ¿Conque hay tales hombres en el mundo? Vamos; podremos verle...

Al oir esto, Elíseo comprendió que estaban alabándole; no quiso ir adelante para comprar la vaca. Se volvió con presteza á la taberna, pagó el precio del carro y de la caballería, y se dirigió á la cabaña con su compra. Al llegar á la puerta se detuvo y bajó del carro.

El campesino y las mujeres se quedaron con los ojos muy abiertos. Se les vino á las mientes la idea de que el caballo se había comprado para ellos, pero no se atrevían á darlo á entender.

El labriego salió á abrir la puerta.

—¿Qué se te ha puesto en la cabeza? ¿Para qué es ese caballito, tío?

—He comprado el caballo, porque lo vendían barato. Cuida bien de que para la noche tenga forraje fresco en la caja del carro.

El campesino desenganchó el caballo, segó una brazada de hierba y la puso en la caja del carro.

Fuéronse todos á acostar.

Elíseo estableció su campamento en el camino, llevándose también para la noche el saco de viaje. Cuando todo el mundo estuvo profundamente dormido, Elíseo se levantó, lió el petate, se metió las botas, se echó al hombro el caftán y se puso en marcha para buscar á su hermano Jefin Farassitsch.

VII

Cinco verstas había recorrido Elíseo, cuando comenzó á oscurecerse el día. Se puso debajo de un árbol, abrió el saco y contó el dinero que le quedaba para el camino.

Sólo tenía ya diez y siete rublos y veinte kopecks.

—¡Oh, Dios mío!—dijo, sonriéndose tristemente—lo que es con esto no podría yo irme á bogar más allá de los mares. Irme pidiendo limosna por amor de Dios, cargaría mi alma de pecados y acritudes. El padre Farassitsch llegará él solo y pondrá un cirio por mí. El Señor es misericordioso y tendrá paciencia

hasta que pague mi deuda de peregrinación.

Elíseo se puso con presteza en camino, hacia su hogar querido.

Solamente que evitó pasar por la aldea, dando un largo rodeo, por temor á que las gentes reparasen en él. Y realizó su largo viaje con asombrosa rapidez.

A la ida, arrastrábase con trabajo en pos de Jefin; á la vuelta, Dios le daba pasmosas energías, tanto que ya no se fatigaba. Sin sentirlo recorrió la gran distancia, agitando alegre el báculo de peregrino y caminando sesenta verstas al día.

Y á la postre, anda que andarás, volvió á ver su choza. Habían entrojado ya el grano. Los suyos le recibieron con el más vivo regocijo.

Y comenzaron á interrogarle el por qué y el para qué. «Por qué había abandonado á su compañero, por qué no había ido más adelante, por qué había vuelto piés atrás.»

Elíseo no soltaba contestaciones muy claras.

—Es que no era voluntad de Dios en modo alguno; me he quedado á medio camino á causa de mi dinero, y lejos, muy atrás de mi amigo. De suerte que no he podido proseguir mi viaje; séanme perdonados mis pecados por amor de Jesucristo.

Y alargó á la vieja la corta suma que le quedaba; luego se informó de los asuntos domésticos. Todo iba bien, las cosas en el mejor orden, por ninguna parte negligencias en la casa, y todos vivían con unión y buena inteligencia.

El mismo día supieron los parientes de Farassitsch el regreso de Elíseo y se apresuraron á verle, pidiéndole noticias del ausente.

Elíseo les dió la misma respuesta:

—Vuestro pariente ha ido con paso de carga; tres días después de la fiesta de San Pedro nos separamos; contaba yo reunirme con él más tarde, pero sobreviniéronme aventuras que lo impidieron; se me iba el dinero de las manos, ya no me quedaba lo necesario para costear ese largo viaje y he preferido volverme á casa.

Todo el mundo estaba sorprendido. ¿Cómo era posible que un hombre tan agudo hubiera obrado tan tontamente? ¡Ir en peregrinación, detenerse á medio camino, para retroceder después de sembrar ese precioso dinero!

Asombráronse al principio, pero después ya no pensaron más en ello.

También Elíseo había olvidado. Ejecutaba con actividad sus cotidianas labores, se ocupaba con su hijo de la provisión de leña para el invierno, espaleaba el trigo con las mujeres, renovaba la techumbre del cobertizo, disponía las colmenas para la invernada; dió al vecino diez colmenas y sus enjambres nue-

vos. Su mujer hubiera disimulado de buena gana entre las colmenas vendidas las que habían cesado de enjambrar, pero Elíseo sabía con exactitud las que habían quedado improductivas, las que no enjambraban ya, y dió al vecino diez y siete colmenas de abejas en lugar de diez.

Después de haberlo puesto en orden todo, envió á su hijo á que hiciese las compras necesarias, y se instaló para el invierno, entreteniéndose en tejer escarpines de paja y en construir casitas para las abejas.

VIII

Mientras Elíseo permaneció entre los hambrientos enfermos de la cabaña, Jefin Farassitsch había esperado un día completo á su camarada. Sólo había recorrido una distancia corta, luego esperó otro poco, echó un sueñecillo, se despertó, sentóse otro rato más, ¡ni huellas del amigo!

Sus ojos ya no veían en fuerza de mirar.

Trasponía el sol las copas de los árboles y Elíseo sin parecer.

—En último término—pensó—tal vez se me haya adelantado, ó quizá habrá pasado en carruaje, recogido por alguien, sin mirar hacia mí, mientras yo dormía por ahí. Sin embargo, no; hubiera tenido que verme. En la estepa se ve de lejos. ¿Debo volver piés atrás, cuando tal vez se apresura delante de mí? Nos extraviaremos por completo y las cosas irán de mal en peor. Más vale seguir adelante, y á la noche nos encontraremos.

Jefin llegó á una aldehuela; allí rogó al vigilante que si llegaba al pueblecito un hombre de edad le indicase tal cabaña.

Sin embargo, Elíseo no llegó.

Continuó Jefin su camino, informándose por todas partes acerca de si habían visto á un viejo con la cabeza calva.

Nadie le había visto.

Jefin no sabía lo que pensar y peregrinaba solitario.

«Acabaremos por encontrarnos en alguna parte—decía en su fuero interno—tal vez en Odessa, quizá en el buque.» Y no se preocupó más.

Encontróse en el camino con un romero de la secta de los «sin-curas», una secta antigua de la iglesia griega. Ese «sin-cura», de capuchón y casulla, con larga cabellera suelta sobre los hombros, había estado ya en el monte Athos é iba otra vez en peregrinación á Jerusalén. Se habían encontrado donde durmieron, se habían puesto á charlar y prosiguieron juntos el camino en adelante.

Llegaron á buen puerto, á Odessa.

Durante tres días esperaron buque.

Gran número de piadosos peregrinos esperaban igualmente para embarcarse.

De nuevo Jefin buscó á Elíseo; nadie le había visto.

El peregrino de la secta disidente enseñó á Jefin la manera de hacer la travesía sin aflojar la bolsa, pero Jefin despreció semejante sugestión.

—Más me gusta pagar con mi bolsillo—dijo—para eso lo he traído.

Pagó cuarenta rublos en plata por el billete de ida y vuelta, y compró pan y arenques para su viaje por mar.

El buque embarcó su cargamento, y los peregrinos subieron á bordo.

Levaron anclas, soltaron amarras y bogaron avante sobre las azules hondas.

Durante el día, todo fué bien; por la tarde se levantó un viento fuerte y cayeron del cielo torrentes de lluvia.

Empezó el buque á cabecear y grandes olas inundaron de agua la cubierta.

Los pasajeros se echaban anhelantes á babor y á estribor, las mujeres daban gritos de espanto, y muchos hombres poco animosos iban de un lugar á otro en busca de un resguardo seguro.

Tampoco Jefin estaba tranquilo, sin aparentarlo, no obstante. ¿Dónde se había instalado en seguida de embarcarse? En compañía de algunos ancianos de Tambú, permaneció toda la noche y el día inmediato sobre cubierta. Cada cual guardaba su ajuar y permanecía en silencio. El tercer día amainó el viento y restablecióse la calma. El quinto, entraba el buque en el puerto de Constantinopla. Muchos peregrinos desembarcaron y fueron á contemplar el magnífico templo á la Omnisciencia divina (Santa Sofía), que hoy ocupan los turcos.

Farassitsch prefirió permanecer á bordo. Después de cuarenta y ocho horas aguantando al ancla, pusieron de nuevo proa al largo.

Más adelante hicieron escala en el puerto de Smyrna y cerca de otra ciudad, Alejandría; y, por fin, al cabo de una larga travesía, deslizóse el buque en aguas de la rada de Jaffa.

Todos los peregrinos desembarcaron junto á Jaffa; desde allí á Jerusalén no hay más que setenta verstas que andar á pié.

Al desembarcar, aún tuvieron que pasar duras angustias los mandrias. Desde la alta borda del buque, los peregrinos eran botados en una canoa; ésta cabeceaba tanto, que temían, no ya caerse dentro de la cáscara de nuez, sino al agua; dos hombres se mojaron; sin embargo, arribaron felizmente á tierra.

Ya estaban en Tierra Santa.

Todos los peregrinos pusiéronse juntos en marcha.

Al cabo de cuatro días llegaron á Jerusalén.

Fuera de la ciudad, hallaron alojamiento en la hospedería rusa. Hicieron registrar sus pasaportes, y después de comer, los peregrinos es encaminaron á los Santos Lugares.

Aún estaba sin abrir la entrada del sepulcro del Salvador.

Fueron entonces á misa al convento del Patriarca, oraron á Dios, y pusieron cirios ante las santas imágenes.

En seguida contemplaron desde fuera la «Resurrección», parte del templo donde se encuentra el sepulcro de Cristo. Todo el templo está tan recargado de construcciones, que ya no se le puede ver. Luego, en aquella primera jornada, visitaron la celda de Santa María Egipciaca, donde ésta se convirtió. También allí ofrecieron cirios y recitaron una plegaria en acción de gracias. Hubieran deseado oir la misa mayor en el Sepulcro de Cristo, pero llegaron ya tarde. También fueron al monasterio de Abraham. Allí vieron el jardín de Saweka, el sitio donde Abraham quería hacer su sacrificio. En seguida visitaron el lugar donde Jesucristo se apareció á Santa María Magdalena; luego la iglesia de Jacob. El disidente les enseñaba todas las estaciones; y en cada una sabía indicar con exactitud cuánto dinero había que sacrificar, dónde había que poner los cirios. Al cabo se volvieron á su hospedería.

En el momento de ir á acostarse, el disidente exclamó de pronto, registrándose la ropa, volviéndose todos los bolsillos: «Me han robado la bolsa, con todo el dinero—veinticinco rublos en dos billetes de á diez rublos, y el resto en moneda menuda;»—dijo á Jefin, confiándole su penuria. Quejóse largo tiempo, y al fin se acostó.

IX

Jefin permanecía despierto en la cama, atormentado por una mala sospecha: «¿Cómo han de haberle escamoteado su dinero, si no tenía ninguno? En ninguna parte ha pagado nada. ¡Siempre me ha indicado con interés lo que yo tenía que gastar, pero él no ha pagado nunca nada, y hasta se dió buena maña para sacarme un rublo á préstamo!»

Jefin, el hombre de honor, gruñó así algún tiempo, hasta que se hizo á este propósito amargas recriminaciones: «No me está bien el juzgarle; no hago más que amontonar pecados sobre mi cabeza. No quiero pensar más en ello.»

Sin embargo, apenas había dado otro curso á sus ideas, la misma sospecha acudía á su mente : «Dios es sabedor — pensó de nuevo — de que el hombre jamás ha tenido dinero. Todo eso no es más que un amaño...»

El siguiente día, todos estaban de pié muy temprano ; fueron á misa al gran templo de la Resurrección, al Sepulcro del Señor; y el disidente siempre se pegaba á Jefin.

Entraron en la casa de Dios. Apretábanse allí considerable multitud de devotos, piadosos peregrinos de todas las naciones, rusos, griegos, armenios, turcos, sirios y otros muchos.

Jefin penetró entre el gentío por la Puerta Santa; luego, frente al cuerpo de guardia turco, vió el sitio donde el Redentor fué bajado de la cruz y ungido con perfumes; allí hay colgadas nueve arañas de colosales dimensiones y cuyos cirios difunden por el ámbito oleadas de luz.

Jefin puso allí un cirio.

Luego, haciéndole subir el disidente algunos escalones por la derecha, le condujo á la estación del Gólgota, donde fué erigida la cruz de Cristo; en ese lugar permaneció Jefin un instante en profunda adoración.

Después le enseñaron también la rotura del suelo, donde había temblado la tierra abriéndose las tumbas de que surgieron los cuerpos de los Santos; más lejos, el sitio en que los piés y las manos del Salvador fueron clavados á la cruz; y, por último, la misma tumba de Adán.

Llegaron á la piedra donde Jesucristo se había sentado mientras le clavaban la corona de espinas en la cabeza , y á la columna en que ataron al Señor mientras le azotaban.

Jefin vió también una piedra con dos huellas. Dijéronle que allí se habían posado los piés del Señor.

Querían enseñarle aún otras muchas estaciones santas, pero la muchedumbre le arrastraba : toda ella iba empujándose hacia la gruta donde se encuentra el Sepulcro del Señor. Acababan de terminar allí el servicio religioso de una creencia extranjera, y comenzaba la misa de los ortodoxos.

Jefin se encaminó á la gruta con todo el pueblo.

De nuevo trató de separarse del disidente, pecando siempre con el pensamiento; pero aquel hombre indiscreto no le abandonaba y seguíale á todas partes, al oficio divino, al Sepulcro del Señor. Allí quisieron aproximarse, pero precedié-ronles otros. La multitud se apretaba tanto, que no podía darse un paso adelante ni atrás. Jefin estaba en medio, en medio, mirando adelante, masculleando sus preces, y no po-

día por menos de tocarse los bolsillos para vigilar su bolsa.

X

Allá está Jefin de pié, rezando tranquilo y mirando con los ojos fijos el Santo Lugar donde Nuestro Señor fué puesto en el Sepulcro, y donde en la actualidad treinta y seis lámparas difunden espléndida luz.

Allá está, recogido, contemplando por encima de las cabezas... ¡Santo Dios, qué maravilla!

Derecho al pié de las lámparas, delante de todos los que rezan, hay un anciano vestido con el caftán de paño burdo del labriego; y su cabeza, enteramente calva, tiene un lustre brillante, lo mismito que la de Elíseo Bdorow.

—Muchísimo se parece al viejo Elíseo—decía para sí;—pero, es imposible que sea él. ¿Cómo había podido llegar antes que yo? El buque que nos precedió había salido una semana justa antes. Sin embargo, no podía haber llegado tan pronto á Odessa. Con seguridad que no iba en nuestro barco: he visto con mucha atención á los peregrinos.

Mientras Jefin reflexionaba, el viejo había comenzado á orar; se encorvó profundamente por tres veces: la primera, de frente, ante Dios, y en seguida hacia el conjunto de los ortodoxos, á ambos lados. Y al volver el anciano la cabeza á la derecha, Jefin le reconoció instantáneamente. ¡Poder divino! El viejo Bdorow en carne y hueso! ¡La barba oscura agrisándose por las mejillas, las cejas, los ojos, la nariz, el rostro entero, que tan bien conocía! No cabe duda: ¡era Elíseo Bdorow!

Vivo gozo iluminó el rostro del viejo al encontrar á su antiguo hermano, y llenóse de asombro, preguntándose cómo se las habría arreglado Elíseo para llegar antes que él.

—Bueno, bueno, antiguo camarada mío—murmuró;—te veo muy abajo, has sabido encontrar un buen guía. Al salir te pescaré, mi viejo, y soltaré á mi disidente. En lo sucesivo, peregrinaré contigo, Elíseo, y sabrás guiarme bien á las Santas Estaciones.

Jefin no perdía de vista á Elíseo.

Concluyó la misa, el gentío se puso en movimiento, todos se apretujaban para besar la cruz—el empuje era cada vez más brutal;—Jefin se vió echado á un lado. Y de nuevo le entraron temores de que le robasen la bolsa. Apretó el bolsillo con la mano y se esforzó por desprenderse, luchando con todas sus fuerzas para salir.

Habiendo conseguido topar con la salida, se fué delante del templo, buscando febrilmente á Elíseo.

Aguardó mucho tiempo, pasando

revista á todo el mundo; pero no pudo descubrir á su amigo.

Fatigado al fin de ese darle vueltas á la noria, se fué para buscar la hospedería donde hubiera pasado la noche Elíseo Bdorow.

De todas partes tuvo que volverse sin haber descubierto al anciano.

El mismo día desapareció el disidente. Había partido, y con él el rublo. Jefin se quedó solo.

El día siguiente, Jefin volvió al Santo Sepulcro, esa vez con uno de los ancianos de Tambú, á quien había conocido en el buque. Trató de colarse lo más adelante posible; pero le echaron á un lado; allí se apoyó en una columna y se puso á rezar.

Entonces miró en torno suyo. Y de nuevo vió allá abajo, al pié de las lámparas, derecho ante el Sepulcro del Señor, en el sitio más santificado, al viejo Elíseo; allí estaba, con los brazos extendidos, semejante á un sacerdote bendiciendo en el altar, y una hermosa claridad rodeaba su desnuda cabeza.

—Alto ahí—se dijo Jefin—lo que es hoy, de seguro que no te dejo escapar.

Y de nuevo luchó á brazo partido por adelantarse. Tomando aliento, miró: Elíseo ya no estaba allí; evidentemente, había partido ya.

El tercer día, lo mismo. Va Jefin á misa. Y de nuevo, ¿qué ve? A Elíseo, de pié en el muy Santo Lugar, á la vista de todos. Con los brazos extendidos, miraba arriba cual si contemplase alguna cosa encima de él.

Y una extraña luz circundó la calva cabeza del anciano.

—Alto ahí—se dijo con rabia Jefin—hoy sí que te cojo; me quedo de guardia á la puerta. Esta vez no marraremos.

Salió Jefin, esperando otra vez después á que todo el mundo desfilase ante él. Pero Elíseo no estaba entre los salientes.

Jefin pasó seis semanas en Jerusalén y visitó los Santos Lugares todos: vió Belén, Betania, al río Jordán; en el Santo Sepulcro hizo que le imprimiesen el santo signo en una camisa nueva, para que más tarde le sepultasen con ella; tomó también un vaso de agua del Jordán, un poco de tierra santa y cierto número de cirios benditos—gastó mucho dinero en objetos devotos y á la postre tuvo que pensar en el regreso á su casa, con el dinero justo que le hacía falta para ello.

Se dió prisa á irse á Jaffa, se embarcó para el puerto de Odessa y regresó á pié á su querida aldea.

XI

De nuevo tuvo Jefin que atravesar solo grandes extensiones. Cuan-

to más se acercaba á su hogar, más le venían á las mientes sus antiguas preocupaciones: ¿cómo habría andado la casa sin él?

—En un año—murmuró—pasan muchas aguas bajo el puente. Se necesita una vida entera para fundar una casa y poquísimo tiempo para destruirla. ¿Cómo habría dirigido y administrado su hijo durante la ausencia? ¿Cómo se había presentado la primavera? ¿Cómo había pasado el invierno el ganado? ¿Se había construido la nueva casa con solidez...?

Jefin atravesó de nuevo la comarca donde el año anterior había perdido de vista á Elíseo.

No era conocida la población.

Donde el año último reinaban el desconsuelo y la miseria, todo el mundo vivía este año con un bienestar placentero.

Los campos habían producido rica mies.

La población nadaba de nuevo en la abundancia, y habíanse olvidado los anteriores sufrimientos.

Un día se acercó Jefin al mismo sitio donde el año precedente se había quedado Elíseo. Apenas entró en la aldea, cuando una pizpireta niña salió por detrás de una casita:

—¡Tío, tiíto! ¡Vente á casa!

Jefin quiso pasar, pero la niñita no quería dejarle; se le agarró á los vestidos, y le condujo á la choza. Allí se presentó una mujer con un niño pequeño, y en seguida empezó á hacerle señas:

—Entra un momento en nuestra casa, abuelo; comerás con nosotros y pasarás también la noche.

Jefin accedió.

—Bueno—pensó;—con eso me informaré de si saben algo de Elíseo; si no me equivoco, esta es la casa donde entró para apagar la sed.

Jefin penetró en la cabaña, la mujer le presentó agua para lavarse y le ofreció en la mesa el puesto de honor. Fué á buscar leche, *piroggis* pequeños, y los puso encima de la mesa.

Farassitsch la dió gracias por aquella amistosa acogida hecha al peregrino. Pero la mujer meneó la cabeza, defendiéndose.

—No podemos hacer otra cosa—dijo—sino acoger amistosamente á los peregrinos. De un peregrino hemos aprendido á conocer la verdadera vida. Pasábamos nuestros días olvidándonos de Dios y hundidos en el pecado. Entonces Dios nos castigó tan duramente, que sólo la muerte esperábamos. Era tan grande la miseria en que habíamos caído, que no teníamos ni una migaja de pan que comer, y nos habíamos tirado al suelo con el estertor de la agonía. Sólo esperábamos la muerte, y Dios nos envió un salvador, un amable anciano como

tú y el cual se te parecía. Eran las doce del día. Entró, pidió un poco de agua, y cuando vió nuestra penuria tuvo tal piedad de nosotros, que no pudo volver á marcharse. Nos dió de comer y de beber, nos reanimó, rescató nuestros bienes de las garras del judío, compró un carro con un caballo y nos los dejó.

Una mujer anciana entró en la estancia é interrumpió á la que hablaba:

—En verdad que no sabemos si era un hombre ó un ángel de Dios. Nos colmó con sus beneficios, y luego se fué sin decir una palabra; por nada del mundo sabemos por quién debemos pedir á Dios. Estaba yo ahí, esperando la muerte, cuando vi á un viejecito, un hombre ordinario—sólo que era calvo—quien entró pidiendo agua. Yo, pobre pecadora, murmuré: «¿Qué viene á hacer aquí este mendigo?» Y el santo hombre, que conoció nuestra miseria, quitóse al punto el saco de viaje, lo puso aquí y lo abrió...

La niñita acudió charlando á meter baza:

—No—dijo—no es así; primero puso el saco en tierra en medio del cuarto, en seguida lo cogió otra vez y lo puso en el banco.

El campesino regresó al atardecer, en su carreta tirada por el caballejo que dejó Elíseo, y comenzó también á contar acerca del hombre de Dios, que tanto bien les había hecho.

—Si no hubiese venido á nuestra casa, hubiéramos partido todos para allá abajo en pecado mortal... habríamos muerto con la más amarga desesperación, maldiciendo á Dios y á los hombres. El nos ha vuelto al buen camino; por el amor, por él, hemos conocido otra vez las vías de Dios y recobrado la creencia en los hombres buenos. ¡Bendígale por ello Jesucristo, y recompense á su alma con el reino de los cielos!

Después que las buenas gentes hubieron confortado á Jefin, le ofrecieron la mejor cama y en seguida se acostaron.

Jefin se echó; el sueño huía de sus párpados. No se le apartaba del pensamiento el viejo Elíseo, tal como lo había visto por tres veces en Jerusalén, siempre en el lugar más eminente.

—¡De este modo me ha excedido!—se decía.—Es muy dudoso si mi sacrificio habrá sido aceptado ó no; pero el suyo, con toda seguridad que ha sido acepto para Dios.

El día siguiente se despidió de sus huéspedes, quienes le habían provisto de *piroggis* para el camino.

XIII

Jefin había pasado un año entero

en remotos países. A la primavera se encontraba muy próximo á su residencia.

Llegó á su casa una noche. Su hijo no estaba allí, sino en la taberna. Volvió tambaleándose, ebrio completamente. Jefin se apresuró á abrumarle á preguntas. De ello sacó en limpio que el alegre bebedor había dilapidado la casa en ausencia de su padre. El aguardiente se había llevado el dinero, los negocios estaban en absoluto abandono...

Farassitsch comenzó á echarle la escandalosa á ese desnaturalizado. Este replicó con insolente grosería.

—Debieras haberte quedado tú mismo en casa, en vez de irte por ahí á pasear de andorrero —contestó el pecador empedernido.—Pero te largas alegremente á correrla lejos, llevándote encima todo el dinero, y ahora vienes á reclamármelo á mí.

Apoderóse la cólera del anciano y dió un bofetón á su hijo.

Al día siguiente se presentó Jefin en casa del alcalde para devolverle el pasaporte. Luego llegó delante de la casa de Elíseo.

La vieja mujer de éste, ocupada en la escalera, le dió los buenos días amistosamente:

—Buenos días, compadre—le dijo, sonriéndose con dulzura.—¿Has realizado tu larga peregrinación con buena salud?

Jefin Farassitsch se detuvo.

—¡Bendito y alabado sea Dios!—respondió.—No me ha faltado buena salud, pero perdí en el camino á tu viejo. ¿Conque es verdad lo que me han dicho, que hace largo tiempo que está aquí?

Esto era para la vieja echarle agua al molino: la charla era el regocijo de su corazón.

—Sí, en casa está hace mucho tiempo de regreso el que nos da de comer. Creo que fué por la fiesta de la Asunción. ¡Qué alegría y qué gozo en la casa, que Dios nos lo ha traído! En realidad estaba demasiado triste sin él. El trabajo de sus manos no es ninguna maravilla: los buenos años pasaron. Pero su cabeza vale más oro que pesa, y él es quien nos alegra. Nuestro mozo estaba loco de alegría. «Sin padre—dijo—es como si yo no viese la luz del sol. Cuando nos falta, en todas partes estamos tristes, contando los días y las horas hasta el de su esperado regreso.»

—Di, madrecita, ¿está ahora en casa?

—Está, querido amigo, en el jardín con las abejas, ocupado en hacer que entre de nuevo un enjambre. ¡Magnífico año para los enjambres! Dios ha dado tal vigor á las abejas, que mi viejo no recuerda haber visto jamás cosa igual. Sin embargo, nosotros pecadores no hemos merecido que Dios nos ben-

diga así. Entra un poco, amigo nuestro. ¡Qué ojos va á poner nuestro viejo!

Jefin atravesó el vestíbulo, después el corral, para ir al jardín de Elíseo. He aquí lo que vió. Elíseo, de pié, sin gorro ni guantes protectores, con su viejo caftán, debajo de un álamo blanco, con los brazos extendidos mirando arriba, y un extraño resplandor saliendo de su calva cabeza, exactamente lo mismo que antaño en Jerusalén, en el sepulcro de Nuestro Señor. Encima de él, recordándole igualmente á Jerusalén, los rayos del sol chispean, formando cien y cien llamitas á través del claro follaje, y en torno de su cabeza pequeñas abejas con alas de oro fórmanle una corona, zumbando acá y acullá, sin picarle.

Lleno de asombro permaneció inmóvil Farassitsch.

Entonces la mujer de Elíseo llamó á su marido por su nombre.

—¡Mira, tu compadre ha vuelto!

Elíseo volvió la cabeza y vivo gozo iluminó su mirada; acudió con presteza al encuentro del antiguo amigo, echando dulcemente de la barba las abejas.

—Buenos días, primo; buenos días, querido... ¿Te salió todo bien?

Y respondióle Jefin:

—Bien he movido los piés. Te traigo agua del Jordán.

Conde L. Tolstoy.

HEDDA GABLER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES

JORGE TESMAN.
HEDDA, su mujer.
JULIA TESMAN, tía de Jorge.
THEA DE ELVSTED.
EYLERT LOEVBORG.
El asesor BRACK.
BERTA, criada de los Tesman.

La acción pasa en nuestros días, en la quinta de Tesman, situada al Oeste de la ciudad.

ACTO PRIMERO

Un salón, amueblado con gusto y decorado con colgaduras oscuras. En el foro una puerta grande, con los portiers descorridos, la cual conduce á otra pieza más pequeña, amueblada y decorada de análoga manera que el salón. A la derecha de éste, una puerta de dos hojas que da al vestíbulo. A la izquierda, frente á la misma, una puerta vidriera con los portiers igualmente descorridos. Al través de los cristales se divisa una marquesina cubierta, y más lejos masas de árboles con el tono amarillo del otoño. En medio del salón, una mesa ovalada con tapete y rodeada de sillas. Más cerca del espectador, á la derecha, una gran estufa de porcelana oscura, un sillón de respaldo alto, un cojinete para los piés y dos taburetes. En el fondo, en el ángulo de la derecha, un sofá de esquina y un velador redondo. En primer término, á la izquierda, y á alguna distancia de la pared, un sofá. Más hacia el fondo, pasada la puerta vidriera, un piano. A derecha é izquierda de la puerta del foro, étagères con caprichos de barro cocido y de mayólica. En la segunda estancia, un sofá arrimado á la pared del fondo, con una mesa y algunas sillas. Colgado en la pared, encima del sofá, un retrato que representa un hombre agraciado, de edad madura, con uniforme de general. Encima de la mesa, una suspensión con bomba deslustrada. En diversos puntos del salón, jarrones y vasos con ramos de flores; hay ramos también tirados por las mesas. Las dos piezas están ricamente alfombradas. Por la puerta vidriera entran los rayos del sol.

(Julia Tesman, *con sombrero y sombrilla, entra por la puerta del vestíbulo, seguida de* Berta, *que lleva un ramo.* Julia *es mujer de unos sesenta y cinco años, de aspecto agradable y bondadoso. Lleva un traje de paseo gris, sencillo, pero bien hecho.* Berta *es una criada de cierta edad, de semblante ingenuo y con algunas trazas de campesina.)*

JULIA. (*Se para delante de la puerta, escucha un rato, y dice á media voz*):—

Pues, por lo visto, no se han levantado aún.

BERTA. (*Lo mismo.*)—Es lo que yo dije á la señorita. Hágase V. cargo; habiendo llegado el vapor tan tarde... Y encima, ¡Dios mío!, ¡si V. supiese lo que mi señorita me hizo desempaquetar antes de irse á la cama!

JULIA.—Sí, sí, dejémoslos descansar á su sabor. Yo sólo quiero que, al levantarse, puedan respirar el aire de la mañana.

(*Se acerca á la puerta vidriera y la abre de par en par.*)

BERTA. (*Indecisa, cerca de la mesa, con el ramo en la mano.*)—La verdad es que no queda sitio donde ponerlo. Puedo colocarlo aquí, ¿verdad, señorita?

(*Lo coloca sobre el piano.*)

JULIA.—Con que ahora ya estás en casa de nuevos amos, querida Berta. ¡Dios sabe si me ha costado trabajo separarme de ti!

BERTA. (*A punto de llorar.*)—Pues ¡y yo, señorita! ¿Qué diré? ¡Yo que he comido el pan de estas señoritas Dios sabe cuántos años!

JULIA.—Hay que tomarlo con calma, Berta. Realmente no se podía hacer otra cosa. Ya ves, es preciso que estés cerca de Jorge. Necesita de ti en la casa; tú lo has cuidado siempre desde su primera niñez.

BERTA.—Sí, señorita; pero me da tanto sentimiento pensar en nuestra pobre enferma. ¡Siempre acostada sin poder valerse! ¡Y para remate esa nueva criada! Jamás llegará á servirla como quiere la pobre señora.

JULIA.—¡Oh! Ya sabré yo enseñarla. Lo principal, como comprendes, correrá á mi cargo. Y por lo que toca á mi pobre hermana, no te apures tanto, querida Berta.

BERTA.—Sí, pero es que hay otra cosa, señorita. ¡Temo tanto no dar gusto á la señora!

JULIA.—¡Oh, Dios mío! No digo yo que al principio no haya sus más y sus menos.

BERTA.—Es que de seguro ha de ser muy difícil de contentar.

JULIA.—Ya lo creo. ¡La hija del general Gabler! ¡Con los hábitos que tenía en vida del general! ¿Te acuerdas del tiempo en que se la veía pasar á caballo con su padre? Llevaba una larga falda negra y sombrero con plumas.

BERTA.—¡Vaya si me acuerdo! ¡Ah! ¿Quién me había de decir entonces que ella y el licenciado iban á formar una parejita?

JULIA.—Tampoco yo lo hubiera creído. Pero ahora que pienso en ello, Berta, en adelante has de llamar á Jorge «el señor doctor».

BERTA.—Sí, eso me dijo anoche la señorita, apenas entró. Pero ¿es de veras?

JULIA. Como lo oyes. Figúrate tú que lo han hecho doctor en el extranjero...; ya comprendes, durante el viaje. Maldito si yo sabía una palabra hasta que él lo dijo al salir del vapor.

BERTA. ¡Ah, sí! De fijo que podrá ser todo lo que quiera. ¡Con el talento

que tiene! Pero yo no hubiese creído nunca que se pusiese á visitar.

JULIA.—No, si no es doctor de esa clase. (*Moviendo la cabeza con aire de importancia.*) Además, sería posible que dentro de poco tuvieses que darle un título que suena mejor todavía.

BERTA.—¡Mejor! Pues ¿qué puede ser, señorita?

JULIA. (*Sonriendo.*)—¡Ah! ¿Querrías saberlo? (*Con emoción.*) ¡Dios mío, si mi pobre Joaquín pudiese salir de la tumba y ver á lo que ha llegado su pequeñuelo! (*Mirando en torno de sí.*) ¡Pero oye, Berta! ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué has quitado las fundas de todos los muebles?

BERTA.—Me ha mandado que lo haga la señorita. Me ha dicho que no puede ver las fundas.

JULIA.—Entonces ¿es que han de estar así todos los días?

BERTA.—Sí, parece, por lo que dice la señorita. Porque al doctor no le he oído decir una palabra.

(Jorge Tesman *entra tarareando por la puerta derecha de la pieza del fondo. Lleva en la mano una maleta abierta y vacía. Es un hombre de treinta y tres años, de mediana estatura, de aspecto juvenil, algo lleno de carnes, de fisonomía sencilla, franca y jovial, de pelo y barba rubios. Gasta anteojos y se presenta vestido con alguna negligencia, en traje de mañana, holgado y cómodo.*)

JULIA.—¡Buenos días, Jorge!... ¡Buenos días!

TESMAN. (*En el hueco de la puerta.*)—¡Tía Julia! ¡Querida tía Julia! (*Acercándose á ella y estrechándole la mano.*) ¡Cómo! ¿De modo que tú aquí? ¡Tan temprano! ¿Eh?

JULIA. — Ya comprendes que tenía que echar un vistazo á vuestra casa.

TESMAN. — ¿Y sin descansar esta noche?

JULIA.—¡Oh! ¡Eso no me importa absolutamente nada!

TESMAN.—¡Vamos! Pero en fin, ¿tú siquiera habrás llegado á tu domicilio sin dificultades? ¿Eh?

JULIA.—Sí, á Dios gracias. El asesor tuvo la bondad de acompañarme hasta la puerta.

TESMAN.—Sentimos no poder llevarte en nuestro coche. Pero ya viste. Hedda traía tantas cajas...

JULIA.—¡Sí! No dejaba de traer.

BERTA. (*A Tesman.*)—¿Debería yo ir al cuarto de la señorita á ver si me necesita para algo?

TESMAN.—No, Berta, no hace falta. Gracias. Si necesita algo, me ha dicho que llamará.

BERTA. (*Pasando á la derecha.*)—Está bien.

TESMAN. — Pero aguarda un poco. Llévate esta maleta de paso.

BERTA. (*Cogiendo la maleta.*)—Voy á llevarla al desván.

(*Vase por la puerta del vestíbulo.*)

TESMAN.—¡Figúrate, tía! Ese maletín estaba reventando de notas y de extractos. Es increíble las cosas que he encontrado en esos archivos. Documentos antiguos del más alto interés y de que nadie tenía noticia.

JULIA.—Sí, sí, Jorge. Tú no habrás

perdido el tiempo durante el viaje de bodas.

TESMAN.—No, puedo alabarme de ello. Pero quítate el sombrero, tía. ¡Vamos! Voy á desatarte las bridas, ¿eh?

JULIA. (*Dejándole hacer.*)—¡Ah, Dios mío! ¡Esto me recuerda los pasados tiempos!

TESMAN. (*Dando vueltas al sombrero.*)—¡Eh! ¡Qué sombrero tan majo tienes! ¡Qué elegancia!

JULIA.—Lo he comprado por Hedda.

TESMAN.—¿Por Hedda?

JULIA.—Sí. No quiero que Hedda tenga que avergonzarse de mí.

TESMAN. (*Dándole un golpecito en la mejilla.*)—¡Siempre estás en todo, tía! (*Deja el sombrero en una silla próxima á la mesa.*) Ahora, mira, vamos á sentarnos aquí, en el sofá, y á charlar un poco hasta que salga Hedda.

(*Se sientan.* Julia *coloca la sombrilla en el ángulo del sofá.*)

JULIA.—¡Qué alegría me da verte aquí, delante de mí, en carne y hueso! ¡Querido Jorge! ¡El queridito del pobre Joaquín!

TESMAN.—Pues ¡y á mí! ¡Decir que te vuelvo á ver, tía Julia! ¡La que me ha servido de padre y de madre!

JULIA.—Sí, ya sé yo que tú no dejarás de querer á las viejecitas de tus tías.

TESMAN.—¿De modo que no hay mejoría en el estado de tía Rina, eh?

JULIA.—No, creo que no hay que esperar mejora. ¡Pobre! Siempre en cama; ya llevamos así años y años. ¡Oh, Dios mío! ¡Con tal que yo pueda conservarla aún algún tiempo! Sin eso, Jorge, no sabría qué hacer de mi pobre existencia. Sobre todo ahora que no tengo ya que cuidar de ti.

TESMAN. (*Dándole golpecitos en el hombro.*)—¡Vamos, vamos!

JULIA.—¡No! ¡Pero cuando una piensa que estás casado, Jorge! ¡Y que eres tú el que ha conquistado á la encantadora Hedda Gabler! ¡Ahí es nada! ¡Ella que tenía tantos adoradores en torno suyo!

TESMAN. (*Tarareando un poco, con sonrisa de satisfacción.*)—Sí, creo que allá, en la ciudad, no faltan amigos que me envidian, ¿eh?

JULIA.—¡Y ese largo viaje de novios que has hecho! Más de cinco... cerca de seis meses.

TESMAN.—Sí, pero para mí ha sido al mismo tiempo una especie de viaje de estudio. ¡Tantos archivos que compulsar, y tantos libros que leer! ¡Si supieses!

JULIA.—Bueno, todo eso está muy bien. (*Bajando la voz confidencialmente.*) Pero, veamos, Jorge, ¿no tienes alguna cosa, algo de particular que decirme?

TESMAN.—¿A propósito de nuestro viaje?

JULIA.—Sí.

TESMAN.—No, nada que yo sepa, fuera de lo que os he escrito. La toma del grado de doctor; te hablé de eso ayer, ¿no es verdad?

JULIA.—Sí, todo eso lo sé. Pero quiero decir si no... ¡vamos! ¿si no tienes algunas esperanzas?

TESMAN.—¿Esperanzas?

JULIA.—¡Dios mío, Jorge! ¿No soy tu tía, y tía vieja?

TESMAN.—Mucho, mucho, tengo esperanzas.

JULIA.—¿De veras?

TESMAN.—Las mejores esperanzas de ser nombrado profesor de un día á otro.

JULIA.—Profesor, sí, ya sé.

TESMAN.—O más bien: me atrevo á decir que tengo la certidumbre. Pero, mi buena tía, eso lo sabes tan bien como yo.

JULIA. (*Sonriendo.*)—Sí, sí, muy cierto. Tienes razón. (*Cambiando de tono.*) Pero hablábamos del viaje. Dí, ¿te habrá costado mucho dinero?

TESMAN.—¡Oh, sí! La gran subvención que recibí ha cubierto una buena parte de los gastos.

JULIA.—Sí, pero lo que yo no comprendo es que haya podido bastar para dos.

TESMAN.—No, no, no es tan fácil de comprender, ¿verdad?

JULIA.—Y menos cuando se viaja con una señora. Eso cuesta infinitamente más caro, según he oído decir.

TESMAN.—Sí, se supone, cuesta un poco más caro. Pero ¿qué quieres? ¡Era preciso que Hedda hiciese ese viaje! Era realmente preciso. Lo contrario no hubiese sido decoroso.

JULIA.—Claro, sí. Hoy las conveniencias exigen el viaje de novios. Pero, dime, ¿empiezas á encontrarte en tu casa?

TESMAN.—Ya lo creo. Estoy en pié, desde que ha amanecido, para pasar revista á todo.

JULIA.—¿Y te gusta como está?

TESMAN.—¡Mucho! ¡Enormemente! No hay más que una cosa que no comprendo: ¿qué quieres que hagamos de esos dos cuartos vacíos que hay entre la pieza del fondo y la alcoba de Hedda?

JULIA. (*Sonriendo.*)—¡Oh, querido Jorge! Con el tiempo ya se encontrará en qué emplearlos.

TESMAN.—Es verdad, tienes mucha razón, tía. Más adelante, cuando aumente la biblioteca... ¿eh?

JULIA.—Eso, querido. He pensado en tu bibloteca.

TESMAN.—Me alegro de esto sobre todo por Hedda. Desde antes de nuestros esponsales me dijo que nunca querría vivir más que en la quinta de la señora de Falk, la mujer del consejero de Estado.

JULIA.—¡Pues mira! Y decir que se ha encontrado tan á punto. Cabalmente en el momento de marcharos se puso en venta la casa.

TESMAN.—¿No es verdad, tía Julia? Eso es lo se llama tener suerte, ¿eh?

JULIA.—Pero ha costado caro, querido Jorge. Todo esto te saldrá carísimo.

TESMAN. (*Mirándola un poco turbado.*)—¿Será posible, tía? Di.

JULIA.—¡Dios de mi vida! Sí, hijo mío.

TESMAN.—¿Cuánto crees tú? Veamos aproximadamente.

JULIA.—No puedo decírtelo antes de ver todas las cuentas.

TESMAN.—Felizmente el asesor Brack ha obtenido condiciones muy ventajosas para mí. El mismo se lo ha escrito á Hedda.

JULIA.—Sí, no te preocupes de eso, hijo mío. Y luego, en cuanto á los muebles y colgaduras, he dado fianza yo.

TESMAN.—¿Fianza? ¿Tú? Pero, querida tía, ¿qué fianza has podido dar?

JULIA.—Me empeñado mi renta.

TESMAN. (*Dando un salto.*)—¿Eh? ¡Tu... tu renta y la de tía Rina!

JULIA.—Ya ves: no había otro camino.

TESMAN. (*Colocándose delante de Julia.*)—Pero, vamos á ver, tía, ¿estás loca? Esa renta es todo lo que tenéis para vivir tía Rina y tú.

JULIA.—¡Vamos, vamos, no lo tomes tan á pechos! Ya sabes que todo ello es pura cuestión de forma. Lo mismo dice el asesor. Porque el señor Brack es el que ha tenido á bien arreglar el asunto en mi nombre. Dice que no es más que una formalidad.

TESMAN.—Sí, es muy posible. Pero, sin embargo...

JULIA.—¿No vas á tener un sueldo para atender á todo? Y luego, Dios mío, aunque pudiésemos hacerte algunos pequeños anticipos, ¿qué? Si pudiésemos ayudarte un poco al principio... Pues sería un verdadero honor para nosotras, puedes creerlo.

TESMAN.—¡Ah, tía! ¡Tú no te cansarás nunca de sacrificarte por mí!

JULIA. (*Levantándose y poniéndole las manos sobre los hombros.*)—¡Querido mío! ¿Hay para mí mayor felicidad en el mundo que allanarte el camino de la vida? ¡Tú que no conociste el cariño de los padres! Horas negras hubo, es verdad; pero, ¡gracias á Dios! has salido adelante, Jorge.

TESMAN.—Sí, en el fondo es bien extraño ver cómo se han arreglado las cosas.

JULIA.—Sí, y todos los que estaban en contra tuya, y querían cerrarte el camino, ahora los tienes debajo decididamente. ¡Sí, Jorge, están en el suelo! Y el que era más peligroso, ese ha caído más bajo que todos los demás. ¡Pobre insensato!

TESMAN.—¿Has oído hablar de Eylert? Quiero decir desde mi partida.

JULIA.—Me han dicho sólo que ha publicado un nuevo libro.

TESMAN.—¡Cómo! ¿Eylert Loevborg? Ultimamente, ¿eh?

JULIA.—Sí, eso me han contado. No puede ser gran cosa, ¿qué dices tú?... ¿No? ¡Cuando apareza tu nuevo libro, entonces sí que verán! ¿Verdad, Jorge? ¿Sobre qué escribes, di?

TESMAN.—Sobre la industria doméstica en el Brabante de la Edad Media.

JULIA.—¿Es posible? ¡Y decir que tú puedes escribir hasta sobre eso!

TESMAN.—Pero puede que el libro no aparezca aún de aquí á mucho tiempo. Calcula: tengo que empezar por poner en orden todas esas colecciones de manuscritos.

JULIA.—¡Ah, sí! Para eso de coleccionar y poner en orden te pintas tú solo. Por algo eres hijo del difunto Joaquín.

TESMAN.—Será un verdadero placer para mí, sobre todo ahora que tengo mi propia casa, tan encantadora, donde podré trabajar á mi gusto.

JULIA.—Y después, lo principal, querido Jorge, es que poseas á la que deseaba tu corazón.

TESMAN. (*Echándole los brazos.*)—¡Oh, sí, sí, tía Julia! ¡Lo más delicioso que hay en todo esto es Hedda! (*Mirando á la puerta.*) Aquí creo que viene.

(*Entra* Hedda *por la puerta izquierda de la pieza del fondo. Es una mujer de veintinueve años, de rostro y continente llenos de nobleza y distinción. El cutis es de una blancura mate. Mucha calma y frialdad en sus ojos de un gris de acero. El pelo, no muy espeso, tiene un bello matiz castaño. Lleva una bata de mañana de elegante corte, un poco suelta.*)

JULIA. (*Yendo al encuentro de* Hedda.) —¡Buenos días, querida Hedda, muy buenos días!

HEDDA. (*Alargándole la mano.*)—Buenos días, querida señora. ¡Una visita tan temprano! Es una verdadera atención.

JULIA. (*Ligeramente cortada.*)—Hum. ¿Ha dormido bien mi mujercita en su nueva instalación?

HEDDA.—¡Oh, sí! Gracias. Así, así.

TESMAN.—¿Así, así? ¡Estás tú buena, Hedda! Cuando yo me he levantado, dormías como un tronco.

HEDDA.—Afortunadamente para mí. Pero hay que acostumbrarse á todo, señora. Poco á poco se andará el camino. (*Mirando á la izquierda.*) ¡Ay! ¡Esa criada que ha abierto la puerta de la marquesina! Está esto inundado de sol.

JULIA. (*Acercándose á la puerta.*)—¡Bien, bien! Vamos á cerrarla.

HEDDA.—No, no es eso lo que yo quiero. Querido Tesman, corre las cortinas para suavizar la luz.

TESMAN. (*Acercándose á la puerta.*)—Sí, sí. Mira, Hedda: como está ahora tendremos sombra y aire fresco á la vez.

HEDDA.—¡Aire fresco, sí! Buena falta hace. ¡Todas esas flores que Dios bendiga!... Pero, querida... ¿no se sienta V.?

JULIA.—No, gracias. Ya veo que aquí todo marcha bien, afortunadamente. Y ahora tengo que volverme al lado de la pobre Rina, que debe esperarme con impaciencia.

TESMAN.—Salúdala muy cariñosamente de mi parte, tía. Y dile que iré á verla un poco más tarde.

JULIA.—Sí, sí, no dejaré de decírselo. Pero, ahora que me acuerdo, Jorge... (*Registra su bolsillo.*) Se me olvidaba. Tengo una cosa para ti.

TESMAN.—¿Qué es ello, tía?

JULIA. (*Sacando un paquete envuelto en un periódico, y ofreciéndoselo.*)—Aquí te traigo esto, hijo; toma.

TESMAN. (*Desenvolviendo el paquete.*) —¡Ah! Pero ¿es de veras? ¡Las has conservado en tu casa, tía Julia! ¡Hedda! ¿No es de agradecer una solicitud tan cariñosa, di?

HEDDA. (*Que ha pasado á la derecha, acercándose á las* étagères.)—Pues ¿qué es?

TESMAN.—¿Con que mis zapatillas? ¿Oyes tú eso? ¡Mis zapatillas!

HEDDA.—¿Sí?... Recuerdo que me hablabas de ellas á menudo durante el viaje.

TESMAN.—Sí. ¡Bien las he echado de menos! (*Aproximándose á su mujer.*) Es menester que te las enseñe, Hedda.

HEDDA. (*Dirigiéndose hacia la estu-*

fa.)—No, hombre. ¡Ahora voy á fijarme yo en eso!

TESMAN. (*Siguiéndola.*)—¡Pero si no sabes! Me las bordó tía Rina en la cama. ¡Enferma y todo como está! ¡Oh! No puedes tú figurarte cuántos recuerdos se asocian á estas zapatillas.

HEDDA. (*Junto á la mesa.*)—Pero no precisamente para mí.

JULIA.—En eso tiene razón, Jorge.

TESMAN.—Sí, pero me parece que ahora que es de la familia...

HEDDA. (*Interrumpiéndole.*)—Tesman, me parece que no podremos arreglarnos nunca con esta criada.

JULIA.—¿Con Berta?

TESMAN.—¿Por qué lo dices?

HEDDA. (*Señalando con el dedo.*)—¡Mira! Deja tirado su sombrero viejo en una silla del salón.

TESMAN. (*Desconcertado, dejando caer las zapatillas.*)—¡Vamos, Hedda, pero si...!

HEDDA.—¡Ya ves! ¡Si hubiese venido alguien!

TESMAN.—¡Pero, Hedda, si es el sombrero de tía Julia!

HEDDA.—¿Es de veras?

JULIA. (*Cogiendo el sombrero.*)—Sí, el mío. Y lo que es viejo, no lo es.

HEDDA.—La verdad es que no lo he visto tan de cerca.

JULIA. (*Poniéndose el sombrero y atando las bridas.*)—Es realmente le primera vez que me lo pongo. Dios sabe que es verdad.

TESMAN.—Y es muy bonito. ¡Verdaderamente soberbio!

JULIA.—Tanto como eso no, querido Jorge. (*Mirando alrededor.*) ¿Mi sombrilla? ¡Ah! está aquí. (*La coge.*) La sombrilla es mía también, no de Berta.

TESMAN.—¡Un sombrero nuevo, una sombrilla nueva! ¿Qué te parece, Hedda?

HEDDA.—Muy bonito, precioso...

TESMAN.—¿Verdad que sí? Pero veamos, tía: mira bien á Hedda antes de marcharte. ¡Ella sí que es preciosa!

JULIA.—¡Oh, hijo! Esa no es una novedad: Hedda fué linda siempre, desde que yo la recuerdo. (*Hace una reverencia y pasa á la derecha.*)

TESMAN. (*Siguiéndola.*)—Sí, pero ¿has notado qué espléndida y soberbia se ha puesto? ¿Qué cuerpo ha echado durante el viaje?

HEDDA. (*Dirigiéndose al foro.*)—¡Déjate de eso!

JULIA. (*Deteniéndose y volviéndose.*)—¿Que ha echado cuerpo, dices?

TESMAN.—Seguramente, tía Julia; tú no ves bien con ese traje. Pero yo que tengo ocasión de...

HEDDA. (*Cerca de la puerta vidriera, con impaciencia.*)—¡Tú no tienes ocasión de nada!

TESMAN.—Sin duda es el Tirol, el aire de las montañas...

HEDDA. (*Interrumpiéndolo secamente.*)—Estoy absolutamente lo mismo que al marchar.

TESMAN.—Eso crees tú; pero no es cierto. ¿Verdad, tía?

JULIA. (*Juntando las manos y mirando á* Hedda.)—Es un encanto, un encanto, un encanto. (*Se acerca á* Hedda, *le atrae la cabeza con las dos manos y la besa en la frente.*) ¡Que Dios guarde y proteja á Hedda para dicha de Jorge!

HEDDA. (*Desprendiéndose suavemente.*)—¡Oh!... ¡Déjenme!

JULIA.—Todos los días que Dios me conceda vendré á veros á los dos.

TESMAN.—Sí, tía, te ruego que lo hagas. ¿Eh?

JULIA.—¡Adiós, adiós!

(*Vase por el vestíbulo.* Tesman *la acompaña hasta la salida. La puerta queda entornada. Se oye á* Tesman *encargar á* Julia *que salude á tía* Rina. *Después vuelve á darle las gracias por las zapatillas. Al mismo tiempo se ve á* Hedda *pasear con impaciencia, levantar los brazos y apretar furiosa los puños. Luego separa las cortinas de la puerta vidriera y mira al exterior. Al poco rato vuelve* Tesman *y cierra la puerta.*)

TESMAN. (*Recogiendo las zapatillas.*)—¿Qué estás mirando, Hedda?

HEDDA. (*Dominándose y recobrando su serenidad.*)—Nada. El follaje. Ya está bien amarillo y marchito.

TESMAN. (*Envolviendo las zapatillas en el papel y poniéndolas sobre la mesa.*)—Es que estamos en Setiembre.

HEDDA. (*Con nuevas muestras de inquietud.*)—Sí. ¡Quién lo diría!... Ya en Setiembre.

TESMAN.—¿No te parece que tía Julia tenía una cara singular al marcharse? Estaba casi solemne, ¿verdad? ¿Sospechas tú qué le habrá dado?

HEDDA.—Apenas la conozco. ¿No suele ser así?

TESMAN.—No, jamás la he visto como hoy.

HEDDA. (*Alejándose de la puerta vidriera.*)—¿Crees que haya tomado muy á pechos lo que se me escapó á propósito del sombrero?

TESMAN.—No, tanto como eso no. Un poco en el primer instante.

HEDDA.—Pero también ¡vaya una manera de tirar el sombrero por los muebles del salón! Eso no se hace.

TESMAN.—¡Vamos! Ten por seguro que tía Julia no lo repetirá.

HEDDA.—Por supuesto, ya trataré yo de arreglarlo.

TESMAN.—¡Oh, sí, querida Hedda! ¡Si pudieses hacerlo!...

HEDDA.—Cuando vayas á verla, la invitas á venir aquí esta noche.

TESMAN.—¡Eso! Descuida. Y otra cosa hay que le agradaría muchísimo.

HEDDA.—¿El qué?

TESMAN.—Si pudieses conseguir tutearla... ¡Hazlo por mí, Hedda! ¿Eh?

HEDDA.—No, no, Tesman, de veras: eso no puedes pedírmelo. Ya te lo he dicho. Procuraré llamarla tía. No hay que pensar en más.

TESMAN.—Bueno, bueno. Yo creía, sin embargo, que ahora que eres de la familia...

HEDDA.—¡Jem!... no sé yo muy bien si... (*Se dirige hacia la puerta del foro.*)

TESMAN. (*Al cabo de un instante.*)—¿Te falta algo, Hedda?

HEDDA.—No, es que estoy mirando mi piano viejo. No hace bien en el conjunto.

TESMAN.—Cuando reciba la primera paga, lo cambiamos por otro.

HEDDA.—No, no. Nada de cambios. No quiero deshacerme de él. En vez de eso, podríamos trasladarlo al cuarto

del fondo, y tomar otro, cuando se presente la ocasión.

TESMAN. (*Ligeramente cohibido.*)—Sí, es claro: podríamos hacer eso.

HEDDA. (*Cogiendo el ramo que hay sobre el piano.*)—Este ramo no estaba aquí anoche, al llegar nosotros.

TESMAN.—Lo habrá traído tía Julia.

HEDDA. (*Examinando el ramo.*)—Una tarjeta de visita. (*Toma la tarjeta y lee.*) «Volveré más tarde.» Adivina de quién es.

TESMAN.—No sé. ¿De quién?

HEDDA.—La tarjeta dice: «Señora de Elvsted.»

TESMAN.—¡No es posible! ¡La señora de Elvsted, antes señorita Rysing!

HEDDA.—La misma. La que hacia tanto efecto con su llamativa cabellera por dondequiera que se presentaba... Una antigua pasión tuya, según he oído decir.

TESMAN. (*Sonriendo.*)—¡Oh! no duró mucho. Y eso era además cuando aún no te conocía á ti, Hedda. Pero oye..., es raro que esté en la ciudad.

HEDDA.—Lo singular es que nos visite. Yo no la conozco más que del colegio.

TESMAN.—Tampoco yo la he visto Dios sabe desde cuándo. Es asombroso que pueda vivir en un rincón como el que habita allá. ¿Eh?

HEDDA. (*Después de reflexionar un instante dice de repente:*)—Di, Tesman, ¿no es hacia esa parte adonde se ha ido á vivir... ¿sabes?... Eylert Loevborg?

TESMAN.—Sí, en algún punto de esos sitios.

(*Entra* Berta *por la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—Señorita, está aquí otra vez la señora que vino hace poco y me entregó esas flores (*señalándolas*), las que tiene en la mano la señorita.

HEDDA.—¡Ah! ¿Está ahí? Bien. Que pase.

(Berta *abre la puerta y se retira depués de entrar* Thea de Elvsted. *Esta última es una figurita delgada, de lindas facciones, de rostro delicado. Tiene ojos azules, grandes, redondos y un poco á flor de cabeza. La mirada es tímidamente inquieta é interrogadora. La cabellera, ondulada y copiosa, es de un color amarillo claro, casi blanco, que llama la atención. Tiene un par de años menos que* Hedda, *y lleva un traje de visita oscuro, de buen gusto, pero no de última moda.*)

HEDDA. (*Adelantándose á recibirla afablemente.*)—Buenos días, queridà. Celebro mucho volverla á ver después de tantos años.

THEA. (*Nerviosamente, tratando de aparecer tranquila.*)—Sí, hace mucho que no nos hemos visto.

TESMAN. (*Alargándole la mano.*)—Ni nosotros tampoco. ¿Verdad?

HEDDA.—Gracias por sus lindas flores.

THEA.—¡Oh, por favor! Hubiese venido á ver á Vds. ayer en seguida; pero supe que estaban de viaje.

TESMAN.—¿Acaba V. de llegar á la ciudad?

THEA.—Vine ayer por la tarde. ¡Oh! ¡Me quedé tan desesperada al saber que estaban Vds. ausentes!...

HEDDA.—¡Desesperada!... ¿Por qué?

TESMAN. — Veamos, señora de Rysing... digo, de Elvsted...

HEDDA.—¿Ha sucedido alguna cosa?

THEA.—Sí, y no conozco un alma á quien dirigirme aquí, excepto á Vds.

HEDDA. (*Dejando el ramo en la mesa.*)—Venga Vd. Sentémonos en el sofá.

THEA.—¡Oh! ¡Yo no tengo calma ni paciencia para estar sentada!

HEDDA.—¡Pues no que no! Venga V. (*La obliga á sentarse y se sienta á su lado.*)

TESMAN. — Vamos á ver, señora... ¿Qué hay?

HEDDA.—¿Es alguna cosa que le ha sucedido á V. allá en su casa?

THEA.—Sí... es decir, sí y no. ¡Oh! Temo ser mal comprendida...

HEDDA.—¡Vamos! Lo mejor que puede V. hacer es decirlo todo francamente.

TESMAN.—Para eso ha venido V., ¿no es verdad?

THEA.—Sí, sí. Justo. Ante todo, debo decir á Vds., si lo ignoran, que Eylert Loevborg está también aquí.

HEDDA.—¡Loevborg está...!

TESMAN. — ¡Cómo! ¡Que ha vuelto Eylert Loevborg! ¿Oyes eso, Edda?

HEDDA.—Hombre, sí, oigo perfectamente.

THEA. — Hace ocho días que vino. ¡Cuando una lo piensa! ¡Solo, en medio de los peligros de esta ciudad, expuesto á las malas compañías que hay aquí!

HEDDA. — Pero, querida, ¿V. qué tiene que ver con su conducta?

THEA. (*Le dirige una mirada tímida y responde precipitadamente.*) — Ha sido preceptor de los niños.

HEDDA.—¿De sus hijos de V.?

THEA.—De los míos no. No los tengo.

HEDDA.—¿De los de su marido?

THEA.—Sí.

TESMAN. (*Con alguna vacilación.*)—Pero es que él... no sé cómo expresarme... ¿estaba en situación de poder desempeñar cargos de esa índole?

THEA.—Durante estos dos últimos años no ha dado nada que decir.

TESMAN.—Así, ¿eh? ¿Oyes Hedda?

HEDDA.—Oigo muy bien.

THEA.—Absolutamente nada. Puedo asegurárselo á Vds. En ningún sentido... Y, sin embargo... ahora que sé que está aquí... en esta gran ciudad... y con las manos llenas de dinero, temo por él horriblemente.

TESMAN.—Pero, ¿por qué no se ha quedado mejor donde estaba, al lado de V. y de su marido? ¿Eh?

THEA.—Desde que apareció su libro, no ha habido paz ni reposo en nuestra casa.

TESMAN.—Sí, es verdad. Tía Julia me ha dicho que había publicado un nuevo libro.

THEA.—Sí, un nuevo libro, una gran obra sobre la marcha general de la civilización... Hará unos quince días. Se ha comprado y leído mucho. Ha producido gran sensación.

TESMAN.—¿De veras ha producido sensación? Será, de fijo, algún trabajo que escribiese en sus buenos tiempos.

THEA.—¿Quiere V. decir antes?

TESMAN.—Sí.

THEA.—Nada de eso. Lo ha escrito todo ahora... este último año.

TESMAN.—¿No es una alegría oirlo? Di, Hedda.

THEA.—¡Ah, sí! Lo que es como eso pudiese durar...

HEDDA.—¿Lo ha visto V. aquí?

THEA.—No, todavía no. ¡Me ha costado tanto trabajo descubrir su paradero! Por fin, lo he sabido esta mañana.

HEDDA. (*Clavándole los ojos.*)—En el fondo me parece bastante extraño que su marido de V.... ¡Jem!...

THEA. (*Con un estremecimiento nervioso.*)—¿Mi marido? ¿Qué quiere V. decir?

HEDDA.—Sí, que la envíe á V. á la ciudad por un motivo de ese género. Hubiera podido venir él mismo en busca de su amigo.

THEA.—¡No, no! Mi marido no tiene tiempo. Y además... yo tenía que hacer algunas compras.

HEDDA. (*Con una ligera sonrisa.*)—¡Ah! Eso es otra cosa.

THEA. (*Levantándose de repente con agitación.*)—Y ahora, señor Tesman, tengo que pedir á V. un favor encarecidamente. ¡Reciba V. bien á Leovborg, si viene á su casa! Y no dejará de venir. ¡Dios mío! Fueron Vds. tan buenos amigos... Y, además, si no me equivoco, han hecho Vds. iguales estudios y trabajan en el mismo género de cosas.

TESMAN.—Es verdad; por lo menos, era verdad antes.

THEA.—Sí, señor. Y por eso le suplico... que esté V. también á la mira. ¡Oh! ¿Me lo promete V., no es verdad, señor Tesman.

TESMAN.—Sí, con mucho gusto, señora de Rysing...

HEDDA.—¡De Elvsted!

TESMAN.—Le prometo á V. hacer todo lo que pueda por Eylert. Cuente con ello.

THEA.—¡Oh, qué bueno es V.! (*Le da la mano.*) ¡Gracias, gracias! (*Estremeciéndose.*) Ya ve V., ¡mi marido lo quiere tanto.

HEDDA. (*Levantándose.*) — Deberías escribirle, Tesman. Si no, por su parte quizá no vendría á verte.

TESMAN.—Sí, puede que sea lo mejor. ¿Verdad, Hedda?

HEDDA.—Hazlo lo más pronto posible. ¡Anda!... en seguida.

THEA. (*Suplicante.*)—¡Oh, sí! ¡Hágalo V.!

TESMAN.—Al momento. ¿Tiene V. sus señas, señora... señora de Elvsted?

THEA.—Sí. (*Sacando un papelito del bolsillo y presentándoselo.*) Aquí las tiene V.

TESMAN.—Bien, muy bien. Allá voy. (*Paseando una mirada en torno suyo.*) Y es verdad... ¿Las zapatillas? ¡Ah! Aquí están.

(*Coge el paquete, y va á salir.*)

HEDDA.—Escríbele muy afectuosamente... una carta de amigo, y bastante larga.

TESMAN.—Sí, sí, descuida.

THEA.—¡Pero, por supuesto, ni una palabra de mi intervención en su favor!

TESMAN.—¡Ah! ¡Claro. Eso no hay que decirlo.

(*Vase por la puerta derecha del cuarto del fondo.*)

HEDDA. (*Dirigiéndose hacia* Thea, *le dice á media voz, sonriendo.*)—Perfectamente. Hemos matado dos aves de un solo tiro.

THEA.—¿Cómo eso?

HEDDA.—¿No ha comprendido V. que yo quería alejarlo?

THEA.—Sí... para que escriba esa carta.

HEDDA.—Y para que podamos hablar nosotras solas.

THEA.—¿Del mismo asunto?

HEDDA.—Sí, del mismo asunto.

THEA.—¡Pero si no hay nada más!... ¡de veras! nada.

HEDDA.—¡No ha de haber! Hay todavía muchas cosas. Veo bastante claro para comprenderlo. Venga V. Vamos á sentarnos aquí y á hablar con franqueza.

(*La obliga á sentarse en un sillón, junto á la estufa, y se sienta ella en un taburete.*)

THEA. (*Mirando su reloj con inquietud.*)—Pero, querida mía..., yo pensaba irme ahora.

HEDDA.—¡Oh! ¡No tiene V. tanta prisa. Conque vamos á ver: cuénteme qué tal les va por alla.

THEA.—¡Ah! Es precisamente de lo que no quisiera que hablásemos.

HEDDA.—¡Bah! Conmigo, querida... ¡Por Dios! ¿No hemos sido compañeras de colegio?

THEA.—Sí, pero V. era de una clase superior á la mía. ¡Oh! ¡Qué miedo me daba V. entonces!

HEDDA —¿Yo?

THEA.—Sí, un miedo terrible. Como al encontrarme en la escalera tenía V. la costumbre de tirarme del pelo...

HEDDA.—¿Puede?

THEA. — ¡Vaya! Hasta me dijo V. una vez que tenía ganas de quemármelo.

HEDDA.—¡Oh! Cosas de chica.

THEA.—Sí, pero como yo era tan tonta entonces... Y ya después hemos vivido tan alejadas... Pertenecemos á esferas tan distintas...

HEDDA.—Bien, pues procuremos acercarnos de nuevo. ¡Verá V.! En el colegio nos tuteábamos y nos llamábamos por nuestros nombres de bautismo...

THEA.—¡No! Debe V. estar equivocada.

HEDDA.—Nada de eso. Me acuerdo perfectamente. Pues bien, es preciso que volvamos á ser amigas íntimas como entonces. (*Aproxima su taburete al sillón.*) ¡Vamos! (*La besa en la mejilla.*) Ahora vas á tutearme y á llamarme Hedda.

THEA. (*Acariciándole las manos y estrechándolas entre las suyas.*)—¡Ah! ¡Tanto agrado y tanta bondad!... Es una cosa á que estoy bien poco acostumbrada.

HEDDA.—¡Vamos, vamos! Y yo te tutearé también y te llamaré querida Thora.

THEA.—Me llamo Thea.

HEDDA.—Sí, sí, ya sé. Quería decir Thea. (*Mirándola con interés.*) Con que dices que no estás acostumbrada á que te traten con agrado y bondad, ¿eh, Thea? ¿En tu casa...?

THEA.—¡Oh! ¡Como si yo tuviese casa! No la tengo. No la he tenido nunca.

HEDDA. *(Mirándola un instante.)*—Presentía algo de eso.

THEA.—¡Oh! ¡Sí... sí... sí!

HEDDA.—No recuerdo bien ahora... Pero al principio, ¿no entraste como ama de llaves en la casa del juez de paz Elvsted?

THEA.—No. Realmente entré de aya. Pero su mujer... su primera mujer..: andaba malucha... estaba en cama casi siempre; de manera que á poco tuve que encargarme de la casa.

HEDDA.—Pero vamos á cuentas... Esa casa ha acabado por ser la tuya.

THEA.—Sí, ha venido á ser la mía.

HEDDA.—Bueno. Sigamos. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces?

THEA.—¿Desde mi matrimonio?

HEDDA.—Sí.

THEA.—Cinco años.

HEDDA.—Sí, eso es.

THEA.—¡Oh! ¡Qué cinco años!... Sobre todo los dos ó tres últimos. ¡Ah! ¡Si V. supiese!...

HEDDA. *(Dándole un golpecito en la mano.)*—¿V.? ¡Ay, ay, Thea!

THEA.—No, no, yo trataré de acostumbrarme. Sí, si tú pudieses comprender...

HEDDA.—Eylert Loevborg ha pasado allí también estos tres últimos años, ¿no es eso?

THEA. *(Mirándola turbada.)*—¿Eylert Loevborg? Sí, eso es.

HEDDA.—¿Lo conocías ya cuando vivías en la ciudad?

THEA.—Apenas. Es decir, lo conocía de nombre, naturalmente.

HEDDA.—Pero allí, ¿ha formado parte de la casa?

THEA.—Sí, iba todos los días. Daba lecciones á los niños. A la larga yo no podía bastar para todo.

HEDDA.—Claro, eso se cae de su peso. ¿Y tu marido? Por supuesto, ¿siempre andará de viaje?

THEA.—Sí. Como V.... como tú comprendes, siendo juez de paz, tiene que hacer frecuentes viajes por el distrito.

HEDDA. *(Apoyándose en el brazo del sillón.)*—Thea, pobre Theita, ahora vas á decirme toda, toda la verdad.

THEA.—Corriente. Pregunta, que yo te responderé.

HEDDA.—Sepamos: la manera de ser de tu marido con respecto á ti... ¿qué tal en el fondo? ¿Es bueno?

THEA. *(Sin convicción.)*—El cree proceder sin duda de la mejor manera.

HEDDA.—Me parece que debe tener demasiada edad para ti. Habrá sus veinte años de diferencia entre vosotros.

THEA. *(Irritada.)*—Sí, eso... y mil cosas. ¡Todo me es antipático en él! No coincidimos en un solo pensamiento, no nos entendemos en nada.

HEDDA.—Pero, ¿te quiere, á pesar de todo... á su manera?

THEA.—¡Qué sé yo que te diga! Le soy útil, y pare V. de contar. Luego, se me mantiene con poca cosa. No salgo cara.

HEDDA.—Pues es obrar como una tontita, hija.

THEA. *(Moviendo la cabeza.)*—No puedo obrar de otro modo... al menos con él. No tiene verdadero cariño á nadie más que á sí propio, y algo quizá á los niños.

HEDDA.—¿Y á Eylert Loevborg, Thea?

THEA.—¡A Eylert Loevborg! ¿De dónde sacas eso?

HEDDA.—Pues, hija... cuando te envía en su busca... me parece que... (*con una sonrisa casi imperceptible.*) Y además tú misma acabas de decírselo á Tesman.

THEA. (*Con una sacudida nerviosa.*)—¿Yo? Y eso que sí, se lo he dicho. (*Con pasión contenida.*) No, tanto me da confesártelo ahora como después. De todos modos ha de saberse.

HEDDA.—¿Pero, querida Thea...?

THEA.—He aquí el caso en dos palabras: he venido sin saberlo mi marido.

HEDDA.—¡Qué estás diciendo! ¿Sin saberlo tu marido?

THEA.—Naturalmente. Además, no estaba en casa; andaba también de viaje. ¡Oh! ¡Yo no podía aguantar más, Hedda! ¡Era absolutamente imposible! Aquella soledad en que iba á encontrarme en adelante...

HEDDA.—Bien, ¿y tú...?

THEA.—Pues nada. Hice mi equipaje... lo estrictamente necesario, como comprendes. Y con mucho sosiego me salí de la casa.

HEDDA.—¿Así... tan tranquila?

THEA.—Eso. Y tomé el tren que me ha traído.

HEDDA.—Pero, querida Thea, ¿cómo te has atrevido á hacer tal cosa?

THEA. (*Levantándose y atravesando la escena.*)—Pero, ¡en nombre del cielo! ¿Qué me quedaba que hacer?

HEDDA.—¿Y qué dirá tu marido cuando vuelvas?

THEA. (*Deteniéndose delante de la mesa y mirando á* Hedda.)—¿Allá... á su casa?

HEDDA.—¡Pues claro!

THEA.—Jamás volveré á su casa.

HEDDA. (*Levantándose y acercándose á ella.*)—¿De modo que la marcha es en serio?

THEA.—Sí. He creído que no me quedaba más partido que ese.

HEDDA.—¿Y cómo has podido marcharte tan sin reservas?

THEA.—¡Oh! Estas cosas no pueden ocultarse nunca.

HEDDA.—Pero, ¿qué dirá la gente, Thea?

THEA.—¡Ah! Que diga lo que quiera. (*Se deja caer en el sofá con aire de abatimiento.*) No he hecho más que lo que debía hacer.

HEDDA. (*Después de una breve pausa.*)—Pero, ¿qué va á ser de ti ahora? ¿Cuáles son tus proyectos?

THEA.—No los tengo aún. Sólo sé que, si he de vivir, ha de ser donde esté Eylert Loevborg.

HEDDA. (*Acercando una de las sillas que hay junto á la mesa, se sienta al lado de* Thea *y le acaricia las manos.*)—¿Cómo habéis llegado Eyler y tú á esa... esa amistad?

THEA.—¡Oh! Poco á poco. Yo adquirí cierto poder sobre él.

HEDDA.—¿De veras?

THEA.—Renunció á sus antiguos hábitos. No es que yo se lo rogase; no me hubiera atrevido nunca. Pero él notó que me disgustaban, y eso bastó para que cambiase de conducta.

HEDDA. (*Esforzándose por contener una sonrisa burlona.*)—¿De modo que tú

lo has levantado, como suele decirse, Theita?

THEA.—Eso dice al menos el mismo Eyler. Y él, por su parte, ha hecho de mí un ser completo. Me ha enseñado á pensar, á reflexionar sobre muchas cosas.

HEDDA.—¿Quizá te habrá dado lecciones también á ti?

THEA.—Lecciones precisamente, no. Pero me hablaba de una infinidad de cuestiones. ¡Luego vinieron aquellos días de ventura, aquellos días deliciosos, en que pude tomar parte en su trabajo! Porque he tenido la suerte de ser su auxiliar.

HEDDA.—¡Hola! ¿Te lo ha permitido?

THEA.—Sí, siempre que escribía algo, quería que trabajase con él.

HEDDA.—Como buenos compañeros, ¿no es eso?

THEA. (*Animándose.*)—¡Como buenos compañeros! ¡Sí, Hedda! Eso es lo que él decía. ¡Oh! ¡Yo debería considerarme tan dichosa! Pero no puedo. No sé si esto podrá durar mucho.

HEDDA.—¿Tan poco segura estás de él?

THEA. (*Penosamente.*)—Entre Eylert Loevborg y yo se alza la sombra de una mujer.

HEDDA. (*Mirándola febrilmente.*)—¿Quién puede ser?

THEA.—No sé. Alguna que conocería hace tiempo y á quien no puede olvidar sin duda.

HEDDA.—Y... ¿cómo ha llegado á hablarte de esa mujer?

THEA.—Una sola vez, de pasada, hizo alusión á ese recuerdo.

HEDDA.—Bien, pero, ¿qué te dijo?

THEA.—Me dijo que en el momento de la separación ella estuvo á punto de dispararle un pistoletazo.

HEDDA. (*Fríamente, dominándose.*)—¡Eh! ¡Qué tonterías! Entre nosotros no pasan esas cosas.

THEA.—No. Por eso me inclino á creer que debe ser esa cantante de pelo rojo...

HEDDA.—Es posible.

THEA.—Me acuerdo de haber oído, en efecto, que lleva siempre una pistola cargada.

HEDDA.—Entonces, ella es.

THEA.—Sí, Hedda; pero he sabido que esa cantante está de vuelta. ¡Está aquí! ¡Oh! ¡Es una verdadera desesperación!

HEDDA. (*Dirigiendo una mirada hacia el cuarto del fondo.*)—¡Cht! Viene Tesman. (*Se levanta y dice cuchicheando.*) Thea, todo esto debe quedar entre nosotras.

THEA. (*Sobresaltada.*)—¡Oh, sí, por Dios!

(Tesman, *con una carta en la mano, entra por la puerta derecha de la pieza del fondo.*)

TESMAN.—Aquí está la carta. No hay más que enviarla.

HEDDA.—Muy bien! Pero creo que la señora desea marcharse. Aguarda un poco. Voy á acompañarla hasta la puerta del jardín.

TESMAN.—Oye, Hedda... ¿No podríamos mandar á Berta?

HEDDA. (*Cogiendo la carta.*)—Voy á dársela.

(*Entra* Berta *por la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—El asesor, señor Brack, desea ver á los señoritos.

HEDDA.—Está bien. Que entre el señor asesor. Oiga V.: y luego vaya á echar esta carta.

BERTA. (*Tomando la carta.*)—Sí, señora.

(*Vase* Berta, *después de entrar el asesor.* Brack *es un hombre de cuarenta y cinco años, bajo, robusto y de movimientos flexibles. Cara redonda, de noble perfil. Pelo corto, negro, con un matiz gris ligerísimo y esmeradamente rizado. Mirada viva, despierta. Cejas muy pobladas y lo mismo la perilla. Traje de paseo, elegante, pero más propio de un joven que de un hombre de su edad. Usa un binóculo que deja caer de cuando en cuando.*)

BRACK. (*Entra con el sombrero en la mano y saluda.*)—¿Se permite presentarse tan temprano?

HEDDA.—Se permite. No faltaba más.

TESMAN. (*Estrechándole la mano.*)—A V. siempre se le ve con gusto. (*Presentando.*) El asesor señor Brack, señorita Rysing.

HEDDA.—¡Oh!

BRACK. (*Inclinándose.*)—¡Ah! Celebro mucho...

HEDDA. (*Lo mira sonriendo.*)—Es tan singular verlo á V. á la luz del día...

BRACK.—¿Cambiado, no es cierto?

HEDDA.—Sí, un poco más joven, me parece.

BRACK.—Mil gracias.

TESMAN.—Pero, ¿qué dice V. de Hedda? ¿Eh? ¿No tiene un aspecto espléndido?

HEDDA.—Vamos, déjame en paz. Lo que has de hacer es dar las gracias al asesor por el trabajo que se ha tomado.

BRACK.—¡Qué niñería! Un verdadero placer.

HEDDA.—Sí, V. es un corazón fiel. Pero dispense. Esta amiga está impaciente por marcharse. Hasta ahora, asesor. Vuelvo en seguida.

(*Cambio de saludos. Vanse* Tea *y* Hedda *por la puerta del vestíbulo.*)

BRACK.—Con que dígame V.: ¿está contenta su señora?

TESMAN.—Sí, no sabemos cómo agradecerle... Habría que hacer, es verdad, algunos cambios. Faltan ciertas cosas. Tenemos en perspectiva algunas adquisiciones menudas.

BRACK.—¡Ah! ¿Sí?

TESMAN.—Pero eso no ha de causarle á V. molestias. Hedda quiere completar lo que falta. ¿Nos sentaremos, si le parece, eh?

BRACK.—Gracias. Un momentito. (*Sentándose junto á la mesa.*) Quisiera hablar á V. de una cosa, señor Tesman.

TESMAN.—Sí, ya supongo. (*Se sienta.*) Se trata, á no dudar, del lado serio de la fiesta, ¿eh?

BRACK.—¡Oh! La cuestión de dinero no urge todavía. Sin embargo, yo hubiera querido que nos hubiésemos arreglado con alguna más sencillez.

TESMAN.—¡Pero eso no era posible! ¡Piense en Hedda, amigo mío, V. que

la conoce también! Yo no iba á tenerla como una mujer ordinaria.

BRACK.—No, no, ese es el punto de la dificultad.

TESMAN.—Sobre que, á Dios gracias, mi nombramiento no puede hacerse esperar mucho.

BRACK.—Ya sabe V...: esas cosas suelen eternizarse.

TESMAN.—Tendría V. por casualidad alguna noticia, ¿eh?

BRACK.—A punto fijo, nada. *(Variando de tono.)* Pero, cabal. Tengo una noticia que darle.

TESMAN.—¿Qué?

BRACK.—Que ha vuelto su antiguo amigo Eylert Loevborg.

TESMAN.—Ya lo sabía.

BRACK.—¿De veras? ¿Quién se lo ha dicho á V.?

TESMAN.—Esa señora que acaba de salir con Hedda.

BRACK.—¡Ah! ¿Cómo se llama? No he oído bien.

TESMAN.—Es la señora de Elvsted.

BRACK.—Muy bien; la mujer del juez de paz. Con ellos, efectivamente, es con quienes ha estado Loevborg todo este tiempo.

TESMAN.—¡Figúrese V.! ¡He oído decir, con gran alegría, que se ha arreglado en absoluto!

BRACK.—Sí, eso dicen.

TESMAN.—Y parece que ha publicado un nuevo libro, ¿eh?

BRACK.—¡Exacto!

TESMAN.—Y el libro ha producido sensación.

BRACK.—Sí, una sensación grandísima.

TESMAN.—¡Qué le parece á V.! Da gusto oirlo. Un hombre de tantas dotes... Y yo que tenía la triste certidumbre de que se había ido á pique para siempre.

BRACK.—Eso creía todo el mundo.

TESMAN.—Lo que no comprendo es lo que va á hacer ahora. Porque, en fin, ¿de qué quiere V. que viva? ¿Eh?

(Durante las últimas palabras, ha entrado Hedda *por la puerta del vestíbulo.)*

HEDDA. (*A Brack, con una sonrisita irónica.*)—A Tesman le preocupa siempre el saber de qué se vivirá.

TESMAN.—Hija, es que hablábamos de ese pobre Eylert Loevborg.

HEDDA. (*Lanzándole una mirada brusca.)*—¿Cómo? (*Se sienta en el sillón junto á la chimenea, y pregunta con tono indiferente.*) ¿Qué le ha sucedido?

TESMAN.—Poca cosa. Hace mucho tiempo que tiró su herencia por la ventana. El no puede escribir un nuevo libro cada año. ¿Eh? Pues por eso me pregunto qué va á ser de su persona.

BRACK.—Quizá yo podría decírselo á V.

TESMAN.—¡Ah!

BRACK.—Recuerde V. que tiene parientes de bastante influencia.

TESMAN.—¡Ay! Sus parientes le volvieron la espalda.

BRACK.—A pesar de eso, antes lo miraban como la esperanza de la familia.

TESMAN.—¡Sí, antes! Pero todo lo ha echado á perder con sus propias manos.

HEDDA.—¿Quién sabe? (*Con una leve sonrisa.*) ¿No le han regenerado allá, en casa de los Elvsted?

BRACK.—Y luego, ese libro que ha publicado...

TESMAN.—Sí, sí. Haga Dios que vayan en su auxilio de una ú otra manera. Precisamente acabo de escribirle. Oye, Hedda, le he rogado que venga á casa esta noche.

BRACK.—Pero, querido, esta noche viene V. á cenar conmigo. Me lo prometió V. en el desembarcadero.

HEDDA.—¿Lo habías olvidado, Tesman?

TESMAN.—Confieso que sí. Lo había olvidado.

BRACK.—Aparte de todo, puede V. estar segurísimo de que no vendrá.

TESMAN.—¿Por qué cree V. eso? ¿Eh?

BRACK. (*Se levanta lentamente y pone las manos sobre el respaldo de la silla, después de dar la vuelta.*)—Querido Tesman... Y V. también, señora... Yo no puedo consentir que Vds. ignorasen una cosa... una cosa que...

TESMAN.—¿Qué se refiere á Eyler...?

BRACK.—Sí, á V. y á él.

TESMAN.—¡Veamos, querido asesor, veamos! Diga V.

BRACK.—Conviene que se haga V. á la idea de que su nombramiento puede no venir con toda la rapidez que V. desea y espera.

TESMAN. (*Sobresaltado.*)—¿Hay algún obstáculo? ¿Eh?

BRACK.—Puede que tenga V. que entrar en concurso para obtener la plaza...

TESMAN.—¡En concurso! ¡Habráse visto, Hedda!

HEDDA. (*Arrellenándose más en el sillón.*)—¡Oye, oye!

TESMAN.—Pero ¿con quién he de concurrir? ¿No puede ser con...?

BRACK.—Justamente. Con Eyler Loevborg.

TESMAN. (*Juntando las manos.*)—¡No, no, es inconcebible! ¡Es imposible! ¿Eh?

BRACK.—¡Hum! Y, sin embargo, quizá sucederá.

TESMAN.—No; pero oiga V., sería una falta inaudita conmigo. (*Accionando.*) ¡Ya ve V. que soy un hombre casado! Hedda y yo nos hemos casado, contando con esa perspectiva. Hemos gastado mucho dinero. Hasta hemos recibido prestado de tía Julia. Porque, en fin, Dios mío, me habían prometido casi esa plaza. ¿Eh?

BRACK.—Vamos, vamos, la plaza no se le escapará. Estoy seguro. Sólo que tendrá V. que concurrir para obtenerla.

HEDDA. (*Inmóvil en su sillón.*)—Pero, di, Tesman, eso es una especie de *sport*.

TESMAN.—Vamos, querida Hedda, ¿cómo puedes mirar esto tan indiferente?

HEDDA. (*Sin cambiar de tono.*)—No es verdad. Aguardo el resultado con el mayor interés.

BRACK.—En todo caso, señora, bueno es que V. esté al corriente. Quiero decir, antes de empezar las compras menudas que proyecta, según me dicen.

HEDDA.—No tiene que ver nada lo uno con lo otro.

BRACK.—¡Ah! Eso es otra cosa. Adiós.

(*A* Tesman.) Esta tarde, de paseo, vendré por V.

TESMAN.—Sí, sí. ¡Ah! Ya no sé lo que me pasa.

HEDDA. (*Alargando la mano á* Brack, *sin cambiar de postura.*)—Adiós, asesor. O, más bien, hasta luego. Bien venido.

BRACK.—Mil gracias. Adiós, adiós.

TESMAN. (*Acompañándolo hasta la puerta.*)—¡Adiós, mi querido asesor! Tiene V. que dispensarme...

(*Vase* Brack *por la puerta del vestíbulo.*)

TESMAN. (*Volviendo hacia el fondo*).—¡Ay, Hedda! Nunca debería uno meterse en aventuras. ¿Eh?

HEDDA. (*Mirándolo y sonriendo.*)—¿Lo dices por ti?

TESMAN.—Sí, Hedda. ¿A qué negarlo? Aventura es casarse como nosotros lo hemos hecho y edificarlo todo sobre simples esperanzas.

HEDDA.—En eso quizá tienes razón.

TESMAN.—¡Ea! Por el pronto nadie nos quita esta deliciosa casa. Mírala... ¡la casa en que soñábamos juntos! Y aun puedo añadir que nos entusiasmaba de antemano. ¿Eh?

HEDDA. (*Levantándose lentamente, con apariencias de fatiga.*)—¿Se convino, no es cierto, en que haríamos vida de sociedad, que recibiríamos gente?

TESMAN.—Y ¡Dios sabe si me alegraba yo! Pues ¡si sólo con pensar en verte hacer los honores de la casa en medio de un círculo selecto...! ¿Eh? Sí, sí, sí. De modo que hasta nueva orden tendremos que aislarnos, Hedda, tendremos que vivir solitos. Nada más que la tía Julia alguna que otra vez. ¡Ah, querida mía! ¡Tú que hubieras debido llevar una existencia tan diferente... tan completamente diferente...!

HEDDA.—Claro es que no se trata de tener en seguida un criado con librea.

TESMAN.—¡Ay, no! Un criado... ya ves... no puede pensarse en tal cosa.

HEDDA.—Y ese caballo de silla que yo me esperaba...

TESMAN. (*Asustado.*)—¡Un caballo de silla!

HEDDA.—Ahora no me atrevo siquiera á pensar en eso.

TESMAN.—¡Ah, ya lo creo que no!

HEDDA.—¡En fin! Siempre me queda alguna cosa para entretenerme entre tanto.

TESMAN. (*Radiante de alegría.*)—¡Bendito sea Dios! ¿Y el qué, Hedda?

HEDDA. (*Cerca de la puerta, mirándolo con una burla disimulada.*)—Mis pistolas, Jorge.

TESMAN. (*Con inquietud.*)—¿Tus pistolas?

HEDDA. (*Con una mirada fría.*)—Las pistolas del general Gabler.

(*Vase por la puerta izquierda de la pieza del fondo.*)

TESMAN. (*Corriendo detrás, le grita desde la puerta.*) — ¡Querida Hedda! ¡Dios mío! ¡Por favor, no toques esas armas tan peligrosas! ¡Hazlo por mí, Hedda! ¿Eh?

ACTO SEGUNDO

Se desarrolla durante la tarde. La misma decoración del primer acto. Sólo que se ha sustituido el piano con un elegante escritorio coronado por una pequeña estantería de libros, y á la izquierda se ha colocado una mesita cerca del sofá. La mayoría de los ramos han desaparecido. El de Thea se halla en la mesa grande del centro.

(Hedda *sola, en traje de ciudad. De pié, delante de la puerta-vidriera abierta, carga una pistola. Se ve otra enteramente semejante en una caja abierta que hay sobre el escritorio.*)

HEDDA. (*Dirige una mirada al jardín, y exclama:*) — ¡Buenos días, señor asesor!

BRACK. (*Respondiendo desde cierta distancia.*)—Buenos días, señora.

HEDDA. (*Levanta la pistola y apunta.*) —¡Cuidado, asesor Brack! ¡Voy á matarlo!

BRACK. (*Gritando desde abajo.*)—¡No, no, no! ¡Que no me apunte V. así!

HEDDA.—Esto para cuando se entra por la puerta chica. (*Hace fuego.*)

BRACK. (*Desde más cerca.*)—¡V. está loca, me parece!...

HEDDA.—¡Ah, Dios mío! ¿Le habré dado á V.?

BRACK. (*Siempre desde fuera.*)—¡Acabe V., pues, con esas locuras!

HEDDA.—¡Vamos! Entre, asesor.

(*Entra* Brack *por la puerta-vidriera. Va de redingote, y lleva al brazo un ligero sobretodo.*)

BRACK.—¡Caramba! ¿Todavía sigue V. cultivando ese ejercicio? ¿A qué tira V.?

HEDDA.—¡Oh! A nada. Me entretengo en tirar al aire, al cielo azul.

BRACK. (*Quitándole con precaución la pistola.*)—Permita V., señora. (*Dirigiendo una mirada en torno de sí.* ¿Dónde está la caja? ¡Ah! Ya la veo. (*Mete la pistola en la caja, y cierra.*) ¡Tregua á estas chanzas por hoy!

HEDDA.—Pero, Dios mío, ¿qué quiere V. que haga para distraerme?

BRACK.—¿No han venido visitas?

HEDDA. (*Cerrando la puerta vidriera.*) —Ni una. Todos los íntimos están aún en el campo.

BRACK.—¿Y Tesman ha salido, verdad?

HEDDA. (*Guardando la caja de pistolas en un cajón del escritorio.*)—Sí. Apenas acabó de comer, corrió á casa de sus tías. No lo esperaba á V. tan temprano.

BRACK.—¿Cómo no se me habrá ocurrido? ¡Qué estupidez!

HEDDA. (*Volviendo la cabeza para mirarlo.*)—¿Por qué es una estupidez?

BRACK.—Porque entonces hubiese venido todavía un poco antes.

HEDDA. (*Atravesando la escena.*)—Se hubiese V. encontrado sin nadie. Después de comer yo me marché á mi cuarto para cambiar de traje.

BRACK.—¿Y no habría en la puerta una rendijita por donde se pudiese parlamentar?

HEDDA.—No, puesto que olvidó V. ese detalle.

BRACK.—Otra estupidez mía.

HEDDA.—No nos queda ya más que

sentarnos y esperar á Tesman, que no volverá tan pronto.

BRACK.—Dios mío, yo procuraré tener paciencia. (Hedda *se sienta en la esquina del sofá.* Brack *deja su sobretodo en el respaldo de una silla, y se sienta conservando en la mano el sombrero. Una breve pausa. Se miran.*)

HEDDA.—¿Qué dice V.?

BRACK. (*En el mismo tono.*)—Y V. ¿qué dice?

HEDDA.—Yo soy quien he preguntado la primera.

BRACK. (*Inclinándose ligeramente hacia adelante.*)—¡Eso es! Y así podemos seguir hasta el día del juicio.

HEDDA. (*Recostándose más en el sofá.*)—¿No le parece á V. que hace una eternidad que no hemos hablado el uno con el otro? Las pocas palabras de ayer noche y de esta mañana no entran en cuenta.

BRACK.—Quiere V. decir... á solas, como en este instante.

HEDDA.—Sí... sobre poco más ó menos.

BRACK.—No ha pasado un solo día sin que yo desease verla volver.

HEDDA.—Le juro que yo también lo he deseado continuamente.

BRACK.—¿V.? ¿Cómo es posible, señora? ¡Y yo que creía que se habían divertido Vds. tanto durante el viaje!

HEDDA.—¿V. ha creído eso?

BRACK.—Tesman no cesaba de repetirlo en sus cartas.

HEDDA.—*¡El!* ¡Lo creo! No tiene mayor alegría que andar revolviendo bibliotecas, pasarse horas copiando rancios pergaminos... ¡Dios sabe qué, en fin!

BRACK. (*Con un asomo de malicia.*)—Hay que advertir que ese es su oficio en este bajo mundo. En parte al menos.

HEDDA.—Sí, es verdad. Y al cabo de cuentas todo eso se explica. ¡Pero yo...! ¡Oh no, mi querido asesor, yo me he aburrido soberanamente!

BRACK. (*Con tono de conmiseración.*)—Pero ¿así? ¿tanto?

HEDDA.—¡Pues no...! ¡Y es fácil de comprender!... ¡Todo un medio año sin ver un alma de nuestro círculo íntimo!... ¡Nadie con quien hablar de nuestras cosas!

BRACK.—Sí, sí, para mí también hubiese sido una privación.

HEDDA.—Y luego, lo más insoportable de todo era...

BRACK.—¿Era?

HEDDA.—Estar siempre, eternamente con la misma persona.

BRACK. (*Moviendo la cabeza en señal de asentimiento.*)—¡En efecto! Me figuro lo que debe ser. Todo el tiempo y á todas las horas posibles, ¿no es eso?

HEDDA.—He dicho: siempre, eternamente.

BRACK.—Es verdad; pero con nuestro excelente Tesman bien me parece que se podría...

HEDDA.—Tesman es un especialista, amigo mío.

BRACK.—Justo.

HEDDA.—Y los especialistas no son muy divertidos de viaje... al menos, á la larga.

BRACK.—¿Ni siquiera un especialista... á quien se ama?

HEDDA.—¡Uf! No emplee V. esa palabra tan repulsiva.

BRACK. (*Sobresaltado.*) —¡Pero, señora!...

HEDDA. (*Entre risueña y enojada.*) —¡Sí, allí le quisiera ver á V.! ¡Oir hablar de la historia de la civilización desde la mañana hasta la noche!

BRACK.—Siempre, eternamente...

HEDDA.—¡Sí, sí, sí! ¡Y la industria doméstica en la Edad Media!... ¡Ah! ¡Eso, mire V., eso es lo peor de todo!

BRACK. (*Con una mirada escrutadora.*) —Pero, dígame V., ¿cómo se explica entonces...?

HEDDA.—¿Que nos hayamos uncido al mismo yugo Jorge Tesman y yo? ¿Es eso lo que V. quiere decir?

BRACK.—Bien, pues eso. Si cabe hablar de tal manera...

HEDDA.—¡Vaya por Dios! ¿Tan extraordinario le parece?

BRACK.—Sí y no, señora.

HEDDA.—Yo estaba cansada ya de la fiesta, mi querido asesor. Había pasado mi tiempo. (*Estremeciéndose ligeramente.*) ¡Oh no!... ¡No quisiera decir eso, ni aun pensarlo!

BRACK.—Ningún motivo tiene V.

HEDDA.—¡Oh!... eso. (*Con mirada escudriñadora.*) Y en cuanto á Jorge Tesman, ¿puede decirse, ¿no es verdad?, que es un hombre correcto en todos sentidos?

BRACK.—Correcto y arreglado. Es cierto.

HEDDA.—Tampoco puede decirse que sea lo que se llama ridículo, ¿no es verdad?

BRACK.—¡Ridículo! No, no; precisamente eso, no...

HEDDA.—En todo caso, es un coleccionador diligentísimo. Con el tiempo quizá vaya lejos.

BRACK. (*Mirándola indeciso.*) — Yo creía que V. lo daba por seguro, como todo el mundo: generalmente se tiene á Tesman por un hombre de gran porvenir.

HEDDA. (*Con expresión de lasitud.*)— Sí, yo también lo he creído. Y como él quería á todo trance tener el derecho de asegurar mi porvenir, no veo que fuese cosa de negarme.

BRACK.—Sí, por ese lado...

HEDDA.—Siempre era más que lo que estaban dispuestos á hacer mis otros adoradores, querido asesor.

BRACK. (*Sonriendo.*)—No puedo responder de los otros, dicho se está; pero en cuanto á mí, bien sabe V. que, en principio, siempre me he mantenido á respetuosa distancia de los lazos matrimoniales.

HEDDA. (*En tono burlón.*) —Por eso nunca fundé esperanzas en V.

BRACK.—Todo lo que yo pido es una sabrosa intimidad que me permita ser útil en palabras y acciones, ir y venir como amigo de confianza.

HEDDA.—Con el marido, ¿no es eso?

BRACK. (*Inclinándose.*) — A decir verdad, con la mujer sobre todo. Y con el marido también, naturalmente. Sepa V. que una combinación de este género, que llamaré, si V. quiere, triangular, está llena de atractivos para los tres.

HEDDA.—Es verdad. Más de una vez me ha faltado un tercero durante el viaje. ¡Oh! ¡Aquellos solos en los cupés!

BRACK.—Afortunadamente se acabó el viaje de bodas.

HEDDA. (*Moviendo la cabeza.*)—El viaje será probablemente largo..., muy largo. Todavía no estoy más que en una estación.

BRACK.—Momento oportuno para bajarse y hacer un poco de ejercicio. ¿No es así?

HEDDA.—Jamás saldré del vagón.

BRACK.—¿Está V. segura?

HEDDA. — Sí, porque nunca falta quien...

BRACK. (*Sonriendo.*)—Quien ande en acecho de tobillos, ¿eh?

HEDDA.—Precisamente.

BRACK.—¡Ah! ¡Por Dios!

HEDDA. (*Deteniéndolo con un ademán.*)—Eso no me gusta. Entonces prefieró quedarme en mi sitio.

BRACK.—¿Pero si subiese al cupé un tercero?

HEDDA.—¡Ah! ¡Sería diferente!

BRACK. —Un amigo de confianza, perspicaz.

HEDDA.—Lleno de ingenio y de interés.

BRACK.—¡Y que no fuese especialista, ni por asomo!

HEDDA. (*Suspirando profundamente.*)—¡Ah! ¡Sería un verdadero alivio!

BRACK. (*Dirigiendo los ojos hacia la puerta de entrada, que ha sido abierta.*)—Ahora se cierra el triángulo.

HEDDA. (*A media voz.*)—Y vuelve á marchar el tren.

(Jorge Tesman, *en traje de paseo, color gris y con sombrero de fieltro blando á la cabeza, entra por la puerta del vestíbulo, llevando una porción de libros en rústica, unos debajo del brazo y otros en los bolsillos.*)

TESMAN. (*Dirigiéndose á la mesa colocada delante del sofá del rincón.*)—¡Uf! ¡Qué calor, cuando se pasea con esto! (*Deja los libros.*) Vengo sudando literalmente, Hedda. Pero, ¿qué veo? ¿V. aquí ya, mi querido asesor, eh? Berta no me había dicho una palabra.

BRACK. (*Levantándose.*)—He entrado por el jardín.

HEDDA.—¿Qué montón de libros es ese?

TESMAN. (*De pié, hojeando.*)—Algugas obras especiales que necesitaba.

HEDDA.—¿Obras especiales?

BRACK.—¡Ah, sí! ¡Obras especiales! ¿Oye V., señora?

(Brack y Hedda *cambian una sonrisa de inteligencia.*)

HEDDA. — ¿Necesitas aún muchas obras de esas?

TESMAN.—Sí, querida Hedda; nunca se tienen bastantes. ¿No hay que estar al corriente de todo lo que se escribe é imprime?

HEDDA.—Por supuesto, hay que estar al corriente de todo.

TESMAN. (*Búscando entre los libros.*)—¡Mira! He conseguido echar mano al nuevo libro de Eylert Loevborg. (*Presentándoselo.*) ¿Quieres verlo?

HEDDA.—No, gracias. O puede que sí, después.

TESMAN.—Lo he hojeado un poco por el camino.

BRACK.—¿Y qué? V., especialista, ¿qué dice?

TESMAN.—Me parece que revela una

concentración notable de pensamiento. Hasta aquí nunca había escrito él de este modo. (*Recogiendo los libros.*) Ahora voy á llevarme todo esto. Será un placer cortar las hojas. Y luego tendré que arreglarme un poco. (*A* Brack.) Diga V.: ¿no nos iremos todavía, eh? Es muy pronto.

BRACK.—No, no corre prisa; tenemos tiempo.

TESMAN.—Perfectamente. Podré entretenerme un rato. (*Va á marcharse con los libros, pero se para en el umbral de la puerta y se vuelve.*) Eso es... Edda, tía Julia no vendrá esta noche.

HEDDA.—¡Ah! ¿Quizá no ha digerido todavía lo del sombrero?

TESMAN.—Nada de eso. ¿Cómo puedes creerlo de tía Julia? Di. Es que tía Rina está muy mal.

HEDDA.—Siempre está muy mal.

TESMAN.—Sí, pero esta tarde la pobre la está pasando muy amarga.

HEDDA.—¡Ah! Siendo así, se comprende que la otra se quede á su lado. Yo trataré de consolarme.

TESMAN.—Y, á pesar de todo, no puedes figurarte qué inmensa alegría ha tenido tía Julia al ver lo que has ganado durante el viaje.

HEDDA. (*Levantándose, á media voz.*) —¡Ah! ¡Qué hartazgo de tías!

TESMAN.—¿Eh?

HEDDA. (*Acercándose á la puerta vidriera.*) Nada.

TESMAN.—¡Ah...! Bien.

(*Pasa á la pieza del fondo, y vase por la derecha.*)

BRACK.—¿Qué sombrero es ese de que habla V.?

HEDDA.—¡Oh! Es una cosa que me sucedió esta mañana con la tía de Tesman. Había dejado el sombrero sobre una silla (*Mira á* Brack *y sonríe*), y yo hice como si creyese que era el de la criada.

BRACK. (*Moviendo la cabeza.*)—¡Pero, amiga mía! ¿Cómo ha podido V. hacer eso con aquella buena señora?

HEDDA. (*Nerviosa, atravesando la escena.*)—¡Qué quiere V! Son cosas que me dan así, de repente. No puedo dominarme. (*Dejándose caer en el sillón colocado junto á la estufa.*) ¡Ah! Yo misma no acierto á explicármelo.

BRACK. (*Detrás del sillón.*)—V. no es feliz. He ahí todo el secreto.

HEDDA. (*Mirando de frente.*)—¡Dios mío! No sé por qué había de ser feliz. ¿Podría V. decírmelo?

BRACK.—Pues, entre otras cosas, porque ha conseguido V. lo que quería. Hablo de su casa.

HEDDA. (*Lo mira y sonríe.*)—¿De modo que V. también cree en esa historia de deseos realizados?

BRACK.—¿Cómo? ¿No habría en ello nada de verdad?

HEDDA.—Sí, una sola cosa.

BRACK.—¿Qué?

HEDDA.—Que necesité de Tesman para que me acompañase á casa este último verano, cuando estuve de reunión.

BRACK.—¡Ay! Yo tenía que tomar un camino distinto... del de V.

HEDDA.—Cierto. V. seguía otro camino... el verano último.

BRACK. (*Sonriendo.*)—¡No tiene V. aprensión, señora! Pero vamos á ver. ¿Decíamos que V. y Tesman...?

HEDDA.—Sí. Pasábamos por aquí una noche. Mi pobre Tesman iba vendido, sin saber qué decir. A mí me dió lástima el pobre sabio.

BRACK. (*Con una sonrisa de duda.*)—¿De veras? ¡Hum!

HEDDA.—Le suplico á V. que lo crea. Entonces, para tenderle una tabla, cometí la ligereza de decir que me gustaría vivir en esta quinta.

BRACK.—¿Nada más?

HEDDA.—Aquella noche, no.

BRACK.—Pero después, ¿eh?

HEDDA.—Sí, mi querido asesor, mi ligereza ha tenido consecuencias.

BRACK.—¡Ay! Eso pasa con la mayoría de nuestras ligerezas, señora.

HEDDA.—¡Gracias! Pero ya ve V. que nuestra inteligencia empezó por una admiración común hacia la quinta de la señora de Falk. Las relaciones, el matrimonio, el viaje de bodas, todo no ha sido más que una consecuencia. Sí, sí, mi querido asesor, casi iba á decir que cada cual recoge lo que siembra.

BRACK.—¡Adorable! Y en el fondo quizá no se habrá ocupado V. nunca de nada de eso.

HEDDA.—¡Dios sabe que no!

BRACK.—¿Pero hoy? ¿Hoy que le hemos arreglado á V. un nidito tan mono?

HEDDA.—¡Puf!... Me parece que respiro en todos los cuartos olor á espliego y almizcle. Lo habrá traído á la casa tía Julia.

BRACK. (*Sonriendo.*)—No. Debe proceder más bien de la difunta esposa del consejero Falk.

HEDDA.—Sí, trasciende á muerto, y trae á la imaginación un olor de flores al día siguiente de un baile. (*Cruza las manos detrás de la nuca, se recuesta en el respaldo de la silla, y mira al asesor.*) ¡Ah, mi querido asesor! V. no puede tener idea del aburrimiento mortal que me espera en esta casa.

BRACK.—¿Es que no encierra la vida un objeto para V., como para los demás?

HEDDA.—Un objeto poco seductor, ¿no es cierto?

BRACK.—Sí, más valdría.

HEDDA.—Dios sabe qué objeto podría ser ese. A veces pienso... ¡Pero no! Es otro imposible, sin duda.

BRACK.—¿Quién sabe? Diga V.

HEDDA.—¿Si yo lanzase á Tesman á la política?

BRACK. (*Sonriendo.*)—¡Tesman! No, ya comprende V. que la política no es su fuerte.

HEDDA.—No, lo creo sin trabajo. Con todo, ¿si lo lanzase á ella?

BRACK.—Sí, pero, ¿qué iba V. ganando con eso? ¡Si él no tiene aptitudes! ¿Para qué quiere V. meterlo en esos trotes?

HEDDA.—¡Porque me aburro! ¿Lo oye V.? (*Después de una breve pausa.*) ¿De suerte que V. cree completamente imposible que Tesman llegue á ser consejero de Estado?

BRACK.—Le diré á V., amiga mía, para eso sería menester que empezase por ser bastante rico.

HEDDA. (*Levantándose con impaciencia.*)—¡Ah! ¡Ya estamos! ¡Y yo tendré que vivir ahora en estas miserables

condiciones! (*Atravesando la escena.*) ¡He ahí lo que convierte la vida en una cosa lastimosa, en una cosa simplemente ridícula! Esa es la verdad.

BRACK.—Yo creo que el mal está en otra parte.

HEDDA.—¿Dónde?

BRACK.—V. no ha conocido nunca nada que encierre un verdadero estímulo.

HEDDA.—¿Nada serio, quiere V. decir?

BRACK.—¡Bien! ¡Pues, ya que V. lo dice, sí, señora! Pero ahora las cosas podrían variar.

HEDDA. (*Moviendo la cabeza.*)—¡Ah! ¡V. habla de todos los enojos que suscita ese miserable puesto de profesor! Eso no atañe más que á Tesman. Yo no pienso en ello siquiera.

BRACK.—No, no, no hablemos de eso. Pero ¿si recayesen sobre V. deberes serios, lo que se llama en estilo elevado grandes responsabilidades? (*Sonriendo.*) En fin, nuevos deberes, señora de Tesman.

HEDDA. (*Con cólera.*)—¡Calle V. la boca! ¡Eso no sucederá nunca!

BRACK. (*En actitud reflexiva.*)—Volveremos á hablar de esto dentro de un año, á más tardar.

HEDDA. (*Con sequedad.*)—No tengo la vocación necesaria, señor asesor. A mí que no me vengan á hablar de deberes.

BRACK.—¡Qué! ¿V. no tendría, como la mayor parte de las mujeres, vocación para...?

HEDDA. (*Junto á la puerta vidriera.*)—¡Dale! ¡Que se calle V., le digo! Muchas veces creo que en el mundo no hay más que una profesión para mí.

BRACK. (*Acercándose á ella.*)—¿Cuál, si no hay inconveniente en preguntarlo?

HEDDA. (*Mirando hacia fuera.*)—La de morirme de hastío, puesto que se empeña V. en saberlo. (*Se vuelve, dirige una mirada hacia el cuarto del fondo, y sonríe.*) ¡Mire! Ahí tiene cabalmente al profesor.

BRACK. (*En voz baja, en tono de reconvención.*)—¡Vamos, vamos, señora!

(Tesman, *en traje de visita, con el sombrero y los guantes en la mano, entra por la puerta derecha del cuarto del fondo.*

TESMAN.—Pero di, Hedda, ¿no ha habido ninguna carta de Eylert Loevborg excusándose? ¿Eh?

HEDDA.—No.

TESMAN.—Entonces puedes esperarte verlo entrar de un momento á otro.

BRACK.—¿Cree V. de veras que vendrá?

TESMAN.—Estoy casi seguro. Lo que V. me contó esta mañana no puede ser más que un dicho sin fundamento.

BRACK.—¿Sí?

TESMAN.—Sí. Por lo menos tía Julia cree absolutamente imposible que Loevborg se interponga en mi camino. V. ¿qué dice?

BRACK.—Entonces no hay más que pedir.

TESMAN. (*Dejando el sombrero con los guantes sobre una silla de la derecha.*)—Sí, pero necesito esperarlo todo lo posible.

BRACK.—Tenemos tiempo de sobra. Hasta las siete ó siete y media no va nadie á casa.

TESMAN. — Corriente. Entre tanto, podremos hacer compañía á Hedda hasta que llegue la hora. ¿Eh?

HEDDA. (*Cogiendo el sobretodo y el sombrero de* Brack, *y yendo á colocarlos en el sofá del rincón.*)—Y en el caso peor, el señor Loevborg podrá estar conmigo.

BRACK. (*Queriendo quitarle el sobretodo y el sombrero.*)—¡Permita V., señora! ¿Qué entiende V. por el caso peor?

HEDDA.—Si no quiere ir con V. y con Tesman.

TESMAN. (*Mirándola, con perplejidad.*)—Pero, querida Hedda, ¿te parece á ti bien que se quede contigo? ¿Eh? Acuérdate de que no vendrá tía Julia.

HEDDA. — Pero vendrá mi amiga Thea, y podremos tomar el té los tres.

TESMAN.—¡Ah! Eso es distinto.

BRACK. (*Sonriendo.*)—Y para él sería quizá lo más saludable.

HEDDA.—¿Y eso por qué?

BRACK.—¡Por Dios, señora! V. ha maldecido bastantes veces mis fiestecitas de solterón, sosteniendo que sólo pueden ir allí los hombres de principios.

HEDDA.—El señor Loevborg debe ser ahora un hombre de principios. ¡Un pecador convertido!

(*Aparece* Berta *en la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—Señorita, aquí hay un caballero que desea ser recibido.

HEDDA.—Que entre.

TESMAN. (*En voz baja.*)—Estoy seguro de que es él. ¿No lo decía?

(*Entra* Eylert Loevborg *por la puerta del vestíbulo. Es de la misma edad que* Tesman, *pero parece más viejo, como si hubiese vivido demasiado. Es delgado y esbelto. Tiene el pelo y la barba de un color castaño oscuro, casi negro; la cara, larga y pálida; los pómulos, rojos. Viste un traje de visita negro, elegante, enteramente nuevo, y lleva en la mano un sombrero de copa y guantes oscuros. Se detiene delante de la puerta y se inclina precipitadamente. Parece ligeramente turbado.*)

TESMAN. (*Yendo hacia él y estrechándole la mano.*)—¡Ah, mi querido Eylert! ¡Al fin nos volvemos á encontrar después de tantos años!

EYLERT LOEVBORG. (*Con voz débil.*)—Gracias por tu carta. (*Aproximándose á Hedda.*) ¿Me atreveré igualmente á dar á V. la mano, señora?

HEDDA. (*Aceptándola.*)—Tengo mucho gusto, señor Loevborg. (*Con un ligero ademán de la mano.*) ¿No sé si estos señores...?

LOEVBORG. (*Inclinándose.*)—El asesor Brack, creo.

BRACK. (*Lo mismo.*)—Sí, señor. Hace algunos años...

TESMAN. (*Apoyando las manos sobre los hombros de* Loevborg.)—¡Y ahora quiero que estés aquí como en tu casa, Eylert! ¿No es verdad, Hedda? Porque según me han dicho, te estableces en la ciudad, ¿eh?

LOEVBORG.—Sí. Esa es mi intención.

TESMAN.—Lo comprendo. Oye, he

caído sobre tu nuevo libro; pero aún no he tenido tiempo de leerlo.

LOEVBORG.—Puedes ahorrarte la molestia.

TESMAN.—¿Qué quieres decir?

LOEVBORG.—La verdad: no vale gran cosa.

TESMAN.—¡Claro! ¿Tú qué has de decir?

BRACK.—Pues parece que se han hecho de él los mayores elogios.

LOEVBORG.—Eso es, en efecto, lo que yo quería. Por lo mismo, he escrito el libro de modo que estuviese al alcance de todo el mundo.

BRACK.—Cosa muy puesta en razón.

TESMAN.—¡Sí, pero, mi querido Eylert!

LOEVBORG.—Ahora trato de volver á crearme una posición, y empiezo por el principio.

TESMAN. (*Un poco turbado.*) — Sí. ¿Esa es tu intención, eh?

LOEVBORG.—(*Sonríe, deja el sombrero y saca del bolsillo un rollo de papel.*)—Pero, cuando aparezca esto, Jorge, habrá que leerlo. Porque este es mi libro, el verdadero, mi obra propiamente personal.

TESMAN.—¡Ah! ¿Y qué libro es ése?

LOEVBORG.—Es la continuación.

TESMAN.—¿La continuación de qué?

LOEVBORG.—Del libro publicado.

TESMAN.—¿Del nuevo?

LOEVBORG.—Naturalmente.

TESMAN.—Pero, mi querido Eylert, el nuevo llega hasta nuestros días.

LOEVBORG.—Es verdad. Y en el otro se trata del porvenir.

TESMAN.—¡Del porvenir! Pero, ¡Dios poderoso! ¡Si de eso no sabemos absolutamente nada!

LOEVBORG.—¡No importa! Hay varias cosas que decir sobre el particular. (*Desenvuelve el rollo.*) Vas á ver.

TESMAN.—Pero esta no es tu letra.

LOEVBORG.—Yo he dictado. (*Hojeando.*) Hay dos partes. La primera trata de las potencias civilizadoras del porvenir. La segunda... ésta (*Hojeando más adelante*), de la marcha futura de la civilización.

TESMAN.—¡Extraño, extraño! A mí no se me hubiera ocurrido nunca escribir nada semejante.

HEDDA. (*A media voz, dando golpecitos con los dedos en un cristal de la puerta vidriera.*)—¡Ah! ¡De fijo que no!

LOEVBORG.—(*Envolviendo el manuscrito en el papel y dejándolo sobre la mesa.*)—Lo he traído para leerte esta noche algunos pasajes.

TESMAN.—Te lo agradezco mucho. Pero ¿esta noche? (*Mirando á Brack.*) La verdad es que no sé cómo podría arreglarse.

LOEVBORG.—Bueno. Será otra vez. Nadie nos corre.

BRACK.—Le diré á V., señor Loevborg: esta noche hay una pequeña reunión en mi casa. Ya adivina V.: se trata ante todo de celebrar el regreso de Tesman.

LOEVBORG. (*Buscando con los ojos el sombrero.*)—¡Oh! En ese caso...

BRACK.—Nada de eso. Mire V.: ¿no querría proporcionarme el placer de ser de los nuestros?

LOEVBORG. (*Con tono seco y decidido.*) —No, gracias. Me es imposible.

BRACK.—¡Vamos! Decídase. Encon-

trará V. allí un pequeño círculo escogido. Y yo le prometo que no faltará animación, como piensa Hed... la señora de Tesman.

LOEVBORG.—No lo dudo. Pero...

BRACK.—Podría V. llevar su manuscrito y leérselo á Tesman. Tengo bastantes habitaciones para que no los estorben á Vds.

TESMAN.—Anda, sí, Eylert. Podemos hacer eso. ¿Eh?

HEDDA. (*Interviniendo.*)—Pero, amigo mío, ¡si el señor Loevborg no quiere! Estoy seguro de que le gustará más quedarse aquí y tomar el té conmigo.

LOEVBORG. (*Mirándola.*)—¿Con V., señora?

HEDDA.—Y con la señora de Elvsted.

LOEVBORG.—¡Ah! (*Indiferentemente.*) Hoy la he visto un momento.

HEDDA.—¿De veras? Pues sí, vendrá. Es forzoso que se quede V., señor Loevborg. Si no, no habría quien la acompañase.

LOEVBORG.—Muy justo. Gracias, señora. Me quedaré.

HEDDA.—Perfectamente. Voy á dar algunas órdenes. (*Se acerca á la puerta del vestíbulo, y llama. Entra* Berta. Hedda *le habla en voz baja y señala el cuarto del fondo.* Berta *hace un signo de cabeza, y vase.*)

TESMAN. (*Dice entre tanto á Loevborg.*)—Oye, Eylert: el tema de tus conferencias, ¿va á ser esa nueva cuestión, una cuestión de porvenir?

LOEVBORG.—Sí.

TESMAN.—Porque he oído en la librería que piensas dar una serie de conferencias este otoño.

LOEVBORG.—Sí, ese es mi pensamiento. Y no hay que llevarlo á mal, Tesman.

TESMAN.—¡No, por Dios! ¿Pero...?

LOEVBORG.—No me extrañaría que te contrariase.

TESMAN. (*Con abatimiento.*)—¡Oh! yo no puedo exigirte que renuncies por mí.

LOEVBORG.—Pero esperaré tu nombramiento.

TESMAN.—¿Esperarás? Pero... pero, ¿no quieres presentarte á concurso? ¿Eh?

LOEVBORG.—No. Me contentaré con triunfar de ti ante la opinión.

TESMAN.—¡Ah, Dios mío! ¡Tenía, pues, razón tía Julia! ¡Sí, sí! Bien lo sabía yo. ¡Ves, Hedda! ¡Eylert Loevborg no quiere interponerse en nuestro camino!

HEDDA. (*Secamente.*)—¿En *nuestro* camino? Te ruego que á mí me dejes fuera del asunto.

(*Pasa al cuarto del fondo, donde* Berta *pone una bandeja cargada de garrafas y de vasos.* Hedda *hace un movimiento de aprobación con la cabeza. Después vuelve al salón. Vase* Berta.)

TESMAN. (*Durante ese tiempo.*)—Pero V., asesor, ¿qué dice? ¿Eh?

BRACK.—¡Dios mío! Yo digo que la victoria y el honor son cosas muy bellas.

TESMAN.—Bien, sí; pero...

HEDDA. (*Mira á Tesman y sonríe friamente.*)—Pareces trastornado.

TESMAN.—Sí, casi, no lo niego.

BRACK.—Es que acabamos de sufrir una borrasca, señora.

HEDDA. (*Señalando el cuarto del fondo.*) — ¿No quieren Vds. pasar á la otra pieza á tomar un vaso de ponche frío?

BRACK. (*Mirando su reloj.*)—¿La despedida? Sí, es quizá una buena idea.

TESMAN.—¡Excelente, Hedda, excelente; ahora que se me ha quitado ese peso de encima, y me siento tan ligero como una pluma!

HEDDA.—V. también, señor Loevborg, hágame el favor...

LOEVBORG. (*Excusándose.*)—Gracias. No tomo nada.

BRACK.—¿Cómo? ¿Un vaso de ponche frío? ¡No es un veneno, que yo sepa!

LOEVBORG.—Quizá no para todo el mundo.

HEDDA.—¡Vaya! Yo haré compañía al señor Loevborg.

TESMAN.—Sí, sí; haz ese favor querida Hedda.

(Tesman *y* Brack *pasan á la pieza del fondo, se sientan á la mesa, beben ponche, fuman cigarrillos y hablan con animación durante la escena siguiente.* Eylert Loevborg *permanece en pié delante de la estufa.* Hedda *se aproxima al escritorio.*)

HEDDA. (*Alzando la voz.*)—Voy á enseñarle á V., si quiere, algunas fotografías. Tesman y yo hemos hecho un viaje. Venimos directamente del Tirol.

(*Trae un álbum, y lo pone sobre la mesa; después se sienta en la esquina del sofá.* Eylert Loevborg *se acerca, se detiene y la mira. Luego coge una silla y se sienta á su izquierda, volviendo la espalda á la pieza del fondo.*)

HEDDA. (*Abriendo el álbum.*)—Mire V. este grupo de montañas, señor Loevborg. Es el macizo del Ortler. Aquí tiene V. el nombre escrito por Tesman. ¿Ve V.? «El grupo del Ortler, cerca de Meran.»

LOEVBORG. (*Que no ha cesado de mirarla, dice en voz baja lentamente*):—¡Hedda... Gabler!

HEDDA. (*Lanzándole una mirada furtiva.*)—¡Vamos! Cht.

LOEVBORG. (*Repitiendo en voz baja.*)—¡Hedda Gabler!

HEDDA. (*Mirando el álbum.*)—Sí, así me llamaba antes, cuando nos conocimos V. y yo.

LOEVBORG.—Y en adelante, sin poder decir en toda la vida: Hedda Gabler.

HEDDA. (*Hojeando el álbum.*)—No. Y aun importa que pierda V. la costumbre, y lo más pronto posible.

LOEVBORG. (*Con indignación.*)—¡Hedda Gabler casada! ¡Casada con Jorge Tesman!

HEDDA.—Sí, cosas que suceden.

LOEVBORG.—¡Oh, Hedda, Hedda! ¡Cómo has podido perderte así!

HEDDA. (*Mirándolo severamente.*)—¡Vamos! ¡Nada de eso!

LOEVBORG.—¿Qué quieres decir?

(*Entra* Tesman, *y se acerca al sofá.*)

HEDDA. (*Al oirle venir, dice con voz indiferente.*)—Y ésta, señor Loevborg, es una vista del valle de Ampezzo. Fíjese V. en esas crestas de montañas. (*Levantando los ojos, con una mirada afectuosa á* Tesman.) ¿Cómo se llaman estas notables formaciones de montañas, di?

TESMAN.—Déjame ver. Son dolomitas.

HEDDA.—¡Justo! Son dolomitas, señor Loevborg.

TESMAN.—Di, Hedda, yo no quería más que preguntarte si no te decides á tomar un poco de ponche. ¿Eh?

HEDDA.—¿Pues no he de querer? Se te agradece. Y algunas galletas.

TESMAN.—¿Cigarrillos?

HEDDA.—No.

TESMAN.—Bueno.

(Vuelve á la pieza del fondo y pasa á la derecha. Brack, *sin moverse de su sitio, expía con el rabillo del ojo á* Hedda *y* Loevborg.*)*

LOEVBORG. (*Con voz contenida.*)—Respóndeme, Hedda. ¿Cómo has podido hacer eso?

HEDDA. *(Fingiendo estar muy embebida en la contemplación del álbum.)*—Si continúa V. tuteándome, no le hablo más.

LOEVBORG.—¿No puedo tutear á V., ni aun estando solos?

HEDDA.—No. Puede V. tutearme en pensamiento, pero no en palabras.

LOEVBORG.—¡Oh! Comprendo. Sería herir su amor de V. por Jorge Tesman.

HEDDA. *(Le lanza una mirada, y dice sonriendo)*:—¿Mi amor? ¡Me hace gracia!

LOEVBORG.—¿De modo que amor no?

HEDDA.—¡Ni infidelidades tampoco! No quiero eso.

LOEVBORG. — Una sola pregunta, Hedda...

HEDDA.—¡Cht!

(Vuelve Tesman *de la pieza del fondo con una bandeja.)*

TESMAN.—Aquí viene lo bueno.

(*Deja la bandeja en la mesa.*)

HEDDA. —¿Por qué nos sirves tú mismo?

TESMAN. (*Llenando los vasos.*)—¡Es tan gran placer para mí servirte, Hedda!

HEDDA.—Has llenado los dos vasos, y el señor Loevborg no quiere ponche.

TESMAN.—Ya lo sé. Pero no tardará en venir la señora de Elvsted.

HEDDA.—Sí, es verdad. La señora de Elvsted.

TESMAN.—¿La habías olvidado? ¿Eh?

HEDDA.— Estamos tan embebidos en esto... (*Le enseña una vista.*) ¿Te acuerdas de este pueblecito?

TESMAN.—¡Ya lo creo! Está á la entrada del Brenner. Allí fué donde pasamos la noche...

HEDDA.—... Y donde encontramos aquellos viajeros tan alegres.

TESMAN.—Verdad, allí fué. ¡Amigo Eylert, si tú hubieses estado con nosotros! ¿Eh?

(*Pasa al cuarto del fondo, se sienta y reanuda su conversación con* Brack.)

LOEVBORG. — Una sola pregunta, Hedda.

HEDDA.—¿A ver?

LOEVBORG:—En sus relaciones de V. conmigo ¿no había amor tampoco? Diga. ¿Ni un asomo, ni un vislumbre de amor?

HEDDA.—¿Quién lo sabrá nunca? Me parece que hemos sido dos buenos

compañeros, dos amigos íntimos. (*Sonriendo.*) V. se distinguía por su gran franqueza.

LOEVBORG.—La exigía V.

HEDDA.—Cuando ahora lo pienso, me parece que había algo de atractivo, de seductor y aun diré de animoso en aquella intimidad secreta, que nadie en el mundo sospechaba.

LOEVBORG.—¿Verdad, Hedda? ¿Verdad? Aquellas tardes en que iba yo á casa de su padre de V., en que el general leía los periódicos, vuelto de espaldas. Estaba sentado delante de la ventana.

HEDDA.—Y nosotros en el canapé del rincón.

LOEVBORG.—Siempre con el mismo periódico ilustrado sobre las rodillas...

HEDDA.—A falta de un álbum, sí.

LOEVBORG.—¡Sí, Hedda! ¡Y el día en que me confesé á V.! En que le conté lo que nadie sabía entonces, diciéndole que había pasado el día y la noche haciendo locuras. ¡Sí, días y noches enteras! ¡Oh, Hedda! ¿Qué fuerza había en V. para obligarme á hacerle tales confesiones?

HEDDA.—¡V. ve, pues, que había una fuerza en mí!

LOEVBORG.—¿Cómo explicar eso de otro modo? Y todas aquellas preguntas indirectas que V. me hacía...

HEDDA.—Y que V. comprendía tan bien.

LOEVBORG.—¿Cómo podía V. preguntarme así, con tanto atrevimiento?

HEDDA.—Indirectamente, si no lo toma á mal.

LOEVBORG.—Sí, pero atrevidamente, de todos modos. ¿Cómo podía V. obligarme á contarle cosas... cosas... de aquel género?

HEDDA.—Y V. ¿cómo podía responder, señor Loevborg?

LOEVBORG.—¡Ah! Es lo que ya no comprendo ahora. Pero, dígame V., Hedda: ¿no había amor en el fondo de esa intimidad? ¿No era el deseo de purificarme el que la animaba, cuando yo iba á pedirle un refugio, á confesarme á V.? Sí, ¿no es verdad? ¿Era eso?

HEDDA.—Eso precisamente, no.

LOEVBORG.—Pues entonces, ¿qué sentimiento la movía á V.?

HEDDA.—Pero ¿le parece á V. tan extraordinario que una joven... cuando puede hacerlo... en secreto...?

LOEVBORG.—Acabe.

HEDDA.—¿Que á una joven, digo, le guste dirigir una mirada á un mundo que...?

LOEVBORG.—¿Que...?

HEDDA.—¿Que no le es permitido conocer?

LOEVBORG.—¡Ah! ¿Y era eso?

HEDDA.—Eso también. Así lo creo, al menos.

LOEVBORG.—¡Nos acercaba el deseo de vivir! ¿Y por qué no duró todo aquello?

HEDDA.—¡Por culpa de V.!

LOEVBORG.—V. fué quien rompió.

HEDDA.—Sí, cuando hubo inminente peligro de que nuestras intimidades tomasen una forma demasiado real. ¡Avergüéncese, Eylert Loevborg, de haber cometido aquel atentado contra su... atrevida compañera!

LOEVBORG. (*Retorciéndose las manos.*) —¡Oh! ¡Que no ejecutase V. su amenaza! ¡Que no me hubiese V. matado aquel día!

HEDDA.—¡Tengo tanto miedo al escándalo!

LOEVBORG.—Sí, Hedda, en el fondo es V. cobarde.

HEDDA. — Horriblemente cobarde. (*Cambiando de tono.*) De todos modos, para V. es una suerte. Y ahora ha encontrado V. un consuelo tan agradable en casa de los Elvsted.

LOEVBORG.—Sé lo que le ha confiado á V. Thea.

HEDDA.—Y V. habrá tenido confianzas con ella respecto á nosotros.

LOEVBORG.—Ni una palabra. Es demasiado simple para comprender eso.

HEDDA.—¿Simple?

LOEVBORG.—Simple, sí, por lo que hace al caso.

HEDDA.—Y yo cobarde. (*Se inclina hacia él sin mirarlo, y dice bajando la voz.*) Ahora soy yo la que quiero hacerle una confianza.

LOEVBORG. (*Vivamente.*)—¿A saber?

HEDDA.—No haber tenido valor para matarlo.

LOEVBORG.—¿Sí?

HEDDA.—No fué mi mayor cobardía... aquella noche.

LOEVBORG. (*La mira un instante, adivina el sentido de sus palabras y dice en voz baja con pasión*):—¡Oh, Hedda, Hedda! ¡Ahora veo lo que había en el fondo de nuestra intimidad! ¡Tú y yo! ¡Ah! ¡Tú sentiste, después de todo, la necesidad de vivir!

HEDDA. (*Bajo, con una mirada acerada.*) — ¡Cuidado con eso! ¡No lo crea V.!

(*Empieza el crepúsculo.* Berta *abre la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Cierra apresuradamente el álbum, y exclama sonriendo*):—¡Al fin! ¡Vamos, entra, querida Thea!

(*Entra* Thea *por la puerta del vestíbulo. Viste un traje sencillo, de reunión. Ciérrase la puerta.*)

HEDDA. (*Tendiéndole los brazos, sin levantarse del sofá.*)—¡Querida Thea! ¡No sabes con qué impaciencia te aguardaba! (Thea, *al pasar, cambia un ligero saludo con los dos hombres sentados en la pieza del fondo; se acerca á* Hedda *y le da la mano.* Eylert Loevborg *se ha puesto en pié. Saludo mudo de cabeza entre él y* Thea.)

THEA.—¿Quizá debería decir algunas palabras á tu marido?

HEDDA.—Nada de eso. Déjalos con su ponche. Además, no tardarán en marcharse.

THEA.—¿Se van?

HEDDA.—Sí, van de holgorio.

THEA. (*Precipitadamente á* Loevborg.) —¿V. no irá con ellos?

LOEVBORG.—No.

HEDDA.—El señor Loevborg se queda con nosotras.

THEA. (*Tomando una silla para sentarse al lado de él.*)—¡Oh! ¡Qué bien se está aquí!

HEDDA.—¡No, eso no, Theita! ¡Ahí no! Tú vendrás á sentarte á mi lado. Yo quiero estar entre vosotros dos.

THEA.—Como tú quieras. (*Da la vuel-*

ta á la mesa, y se sienta en el sofá, á la derecha de Hedda. Loevborg *recobra su puesto.*)

Loevborg. (*A* Hedda, *después de una pausa.*)—¡No es una delicia contemplarla!

Hedda. (*Acariciando suavemente los cabellos de* Thea.)—¿Contemplarla... sólo?

Loevborg.—Sí. Considere V. que los dos somos verdaderos amigos, que tenemos una fe absoluta el uno en el otro. De ahí que podamos permanecer juntos hablando libremente.

Hedda.—Sin preguntas indirectas... ¿no es verdad, señor Loevborg?

Loevborg.—¡Dios mío!...

Thea. (*A media voz, arrimándose á* Hedda.)—¡Oh! ¡Qué feliz soy, Hedda! ¡Para que veas tú! Llega hasta decir que le he inspirado.

Hedda. (*La mira sonriendo.*)—¿Eso dice?

Loevborg.—¡Y qué valor tiene, señora, cuando hace falta obrar!

Thea.—¡Jesús! ¡Valor yo!

Loevborg.—Inmenso, cuando está en juego el amigo íntimo.

Hedda.—¡Valor! ¡Ah, sí! ¡Si una lo tuviese!...

Loevborg.—¿Qué quiere V. decir?

Hedda.—Entonces quizá podría soportarse la vida. (*Cambiando de tono de repente.*) Y ahora, querida Thea, deberías tomar un vasito de ponche.

Thea.—Gracias, no lo tomo nunca.

Hedda.—Entonces V., señor Leovborg.

Loevborg. — Gracias, tampoco lo tomo.

Thea.—No, tampoco lo toma.

Hedda. (*Mirándolo con firmeza.*)—¿Y si yo quisiese?

Loevborg.—Sería lo mismo.

Hedda. (*Sonriendo.*)—¡Pobre de mí! ¿De manera que no tengo el menor imperio sobre V.?

Leovborg.—Para eso, no.

Hedda.—Hablando seriamente, creo que debería V. aceptar, por V. mismo.

Thea.—¡Oh, Hedda!

Loevborg.—¿Qué quiere V. decir?

Hedda.—O, más bien, por el mundo.

Loevborg.—¿Y eso?

Hedda.—De lo contrario, podría creer la gente que V.... que en el fondo no se encuentra V. enteramente... libre... muy seguro de sí.

Thea. (*En voz baja.*)—¡Pero Hedda!

Loevborg.—Puede creer la gente lo que guste... hasta nueva orden.

Thea. (*Con alegría.*)—¡Sí! ¿Verdad?

Hedda.—Lo he visto bien claro hace poco en la expresión del asesor Brack.

Loevborg.—¿Qué ha visto V.?

Hedda.—Sonrió de una manera tan irónica cuando no se atrevió V. á sentarse con ellos...

Loevborg.—¡Que no me atreví! He preferido sencillamente estarme con ustedes.

Thea.—¡Es muy natural, Hedda!

Hedda.—Sí, pero al asesor no le consta, y yo le vi sonreir también y dirigir una mirada á Tesman cuando V. no se atrevió á ir á esa pobre fiestecita de esta noche.

Loevborg.—¡Que no me atreví! ¿Dice V. que no me atreví?

HEDDA.—No es que yo diga eso. Pero así lo comprendió el asesor Brack.

LOEVBORG.—¡Con su pan se lo coma!

HEDDA.—¿Así, que no irá V.?

LOEVBORG.—Me quedaré aquí con V. y con Thea.

THEA.—Sí, Hedda, eso no debe extrañarte.

HEDDA. (*Sonriendo y dirigiendo á* Loevborg *un signo de aprobación con la cabeza.*)—¡Firme, pues, como una roca! ¡Hombre de principios para siempre! ¡Así deben ser los hombres! (*Volviéndose hacia* Thea, *y acariciándola.*) ¿Ves? ¿No te lo dije esta mañana cuando viniste aquí completamente trastornada?

LOEVBORG. (*Sobresaltado.*)—¡Trastornada!

THEA. (*Asustada.*)—¡Hedda! ¡Escucha, Hedda!

HEDDA.—¡Ya lo ves! No hay motivo para aquellas angustias mortales. ¡Vamos! Ahora á ponernos alegres.

LOEVBORG. (*Que se ha estremecido.*)—¡Ah! ¿Qué es lo que quería V. decir, señora de Tesman?

THEA.—¡Dios mío, Dios mío, Hedda! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué haces?

HEDDA.—¡Vamos! ¡Ten calma! Ese maldito asesor no te quita ojo.

LOEVBORG. — ¿Angustias mortales por mí?

THEA. (*Lamentándose en voz baja.*)—¡Oh, Hedda! ¡Me has hecho enteramente desgraciada!

LOEVBORG. (*La mira un momento. Sus ojos permanecen inmóviles. Parece sentido.*)—¡He aquí, pues, la firme confianza que yo inspiraba á mi amiga!

THEA. (*Con tono suplicante.*)—¡Oh, amigo mío! Es menester que sepas ante todo...

LOEVBORG. (*Coge uno de los vasos llenos de ponche, lo levanta pausadamente y dice con voz ronca*).—¡A tu salud, Thea!

(*Apura el vaso, lo deja, y toma otro.*)

THEA. (*Aparte á* Hedda.)—¡Oh, Hedda, Hedda! ¿Es eso lo que querías?

HEDDA.—¿Yo? ¿Estás loca?

LOEVBORG.—Ahora, señora, á la de V. Gracias por haberme dicho la verdad. ¡Viva la verdad!

(*Vacía el vaso, y quiere llenarlo de nuevo.*)

HEDDA. (*Poniéndole la mano sobre el brazo.*)—Basta, basta por ahora. No olvide V. que hay que ir á esa comida.

THEA.—¡No, no, no!

HEDDA.—¡Cht! Te están mirando.

LOEVBORG. (*Dejando el vaso.*)—Oye, Thea, dime la verdad.

THEA.—Sí.

LOEVBORG.—¿Sabía tu marido que te marchabas para seguirme?

THEA. (*Retorciéndose las manos.*)—¡Oh, Hedda! ¡Ya oyes lo que me pregunta!

LOEVBORG.—¿Estabais de acuerdo, verdad? ¿Tú debías seguirme para vigilarme? ¿Quizá es tu marido quien te ha obligado á ello? ¡Ah..., sí! Yo debía hacerle falta en su despacho. O puede que en la mesa de juego, ¿no?

THEA. (*En voz baja, retorciéndose.*)—¡Oh, Loevborg, Loevborg!

LOEVBORG. (*Cogiendo un vaso y que-*

riendo llenarle.)—Ahora, ¡á la salud del viejo juez de paz!

HEDDA. (*Haciendo un ademán para impedirle beber.*)—¡Basta! Recuerde que tiene que leer eso á Tesman.

LOEVBORG. (*Muy tranquilo, dejando el vaso.*)—Vamos, Thea. Ha sido una tontería, de mi parte, haber hecho esto, haber tomado las cosas así. No estés enfadada conmigo, querida. Ya verás y ya verán todos que, si he estado por los suelos, he sabido levantarme. ¡Gracias á ti, Thea!

THEA. (*Radiante de alegría.*)—¡Loado sea Dios!

(*Durante este tiempo,* Brack *ha consultado su reloj.* Tesman *y él se levantan y entran en la sala.*)

BRACK. (*Cogiendo el sombrero y el sobretodo.*)—Es nuestra hora, señora.

HEDDA.—En efecto.

LOEVBORG. (*Levantándose.*)—Y la mía también, señor asesor.

THEA. (*Bajo, con tono suplicante.*)—¡Oh, Loevborg! ¡No hagas eso!

HEDDA. (*Pellizcándole en el brazo.*)—¡Mira que te oyen!

THEA. (*Profiriendo un ligero grito.*)—¡Ay!

LOEVBORG. (*A* Brack.)—Es muy de agradecer que haya V. tenido la amabilidad de invitarme.

BRACK.—¡Muy bien! ¿Nos acompaña?

LOEVBORG.—Con mucho gusto.

BRACK.—Lo celebro infinito.

LOEVBORG. (*A* Tesman, *metiéndose el manuscrito en el bolsillo.*)—Es que quisiera leerte algunos pasajes del libro antes de publicarlo.

TESMAN.—¡Ah, mucho! ¡Qué bien lo vamos á pasar! Pero, Hedda, ¿cómo vas á arreglártelas para que acompañen á la señora de Elvsted? ¿Eh?

HEDDA.—¡Oh! Ya encontraremos arreglo.

LOEVBORG. (*Volviéndose hacia las dos mujeres.*)—¿La señora de Elvsted? Yo volveré por ella, naturalmente. (*Acercándose á* Hedda.) ¿Hacia las diez, señora de Tesman? ¿Le conviene á V.?

HEDDA.—¡Por supuesto! Me conviene á maravilla.

TESMAN.—¡Ea! Pues todo á pedir de boca. Pero, en cuanto á mí, Hedda, no hay que esperarme tan temprano.

HEDDA.—¡Ah, mi querido Jorge! Puedes estarte todo lo que quieras.

THEA. (*Con una secreta angustia.*)—Oiga, señor Loevborg, quedamos en que lo espero aquí.

LOEVBORG. (*Que ha cogido su sombrero.*)—Sí, señora, quedamos en eso.

BRACK.—¡Vamos, señores! Espero que no faltará animación, como dice cierta hermosa dama. ¡Andando la gente alegre!

HEDDA.—¡Ah! ¡Si esa hermosa dama pudiese hacerse invisible para estar entre vos!

BRACK.—¿Invisible? ¿Por qué?

HEDDA.—Para oiros un rato, cuando la cosa se anime de veras, señor asesor.

BRACK. (*Sonriendo.*)—He ahí lo que yo no le aconsejaría á esa hermosa dama.

TESMAN. (*Sonriendo también.*)—¡Ah! ¡Ya estas tú buena, Hedda!

BRACK.—¡Ea, adiós, adiós, señoras!

LOEVBORG. (*Inclinándose para despedirse.*)—Con que lo dicho: hacia las diez.

(*Vanse* Brack, Loevborg *y* Tesman *por la puerta del vestíbulo. Al mismo tiempo entra* Berta *por la puerta del fondo, con una lámpara encendida en la mano. Deja la lámpara en la mesa grande, y vase por el mismo sitio.*)

THEA. (*Se ha levantado y anda muy inquieta.*)—¡Hedda, Hedda! ¡Cómo acabará todo esto!

HEDDA.—Volverá á las diez. Ya lo veo venir coronado de pámpanos, intrépido y ardiente.

THEA.—¡Dios haga que no te equivoques!

HEDDA.—Y entonces, dueño nuevamente de sí mismo, será un hombre libre para el resto de sus días.

THEA.—¡Oh, Dios mío! ¡Con tal que vuelva como tú crees!

HEDDA.—Volverá así, y no de otro modo. (*Se levanta y se aproxima á* Thea.) Puedes dudar de él todo lo que quieras. Yo, por mí, tengo confianza. Y ahora veremos.

THEA.—Tú tienes algún pensamiento oculto, Hedda.

HEDDA.—Sí, es verdad. Quiero pesar una vez en la vida sobre un destino humano.

THEA.—¡Qué! ¿Es que no tienes imperio sobre nadie?

HEDDA.—No lo tengo, no lo he tenido nunca.

THEA.—Pero ¿y sobre tu marido?

HEDDA.—¡Bah! ¡No hay duda que valdría la pena! ¡Oh! ¡Si tú pudieses comprender qué digna de lástima soy! ¡Y tú, que vales tanto! (*Le echa los brazos al cuello con vehemencia.*) Me parece que acabaré de veras por quemarte el pelo.

THEA.—¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Tengo miedo de ti, Hedda!

BERTA. (*Presentándose en la puerta.*)—Señora, he dispuesto el té en el comedor.

HEDDA.—Está bien. Allá vamos.

THEA.—¡No, no, no! ¡Prefiero volverme sola! ¡Ahora mismo!

HEDDA.—¡Qué niñerías! Antes tienes que tomar el té, locuela. Y luego á las diez, volverá Eylert Loevborg, coronado de pámpanos.

(*Se lleva á* Thea *casi á la fuerza hacia la puerta.*)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Los portiers de la puerta del foro y de la puerta vidriera aparecen corridos. La lámpara ha bajado y tiene una pantalla. En la estufa, cuyas puertas están abiertas, acaba de consumirse el fuego.

(Thea, *envuelta en un chal, con los piés sobre un taburete, está acurrucada en el sillón, muy cerca de la estufa.* Hedda *duerme, echada en el sofá y tapada con un cobertor. Pausa.*)

THEA. (*Se yergue de pronto y escucha. Después se deja caer de nuevo en el sillón, gimiendo quedo.*)—¡Todavía no! ¡Oh, Dios mío! ¡Todavía no!

(Berta *entra por la puerta del vestíbulo, andando de puntillas. Lleva una carta en la mano.*)

THEA. (*Se vuelve y pregunta apresuradamente en voz baja.*)—¿Qué hay? ¿Ha venido alguien?

BERTA. (*En voz baja.*)—Sí, una criada acaba de traer esta carta.

THEA. (*Alargando la mano precipitadamente.*)—¡Una carta! ¡Déme!

BERTA. — Es para el doctor, señora.

THEA.—¡Ah!

BERTA. —La trajo la criada de la tía del señorito. Aquí la dejo, sobre la mesa.

THEA.—Bien.

BERTA. (*Dejando la carta*).—La lámpara se baja. Quizá será mejor que la apague.

THEA.—Bueno. Apáguela. Pronto va á ser de día.

BERTA. (*Apagándola.*)—Ya es de día, señora.

THEA.—Es verdad. ¡Es completamente de día! ¡Y sin volver aún!

BERTA.—¡Ah, sí! Bien me figuré yo lo que pasaría.

THEA.—¿V. se lo figuró?

BERTA.—Sí, en cuanto vi en la ciudad á cierto sujeto. Los habrá arrastrado él. En otro tiempo dió bastante que hablar ese señor.

THEA.—No hable tan alto. Va á despertar á la señorita.

BERTA. (*Dirige una mirada hacia el sofá y suspira.*)—¡Sí, Dios mío! Hay que dejar dormir á la pobre señorita. ¿Pondré otro leño en la estufa?

THEA.—Gracias. Por mí es inútil.

BERTA.—¡Vamos! Está bien.

(*Vase callando por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Se despierta al ruido de la puerta y abre los ojos.*)—¿Qué hay?

THEA.—Nada. Era la criada.

HEDDA. (*Mira en torno suyo.*) ¿Por qué estoy aquí? ¡Ah! Ya me acuerdo. (*Se sienta en el sofá, se estira y se restriega los ojos.*) ¿Qué hora es, Thea?

THEA. (*Mirando su reloj.*)—Las siete dadas.

HEDDA.—¿A qué hora volvió Tesman?

THEA.—No ha vuelto aún.

HEDDA. —¿No ha vuelto aún?

THEA. (*Levantándose.*)—No ha venido nadie.

HEDDA.—¡Y nosotras velando hasta las cuatro para esperarlos!

THEA. (*Retorciéndose las manos.*)—¡Ah, sí! ¡Yo lo he esperado!

HEDDA. (*Bosteza y dice llevándose la mano á la boca.*)—¡Válgame Dios! Hubiéramos podido ahorrarnos ese trabajo.

THEA.—¿Has dormido un poco?

HEDDA.—¡Ah, yo sí! No he dormido mal. ¿Y tú?

THEA.—Ni un minuto. ¡No he podido, Hedda! Me ha sido imposible dormir.

HEDDA. (*Levantándose y acercándose á ella.*)—¡Vamos, vamos! No tienes motivo para estar intranquila. Yo comprendo muy bien lo que ha debido pasar.

THEA.—¿Pues qué crees tú? ¡Dímelo!

HEDDA.—Evidentemente, se habrán

estado hasta muy tarde en casa del asesor.

THEA.—¡Dios mío, ya lo creo! Pero eso no quita...

HEDDA.—Y Tesman, como comprendes, no habrá querido hacer ruido al volver, llamando á las altas horas de la noche. (*Sonriendo.*) Puede que tampoco haya querido presentarse después de una comilona alegre.

THEA.—Pero, querida, ¿y dónde iba á ir entonces?

HEDDA.—Pues á acostarse á casa de las tías. No han tocado su antiguo cuarto.

THEA.—No, no puede estar con ellas, porque acaban de traer una carta de allí para él. Ahí la han dejado.

HEDDA.—¡Calle! (*Mira el sobre.*) En efecto, es letra de tía Julia. Entonces se habrán quedado en casa del asesor, y Eylert Loevborg, coronado de pámpanos, estará leyéndole su manuscrito.

THEA.—¡Oh, Hedda! Tú misma no crees lo que dices.

HEDDA.—De veras, Thea. Tú tienes la cabecita á pájaros.

THEA.—Sí, por desgracia es muy cierto.

HEDDA.—¡Y vaya una cara de fatiga!

THEA.—Estoy, en efecto, mortalmente fatigada.

HEDDA.—¡Ea! Tienes que hacer lo que yo te diga. Vas á entrar en mi cuarto y á echarte en la cama.

THEA.—¡Oh, no, no! No podría dormir.

HEDDA.—¡Vaya!

THEA.—Sí, pero tu marido no puede ya tardar en volver. Y entonces sabré...

HEDDA.—Te avisaré en cuanto vuelva.

THEA.—¡Hedda! ¿Me lo prometes?

HEDDA.—Sí, puedes contar con ello. ¡Vamos! Vete á dormir hasta entonces.

THEA.—Gracias. Lo intentaré.

(*Vase por el cuarto del fondo.* Hedda *se aproxima á la puerta vidriera y descorre la cortina. Entran en la estancia los rayos del sol. Después va por un espejito á su escritorio, se mira, y se arregla el pelo. Luego se dirige hacia la puerta del vestíbulo y toca el botón del timbre. A poco rato aparece* Berta.)

BERTA.—¿Quiere algo la señorita?

HEDDA.—Sí. Hay que echar leña en la estufa. Estoy aterida de frío.

BERTA.—¡Ah, Jesús! En seguida dará calor. (*Recoge la brasa y mete un leño en la estufa. Después se detiene y presta atención.*) Acaban de llamar á la puerta de la calle, señorita.

HEDDA.—Bueno. Vaya V. á abrir. Yo atizaré el fuego.

BERTA.—No tardará en hacer llama.

(*Vase por la puerta del vestíbulo.* Hedda, *de rodillas sobre el cajón, echa varios leños en la estufa. Poco después entra* Jorge Tesman *por la puerta del vestíbulo. Viene con cara fatigada y algo inquieto. Se adelanta de puntillas é intenta deslizarse por entre los portiers.*)

HEDDA. (*Sin levantar los ojos ni abandonar su puesto.*)—Buenos días.

TESMAN. (*Volviéndose.*)—¡Hedda!

(*Acercándose.*) Pero ¡es posible! ¿Cómo? ¡Levantada tan temprano! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, hoy he madrugado mucho.

TESMAN.—¡Pues esta es buena! Y yo que te creía en la cama, durmiendo muy tranquilamente.

HEDDA.—No hables tan alto, que está durmiendo en mi cuarto la señora de Elvsted.

TESMAN.—¡Qué! ¿Ha pasado la noche aquí?

HEDDA.—Sí. Como no ha venido á buscarla nadie.

TESMAN.—No, es verdad.

HEDDA. (*Cerrando la estufa, y levantándose.*)—¿Y qué? ¿Se ha divertido la gente en casa del asesor?

TESMAN.—¿Has estado intranquila por mí?

HEDDA.—¿Yo? ¡En eso pensaba! Te pregunto si te has divertido.

TESMAN.—Sí, no he dejado de divertirme. Por una vez. Pero, bien pensado, cuando más disfruté fué al principio, durante la lectura de Eylert. ¡Figúrate que llegamos con más de una hora de anticipación. Y Brack tenía tantas órdenes que dar... Yo me pasé todo ese tiempo oyendo á Eylert.

HEDDA. (*Sentándose á la derecha de la mesa.*)—¿A ver? Cuéntame.

TESMAN. (*Sentándose en un taburete junto á la estufa.*)—¡No! ¡No puedes imaginarte qué obra va á ser aquella! Sin género de duda, es de lo más notable que se ha escrito jamás. ¡Ya ves tú!

HEDDA.—Sí, no digo que no. A mí, como si tal cosa.

TESMAN.—No puedo menos de confesártelo, Hedda: cuando acabó de leer, se apoderó de mí un mal sentimiento.

HEDDA.—¿Un mal sentimiento?

TESMAN.—Tuve envidia de Eylert por haber podido escribir tal libro. ¡Ya ves, Hedda!

HEDDA.—Sí, sí, ya veo.

TESMAN.—¡Y decir que un hombre de tanto talento ha de ser siempre incorregible!

HEDDA.—¿Quieres decir que es hombre de más calor, de más vida que otros?

TESMAN.—¡No, hija! ¡No, por Dios! Lo que hay es que no tiene medida en el goce.

HEDDA.—¿Y cómo acabó la fiesta?

TESMAN.—¡Oh! ¡Puede decirse que en una verdadera bacanal!

HEDDA.—¿Estaba coronado de pámpanos Eylert?

TESMAN.—¿Pámpanos? No, que yo sepa. Lo que hizo fué un largo discurso muy embrollado en honor de la mujer que lo inspiró durante su trabajo. Así decía.

HEDDA.—¿Nombró esa mujer?

TESMAN.—No. Pero yo comprendí perfectamente que se trataba de la señora de Elvsted. Acuérdate; verás cómo no me equivoco.

HEDDA.—Veamos: ¿dónde os separasteis?

TESMAN.—En la calle, al volver. Salimos los últimos con algunos más. Brack quiso venir con nosotros para tomar un poco de aire, y convinimos en acompañar á Eylert hasta su casa. Como supondrás, el hombre llevaba bastante encima.

HEDDA.—Sí, ya supongo.

TESMAN.—Y ahora, Hedda, te diré lo más grave, lo más triste de todo. ¡Ah! Casi me da vergüenza contarlo. Me abochorno por Eylert.

HEDDA.—Vamos, di, ¿qué ha sucedido?

TESMAN.—Pues bien, mira: cuando volvíamos, hubo un momento en que yo me quedé algunos pasos atrás. Cosa de un instante, ¿comprendes?

HEDDA.—¡Sí, hombre, sí! Adelante.

TESMAN.—Yo apretaba el paso para alcanzar á los otros, cuando de repente... ¿Adivina lo que encuentro á la vuelta del camino? ¿Eh?

HEDDA.—¡Vaya una pregunta! ¿Cómo quieres que lo sepa?

TESMAN.—¡Pero no se lo has de decir á nadie, Hedda! ¿Oyes? ¡Prométemelo por consideración á Eylert! (*Saca del bolsillo un rollo envuelto en un papel.*) ¡Calcula! ¡He encontrado esto!

HEDDA.—¡No será el rollo que trajo ayer!

TESMAN.—¡Cómo que no! ¡Es su precioso, su irreemplazable manuscrito! ¡Lo había perdido de esa manera, sin notarlo! ¡Qué te parece! ¡Es triste! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, pero ¿por qué no se lo devolviste en seguida?

TESMAN.—No me atreví. En el estado en que se encontraba...

HEDDA.—¿Y no has dicho nada á nadie?

TESMAN.—¡Ni soñarlo! Ya comprendes que no había de querer hacerlo por consideración á Eylert.

HEDDA.—¿De forma que nadie sabe que los papeles de Eylert Loevborg están en tu poder?

TESMAN.—No. Y nadie debe saberlo.

HEDDA.—¿De qué hablasteis después?

TESMAN.—No tuve ya ocasión de hablarle. Enredados en el laberinto de las calles, lo perdimos de vista. Desapareció con otros dos ó tres. ¿Qué te parece?

HEDDA.—¡Ya, ya! Lo habrán acompañado á su casa.

TESMAN.—Sí, es lo más probable. Eso he supuesto yo. Brack tomó también otro camino.

HEDDA.—Y tú, ¿por dónde has andado desde entonces?

TESMAN.—¡Oh! Yo y algunos otros, nos fuimos con uno de la partida, que nos convidó á tomar el café en su casa. Pero, en cuanto descanse un rato, y ese pobre Eylert haya tenido tiempo de echar un sueño, tendré que llevarle el manuscrito.

HEDDA. (*Tendiendo la mano para coger el rollo.*)—¡No, no lo devuelvas! Quiero decir: en seguida. Déjame leer antes.

TESMAN.—No, hermosa, querida mía, no me atrevo.

HEDDA.—¿No te atreves?

TESMAN.—No; piensa en la desesperación que va á sentir, cuando despierte y no encuentre el manuscrito. ¡Ten en cuenta que no ha sacado copia! Me lo ha dicho él mismo.

HEDDA. (*Con mirada fija, escudriñadora.*)—¡Tú crees que es imposible rehacer tal obra! ¡Que no se puede escribir dos veces!

TESMAN.—No, creo que no saldría.

Porque la inspiración, como comprendes...

HEDDA.—Sí, sí, lo creo de todas veras. (*Indiferentemente.*) ¡Ah, no me acordaba! Ahí hay una carta para ti.

TESMAN.—¡Eh! ¡Es verdad!

HEDDA. (*Dándosela.*) — La trajeron muy de mañana.

TESMAN.—¡Calle! Es de tía Julia. ¿Qué podrá ser? (*Deja el manuscrito en el segundo taburete, abre la carta, la recorre y se levanta de un salto.*) ¡Oh, Hedda! Me dice que la pobre tía Rina está en lo último.

HEDDA.—Era de prever.

TESMAN.—Y que he de darme prisa, si quiero encontrarla con vida aún. Tengo que ir corriendo ahora mismo.

HEDDA. (*Ahogando una sonrisa.*)—¡Vas á correr tú ahora!

TESMAN.—¡Oh, querida Hedda! ¡Si te resolvieses á acompañarme! ¿Qué dices?

HEDDA. (*Levantándose, dice con voz fatigada, pero en tono perentorio.*)—No, no. No hay que pedirme eso. No quiero ver enfermedades ni muertes. Ahórrame el espectáculo de todas las cosas feas.

TESMAN.—¡Bueno! ¡Haz lo que quieras! (*Dando vueltas por la habitación.*) ¡Mi sombrero! ¡Mi paletot! ¡Bien, bien! Están en el vestíbulo. ¡Dios mío! Supongo que no llegaré demasiado tarde. ¿Crees tú, Hedda...?

HEDDA.—¡Pero anda, hombre! ¡corre!

(*Aparece* Berta *en la puerta del vestíbulo.*)

BERTA.—Ahí está el señor asesor, que desea pasar.

TESMAN.—¡A estas horas! No, realmente yo no puedo recibirlo en este instante.

HEDDA.—Pero puedo yo. (*A* Berta.) Diga V. al señor asesor que pase.

(*Vase* Berta.)

HEDDA (*Cuchicheando precipitadamente.*)—¡Pronto el manuscrito, Tesman!

TESMAN.—¡Sí, sí; dámelo!

HEDDA.—No, no: yo lo guardaré... entre tanto.

(*Se acerca á su escritorio y esconde el manuscrito entre los libros de la estantería. Entra* Brack *por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Inclinando la cabeza sonriente.*)—¡A ver! Es V. lo que se llama un pájaro madrugador.

BRACK.—¿Verdad? ¿Qué le parece á V.? (*A* Tesman.) ¡V. también se encuentra en pié ya, dispuesto á salir!

TESMAN.—Sí, tengo que ir con precisión á casa de mis tías. Ya ve V., la pobre enferma está en lo último.

BRACK.—¡Válgate Dios! ¡Sí, hombre! No quiero yo detenerlo en una circunstancia tan grave.

TESMAN.—Es verdad. Voy volando. ¡Adiós! ¡Adiós!

(*Vase precipitadamente por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Acercándose á* Brack.)—¿Ha habido más que animación esta noche en su casa de V., señor asesor?

BRACK.—Hasta tal punto que aún no me he desnudado, señora.

HEDDA.—¿Hola? ¡V. tampoco!

BRACK.—Como V. ve. Pero ¿qué le ha contado Tesman sobre el particular?

HEDDA.—¡Oh! Nada más que pormenores enojosos. Sé únicamente que fueron á tomar el café en casa de uno.

BRACK.—Sí, ya me lo han dicho. ¡Supongo que no los acompañó Eylert Loevborg!

HEDDA.—No. Empezaron por acompañarlo á su casa.

BRACK.—¿Estaba entre ellos Tesman?

HEDDA.—No. Pero él me ha hablado de otros varios.

BRACK. (*Sonriendo.*)—Jorge Tesman es un alma confiada, señora.

HEDDA.—¡Ah! ¡Bien puede decirse! ¡Entonces hay algo bajo todo esto!

BRACK.—No diré que no.

HEDDA.—¡Vamos! Sentémonos, señor asesor. Así estará V. mejor para contármelo todo.

(*Se sienta en el lado izquierdo de la mesa*, Brack *en el contiguo, cerca de* Hedda.)

HEDDA.—Sepamos.

BRACK.—Yo tenía motivos esta noche para seguir los hechos y gestos de mis convidados, ó, más bien, los de algunos de ellos.

HEDDA.—Eylert Loevborg, supongo, sería del número.

BRACK.—Debo confesar que sí.

HEDDA.—Pica V. mi curiosidad de veras.

BRACK.—¿Sabe V., señora, dónde han pasado el resto de la noche él y algunos otros?

HEDDA.—Si puede decirse, dígalo.

BRACK.—¡Oh! Puede decirse sin inconveniente. La han pasado en una reunión animadísima.

HEDDA.—¿De esas en que hay bulla?

BRACK.—Sí, toda la posible.

HEDDA.—Veamos, asesor. Cuénteme V. eso.

BRACK.—Loevborg era de los que habían recibido una invitación. Yo lo sabía. Pero el hombre, como ha mudado la piel, según V. sabe, había rehusado.

HEDDA.—Sí, esa transformación ha tenido efecto en casa de los Elvsted. Pero bien; acabó por ir, á pesar de los pesares, ¿no es así?

BRACK.—¡Qué quiere V.! Desgraciadamente esta noche le vino la inspiración en mi casa.

HEDDA.—Justo. Me han hablado de esa inspiración.

BRACK.—Sí. Y hasta tomó proporciones bastante alarmantes. Por eso cambiaría de ideas. Porque, ¡ay!, nosotros, los hombres, no siempre somos tan firmes en punto á principios como deberíamos serlo.

HEDDA.—¡Oh! V. es una excepción sin duda, señor Brack. ¿Pero decía V. que Loevborg...?

BRACK.—Sí, en resumen: acabó por dar con su persona en los salones de Diana.

HEDDA.—¿De Diana?

BRACK.—Sí, porque en casa de esa señorita es donde se reunía una tertulia selecta de amigas y de admiradores.

HEDDA.—¿Es una dama de pelo rojo?

BRACK.—Precisamente.

HEDDA.—¿Una especie de cantante?

BRACK.—Sí, si V. quiere; y también

de cazadora. Se dedica á la caza de hombres, señora. V. habrá oído hablar de ella. Eylert Loevborg, en sus buenos días, fué uno de sus más animosos protectores.

HEDDA.—¿Y cómo acabó todo eso?

BRACK.—El fin es menos divertido. De la acogida más cariñosa, la señorita Diana pasó á vías de hecho.

HEDDA.—¿Contra Loevborg?

BRACK.—Sí. El se quejaba de que ella ó sus amigas le habían robado. Decía que había desaparecido su cartera y no sé qué más. En resolución: una zambra de mil demonios.

HEDDA.—¿Y cuál fué el desenlace?

BRACK.—Una pelea general de damas y caballeros. Felizmente, llegó á intervenir la policía.

HEDDA.—¡Cómo! ¿La policía?

BRACK.—Sí. Es un lance que costará caro á ese tarambana de Loevborg.

HEDDA.—¡Ah!

BRACK.—Parece que hizo resistencia. Dicen que abofeteó á uno de los agentes y que le rompió el uniforme. A consecuencia de eso, lo han llevado á la prevención.

HEDDA.—¿Y cómo sabe V. todo eso?

BRACK.—Por la misma policía.

HEDDA. (*Mirando de frente, inmóvil.*)—¡De modo que eso es lo ocurrido! ¿No hubo corona de pámpanos?

BRACK.—¿Corona de pámpanos, señora?

HEDDA. (*Cambiando de tono.*)—Pero diga V., asesor: ¿qué motivos tiene V. para seguir la pista de ese modo á Eylert Loevborg, para espiar sus acciones?

BRACK.—Por el pronto, no puede serme indiferente que conste en el sumario que iba directamente de mi casa.

HEDDA.—¿Quiere decir que ahora habrá sumario?

BRACK.—Se supone. Por lo demás, ¡suceda lo que quiera! A mí nada me va ni me viene. Pero, como amigo de la casa, me he creído en el deber de procurar que V. y Tesman estuviesen al tanto de esas hazañas nocturnas.

HEDDA.—¿Y por qué, asesor?

BRACK.—Pues porque temo seriamente que quiera servirse de Vds. como de una especie de pantalla.

HEDDA.—¡Qué cosas tiene V.!

BRACK.—¡Pero, Señor! No somos ciegos. Y si no, recapacite V. misma un instante. Esa señora de Elvsted tenga V. por seguro que no se irá tan pronto de la ciudad.

HEDDA.—¡Oh! Si hubiese algo entre ellos, encontrarían otros muchos sitios donde verse.

BRACK.—Sí; pero no un hogar doméstico. Toda familia que se respete cerrará su casa, de aquí en adelante, á Eylert Loevborg.

HEDDA.—Y yo, ¿debería hacer otro tanto? ¿Es eso lo que quiere V. decir?

BRACK.—Sí. Me sería más que penoso, lo confieso, que ese señor tuviese entrada aquí. Si ese elemento extraño, superfluo, se introdujese en...

HEDDA.—En el triángulo.

BRACK.—Cabalmente. Eso equivaldría para mí á la pérdida de un hogar.

HEDDA. (*Lo mira sonriendo.*)—De manera que gallo único de la casa: ¡he ahí el objeto de V.!

BRACK. (*En voz baja é inclinando lentamente la cabeza en señal de asentimiento.*)—Sí, ese es mi objeto, y trataré de conseguirlo por todos los medios que estén en mi mano.

HEDDA. (*Cuya sonrisa se desvanece poco á poco.*)—Es V. un hombre peligroso cuando se empeña la partida.

BRACK.—¿Le parece á V.?

HEDDA.—Sí, empiezo á creerlo. Y me tendré por muy dichosa mientras no pueda V. tomarla conmigo.

BRACK. (*Con una sonrisa ambigua.*)—¡Pch! Puede que tenga V. razón. ¡Quién sabe si, llegado el caso, no sería yo hombre para encontrar un buen expediente!

HEDDA.—¡Esas tenemos, asesor! Cualquiera lo tomaría por una amenaza.

BRACK. (*Levantándose.*)—¡Nada más lejos de mi ánimo! Para que el triángulo pueda defenderse bien, ha de mediar, ante todo, libre consentimiento.

HEDDA.—Eso creo yo.

BRACK.—¡Ea! He dicho lo que tenía que decir. Y ahora es cosa de pensar en volverme á casa. ¡Adiós, señora!

(*Se dirige hacia la puerta-vidriera.*)

HEDDA. (*Levantándose.*)—¿Se va V. por el jardín?

BRACK.—Sí: acorto.

HEDDA.—Y además le gustan á V. las puertas excusadas.

BRACK.—Así es. No me disgustan. A veces ofrecen novedades imprevistas.

HEDDA.—Como, por ejemplo, recibir algún tiro, ¿verdad?

BRACK. (*Sonriendo, ya en la puerta.*)—¡Oh! ¡Nadie tira á sus gallos domésticos!

HEDDA. (*Sonriendo también.*)—No, es verdad, cuando no hay más que uno en la casa.

(*Se hacen signos de despedida con la cabeza, riendo. Vase* Brack. Hedda *cierra la puerta y permanece un momento grave é inmóvil, mirando hacia el jardín. Después se aleja de la vidriera y separa un instante la cortina para dirigir una ojeada á la pieza del fondo. Luego se acerca á su escritorio, saca el manuscrito de* Loevborg *de entre los libros y se dispone á hojearlo. Se oye á* Berta *hablar muy alto en el vestíbulo.* Hedda *se vuelve y escucha. A poco guarda apresuradamente el manuscrito en el cajón del escritorio y dejá la llave sobre el cartapacio.* Eylert Loevborg, *con sobretodo y el sombrero en la mano, abre violentamente la puerta del vestíbulo. Parece ligeramente turbado y sobreexcitado.*)

LOEVBORG. (*Volviendo la cabeza hacia el vestíbulo.*)—¡Le digo á V. que tengo que entrar! ¡Ea! (*Cierra la puerta, se vuelve, ve á* Hedda, *se domina al momento y saluda.*)

HEDDA. (*Cerca del escritorio.*)—¡Vamos, señor Loevborg! Viene V. á buscar á Thea un poco tarde.

LOEVBORG.—O vengo á su casa de V. un poco temprano. Tenga V. la bondad de dispensarme.

HEDDA.—¿Cómo sabe V. que está aquí ella todavía?

LOEVBORG.—Me han dicho en la casa de huéspedes que no había vuelto esta noche.

HEDDA. (*Acercándose á la mesa gran-*

de.)—¿Qué cara pusieron cuando preguntó V.?

LOEVBORG. (*Con una mirada interrogadora.*)—¿Qué cara, dice V.?

HEDDA.—Sí, le pregunto si parecían ocultar algún pensamiento.

LOEVBORG. (*Comprendiendo de pronto.*)—¡Ah, sí! ¡Es claro! ¡La pierdo conmigo! Pero no he notado nada en la cara de la gente. Tesman no se ha levantado aún, ¿verdad?

HEDDA.—No, no creo.

LOEVBORG.—¿A qué hora volvió?

HEDDA.—Muy tarde.

LOEVBORG.—¿No le ha contado á V. nada?

HEDDA.—Sí. Sé que hubo mucho jaleo en casa del asesor Brack.

LOEVBORG.—¿Nada más?

HEDDA.—Creo que no. Por mi parte, tenía tanto sueño...

(Thea *abre las cortinas de la pieza del fondo, y entra.*)

THEA. (*Dirigiéndose hacia* Loevborg.)—¡Oh, Loevborg! ¡Por fin!

LOEVBORG.—Sí, por fin. ¡Y demasiado tarde!

THEA. (*Mirándolo con inquietud.*)—¿Cómo demasiado tarde? ¿En qué sentido?

LOEVBORG.—En todos. Soy hombre al agua.

THEA.—¡Oh, no, no!... ¡No digas eso!

LOEVBORG.—Ya lo dirás tú misma, cuando te enteres.

THEA.—No quiero saber nada.

HEDDA.—¿Vds. querrán quizá hablar á solas? En ese caso me retiro.

LOEVBORG.—No. Quédese V.; V. también. Se lo ruego.

THEA.—¡Sí, pero repito que no quiero saber nada!

LOEVBORG.—No se trata de lo que ha pasado esta noche.

THEA.—Pues, ¿de qué?

LOEVBORG.—De que en adelante se separan nuestros caminos.

THEA.—¡Que se separan nuestros caminos!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Ya lo sabía yo!

LOEVBORG.—No tengo ya ocupación para ti, Thea.

THEA.—¡Y vienes á decírmelo así! ¡No tienes ocupación! ¿Pues no puedo ayudarte como hasta ahora? ¿No podemos seguir trabajando juntos? Di.

LOEVBORG.—No pienso ya en trabajar.

THEA. (*Con profundo desaliento.*)—¿Qué voy yo á hacer de mi vida entonces?

LOEVBORG.—Es necesario que trates de vivir como si no me hubieses conocido nunca.

THEA.—¡Pero si eso me es imposible!

LOEVBORG.—Haz un esfuerzo, Thea. Puedes volver á tu casa.

THEA. (*Sublevándose.*)—¡Jamás en la vida! ¡Donde tú estés, allí quiero estar yo! ¡No me dejo despedir de este modo! Quiero quedarme aquí, quiero estar á tu lado, cuando aparezca el libro.

HEDDA. (*Sobreexcitada á media voz.*)—¡Ah, sí, el libro!

LOEVBORG. (*Mirándola.*)—Nuestro li-

bro, el mío y de Thea. Porque es de los dos.

THEA.—Sí, eso es. ¡Por lo mismo, tengo el derecho de estar á tu lado, cuando se publique! Quiero velar por que no te falten los honores y el aprecio debidos. ¡Y qué me dices de la alegría! ¡de la alegría que quiero compartir contigo!

LOEVBORG. Thea, nuestro libro no verá la luz nunca.

HEDDA.—¡Ah!

THEA.—¡No verá la luz!

LOEVBORG.—Ya no es posible.

THEA. (*Con doloroso presentimiento.*) —Loevborg, ¿qué has hecho del manuscrito?

HEDDA. (*Mirándolo febrilmente.*)—¿Sí, el manuscrito?

THEA.—¿Dónde está?

LOEVBORG. —¡Oh! No me lo preguntes.

THEA.—Sí, quiero saberlo. Tengo el derecho de saberlo, y en el acto.

LOEVBORG.—El manuscrito... ¡Bien! ¡pues sí! Lo he hecho mil pedazos.

THEA. (*Profiriendo un grito.*)—¡Oh! ¡No, no!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Eso no es verdad!

LOEVBORG. (*Mirándola.*)—¡V. cree que no es verdad!

HEDDA. (*Recobrando la calma.*)—Sí, puesto que V. lo dice, ¿por qué no? Pero me parecía tan absurdo...

LOEVBORG.—Pues, á pesar de todo, es cierto.

THEA. (*Retorciéndose las manos.*)—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Hedda! ¡Ha destruido su obra!

LOEVBORG.—¡He destruido mi propia vida! ¿Qué mucho que haga otro tanto con la obra de mi vida?

THEA.—¡He ahí, pues, lo que hiciste anoche!

LOEVBORG.—Sí. Oyelo bien: roto en mil pedazos. Y los pedazos los he arrojado al furdo, muy lejos. Allí, al menos, hay agua de mar bien fresca. Que se los lleve. Que se vayan con la corriente, á merced del viento. Dentro de poco se irán al fondo. Más abajo, cada vez más abajo... Como yo, Thea.

THEA.—¿Sabes tú, Loevborg? Ese libro... Toda la vida me parecerá que has ahogado á un hijo.

LOEVBORG.—Tienes razón. Es una especie de infanticidio.

THEA.—Pero ¿cómo has podido tú...? Ese hijo era tan mío como tuyo.

HEDDA. (*Casi afónica.*)—¡Oh! El hijo...

THEA. (*Respirando trabajosamente.*)—¡De manera que ha acabado todo! Sí, sí, Hedda, ahora me voy.

HEDDA.—¿No pensarás, sin embargo, volver á partir?

THEA.—¡Oh! No sé lo que haré. No veo más que tinieblas alrededor de mí.

(*Vase por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA. (*Espera un instante inmóvil.*) —Pero ¿no se decide V. á acompañarla, señor Loevborg?

LOEVBORG.—¡Yo! ¡Por las calles! Para que se vea que va á mi lado, ¿no es verdad?

HEDDA.—¡Dios mío! Yo no sé á punto fijo lo que ha pasado esta noche. Pero ¿es que es absolutamente irreparable?

LOEVBORG.—No se reducirá todo á esta noche. Es seguro. Pero lo grave es que esa vida, tampoco tengo fuerzas para llevarla. Imposible volver á empezar. Esa mujer ha destruido en mí todo valor y toda audacia.

HEDDA. (*Con la mirada fija hacia adelante.*)—Esa monería de muñequita ha puesto los dedos en un destino humano. (*Mirando á* Loevborg.) Pero ¡aun así! ¿Cómo ha podido V. tener tan poco corazón con ella?

LOEVBORG.—¡Oh! ¡No diga V. que no he tenido corazón!

HEDDA.—¡Ir á destruir de ese modo una cosa que ha llenado su alma durante tanto tiempo! ¿No se llama eso falta de corazón?

LOEVBORG.—Hedda, á V. puedo decirle la verdad.

HEDDA.—¿La verdad?

LOEVBORG.—Ante todo permítame V.: ha de darme su palabra de que Thea no sabrá nunca lo que voy á confiarle.

HEDDA.—Se la doy.

LOEVBORG.—Bien. Pues sepa V. que no hay nada de cierto en lo que acabo de decir.

HEDDA.—¿Se refiere V. á ese manuscrito?

LOEVBORG.—Sí. Ni lo he roto, ni lo he tirado al furdo.

HEDDA.—No, no; pero ¿dónde está entonces?

LOEVBORG.—¡Lo cual no quita, Hedda, para que haya destruido mi obra de todos modos!

HEDDA.—No comprendo.

LOEVBORG.—Thea acaba de decir que mi acción le producía el efecto de un infanticidio.

HEDDA.—Sí, eso dijo.

LOEVBORG.—¡Pues bien! Matar á un hijo no es todavía el peor de los crímenes que puede cometer con él un padre.

HEDDA.—¿Que no es el peor de los crímenes?

LOEVBORG.—No. El peor de todos es el que yo he callado por consideración á Thea.

HEDDA.—¿Y qué crimen es ese?

LOEVBORG.—Suponga V. que un hombre, después de una noche de excesos locos, vuelve á su casa al amanecer y va á decir á la madre de su hijo: «Oye, he andado de acá para allá, en tales y cuales sitios. Llevaba á esos sitios á nuestro hijo, y el niño ha desaparecido. No lo traigo. El diablo que sepa en qué manos ha caído.»

HEDDA.—Sí, pero aunque el diablo anduviese en el negocio, al fin no se trataba más que de un libro.

LOEVBORG.—A ese libro había pasado el alma pura de Thea.

HEDDA.—Sí, comprendo.

LOEVBORG.—Entonces comprenderá V. también que no hay porvenir ahora para ella ni para mí.

HEDDA.—¿Y qué camino va V. á tomar?

LOEVBORG.—Ninguno. Yo no quiero más que una cosa: que acabe todo esto. Cuanto antes, mejor.

HEDDA. (*Dando un paso hacia él.*)—Oiga V., Loevborg, ¿no podría arreglarse de modo que eso se hiciese en buena forma?

LOEVBORG.—¿En buena forma? (*Son-*

riendo.) ¿Con pámpanos en la cabeza, como V. se figuraba un día?

HEDDA.—¡Oh, no! Ya no creo en los pámpanos. Pero en buena forma, de todos modos. ¡Una vez siquiera! ¡Adiós! Y ahora márchese y no vuelva.

LOEVBORG.—Adiós, señora. Mil cosas de mi parte á Jorge Tesman.

(*Va á salir.*)

HEDDA.—¡No, aguarde V.! Es preciso que se lleve un recuerdo mío.

(*Se acerca al escritorio, abre primero el cajón donde guardó las pistolas, después la caja que las contiene, saca una y se vuelve hacia* Loevborg.)

LOEVBORG. (*Mirándola.*)—¿Eso? ¿Es ese el recuerdo?

HEDDA. (*Inclinando la cabeza pausadamente en señal de asentimiento.*)—¿La conoce? Un día estuvo dirigida contra V.

LOEVBORG.—Aquel día debió V. utilizarla.

HEDDA.—¡Pues bien! Utilícela V. mismo ahora.

LOEVBORG. (*Guardándose la pistola en el bolsillo.*)—¡Gracias!

HEDDA.—¡En buena forma, Loevborg! Prométamelo.

LOEVBORG.—Adiós, Hedda Gabler.

(*Vase por la puerta del vestíbulo.* Hedda *escucha un momento á la puerta. Se acerca después al escritorio y saca el manuscrito. Mira un instante la cubierta, entresaca algunas hojas á las cuales dirige una ojeada. Luego va á sentarse en el sillón colocado junto á la estufa, con el manuscrito sobre las rodillas. Al cabo de un instante abre el paquete y saca el manuscrito de la cubierta.*)

HEDDA. (*Arroja uno de los cuadernos á la estufa y murmura.*)—¡Ahora quemo á tu hijo, Thea, la hermosa de cabellos rizosos! (*Arroja otros varios cuadernos.*) El hijo que tuviste con Eylert Loevborg. (*Tira el resto.*) Ahora quemo, quemo al hijo.

ACTO CUARTO

La misma decoración. Es de noche. El salón está á oscuras, y la pieza del fondo iluminada por la lámpara suspendida sobre la mesa. Los portieres de la puerta-vidriera se hallan corridos.

(Hedda, *vestida de negro, vaga por el salón oscuro. Después pasa á la pieza del fondo y desaparece por la izquierda. Se oyen algunos acordes en el piano. Reaparece* Hedda *y entra en el salón.* Berta, *saliendo por la derecha, atraviesa la pieza del fondo, y entra en el salón con una lámpara encendida que pone sobre la mesa delante del sofá del rincón. Tiene los ojos encarnados de tanto llorar, y lleva una cinta negra sobre la falda en señal de luto. Un momento después entra* Julia *por la puerta del vestíbulo. Está de luto y conserva puesto el sombrero y el velo.* Hedda *sale á su encuentro y le da la mano.*)

JULIA.—Sí, Hedda, vengo vestida de luto. Mi pobre hermana está libre al fin de sus largos sufrimientos.

HEDDA.—Ya lo sabía, como ve V.

Me lo ha participado Tesman en una carta.

JULIA.—Sí, me lo había prometido. Pero he creído hacer bien en venir yo misma á anunciar la muerte en esta casa donde reina la vida, en la casa de Hedda.

HEDDA.—Es V. muy buena.

JULIA.—¡Oh! Rina no hubiese debido abandonarnos ahora. La casa de Hedda no debería estar de luto en este instante.

HEDDA. (*Procurando desviar la conversación.*)—Los últimos momentos fueron muy tranquilos, ¿no es verdad, señora?

JULIA.—¡Sí, muy tranquilos y muy dulces! ¡Los lazos que la retenían se han roto tan suavemente! Y luego, ¡ha sido para ella tan inmensa felicidad volver á ver á Jorge y poder despedirse de él! ¿No ha vuelto todavía?

HEDDA.—No, me ha escrito diciéndome que no lo espere tan pronto. Pero tome V. asiento.

JULIA.—¡No, gracias, mi querida Hedda, bendita mía! No desearía otra cosa, pero tengo tan poco tiempo... Ahora voy á amortajar á la pobre difunta y á arreglarla lo mejor que pueda. Es menester que esté muy hermosa para bajar á la tumba.

HEDDA.—¿No puedo ayudar á V. en algo?

JULIA.—¡Qué locura! Hedda Tesman no puede poner la mano en esas cosas, ni pensar siquiera en ellas.

HEDDA.—¡Oh! El pensamiento ¿quién lo domina?

JULIA. (*Sin cambiar de tono.*) Pues ¿qué remedio? El mundo es así. En casa se va á coser el sudario de Rina. Aquí también habrá costura dentro de poco, me figuro. Pero ¡gracias á Dios! será costura de otra clase.

(*Entra* Jorge Tesman *por la puerta del vestíbulo.*)

HEDDA.—Menos mal, que vuelves al fin.

TESMAN.—¡Ah! ¡Tú aquí, tía Julia! ¿Con Hedda? ¿Eh?

JULIA.—Iba á marcharme, hijo mío. ¿Y qué? ¿Has arreglado todo lo que me prometiste?

TESMAN.—No, mucho me temo haber olvidado la mitad. Volveré por tu casa mañana, porque hoy tengo trastornada la cabeza. Yo no sé lo que pienso.

JULIA.—Vamos, Jorge, no hay que tomar las cosas así.

TESMAN.—¿No? Pues ¿cómo quieres que las tome?

JULIA.—Hay que estar contentos en medio del dolor, contentos de lo que ha sucedido, como lo estoy yo misma.

TESMAN.—¡Ah, sí! Tú piensas en tía Rina.

HEDDA.—¡Qué sola se va á encontrar V. en adelante!

JULIA.—Sí, los primeros días. Pero espero que no ha de durar mucho. El cuartito de Rina no debe quedar vacío.

TESMAN.—¿No? ¿Quién vas á meter allí?

JULIA.—¡Ay! Nunca falta una pobre enferma necesitada de cuidados y de cariño.

HEDDA.—¿Y tendría V. valor para volver á cargar con semejante cruz?

JULIA.—¡Cruz! ¡Por Dios, hija mía! Eso no ha sido cruz para mí.

HEDDA.—Pero si ahora tiene V. una persona extraña...

JULIA.—¡Oh! Pronto se hace una amiga de los enfermos. Y además, yo también necesito tanto vivir para alguien... Gracias al cielo, probablemente habrá ocupación en esta casa para la viejecita de la tía.

HEDDA.—¡Oh! ¡No hable V. de nosotros!

TESMAN.—Sí, mujer. Pues poco bien que estaríamos los tres juntitos, si...

HEDDA.—Si...

TESMAN. (*Inquieto.*)—¡No, nada! Todo se arreglará. Digo... es de suponer. ¿Eh?

JULIA.—Sí, sí. ¡Ya veo que tenéis que hablar los dos! (*Sonriendo.*) Y puede que Hedda te confíe algo, Jorge. ¡Hasta otro rato! Tengo que volverme á casa. (*Llegada á la puerta, se detiene.*) ¡Qué cosa tan extraña, Dios mío! ¡Ahora Rina está á la vez conmigo y con el difunto Joaquín!

TESMAN.—Sí. ¡Quién había de pensarlo, tía Julia! ¿Eh?

(*Vase* Julia *por el vestíbulo.*)

HEDDA. (*Sigue á* Tesman *con una mirada fría y escrutadora.*)—Voy creyendo que esa muerte te llega á ti más al alma que á ella.

TESMAN.—¡Oh! No se trata sólo de la muerte de tía Rina. Es que ese Eylert me tiene también tan intranquilo...

HEDDA. (*Vivamente.*)—¿Le ha sucedido algo?

TESMAN.—Corrí á su casa esta tarde para decirle que el manuscrito estaba en buenas manos.

HEDDA.—¿Y qué? ¿No lo encontraste?

TESMAN.—No, no estaba en casa. Pero después encontré á Thea, y me dijo que él vino aquí esta mañana.

HEDDA.—Sí, inmediatamente después de marcharte tú.

TESMAN.—Y que afirmaba que había roto el manuscrito. ¿Eh?

HEDDA.—Sí, lo afirmó.

TESMAN.—¡Señor, eso prueba que ha perdido el juicio! ¿Y tú no te habrás atrevido á devolvérselo, Hedda?

HEDDA.—No, no se lo he dado.

TESMAN.—¿Pero le habrás dicho, por lo menos, que está aquí?

HEDDA.—No. (*Vivamente.*) ¿Se lo dijiste acaso á Thea?

TESMAN.—No, no quise. Pero á él debiste decírselo. ¡Ya ves! ¡Si en un arranque de desesperación se le ocurriese una atrocidad! ¡Dame corriendo el manuscrito, Hedda! Voy á llevárselo inmediatamente. ¿Dónde lo pusiste?

HEDDA. (*Fría é inmóvil, apoyada en el sillón.*)—No lo tengo ya.

TESMAN.—¡Que no lo tienes ya! ¡En nombre del cielo! ¿Qué es lo que dices?

HEDDA.—Lo he quemado, completamente.

TESMAN. (*Con un movimiento de espanto.*—¡Quemado! ¡Has quemado el manuscrito de Eylert!

HEDDA.—Pero no grites así. Te va á oir la criada.

TESMAN.— ¡Quemado! ¡Dios de misericordia! ¡No, no, no, no ès posible!

HEDDA.—Es la pura verdad, sin embargo.

TESMAN.—Pero, ¿sabes bien lo que has hecho, Hedda? ¡Es un uso ilícito de objetos encontrados! ¡Ahí es nada! Pregunta, pregunta al asesor, y él te dirá.

HEDDA.—Lo mejor, en mi sentir, es que no hables de esto al asesor Brack ni á nadie.

TESMAN.—Pero, ¿cómo has podido hacer una cosa tan inaudita? ¿Cómo ha podido ocurrírsete tal idea? ¿A qué ha venido eso? Respóndeme... ¿Eh?

HEDDA. *Reprimiendo una ligera sonrisa.*)—Jorge, lo he hecho por ti.

TESMAN.—¡Por mí!

HEDDA.—Cuando, al volver esta mañana me dijiste que te había leido su manuscrito...

TESMAN.—Sí. ¿Qué?

HEDDA.—Me confesaste que esa obra te había dado envidia.

TESMAN.—¡Dios mío! Eso era una manera de hablar.

HEDDA.—¡No importa! Yo no podía soportar la idea de que otro te relegase á un segundo término.

TESMAN. *Con una explosión de alegría mezclada de duda.*)—¡Oh, Hedda! ¿Es verdad lo que dices? Pero si... pero si nunca hasta ahora se había manifestado tu amor de esa manera.

HEDDA.—En fin, será mejor decirte que desde hace algún tiempo... (*Se detiene, y añade con violencia.*) No, no, pregunta á tía Julia. Ella te lo dirá.

TESMAN.—¡Oh! ¡Casi se me figura comprenderte, Hedda! (*Juntando las manos.*) ¡Gran Dios! ¡Sería posible! ¿Eh?

HEDDA —Que no grites así. Podría oirte la criada.

TESMAN. (*Con una sonrisa de beatitud.*)—¡La criada! ¡Qué original eres, Hedda! ¡La criada! ¡Pero si la criada es Berta! Yo mismo voy á darle ahora la noticia.

HEDDA. (*Retorciéndose las manos con una especie de desesperación.*)—¡Oh! ¡Me ahoga, me ahoga todo esto!

TESMAN.—¿El qué, Hedda?

HEDDA. (*Fríamente, dominándose.*)—Todas estas ridiculeces, Jorge.

TESMAN.—¿Ridiculeces? ¿Es ridículo que mi alma rebose de felicidad? Pero, en efecto, quizá sería mejor que no dijese nada á Berta.

HEDDA.—Sí, hombre, al contrario. ¿Por qué no?

TESMAN.—No, no, todavía no. Pero, por lo que hace á tía Julia, es forzoso que lo sepa. ¡Y que sepa también que empiezas á llamarme Jorge! ¡Oh, qué contenta, que contenta se va á poner!

HEDDA.—¿Al saber que he quemado el manuscrito de Loevborg por ti?

TESMAN.—¡Ah, no! Es verdad. Me olvidaba. Naturalmente, eso no ha de saberlo nadie. ¡Pero lo que sí debe saber tía Julia es que tú ardes en amor por mí! Y yo, por mi parte, querría saber si no les pasan frecuentemente estas cosas á las jóvenes que... Di. ¿Eh?

HEDDA.—No tienes más que preguntárselo también á tía Julia.

TESMAN.—No dejaré de hacerlo. (*Su semblante se torna inquieto y pensativo.*)

¡Oh, ese manuscrito, ese manuscrito! ¡Dios poderoso! De todas maneras, es una cosa horrible. ¡Cuando uno piensa en ese desgraciado Eylert!

(Thea, *vestida como en su primera visita, con sombrero y abrigo, entra por el vestíbulo.*)

THEA. (*Saluda precipitadamente, y dice, presa de gran agitación.*)—¡Oh, querida Hedda! Dispénsame que vuelva aún.

HEDDA.—¿Qué hay, Thea?

TESMAN.—¿Se trata nuevamente de Eylert Loevborg? ¿Eh?

THEA.—Sí. ¡Temo tanto que le haya sucedido una desgracia!

HEDDA. (*Cogiéndola de un brazo.*)—¡Ah! ¡Crees tú eso!

TESMAN.—¡Santo Dios! ¿De dónde le viene á V. esa idea?

THEA.—Oí que hablaban de él en la casa de huéspedes cuando yo entraba. ¡Oh! ¡Se cuentan hoy cosas tan increíbles en la ciudad!...

TESMAN.—Sí, he oído todo eso. ¡Figúrese V.! Cuando yo puedo atestiguar que volvió á acostarse.

HEDDA.—Bien. ¿Y qué se decía?

THEA.—¡Oh! No he podido saber nada. Puede que no supiesen nada más, ó que se callasen al verme. Y yo no me atreví á preguntar, por mi parte.

TESMAN. (*Dando vueltas, inquieto, por la habitación.*)—¡Hay que creer, hay que creer que habrá V. oído mal, señora!

THEA.—No, no, estoy segura de que hablaban de él. Comprendí perfectamente que se trataba de hospital, ó...

TESMAN.—¿De hospital?

HEDDA.—¡No, no es posible!

THEA.—¡Oh! Entonces me entró un miedo de muerte y fuí á pedir noticias á su alojamiento.

HEDDA.—¡Hiciste tú eso, Thea!

THEA.—¿Qué otra cosa podía hacer? Me sería imposible soportar esta incertidumbre.

TESMAN.—¿Y se ha quedado V. como los demás? No lo ha encontrado, ¡eh!

THEA.—No. Y en la casa no tenían noticias de él. Me han dicho que desde ayer no había vuelto.

TESMAN.—¡Desde ayer! ¡Vamos! ¡Cómo pueden decir tal cosa!

THEA.—¡Oh! ¡Veo claramente que ha ocurrido una desgracia!

TESMAN.—¿Qué te parece á ti, Hedda? Yo podría ir á informarme por ahí...

HEDDA.—No, no, no te mezcles en eso.

(*Entra* Brack, *con el sombrero en la mano, por la puerta del corredor, que* Berta *abre, y cierra después. Se presenta con aspecto grave, y saluda silenciosamente.*)

TESMAN.—¡Ah! Es V., querido asesor. ¡Eh!

BRACK.—Sí. Tengo motivos imperiosos para venir á su casa esta noche.

TESMAN.—Le conozco á V. en la cara que ha recibido la carta de tía Julia.

BRACK.—Sí, la he recibido.

TESMAN.—¡Triste cosa! ¿verdad?

BRACK.—Según se mire, mi querido Tesman.

TESMAN. (*Con mirada poco segura.*)—¿Habría algo más?

BRACK.—Sí.

HEDDA. (*Febrilmente.*)—¿Algo triste, asesor?

BRACK.—Según se mire también, señora.

THEA. (*Exclama involuntariamente.*)—¡Oh! ¡Se trata de Eyler Loevborg!

BRACK. (*Mirándola un instante.*)—¿Qué la induce á V. á creerlo? ¿Es que sabe V. algo?

THEA. (*Turbada.*)—No, no, no sé nada; pero...

TESMAN.—¡Pero, en nombre del cielo, hable V.!

BRACK. (*Encogiéndose de hombros.*)—¡En fin, al caso! Ha ocurrido una desgracia. Ha habido que llevar al hospital á Eylert Loevborg. En este momento debe estar en la agonía.

THEA. (*Lanzando un grito.*)—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

HEDDA. (*Involuntariamente.*)—¡Ya!

THEA. (*En tono quejumbroso.*)—¡Y nos hemos separado sin reconciliarnos, Hedda!

HEDDA. (*Aparte á Thea.*)—¡Thea! ¡Vamos, Thea!

THEA. (*Sin hacer caso.*)—¡Yo quiero estar á su lado! ¡Quiero verlo antes de morir!

BRACK.—Daría V. un paso inútil, señora. Nadie puede acercarse á él.

THEA.—¡Pero dígame V. siquiera lo que le ha sucedido! ¿Qué ha pasado?

TESMAN.—Por supuesto, ¡él no se habrá...! ¿Eh?

HEDDA.—Sí, estoy segura de que lo ha hecho.

TESMAN.—¡Oh, Hedda! ¡Cómo puedes tú...!

BRACK. (*Sin apartar los ojos de ella.*)—Por desgracia, ha acertado V., señora.

THEA.—¡Oh! ¡Es espantoso!

TESMAN.—¡Con su propia mano! ¡Quién lo diría!

HEDDA.—¡De un pistoletazo!

BRACK.—Ha vuelto V. á acertar, señora.

THEA. (*Tratando de dominarse.*)—¿Cuándo ha ocurrido eso, señor asesor?

BRACK.—Esta tarde. Entre tres y cuatro.

TESMAN.—Pero, ¡Señor! ¿Dónde ha hecho eso? ¿Eh?

BRACK. (*Vacilando.*)—¿Dónde? ¡Pch, querido! Probablemente en su casa.

THEA.—No, no es posible. Estuve yo allí de seis á siete.

BRACK.—¡Bien! Pues entonces sería en otra parte. No puedo decir. Todo lo que sé es que lo han encontrado. Se había disparado un tiro en el pecho.

THEA.—¡Qué horror! ¡Pensar que debía acabar así!

HEDDA. (*A* Brack.)—¿En el pecho, dice V.?

BRACK.—Sí, eso.

HEDDA.—¿No en la sien?

BRACK.—No, señora; en el pecho.

HEDDA.—Sí, el pecho es también un buen sitio.

BRACK.—¿Cómo, señora?

HEDDA. (*Fríamente.*)—¡Oh! Nada.

TESMAN.—Y dice V. que la herida es de peligro, ¿eh?

BRACK.—La herida es necesariamente mortal. Es probable que todo haya acabado á estas horas.

THEA.—Sí, sí, tengo ese presenti-

miento. ¡Todo ha acabado! ¡Todo! ¡Oh, Hedda!

TESMAN.—Pero, dígame V., ¿dónde ha sabido todo eso?

BRACK.—Lo sé por un agente de policía.

HEDDA. (*Con voz clara y sonora.*)—¡En fin! ¡He ahí lo que se llama un acto!

TESMAN. (*Espantado.*)—¡Santo Dios! ¡Qué es lo que dices, Hedda!

HEDDA.—Digo que hay en eso algo de hermoso.

BRACK.—¡Hum! Señora de Tesman.

TESMAN.—¿Qué hay de hermoso? ¡Di!

THEA.—¡Hedda, cómo puedes hablar de hermosura en tales circunstancias!

HEDDA.—Eylert Loevborg se ha hecho justicia á sí mismo. Ha tenido el valor de hacer lo que debía.

THEA.—No, no creo tal cosa. Lo que ha hecho lo ha hecho en un momento de locura.

TESMAN.—¡O más bien en un arranque de desesperación!

HEDDA.—¡No! Estoy segura de lo contrario.

THEA.—¡Sí! Lo hizo en un momento de locura, como cuando rompió los cuadernos.

BRACK. (*Sobrecogido.*)—¿Los cuadernos? Quiere V. decir el manuscrito. ¿Lo rompió?

THEA.—Sí. Anoche.

TESMAN. (*Aparte á* Hedda.)—¡Oh, Hedda! ¡Nunca podremos quitarnos de encima este peso!

BRACK.—¡Hum! Es sumamente extraño.

TESMAN. (*Atravesando el salón.*)—¡Decir que Eylert debía desaparecer así de este mundo! ¡Y que no ha quedado nada de lo que podría inmortalizar su nombre!

THEA.—¡Oh! Si fuese posible reconstruir esa obra...

TESMAN.—¡Sí, por Dios! ¡Si fuese posible reconstruirla! ¡No sé lo que daría por eso!

THEA.—¿Quizá se podría, señor Tesman?

TESMAN.—¿Qué dice V.?

THEA. (*Registrando su bolsillo.*)—Espere. He conservado las notas que utilizaba para dictar.

HEDDA. (*Dando un paso hacia ella.*)—¡Ah!

TESMAN.—¿Las tiene V., señora? ¿Eh?

THEA.—Sí. Las llevo conmigo. Las saqué de casa al marcharme, y desde entonces han quedado en este bolsillo.

TESMAN.—¡Oh! ¡Déjeme ver!

THEA. (*Presentándole un paquete de cuartillas.*)—Pero todo esto está muy confuso, muy embrollado.

TESMAN.—¡No importa! ¡Si lográsemos orientarnos! Puede que ayudándonos el uno al otro...

THEA.—¡Oh, sí! Probemos al menos.

TESMAN.—¡Es menester que salga! Tiene que salir; consagraré mi vida á esta tarea.

HEDDA.—¿Tú, Jorge? ¿Tu vida?

TESMAN.—Sí, ó, mejor, todo el tiempo de que pueda disponer. Mis colecciones esperarán. ¿Comprendes, Hedda? Tengo una cuenta pendiente con la memoria de Eylert.

HEDDA.—Es posible.

TESMAN.—¡Vamos, señora de Elvsted! ¡Unamos nuestros esfuerzos! ¡Dios mío! ¡A qué viene lamentarse de lo que no tiene remedio! ¡Eh! Procuremos calmar algo nuestro espíritu, lo bastante para poder...

THEA.—Sí, sí, señor Tesman. Yo haré todo lo posible.

TESMAN.—¡Vamos! ¡Venga V.! Es preciso que examinemos esas notas en seguida. ¿Dónde nos sentamos? Aquí. No, mejor es que nos vayamos á la pieza del fondo. ¡Dispense V., querido asesor! Venga V., señora.

HEDDA.—¡Oh, Dios! ¡Si pudiésemos conseguirlo!

(*Pasan á la pieza del fondo.* Thea *se quita el abrigo y el sombrero. Los dos se sientan á la mesa, bajo la lámpara, y se abstraen en el examen de las notas.* Hedda *se acerca á la estufa y se sienta en el sillón. Poco después se aproxima á ella* Brack.)

HEDDA. (*A media voz.*)—¡Oh, asesor! ¡Qué alivio ese fin de Eylert Loevborg!

BRACK.—¡Un alivio, señora! Sí, para él es, en efecto, un alivio.

HEDDA.—Hablo de mí. Es un alivio saber que, al fin y al cabo, no falta en este mundo algo de independencia y de valor, alguna cosa iluminada por rayo de belleza absoluta.

BRACK. (*Sonriendo.*)—¡Hum! Querida amiga.

HEDDA.—¡Oh! Ya sé lo que quiere V. decir. Porque V. también es un especialista como... ¡Vamos!

BRACK. (*Mirándola fijamente.*)—Eylert Loevborg ha sido para V. más de lo que V. se confiesa á sí misma quizá. ¿Me engaño?

HEDDA.—He ahí una pregunta á la que yo no respondo. Sólo sé que Eylert Loevborg ha tenido el valor de vivir á su albedrío. Y ahora veo que ha hecho algo grande, en que hay un reflejo de belleza. ¡Ha querido y podido abandonar tan pronto el banquete de la vida!

BRACK.—Lo siento mucho, señora, pero me veo obligado á arrebatarle á V. una bella ilusión.

HEDDA.—¿Una ilusión?

BRACK.—Que, por otra parte, se habría disipado bien pronto.

HEDDA.—¿Qué quiere V. decir?

BRACK.—Que el suicidio de Eylert Loevborg no ha sido voluntario.

HEDDA.—¿No ha sido voluntario?

BRACK.—No. Las cosas no han pasado exactamente como yo he dicho.

HEDDA.—(*Inquieta.*)—¿Ha disimulado V. algo? ¿El qué?

BRACK.—He tenido que introducir algunas variantes por consideración á su pobre amiga.

HEDDA.—¿Qué variantes?

BRACK.—Por el pronto, Eylert Loevborg ha muerto ya.

HEDDA.—¿En el hospital?

BRACK.—Sí; sin haber recobrado el conocimiento

HEDDA.—¿Qué más tiene V. que añadir?

BRACK.—La catástrofe no ha ocurrido en su cuarto.

HEDDA.—¡Oh! Eso no tiene gran importancia.

BRACK.—Más de lo que V. cree. Porque ha de saber que se ha encontrado á Eylert en el gabinete de Diana.

HEDDA.—(*Hace un esfuerzo para levantarse, pero vuelve á caer en el sillón.*) ¡Eso no puede ser, asesor Brack! ¡Es imposible que haya vuelto allí hoy!

BRACK.—Volvió esta tarde á reclamar una cosa que suponía le habían robado. Hablaba con incoherencia de haber perdido un hijo.

HEDDA.—¡Ah! ¡Es por eso entonces!

BRACK.—Yo me dije que sería probablemente su manuscrito. Ahora sé que lo ha destruido por sus propias manos; por consiguiente, será su cartera.

HEDDA.—Es probable. ¡De modo que es allí donde lo han encontrado!

BRACK.—Sí. Tenía en la mano una pistola descargada. El tiro había sido mortal.

HEDDA.—¡Un pistoletazo en el pecho!

BRACK.—No, en el bajo vientre.

HEDDA. (*Levanta los ojos y lo mira con un gesto de disgusto.*)—¡Completo! ¡Ah! El ridículo y la bajeza alcanzan como una maldición á cuanto yo he tocado.

BRACK.—Hay algo todavía, señora. Algo que se puede calificar de infame.

HEDDA.—¿Y es?

BRACK.—La pistola que tenía.

HEDDA. (*Respirando trabajosamente.*)—Bien. ¿Qué?

BRACK.—Debió robarla.

HEDDA. (*Levantándose de repente.*)—¡Robarla! ¡Eso no es verdad! ¡No hizo tal cosa!

BRACK.—No hay otra explicación posible. Debió robarla. ¡Cht!

(Tesman *y* Thea *se levantan, y vuelven al salón.*)

TESMAN. (*Con las manos llenas de papeles.*)—Oye, Hedda, me es casi imposible leer á la luz de esa lámpara. ¡Ya ves!

HEDDA.—Sí, ya veo.

TESMAN.—¿Nos permites sentarnos un momento á tu escritorio? ¿Eh?

HEDDA.—Sí, me es igual. (*De pronto.*) ¡Aguarda! Antes voy á haceros un poco de sitio.

TESMAN.—¡Oh! No es necesario. Tendremos bastante.

HEDDA.—No, no, voy á haceros sitio, y á poner todo esto en el piano.

(*Saca del fondo de la* étagère *un objeto cubierto de hojas de papel; agrega algunas hojas más, se lo lleva á la pieza del fondo y vuelve á la izquierda.* Tesman *pone sus papeles en el escritorio, y traslada á él la lámpara que estaba en la mesita del rincón. El y* Thea *se sientan y reanudan su trabajo. Entra* Hedda.)

HEDDA. (*En pié, detrás de la silla de* Thea, *y acariciándole suavemente el pelo.*)—¿Y qué, Theita? ¿Va adelante ese monumento de Eylert Loevborg?

THEA. (*Mirando á* Hedda *con desaliento.*)—¡Ay Dios! Será un trabajo terrible entenderse aquí.

TESMAN.—Es menester que salga, cueste lo que cueste. Además, para esto de ordenar papeles ajenos me pinto yo solo.

(Hedda *se aproxima á la estufa, y se sienta en uno de los taburetes.* Brack *se coloca á su lado, y se inclina hacia ella, apoyado en el respaldo del sillón.*)

HEDDA. (*Cuchicheando.*)—Con que ¿qué decía V. sobre esa pistola?

BRACK. (*En voz baja.*)—Debió robarla.

HEDDA.—¿Por qué quiere V. que la robara?

BRACK.—Porque no debe ser posible otra explicación, señora.

HEDDA.—¡Ah, sí!

BRACK. (*Dirigiéndole una mirada.*)—Naturalmente, Eylert Loevborg vino aquí esta mañana. ¿No es verdad?

HEDDA.—Sí.

BRACK.—¿Estuvo V. sola con él?

HEDDA.—Sí. Un momento.

BRACK.—¿No salió de la habitación mientras él estaba?

HEDDA.—No.

BRACK.—Haga V. memoria. ¿No salió V., aunque no fuese más que un instante?

HEDDA.—Sí, es posible, á la antecámara, cosa de un momento.

BRACK.—¿Y dónde estaba entonces su caja de pistolas?

HEDDA.—Estaba en...

BRACK.—¡Vamos, señora!

HEDDA.—La caja estaba ahí, en el escritorio.

BRACK.—¿Ha visto V. después si se encuentran en ella las dos pistolas?

HEDDA.—No.

BRACK.—Es inútil. Yo he visto la pistola que tenía Loevborg, y reconocí en seguida la que vi ayer y otras veces.

HEDDA.—¿La tiene V. quizá?

BRACK.—No. Quien la tiene es la policía.

HEDDA.—¿Qué uso quiere hacer la policía de esa pistola?

BRACK.—Quiere buscar á su dueño.

HEDDA.—¿Y cree V. que lo encontrará?

BRACK.—(*Inclinándose hacia ella, murmura.*)—No, Hedda Gabler, mientras me calle yo.

HEDDA. (*Con mirada vaga.*)—¿Y V. no se calla?

BRACK. (*Encogiéndose de hombros.*)—Siempre se podrá suponer que la ha robado.

HEDDA. (*Resueltamente.*)—¡Antes morir!

BRACK. (*Sonriendo.*)—Esas cosas se dicen, pero no se hacen.

HEDDA. (*Sin responder.*)—¿Y si la pistola no ha sido robada? ¿Qué sucederá si se encuentra á su dueño?

BRACK.—¡Por Dios, Hedda! ¡Habrá un escándalo!

HEDDA.—¡Un escándalo!

BRACK.—Sí, un escándalo, eso que á V. le causa un miedo tan terrible. Naturalmente, V. tendría que comparecer con Diana ante los tribunales. Ella tiene que dar explicaciones. ¿Fué un accidente ó un asesinato? ¿Quiso él sacar la pistola del bolsillo para amenazarla y salió el tiro entonces? ¿O le arrancó ella la pistola de las manos, lo mató y volvió á poner la pistola en el bolsillo de Loevborg? Sería muy verosímil. Porque la tal Diana es una moza de prueba.

HEDDA.—Pero yo nada tengo que ver con esos horrores.

BRACK.—No. Pero tendrá V. que responder á una pregunta: ¿Por qué dió V. esa pistola á Eylert Loevborg? ¿Y qué conclusiones quiere V. que se

saquen de ese hecho, cuando esté probado?

HEDDA. *(Bajando la cabeza.)*—Es verdad. No había pensado en eso.

BRACK.—¡Vamos! Afortunadamente, mientras yo me calle, no hay peligro.

HEDDA.—(*Levantando la cabeza y mirándolo.*)—Es decir, que estoy en su poder de V., asesor; que desde hoy en adelante me tiene V. atada de piés y manos.

BRACK. *(Bajando la voz.)*—Querida Hedda, crea V. que no abusaré de la situación.

HEDDA.—¡No importa! Estoy en su poder de V. Me encuentro á merced de su capricho. ¡Esclava! ¡Soy esclava! (*Levantándose bruscamente.*) ¡No! ¡Jamás me resignaré á esa idea! ¡Jamás!

BRACK. (*Con una mirada medio irónica.*)—¡Eh, por Dios! Hay que atemperarse á lo inevitable.

HEDDA. *(Respondiendo á su mirada.)*—Puede.

(Se acerca á su escritorio.)

HEDDA. *(Reprimiendo una sonrisa involuntaria é imitando la entonación de* Tesman.*)*—¿Y qué, Jorge? Di: ¿marcha eso? ¿Eh?

TESMAN.—¡Sabe Dios, Hedda! De todos modos, hay trabajo para meses.

HEDDA. *(Lo mismo que antes.)*—¡Vea V.! *(Pasando ligeramente las manos por el pelo de Thea.)* ¿No te parece esto raro, Thea? Ahora aquí al lado de Tesman, lo mismo que otras veces al lado de Eylert Loevborg.

THEA.—¡Oh, Dios! ¡Si yo pudiese inspirar también á tu marido!

HEDDA.—¡Oh! Eso vendrá con el tiempo.

TESMAN.—Sí, Hedda, ¿sabes?, ya me parece sentir algo de esa especie. ¡Vamos! Anda á sentarte otra vez con el asesor.

HEDDA.—Pero, ¿no hay nada en que pueda ayudaros?

TESMAN.—No, absolutamente nada. (*Volviendo la cabeza.*) Y V., mi querido asesor, va á ser preciso desde ahora que tenga la amabilidad de hacer compañía á Hedda.

BRACK. (*Dirigiendo una mirada á* Hedda.)—¡Lo haré con sumo gusto!

HEDDA.—Gracias. Pero esta noche estoy cansada. Voy á echarme un rato en el sofá.

TESMAN.—Sí, haz eso, querida. ¿Eh?

(Hedda *pasa á la pieza del fondo y corre las cortinas. Pausa. De pronto se oye en el piano un bailable furioso.)*

THEA. (*Levantándose de repente, asustada.*)—¡Ah! ¿Qué es eso?

TESMAN. —(*Precipitándose hacia las cortinas.*)—¡Vamos, querida Hedda, no toques piezas de baile esta noche! ¡Piensa en tía Rina! ¡Piensa también en Eylert!

HEDDA. (*Sacando la cabeza por entre las cortinas.*)—Y en tía Julia. Y en todo el mundo. Desde ahora me estaré quieta.

(*Cierra las cortinas.*)

TESMAN. (*Junto al escritorio.*)—Es natural que la contraríe vernos ocupados en esta triste labor. ¿Sabe V. lo que vamos á hacer, señora? V. se va á vivir con tía Julia. Yo iré allí todas

las noches y podremos trabajar á nuestras anchas. ¿Eh?

THEA.—Sí, quizá será lo mejor,

HEDDA. (*Desde la pieza del fondo.*) —Oigo muy bien todo lo que dices, Tesman. Pero, ¿y yo? ¿Qué hago, mientras tanto, de las noches?

TESMAN. (*Hojeando las notas.*) —¡Oh! El asesor tendrá la amabilidad de venir á verte.

BRACK. (*Exclama alegremente.*)—¡Todas las noches, si le place, señora! ¡Ya encontraremos manera de distraernos los dos!

HEDDA. (*Con voz clara y distinta.*)—¿Verdad, asesor? ¿Es eso lo que V. espera? Gallo único.

(*Se oye un disparo.* Tesman, Thea y Brack *saltan de sus sitios.*)

TESMAN.—¡Bueno! ¡Ya está otra vez jugando con las pistolas! (*Descorre violentamente las cortinas y se precipita en la pieza del fondo.* Thea *lo sigue.* Hedda *yace sin vida en el sofá. Todos corren y gritan.* Berta, *completamente desencajada, acude presurosa por la puerta de la derecha.*)

TESMAN. (*Gritando á* Brack.)—¡Se ha matado! ¡Se ha disparado un tiro en la sien!

BRACK. (*Medio desvanecido en el sillón.*)—Pero, ¡Dios poderoso!, esas cosas no se hacen!

ENRIQUE IBSEN.

UN DESESPERADO

Éramos siete ú ocho personas reunidas en una misma estancia; la conversación versaba acerca de los últimos sucesos y sus autores.

—No comprendo ni pizca á esa clase de gente—dijo uno de nosotros.—Son una especie de rabiosos, de desesperados... sí, de desesperados, ¡esa es la verdadera palabra!... ¡Desde que el mundo es mundo nunca se ha visto nada parecido!

—¡Sí que se ha visto!—le objetó P..., un viejo entrecano, nacido allá por el año 1820.— También se han visto en otro tiempo desesperados, sólo que no eran como los de hoy. Alguien ha dicho á propósito del poeta Yazykof, que tenía un entusiasmo sin objeto; pues bien, de esas personas de quienes hablo pudiera también decirse que su desesperación carecía de objeto. Vamos, si Vds. quieren, les contaré la historia de mi sobrino por afinidad Micha Poltef. Será para Vds. una muestra de los desesperados de entonces.

I

Vino al mundo (recuerdo la fecha, era en 1828) en los dominios patrimoniales de su padre, en un rincón extraviado de uno de los más remotos gobiernos de la región de las estepas. Me acuerdo de su padre como si estuviese aquí: era un verdadero hidalgo campesino, de verdad, de rancio abolengo, un hombre piadoso, con algo de empaque, bastante instruído para su época, un poco corto de alcances, para hablar en plata; entre paréntesis, estaba atacado de epilepsia... También esta es una enfermedad de señorón, una dolencia de personas de sangre

azul... Y gracias á que no eran fuertes sus ataques; de ordinario terminaban por sueño y abatimiento. Era un hombre excelente, de amable trato, con cierto aire de seriedad: siempre me he representado en la imaginación con esos rasgos al *tsar* Miguel Fedorovitch.

Transcurría toda su existencia en la rígida observancia de las ceremonias y costumbres antiguas, en la más estricta conformidad con las costumbres de la vieja Rusia ortodoxa, de la «Santa Rusia». Levantarse y acostarse, tomar sus refacciones, ir al baño, divertirse ó enfadarse (por supuesto, tan raro era lo uno como lo otro), fumar en pipa y jugar á los naipes (¡dos grandes novedades!), todo esto lo hacía, no según su manera propia, no según su capricho personal, sino conforme á la enseñanza y la tradición de los antepasados, es decir, con peso y medida.

Era de elevada estatura y buenas carnes; tenía esa voz dulce y un tanto gutural que se observa á menudo en los rusos piadosos; no tenían pero su ropa blanca y de vestir; gastaba corbata blanca, levitón de color de tabaco, pero de todas maneras revelábase siempre en él la nobleza de sangre, y á nadie se le hubiera ocurrido tomarle por hijo de un clérigo ni de un mercachifle.

En todas las circunstancias posibles é imaginables sabía con exactitud lo que se debe hacer, lo que se debe decir y en qué términos conviene decirlo; sabía cuándo se deben tomar medicinas y qué potingues hay que tomar; sabía en qué agüeros felices ó malos se debe creer, y los distinguía de aquellos á los cuales no se tiene que otorgar importancia...; en una palabra, sabía todo lo que conviene...

«Nuestros padres—decía—lo han previsto y ordenado todo; no nos empeñemos en obrar á nuestro antojo... Y sobre todo, ¡que el santo temor de Dios no nos abandone jamás ni un instante!»

Dicho sea entre nosotros, en aquella casa aburríase uno mortalmente; casa cuyas habitaciones tibias, lóbregas y sombrías, impregnadas de un indefinible olor á incienso y á comidas de vigilia, resonaban tan á menudo con la salmodia de los rezos nocturnos y otras ceremonias religiosas.

Habíase casado, no muy joven, con una pobre señorita de los contornos, antigua colegiala de un liceo *(instituta)*, criatura nerviosa y enclenque. Tocaba ella el piano bastante bien y hablaba el francés con acento del Instituto; era fácil de entusiasmarse, y aun con mayor facilidad se daba á la melancolía y al llanto. En dos palabras: carácter

versátil. Considerando truncada su vida, no podía amar á su marido, quien «naturalmente» no la comprendía. Pero, le estimaba... le aguantaba; y como era una mujer muy honesta y de un temperamento muy frío, en toda su vida ni siquiera una sola vez había puesto el pensamiento en otro «objeto». Agréguese que estaba absorta por completo en un principio por los cuidados de su propia salud, que en efecto era delicada; después, por los ataques de su marido, que le inspiraban algo así como un terror supersticioso; y á la postre, por su único hijo, Miguelito *(Micha)*, á quien educaba ella sola con extremado celo. Su marido la dejaba libre para ocuparse de Micha, pero con la expresa condición de no traspasar nunca y con ningún pretexto, los límites, prefijados de una vez para siempre, dentro de los cuales había de realizarse todo en su casa.

Vaya un ejemplo, entre otros muchos: por Navidades y Año Nuevo tenía Micha permiso para disfrazarse con los criaditos; mejor dicho, era una cosa que llegó á ser obligatoria... En el resto del año, ni pensarlo: ¡hubiera tenido que ver!

II

Me acuerdo de cuando Micha tenía trece años. Era un gentilísimo doncel de sonrosadas mejillas, labios carnositos (toda su persona era carnosilla y regordeta), ojos húmedos y casi á flor de la cara, pulcramente peinado y pulido, cariñoso, tímido—¡caramba, una verdadera señorita!—Una sola cosa me disgustaba en él: reíase muy poco, pero cuando se reía enseñaba desagradablemente una dentadura grande, blanca y afilada como la de un animal montaraz; su misma risa era un tanto áspera, salvaje, casi feroz, y por sus ojos cruzaban siniestros fulgores.

Su madre le elogiaba mucho por ser obediente y cortés, por no gustarle la sociedad con los pinches de cocina, y por estar casi siempre junto á las mujeres.

—Es muy hijo de su madre—decía el padre;—es un alfeñique, pero va á gusto á la iglesia, y eso me reconcilia con él.

Sin embargo, un vecino, un pobre hombre viejo, antiguo oficial de policía, hablando de Micha, dijo cierta vez delante de mí:

—Créanme Vds., será un revoltoso.

Recuerdo que este pronóstico me sorprendió mucho. Verdad es que, en su calidad de antiguo oficial de policía, en todas partes veía revoltosos.

Micha continuó siendo un muchacho modelo, hasta la época en

que se quedó sin padres, quienes fallecieron casi el mismo día. Era entonces de diez y ocho años de edad. Como habitaba yo constantemente en Moscu, en mucho tiempo no oí hablar de mi joven sobrino. Una persona que vivía en el mismo gobierno que Micha, llegó en una ocasión á Moscu, y me refirió que Micha había vendido los bienes de sus padres por un pedazo de pan; pero esa historia me pareció en extremo inverosímil. Pues bien; cátate que el día menos pensado, una mañana de otoño, precipítase en el patio delantero de mi casa una carretela tirada por dos magníficos trotones, con un orondo cochero en el pescante, y en aquella carretela, arropado en un capote de oficial, con un inmenso cuello de castor, cubierta la cabeza con un casquete á lo truhán... ¿qué es lo que veo? ¡Micha!

Al verme (estaba yo á la ventana en el salón, aturdido con aquella súbita manera de entrar), echóse á reir con su risa estridente, sacudió con ademán resuelto el cuello de su capote, saltó de la carretela y se precipitó corriendo dentro de casa.

—¡Micha! ¡Miguel Andreievitch! ¿Conque es V.?

—¡Tutéeme V., y llámeme Micha!—interrumpió.—Soy yo mismo, en persona, de carne y hueso. He venido á Moscu para ver á la gente... y para que me vean... Ya ve V. cómo vengo á darle los buenos días. ¡Qué trotones! ¿Eh?

Y volvió á echarse á reir.

Aunque habían transcurrido siete años desde la última vez que había visto á Micha, en seguida le conocí. Su rostro continuaba siendo joven y tan bonito como antes; ni siquiera le había salido el bigote. Pero los párpados inferiores estaban húmedos, y su aliento trascendía á aguardiente.

—¿Hace mucho que estás en Moscu?—le pregunté.—Yo te hacía ocupado en administrar tus bienes.

—¿Mis bienes? ¡Pues friolera es el tiempo que hace que los vendí! En cuanto murieron mis padres.—¡Dios los tenga en la gloria!—(Micha se santiguó con lentitud, sin el menor asomo de burlas). No tardé mucho. ¡En dos tiempos y tres movimientos, apañóse el negocio! ¡Ja, ja, ja! ¡Por supuesto, no fué caro! ¡Qué pillería! ¡Fuí á dar con un famoso tacaño...! Pero, ¡bah! ¿Eso qué importa? A lo menos, puedo vivir á mi capricho y dar gusto á los demás... Pero, ¿por qué me mira V. así? ¿Acaso se imagina V. que estaba hecho yo para darle vueltas al mismo torno toda la vida?... Mi buen amigo, mi querido tío, bríndeme V. con una copita...

Micha hablaba con una extraordinaria volubilidad, y al mismo

tiempo tenía el aire de un hombre medio dormido.

—Micha, ¿en qué piensas?—exclamé.—¡No tienes temor de Dios! Mira el estado en que te encuentras. ¡Y aún pides una copita...! ¡Vender unos dominios tan hermosos por un pedazo de pan!

—¿Temor de Dios?—replicó.—Siempre le he temido, y nunca le he olvidado. Pero, ¿sabe V.? Es tan bueno... Dios... ¡que me perdonará! Y yo también soy bueno..., jamás hice daño á una mosca... Y una copita es cosa buena, y no hace daño á nadie... ¿En qué estado me encuentro? Me hallo en un estado muy decente... Repare V.; voy á andar por encima de esta tabla, si le place, y me tendré derecho como una I... ¿O prefiere V. que le baile la *pliaska?*

—¡Déjame en paz! ¡No se trata de *pliaska!* Mejor fuera que te sentases.

—¡Bueno, me sentaré!... Pero, ¿no me dice V. nada de mis caballos? ¡Mírelos V. un poco! ¡Parecen leones! Por ahora los tengo alquilados, pero necesito que sean míos..., y el cochero también. Trae mucha más ventaja el tener caballos propios. Tenía dinero para comprarlos, pero lo he perdido al *faraón*... ¡Bah! Mañana me desquitaré. Bueno, tío; ¿y esa copita?

Mi asombro era más grande que nunca.

—Vaya, vamos, Micha...; á tu edad... no se trata de caballos ni de naipes... Se trata de ingresar en la Universidad ó al servicio del Estado.

Micha soltó el trapo á reir de nuevo; después se puso á silbar á más y mejor.

—Ya veo lo que pasa, tío; ahora está V. en una disposición melancólica. Volveré otra vez. Mientras tanto, oiga V.: vaya V. una de estas tardes al parque de los *Sokolniki*. He hecho levantar una tienda para mí. Tengo gitanas cantadoras...; pero que cantan... ¡hasta volverle á uno loco! Y encima de mi tienda hay una banderola, y en la banderola he hecho escribir con letras así de grandes: «Coro de gitanos de Poltef.» La banderola ondea como una culebra; las letras son doradas, para gusto de los que las lean. Todo el mundo está invitado. ¡Entra quien quiere! No se le niega á nadie. Esto ha armado un bulle-bulle en todo Moscu, ¡que ni yo le digo á V. más! Vamos, ¿irá V.?... Hay sobre todo una, una gitanilla..., un áspid. ¡Qué! Es negra como un par de botas, rabiosa como un perro, ¡y qué ojos!... ¡Verdaderos carbones hechos ascuas! ¡Nunca se sabe si va á besar ó á morder! ¿Vendrá V., tío? ¡Vaya, hasta más ver!

Me agarró de golpe y porrazo,

hizo sonar un tremendo beso en mi hombro, se lanzó al patio, y de un salto en la carretela, agitó el casquete sobre su cabeza y prorrumpió en un grito de guerra; el colosal cochero se volvió un poco para echarle una ojeada á través de sus barbazas; púsose en movimiento el tiro, y todo desapareció.

Al día siguiente, no sé cómo sucedió aquello, me encontré en los *Sokolniki;* en efecto, vi la barraca, la banderola, el rótulo. Los paños de la tienda estaban levantados: salía de allí una batahola, una barahunda, gruñidos... Enorme gentío la rodeaba. Sentados sobre una alfombra tendida en el suelo, unos gitanos, hombres y mujeres, cantaban, tocaban tamboriles; y en medio de ellos, con una guitarra en la mano, vestido con una blusa de seda roja y un ancho pantalón de terciopelo negro, girando como una peonza, decía Micha á grito pelado:

—¡Vamos, señores; tomaos la molestia de entrar! La representación comenzará sin un solo minuto de tardanza. ¡Habrá *champañ;* vamos, pecho—que salte el tapón deshecho—que vaya á dar en el techo—y que os haga buen provecho!

Por fortuna, no me había visto, y me escabullí á todo escape.

No me extenderé mucho, señores, hablando de la sorpresa que me produjo tal cambio. Pero, en fin; ¿cómo había hecho ese mozo pacífico y reservado, para caer de un tirón en tales excesos de crápula y embriaguez? ¿Existía en él esa locura desde la infancia, y se había manifestado en cuanto desapareció el yugo paterno? En cuanto al bulle-bulle, como él decía, que eso había armado en todo Moscu, no podían caber dudas de ningún linaje. ¡Cuidado si he visto vividores en mi vida! Pero aquí había algo más: una especie de frenesí, de desesperación, una verdadera rabia por destruirse á sí mismo.

III

Ese juego duró dos meses... Y cátate que, cuando menos pensaba, estando en una ventana de mi salón, como la primera vez, mirando al patio... ¿qué nuevo jeroglífico es ese?... Me veo entrar muy discretamente un fraile novicio, con su sombrero sin alas, echado á las cejas, los cabellos muy repeinados, partidos á derecha é izquierda, sus largos hábitos de estameña, su cinturón de cuero... ¿Si será Micha?... ¡No es posible...! Y, sin embargo, ¡él era!

Me precipité en la escalinata, diciéndole:

—¿Qué significa este disfraz?

—No es un disfraz, mi buen tío—me responde Micha con un profundo suspiro.—Me he comido hasta el último *copeck* de mis bienes, hase apoderado un gran remordimiento de mí, y he tomado la resolución de profesar en el monasterio de San Sergio para lavar mis pecados porque, en último extremo, ya no me queda otro asilo, ¿no es así? Y aquí me tiene V., mi querido tío; vengo á decirle adiós y á pedirle perdón, como el hijo pródigo...

Miré atentamente á Micha. Tenía la misma cara de siempre—que ha conservado invariable hasta el fin—los mismos ojos húmedos, cariñosos y lánguidos, las mismas manitas blancas... ¡y el mismo olor á aguardiente!

—¿Qué quieres que te diga?—le respondí por fin.—Haces bien, puesto que no tienes otra salida. Pero, ¿por qué hueles á aguardiente?

—Es un resto de la antigua levadura—exclamó con una brusca expresión de risa.

Pero se contuvo; y saludando muy bajo y muy recto ante mí, por el estilo de las mujeres, añadió:

—Hágame V. la caridad de alguna cosa para el camino... Voy á pié al convento.

—¿Cuándo partes?

—Hoy, en seguida.

—¿Por qué tanta premura?

—Mi querido tío, siempre tuve por divisa: ¡A escape! ¡A escape!

—Pero, ¿y ahora?...

Siempre lo mismo... Sólo que digo: ¡A escape *hacia el bien!*

Y Micha se marchó, dejándome sumido en reflexiones acerca de las vicisitudes de los humanos destinos.

Pero no tardó en recordarme su existencia.

Dos meses después de su visita recibí una carta suya, la primera de la serie que no había de escasearme en lo sucesivo. Y vean Vds. qué curiosidad: rara vez he visto una escritura más limpia que la de ese mozo destornillado. También su estilo era muy correcto, ligeramente pomposo.

En estas cartas, las eternas peticiones de socorros alternaban constantemente con las promesas de corregirse, con las palabras de honor y los juramentos. Todo aquello parecía muy sincero, y es muy posible que así fuese.

Su firma iba siempre acompañada de rasgos, puntos y ringorrangos muy historiados. Tenía marcada pasión por los signos admirativos.

En aquella primera carta, Micha me ponía al corriente de un «nuevo cambio de su destino». (Más tarde llamó á esos cambios «zambullidas»..., y se zambullía á menudo.)

Anunciábame en esa carta que se iba al Cáucaso, á «proteger con su pecho» al *tsar* y á la patria, en calidad de alférez de caballería. Cierta tía suya se interesó por su situación, y le envió una pequeña cantidad; pero me pedía que sin pérdida de momento le ayudase, no obstante, para su equipo. Accedí á sus ruegos, y durante dos años otra vez dejé de oir hablar de él.

Entre nosotros, dudaba muchísimo de que se hubiera marchado al Cáucaso. Pero era verdad, y lo supe más adelante: gracias á ciertas protecciones, había ingresado de alférez de caballería en el regimiento de T..., donde estuvo dos años. Contábanse de él una multitud de anécdotas, que me fueron comunicadas por oficiales de su regimiento.

IV

Supe acerca de él muchas cosas que no esperaba, ni aun por parte suya. Comprenderán Vds. que no me sorprendió que, como militar y desde el punto de vista del servicio, se mostrase muy mediano, ó, mejor dicho, inepto en absoluto para todo; lo que me pareció más inesperado fué que no diese pruebas de ninguna gran valentía: durante los combates, su rostro tomaba un aspecto mustio y flojo, una expresión de trastorno y de aburrimiento. Toda disciplina le molestaba y entristecía. No tratándose más que de *él solo,* su temeridad iba hasta la locura; no le hacía retroceder ninguna apuesta, por insensata que fuese; pero hacer daño á otro, matar, batirse, le era imposible, ya por bondad de corazón, ya tal vez por la educación entre algodones (como él decía) que había recibido. A cualquier hora, y no importa cómo, estaba pronto á destruirse á sí mismo; pero, ¡tocar á los demás, eso no!

—¡Ni el demonio que le entienda á este mozo!—decían sus camaradas hablando de él.—Es blando como un trapo viejo, y al mismo tiempo tiene una cabeza volcánica; es un verdadero temerario rabioso.

En lo sucesivo, más de una vez tuve ocasión de preguntarle qué mal espíritu le impulsaba á beber sin medida, á arriesgar su vida sin motivo, y á otras mil cosas así. Siempre tenía idéntica respuesta:

—Depende de la angustia.

—¿Qué angustia? ¿A propósito de qué?

—¿A propósito de qué? Es muy sencillo: se reconcentra uno dentro de sí mismo, se pone uno á pensar en la miseria, en la injusticia y en la Rusia... ¡eso es!, y acomete hondo pesar, y da ganas de saltarse la

tapa de los sesos, se pone uno á vivir á salga lo que saliere; ¡eso es más fuerte que uno mismo!

—¿Y qué tiene que ver con todo eso la Rusia?

—¡Ah! ¿En que quieres que uno piense...? Por eso no me gusta pensar, me da miedo.

—Mira; todo eso, tu angustia y lo demás, procede de la holganza.

—¿Y qué quiere V. que haga, mi buen tío, si nada sé hacer? Jugarme la vida á una carta—descargo ó doblo—y beber y luego vuelta á beber; ¡eso es cuanto sé! Pero enséñeme V. mismo lo que debo hacer, en qué puedo arriesgar mi vida, ¡y lo haré en seguida, al momento!

—Pero, ¿á propósito de qué arriesgar tu vida? Conténtate con vivir sencillamente.

—¡No puedo! Me echa V. en cara que obro sin discernimiento... ¿Qué quiere V. que yo le haga? En cuanto me pongo á reflexionar, ¡Dios sabe todo lo que se me pasa por la cabeza! Reflexionar... ¡es la tarea de los alemanes!

No había medio de razonar con él. Era un desesperado; eso es todo.

Entre las anécdotas de que hablaba yo poco ha, elegiré dos ó tres.

Un día, en una reunión de oficiales, Micha se puso á elogiar un sable *tcherkés*, que había recibido mediante un cambio.

—Es verdadero acero persa—decía.

Algunos oficiales lo pusieron en duda. Micha empezó á exaltarse.

—Oid—exclamó al fin.—Dicen que, en materia de sables, el más sutil inteligente es Abdul el Tuerto. Voy á ir en su busca, y le pediré su opinión.

—¿Qué Abdul?—dijeron sorprendidos los oficiales.—¿Abdul-Khan, el que vive en las montañas, el que no se ha sometido?

—El mismo.

—¡El! Te tomará por un espía, y te hará sepultar vivo, á menos que no te corte la cabeza con tu mismo sable. ¿Y cómo te las arreglarás para llegar hasta su presencia? Antes te acuchillarán.

—Todo lo que queráis, ¡pero iré!

—¡Apuesto á que no!

—¡Apuesto á que sí!

Sin esperar un minuto más, Micha hizo ensillar un caballo y partió.

Transcurrieron tres días. Todo el mundo estaba persuadido de que ese pobre desesperado había ido en busca de la muerte; cuando de pronto reapareció, no muy calamocano, con otro sable diferente del que llevó. Abrumáronle á preguntas.

—Todo ha ido como una seda—contestó.—Abdul es una buena persona. Verdad es que de buenas á

primeras mandó que me pusieran grillos en los piés, y se disponía á hacerme empalar. Pero le expliqué por qué había ido, y le enseñé mi sable. «No valgo la pena de que se me guarde en rehenes—le dije;—no cuentes con mi rescate; no tengo ni un *copeck,* ni tampoco familia.»

Abdul pareció un poco sorprendido, y me miró con su único ojo. ¿Entonces, *nrús* eres un *delibach* (1)? ¿Debo creerte? «Créeme—le respondí únicamente.» (Y, en efecto, Micha jamás mentía.) Abdul me examino de nuevo. —¿Sabes beber? —me dijo.—Sí, dame cuanto quieras, y me lo beberé todo.

Abdul pareció aún más sorprendido, y masculló el nombre de Alah. Ordenó á su hija—debía ser su hija una niña bastante bonita, pero con ojos de chacal—que me trajese una bota. Y comencé á manifestar lo que sabía hacer.

—Tu sable es falso—me dijo.—Toma, aquí tienes uno verdadero; llévatelo. Y ahora, somos hermanos.

—Señores, han perdido Vds. la apuesta. ¡A pagar tocan!

He aquí la segunda anécdota: Micha adoraba los naipes; pero como nunca tenía dinero y no pagaba las deudas de juego, nadie quería jugar con él. Un día se puso á incitar á uno de sus camaradas.

—¡Juega conmigo, te lo suplico; juguemos!

—Pero, si pierdes, no me pagarás.

—No te daré dinero, pero me pegaré un pistoletazo en la mano izquierda. Mira, con esta pistola.

—¿Y cuánto iré ganando yo con eso?

—No ganarás absolutamente nada, mas no dejará de ser curioso.

Esta conversación pasó en presencia de varios testigos, después de una pequeña francachela. ¿Pensó el oficial que, en efecto, aquello sería curioso? Sea lo que fuere, el hecho es que aceptó. Trajeron barajas, y comenzóse la partida. Micha estaba de vena; ganó cien rublos.

De pronto, su adversario se golpeó la frente, exclamando:

—¡Qué imbécil soy! ¡Con qué anzuelo me he dejado pescar! ¡Si hubieras perdido, en tu vida te hubieses pegado un pistoletazo; no serías tan bruto!

—¡Ah! ¿Eso crees?—replicó Micha.—Bien, he ganado; no obstante, vas á verlo.

Agarró la pístola, y... ¡paf! La disparó contra su mano izquierda, atravesándosela de un balazo. Ocho días después, ni siquiera la señal.

(1) Pronunciación turca de las palabras *Rus* (Ruso) y *bachi-bozuk* (calavera, tronera, perdido).

Otra vez, seguía Micha con sus camaradas durante la noche un camino al borde de un precipicio estrecho como una grieta, y cuyo fondo no se veía.

—Reparad—dijo uno de los oficiales.—Por más que Micha se las echa de desesperado, no saltará ahí dentro.

—¡Saltaré!

—¡No, no saltarás! Ese agujero puede tener... ¿quién sabe? Sesenta piés de profundidad, y puede uno desnucarse.

El amigo sabía muy bien por donde cogerle: por el amor propio. En Micha estaba muy desarrollado este sentimiento.

—Saltaré á despecho de todo. ¿Qué te apuestas? ¡Diez rublos!

—¡Van apostados!

Apenas acabó de pronunciar estas palabras el oficial, cuando Micha se arrojó al precipicio. Oyósele rodar, arrastrando tras sí los guijarros. Todo el mundo quedóse petrificado. Transcurrió un buen rato; luego se oyó la voz de Micha, que parecía salir de debajo de tierra.

—¡No me he roto nada! He caído sobre arena. Pero ha sido largo. Me debes diez rublos.

—¡Sube!—le gritaron sus camaradas.

—¡Sí, sube!—respondió Micha.—¡Habláis de eso fácilmente! ¡Id en busca de cuerdas y linternas! Mientras tanto, para no aburrirme, echadme una calabaza...

Micha estuvo cinco horas en el fondo del precipicio. Cuando lo sacaron de allí, vieron que tenía dislocado un hombro. Pero no se le dió un ardite. Al siguiente día, un albéitar, que era también curandero, le puso el hombro en su sitio, y se quedó como si nada le hubiese ocurrido.

En general, su salud era de una solidez sorprendente, inaudita. Ya he dicho á Vds. que hasta la muerte conservó su rostro una frescura casi infantil. Nunca estuvo enfermo, á pesar de las privaciones que había sufrido. Con lo que cualquiera otro hubiera caído gravemente enfermo si no se hubiera muerto, Micha se sacudía sencillamente como un pato en el agua, y prosperaba más que nunca.

Una vez, también en el Cáucaso—convengo en que esta anécdota parece poco creíble; pero á lo menos indica de qué se le creía capaz á Micha—estando borracho se dejó caer con el tronco y las piernas dentro de un arroyo, con la cabeza y los brazos en la orilla. Era en invierno, helaba de firme; cuando á la mañana siguiente lo encontraron, las piernas y el vientre no se le veían ya sino á través de una capa de hielo que se había formado durante la noche. Pues bien; ¡ni siquiera tuvo un romadizo!

Otra vez—ya no era en el Cáucaso, sino en Rusia, cerca de Orel, y también durante una gran helada—encontróse en un figón, extramuros de la ciudad, en compañía de siete jóvenes seminaristas. Aquellos jóvenes festejaban su examen de reválida, y habían invitado á Micha en calidad de hombre «que tenía alientos», como se decía entonces. Las libaciones fueron extremadamente copiosas, y cuando la alegre compañía disponíase á regresar, Micha estaba borracho como una cuba. Los seminaristas no tenían más vehículos que trineos de respaldo muy alto, tirados por tres caballos. ¿Dónde colocar aquel cuerpo inerte?

Entonces uno de los jóvenes, inspirándose en uno de sus recuerdos clásicos, propuso atar á Micha por los piés á la trasera de un trineo, como Héctor al carro de Aquiles. Aprobóse la proposición..., y puesto Micha con los piés en el aire y la cabeza en la nieve, ya volando por encima de las hondonadas, ya deslizándose de costado sobre las pendientes oblicuas, recorrió de espaldas las dos *verstas* que separaban el mesón de la ciudad, y no sólo no se acatarró, sino que ni siquiera hizo un gesto. He aquí cual era la constitución con que la naturaleza le había favorecido.

V

A su regreso del Cáusaso, reapareció en Moscu con vestimenta *tcherkesa,* la canana de cartuchos en bandolera, puñal al cinto y alto gorro de pieles á la cabeza. Llevó este traje hasta el fin de su vida, aunque ya no estaba en el servicio militar: habíanle obligado á presentar la dimisión por faltar á la lista. Iba de vez en cuando á verme, y me pedía prestado un poco de dinero... Entonces comenzaron sus zambullidas, el pasar por diversas pruebas, ó, como él decía, por «los siete Simeones», sus escabullidas y sus retornos repentinos; entonces empezó el diluvio de sus caligráficas dirigidas á todas las personas imaginables, desde el metropolitano hasta los maestros de equitación y las profesoras en partos. Pero debe advertirse una cosa, y es: que en sus visitas no era obsequioso ni importuno; antes al contrario, se presentaba muy correctamente, con maneras francas y agradables, aun cuando á todas partes le seguía un inveterado olor á aguardiente, y su uniforme oriental se transformaba poco á poco en harapos.

—Si me da V. alguna cosa, Dios le recompensará, aunque no merez-

ca la pena—decía con sonrisa franca y ruborizándose abiertamente;—si no me da V. nada, tendrá razón por completo, y no me ofenderé lo más mínimo. Saldré como pueda de mi apuro, á pesar de todo. ¡Dios proveerá! ¡No faltan gentes más pobres que yo, y más dignas de socorro!

Micha tenía buen éxito, particularmente con las mujeres, teniendo maña para excitar su compasión. No vayan Vds. á figurarse que era ni creía ser un Lovelace... ¡Oh! No; en esa materia era muy modesto. Tal vez había heredado el temperamento tranquilo de sus padres, quizá fuera también eso una de las manifestaciones de su deseo de no perjudicar á nadie; «porque—decía—cortejar á una mujer, es injuriarla, y nunca me lo permitiría yo». Sea como fuere, su conducta con el bello sexo era verdaderamente delicada. Las mujeres dábanse cuenta de ello, y le otorgaban con el mayor gusto simpatías y socorros; hasta que sus desórdenes, su afán por la bebida y su desesperación—no encuentro otra palabra—acabaron por desalentarlas.

Confieso que desde otros puntos de vista había perdido en absoluto la delicadeza, llegando á los últimos límites del rebajamiento. Una vez, en el club de la nobleza de T..., llegó al extremo de poner encima de la mesa una hucha con este letrero:

«Toda persona que quiera tener el gusto de dar un capirotazo en la nariz á Poltef, hidalgo linajudo (adjuntos van los documentos auténticos), podrá satisfacer ese capricho, echando previamente un rublo en este cepillo.»

Asegúrase que hubo aficionados á dar un capirotazo en la nariz á un noble. Debo añadir que un aficionado que echó un solo rublo y dió dos capirotazos, en poco estuvo que no le estrangulara Micha, quien le hizo en seguida que le pidiera perdón á viva fuerza. Debo agregar también que Micha distribuyó entre otros pobres diablos la mayor parte del dinero así obtenido... Pero, á pesar de todo, ¡qué chifladura!

En el curso de sus viajes á través de «los siete Simeones», fué á ver un día su antiguo nido, que había vendido por una miserable suma á cierto «hombre de negocios», un usurero muy conocido como tal.

Allí estaba el hombre de negocios; informado de la presencia del antiguo propietario, trocado en vagabundo, mandó que no le dejasen entrar en la casa, y en caso necesario que le echaran fuera á empellones.

Micha declaró que no quería entrar en una casa ensuciada por la presencia de un pillastre; que en

cuanto á echarle á empujones, á nadie se lo consentiría; y, por último, que iba á visitar las cenizas de sus antepasados en el cementerio de la iglesia.

Reuniósele en el camposanto un pobre hombre viejo. Era su antiguo criado, á quien el hombre de negocios había despedido y privado de su salario en especie, y á quien dió asilo un labriego en una especie de establo. Micha había manejado sus bienes durante tan poco tiempo, que apenas guardaba nadie recuerdo alguno de él. Sin embargo, aquel viejo sirviente, así que supo la llegada de su antiguo señorito, no pudo contenerse; corrió al cementerio, y hallando á Micha sentado en el suelo, entre las lápidas de las sepulturas, pidió besarle la mano en memoria de otros tiempos, y se puso á llorar á lágrima viva, viendo los andrajos que cubrían el cuerpo antaño tan pulcro del señorito.

Micha miró al viejo largo rato sin desplegar los labios. Al fin dijo:

—¡Timoteo!

Timoteo se estremeció.

—¿Qué manda V.?

—¿Tienes una pala?

—Puede hallarse. Pero señor Miguel Andreievitch, ¿qué se propone V. hacer con una pala?

—Timoteo, quiero labrar aquí mi sepultura, y echarme en ella hasta la eternidad entre mis antepasados, pues en el mundo entero ya no me queda sino este pequeño sitio. Tráeme una pala.

—En seguida—dijo Timoteo.

Echó á correr, y volvió. Micha se puso al instante á ahondar. Timoteo estaba junto á él con la barba en la mano, y repetía:

—Sí, *barin*, para nosotros dos; ya no nos queda más que esto.

Y Micha ahondaba, ahondaba sin cesar, diciendo á intervalos:

—No merece la pena de vivir, ¿no es verdad, Timoteo?

—No merece la pena, *barin*, padrecito.

La fosa comenzaba ya á ser bastante profunda. Unos campesinos que repararon en la ocupación de Micha, corrieron á informar al nuevo amo.

Al pronto, el hombre de negocios se puso hecho una furia, y habló de ir en busca de la policía.

—Es una profanación—exclamaba. Pero sin duda reflexionó que habérselas con ese loco no sería cosa cómoda, y que quizá produjese un decidióse á ir él mismo al cementerio, y acercándose á Micha, que seguía en su trajín, le saludó cortésmente. Micha continuó su tarea, sin dar señales de advertir la presencia de su sucesor.

—Miguel Andreievitch—dijo el hombre de negocios—permítame V. preguntarle qué hace ahí.

—Ya lo ve V.; abrir mi sepultura.

—Pues... ¿y por qué?

—Porque no tengo ganas de vivir ya más tiempo.

—¿No tiene V. ganas de vivir?

Micha le lanzó una mirada amenazadora.

—¿Eso le extraña á V.? ¡Pues bien sabedor es que V. es la causa de todo!... Sí, V... ¡Sí, tú, tú... Judas, que te valiste de que yo era un niño para despojarme! ¡Tú, que matas de hambre á tus aldeanos! ¡Tú, que has quitado el pan de cada día á este pobre viejo achacoso! ¡Sí, tú eres!... ¡Oh gran Dios! ¡Por todas partes la injusticia, por todas partes la opresión y el crimen! Pues bien; ¡todo perezca, y con todo yo! ¡No quiero vivir ya, no quiero vivir más en esta Rusia!

Y la pala de Micha trabajaba cada vez con mayor ahinco.

—¿Qué diablo significa esto?—pensaba el hombre de negocios.—¡Parece que quiere enterrarse de veras!...

—Miguel Andreievitch—replicó—escuche, debo excusarme ante V.; ha habido una mala inteligencia. (Micha cavaba). Pero, ¿por qué tal desesperación? (Micha cavaba á más y mejor, y echaba la tierra á los piés del nuevo dueño. como si le dijese: «Toma, eso para ti, comedor de tierras»). Le aseguro que no está V. puesto en razón. Mejor sería que entrara en mi casa, si quiere, para que tomase una pequeña colación, y para que V. descanse.

Micha levantó la cabeza.

—¡Ahora bien cantas, pero mal entonas! Y, dime: ¿habrá algo de beber?

—¿Cómo? ¡Ya lo creo!—respondió encantado el hombre de negocios.

—¿E invitarás á Timoteo?

—¿Y por qué no? ¡Con seguridad!

Micha reflexionó un instante.

—Sólo te advierto... que tú eres quien me ha dejado en cueros vivos, ya lo sabes... No te pienses que despacharás con una botella sola.

—Tranquilícese V.; las habrá á discreción.

Enderezóse Micha y tiró la pala.

—Vamos, mi buen Timoteo—dijo á su antiguo criado—hagamos honor al dueño. Ven.

—Voy—respondió el viejo.

Y los tres se encaminaron á la casa.

El patrón sabía con quien trataba. Verdad es que Micha comenzó por hacerle dar su palabra de que otorgaría todo linaje de moratorias y alivios de censos á sus colonos; pero una hora después el mismo Micha y Timoteo, muy disparados ambos, entregábanse á una *galop* sin freno en aquella misma estancia

donde parecía vagar la devota sombra de Poltef padre; y otra hora más tarde, Micha, sumido en un sueño de muerte (resistía muy mal el aguardiente), fué puesto, en unión de su gorro y su puñal, dentro de una *telega* que le llevó á la ciudad inmediata, distante unas veinticinco *verstas*. Dejáronlo al pié de una empalizada. En cuanto á Timoteo, que estaba algo hiposo, pero aún se tenía en pié, lo echaron «á empellones» á fuera. Lo que hubo proyecto de hacer con el señor, hízose á lo menos con el sirviente.

VI

Transcurrió otro poco de tiempo sin que oyese yo hablar de Micha... ¡Dios sabe dónde andaría metido! Mas hete aquí que cierto día, en una parada de postas de la carretera de T..., sentado delante de un *samovar* y en espera de caballos, oigo una voz cascajosa que salía de debajo de la ventana y decía en francés:

—Señor..., caballero..., tenga V. compasión de un pobre hidalgo arruinado.

Levanto la cabeza, ¡qué veo, gran Dios!... un gorro sin pelo, una túnica *tcherkesa* en jirones, de donde pendían algunos restos de canana, un puñal dentro de su vaina rota, un rostro abotagado y enrojecido, cabellos en desorden y abundantes aún... ¡Era Micha! ¡Había llegado hasta á pedir limosna en las carreteras!

Di un grito involuntario. Me conoció, estremecióse, se volvió é hizo ademán de alejarse de la ventana. Le detuve... Pero, ¿qué iba á decirle? ¿Iba á ponerme á recitarle un capítulo de moral?

Sin decirle una palabra, le alargué un asignado de cinco rublos; sin hablar él tampoco, cogió el billete—con su mano siempre blanca y regordeta, pero temblona y sucia—y desapareció tras el ángulo de la casa.

Hiciéronse esperar los caballos; tuve tiempo de hacer tristes reflexiones acerca de aquel inesperado encuentro con Micha. Concluí por echarme en cara el haberle dejado partir con tamaña indiferencia. Al cabo me puse otra vez en camino. No había andado más que una media *versta*, cuando noté ante mí un grupo de gentes que se movían de un modo extraño, con una especie de paso regular y acompasado. Llegué á donde estaba el grupo, ¿y qué es lo que veo? Una docena de mendigos, alforjas al hombro, que iban de dos en dos cantando y saltando, y á su cabeza Micha, que

bailaba también y cantaba el estribillo.

Cuando mi carretela llegó junto á ellos, me vió y dijo en seguida á gritos:

—¡Hurra! ¡Alto! ¡De frente! ¡La guardia de honor de las carreteras!

Los mendigos, obedientes á su voz de mando, se detuvieron; y él, con su sonrisa habitual, subiéndose al estribo del coche, gritó de nuevo:

—¡Hurra!

—¿Qué es esto?—le pregunté aturdido.

—¿Esto? Es mi ejército; está compuesto de mendigos, gentes á la buena de Dios, amigos míos. Gracias á V., cada uno de ellos se ha zampado su traguete; y ahora, ya lo ve V., ¡nos divertimos, nos alegramos!... Créame V., mi buen tío, le aseguro que sólo se puede vivir en la tierra con los mendigos, con los pobres de solemnidad.

Nada le respondí... Pero, en aquel momento, ¡tenía un aire tan bueno! Una expresión de candor infantil rejuvenecía su rostro... Bruscamente, me pareció ver claro en mi interior, y sentí conmoverse mi alma.

—Siéntate junto á mí en el coche—le dije.

Hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Yo, en el coche?

—Siéntate, sientate—repetí.—Tengo que hacerte una proposición. Siéntate, iremos juntos.

—¡Ya que V. se empeña!

Tomó asiento, y dirigiéndose á los mendigos, añadió:

—Y vosotros, mis buenos amigos, mis respetables camaradas: ¡Adiós, hasta la vista!

Se quitó el gorro y les hizo un profundo saludo. Los mendigos estaban petrificados de sorpresa. Hice señas al cochero para que arrease á los caballos, y el coche rodó otra vez.

He aquí lo que quería proponer á Micha. Se me había ocurrido de pronto la idea de llevármelo conmigo á mi casa de campo, distante treinta *verstas* de allí, y salvarle, ó por lo menos tratar de salvarle.

—Oye, Micha, ¿quieres vivir conmigo?... Tendrás todo lo necesario para vivir; se te harán vestidos, ropa blanca; se te equipará decentemente; tendrás dinero para tabaco y tus gustos, pero con una sola condición, y es que no beberás aguardiente. ¿Aceptas?

Regocijóse tanto Micha, que parecía un hombre espantado: se enarcaron sus ojos, se puso como la púrpura su cara, y echándose de pronto sobre mi hombro, comenzó á besarme, repitiendo con voz entrecortada:

—Mi buen tío... mi bienhechor... que ¡Dios se lo pague!

Acabó por deshacerse en lágrimas; y quitándose el gorro, valióse de él para enjugarse los ojos, la nariz y los labios.

—Atiende—le dije—fijáte bien en la condición que te impongo: que no bebas aguardiente.

—¡Maldito sea!—exclamó agitando ambas manos en el aire; y ese transporte me hizo oler mejor los vapores de aguardiente que exhalaba por todas partes.—¡Ah, mi pobre y querido tío, si supiera V. cuál ha sido mi vida! La angustia, el duro destino es la causa de todo... Pero, ahora, ¡lo juro, sí, lo juro! me corregiré... ¡Ya lo verá V.!... Jamás he mentido, mi buen tío, pregúnteselo á quien guste...; soy un hombre honrado, pero no he tenido suerte; nadie ha sentido ternura hacia mí, nadie...

Al llegar á este punto, perdióse su voz entre sollozos. Me esforcé por consolarle y lo conseguí, pues cuando nos detuvimos delante de mi casa, Micha hacía largo rato que iba durmiendo con un sueño de plomo y con la cabeza encima de mis rodillas.

VII

Arregláronle en seguida su aposento; pero, ante todo se le mandó al baño, cosa absolutamente necesaria. Se echaron á la basura todos sus vestidos, incluso el puñal, el gorro y las agujereadas botas; se le proveyó de ropa blanca, zapatillas y un traje mío, que le iba como un guante, según suele suceder á todos los pobres diablos. Cuando se puso á la mesa, lavado, limpio, fresco cual una rosa, tenía un aire tan tierno, alegre y reconocido, que yo también me enternecí y me alegré... Su rostro estaba enteramente transformado... Caras como la suya se ven en los niños de doce años por Pascuas, después de la comunión, cuando atusados, con sus vestidos nuevos y sus cuellos almidonados, van á dar á sus padres el beso de Pascua florida.

Micha se palpaba constantemente con precaución y con un aspecto indeciso, repitiendo:

—¿Qué significa esto? ¡Debo estar en el cielo!

Por aquella época vivían conmigo una anciana tía y su sobrina. A las dos las contrarió el saber la llegada de Micha; no se explicaban cómo podía recibirle yo en mi casa. El hecho es que tenía una reputación detestable. Pero, por una parte, habíame asegurado de que siempre había sido de una conducta irreprensible con las damas; y además, contaba con su promesa de corregirse. En efecto, durante los

dos primeros días, no sólo correspondió á mis esperanzas, sino que las excedió; y mis buenas señoras estaban lo que se dice encantadas. Jugaba á los cientos con la anciana tía, la ayudaba á devanar las madejas, y hasta la enseñó dos nuevos solitarios de naipes; en cuanto á la sobrina, que poseía un poquillo de voz, acompañábala al piano, y la recitaba versos rusos y franceses; refería á ambas señoras anécdotas graciosas, pero decentes; en una palabra, tenía con ellas todas las menudas atenciones imaginables, tanto, que más de una vez me manifestaron su asombro, y hasta añadió la vieja:

—¡Véase qué injustas son las gentes!... ¿Qué no habrán dicho contra él, tan dulce y tan cortés?... ¡Pobre Micha!

Verdad es que en la mesa el «pobre Micha», siempre que echaba un vistazo á la botella, se relamía los labios de gusto, con pena... Pero no tenía más que amenazarle con el dedo, y en seguida alzaba los ojos al techo, se ponía la mano en el corazón, y decía:

—¡Lo he jurado! ¡Lo que es ahora estoy regenerado!

—¡Dios lo quiera!—me decía yo para mi coleto.

Aquella regeneración no duró largo tiempo.

Durante los dos primeros días estuvo muy hablador y alegre. Pero al tercero habíase puesto sordina, sin cesar, no obstante, de permanecer junto á las damas y de entretenerlas. Una expresión, medio de tristeza, medio meditabunda, extendíase por su rostro, que se había puesto pálido y algo enflaquecido.

—¿Estás indispuesto? Me parece... —le pregunté.

—Sí—me respondió—me duele un poco la cabeza.

Al cuarto día se quedó completamente silencioso; pasó casi todo el tiempo sentado en un rincón, con la cabeza inclinada como un pobre huérfano, y su aire abatido infundió lástima á las dos señoras, quienes á su vez procuraron distraerle. En la mesa no comió nada, mirando el plato y haciendo bolitas de miga de pan con los dedos.

Al quinto día, la conmiseración que habían experimentado las damas se convirtió en un sentimiento de desconfianza y aun de miedo. Micha se volvía montaraz. Huía de la sociedad, caminaba á lo largo de las paredes, deslizándose furtivamente, y se volvía de pronto, como si alguien le hubiera llamado. ¿Qué había sido del sonrosado color de sus mejillas? Su rostro parecía embadurnado de tierra.

—¿Continúas indispuesto?—le pregunté.

—No, estoy bueno—respondió con voz saltona.

—¿Te aburres?

—¿Por qué me había de aburrir?

Al decir esto se volvió para evitar mis miradas.

—¿Acaso te ha vuelto la angustia?

Nada respondió á esta pregunta. Pasó un día en la misma situación. Al siguiente precipitóse en mi gabinete mi tía; estaba con una agitación extremada, y me declaró que si Micha permanecía allí, abandonarían la casa ella y su sobrina.

—¿Y por qué?

—¡Si creerás que estamos á gusto con él!... Eso no es hombre, es un lobo, un verdadero lobo. ¡Anda sin parar, no dice palabra y mira con aire tan feroz! Ya sabes lo nerviosa que es mi pequeña Katia... Se interesó muchísimo por él el primer día... He tenido mucho miedo por ella, y por mí también.

No supe qué responder á mi tía. Sin embargo, no podía expulsar á Micha, habiéndole yo mismo invitado á que viniese.

El fué quien me sacó de aquella posición falsa.

Aquel día—aún no había yo salido de mi gabinete—oigo de pronto detrás de mi una voz sorda é irritada:

—¡Nicolás Nicolaitch! ¡Eh, Nicolás Nicolaitch!

Me vuelvo: en el marco de la puerta estaba Micha, con una cara terrible, como negra, desfigurada.

—¡Nicolás Nicolaitch!—repitió. (Ya no me llamaba su buen tío.)

—¿Qué quieres?

—Déjame partir... ¡en seguida!

—¿Qué dices?

—Déjame partir, de lo contrario causaré una catástrofe: pondré fuego á la casa, ó mataré á alguien.—Un súbito escalofrío estremeció á Micha.—Haga V. que me devuelvan mis efectos, deme V. una *telega* para conducirme hasta la carretera y entrégueme un poco de dinero, tan poco como V. quiera darme.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Estás descontento de alguno?—comencé.

—¡Yo no puedo vivir así!—interrumpió, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.—¡Yo no puedo vivir en vuestra satánica casa de señores! ¡Me dá asco, me da vergüenza vivir tan tranquilamente! ¿Cómo pueden Vds. aguantar esto?

—En otros términos—interrumpí á mi vez—quieres significar que no puedes vivir sin beber...

—¡Pues bien, sí! ¡Pues bien, sí! —vociferó.—¡Solamente déjame ir otra vez en busca de mis hermanos, mis buenos amigos, los pobres de pedir limosna! ¡Al diablo vuestra asquerosa raza noble, vuestra raza bien educada!

Ganas me entraron de recordarle sus juramentos; pero su aire frenético, su voz desgarrada, el temblor convulsivo de sus miembros hacían un efecto tan terrible que me apresuré á desembarazarme de él. Le expliqué que iban á devolvérsele sus efectos y á subirle á una *telega;* y sacando de mi caja un billete de veinticinco rublos, lo puse en la mesa. Micha venía ya hacia mí con aire amenazador; pero de pronto se detuvo, enrojeciósele el rostro y se contrajo bruscamente, se golpeó el pecho, brotaron lágrimas de sus ojos y balbuceó:

—Tío mío... ángel... ¡Soy un perdido!... ¡Gracias! ¡Gracias!

Cogió luego el billete y echó á correr.

Una hora después hallábase ya en la *telega*, otra vez vestido de *tcherkés,* y de nuevo sonrosado y alegre; cuando arrancó el carruaje, exhaló un grito de alegría, se quitó el gorro, y agitándole por encima de la cabeza nos hizo saludo tras de saludo. Un momento antes de partir, me había estrechado larga y enérgicamente contra su pecho, diciendo:

—¡Mi bienhechor... bienhechor mío... no se me puede salvar!

Había acudido junto á las damas, besándolas cien veces las manos, de rodillas ante ellas, implorando á Dios misericordioso y pidiéndolas perdón. Cuando todo hubo concluido, encontré á Katia bañada en llanto.

El cochero á quien había yo confiado Micha, me contó á su regreso que le había conducido hasta el primer ventorrillo de la carretera y que no había tenido medio de sacarlo de allí. Micha había convidado en montón á todos los presentes y no tardó en perder el conocimiento.

Desde entonces, ya no volví á encontrar á mi sobrino. He aquí cómo supe los detalles de su fin.

VIII

Tres años más tarde, hallábame de nuevo en el campo. Entra un criado y me dice que una señora Poltef pide verme. Yo no conocía á ninguna señora Poltef; y además, al decirme esto el sirviente, tenía una sonrisita sarcástica. A una mirada interrogativa mía, añadió que la señora que por mí preguntaba era joven, pobremente vestida y que había venido en un carro de campesino tirado por un solo caballo, conducido por ella misma.

Mandé decir á la señora Poltef que se dignase pasar á verme á mi gabinete.

Era una mujer de unos veinticin-

cos años, vestida á lo artesana, con un gran pañuelo de hierbas en la cabeza. Tenía un semblante vulgar, carirredondo pero no desagradable, los ojos bajos, un poco triste la mirada y timidez en los movimientos.

—¿Es V. la señora Poltef?—la dije, señalándola una silla.

—Sí, señor—contestó ella con voz dulce, pero sin sentarse.—Soy la viuda del sobrino de V., Miguel Andreievitch Poltef.

—¿Miguel ha muerto? ¿Hace mucho tiempo? Pero, siéntese V.; se lo suplico.

Dejóse caer sobre la silla.

—Pronto hará dos meses.

—¿Hace mucho que se había V. casado con él?

—Hemos vivido juntos un año.

—Y ahora, ¿de dónde viene V.?

—De los alrededores de Tula... Hay un pueblecito que se llama Znamenskoié-Gluchkovo; acaso lo conozca V. Soy la hija del sacristán. Allí hemos vivido juntos... Habitaba en casa de mi padre. Eso ha durado un año.

La joven se llevó la mano al rostro, temblaron ligeramente sus labios, veíase que tenía ganas de llorar; pero logró contenerse y sólo tosió un poco.

—Antes de morir mi pobre Miguel Andreievitch—continuó ella—me dió el encargo de venir á ver á V. «Es absolutamente preciso que vayas»—me dijo.—Y me ordenó que diese á V. las gracias por toda su buena voluntad, y que le entregase... tome V... esta cosita (y sacó del bolsillo un paquetito) que nunca le abandonó... Y Miguel Andreievitch dijo:—Dígnese V. aceptarlo como recuerdo, que no despreciara V. su corto obsequio... «No tengo otra cosa que ofrecerle» dijo.

El paquete contenía una tacita de plata, marcada con la cifra de la madre de Micha. Habíala yo visto á menudo en manos de éste, quien, hablando un día de cierto pobre diablo, me dijo:

—Es verdaderamente pobre, pues no tiene taza ni platillo; y á mí, por lo menos, aún me queda ésta. Di las gracias á la mujer, aceptando la taza, y la pregunté:

—¿De qué enfermedad ha muerto? Sin duda, será de...

Me mordí los labios... pero la joven comprendió mi reticencia. Me dirigió una rápida mirada; después bajó los ojos, y me dijo con triste sonrisa:

—¡Oh, no; había renunciado á eso desde el día en que me conoció! ... ¡Pero, qué salud tenía! Una salud perdida por completo. En cuanto cesó de beber, apoderóse de él la enfermedad... ¡Se había vuelto tan arregladito! Siempre quería ayudar á mi padre en los quehace-

res de la casa ó del jardín, ó en cualquier trabajo, á pesar de ser noble de nacimiento. Pero, ¿dónde adquirir la fuerza necesaria? También quiso ocuparse en escribir—ya sabe V. que era una cosa que conocía muy bien,—pero le temblaba la mano y no podía sostener la pluma como conviene... Siempre estaba reprendiéndose á sí mismo, y decía: «Tengo las manos blancas, manos de holgazán; nunca he hecho bien á nadie, jamás he ayudado á nadie, ¡nunca he trabajado!» Esto es lo que le consumía. Y decía: «Nuestro pueblo se atarea; y nosotros, ¿qué hacemos? ¡Ah, Nicolás Nicolaitch era bueno, y me quería... y yo!...» ¡Ah, dispénseme V.!

La joven se deshizo en llanto. Tenía deseos de consolarla; ¿pero, cómo? Al fin, la pregunté:

—¿No tiene V. ningún hijo?

Suspiró ella, contestándome:

—¿Hijo? ¡Oh! No.

IX

Y corrieron sus lágrimas con mayor abundancia.

He aquí cómo terminaron las contrariedades de Micha—concluyó el anciano P...—¿No tenía yo razón para llamarlo «un desesperado?» Pero, señores, convendrán Vds. también, sin duda, en que no se parecía á los de hoy; aunque un filósofo quizá pudiera encontrar algunos rasgos de parentesco entre él y ellos. De una y otra parte, la misma sed de su propia destrucción, la misma angustia, el mismo descontento de todo... Pero, en cuanto á saber de qué procede esto, dejaré que ese mismo filósofo resuelva la cuestión.

Iván Turguenef.

CAVALLERÍA RUSTICANA [1]

(HIDALGUÍA MONTARAZ)

Cuando Turiddu Macca, el hijo de la señá Nuncia, volvió de ser soldado, todos los domingos se pavoneaba en la plaza con el uniforme de cazadores y la gorrita cuartelera roja, parecida á la del hombre de la buenaventura cuando pone sobre la banqueta la jaula de los canarios. Las muchachas se lo disputaban con los ojos mientras iban á misa con las narices metidas dentro del manto, y los granujillas rondaban en torno suyo como moscas. También había llevado una pipa con el rey á caballo, que parecía vivo; y encendía los fósforos en la parte de atrás de los pantalones, alzando la pierna cual si diese una patada. Mas, con todo y con eso, Lola, la hija del mesonero Angel, no se había dejado ver en misa ni en los porches, pues habíase casado con uno de Licodia, el cual era carretero y tenía en la cuadra cuatro mulas de Sortino. Tan pronto como lo supo Turiddu, ¡bendito sea el demonio!, quiso echarle fuera las tripas, quiso sacárselas á aquel de Licodia; pero no hizo nada y se desahogó yendo á cantar todos los cantares que sabía de desprecio bajo la ventana de la bella.

—Pero, ¿no tiene nada que hacer Turiddu, el hijo de la señá Nuncia —decían los vecinos— que se pasa las noches cantando como un pájaro solitario?

Al cabo se encontró casualmente con Lola, que volvía del *viaje* á Nuestra Señora del Peligro; y al verle, no se puso pálida ni encendida, como si nada hubiera tenido que ver con él.

—¡Benditos los ojos que te ven! —la dijo.

(1) El presente cuento, del ilustre novelista italiano J. Verga, ha servido de argumento al drama y á la ópera del mismo titulo.

—¡Oh! Compadre Turiddu, ya me dijeron que habías vuelto á primero de mes.

—¡También á mí me han dicho otra cosa! — respondió él.—¿Con que es verdad que te has casado con el compadre Alfio, el carretero?

—¡Tal ha sido la voluntad de Dios!—contestó Lola, apretándose por debajo de la barba las dos puntas del pañuelo.

—¡La voluntad de Dios la hacéis vosotras, con el tira y afloja según os tiene cuenta! ¡La voluntad de Dios fué que había yo de volver desde tan lejos para encontrar estas buenas noticias, señá Lola!

El pobrecillo aún trataba de hacerse el valiente, pero se le había puesto ronca la voz; y andaba tras de la muchacha tambaleándose, á compás de la borlita de la gorra cuartelera que bailaba de un hombro al otro. En honor de la verdad, dábale á ella mucha lástima el verle con la cara tan larga, pero no tenía ánimos para halagarle con buenas palabras.

—Oye, compadre Turiddu—le dijo al fin—déjame reunirme con mis compañeras. ¿Qué dirían en el país, si me viesen contigo?...

—Es justo—respondió Turiddu—ahora que estás casada con el compadre Alfio, que tiene dos pares de mulas en la cuadra, es preciso no dar qué decir á la gente. En cambio, mi pobrecita madre tuvo que vender nuestra mula baya y aquella miaja de viña junto al pasadizo, por el tiempo en que fuí soldado. Pasó aquel tiempo en que Berta hilaba, y ya no te acuerdas de cuando hablábamos por la ventana del corral y me regalaste aquel pañuelo, antes de irme; que bien sabe Dios cuántas lágrimas he llorado por dentro al marcharme lejos, tan lejos que se perdía el nombre de nuestro país. Ahora, adiós, señá Lola; hagamos cuenta que hay tiros y es preciso salvarse, y nuestra amistad ha concluido.

La señá Lola se casó con el carretero; y los domingos poníase al balcón, con las manos sobre el vientre, para dejar ver los gruesos anillos de oro que la había regalado su marido. Turiddu seguía pasando y repasando por la callejuela, con la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, con aire de indiferencia y mirando á las mozas; mas por dentro se reconcomía de que el marido de Lola tuviera todo aquel oro, y de que ella fingiese no reparar en él cuando pasaba.

—¡Voy á jugársela ante sus mismos ojos á esa perra!—balbuceaba.

Frente al compadre Alfio vivía el tío Colás, el viñador, el cual decían que era rico como un cerdo, y tenía una hija en casa. Tanto habló y tanto hizo Turiddu, que logró en-

trar á sus anchas en casa del tío Colás, y comenzó á frecuentarla y á decir palabritas dulces á la chica.

—¿Por qué no vas á decirle á la señá Lola estas cosas tan bonitas?—respondía Santa.

—La señá Lola es una señorona. La señá Lola está ahora casada con un rey de corona.

—Yo no merezco el rey de corona.

—Vales tú por cien Lolas; y conozco yo á uno que no miraría á la señá Lola ni al santo de su nombre donde tú estés; porque la señá Lola no es digna de llevarte los zapatos, no es digna.

—Cuando la zorra no pudo alcanzar á las uvas...

—Dijo: «¡Qué hermoso eres, *racimito* mío!»

—¡Eh, quietitas las manos, compadre Turiddu!

—¡Qué! ¿Tienes miedo de que te coma?

—Yo no le tengo miedo ni á ti ni á Dios.

—¡Ah! Tu madre era de Licodia, ya lo sabemos. ¡Tenéis más mala sangre! ¡Ajajay, te tragaría con los ojos!

—Pues cómeme con los ojos, que por eso no quedarán migajas. Pero entre tanto, échate encima aquel brazado de sarmientos.

—Por ti me echara yo á cuestas toda la casa. ¡Vaya si me echaría encima!

Ella, por no ponerse encarnada, le tiró un leño que tenía á mano y por milagro no le dió.

—Expliquémonos, que las charlas no hacen fagotes de sarmientos.

—Si yo fuese rico, me buscaría una mujercita como tú, señá Santa.

—Yo no me casaré con un rey de corona, como la señá Lola; pero tengo mi dote, para cuando el Señor me mande alguien.

—¡Ya lo sabemos que eres rica, ya lo sabemos!

—Pues entonces, si lo sabes, explícate ya y despacha; que padre está para venir, y no quisiera que me encontrase en el corral.

El padre empezaba á torcer el morro, pero la chica fingía no advertirlo; porque la borlita de la gorra cuartelera del cazador le había hecho cosquillas en el corazón, y le bailaba siempre delante de los ojos. Como el padre plantó en la puerta á Turiddu, la hija le abrió la ventana; y se estaba charla que te charlarás con él toda la noche, que el vecindario entero no hablaba de otra cosa.

—Estoy loco por ti—decía Turiddu—y pierdo el sueño y el apetito.

—Conversación.

—Quisiera ser hijo de Víctor Manuel para casarme contigo.

—Palabrería.

—¡Por la Virgen, que te comería como el pan!

—Charla.

—¡Ah, por mi honor!

—¡Ah, madre mía!

Lola, que todas las noches escuchaba escondida detrás de un tiesto de albahaca, poníase pálida y roja, hasta que una vez llamó á Turiddu.

—Conque, compadre Turiddu, ¿ya no se saludan los antiguos amigos?

—¡Ay!—suspiró el joven.—¡Feliz quien pueda saludarte!

—Pues si tienes ganas de saludarme, ya sabes cuándo estoy en casa—respondió Lola.

Turiddu volvió á saludarla tan á menudo, que reparó en ello Santa, y le dió con la ventana en los hocicos. Cuando pasaba el cazador, los vecinos le señalaban con una sonrisa ó con un movimiento de cabeza. El marido de Lola se había marchado á las ferias con sus mulas.

—El domingo quiero ir á confesarme, que esta noche he soñado con uvas negras—dijo Lola.

—¡Déjalo estar, espérate!—suplicaba Turiddu.

—No; ahora que se acerca la Pascua, mi marido querría saber por qué no he ido á confesarme.

—¡Ah!—murmuraba Santa, la del tío Colás, aguardando de rodillas su turno ante el confesonario, donde Lola estaba desembuchando sus pecados.—¡Por mi alma, no quiero mandarte á Roma por la penitencia!

El compadre Alfio volvió con sus mulas, cargado de dineros, y trajo de regalo á su mujer un hermoso vestido nuevo para los días de fiesta.

—¡Razón tienes para traerla regalos—le dijo la vecina Santa—porque mientras estás fuera, tu mujer te adorna la casa!

El compadre Alfio era de esos carreteros que llevan la gorra sobre la oreja, y al oir hablar de tal modo acerca de su mujer, cambió de color como si le hubiesen apuñalado.

—¡Demonios coronados!—exclamó.—¡Si no has visto bien, no voy á dejarte ojos para llorar, ni á ti, ni á toda tu parentela!

—¡No acostumbro á llorar!—respondió Santa.—Ni siquiera he llorado cuando con estos ojos he visto á Turiddu, el de la señá Nuncia, entrar de noche en casa de tu mujer.

—Que te conserves buena, y tantas gracias—contestó el compadre Alfio.

Tan pronto como regresó el aldeano, Turiddu dejó de frecuentar de día la callejuela, y para no dar recelos pasaba el día en la taberna con los amigos; la víspera de Pascua tenían en la mesa un plato de salchicha. Como entrase el compadre Alfio, sólo en la manera que tuvo de clavarle éste los ojos com-

prendió Turiddu que había venido para aquel asunto, y dejó el tenedor en el plato.

—¿Tenías algún recado que darme, compadre Alfio?—le dijo.

—No tengo ninguno, compadre Turiddu; es que hace tiempo que no te veía, y quiero hablar contigo de lo que sabes.

Turiddu le había presentado al principio la copa, mas el compadre Alfio la rechazó con la mano. Entonces se levantó Turiddu, y le dijo:

—Aquí estoy, compadre Alfio.

El carretero le echó los brazos al cuello.

—Si mañana quieres venir á las chumberas de Canziria, podremos hablar de aquel asunto, compadre.

—Espérame en la encrucijada al despuntar el sol, y nos iremos juntos.

Con estas palabras diéronse el beso de desafío. Turiddu apretó entre los dientes la oreja del carretero, y prometióle así solemnemente no faltar á la cita.

Los amigos habían dejado á la chita callando la salchicha, y acompañaron á Turiddu hasta casa. La pobrecita señá Nuncia le esperaba hasta muy tarde todas las noches.

— Mamá — dijo Turiddu — ¿se acuerda de cuando me fuí soldado, que creía no volver más á verme? Pues déme un buen beso como entonces, porque mañana por la mañanita me iré muy lejos.

Antes de ser de día agarró la navaja de muelles, que tenía escondida debajo del heno desde cuando cayó quinto, y se puso en camino para las chumberas de Canziria.

—¡Oh! ¡Jesús, María y José! ¿A dónde vas con tanta furia?—gimoteaba Lola con sobresalto, mientras su marido disponíase á salir.

—Voy aquí cerca—respondió el compadre Alfio—pero mejor sería para ti que ya no volviese más.

Lola, en camisa, rezaba al pié de la cama y estrechaba contra la boca el rosario que le había traído de los Santos Lugares fray Bernardino, y recitaba todas las ave marías que cabían en él.

—Compadre Alfio—comenzó Turiddu, después de andar un trozo de camino junto á su acompañante, el cual iba callado y con la gorra echada sobre los ojos.—Es tanta verdad como Dios; sé que he hecho mal y me dejaría matar. Pero antes de venir aquí he visto á mi vieja, que se había levantado para verme partir, con el pretexto de arreglar el gallinero, como si se lo diese el corazón; y como hay Dios, te mataré como un perro para no hacer llorar á mi viejecita.

—Así va bueno — respondió el compadre Alfio, quitándose el cha-

leco — y pincharemos los dos de firme.

Entrambos tiraban bien la navaja; á Turiddu le tocó el primer tajo, pero tuvo tiempo de pararlo con el brazo; al devolverlo, lo devolvió bueno y tiró un viaje á la ingle.

—¡Ah, compadre Turiddu, propiamente parece que tienes intención de matarme!

—Sí, ya te lo he dicho; ahora que he visto á mi vieja en el gallinero, me parece tenerla siempre delante de los ojos.

—¡Anda, pues abre bien los ojos —le gritó el compadre Alfio— que voy á darte una buena!

Como estaba en guardia todo encogido para apretarse con la mano izquierda la herida, que le dolía, y casi rozaba el suelo con el codo, cogió rápidamente un puñado de tierra y lo arrojó á los ojos de su adversario.

—¡Ah—rugió Turiddu cegado— muerto soy!

Trataba de salvarse dando desesperados saltos hacia atrás; pero el compadre Alfio le alcanzó con otra puñalada en el estómago y un tajo en el cuello.

—¡Y van tres! Esta es por la casa que me has adornado. Ahora dejará tu madre quietas á las gallinas.

Turiddu dió unos pasos vacilantes acá y allá por entre los nopales, y al fin desplomóse como una peña. Brotábale la sangre con espumoso gorgoteo por el cuello, y ni siquiera pudo decir claro:

—¡Ah, madre mía!

G. Verga.

PIERROT

La señora Lefèvre era una señora de pueblo, una viuda, una de esas semialdeanas con cintajos y sombreretes, una de esas personas que hablan á chillidos, aparentan en público modales grandiosos y ocultan un alma de bruto con pretensiones entre exterioridades cómicas y pintureras, lo mismo que disimulan sus amorcilladas manos rojas con guantes de seda cruda.

Tenía por sirviente á una honrada campesina sencillota, llamada Rosa.

Ambas mujeres habitaban en una casita con persianas verdes, á lo largo de un camino, en Normandía, en el centro del país de Caux.

Como delante de la casa tenían un jardinito, cultivaban algunas hortalizas.

Pues bien, una noche les robaron una docena de cebollas.

En cuanto Rosa notó el hurto, corrió á decírselo á la señora, quien bajó en refajo. Aquello fué un desconsuelo, un horror. ¡Habían robado, y robado á la señora Lefèvre! De modo que habiendo ladrones en la comarca podían volver.

Y despavoridas las dos mujeres, contemplaban las huellas de los pasos, charlaban, suponían cosas como estas: «Calla, por aquí pasaron. Pusieron los piés sobre la tapia; de allí saltaron.»

Y les amedrentaba lo por venir. ¡Cómo dormirían tranquilas en adelante!

Difundióse el rumor del robo. Llegaron los vecinos, comprobaron el hecho, discutieron á su vez; y las dos mujeres explicaban á cada recién llegado sus observaciones y sus ideas.

Un arrendatario de al lado las dió este consejo: «Debieran Vds. tener un perro.»

Eso era verdad; debían tener pe-

rro, aunque sólo fuese para dar la alarma. Pero nada de perros grandes, señor. ¿Qué iban á hacer con un perrazo? ¡Las arruinaría en comida! Pero un can pequeño (en Normandia pronuncian *quen),* un chisgarabís de *quen* pequeño que ladre, eso ya es harina de otro costal.

En cuanto se fué todo el mundo, la señora Lefèvre discutió largo tiempo aquella idea del perro. Después de reflexionar y de mil objeciones, quedábase aterrada por la imagen de un cuenco lleno de pitanza; porque pertenecía á esa raza cicatera de señoras de pueblo que siempre llevan centimitos sueltos en el bolsillo para dar lismona ostensiblemente á los pobres de los caminos y echar en el cepillo durante el petitorio de la misa los domingos.

Rosa, á quien gustaban los animales, dió sus razones y las defendió con astucia. Así, pues, quedó resuelto que tendrían perro, pero un perrito muy chiquirritín.

Pusiéronse á buscarlo, pero no se encontraban sino perros grandes, de esos que engullen una barbaridad de sopa que mete miedo. El tendero de comestibles de Rollevil-le tenía uno, y era pequeño; pero exigía que le pagasen dos francos, para cubrir gastos de crianza. La señora Lefèvre declaró que quería mantener un *quen,* pero no comprarlo.

Pues bien; el panadero, que sabía los sucesos acaecidos, trajo una mañana en su carrito un extraño animalejo, todo amarillo, sin patas casi, con un cuerpo de cocodrilo, una cabeza de zorra y una cola en forma de trompeta, un verdadero penacho, tan grande como el resto del individuo. Un cliente quería deshacerse de él. La señora Lefèvre encontró muy bonito ese inmundo gozquecillo, que no le costaba un cuarto. Rosa le besó, y preguntó después cómo se llamaba. Y respondió el panadero: «Pierrot.»

Quedó instalado en una antigua caja de jabón. Ante todo le ofrecieron agua para que bebiese: bebió. En seguida le presentaron un cuscurrito de pan; comió. Intranquila con esto la señora Lefèvre, ocurriósele una idea: «Cuando se acostumbre bien á la casa, le daremos suelta; encontrará qué comer rondando por la comarca.»

En efecto, dejáronle libre; lo cual no impidió que estuviese hambriento. Además no ladraba sino para reclamar su pitanza; pero, en este caso, ladraba desesperado.

Todo el mundo podía entrar en el jardín. Pierrot se presentaba á hacer fiestas á cada recién venido, pero permanecía mudo por completo.

Sin embargo, la señora Lefèvre

se había acostumbrado á aquel animalito. Llegó hasta á quererle y darle de vez en cuando por su mano bocadillos de pan untados en la salsa de su guisado.

Pero ni se le ocurrió pensar en el impuesto, y cuando le pidieron ocho francos (¡ocho francos, señora!) por ese busquillo de *quen* que ni siquiera ladraba, á poco se desmaya del pasmo.

Inmediatamente se decidió que había que deshacerse de Pierrot. Nadie lo quiso. En diez leguas á la redonda, lo rechazaron todos los habitantes. Entonces, á falta de otro recurso, quedó resuelto que se le haría «morder arcilla».

«Morder arcilla» es lo mismo que «comer greda». Se hace morder arcilla á todos los perros á los cuales se abandona.

En medio de una vasta llanura hay una especie de choza, ó más bien un tejadillo de bálago puesto sobre el suelo; es la entrada de la marguera. Un gran pozo vertical penetra hasta veinte metros por bajo de tierra, y de él arranca una serie de largas galerías de mina.

A esa cantera se desciende una vez al año, por la época en que se echa arcilla en las tierras. Todo el resto del tiempo sirve de cementerio á los perros condenados al abandono; y á menudo, cuando se pasa por junto á la bocamina, suben desde el fondo quejumbrosos aullidos, ladridos furibundos ó desesperados, lamentos que piden socorro.

Los perros de los cazadores y de los pastores huyen despavoridos de la proximidad de aquel gemebundo agujero; y al inclinarse por encima de él, sale de allí un apestosísimo hedor de podredumbre.

Horribles dramas desarróllanse allá entre tinieblas.

Cuando un animal agoniza, después de llevar diez ó doce días en el fondo alimentándose con los inmundos restos de sus predecesores, precipitan de pronto un nuevo animal, más grande ó más vigoroso de seguro. Allí están, solos, hambrientos, con los ojos brillantes. Se espían, se siguen y vacilan ansiosos. Pero aprémiales el hambre; se atacan, luchan encarnizados mucho tiempo; y el más fuerte se come al más débil, lo devora vivo.

Cuando se decidió que Pierrot iría á «morder arcilla», diéronse á buscar un ejecutor de la sentencia. El caminero que rastrillaba la carretera pidió diez sueldos por la caminata. Esto le pareció fabulosamente caro á la señora Lefèvre. Un vecino galopo se contentaba con cinco sueldos; aún era esto mucho.

Y habiendo hecho observar Rosa que era preferible llevarlo ellas mismas, pues así no sería maltratado en el camino ni advertido de su

suerte, concertaron ir ambas al anochecer.

Aquella tarde le dieran una sopa buena, con un dedito de manteca. Se la tragó hasta la última gota; y como meneaba de gusto la cola, lo envolvió Rosa en su delantal.

Iban á través de la llanura á paso largo, como merodeadoras. Bien pronto vieron la marguera y llegaron. La señora Lefèvre se inclinó para escuchar si gemía algún animalito. No; no había ninguno; Pierrot estaría solo. Entonces Rosa le besó llorando, luego lo lanzó por el agujero, y se asomaron ambas con el oído avizor.

Primero oyeron un ruido sordo; después la queja aguda y desgarradora de un animal herido; luego una serie de gritos de dolor, y al fin desesperados llamamientos, súplicas de perro que imploraba, levantando la cabeza hacia la abertura del pozo.

—¡Oh, ladraba! ¡Cómo ladraba!

Apoderáronse de ellas el remordimiento, el espanto, un miedo loco é inexplicable, y echaron á correr huyendo. Y como Rosa iba más de prisa, la señora Lefèvre gritaba:

—¡Espérame, Rosa, espérame!

Aquella noche tuvieron horribles pesadillas.

La señora Lefèvre soñó que se sentaba á la mesa para comer la sopa; y al destapar la sopera, Pierrot estaba dentro. Daba un salto y la mordía en la nariz.

Despertóse y creyó oirle todavía ladrar. Escuchó: se había engañado.

Durmióse de nuevo y se encontró en una gran carretera, un camino interminable por donde iba ella. De repente vió en el camino una cesta abandonada, una cesta grande, de arrendatario; y aquel cestón le dió miedo.

Sin embargo, acabó por abrirle; y Pierrot, que estaba agazapado dentro, la cogió la mano y no la soltaba; y ella echó á correr enloquecida, llevando así suspenso del extremo del brazo al perro, con las mandíbulas cerradas haciendo presa.

Al amanecer se levantó como loca, y corrió á la marguera.

¡Ladraba, aún ladraba, había ladrado toda la noche!

Se puso á sollozar y á llamarle con muchas palabritas cariñosas. Respondió con todas las más tiernas inflexiones de su voz de perro.

Entonces ella quiso volver á verlo, prometiéndose hacerlo feliz hasta la muerte.

Corrió á casa del pocero encargado de extraer la greda, y le refirió el caso. El hombre escuchaba sin decir nada. Cuando acabó de hablar, la dijo:

—¿Quiere V. su *quen?* Pues déme V. cuatro francos.

Sintió ella un sobresalto y todo su dolor disiparse al momento.

—¡Cuatro francos! ¡Es cosa de morirse! ¡Cuatro francos!

Y respondió él:

—¿Cree V. que voy á llevar las cuerdas y el torno de manubrio, y montar todo eso, y marcharme allá abajo con mi chico y hacer que me muerda su maldito *quen*, sólo por el gusto de devolvérselo á V.? ¡No haberlo tirado!

Marchóse ella indignada: «¡Vaya!... ¡Cuatro francos!»

En seguida que regresó á casa, llamó á Rosa y la dijo las pretensiones del pocero. Rosa, resignada siempre, repetía:

—¡Cuatro francos! ¡Eso es mucho dinero, señora!

Después añadió:

—¡Si echásemos de comer á ese pobre *quen*, para que no se muera así!

La señora Lefèvre lo aprobó gozosa; y al punto partieron, llevando un zoquete de pan con manteca.

Cortáronlo á bocados y los tiraron uno tras otro, hablando por turno á Pierrot. Así que el perro concluía con un pedazo, ladraba para reclamar el siguiente.

Volvieron por la tarde, luego al otro día después, y por fin todos los días; pero ya no hacían más que un viaje diario.

Pues bien, una mañana, en el momento de dejar caer el primer bocado, oyeron de pronto un ladrido formidable dentro del pozo. ¡Eran dos! Habían precipitado otro perro, ¡un perrazo muy grande!

Rosa gritó: «¡Pierrot!» Y Pierrot ladró, ladró. Entonces se pusieron á echarle el alimento; pero cada vez notaban perfectamente un empellón terrible y luego quejidos lastimeros de Pierrot mordido por su compañero, quien todo se lo comía por ser él más fuerte.

Cuidaban ellas mucho de especificar:

—¡Esto es para ti, Pierrot!

Pero era evidente que á Pierrot no le tocaba nada.

Las dos mujeres mirábanse desconcertadas. Y la señora Lefèvre pronunció estas palabras con acritud:

—Pues yo no puedo mantener á todos los perros que tiren allá dentro. Hay que renunciar á ello.

Y sofocada por la idea de todos esos perros viviendo á sus expensas, marchóse de allí, no sin llevarse consigo el resto del pan, comiéndoselo mientras andaba.

Rosa la siguió, enjugándose los ojos con la punta de su delantal azul.

UN SALÓN EN EL MES DE DICIEMBRE

Empezaban las reuniones; algunas personas habían anunciado de nuevo su día de recepción; pero los corrillos no estaban completos, porque los maridos grandes propietarios toman por pretexto sus plantíos y sus labores agrícolas para conservar á sus jóvenes esposas el mayor tiempo posible lejos de los placeres de la ciudad; sin contar con que á los más ricos les gusta librarse de la costumbre de los aguinaldos, especie de impuesto cobrado al amor propio de los avaros como al de los pródigos, y del cual sólo pueden libertar el alejamiento y la soledad.

El azote de los aguinaldos comienza á dejarse sentir hacia el 20 de Diciembre, primero por una vaga inquietud con motivo de los objetos que deben de agradar á los obsequiados, después por la desesperación de no poder acomodar nunca el objeto elegido al importe de lo que se puede ó se quiere gastar en él.

Nada iguala á la ambición de las personas que reciben aguinaldos, sobre todo la de las mujeres. ¡Cuántas veces han acogido con desdeñosa zumba el presente, cuyo valor, disfrazado con olas de bombones, reducía á la mitad la pensión del joven donante, produciéndole á éste un acreedor más! ¡Qué de amistades enfriadas y relaciones rotas por no haber respondido á los aguinaldos que se esperaban de nosotros! Estas especies de rencores tienen el carácter y la constancia de las pasiones reconcentradas: ninguna efusión dulcifica su amargura. En tales casos, ¿cómo quejarse de la avaricia de un amigo sin confesar la propia? Hay, pues, que devorar la pena y guardarse mucho de darla á comprender enseñando con aire irónico el mezquino aguinaldo inferior á lo que se esperaba:

falta que se comete con excesiva frecuencia y de la cual sacan partido los maliciosos para burlarse igualmente de la parsimonia del obsequiante y del despecho del obsequiado.

Las caricias de los niños y el esmero de los sirvientes domésticos ya están en razón directa de los aguinaldos que esperan recibir de sus padres y de sus amos.

Los joyeros jabonan ya las alhajas viejas para venderlas como nuevas á todos los extranjeros y provincianos, quienes serían mal recibidos á su regreso, si el envío de algunos vestidos, sombreros ó joyas, pasados de moda, no los recomendasen á la ternura de sus respectivas familias.

¡Qué meses de esperanzas y ansiedades para las grisetas y mujeres de la vida galante! A cuántos ensimismamientos profundos y distracciones involuntarias les da margen esta importante pregunta íntima:

—¿Qué me regalará?

¡Qué de medios ingeniosos imaginados por ellas para estimular la prodigalidad de sus amantes! Una elogia, con aspecto de desinterés, la delicada manera cómo el príncipe T*** envió el año anterior, por aquella época, á su querida, una sencilla cesta de naranjas... pero cada una de las cuales iba envuelta en un billete de mil francos... ¡Qué exquisita galantería!

Otra, más difícil en asuntos de delicadeza, ofenderíase vivamente al ver billetes de Banco; pero disfrazados estos billetes en forma de joyas de moda, en muebles de taracea, en objetos de gran valía, encuentran gracia ante sus ojos. Lo que ambas aparentan apreciar sobre todo es la *atención* ó la *intención* del obsequiante; sólo que la atención no es delicada, ni la intención conmovedora, sino cuando han costado mucho dinero.

Si este mes tiene sus cargas, también tiene sus provechos; el servicio de cada cosa se hace con más exactitud, las cartas no se pierden ni los periódicos se extravían, las tarjetas de visita se mandan á su destino, y los inquilinos no tocan ya veinte veces con el llamador de la puerta cochera antes de que los porteros tiren del cordón para abrírsela. La acomodadora de palcos no hace esperar los abrigos, el cochero se embriaga menos, el cocinero deja quieta el asa de la cesta, el criado es atento, la doncella ya no refunfuña; los niños no lloran sino con algún motivo real, y las niñeras no les golpean; la vida es, por lo general, más fácil; todo el mundo cumple con su deber; todos los cortesanos ocupan sus puestos, esperando figurar en la lista de las

mercedes; los salones de los ministros están llenos de gentes, los gobiernos hallan menos opositores, los mismos reyes se ven menos hostigados.

Pero, ¡qué de desengaños, susceptibilidades y hasta enemigas nacen de este mes engañador! ¡Cuántas caras contraídas y falsas palabras de agradecimiento, sin contar con las mentiras conyugales y las generosidades sin agradecer!

Porque en el antiguo sistema de los *aguinaldos* vemos varias especies.

En primer lugar el *aguinaldo por deber,* que se da y recibe como si fuese un pagaré á plazo fijo, es decir, de muy mal humor por una parte, y sin gratitud alguna por la otra.

Viene después el *aguinaldo impuesto,* el cual hay que satisfacer so pena de ser servido el último, ó ni siquiera serlo, cuando coméis en casa de los amigos.

Sigue el *aguinaldo de azar,* que consiste simplemente en dar este año á los nuevos amigos los regalillos que el año anterior se recibieron de los amigos antiguos: es lo más socorrido para los economistas vanidosos.

El *aguinaldo fraudulento,* que pasa siempre por haberlo comprado la persona que lo recibe, ó por ser envío de una tía anciana cuyas rentas de tres años no bastarían para pagar el aguinaldo engañador.

El *aguinaldo menguante,* que revela las fases del sentimiento y sus revoluciones previstas por los astrónomos del corazón, en que el amor se convierte en amistad, la amistad en costumbre y la costumbre en indiferencia. Esta clase de aguinaldos suelen comenzar por algunos ricos talismanes, cuyo lujo debe ser, ante todo, inútil; y concluyen siempre por un cartucho de dulces.

El *aguinaldo intrigante,* que abre los despachos de los ministerios, los palcos en las funciones en que hay un lleno completo, y el camarín de la mujer bonita que tiene prohibido abrir la puerta.

Tenemos también el *aguinaldo negocio,* el más ingenioso de todos, inventado por los herederos, los solicitantes y las mujeres interesadas. Este no se halla al alcance de todo el mundo, pues no se trata sólo de dar poco para conseguir mucho, sino que es necesario tanto discernimiento como astucia para escoger el regalo y los medios de hacer que produzca.

¿Pretende V. un destino que dependa de un ministro? Pues hágase V. presentar en casa de la casada ó soltera á quien el personaje va á visitar en secreto; estudie V. el capricho que á éste se le ha olvidado sa-

tisfacer, envíe su ofrenda anónima, y bien pronto será adivinado por ella y colocado por él.

¿Depende vuestra suerte de un íntegro administrador, cuya mujer sea honrada? No temáis arruinaros en juguetes para sus niños: es una colocación de fondos más segura que en papel de la Deuda pública de España.

¿Queréis aseguraros la herencia de algún pariente viejo? Observad sus manías, tratad de descubrir el mueble, libro ó manjar delicado que no compra por avaricia; regalad un reloj al chiquitín de su ama de gobierno y haced que obtenga una pensión vitalicia del viejo, para que el chiquillo no os birle toda la herencia. He aquí el *aguinaldo negocio*, con toda su diplomacia. En cuanto al cálculo de la mujer que fuerza ó excita la generosidad de sus amigos por medio de amigos de gran valía, eso entra en la esfera de las especulaciones vulgares.

El invierno pasado contábase en un salón la historia de un aguinaldo tardío, la cual pudiera titularse *Viajes de Alejandro Magno;* era un pequeño camafeo antiguo admirable y que representaba la hermosa cabeza del vencedor en Arbelas.

La señora Dercourt, á quien designaremos con este apellido para ocultar mejor el suyo, está casada con un rico banquero, enamorado de sus riquezas tanto como debiera estarlo de su mujer; esto hace que su mujer ame á sus riquezas más que á él; y además de ellas, á un joven elegante para quien ella es lo de más interés en este mundo después de los caballos, de los trajes, de las armas, del café de París, de los bastidores de la Opera y del Jockey-Club.

¿Cómo no comprometerse para conservar un amor tan exclusivo? ¿Pueden escatimarse los pasos imprudentes, los sacrificios continuos, cuando se trata de animar ó reanimar al egoista á quien se adora?

Después de haber satisfecho todas las clásicas exigencias de un amante joven y fatuo, la señora Dercourt veíase reducida á expiar sus caprichos, mísera condición en que la mujer se pregunta: «¿Qué deseará?» ¡Ay! Sólo en objetos fútiles era en lo que había de encontrar ya la señora Dercourt un medio de colmar los deseos del hechicero Agenor.

Como el verdadero modelo del *perfecto elegante,* Agenor no tenía ideas ni gustos propios; la moda es lo que sólo le imponía pensamientos, actos, manías y antipatías. Al ver llegar la moda de lo antiguo, de lo gótico y del *rococó,* se había hecho á toda prisa una colección compuesta de arcones descantillados, sillas de refectorio, porcelanas

chinas restauradas, colgaduras ahumadas, relojes desmontados, jarros descabalados, vidrieras rajadas, tapices con grandes personajes cuyas nariz y barba apolilladas presentaban á la vista caras monstruosas; porque la manía por las cosas no da el gusto de ellas, y sólo el gusto sabe elegirlas y emplearlas bien. Por eso, el nuevo homenaje rendido por Agenor á la moda del día, no hizo más que amontonar en su habitación un mobiliario feo, sucio y molesto.

Mejor guiado por la imitación exacta de los prototipos de la *fashion*, Agenor iba vestido con esa hipócrita sencillez que, con colores oscuros y una corbata negra, disfraza el lujo en el vestir y la finura de la ropa de hilo; un reloj de Bréguet, suspenso de una cadena de platino, era la única alhaja que llevaba; pues no se había dejado conquistar por lo llamativo de las botonaduras de rubíes, esmeraldas, ópalos, etc., tan gratos á los actores, los peluqueros y los viajantes de comercio.

Una sola cosa era su mayor capricho. En el bosque de Boulogne encontraba á menudo á caballo al joven duque de M***: su ancha corbata negra, cuyas puntas cruzábanse en el pecho, iba sujeta por un camafeo antiguo, de notable hermosura. Este modo de aplicar un objeto de arte y de subido precio al más sencillo vestir al desgaire, parecióle á Agenor el supremo buen gusto. Corrió á casa de todos los vendedores de curiosidades, joyeros artísticos y anticuarios, para proporcionarse un camafeo análogo al del duque de M***. Los vió bellísimos, pero cuya antigüedad era muy dudosa; y todos aquellos cuya perfección hacía creer en su origen griego, eran de un precio exagerado en demasía según su parecer.

Después de regresar del campo, la señora Dercourt preparaba la habitual sorpresa que había de despertar á Agenor el primero de año. Era una miniatura, una especie de *retrato-mosca*, por su pequeñez, gracia y hermoso colorido; era una de esas obras maestras de parecido, esplendor y perfección, cuya excelencia imponderable revelaba los pinceles de Mad. de Mirbel.

El puño de un bastón, el broche de una cartera, un medallón, un alfiler montado; todo podía servir de escondite á ese retratito. Ya iba la señora Dercourt á encargar el medallón que debía ocultarlo, cuando por un amigo de Agenor supo el motivo de las múltiples caminatas que á diario hacía á los comercios de curiosidades. Desde ese momento pesaba sobre su corazón la idea más humillante, y se dijo: «Un camafeo es lo que desea, y no mi retrato.»

Y llenáronse de lágrimas sus ojos... Luego, arrepintiéndose de tal sospecha, se la echó á sí misma en cara como una calumnia; mas para mayor seguridad, decidióse á ocultar el inesperado retrato bajo el camafeo apetecido.

Conocía uno admirable, último tesoro de la viuda de un general que estuvo en la guerra de Italia. El pago de las deudas contraídas durante la enfermedad del difunto, fué lo único que logró resolver á la viuda á desprenderse de aquella hermosa cabeza de Alejandro, conquista y regalo de Bonaparte; pero la ofrecieron la suma que debía, y lo cedió. Y el joyero más discreto y hábil vióse encargado bien pronto de inventar un resorte imperceptible para esconder el más bonito rostro moderno debajo de las nobles facciones del héroe antiguo.

El aguinaldo fué recibido con los mayores transportes de alegría; y, merced á la ingeniosa combinación, la señora Dercourt pudo creer que su retrato era la única causa de tanta gratitud.

Sin embargo, apenas transcurrieron ocho días, la señora Dercourt ya no vió más al alcahuete camafeo en el pecho de Agenor; manifestó su extrañeza por ello.

—Consiste — respondió él — en que hace algún tiempo que monto un caballo indócil; y con los botes que da, temo perder tan preciosa reliquia.

Esto explica bien ó mal por qué no la llevaba puesta. Pero al decir esto, Agenor no puede disimular bien su apuro.

El hecho es que, queriendo darse á sí mismo el aguinaldo, había pensado en cierta bailarina de la Opera; y durante un momento de intimidad, aquélla le quitó con sus propias manos el rico alfiler, resuelta á quedarse con él. Sorprendidos ambos por la brusca llegada del nuevo Turcaret, cuyo oro le abría á todas horas las puertas de la bailarina, Agenor huyó tan á escape que se le olvidó el alfiler. Ya se comprenderá que lo reclamó en vano. Ruegos, amenazas de una ruptura completa, nada pudo hacerle recobrar el camafeo; sostuviéronle que se había perdido, ó lo habría robado algún sirviente. En fin, que ya no lo vió más.

Los Turcarets de nuestros días, son más taimados que su modelo; abandonan en redondo á la cortesana que los engaña con visible descaro, y la bailarina se vió muy pronto privada de la espléndida renta que le pasaba su viejo adorador. Fué preciso allegar recursos con todas las alhajas recibidas á hurtadillas; el hermoso camafeo entró en este número.

Un judío dió á préstamo por él

una módica suma, y en seguida se lo vendió por el triple á un inglés. Este lo perdió á los postres de un banquete, de donde le llevaron á su casa á media noche, borracho perdido.

Una lavanderita, que iba al amanecer á su cotidiana faena, ve relumbrar una cosa entre el barro del arroyo; era el círculo de oro del camafeo. Lo recoge, lo frota con el delantal, y pensando que sería una de esas chucherías de los tenderetes de á real y medio la pieza, se lo regala al mozo de café que siempre la está prometiendo casarse con ella.

—¿Sabes que tienes algo ahí que parece cosa de mérito?—dice con aire de suficiencia un prendero ambulante á su primo el mozo de café. —He visto un alfiler por el estilo, que se ha vendido en más de ochenta francos.

—¡Calla! ¿De veras?

—Te lo juro. Y si quieres hacer la prueba, no tienes más que venirte conmigo á casa del prendero del muelle de los Plateros.

Se acepta la proposición. Después de despreciar lo más posible el camafeo, fué comprado por sesenta francos y revendido al instante por doscientos al joyero próximo. De tienda en tienda, llegó hasta el joyero de la corte; todas estas mutaciones ocurrieron en menos de un mes.

Durante ese tiempo, la señora Dercourt, devorada por la sospecha, ya no acogía á Agenor sino con improperios; y éste los evitaba lo mejor que podía, viéndola lo menos posible.

—Has sacrificado mi retrato en aras de alguna mujer—decía ella, pálida de celos.

—¡Vaya una idea tonta!

—Pues bueno; enséñamelo.

—En verdad que me guardaré bien de hacerlo así. Hay que castigarte un poco por la injuria que me infieres.

Luego, afectando profundo resentimiento, Agenor salió bruscamente y dejó á la señora Dercourt abrumada bajo el peso de una horrible certidumbre.

En este momento entró en su casa el señor Dercourt y pasó á verla; chocóle la alteración de sus facciones, y la dijo:

—Pobrecita, sufres y quizá me lo achaques á mí; y tienes razón, porque este mes me han dominado tanto los negocios, que ni siquiera he pensado en darte el aguinaldo. Pero tranquilízate: una vez concluida mi liquidación, repararé mi desacierto. Ya he visto algo que te agradará, porque tienes buen gusto y no te entusiasma lo de relumbrón, sino que necesitas una preciosidad. Pues bien, trataremos de contentarte; pero abandona ese aire

de tristeza que me parte el alma; afligirse así por mis pequeños descuidos es una niñada. Bien sabes que todo cuanto gano es para ti y para nuestra hijita Cecilia; y debes perdonarme si algunas veces te olvido por asegurar á las dos una buena fortuna.

Dos días después de haber pronunciado este discurso tan tiernamente conyugal, habiendo reunido el señor Dercourt en su casa á los amigos á quienes se complacía en humillar con su lujo, vieron entrar á su linda hijita Cecilia.

—Toma—dijo ésta á su madre—aquí tienes el aguinaldo que papá te regala.

La señora Dercourt besa á la niña y abre el estuchito que le acaba de entregar; pero apenas clava los ojos en el objeto que contiene, cuando la ven palidecer y caerse desmayada.

—¡Ah, Dios mío! ¿Qué he hecho—exclama el marido, que llegaba para gozarse en su sorpresa.—Mas también ¿cómo prever que la menor emoción la ponga en ese estado?

Levantáronse todos para auxiliar á la señora Dercourt. Sólo Agenor permaneció inmóvil. Al ver el camafeo, que acababa de caerse á la alfombra, escapándosele de las manos á la señora Dercourt, explicóse bastante la causa de ese desmayo. Por fortuna, al caerse el alfiler, no se abrió el resorte.

—¡Vamos, ya vuelve en sí; no será nada!—dijo el señor Dercourt. —Las sorpresas gratas no son dañinas.

Luego, recogiendo el alfiler, entregó á la admiración general el hermoso perfil de *Alejandro.*

—Ya ven Vds.—añadió—cómo mi querida Valeria no ha perdido nada con esperar, y que el *aguinaldo tardío* siempre es el mejor.

En efecto, fundándose la señora Dercourt en el estado de sufrimiento que la produce la *menor* emoción, para alejarse algún tiempo de la sociedad se ha retirado al campo; donde, ocupada enteramente en el cuidado de educar á su hija, ha recobrado la salud, la paz y la felicidad.

Lo mismo que el señor Dercourt, creemos que el *aguinaldo tardío* puede ser el mejor.

Sofía Gay.

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX

(CONTINUACIÓN)

No, el porvenir no será más feliz que el presente, será quizá, y debe ser indudablemente, más miserable. ¡El progreso! ¿Pero de dónde puede el hombre procurarse el principio y el instrumento del progreso? Del pensamiento sin duda, pero el pensamiento es un don fatal; no sirve más que para aumentar nuestra desgracia iluminándola. Vale mil veces más ser ciego como el bruto ó como la planta. ¡Qué lejos estamos del rosal que piensa! El pastor que recorre los montes del Himalaya, que se dirige á la luna, condenado como ella á perpetuo trabajo, la hace testigo de que los animales que guarda son más felices que él; ellos al menos ignoran su desgracia, olvidan con rapidez el dolor, el miedo que atraviesa su existencia, sólo sufren la monotonía de que no se dan cuenta. La retama crece feliz y tranquila sobre la falda del Vesubio, mientras que duermen á sus piés tantas poblaciones muertas, sorprendidas en medio del triunfo de la vida. Ella también, la retama humilde, sucumbirá un día al poder cruel del fuego subterráneo, pero morirá sin haber levantado su orgullo hasta las nubes; más sabia y más fuerte que el hombre, no se ha creído como él inmortal. Leopardi vuelve cruelmente la frase de Pascal: «Aunque le hundiese el universo, sería el hombre más noble que él, porque sabe que muere y conoce la ventaja que el universo tiene sobre él. El universo no sabe nada.» Esa es precisamente nuestra inferioridad, según Leopardi: saber y no poder nada. La planta y el animal no conocen nada de su miseria; nosotros medimos la nuestra. Y este sufrimiento no tiende á disminuir en el mundo, sino al contrario, los espíritus más inteligentes, los más delicados, adquieren mayor aptitud para sufrir; los pueblos más civilizados son los menos felices. Este es también el perpetuo tema del pesimismo alemán. La conciencia de la desgracia hace que ésta sea más profunda é incurable. La miseria de los hombres

y la de las naciones se desarrollan en proporción de su cerebro, á medida que se perfecciona su sistema nervioso, y les procura instrumentos más delicados, órganos más sutiles para sentir su mal, para aumentar su intensidad, para eternizarlo por la previsión y por el recuerdo. Todo lo que añade el hombre á su sensibilidad y á su inteligencia, lo añade á su sufrimiento.

Tal es el sentido, aclarado con esta interpretación, de varios diálogos estraños y oscuros, *El Gnomo y el Duende, Eleandro y Timandro*, *Tristán y su amigo*, y esa *Historia del género humano* en que se ve cómo se renueva, después de cada período, esa aversión por todo lo que habia hecho sufrir al hombre en el período precedente, y cómo crece el amargo deseo de una felicidad desconocida, que hace su tormento, porque es extraña á la naturaleza del universo. Júpiter se cansa de colmar á esta raza ingrata de sus favores, que tienen tan mala acogida. Es verdad que el primer bien que nos hizo fué el de mezclar males verdaderos en la vida, para distraer al hombre de su mal ilusorio y para aumentar por el contraste el valor de los bienes reales. Con ese objeto había enviado Júpiter al hombre multitud de enfermedades variadas y la peste. Observando después que el remedio no obraba como él deseaba y que el hombre seguía padeciendo, creó las tempestades, inventó el rayo, lanzó los cometas y reguló los eclipses, para sembrar el espanto entre los mortales y reconciliarlos con la vida, ante el temor de perderla. Por último, los premia con un soberbio regalo: los envía unos cuantos fantasmas, en forma de figuras sobrehumanas que se llamaron justicia, virtud, gloria, amor de la patria, y los hombres se entristecieron más que nunca y se hicieron más perversos.

El último y el más funesto beneficio hecho á los hombres, fué el enviarles la verdad. Es un error el decir que la perfección del hombre consiste en el conocimiento de la verdad, que todos sus males provienen de las ideas falsas y de la ignorancia. La verdad, que es la sustancia de toda filosofía, debe ocultarse cuidadosamente á la mayor parte de los hombres, porque de lo contrario se cruzarían de brazos y se echarían á dormir esperando la muerte. Mantengamos entre ellos con cuidado las opiniones que conocemos por falsas, y la mentira será su mayor bienhechor. Exaltemos las ideas quiméricas que dan origen á los actos y á los pensamientos nobles, á la abnegación y á las virtudes útiles al bien general, nacidas en esas imaginaciones hermosas, únicas que dan algún valor á la vida. Pero desde que la verdad ha penetrado en el mundo, prosigue su obra, y todas estas ilusiones, que harían tolerable la existencia, caen una á una; sólo se mantiene el progreso.

¿No está hecha la ciencia para consolarnos con sus progresos y con sus magníficos descubrimientos? Diríase que el sabio que ha participado en los grandes trabajos de la filología de su

tiempo, que ha conocido los eruditos ilustres, desde Angelo Mai hasta Niebuhr, émulo él mismo de esos sabios, y destinado, si hubiese querido, á un gran renombre de helenista, creeríase, repito, que perdonará á la ciencia. No ocurre así; vemos con extrañeza que la ciencia del siglo XIX está en baja, por la calidad y por la cantidad de los sabios. El saber ó, lo que es lo mismo, la ciencia, gana en extensión, pero cuanto más crece la voluntad de aprender, más se debilita la facultad de estudiar; los sabios son menos numerosos que hace ciento cincuenta años. No se diga que el capital intelectual, en vez de estar acumulado en algunas cabezas, se reparte entre muchos y gana con esta división. Los conocimientos no son como las riquezas, que divididas ó aglomeradas, suman siempre la misma cantidad. Cuando todo el mundo sabe un poco, es poco también lo que se sabe en conjunto; la instrucción superficial no puede dividirse entre muchos hombres, pero puede serles común á muchos ignorantes. El resto del saber sólo pertenece á los sabios, ¿y dónde están los verdaderos sabios, fuera de algunos que hay en Alemania? Lo que crece sin cesar en Italia y en Francia, es la ciencia de los resúmenes, de las recopilaciones, de todos esos libros que se escriben en menos tiempo del que se necesita para leerlos, que cuestan lo que valen, y que duran en proporción de lo que han costado.

Este siglo es un siglo de niños; quieren hacerlo todo de un golpe, sin trabajo constante, sin preparación seria. ¿Pero dónde dejamos la opinión de los periódicos, que dicen todo lo contrario? Lo sé, contesta Tristán, que es el mismo Leopardi; aseguran todos los días que el siglo XIX es el siglo de las luces, y que ellos son las luces del siglo: pretenden también que la democracia es una gran cosa, que los individuos han desaparecido ante las masas, que las masas hacen la obra que hacían antes los individuos, por una especie de impulsión inconsciente ó de orden divino. Déjese que obren las masas, pero estando compuestas de individuos, ¿qué han de hacer sin los individuos? A los individuos los desaniman quitándoles toda esperanza, hasta la miserable recompensa de la gloria. Los discuten, los injurian, los fuerzan á someterse á todo el mundo. Sólo en esto, á pesar de lo que digan los periódicos que persigue Leopardi con sus epigramas y su cólera, se diferencia este siglo de los demás. En los otros, como en éste, ha sido escasa la grandeza; sólo que en los demás ha dominado la medianía; en éste domina la nulidad. Pero es un siglo de transición. ¡Valiente excusa! ¿No son y no serán todos los siglos siglos de transición? La sociedad humana no se detiene jamás, y su eterno juego consiste en pasar de un estado á otro.

«No me rio de los proyectos y de las esperanzas de los hombres de mi tiempo; les deseo con toda mi alma el mayor éxito posible... pero no los envidio ni á ellos ni á nuestros descendientes. En otros tiempos envidié á los locos y

á los tontos, y á los que tienen formada gran opinión de sí mismos; hubiera cambiado de buena gana con cualquiera de ellos. Hoy no envidio ni á los locos ni á los sabios, ni á los grandes ni á los pequeños, ni á los débiles ni á los poderosos; *envidio á los muertos*, y sólo me cambiaría por los muertos.» Tal es la última palabra de Tristán sobre la vida y sobre la historia, sobre el siglo XIX y sobre el progreso. Siempre la misma idea lúgubre: *l'infinita vanità del tutto*.

Ya están agotadas las tres formas de la ilusión humana; ya no queda esperanza ni en el presente ni en el porvenir del mundo, ni en un más allá que nadie conoce. No deben asombrarnos ya estos tristes aforismos que no son más que el resultado de la experiencia resumida de las cosas, y que se presenta á cada instante en la obra de Leopardi, en cada estrofa, en cada página: la vida es un mal, aun sin dolor sigue siendo un mal. No hay situación tan mala que no pueda la vida empeorarla; la fortuna será siempre la más fuerte, acabará por romper la firmeza de la desesperación. ¿Cuándo acabará *l'infelicità?* Cuando todo acabe. Los momentos peores son los del placer. Ninguna existencia vale, ni ha valido ni valdrá lo que la nada, y buena prueba de ello es que nadie querría empezarla de nuevo. Escuchemos el diálogo de un *vendedor de almanaques* y de un *transeunte:*

—¡Almanaques! ¡Almanaques nuevos! ¡Calendarios nuevos!

—¿Almanaques para el año nuevo?

—Sí, señor.

—¿Cree V. que será feliz el año nuevo?

—Ya lo creo, ilustrísimo señor.

—¿Como el año pasado?

—Mucho más.

—¿Como el otro?

—Más aún, ilustrísimo señor.

—¿Como el anterior? ¿No le gustaría á V. que el año nuevo fuese como cualquiera de esos años?

—No señor, no me gustaría.

—¿Cuántos años nuevos han pasado desde que vende V. calendarios?

—Pronto hará veinte años, ilustrísimo señor.

—¿A cuál de esos veinte años quiere V. que se parezca el año que viene?

—Yo no lo sé.

—¿No se acuerda V. de ningún año que le haya parecido especialmente feliz?

—No me acuerdo, ilustrísimo señor.

—Y sin embargo la vida es hermosa, ¿no es verdad?

—Eso dicen.

—¿Consentiría V. en volver á pasar por esos años, ó por todos desde su nacimiento?

—¡Ojalá fuese eso posible!

—¿Y si tuviese V. que pasar la misma vida, con las mismas alegrías y con las mismas penas, exactamente igual?

—No aceptaría.

—¿Y qué otra vida querría V. vivir, la mía, la de un príncipe ó la de otro? ¿No cree V. que el príncipe ó el que fuese contestarían como V., y que te-

niendo que empezar la misma vida nadie consentiría?

—Así lo creo.

—¿De modo que con esa condición no empezaría V.?

—No, señor, no empezaría.

—¿Qué vida querría V.?

—Querría una vida como Dios me la diese, sin otra condición.

—¿Una vida de la cual no se supiese nada de antemano, como no se sabe nada del año nuevo?

—Precisamente.

—Sí, eso es lo que yo querría, si tuviese que volver á vivir; eso es lo que todo el mundo querría. Eso significa que la casualidad ha tratado mal á todo el mundo. Todos opinan que han recibido más mal que bien en la vida; nadie desea renacer con la condición de empezar la misma vida con los mismos bienes y los mismos males. *Esta vida, que es muy hermosa, no es lo que se conoce, sino lo que no se conoce; no es la vida pasada, sino la futura.* El año próximo nos tratará la suerte bien á los dos, y á los demás también; será el principio de un año feliz. ¿No es verdad?

—Esperémoslo.

—Enséñeme V. el más bonito de sus calendarios.

—Aquí está, ilustrísimo señor, vale treinta sueldos.

—Toma los treinta sueldos.

—Gracias, ilustrísimo señor. Hasta la vista. «¡Almanaques! ¡Almanaques nuevos! ¡Calendarios nuevos!»

¡Cuánta amargura hay en esa escena cómica, tan hábilmente conducida por el buen humor del transeunte, que es una especie de Sócrates desengañado! A veces exagera la ironía. El Duende le cuenta al Gnomo que los hombres han muerto: «Los esperáis en vano, han muerto todos, como se ha dicho del desenlace de una tragedia en que morían todos los personajes. Los unos en la guerra, los otros navegando; éstos comiéndose los unos á los otros, aquéllos degollándose con sus propias manos; algunos entregándose á la apatía, otros tragándose los libros, ó entregándose á los placeres y á mil excesos; en fin, tratando por todos los medios de ir contra la naturaleza y de perjudicarse.»

No hay enemigo más cruel del hombre que el hombre mismo. Prometeo lo aprendió á su costa, en su apuesta con Momo, que meneaba la cabeza cada vez que el fabricante del género humano se vanagloriaba delante de él de su invención. Hacen una apuesta, y los dos se dirigen á nuestro planeta. En América se encuentran con un salvaje que se dispone á comerse á un hijo suyo; en la India ven á una viuda joven y hermosa quemada viva sobre la hoguera de su marido, que es un célebre borracho. «Son bárbaros», dice Prometeo, y se van á Londres. Allí, delante de la puerta de un hotel, ven un grupo de gente que se reune: es un gran señor inglés que acaba de suicidarse después de haber matado á sus dos hijos y de haber recomendado su perro á uno de sus amigos. ¿No es éste exactamente el triste cuadro pintado por Schopenhauer? «La vida es una

caza continua en que los seres, ya cazadores, ya cazados, se disputan los harapos de su felicidad; una guerra de todos contra todos; una especie de historia natural del dolor que se resume del siguiente modo: Querer sin motivo, luchar siempre, después morir, y así sucesivamente en los siglos de los siglos, hasta que la corteza de nuestro planeta se deshaga á pedazos.» ¿No teníamos razón al decir que el pesimismo no es una doctrina, sino una enfermedad del cerebro? En este grado ya no cae bajo el dominio de la crítica, pertenece de derecho á la clínica, hay que dejárselo á ella.

Sólo en dos puntos difiere el pesimismo de Leopardi del de Schopenhauer, y desde luego digo que el poeta es el más filósofo de los dos, porque relativamente conserva la razón. Estos dos puntos son el principio del mal y el remedio. Del principio metafísico no sabe nada Leopardi, ni nada quiere saber. El mal se siente y se aprecia; es un conjunto de sensaciones muy reales, objeto de la experiencia y no del raciocinio. Todos los que han pretendido deducir la necesidad del mal de un principio, sea éste la *Voluntad*, como Schopenhauer, sea la *Inconsciencia*, como Hartmann, han llegado á teorías absolutamente arbitrarias, cuando no han sido del todo ininteligibles. Leopardi se contenta con establecer por la observación la ley universal del sufrimiento, sin emplear para ello la dialéctica trascendente; siente lo que hay, sin tratar de demostrar que debe ser así. Además, como no conoce el principio del mal, no propone remedios imaginarios, como los pesimistas alemanes que aspiran á combatir el mal de la existencia tratando de esclarecer la voluntad suprema que produce la existencia, convenciéndola de que renuncie á sí misma y se convierta en la nada. El único remedio que el alma estoica de Leopardi opone al eterno y universal sufrimiento, es la resignación, es el silencio, es el desprecio. Triste remedio sin duda, pero que al menos está en nuestra mano:

«*Nostra vita á che val? solo á spregiarla* (1).»

Nada hemos exagerado, pues, al decir que Leopardi es el precursor del pesimismo alemán. El anuncia esta crisis singular que se preparaba secretamente en algunos espíritus bajo ciertas influencias que determinaremos. Si se recuerda que el nombre de Schopenhauer fué desconocido en Alemania hasta el año 1839 y que el éxito de sus ideas sólo data de estos últimos veinte años, causará asombro el ver que el poeta italiano tiene desde 1818 tantas afinidades de temperamento y de espíritu con el filósofo alemán. Con su instinto, y sin profundizar en nada, lo ha adivinado todo en esa filosofía de la desesperación exento de todo aparato científico; son, sin embargo, pocos los argumentos que se escapan á su dolorosa perspicacia. Es á la vez el profeta y el poeta de esta filosofía, es los *va-*

(1) ¿Para qué sirve nuestra vida? Sólo para despreciarla.

tes, en el sentido antiguo y misterioso de la palabra; lo es con una sinceridad tal y con un acento tan profundo, que no le igualan los más célebres representantes del pesimismo. Por último, y esto es notable, ha vivido, ha sufrido y ha muerto en completa conformidad con su triste doctrina, y en evidente contraste con la desesperación teórica de esos filósofos que han arreglado tan sabiamente su vida, administrando á la vez lo temporal y lo espiritual de la felicidad humana, sus rentas y su gloria.

CAPÍTULO III

LA ESCUELA PESIMISTA EN ALEMANIA Y EN FRANCIA.—EL PRINCIPIO DEL MAL SEGÚN LA FILOSOFÍA DEL «INCONSCIENTE».

Parece como que el mundo de las ideas está sometido, en todos los problemas, á la alternativa de dos doctrinas extremas y contrarias. Durante todo el siglo pasado y la mitad del presente, ha prevalecido indudablemente el optimismo en Alemania, bajo distintas formas y diferentes escuelas. Hoy tiende á triunfar el pesimismo. El pobre espíritu humano se parecerá siempre al campesino borracho de Lutero, que tan pronto cae á derecha como á izquierda, incapaz de sostenerse derecho sobre su montura.

La Alemania del siglo XVIII, en la inmensa mayoría de las inteligencias que representan su vida moral, permanece sujeta á la doctrina que le había enseñado Leibnitz, que Wolf había mantenido, y que está de acuerdo, bien con los dogmas de la teología oficial, bien con el deismo sentimental de Pope, de Rousseau y de Paley, muy en boga en ese país de pastores protestantes y de filósofos de universidad, durante el largo intermedio filosófico que va de Leibnitz á Kant. Apenas penetraron en esa quietud de espíritu y de doctrina algunos ecos de los sarcasmos de Voltaire, repetidos por su real discípulo Federico el Grande, y por los espíritus libres que viven en la pequeña corte de Potsdam. La triste alegría de *Candide* se ahogó al atravesar el Rhin; ese pueblo ilustrado y religioso sigue repitiendo que todo está arreglado en el mundo por una Providencia bienhechora para la felicidad final del hombre, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles.

Más tarde, cuando cambia la escena de las ideas, cuando Kant y todos los ilustres conquistadores del mundo filosófico aparecen, engendrados por la

Crítica de la razón pura, Fischte, Schelling, Hegel, desaparece el optimismo particular de Leibnitz; pero subsiste el optimismo. En el día se manifiesta, sin embargo, una tendencia vaga á despreciar la vida y á estimarla en menos de lo que vale. Kant ha escrito trozos de marcado pesimismo; Fischte ha dicho «que el mundo real es el peor de los mundos posibles». Schelling sienta el siguiente principio: «El dolor es una cosa necesaria á la vida... Todo dolor tiene su fuente exclusiva en el solo hecho de la existencia. La inquietud de la voluntad y del deseo, que tanto cansa á las criaturas con sus constantes reclamaciones, es por sí misma la desgracia.» Ya no falta mucho para las teorías de Schopenhauer. La filosofía hegeliana no es enemiga del pesimismo, lo concibe como una de las fases de la evolución universal. Según Hegel, toda existencia finita está destinada á destruirse por sus contradicciones. Esta ley del sufrimiento, que resulta de la división y de la limitación de la idea, contiene un principio de pesimismo que Volkelt ha explicado con claridad.

Un joven filósofo, muerto recientemente, con dolor unánime de sus adversarios como de sus amigos, M. León Dumont, el primero que nos ha dado á conocer por una exposición científica y detallada las teorías M. de Hartmann, describía del siguiente modo el origen y nacimiento de la escuela del pesimismo en Alemania: «Una de las observaciones más exactas de M. Cousin—decía—es que en el camino emprendido por Kant, la metafísica alemana conduce lógicamente al nihilismo. Los autores románticos que se apoyaron en el sistema semimístico de Schelling, no tardaron, en efecto, en sostener que el fin más alto que le es dado alcanzar al hombre es una especie de indolencia quietista. Esto condujo á Schlegel, con los demás críticos de la misma escuela, á desear para el hombre «la pereza divina y la vida feliz de las plantas y de las flores», y en su célebre obra sobre el *Lenguaje y la sabiduría de los indios* (1808), admiraba la vida tranquila y apática de los ascetas orientales. Homero, sacrificado por el romanticismo á Ossián, no tardó en verse destronado por Buda. Los acontecimientos políticos de este mundo no podían ya conmover á los espíritus penetrados de una sabiduría tan indolente. Era, sin embargo, el momento en que rugía la tempestad en todas partes, en que el antiguo edificio germánico amenazaba hundirse, en que el Austria y la Prusia temían el ataque de Napoleón; pero todo esto importaba poco á esos espíritus místicos que seguían viviendo en un mundo ideal, sin cuidarse de las bayonetas francesas, ni del embargo, ni de la confederación del Rhin. Apartaban los ojos de esos hombres groseros que se movían sobre la superficie de la tierra para ganarse la vida, y proclamaban que el no hacer nada es la perfección de la ciencia del hombre. Es verdad que estas hermosas teorías estaban expuestas en un estilo muy enfático, que provocó las burlas de Juan-Pablo, y

constituían la contradicción más palmaria con las tésis quietistas que sostenían.»

¿Debe atribuirse á este movimiento de ideas la gran obra de Schopenhauer que apareció en 1819 con el título de *El Mundo considerado como voluntad y representación?* El también había sufrido la influencia de los estudios orientales que empezaban á entrar por medio de la ciencia en la imaginación de Occidente. «He tenido la dicha—decía—de haber sido iniciado en los Vedas, cuya entrada me ha sido franqueada por los Upanishads, y de ello me alegro, porque este siglo, en mi opinión, está destinado á recibir de la literatura sanscrita un impulso igual al que recibió el siglo XVI del renacimiento de los griegos.»—Cuéntase que se hizo enviar de Oriente una estatua de Buda, y que se burlaba de los misioneros ingleses que trataban de convertir á sus maestros de religión.—A pesar de estas analogías aparentes con los discípulos de Schelling, con los románticos y con los fanáticos de los poemas sanscritos, hay que reconocer que Schopenhauer inauguraba un movimiento muy característico y muy particular de ideas. El pesimismo teórico objetivo empieza realmente en él en Alemania.

Hay un pesimismo empírico que se concilia muy bien, como lo ha demostrado James Sully, con el optimismo metafísico. Esto hay que tenerlo en cuenta para juzgar á los principales representantes de la filosofía alemana desde Kant. Todos están unánimes en la apreciación severa que hacen de la vida considerada en su aspecto real y sensible; y, sin embargo, en el conjunto de sus doctrinas domina la solución optimista del problema de la existencia. Kant afirma, sin duda, que la naturaleza es poco favorable á la felicidad humana; pero la verdadera explicación de la vida, la última razón de las cosas debe buscarse fuera del orden sensible, en el orden moral, que después de todo es el único interés del soberano legislador y la única explicación de la naturaleza misma. Lo mismo ocurre con Fichte, para el cual los fenómenos sensibles, la apariencia de la materia no son más que una escena transitoria preparada para un fin único: el cumplimiento del deber, la acción libre del yo que persigue, en su reacción contra el mundo exterior y en su conflicto con la sensación, el carácter más alto que pueda alcanzar. En cuanto á Schelling, en su segundo estudio, *Filosofía y religión*, toma el símbolo de su metafísica de la doctrina cristiana de la caída y de la redención; en ella encuentra la historia trascendental de la destrucción de la unidad primitiva y la certidumbre de la vuelta final á la unidad; asocia la idea del universo redimido y espiritualizado por el hombre, después de haber caído con él en el pecado y en la materia. De este modo, después de presentarnos los más tristes cuadros de la naturaleza aterrada por el mal, nos lleva Schelling á una solución final, que es de un modo incontestable una especie de optimismo teológico. Esta es también, con otra forma, la última

conclusión de Hegel sobre el valor del mundo y de la vida. La idea, dividida y confusa al principio, tiende á reconstituirse por efecto de la conciencia del mundo. Esta conversión del espíritu, este proceso del mundo que se continúa sin cesar á través del drama variable de los hechos, es lo que constituye la verdadera teodicea, la justificación de Dios en la historia.

Esto es evidentemente optimismo, el de la evolución universal y del progreso necesario: en todas estas doctrinas hay un fin determinado atribuido al movimiento del universo; una razón divina envuelve como con un manto misterioso todos los fenómenos, hasta los más insignificantes y más extraños, de la naturaleza y de la historia, y atrayéndolos en series determinadas, impide que obren al azar ó se pierdan en la inutilidad; es un orden, providencial á su manera, que se cumple siempre que el pensador, al llegar al verdadero punto de vista, se convierte en testigo inteligente. Leibnitz, Kant, Hegel; habían sido sucesivamente los maestros, pero todos le conducían y le mantenían en vías paralelas al final de las cuales apercibe la razón un fin digno de ella, digno de que se venzan los obstáculos y los peligros del camino, digno de que el hombre lleve sin quejarse el peso de sus días, la enorme carga de miserias y de aflicciones. Estas ideas han dominado el espíritu alemán en la primera mitad del siglo.

Ahora parece que toda la Alemania filosófica lleva una dirección contraria. ¿No es más que una moda pasajera, un capricho de imaginación, una rebelión contra los abusos de la dialéctica trascendental, una reacción violenta contra la tiranía especulativa de la idea, contra el despotismo de la evolución universal, á cambio de la cual no son nada las miserias individuales? Lo que sí es cierto es que las miserias individuales se revelaron un día, cansadas de servir á fines que no conocían; que los «destinos humanos» han acabado por volcar «el carro que los aplastaba con sus ruedas de acero». No pudiendo librarse del sufrimiento, han protestado contra las razones dialécticas que querían imponérselo como una necesidad saludable, y ha nacido el pesimismo. En la actualidad hay una literatura pesimista floreciente en Alemania, que ha intentado varias veces, con un éxito relativo, hacer excursiones y conquistas en las naciones vecinas. Y no son únicamente Schopenhauer y Hartmann, el uno ya célebre, el otro cuya notoriedad está creciendo todavía, los que resumen esta literatura, ó, mejor dicho, esta filosofía. Schopenhauer sigue siendo su jefe incontestable, y después de él está en segundo término, sin afectación de modestia, el joven sucesor que hemos designado, dispuesto, cuando le llegue el turno, á reemplazarle en el primer puesto y á tomar el bastón de mando, el cetro de ese reino. Pero las voces de los súbditos son numerosas y no cantan siempre unísonas; pretenden ser, en cierto modo, independientes, aunque en el fondo están ligadas por estrechos vínculos.

Entre los discípulos de Schopenhauer, al lado y por encima de M. de Hartmann, hay que citar á Frauenstaedt, á Taubert y á Julius Bahnsen. Frauenstaedt, que veneraba la memoria de Schopenhauer, y había publicado su correspondencia y sus conversaciones, trata, sin embargo, de suavizar algunos rasgos demasiado duros de la teoría, llegando á negar que convenga el término de pesimismo, en todo el rigor de su acepción, á un sistema que admite la posibilidad de destruir la voluntad y de sustraer de este modo al ser de los tormentos que ésta le impone. Esta tendencia á admitir el hecho de la miseria del mundo como inseparable del ser, y de buscar, sin embargo, en los límites del pesimismo fuentes de inesperado consuelo, se presenta todavía con más claridad en Taubert. En su libro *El Pesimismo y sus adversarios*, reconoce con Schopenhauer que el progreso aumenta y profundiza la conciencia del dolor sujeto al ser y de la ilusión de la felicidad, pero expresa la esperanza de que pueda triunfarse, en parte, de esta miseria por los esfuerzos combinados del género humano, que sometiendo cada vez más los deseos egoistas, darán al hombre la dicha de una paz absoluta y reducirán de este modo gran parte de la desgracia de la vida. «La misma melancolía del pesimismo—dice Taubert—se transforma, cuando se le examina de cerca, en uno de los más grandes consuelos que pueden ofrecérsenos: no sólo conduce nuestra imaginación más allá de los sufrimientos reales á que estamos destinados, por lo cual hallamos ventaja al ver cuáles son los verdaderos, sino que, en cierto modo, aumenta los placeres que nos concede la vida y redobla nuestro goce.» La razón que alegan para explicarlo no carece de originalidad: «El pesimismo nos enseña que toda alegría es ilusoria, pero no se ocupa de la alegría en sí, la deja subsistir á pesar de su vanidad demostrada, y la encierra en un marco negro que hace resaltar mejor el cuadro.» Por último, insiste Taubert en el gran valor de los placeres intelectuales que el pesimismo, en su opinión, puede y debe reconocer, y que él coloca en una esfera superior «como las imágenes de los dioses, libres de todo cuidado y esparciendo su claridad sobre el tenebroso fondo de la vida, lleno de sufrimientos ó de alegrías que acaban en penas». M. James Sully dice que Taubert le hace el efecto de un optimista que ha caído, por distracción, en el pesimismo y que hace inútiles esfuerzos para salir de él.

Mientras Taubert representa la derecha del pesimismo, Julius Bahnsen representa la extrema izquierda de la doctrina. Así se presenta en su obra titulada *Filosofía de la historia*, y con más exageración aún en su libro reciente, con el terrible título: *Lo trágico como ley del mundo*. En todo lo que toca al pesimismo y al principio irracional de donde lo deriva, exagera el pensamiento de Schopenhauer. Para él, como para su maestro, es el mundo un tormento sin tregua, que lo absoluto se impone á sí mismo; pero va más allá

que su maestro al negar que haya finalidad, si siquiera inmanente, en la naturaleza, y que el orden de los fenómenos manifieste algún enlace lógico. No sólo sostiene el principio de la escuela, ó sea que toda existencia es necesariamente ilógica en sí, como manifestación de la voluntad, sino que para él es ilógica la existencia «tanto en su contenido como en su forma». Aun fuera de la sinrazón de la existencia, considerada en sí, hay una sinrazón fundamental en el orden de las cosas existentes. Se comprende que Banhsen, al negar que la razón haya cooperado en el mundo, rechace la única fórmula de placer puro conservada por Schopenhauer: el placer de la contemplación intelectual y de la creación por el arte, el goce estético y científico. ¿Cómo ha de existir una dicha semejante en un mundo en que ya no hay ni órden lógico, ni armonía de ninguna especie, y sólo un caos de fenómenos y formas? Partiendo de esta base, la observación del universo y la representación de las formas en el arte, en vez de ser una fuente de placer tranquilo, sólo procurarán nuevos tormentos á un espíritu filosófico. La misma esperanza de volver á la nada, que es el remedio soberano propuesto por Schopenhauer á la humanidad doliente, es para Bahnsen una pura ilusión. «Su espíritu pesimista es tal—dice Hartmann—le apasiona de tal modo por todo lo que es desesperación, que siente turbada su tristeza absoluta cuando se le presenta una perspectiva de consuelo.» Podemos estar seguros esta vez de que tocamos al último término, á la última evolución del pesimismo alemán. En esta ocasión se ha llevado la apuesta hasta el final, y si no es una apuesta, diremos que la locura del sistema es completa. Bahnsen puede decir con orgullo al pesimismo: «No irás más allá.»

El pesimismo, en efecto, ha retrocedido, aun en Hartmann, ante las consecuencias del principio, llevadas á la exageración. La filosofía del *Inconsciente* es una figura muy razonable, de una moderación ejemplar, al lado de doctrinas tan excéntricas. Alemania, que no carece de intrepidez especulativa ni de gusto para las aventuras de la idea, no ha seguido á Julius Bahnsen á esos extremos; ese famoso dialéctico de la *ilógica absoluta* se engolfa más y más en la soledad y en el vacío. El pesimismo no está destinado, sin duda, á conquistar el mundo de ese modo; pero con más habilidad y con formas más moderadas, tiende en la actualidad á apoderarse del espíritu germánico, atrayéndole por una especie de fascinación mágica y turbándole profundamente. Le falta todavía un vehículo poderoso: la enseñanza de las universidades, de lo cual se queja M. de Hartmann amargamente, pero eso vendrá con el tiempo, ¿por qué no? Mientras tanto hace el pesimismo su obra fuera de las universidades: las ediciones de Schopenhauer y de Hartman aumentan de día en día. Este confiesa que si la filosofía á la cual ha consagrado toda su vida encuentra con más dificultad discípulos, en el sen-

tido estricto de la palabra, consigue en cambio más que ninguna otra doctrina, despertar la atención, el interés y el entusiasmo de ese inmenso auditorio, vago y flotante, que sin estar encerrado en una aula universitaria, tiene suficiente poder para hacer la reputación de los autores, el éxito de los libros y la fortuna de los sistemas. No faltan tampoco las contradicciones; abundan, y son vivas y apasionadas: basta recordar el nombre del ardiente y fogoso Duhring, que hace poco era *docent* en la universidad de Berlín. Estas discusiones, que han despertado la vida filosófica algo extinguida en Alemania y como ahogada por el ruido de las armas, demuestran la vitalidad creciente de la filosofía que tratan de combatir y de detener en su progreso: la viva curiosidad que despierta el pesimismo, la crítica encarnizada que prueba su éxito, son hechos que pueden hacerse constar y síntomas que deben estudiarse.

Nada parece al pronto más antipático al espíritu francés, que esta filosofía oscura en su principio, demasiado clara en sus consecuencias, que quita á la vida su valor y á la acción humana todo su influjo. La pasión por la luz, el amor á la lógica, el ardor por el trabajo, la costumbre y la actividad útiles, bastan para defendernos, de este lado del Rhin, contra esas influencias disolventes. Se ha iniciado, sin embargo, en nuestros tiempos este movimiento en Francia; varios síntomas del mal se han presentado en espíritus á quienes el culto del ideal parecía que debiera haber preservado de semejante contagio. M. Alfred de Vigny, en los últimos años de su vida, cuyas fases pueden seguirse en sus poemas y en el *Diario de un poeta*, desligándose poco á poco de las inspiraciones religiosas de su juventud, buscaba un refugio sombrío en una especie de misantropía que se parecía mucho al pesimismo. Escribía pensamientos como éste, que puede leerse en su *Diario*: «La verdad sobre la vida es la desesperación.» Es verdad que añadía, sin comprender el alcance de esta restricción enorme: «La religión de Cristo es una religión de desesperación, porque desespera de la vida y sólo espera en la eternidad.» O también: «La contemplación de la desgracia da un placer interior al alma que proviene de su trabajo sobre la idea de la desgracia.» «Se suicida un joven. Dios le dice: «¿Qué has hecho? El alma responde á Dios: «Es para afligirte y castigarte. ¿Por qué me has creado en la desgracia? ¿Por qué has creado el mal del alma, el pecado, el mal del cuerpo, el dolor? ¿Querías contemplar por más tiempo el espectáculo de mis sufrimientos?» ¿Qué puede decirse de este pensamiento? «¿No es maravilloso que cuando se le dice al niño que ha de morir un día, no se acueste hasta que la muerte viene á buscarle? ¿Por qué trabaja si ha de convertirse en polvo?—¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué hemos venido al mundo? Pero basta, este es el único punto que no tiene contes-

tación.» Estas meditaciones lúgubres nos preparan para comprender las poesías publicadas después de su muerte bajo el título: *Los destinos*. Entre ellas se encuentra el extraño y terrible poema de *La Muerte del lobo*. El lobo, después de una lucha larguísima, acosado por la jauría y por los cazadores, se tumba en el suelo, «y sin averiguar cómo perece, cerrando sus enormes ojos, muere sin lanzar un quejido».

El poeta exclama al contemplar ese espectáculo:

«Yo te comprendo, viajero salvaje, tu última mirada me ha llegado al alma. Decía: «Si puedes, haz que tu espíritu, á fuerza de estudio y de meditación, llegue al alto grado de estoica vanidad á que he llegado yo, que he nacido en los bosques. Gemir, llorar, rezar, todo es igualmente cobarde. Cumple con energía tu larga y pesada tarea en la vida que la suerte te ha deparado, y después sufre como yo y muere sin hablar... Al contemplar lo que sobre la tierra sucede, sólo es grande el silencio; lo demás es debilidad.»

Después de esta crisis de misantropía absoluta ó de pesimismo agudo que había amargado la última parte de la vida del poeta, transcurrió en la historia de las letras francesas un intervalo bastante largo de silencio; el pesimismo parecía olvidado. Pero ahora reaparece entre nosotros esta filosofía de la desesperación. Más de una imaginación ardiente y turbada ha creído reconocerse en el acento amargo y altivo de un poeta de mucho talento, del autor de las *Poesías filosóficas*. Si se tratase de buscar la inspiración de estas poesías, no sería extraño encontrarla en *l'infelicitá*. Es un Leopardi francés, que casi iguala al otro por su vigor oratorio y su movimiento lírico. Véase la queja del hombre, cuando engañado por la naturaleza, la acusa y se arroja desesperado en la nada:

«Está decidido, sucumbiré; y cuando dices ¡Aspiro! te contesto: Yo sufro, desvalido y ensangrentado; y todos los que nacen y respiran repiten á coro ese grito desgarrador.

»Sí, yo sufro, y tú tienes la culpa, madre que me exterminas, hiriéndome en el mismo corazón. Todo mi ser tiene sus raíces adheridas al dolor.

»Qué alegría tan inmensa, después de tanto sufrimiento, poder dar el grito de libertad á través de tanta ruina: «¡Ya no hay hombres debajo del cielo, somos los últimos!»

Algunos poetas contemporáneos han repetido este grito feroz. Parece que el pesimismo ofrece á la imaginación de los poetas un atractivo particular: es como un nuevo género de romanticismo que renueva el tema de sus inspiraciones, un romanticismo filosófico que nace cuando el otro se ha agotado.

Si la voz de Leopardi ha encontrado en Francia profundos y dolorosos ecos, la de Schopenhauer ha tenido también su resonancia, y ha movido bastantes conciencias.

Nada nuevo decimos á nuestros lectores recordando que los diálogos *filosóficos*, recientemente publicados, tie-

nen un color pronunciado de pesimismo. No se trata ya de una de esas teorías violentas, que pretenden resolver de un golpe el enigma total, y se contentan con revolver contra sí mismo el dogmatismo de los optimistas, oponiendo un fin negativo ó la ausencia de fin á los fines racionales y divinos, y el desprecio absoluto de la vida al aprecio en que racionalmente deben tenerla los hombres. Hay atenuaciones, restricciones de toda especie, hasta apariencias de contradicción á la idea pesimista, que parece haber sido la gran tentación del autor cuando meditaba ó escribía; estos conflictos de pensamientos contrarios, expresados con una sinceridad á veces dramática, no constituyen uno de los menores atractivos de esta obra imponente. Pero no puede negarse que á las influencias que entonces dominaban, de Kant y de Schelling, se haya mezclado en la inspiración de ese libro la influencia de Schopenhauer. La lucha de esos dos espíritus se ve claramente en todas las páginas del libro, á menudo más de una vez en la misma página.

Kant inspira algunos pensamientos hermosísimos sobre la vida humana y sobre el mundo mismo, inexplicables sin la finalidad moral, ó bien confesando que lo mejor que hay en el mundo es la bondad, y que «la mejor base de la bondad es la admisión de un orden providencial que lo coloque todo en su lugar, para que todo sea útil y necesario». Schelling domina en algunas páginas y recobra su imperio á través de las inquietudes y de los desfallecimientos, cuando nos dice: «El universo tiene un fin ideal y sirve á un fin divino; no es sólo una agitación estéril, cuyo resultado final es cero. El fin del mundo es que reine la razón»; ó también: «La filosofía de las causas finales sólo es errónea en la forma. Basta colocar en la categoría del *fieri* de la evolución lenta, lo que la filosofía colocaba en la categoría del ser y de la creación.» Pero estas claridades serenas no duran y se apagan gradualmente en las sombras del pesimismo. Hasta en la parte del libro consagrada á las *Certidumbres*, domina la idea lúgubre de una broma gigantesca hecha á costa de la naturaleza humana, que la sujeta con sus terribles lazos y la lleva por la persuasión ó por la fuerza á fines desconocidos á través del obstáculo y del sufrimiento.

E. Caro.

(Se continuará.)

FILIGRANAS

Hay en tu faz peregrina
Hechizo más ideal
Que en el lindo madrigal
De Gutierre de Cetina.

Del cielo azul la limpia transparencia
Siempre esté en el cristal de tu conciencia.

Niña de la crencha blonda,
Por tu amor diera un sultán,
Cuantos diamantes tiene Golconda,
Todas las suras que trae el Korán.

Si á concurso de estrellas un día
Convocar se le antoja al Señor,
A tus ojos no habrá, vida mía,
Quien ose quitarles el premio de honor.

RICARDO PALMA.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Momento del centenario.—Universalidad de la celebración.—Homenajes á Colón y á España.—En Francia.—En Inglaterra.—En los Estados Unidos de América.—En las repúblicas del Centro y Sur.—Singularidades de Santo Domingo.—Grandezas de Génova.—Acontecimiento musical, la ópera *Cristoforo Colombo*.—Salto á España.—Huelva.—Privilegios de ocasión.—Congreso de americanistas.—Viaje de la familia real.—Honores inusitados.—Espectáculo naval grandioso.—Figuran las carabelas.—El *Sapolio* y su capitán.—Impresión de un marinero onubense.—La mejor acción.—Acto de clemencia de S. M.—Alegría en todas partes.—Libros en abundancia.

Ha tocado á la generación presente asistir, en el transcurso del mes de Octubre, á un suceso sin igual en la historia del universo. El género humano, unánime por excepción momentánea en ideas y sentimientos, lo mismo en los archipiélagos oceánicos que en el de la clásica Grecia, en las faldas de los Aleganis como en las de los Andes ó del Atlas, en Tasmania, el Japón y Persia, desde las estepas rusas á las de los hotentotes, desde los hielos del Hudson á los desiertos de la Patagonia, formando masa conjunta con los hombres de razas, lenguas, religiones y costumbres diversas que pueblan el mundo, ha celebrado con entusiasmo y alegría la primera fiesta común de la civilización, conmemorando el momento supremo en que la obra del Creador se ofreció completa á la admiración de las criaturas.

El eco ha repetido sin cesar el nombre de Cristóbal Colón, iniciador, instrumento y símbolo de la empresa incomparable que había de revelar el hemisferio oculto de la tierra, y unida inseparablemente á la invocación del inmortal navegante la del pueblo que le dió acogida y medios, el nombre de España ha sonado también por todas partes, pronunciado con gloriosa entonación que halaga al legítimo orgullo nacional.

Mucho se han diferenciado las manifestaciones, por más que idéntico pensamiento las originara y dirigiera en los Estados cultos. En Francia han sobresalido las funciones religiosas, cumpliéndose con pompa las indicaciones contenidas en la encíclica de Su Santidad León XIII. Los más distinguidos oradores sagrados han tomado á cargo la exposición de las virtudes cristianas de Colón, durante la traba-

josa misión providencial á que estuvo llamado, señalándose por la elocuente peroración los Padres Dominicos Feuillette, en la catedral de París, y Didon en la de Ruan; Lyon, Auch, Limoges, han competido con Cambray, donde se recordaba que uno de los obispos de la diócesis, Pierre d'Ailly ó Alíaco, contribuyó á la inspiración del marino genovés con la *Imago mundi* de que se conserva ejemplar anotado por su mano en la Biblioteca Colombina de Sevilla.

Unicamente la ciudad de Calvi, en Córcega, no se ha contentado con la festividad en el templo, aferrada á los argumentos especiosos de los presbíteros Casanova y Peretti, discutidos y aun ridiculizados de sobra. Allí no es dudoso que Cristóbal Colón nació en la calle *del Filo* el año 1441. Amparada la opinión con la autoridad de *La Gazette de France* (1) contra los contradictores, y dejando que los de Saona y de Génova continúen su larga disputa (2), han celebrado el centenario con arcos de triunfo, iluminaciones y banderas, cimentando el monumento aprobado por decreto del presidente de la República de 6 de Agosto de 1882.

En Inglaterra se han reunido los españoles é hispano-americanos, fraternizando en banquete presidido por el embajador, que ha dado ocasión á discursos y felicitaciones transmitidas á la patria. El pueblo inglés, lo mismo que los del Norte de Europa, si bien asociados al acuerdo general y con representación oficial en nuestras solemnidades, por sí mismos sólo las han tenido de carácter literario.

Los Estados Unidos de América, marcando ostentosamente el origen de su existencia, fijaron por centro de la manifestación á la ciudad de Nueva York, emporio del comercio marítimo, acudiendo inmensa concurrencia. Hubo fuegos artificiales en el puente de Brooklyn, remedando las cataratas del Niágara; procesión escolar por las calles, artísticamente adornadas; revista naval, en que los buques de guerra de las naciones invitadas desfilaron en tres columnas, formando la del centro los italianos, españoles, ingleses y franceses, y las dos exteriores los anglo-americanos; iluminaciones espléndidas; cabalgata representando la prosperidad de América; función teatral, con gran espectáculo, de *El triunfo de Colón;* reuniones populares animadísimas. Se elogia entre los más notables atractivos el que ofrecían á la vista del público las tribunas, con jóvenes elegidas por su belleza, vestidas y colocadas de modo que asemejaban las listas y las estrellas de la bandera nacional.

Las colonias española é italiana han tomado parte señalada en los festejos, de los que no han llegado aquí todavía completos pormenores, y aun menos de las repúblicas del Centro y Sur de

(1) París 16 Octobre 1892. *Les fêtes de Calvi. La conclusion c'est qu'à ses debuts, comme au jour qui couronna de gloire sa carrière maritime, Christophe Colomb était de droit et de fait sujet Français.*

(2) *Cristoforo Colombo e la sua patria*, da Giuseppe A. Rocca. Savona, tip. A. Ricci, 1892, 8.º, 66 págs.

Della patria di Cristophoro Colombo, di J. B. Facio, Savona.

América, que han necesitado servirse del telégrafo para enviar el 12 de Octubre felicitaciones oficiales á España, con nobles y afectuosas frases.

Bueno sería que los hilos serviciales hubieran perdido su eficacia al transmitir en momentos tan gratos noticia que contrasta con las otras. Bueno fuera todavía que la desmintieran, modificando la impresión que han producido. Es el caso—dicen—que el presidente de la República dominicana ha propuesto al de la de los Estados Unidos la adquisición *de los verdaderos restos* de Cristóbal Colón, existentes en la catedral de la antigua isla Española, que serían trasladados á Washington, mediante la suma de cien mil pesos á título de buenos oficios. Sabido es que habían sido ya objeto de comercio en París las actas notariales y demás documentos con que se quiso acreditar el hallazgo de los huesos del Almirante y el error cometido por las autoridades españolas al llevarse á la Habana cenizas *de otro difunto;* si se confirmara (lo que no es de creer) que de aquéllas se hace también mercancía, singularísima y peregrina habría que juzgar la celebración del Centenario por los que tanto ruido hicieron en el mundo reivindicando la posesión de cosa que en tan poco estiman.

Génova deja memoria digna de la esplendidez y buen orden con que ha cumplido el programa de fiestas italianas. El fin ha correspondido á la serie de los actos que inauguró en el mes de Julio, ofreciendo continuos alicientes. Terminadas las tareas de los Congresos científicos y literarios, é independientemente de los banquetes con que ordinariamente se despiden los asociados, se les citó á reunión general de clausura en la Universidad, presidiendo el duque de Génova. Hablaron representantes varios en sus lenguas propias: en árabe el de Egipto, en flamenco el belga; D. Julio Segui lo hizo con aplauso en castellano, disertando acerca de los hechos con que Italia y España, unidas, han contribuido al avance de la civilización.

Otra ceremonia de carácter más general y solemne se verificó en el palacio de la antigua República genovesa en loor de su hijo predilecto, al tiempo en que todas las naciones le ofrecian tributo de admiración. El Sr. Antón Giulio Barrili, soldado, artista y poeta, condensó en oración elocuentísima los sentimientos más nobles del afecto, de la gratitud, del entusiasmo que despierta la vida del navegante insigne, conmoviendo tan hondamente al auditorio, que á voz en grito pidió al municipio de Génova decretase una corona al orador, llevado en palmas hasta el exterior del edificio, donde se le hizo ovación popular.

Por otro lado atrajo á las gentes el atrio del Liceo Colombo, adornado con plantas floridas, donde iba á inaugurarse nuevo monumento, costeado por suscrición entre los estudiantes y profesores. Descorrióse el pabellón tricolor, con atronadora vocería, al son de la Marcha Real, apareciendo la estatua que figura á Cristóbal en el vigor de la edad, discurriendo sobre un mapa

geográfico la vía que había de conducirle á las tierras de Occidente. En el pedestal está escrito:

Viro . Qui . Factis . Superavit . Gloriam . — Ut . Genius . Loci . Esset . — Lycaei . Antistes . Doctores . Alumni . Possuerunt .

En la parte opuesta:

Ludis . Saecularibus . Ob . Americam . Repertam . — IV . A . Id . Oct . An . MDCCCXCII.

La estatua es obra del escultor florentino Francisco Caroni, discípulo de Augusto Rivalta.

Se celebró en la catedral de San Lorenzo la fiesta religiosa, oficiando el arzobispo, marqués Reggio, con asistencia de los arzobispos de Módena y de Colossi, los obispos de Adria, Sarzana, Bobbio, Fossano, Padua, Tortona, Volterra, Ventimiglia, Montepulciano, Pontremoli, Pitigliano, Massa Maritima, Dioclezianopoli y Magida, el clero parroquial y colegial. Asistieron los congresistas extranjeros con las autoridades y corporaciones, oyendo la misa de Cherubini á grande orquesta con el cuerpo coral de Turín, y el cántico *Te Deum*. Habíase puesto en el pórtico de la iglesia esta inscripción:

Il quarto centenario si compie
Dacché un genovese
Piantó la croce dell' umano riscatto
Nel nuovo mondo da lui discoperto.
Concittadini
Leviamo inni di gloria e di grazia
A Dio Ottimo Massimo
Perché abbia a quei popoli fatto risplendere
La luce del suo Vangelo
E collegato a tanto prodigio di misericordia
Il nome della patria nostra.

En el palacio municipal hubo recepción, solicitada por el cónsul general de Francia, con objeto de presentar á la ciudad una corona destinada al monumento de Colón, por la Sociedad Geográfica de París, la más antigua de su especie. Manifestó el cónsul que cumplía órdenes de su Gobierno asistiendo personalmente á este acto de simpatía y de homenaje.

Con brillantes iluminaciones significó la ciudad el fin de las fiestas, sobre todo en el recinto de la Exposición, fantásticamente dispuesto. Las bandas militares, reunidas, amenizaron la sesión en concierto para el que se había compuesto un himno magistral, más un *Waltzer dell' Esposizione Colombiana*, y porque la indigencia tuviera en la expansión parte, antes de dispersarse los concurrentes, á propuesta del marino señor D'Albertis, quedó acordada la fundación de un instituto hospitalario para hijos de marineros, con el nombre de Colón, reuniéndose en el acto sesenta mil liras para la primera piedra. Otra coincidencia con nuestras alegrías: al mismo tiempo fundaba en Chipiona, por iniciativa propia, el doctor Tolosa Latour, un establecimiento análogo; hospital sanatorio de niños necesitados de la marina.

Requiere especial indicación el estreno de la ópera *Cristoforo Colombo*, esperado con impaciencia suma, más de una vez suspendido por dificultades impensadas y al fin realizado como acontecimiento musical, no sólo ante el público inteligente de Génova, sino también del de Milán, que suele ser

juez de obras nuevas, y del de toda Italia, que en expresos trenes acudió á la audición.

Tuvo empeño el municipio en que una ópera escrita en honra de Colón formara parte del programa del Centenario de Génova, y con anticipación suficiente pidió á Giuseppe Verdi la composición. El ilustre maestro se excusó con razones atendibles, aconsejando se encomendara la obra á Alberto Franchetti, autor de *Asrael*, con seguridad del éxito, y seguido el aviso, se firmó contrato con el joven laureado el 20 de Mayo de 1889. Franchetti se entendió con los poetas de mayor crédito para escribir el libreto, eligiendo el presentado por Luis Illica, verdadero poema en que la imaginación no desfiguraba mucho al descubridor de las Indias, aunque no dejara de usar de licencias al presentarlo en escena como caudillo y gobernante, ya ante la reina *Isabella de Aragona*, ya entre los frailes de Salamanca, ya conversando con la reina Anacaona y con su hija Ignamota.

Lo que no pareció bien al maestro fué la división en actos y cuadros, que necesariamente habían de dar á la representación más tiempo del razonable: se modificó, por tanto, el plan, concluyéndolo con cuatro actos y un epílogo; mas las exigencias musicales requirieron nuevas y sucesivas alteraciones, tantas en número, que apenas quedó nada del libreto primitivo; nada casi de la espontaneidad ni de la inspiración del poeta, que, disgustado al fin, rompió la inteligencia con Franchetti, negándose á dar paternidad á la obra adulterada. El compositor se vió en la necesidad de encomendar á otro literato las reformas que fueron después ocurriéndole, sabido lo cual se puso en duda que pudiera estar la partitura concluida para la fecha oportuna, y aun que llegara á concluirse nunca.

Aumentaba las dificultades el número y complicación de trajes y decoraciones, que en corto plazo se habían de estudiar y preparar, ofreciéndose á última hora la más grave, por enfermedad y ausencia del maestro Mancinelli, encargado de dirigir la orquesta. Sin embargo, para los primeros días de Octubre se hallaba todo dispuesto, anunciado el estreno y excitada la curiosidad en alto grado.

El aspecto del teatro *Carlo Felice*, colmado por la escogida concurrencia, era magnífico, é imponente la actitud que retrataba las impresiones del público. Ha quedado el libreto nuevo dividido en dos partes y epílogo; la primera, titulada *El Descubrimiento*, consta de dos actos, y de otros dos la segunda, nombrada la *La Conquista;* de modo que son cinco los de la obra, y como se pidiera repetición de algunos números, acabó la representación á las dos de la madrugada, fatigados muchos, soñolientos algunos, completamente satisfechos pocos, aunque los críticos inteligentes proclamaran en el momento y hayan escrito luego que es el *Colón* de Franchetti obra maestra y triunfo decisivo.

El acto segundo se desarrolla á bor-

do de la nao *Santa María*, navegando por el mar inexplorado. Un telón de catorce metros de altura y doscientos cincuenta y cuatro de longitud va pasando lentamente á vista del espectador, figurando los cambios atmosféricos, así como los de luz y oscuridad hasta el momento de aparecer en el horizonte la tierra que canta Rodrigo de Triana y va poco á poco presentando el grandioso paisaje americano. Están bien calculados los medios de acción para el efecto, y es excelente; con todo, no pudiendo dar á la nao sus verdaderas proporciones, resulta muy reducido el espacio en que se mueven los actores y no lo hay suficiente para el cuerpo de coros, quedando perjudicadas las escenas en que más lo requiere la composición. En los demás actos luce mejor la variedad y lujo de trajes y armas llevadas por frailes, cardenales, caballeros, dignatarios de las coronas de Castilla y de Aragón, soldados, marineros, inquisidores, guardias, trovadores, indios, sacerdotisas, como multitud de bellezas americanas un tanto poetizadas en el cuerpo de baile.

Se someterá próximamente la ópera á nueva prueba en la *Scala* de Milán.

Huelva ha tenido en España el privilegio de concentrar la atención que se debía al único edificio que nos queda de aquellos que albergaron á Colón, con la circunstancia de saberse, sin género de duda ni asomo de contradicción, que en su recinto tuvo raíz la empresa del descubrimiento, que en las inmediaciones se preparó la expedición famosa, y allí las nuevas del éxito llegaron primero. Por todo ello se designó el convento de la Rábida, aunque humilde por la estrechez de sus celdas, como lugar de reunión del noveno Congreso de Americanistas, y no habrá que buscar razones que mejor expliquen la aceptación de la convocatoria por número de socios mayor que en cualquiera de las reuniones anteriores, y la presencia de tantas entidades de renombre universal en las ciencias y en la literatura, comprendiendo distinguidas señoras de Europa y America. La enumeración de unos pocos, Nordenskiold, Cazauran, Claparadé, Felknier Nutall, Stroch, Panizzardi, Drapeyron, Cordier, Storm, Bosco, Zobrist, Dabbache, Hamy, Marcel, Cora, Adam, Fastenrath, Hoefinger, Oppert, Warren Currier, Luce, Cunha, Pector, Restrepo, Peralta...; de las damas, condesa Buvarof, Lelia Nutall, Acosta de Samper, Karr..., bastaría para dar idea de la brillantez del concurso.

Inauguró los trabajos el presidente del Consejo de ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo, en el claustro del convento, con sentido discurso de bienvenida á los extranjeros, deteniéndose en la explicación de lo que significan y representan aquellos muros que las vicisitudes de cuatro siglos han respetado; aquellas pobres viviendas, aquel templo inteligentemente restaurado, aunque no del todo aún. Lamentó la ausencia de insignes colaboradores en Congresos anteriores que han pasado de este mundo, y en nombre de S. M. la Reina regente declaró

abierto el Congreso, aplaudido con entusiasmo.

Como presidente efectivo el señor D. Antonio María Fabié, y como secretario general D. Justo Zaragoza, han sostenido el peso de la congregación, llevando á cabo el programa de los temas. Acaso por la discusión no ha igualado este Congreso á otros en la importancia. La preocupación de los ánimos, la solemnidad de la ocasión, las fiestas que simultáneamente y sin cesar distraían y llamaban á diferentes sitios á los concurrentes, eran contrarias á la quietud y aislamiento requeridos por el estudio; mas si de momento vagaban las ideas, condensadas en las Memorias escritas que se han de publicar, procurarán realce á esta reunión novena como una de las más notables que la Asociación internacional cuenta en su historia. Probablemente se copiarán en ella las frases dedicadas por D. Emilio Castelar, en su nuevo libro, al lugar de reunión, diciendo:

«¡Bendita celda de la Rábida! De la conferencia que en su recinto celebraron Colón, Marchena y Garci-Fernández, surgió un mundo: de la pobreza de un claustro, montañas de oro y plata; de la oscuridad de sus muros, el país que, andando el tiempo, había de ser cuna de la luz eléctrica, y de un insignificante monasterio, refugio de anacoretas, los primeros albores de una civilización que había de asombrar al viejo mundo con sus incesantes progresos y sus envidiables libertades.»

Por atracción del lugar bendecido acudió tras los americanistas el cuerpo diplomático y tantos curiosos de fuera y dentro de España, que el ámbito de Huelva resultó estrecho y vino á ser cuestión de gravedad la de albergarse de cualquier modo, aunque la ciudad cuenta con buenos hoteles, empezando por el que lleva el nombre de Colón, cuya situación y condiciones, por rareza, en ninguna parte serán excedidas.

Faltaba, sin embargo, en los primeros días de Octubre algo que había de multiplicar la concurrencia, produciendo invasión de los vecinos de aquella provincia y las contiguas, y esto ocurrió á la llegada de S. M. el rey Alfonso XIII, acompañado de la Reina regente y de las augustas hermanas.

La familia real fué objeto de constante ovación en el viaje de Madrid á Cádiz, y de entusiasta acogida en la ciudad y puerto donde había de embarcarse. Esperábanla naves de las naciones amigas, formando escuadra con los tipos más acabados de la marina militar moderna. Por el orden alfabético en que fueron ordenados, con unánime beneplácito, se contaban buques de Alemania, Argentina, Austria, Dinamarca, Estados Unidos de América, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Méjico, Rusia y Portugal. El señor ministro de Marina, D. José María de Beránger, que formó y comunicó con gran acierto los planes de formación, marcha y evoluciones, reservó para la escuadra española la retaguardia, dando natural preferencia á los huéspedes.

Emprendió el yacht real la marcha al romper el día 10 de Octubre, abo-

cando la bahía en el momento en que comenzaba el sol á dorar los edificios de la bellísima ciudad de Cádiz, dándola espléndida visualidad, y ya por fuera estaban en correctísima formación de dos columnas los bajeles todos, engalanados con banderas, haciendo cabeza de la de babor ó izquierda el almirante de los Estados Unidos, y de la otra columna el almirante de Italia. El crucero *Conde de Venadito*, que conducía á SS. MM., gobernado por el ministro de Marina, entró entre las dos filas, pasando desde la cola á la cabeza, y los buques, uno á uno, saludaron con veintiún cañonazos, con la gente en las vergas y con la Marcha Real, al llegar á su costado. Una vez al frente de las dos columnas, marchó el *Venadito* en dirección á Huelva, siguiéndole en correctísima formación las dos columnas.

No pudiera el deseo idear más hermosa situación: el cielo sin mota que alterara el puro azul de la bóveda andaluza; el sol brillando con el tibio calor de otoño; la mar plácida; la brisa con el soplo cariñoso que bastaba para ondular las banderas por miles en los palos y vergas, dejando sobresalir á la española, que las otras en la ocasión honraban. Nunca se ha visto viaje real con escolta semejante. Por rareza se volverá á ver cosa parecida.

Al llegar á la barra de Huelva tomó el buque real la cabeza de la columna izquierda, y á esta señal convenida evolucionó admirablemente la otra, pasando á formar orden de fila en brevísimo espacio. SS. MM. recorrieron entonces la línea, que tenía más de seis millas de extensión, repitiéndose el saludo general, y como á este tiempo saliera del puerto á recibirla la flotilla de buques menores y los vapores mercantes, colmados de gente, treinta y nueve de guerra y doce del comercio, singularizándose entre los últimos los de la Compañía Transatlántica y los de la casa de Ibarra, adornaron la mar y ensordecieron el aire con vivas, aclamaciones, cañonazos y músicas.

Lástima que tan grandioso espectáculo no tuviera los espectadores de que carecen los navales; ninguno hay comparable entre los que han solemnizado el Centenario.

Dentro del río, á inmediación de la Rábida, habían formado, y saludaron también con las lombardas y gente, la nao *Santa María*, de que he hecho mención en reseñas anteriores, y las carabelas *Pinta* y *Niña*, construidas por cuenta del gobierno de los Estados Unidos en Barcelona, según planos semejantes á los de la otra. En el viaje por el Mediterráneo se han portado marineramente; su aspecto es agradable en concepto arqueológico, y constituyen con la primera uno de los atractivos de curiosidad y estudio á la vez entre los de las fiestas del mundo. Por todas partes andan ya sus retratos; por doquiera se reproducen en pintura ó modelo, figurando en las ilustraciones, en los carteles, en las procesiones y aun en el teatro, como dicho queda al tratar de la ópera del maestro Franchetti.

La comisión que tuvo á cargo la

construcción de la *Santa María*, ha publicado una Memoria justificativa dando á conocer los datos de que se ha servido para cálculos y presupuestos en que por nada ha entrado lo arbitrario (1). Demandábanla los marinos, principalmente en Francia y en los Estados Unidos; en Italia ha sido ya considerado el asunto por el autor de la *Stória de la marina militare*, el señor A. V. Vecchi (2). S. M. la Reina Regente se dignó entrar á bordo, honrándola con su visita.

Cuando el buque real se dirigía al fondeadero de Palos, atrajo la atención, entre los vaporcitos y embarcaciones que esperaban el paso, un botecillo con bandera americana y un solo tripulante. Era el *Sapolio* conducido á Huelva desde el puerto de Atlantic City, en los Estados Unidos, por el capitán Andrews, en viaje de sesenta y ocho días que se tuviera por cuento si de la travesía no dieran testimonio los vapores transatlánticos, españoles, italianos, alemanes y portugueses, que sucesivamente cortaron su camino en el Océano ofreciéndole auxilios que no necesitó el heroico navegante. Para el práctico que piloteó la entrada en el Odiel, marinero onubense, no es lo más de admirar que un hombre se haya lanzado al mar en un vaso de catorce piés de longitud, inseguro y frágil, sin más perspectiva ni cálculo utilitario que el de asistir á las fiestas del Centenario del descubrimiento de su país, en el lugar en que se armaron las carabelas de Colón, queriendo demostrar que eran navíos de alto bordo comparadas con el suyo; no le parece extraordinario retar á los temporales y á las olas, ni vencer los riesgos del golfo de las Yeguas, que para ello sirven el valor y la pericia del marino; lo que encuentra maravilloso, incomprensible, contra todo natural esfuerzo, es que haya ejemplar de persona que empequeñeciendo á los cartujos, pasara más de dos meses sin hablar, en soledad espantosa.

Rafael Infante (que así se llama el locuaz andaluz de la reflexión), juntamente con los más de sus convecinos de Huelva, han procurado al capitán Andrews amplia retribución del silencio, haciéndole repetir cien y cien veces los acontecimientos é impresiones de la navegación azarosa, sin escasear por su parte aplausos, aclamaciones... ni manzanilla.

Propalados los incidentes de boca en boca, ha compartido el bote *Sapolio* con las carabelas el favor popular, en la parte marítima de las fiestas de Huelva, la más ruidosa, por el cañoneo de tantas salvas; las de más brillo aun por la materialidad de las charreteras y uniformes de almirantes y oficiales. Los guardias marinas con-

(1) *La nao Santa María, capitana de Cristóbal Colón en el descubrimiento de las Indias Occidentales, reconstituida por iniciativa del ministerio de Marina y ley votada en Cortes, en el arsenal de la Carrrca, para solemnidad del Centenario IV del suceso. Memoria de la comisión arqueológica ejecutiva.* Madrid, «Progreso editorial», fol. con láminas y planos.

(2) *L'armatella di scoperta* (Anno 1492). Roma, Forzani, 1892, 4.°, 35 páginas con grabados.

tribuyeron á ella esquifando canoas de cuatro remos en regata, que agradó mucho al rey, ya familiarizado con la vista de los jóvenes, que por antiguo privilegio dan la guardia interior de honor á la Majestad cuando embarca en buques españoles.

Las otras partes del programa en que se acredita la buena dirección, han dejado satisfechos á los concurrentes; las iluminaciones fueron notables; los banquetes, bailes y representaciones bien dispuestos; el orden y compostura, ejemplares; sobresaliendo en la procesión cívica, en que se exhibían los frutos de la producción local en tres carrozas artísticas montadas por Baco, Ceres y Plutón, acompañándodolas los campesinos y artesanos con los útiles de su trabajo y los estandartes de agrupación. Huelva debe estar contenta.

S. M. la Reina Regente asistió complacida á todos los regocijos. Visitó detenidamente el convento de la Rábida; presenció la bendición del hermoso monumento erigido en la inmediación, que servirá en lo sucesivo como ejecutoria de las glorias del descubrimiento indiano; se detuvo en Palos y en Moguer, cunas de los Pinzones y de sus compañeros; presidió la clausura del Congreso de Americanistas y saludó á los ilustres miembros extranjeros y á los almirantes y oficiales de las escuadras, invitándoles á una velada gratísima.

Para memoria y solemnidad mayor de su presencia, el día 12 de Octubre, cumplidor del Centenario, firmó en la Rábida decretos importantísimos; uno, autorizando al Gobierno para presentar á las Cortes proyecto de ley que declare perpetuamente la fiesta nacional; otro, volviendo á la Orden de San Francisco el convento que por siglos le perteneció, á título de insigne monumento histórico. Al duque de Veragua, sucesor del descubridor y primer almirante D. Cristóbal Colón, acordó el Toisón de Oro, la más preciada de las distinciones españolas; tratamiento de excelencia á las ciudades de Extremadura en que nacieron Cortés, Núñez de Balboa y Pizarro; recompensas honrosas al arquitecto restaurador D. Ricardo Velázquez y al ingeniero D. Luis Molini, con justificación, unánime y respetuosamente acogidas, si bien no tanto como el ejercicio de la más alta y noble de las prerrogativas de la corona; el acto generoso de indulto de la pena de muerte en favor de cinco sentenciados por los tribunales, que por sí grabará en los muros del edificio una memoria perdurable. No fué sola, sin embargo; el inmortal navegante ligur, sufrió persecución de la justicia; estuvo procesado, y oprimieron sus piés los grillos férreos destinados á los criminales, que el Príncipe de los Apóstoles, piedra angular de la Iglesia cristiana, llevó también, hasta que ángeles del cielo los rompieron. La mano augusta de Doña María Cristina abrió en la Rábida los de muchos pacientes, firmando indulto general que hará derramar lágrimas de gratitud á ellos y á sus familias.

Añádanse estos datos á los de la ins-

cripción del obelisco nuevo que redactó el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, su iniciador, como sigue:

«*Año de mil ochocientos noventa y dos. Reinando D. Alfonso XIII, bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Austria, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, y para que aquí conmemore siempre tan fecundo y glorioso suceso, erigió España esta columna que domina el sitio desde donde las naves de Colón salieron al Océano en busca del desconocido hemisferio.*»

Pasó desde Huelva la corte á Sevilla, donde el recibimiento y las fiestas darán larga materia á los cronistas especialmente encargados de la descripción: en esta breve reseña de generalidades no más cabe el pormenor que el de las manifestaciones en las ciudades de Aragón visitadas por S. A. R. la infanta Doña Isabel; en las capitales de otras regiones, Córdoba, Málaga, Valencia, Cáceres, Canarias; en las que más inmediata relación tienen con la historia del descubrimiento y el descubridor, Salamanca, Granada, Barcelona, Valladolid; en cuantas han dado testimonio de admiración y rendido homenaje al almirante mayor de las Indias, multiplicando sus estatuas ó bustos, inscribiendo siquiera su nombre popular reverenciado, á más no poder, en alguna de las calles principales.

Simultáneamente con las galas, han ido apareciendo publicaciones con abundancia que exigirá libro especial, apéndice á la bibliografía formada por la Academia de la Historia, apuntando el contenido. Los más compendian, á la par de los números extraordinarios de revistas y diarios, la expresión de sentimientos comunicados en discursos, conferencias y congregaciones durante las fiestas; el concepto popular del suceso; las ideas dominantes, no en todo de acuerdo con las que bizarramente y á tiempo sembraba el Sr. D. Angel Stor escribiendo (1): «No lo olvidemos: hay en la historia del descubrimiento de América un personaje más grande que Isabel y Fernando el Católico; más grande que Mendoza, Santángel, Deza, Marchena, Cabrero, Coloma y Pinzón: más grande que Colón mismo, porque no existe individuo que jamás sea capaz de lo que es capaz un pueblo. Este personaje es España, verdadero protagonista de aquella maravillosa epopeya.» Algunos sin duda lo han olvidado: si se clasificaran los impresos de estos días, habría que separar grupo de los que con excelente intención, pero con escaso conocimiento de la historia, bosquejan un Colón á lo divino, como se diría en los tiempos de Lope de Vega, y una España de que no parecen hijos los autores. A estos es aplicable la observación de crítico sesudo, del Sr. Menéndez y Pelayo, sentido al encontrar «tantas injurias como cada día oímos en boca de españoles, único pueblo del mundo que hace alarde y gala de renegar de sus progenitores, esperando sin duda conquistar por este fácil medio la libertad, la ciencia, el

(1) En *La Ilustración Española y Americana.*

respeto y consideración de las demás gentes, y toda especie de prosperidades y bienandanzas.»

De su ignorante espansión nos indemnizan estudios de extranjeros como el que el Sig. A. V. Vecchi (por otro concepto antes citado), titula *La leggenda della ingratitudine spagnola verso Cristoforo Colombo*, comprendiendo la exposición de la vida de su compatriota, acabada con las frases que originales copio porque no las desvirtúe la traducción (1). «*Io penso che qualsivoglia scritto o da scriversi che accusi Spagna d'ingratitudine, é un assoluta iniquitá e che non puó esser generata fuorche da ignoranza supina o da proterva malvagitá.*»

Nos satisfacen también los juicios del sabio Alejandro Humboldt poco conocidos en España y que desde hoy lo serán por la *Biblioteca clásica*, habiendo dedicado el tomo CLXIII á su importante trabajo *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América. Historia de la Geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI. Obra escrita en francés*, traducida al castellano por don Luis Navarro (2).

De lo manoseado se apartan la *Historia del descubrimiento de América*, por D. Emilio Castelar (3), y *Cristóbal Colón*, por D. Víctor Balaguer (1); recomiéndanlas los nombres de las portadas.

Oportunos libros del Centenario son las *Relaciones y Cartas de Cristóbal Colón* reproducidas á poco coste por la mencionada *Biblioteca clásica* (2) y el *Nobiliario de Conquistadores de Indias*, recopilado por la sociedad de Bibliófilos españoles y dado á la estampa con los escudos de armas esmeradamente cromolitografiados (3). Oportunísimos los que dan noticia ignorada de la ilustración española en el Continente americano, como la *Historia del Nuevo Mundo*, por el P. Bernabé Cobo, de la Compañía de Jesús, obra del siglo XVII publicada ahora por primera vez con notas é ilustraciones de D. Marcos Jiménez de la Espada (4), y la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, por el conde de la Viñaza, premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso de 1891 (5). Como las *Curiosidades bibliográficas y documentos inéditos. Homenaje del Archivo Hispalense al cuarto centenario del Nuevo Mundo* (6) y las con-

(1) *La Rasegna Nazionale*, Firenze, anno XIV. 1 Setembre 1892.

(2) Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892. 8.°, 398 págs.

(3) Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892. 4.°, 594 págs. La firma del autor con estampilla en la última.

(1) Madrid, Progreso editorial, 1892. 8.°, 247 págs. en excelente papel.

(2) Viuda de Hernando, 1892. 8.°, 428 páginas.

(3) Madrid, Tello, 1892. 322 págs. y 50 láminas.

(4) Sociedad de Bibliófilos andaluces. Sevilla. Cuatro tomos 4.°. El último, que sirve de clave á los otros, se está concluyendo de imprimir.

(5) Impresa á expensas del Estado, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892. 4.°, 427 páginas.

(6) Sevilla, E. Rasco, 1892. 4.°, 53 páginas papel de hilo.

tenidas en el tomo CIV de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*.

Tanto como agrada á los visitantes de acá ver entre las lápidas dedicadas á Colón en el Convento de la Rábida una, muy bella por cierto, que reza: «*Los médicos españoles á Garci-Fernández y al maestro Alonso*», tanto les satisface encontrar entre el cúmulo de generalidades, monografías honrosas, tales como *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*, por D. Miguel Mir, de la Academia Española (1); *Un catalá ilustre* (*Lo P. Bernat Boil*), por D. J. Reig y Vilardell (2); *Los médicos Garci-Fernández y Diego Alvarez Chanca*, por el Dr. Calatraveño (3); *Datos biográficos de Rodrigo de Triana, cuyo verdadero nombre se dice fué Rodrigo Pérez de Acevedo, natural de Lepe, formados á petición del Ayuntamiento de Sevilla*, por su nomenclator Sr. Benavides (4).

Han salido de las prensas libros ó artículos de actualidad; la *Guía Colombina*, de D. Manuel Jorreto; *Indianos cacereños. Notas biográficas de los hijos de la Alta Extremadura que sirvieron en América durante el primer siglo de su conquista, escritas con motivo del cuarto centenario de su descubrimiento*, por D. Publio Hurtado (1). *La Iglesia y Colón*, por el P. Manuel F. Miguélez (2). *Cristóbal Colón misionero navegante de la fe. Apuntes históricos*, recopilados por A. M. Mizzi (3). *Al descubrimiento de América*, poema de D. Ramón Franquelo; *Colón*, poema de don Juan Tomás Salvany; *Colón*, poema de doña Carolina Valencia; *Glorias de la patria. El descubrimiento de América*, poema de D. José Mora Bellver; *Las carabelas de Colón*, walses de concierto por D. R. Agero.

En el número de aquellos con que la crítica no puede ser benévola, aunque reconozca la intención piadosa que los engendró, están los titulados *Vida, viajes y descubrimientos de Cristóbal Colón, gran almirante y virrey de las Indias*, por E. Leal y R. Campillo (4); *Colón, su vida y su muerte. Folleto escrito para el cuarto centenario del descubrimiento de América*, por Ambrosio Canel y Solana (5); *Homenaje á Cristóbal Colón, de la Orden Tercera de San Francisco, en el cuarto centenario del Nuevo Mundo, 12 de Octubre de 1492, fiesta de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; siendo Sumo Pontífice un es-*

---

(1) Palma de Mallorca, Amengual, 1892. 8.°, 93 págs.

(2) Barcelona, 1892. 16.°, 20 págs.

(3) En la *Revista de España* y en *La Correspondencia de España*.

(4) Publicados en *El Orden*, periódico de Sevilla.

(1) Barcelona, Luis Tasso, 1892, 8.°, 136 páginas.

(2) *La Ciudad de Dios*, Revista religiosa, científica y literaria, Octubre, 1892.

(3) Barcelona-Sarriá, Tip. Salesiana, 1892. 8.°, 49 págs. El autor ha publicado anteriormente dos ediciones en lengua italiana declarando que sigue los datos y juicios del conde Roselly de Lorgues.

(4) Madrid, Imp. de *El Liberal*, 1892, 16.°, 32 págs. Precio, 20 cénts.

(5) Madrid, Ducazcal, 1892, 16.°, 32 págs.

pañol, Alejandro VI, y en el reinado de D. Fernando y doña Isabel, los primeros que se intitularon reyes de España y Católicos por antonomasia. O. D. C., el Director de *La Cruz*, León Carbonero y Sol (1).

Cierro por de pronto la indicación bibliográfica con títulos de obras extranjeras.

The Discovery of North America, by Henry Harrisse.—London, H. Stevens and Son, 1892. 4.°, 800 págs.

Compendio de historia de la América Central, por el Ldo. Agustín Gómez Carrillo, obra premiada por la Academia de Honduras.—Madrid, Vda. de Hernando, 1892. 8.°, 286 págs.

La scoperta dell' America, secondo un' opera turca del secolo XVI, dal Dot. L. Bonelli.—Padova, tip. fratelli Gallina, 1892. 16.° 37 págs.

Cogoleto non e la patria di Cristoforo Colombo, lo scopritore dell'America: lettera prima aperta a Gio Bartolomeo Fazioda: L. Centurini. — Genova, tip. dell' Instituto Sordimuti, 1892. 16.°, 7 páginas.

The demarcation Line of Alexander VI, by Edward Gailord Bourne (Extract fran the Iale Review), Boston, 1892.

Christophe Colomb et l'Université de Salamanque, traduit de l'espagnol, par J. G. Magnabal.—París, E. Leroux, 1892. 8.°, 120, págs.

Aemner og kuriositeter fra Columbustiden og Columbusliteraturen, af H. Wertemeyer.—Kobenhavn, 1892. 8.°, 92 páginas papel de hilo.

Paolo dal Pozzo Toscanelli iniziatore della scoperta d' America, da Gustavo Uzielli.—Firenze, stabilimento tipog. fiorentino, 1892. 8.°, 247 págs.

Alonso Sánchez de Huelva et la tradition qui lui attribue la découverte du Nouveau Monde, par Emile Travers.—Caen, imp. H. Delesques, 1892. 8.°, 46 págs.

Di Giovanni e Sebastiano Caboto, memoria raccolte e documentate da F. Tarducci. — Venezia, fratelli Vizentini, 1892. 4.°, 429 págs.

Le due Beatrice, Romanzo Colombiano, di Antón Giulio Barrili.—Torino, 1892.

El nombre de América, por D. Julio Febres Cordero.—Mérida (Venezuela), imp. del Centenario, 1892.

Cristoforo Colombo nella Leggenda e nella Storia, di Cesare de Lollis.—Milano, fratelli Treves, 1892. 8.°, 377 páginas.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

(1) *La Cruz*, Revista religiosa. Madrid, 19 Setiembre, 1892.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Elecciones en Portugal y en Italia.—Necesidades múltiples de las sendas situaciones económicas en ambos pueblos.—Temores de una revolución general como el estado general de los intereses no mejore.—Ceguera del partido conservador español en este respecto.—Errores crasísimos del Gobierno francés en la huelga de Carmaux.—Suicidas resistencias de los poderes belgas al sufragio universal.—El Imperio alemán y el canciller cesante.—Luchas entre ambos.—Justo castigo á Bismarck por sus errores.—Las fiestas en honor de Lutero.—La reforma protestante.—Horrores en París y debilidad del Gobierno francés.—Conclusión.

I

Dos Estados latinos hoy se hallan en pleno período electoral: el itálico y el portugués. Acaso por el crecimiento de los partidos extremos en el polo ártico y en el polo antártico de la política; ó acaso por la confusión provenida en los partidos medios y gobernantes de una grande aproximación mutua, en la cual se han hecho más conservadores los liberales y más liberales los conservadores; sea por una razón ó sea por otra; lo cierto es que no hay gran distancia entre los combatientes y no acierta uno con la diferencia que distingue á Crispi de Rudini ó á Ferreira de Martins. Lo único de notar en las elecciones itálicas y lusitanas es lo mucho que le ha costado al Presidente del Consejo en Portugal sacar á los electores un acta y lo mucho que ha trascendido la oración del ex-ministro de Hacienda Colombo acerca de las economías indispensables al Tesoro italiano. Dígase cuanto se quiera; el período, que atraviesa hoy Europa, es un período, en su esencia, económico puramente. Problemas sociales, tratados mercantiles, arbitraje internacional, desarme; todo cuanto priva hoy en la opinión universal se nos aparece bajo su aspecto económico principalmente. Así, en vano Zanardelli habla de imperio del gobierno laico sobre la Iglesia católica; en vano Crispi se humaniza y admite una presidencia del Consejo bajo sus émulos y rivales; en vano Cavalloti propone nuevas orientaciones hacia su ideal progresivo: lo que todo el mundo pide y todo el mundo

desea es una sabia economía en los gastos y una grande regularidad en los ingresos que nos facilite y allane, cosa indispensable á todos, el tránsito desde un estado militar, como el que ahora impera con estos ejércitos innumerables, á un estado económico, como el que habrá de imperar cuando reemplacen los cambios á los combates. Y para penetrarse y convencerse del fundamento de mi aserto basta con recordar que los diputados de Alemania no se arriesgan á disminuir los años de servicio, porque tal diminución trae consigo aparejado un aumento de dispendios; que los proteccionistas franceses no bajan sus tarifas ante Suiza, siquier pudiera costarles cara cualquier inclinación hacia Germania de la neutralidad helvecia; que los políticos helenos, tan idealistas, no entienden hoy oportuno reclamar Creta ó Chipre ó Macedonia, sino procurar el descenso de los cambios y el ascenso de los valores; que Rusia no busca tanto en la República francesa batallones aliados de su ejército como mercados abiertos á sus empréstitos; que tras inspiraciones revolucionarias de otros dias han venido sobre nosotros, por las reacciones materialistas, subsiguientes á los accesos de idealismo, los intereses con su realidad incontrastable y su natural aspecto prosáico y utilitario, sin que pueda ni el más espiritualista desceñirse de la red que tienen tendida tales elementos con mallas apretadísimas á todo el mundo. Los futuros Parlamentos de Italia y Portugal, ¿hacen economías y combinan bien sus presupuestos? Pues con piedra blanca señalaremos sus respectivas aperturas. Pero si continúan arruinando sus sendos tesoros, á fines del siglo XIX podrían traer por el régimen militar una catástrofe tan espantosa como la revolución que trajo el régimen feudal á fines del siglo pasado. Entonces también la constituyente había llegado á una evolución política, que llevaba en sí misma muchas promesas de duración; mas como la corte de Francia no supo completar el régimen político aquel con un buen régimen económico, y despreció la salvación ofrecida por un reformador, cual Turgot, verdaderamente abrió á sus piés el abismo de las revoluciones y tuvo que subir del trono al cadalso. Hace pocos días hablaban los periódicos de apremios germánicos á Portugal para el pago de sus obligaciones con los súbditos alemanes, y hasta del embargo de un ferrocarril ó de su consagración á estos pagos. Ya sabemos que todo esto es, no sólo dificultoso, inverosímil. Pero si las naciones apuradas dispendian su tesoro en fortalezas y armamentos y acorazados contra un enemigo problemático, y luego se les entra por las puertas un sindicato extranjero de acreedores, como le sucedió al Egipto, han hecho un viaje redondo.

II

No hay medio de meter tales ideas en la mollera de los conservadores his-

panos, que os hablan, como de un bien apreciable, del aumento en los cambios y de la ruptura mercantil con Francia. La nación se queja, como puede, á los cuatro vientos, de su estado económico; y no significan otra cosa que amargas quejas é imperiosas advertencias esos motines diarios contra los consumos y contra los caciques. Nadie se propone derribar con violencia los ministerios; y á cada paso hay un motín violentísimo contra los municipios. Y este motín quiere decir que forcejea el pueblo bajo la cadena de aquella parte del fisco que más de cerca le toca, y aborrece de todo corazón al delegado de los partidos que más de cerca lo explotan y oprimen. Como el estado económico no se mejore, poco habremos hecho con la mejora del estado político. De aquí mi monomanía de ahora, la monomanía del presupuesto de la paz, el cual no está reñido con el sostén de aquella fuerza indispensable á mantener dentro el orden público y fuera la neutralidad internacional. Y á esto atribuyo ahora yo la descomposición súbita en que ha entrado el viejo partido conservador, tan compacto antes, al olvido del ministerio y fin traídos al Gobierno. Cuando combatía por el orden, como llenaba y satisfacía una grande necesidad social, estaba vigoroso. Pero como ahora debe cumplirse y satisfacerse una grande necesidad económica, y no quiere desasirse de sus viejas tradiciones, ha marrado á su destino y descompuéstose por necesidad en una irremediable descomposición. Todo le ha salido mal y todo se ha vuelto en contra suya. Su régimen proteccionista en economía únicamente nos trae la ruina y el hambre. Su afán de acrecentar fortalezas, acorazados, contingentes, nos impele á la bancarrota con incontrastable impulso. Pensaba encontrar una rehabilitación en el Centenario y sólo ha encontrado una sima. Por querer dividir las fiestas, ha tropezado con una desorganización espantosa en esta fácil materia, que le ha traído sendos desórdenes en Madrid y en Granada, de los cuales no han salido muy bien por cierto, ni la unidad del partido conservador, ni la influencia del poder monárquico. Yo creo que un orador tan elocuente y persuasivo, como el señor Cánovas, no ha mostrado á la Reina de relieve todo cuanto significa Granada en la historia de nuestra gloriosa España, y con especialidad en el poema de nuestros poemas, en la historia del descubrimiento de América. La dinastía pudo no ir á Cádiz, no ir á Sevilla, no ir á Palos; pero debió, ante todo y sobre todo, ir á Granada. O estos recuerdos, como dice algun krausistón de los que atropellan el sentido común á la continua, no significan cosa ninguna, ó significando mucho, como creemos todos, en Palos brillan más que los reyes Juan Pérez y Pinzón, en Cádiz ó el Puerto más que los reyes los Medinacelis, en Sevilla más que los reyes los Geraldinis ó los Medinasidonias, en Salamanca más que los reyes los Dezas, en Segovia más que los reyes los Moyas, en Toledo más que los reyes los Mendozas, en Burgos más

que los reyes los Ferreres, en Aragón más que los reyes los Santángelos; donde los reyes brillan hasta ofuscarlo y oscurecerlo todo es en la Vega de Granada y en el Real de Santa Fé, cuando en el mismo año coincide con el remate de la reconquista secular el encuentro de la nueva creación. ¿Por qué no han ido los reyes á Granada? ¡Oh! Averígüelo Vargas. ¿Dónde ha estado la falta moral cometida en tal omisión incomprensible? No queremos buscarla, pero lo cierto es que con las deficiencias de los festejos en Madrid y con el apartamiento y dejación de Granada, nuestro Gobierno se ha traído encima una cosecha de contratiempos la cual que pudiera producirle bien pronto una crisis muy honda, y traerle, como resultado natural, una muerte bien triste. No surge cuestión que deje de ocasionarle algún tropiezo y grande. Nada más fácil que haber salvado todas las dificultades traídas por los Congresos con el criterio de la libertad. Disuelve ilegalmente un Congreso, como el Congreso de librepensadores, comparable al Congreso de espiritistas por su inocencia, y luego deja que lancen los católicos la voz subversiva, cuyos ecos aclaman Rey al Papa, con detrimento del derecho de un Estado amigo. Así, no encuentra qué responder á las reclamaciones de Italia, cuando tan fácil hubiera sido argüirle con la naturaleza de nuestras instituciones, y el espíritu de nuestras leyes, los cuales, así como no permiten irle á la mano al ciego ateo, no permiten irle á la mano al fanático reaccionario. Vamos; están los conservadores abandonados de Dios.

III

Cuanto más envejezco en la experiencia de los negocios públicos, menos desisto de mi culto al principio de libertad, según y conforme lo profesara yo en mis primeros años. Y no hay esfera donde se conozca la vitalidad de tal principio, como en la esfera tempestuosísima de los problemas sociales. En vano se dan de calabazadas los estadistas por formular en leyes lo que podrá el Estado hacer á favor de los jornaleros y en aumento de los jornales: todas las disposiciones arbitradas con este santo fin dañan mucho, y las mejores aparecen aquellas que no sirven para maldita de Dios la cosa. Así, no hay por qué maravillarse ahora si anuncié yo, en lo tocante á la huelga de Carmaux, que todo lo embrollaría la increíble intervención del Gobierno; y, con efecto, lo ha embrollado todo; al demonio no se le ocurre, al demonio, en pueblo tan bien montado como Francia, donde los poderes públicos se hallan distinguidos por la Constitución y dentro de sus correspondientes límites, convertir el jefe natural de lo ejecutivo en juez y dar á sus sentencias un puro aspecto moral, destituyéndolas de fuerza de obligar material, aunque dictadas por un poder coercitivo; con lo cual se han barajado todas las nociones del derecho público y pro-

ducido una bien triste anarquía en todos los factores sociales, para la que no queda otro remedio en lo humano, sino la dictadura ó el despotismo. Despedir una empresa particular á un dependiente suyo, á un capataz, porque, nombrado alcalde, no dispone del tiempo necesario para desempeñar su oficio, y meterse de hoz y de coz el Gobierno en cosa tan difícil de arreglar por administración, como fácil de arreglar por pactos particulares, francamente me parece un fenómeno extrañísimo, sólo explicable por la influencia deletérea que la escuela radical, tan desatinada en sus principios y en sus procedimientos, ejerce hoy sobre los gobiernos de Francia. M. Loubet no debió encargarse nunca, por ningún motivo, del arbitraje casi judicial entre los trabajadores de las minas y los propietarios, enzarzados en unas competencias, sobre las cuales tiene la legislación civil sus reglas escritas, y entre las cuales únicamente puede mediar con autoridad propia y resultados positivos el poder judicial. Un presidente del Consejo, ministro de la Gobernación por añadidura, ejerciendo el ministerio judicial desde su departamento, político y solo político en su esencia, francamente, como deroga todas las nociones del derecho público moderno, perturba todos los intereses conservadores, eternamente representados por todos los gobiernos. Y no hay salida, siquier afirme la prensa ministerial francesa que se ha encargado Loubet de la sentencia judicial entre los jornaleros y los propietarios de la mina por virtud y obra de su carácter de ciudadano y no por virtud y obra de su carácter de ministro. Esta distinción sofística me recuerda el distingo de aquel célebre Papa guardador de cerdos, del Papa de las muletas, llamado Sixto V, quien, como un Cristo milagrero hiciera milagros á favor de los enemigos del Pontificado suyo, y sudara sangre roja en doble detrimento de su poder monárquico y de su poder espiritual, asió un martillo con fuerza, y yéndose á él con resolución, lo rompió en pedazos diciendo: «Como Cristo, te saludo; mas, como madero, te parto.» ¿Cuál medio se podrá emplear para dividir á M. Loubet en ciudadano y ministro, tratándose de materias que son públicas y de gobierno? La manía del sofisma se palpa con sólo detenerse á considerar cómo Loubet, ciudadano, nunca jamás hubiera podido, respecto de cosa tan tocante al poder público y á las facultades del Estado como las amnistías, prometer lo prometido y anunciado por M. Loubet, ministro. El caso, dígase cuanto se quiera, para cohonestarlo con cualquier broma de sentido común, ha indignado á unos y afligido á otros, entre los amantes de la libertad en Europa. Sólo han vencido en toda la línea los radicales, que han marchado de ceca en meca para interponerse con escándalo entre unos huelguistas amenazadores y un Gobierno amenazado, reteniendo las tropas aquí, allá posesionándose de las prefecturas, más lejos acometiendo con tales y tan ruidosas invasiones al poder ejecutivo y al

poder legislativo, que la indispensable autoridad del Estado queda por los suelos y los huelguistas hacen aquello que les ha placido con riesgo del orden general y en detrimento de la obediencia por todos á los poderes públicos debida y de la sujeción del pueblo á las leyes. Como la sociedad produce cuanto necesita, mientras no haya verdadero gobierno en Francia, estarán los franceses amenazados del cesarismo y de la dictadura.

IV

Hay muchas razones para quejarse de que Francia se incline con peligrosa inclinación á una izquierda, en la cual se ocultan innumerables abismos; y hay muchísimas razones más para quejarse de que Bélgica se incline con peligrosa inclinación á una derecha, en la cual se ocultan abismos de otro carácter no menos profundos y tristes. En la naturaleza cada cosa engendra su semejante y en la política engendra su contraria cada cosa. Así, las inclinaciones de Francia hoy hacia una revolución desmedida engendrarán una desmedida reacción; y las inclinaciones de Bélgica hacia una desmedida reacción engendrarán una desmedida revolución. Está en lo peligroso el Gobierno francés aceptando el socialismo autoritario y está en lo peligroso el Gobierno belga rechazando el sufragio universal. No hay medio de reducir la propiedad moderna individual á un acervo común del que participen los trabajadores todos; mas tampoco hay medio de negar al pueblo la igualdad política, lógico y necesario complemento de la igualdad civil. En dando una sociedad á sus componentes idénticas condiciones de derecho y amparándolos por igual contra cualquier atentado á tal derecho, luego no necesita curarse del empleo de las facultades varias libres y del bien ó del mal aportado á cada uno por su propia natural actividad y su libérrimo albedrío. No debe un Gobierno como el francés entrar en las competencias entre jornaleros y capitalistas, sino para dar seguridad al derecho de las dos partes disidentes, cual no debe un Gobierno como el belga, proclamando la igualdad de deberes en la tributación al erario y en el servicio al Estado, oponerse luego á la igualdad de derechos en el campo electoral y en el Parlamento moderno. Sin embargo, Bélgica resiste aquello que no puede impedir. Mientras el pueblo aparece cada día más apasionado del voto popular, aparece cada día más enemigo el Gobierno. Todas las medidas de transacción propuestas por los jefes de las fracciones parlamentarias diversas han sido por la Cámara total rechazadas con una increíble arrogancia que retaba locamente al pueblo trabajador y comprometía mucho la suerte del orden público en lo por venir. La forma directa del sufragio popular existente hoy en España, y que reconoce á cada ciudadano mayor de edad y en el pleno ejercicio de sus derechos civi-

les el voto; la forma indirecta, los grados en sus diversas escalas, que dejan á una junta elegida por sufragio universal el ministerio de nombrar los diputados; la indeclinable abolición del censo propuesta por Janson, á pesar de no querer decir tanto como lo dicho por el voto personal y directo; hasta la condición de tener una vivienda particular para ejercer el derecho de sufragio como pasa en Inglaterra; todo ha sido rechazado por una Cámara ciega, la cual no ha caído en la cuenta de cómo se airan y enfurecen los pueblos si tienen razón y se la niega el poder. Así, los males hechos por los partidos refluyen allá en daño de la monarquía, la cual, por su propia irresponsabilidad, paga todos los desaguisados, cual muestra en este instante Bélgica, donde se han propuesto las muchedumbres de las grandes ciudades proferir un viva estentóreo al sufragio universal en cuanto divisen por cualquier parte la persona del monarca. Fiestas en público, reaperturas de las Cámaras, funciones regias en el teatro, todo aquello que signifique solemnidad cortesana ó que reuna gente altísima, veráse turbado por el clamor al sufragio universal, demostrativo del estado de violencia en que han entrado espíritus de suyo gobernables y pacíficos. El rey Leopoldo de Bélgica, debía recordar cómo su padre reinó hasta su muerte, desde el año 30, por haber cedido; y cómo su abuelo, Luis Felipe, cayó del trono en 48 por haberse resistido al sufragio universal. Y ahora, tras tantos lustros, en plena democracia, yendo las sociedades cada día más desde los antiguos tipos militares y realistas al tipo trabajador y republicano; cuando el sufragio universal impera en Francia y en Alemania y en Suiza y en España, restringiéndose cada día más el antiguo privilegio en Italia y en Inglaterra, no tiene ninguna explicación plausible la tenacidad empleada para impedir esta reforma en el pueblo, que había pasado siempre por un modelo acabadísimo y perfecto de la libertad parlamentaria y constitucional en nuestro Continente, libertad constitucional, á cuyo evolutivo desarrollo se debiera la paz firmísima y la prosperidad creciente, tan lisonjera para sus leyes y sus instituciones. Corren iguales peligros, aunque por contrapuestas causas, Francia exagerando el sufragio universal y Bélgica resistiéndolo. Será muy vulgar el principio; pero no hay ninguno tan averiguado y cierto: el bien total está en dar á cada uno sus respectivos derechos.

V

Y los pueblos libres deben aprender en cabeza ajena hoy, no exponiéndose á perder el bien más precioso de la vida: su facultad de gobernarse á sí mismos, por cuya virtud se preservan de toda dictadura y de todo cesarismo. Bajo ningún aspecto convida la experiencia de los germanos á la forma imperial del gobierno. Su joven César. aquejado de garrulidad constante; su

grande antiguo canciller, hoy reducido á continuas murmuraciones de vieja gruñona; su nuevo canciller, cada día más zaherido por el predecesor y más puesto en ridículo; las amenazas de una subida en el contingente, así activo como sedentario, á cuatro millones y medio de soldados; la cancerosa llaga del presupuesto, tan recrudecida; el socialismo, tan invasor; la disposición del pueblo al gobierno de sí mismo, disminuyendo en las parálisis y ataxias producidas por el desuso y por la inercia; una guerra en continuo relampagueo; bajo los piés un suelo subvertido por la revolución social; arriba la inteligencia entre Rusia y Francia, mientras abajo la utopía mesiánica del esclavo; la filosofía terrorizante de la fuerza bruta y de la fatalidad mecánica y de la lucha universal, imitada para mayor tristeza de los extraños, cuando Alemania guió hace apenas diez lustros el pensamiento filosófico europeo; sus letras, que maldicen á Francia y la imitan hasta en los extravíos zolescos ¡ah! son cosas para disgustar del cesarismo y para sugerir la creencia de que hay tanta distancia entre los imperios absolutos y las naciones libres, como entre los seres acuáticos que viven en atmósfera donde predomina el hidrógeno y los seres racionales que viven en atmósfera material donde predomina el oxígeno y en atmósfera moral donde predominan la libertad y la idea. Poco menos que de hipnótico ha calificado el gran Bismarck al joven Emperador y poco menos que de cabo, al viejo Caprivi. Los ha puesto como no digan dueñas, de oro y azul. Quien apenas consentía ninguna oposición ó la castigaba con mano férrea, hoy se permite oponerse á todo y á todos en la más repulsiva forma de oposición, en coloquios escritos por los interrogantes reporters contemporáneos, tan curiosos como infieles y molestos. Todo lo critica él que todo lo ha hecho. A nada se conforma de cuanto y arbitra el Emperador después de habernos presentado el cesarismo como un cielo, cuando él en ese cielo tronaba, y como dioses los Césares que lo escuchaban y le obedecían. Las complacencias serviles con el estado mayor de los socialistas, compuesto de las numerosísimas cabezas doctorales y vacías, que forman la legión del socialismo llamado de la cátedra; la enemistad con Rusia, generada por sus servicios al Austria y á Inglaterra y aun á Francia en el Congreso de Berlín; los excesivos armamentos, bajo cuya pesadumbre toda la industria germánica padece y toda clase de trabajo marra y se frustra; el poco alcance de las facultades concedidas á los Parlamentos y el poco poder de la prensa, perseguida por procesos continuos, si digna é independiente, ó cohechada por los fondos reptilescos, si ministerial y oficiosa; todo cuanto ha constituido ese sistema, cuyos vacíos no podían llenar ni los aumentos del territorio, ni las vanaglorias del triunfo, ese sistema, del cual ha sido Bismarck primer factor, ayudado por la natural autoridad sobre los alemanes del emperador

Guillermo y por la competencia científica en materia militar del mariscal Moltke ¡ah! se viene al suelo, y porque cogen sus escombros, primero que á nadie, á su ciego arquitecto, se queja éste, sin comprender que más ha cogido y aplastado aún á su misérrimo pueblo. Pero lo más donoso del caso está en que, después de haber hablado á roso y belloso Bismarck y hecho la oposición á troche y moche; llamando al Emperador neurótico y al Canciller ranchero; después de haber partido en apertísima guerra contra todas las instituciones por él ideadas y contra todos los métodos políticos puestos por él en boga, se nos ofrece como un doctrino cabizbajo, que no levanta los ojos del suelo, y dice á quien quiere oirle cómo su militar uniforme le imposibilita para combatir al Gobierno y le constriñe á estar mudo é inerte, pues imposible penetrar en son de rebeldía, y como insubordinado, dentro del gran cuartel que se llama el Imperio de Alemania. Pero el Emperador y Caprivi no se lo han dejado decir dos veces; y según el telégrafo así que han oído de labios del ex-Canciller la bufona especie de la imposibilidad completa en que se halla de hacer la oposición, porque viste un uniforme militar, han convenido en desvestirlo de tal impedimenta, hiriéndole do más le podía doler y retándolo al Parlamento. No hay tragedia con el interés de la historia. Una filosofía que se idea ó se piensa, no puede compararse con una filosofía que se vive y se practica. Este colosal estadista, devorado por los colosales buitres salidos de sus propios colosales errores, más enormes que sus victorias cruentas y sus grandezas faraónicas, está sobre la picota, como titiritero en tablado, retorciéndose y blasfemando bajo tormentos de una expiación grandísima para él y de una enseñanza moral incalculable para todos.

VI

Mientras así grita Bismarck, el Emperador celebra oficios religiosos conmemorando la estancia de Lutero en Witemberg, donde poco á poco el monje agustino ideó y rumió aquella Reforma protestante, de la cual debía surgir todo el poder prusiano y toda la influencia ejercida por el Norte sobre el Mediodía de Alemania. Cual nosotros, los españoles, glorificamos el año 400 de aquel 12 de Octubre casi litúrgico, en que Colón encontró el Nuevo Mundo, los alemanes luteranos, por su parte, celebran el año 375 de aquel 30 de Octubre litúrgico, en que Lutero quemara la bula del Pontífice León X referente á las indulgencias. Fecha de tal importancia, que ha fecundado casi el alma de la Germania moderna, bien merecía los homenajes ofrecidos por los avivados al relampagueo de aquellas tonantes y tempestuosas ideas, las cuales trascienden hasta innumerables generaciones, apartadísimas de ellas, como los efluvios de lejana irradiación magnética, ra-

diosos y difusos en el espacio infinito, mueven los imanes y los aceros perdidos en el abismo de los más opacos y más diminutos planetas. En la iglesia de Witemberg se conserva la tumba de Lutero; y aunque haya el propio luteranismo abrogado la reverencia y culto nuestro á las reliquias, no ha podido abolir el respeto y la veneración, ocultas en el fondo de la humanidad, hacia lo que recuerda un trascendental hecho histórico, y por ende tiene un gran poder moral. Visitada la iglesia de Witemberg, y venerado el cuerpo de tal revolucionario teólogo, en la intensidad permitida por la victoria de la revolución, hechura de su palabra; los emperadores de Alemania y sus reyes vasallos hanse creído en la obligación de ofrecer con otras festividades homenajes nuevos á Lutero. Todas estas ceremonias, en que la cabeza visible del pueblo alemán, ceñida por la corona cesárea, se levanta sobre los reyes sometidos, están por tal modo en las tradiciones germánicas, que ha debido reproducirlas en cuantas ocasiones se le han prestado de verdadera oportunidad, Wagner lo mismo al llegar el misterioso caballero Lohengrín, típico é ideal, en su carro de nácar tirado por gigantesco cisne, que al reunirse los maestros en el segundo acto del *Tanhausser* á cantar versos acompañados por las violas melodiosísimas. Así el regente de Brunswich, el príncipe de Meiningen, el gran duque de Oldemburgo acompañaban al Emperador en esta especie de ópera real y vívida, formándole un coro, en el cual, acaso tengan menos resonancia su palabra que cualquier voz de corista en cualquier concertante clásico. Llegados todos al punto de reunión, á Witemberg, pasaron por la casa de la villa, muy respetada en Alemania siempre, y desde allí se dirigieron á la iglesia, entonando uno de los cánticos más sublimes que jamás se han oído en el mundo: la severa salmodia conocida con el nombre de Coral de Lutero. No recuerdo nada tan hermoso en música y canto como las serenatas andaluzas por una sola voz, seguida ó acompañada del pespunteo de la guitarra, cuyas cuerdas lloran en cadencia unísona de una melodía y de una tristeza indecibles, las cuales dejan muy atrás en elegíaca sublimidad el treno y la guzla semíticos. Pero tampoco he oído en grandes masas vocales nada que se acerque á un coro alemán bien dirigido y cantado. Como el andaluz y el gallego han de cantar solos, aquél sus serenatas á la hora del ruiseñor, éste sus alboradas á la hora del gallo, los alemanes han de cantar en coro, y sus coros, tan disciplinados como sus ejércitos, superan en armonía de conjunto á todo imaginable concierto. El coral de Lutero, cantado por una población entera, os producirá los escalofríos y los sacudimientos de una emoción sublime. Y en Witemberg, animados por la fe religiosa de cada uno y el mutuo comunicativo entusiasmo de todos, resonaría con resonancia extraordinaria. Tras el coro popular por la calle y el oficio divino en la

iglesia, hubo un almuerzo en el hogar mismo que albergó á Lutero, secularizado por su abandono de la religión que le impuso su claustro, y unido en matrimonio á la monja secularizada también y célebre bajo el nombre de Catalina de Bora. En el almuerzo, asió Guillermo II la copa, donde tantas veces bebiera Lutero cerveza, y pronunció un verdadero brindis-sermón, lleno de pensamientos religiosos, expresivos de la confesión del dogma evangélico hecha en aquel día y en aquel sitio por sus labios imperiales, así como de la esperanza en que la libertad espiritual, por este dogma evangélico traída, será segura prenda de verdadera paz. Digámoslo ahora, puesto que tantas veces hemos criticado con acerbidad y acritud las palabras del joven César: su arenga, reflexiva y mesurada, correspondió tanto con el ministerio de quien las pronunciaba, como con aquella excepcional y solemne ocasión. Entre las fiestas religiosas también hubo fiestas laicas, y entre las fiestas laicas dos curiosísimas: una procesión histórica, compuesta de gentes vestidas á la usanza del tiempo solemnizado, y un drama casi litúrgico, hecho para colocar grande público en el hipódromo de la caballería que guarnece la ciudad. Nuestra malicia meridional no se ajusta jamás bien al desempeño de ciertos papeles, representados con una ingenuidad sencilla por el candor alemán. Plástica nuestra imaginación busca el ser efectivo tras el ser supuesto, mientras nebulosa la imaginación germánica gusta de la ideal incertidumbre como gusta de la vaga neblina. Por eso, mientras en España se monta con dificultad una fiesta histórica de tal género, á causa de que nadie mira en una evocación de la reina Isabel, por ejemplo, la persona representada, sino la representante; nadie se acuerda en Alemania de que la tía fulana de tal barrio hace la madre de Lutero y que hace el tío fulano de tal otro barrio el elector Federico. Pero, ¿cómo decimos esto? Guillermo II ha sido en cierta medida y hasta cierto punto actor durante tales representaciones, pues en el drama religioso, historiando la vida de Lutero en acción, como cantaran los actores tres ensayadas estrofas del coral arriba recordado, el Emperador se puso de pié, y con la cabeza descubierta y erguida, la voz alta y resonante, los ojos puestos en el cielo y la mano en su espada, cantó con sus súbditos en un grandiosísimo coro. No se han malogrado estas festividades, cuando hase oído en todas ellas propósitos de respeto á la conciencia humana y á la libertad religiosa.

VII

El hecho celebrado en esta festividad trascendió á todo el género humano y por lo mismo á todos nos interesa igualmente. Cada pueblo presenta el respectivo título y la respectiva obra en el juicio universal de la historia: Inglaterra el Parlamento moderno,

Francia la revolución política, España las revelaciones del cielo y del planeta con el Nuevo Mundo y el cielo austral adivinados por sus divinas intuiciones, Italia el renacimiento literario y artístico, Alemania la reforma religiosa. Conociéndolo así el emperador Guillermo, ha reivindicado este grande servicio para la tierra, que los caprichos del sistema hereditario sometieran á su absoluto poder y á su imperial cesárea voluntad. Pero, aun reconociendo cuanto la reforma hiciera en pro del bien común, precisa reconocer cómo en sus caracteres predominaron el interés local de aquella tierra y el temperamento fisiológico de aquella raza, mucho más que en los caracteres de las demás obras universales antes conmemoradas. Detengámonos un poco ante tal consideración. Los tiempos tomaban en la sazón, que han celebrado el Emperador y sus reyes, un aspecto bien terrible y una solemnidad bien grande. El deber de reformar la Iglesia, y aun la imprescindible necesidad, penetraban de suyo hasta en la corte romana, la cual parecía en aquel momento histórico, cual se dice ahora, una corte de Júpiter. Pero esta idea de la reforma no tenía, cuando Lutero comenzara sus predicaciones, á principios del siglo XVI, delante de sí, el tiempo y el espacio que tuviera cuando se presentaba pujantísima en los Concilios de Basilea y de Constanza, es decir, á mediados del siglo XV, en los Concilios, únicos dotados con fuerza bastante á evitar la revolución religiosa y traer la democracia cristiana. Citábase para el otoño de 1516 el Concilio reformador en Letrán; y este Concilio, por la hora de su convocación, por el sitio y lugar de sus sesiones, por el decaimiento de la clerecía, por el predominio de los Papas, iba necesariamente á resultar, no un congreso de reformadores, un conventículo de cortesanos. Hablábase de una reforma del cuerpo eclesiástico en su cabeza y en sus miembros; pero nada se hacía por conseguirla. Lutero anunciaba á la multitud la inutilidad de aquella reunión, y como inútil con grandísima elocuencia la delataba en discurso consagrado á su amigo, el preboste de Leiszken, quien debía ir á Roma por aquel otoño y sentarse con derecho en el pontificio parlamento. Furgens, historiador de Lutero, trae tan importante discurso, en el cual proclama el reformador la obligación que tenían los sacerdotes católicos, dadas tan supremas circunstancias, de alcanzar la regeneración espiritual del pueblo por la divina palabra y por el santo ejemplo. Hubiera querido Lutero disponer de los fragores del rayo para mostrar con sináicos relampagueos y truenos y centellas esta verdad al pueblo sacerdotal y eclesiástico. Urgía, en su concepto, un remedio eficaz y pronto. La doctrina religiosa zozobraba en tradición muy confusa, y el pueblo perdía la luz de sus ojos en las supersticiones sobrepuestas á los dogmas. «Hagáis en el Concilio lo que os pida el gusto—exclamaba—no habréis hecho cosa ninguna, si no acertáis con el medio de obligar á los sacer-

dotes al abandono de las tradiciones puramente humanas y á la predicación purísima é ingenua de los divinos Evangelios.» He ahí toda la filosofía que generaba este instante supremo; he ahí la idea que flotaba en los aires, en las conciencias, extendiéndose desde la raíz de la vida total hasta los altos cielos. En ninguna de las otras crisis históricas aparece tan claro como en ésta que descuidar la reforma equivale á traer la revolución. Cuando los Estados poderosísimos se formaban, y el feudalismo de la Edad Media se caía, sonaba la hora en el reloj de los tiempos, sonaba, sí, la hora providencial y suprema, de volver á las fuentes del Evangelio, y aplicar á la vida los apólogos y las enseñanzas del cristianismo renovado y viviente. Tres grandes cosas sobrevienen al mundo en aquella época genésica de principios del siglo XVI: un pontificado literario, un renacimiento artístico, una reforma religiosa. Estos tres grandes factores debían sumarse á una en la obra común de la humana cultura, y no dividirse, como se dividieron y separaron, para eterno dolor del mundo moderno y para eterna desgracia del linaje humano. Eran como el cuerpo y el alma, como el pensamiento y la voluntad, como la luz y el calor. Separarlos equivalía ciertamente á separar el tiempo de sus obras, el pensamiento de su acción, el principio de su consecuencia. El renacimiento podía ser artístico sin dejar de ser cristiano; la reforma podía ser cristiana sin dejar de ser universal y latina; el pontificado podía ser máximo y uno y católico sin dejar de ser la presidencia de ortodoxa república. No pasó esto, y por no haber pasado, vinieron gravísimos desastres. El pontificado buscó, cada día más, en su necesidad de salvarse y defenderse, una organización propia de la defensa, una organización guerrera, jerárquica, déspota, una organización de combate, porque no hay definición de la guerra comparable á ésta: un despotismo colosal oponiéndose á otro colosal despotismo. La reforma, por su parte y á su vez, en el afán de cambiar el dogma sin cambiar la esencia del cristianismo; si bien trajo el principio de libérrimo examen, que nunca le agradecerá la humanidad bastante; si bien dió al pueblo la lectura de los libros santos, cayó en los dogmas agustinos, exageró la predestinación y la gracia, combatió la sabia doctrina pelagiana del libre albedrío en el momento mismo en que la resurrección de esta doctrina tenía hasta el carácter de verdadera oportunidad. Luego, declarada la reforma en abierta rebelión, tuvo que acudir al auxilio de los príncipes cristianos y tuvo que perder lo más necesario á su desarrollo: el espíritu democrático. Fué una iglesia oficial, una iglesia oficinesca, una iglesia monárquica la que debió ser una iglesia democrática, una iglesia liberal y una iglesia republicana. Luego adoleció del mal de todas las revoluciones, el mal de suscitar á los exagerados, de moverlos á ira, de lanzarlos al combate, generando la guerra de los campesinos, es decir, una

furiosa demagogia. No tuvo más que un bien, del cual todavía vive: tuvo los gérmenes depositados con la lectura é interpretación individual de los Evangelios, los gérmenes depositados en la conciencia de libre examen, protoplasma confuso de la moderna libertad espiritual.

VIII

Quería echar un poco de agua en el vino apurado por Guillermo II, recordándole cómo, á la postre, había de traer el examen libre la República en su virtualidad natural, cuando me anuncian una horrible catástrofe sucedida en París y que los telegramas atribuyen á los anarquistas de Carmaux y yo atribuyo al gobierno de Loubet. No puede un Estado tratar como potencia beligerante á la insurrección escandalosa y prometerle asesinas complacencias, sin deshonrarse y sin trocar la sociedad humana en una sociedad puramente animal, de guerra entre todos, impulsados por los apetitos, y de combate á todo aquello que no sirva para la nutrición y la reproducción propias. Lo dije aquí en mis Revistas, desde los comienzos de las huelgas, al ver las increíbles debilidades del Gobierno francés, y su entrada de hoz y de coz dentro de aquello que no le concernía: las diferencias entre los propietarios de las minas y sus trabajadores: tantos errores de una y otra parte debían terminar en pavorosa catástrofe. Ya la tenéis. En cualquier bosque primitivo y en cualquier desierto africano es más fácil presentir, precaver, conjurar una de las naturales asechanzas contra la vida, que en la capital del mundo civilizado, gracias á la ignorancia crasísima de los peligros sociales existente hoy en el estadista colocado por su propia insignificancia y debilidad á la cabeza de un pueblo tan grande y tan digno de ser mejor gobernado como Francia. Queréis fomentar el radicalismo lleno de aspiraciones vagas socialistas; retener las tropas expedidas en represión de los desórdenes y en castigo de los desordenados; volver á su puesto un capataz, empeñadísimo en retenerlo, cuando no puede servirlo; amnistiar á revoltosos condenados en justicia y muchos de ellos reincidentes en crímenes; mandar comisiones oficiosas, compuestas por hombres tan funestos como Clemenceau y Pelletan á los sublevados; meteros como árbitros en cuestiones que atañen á la fuerza pública si traen desórdenes, á los tribunales si traen litigios; y aún os extraña que los así alentados lleguen hasta el mayor de los crímenes y hagan saltar con los estallidos de sus máquinas infernales las casas de París y maten á trabajadores inocentes dejando en el mayor desamparo entregadas al naufragio social familias industriosas y honradas, víctimas de violencias y atentados, que no pueden continuar sin exponeros á la inmediata recaída en el despotismo, encargado de impedir con bárbaros procedimientos el retroceso á la barbarie. Y luego, en

medio de las ruinas humeantes y sobre la sangre coagulada, con el hedor de los achicharrados en las narices y los átomos de los huesos encendidos por la erupción en el rostro, se atreve Loubet á imputar el crimen al pensamiento libre, á las reuniones, á los periódicos, al derecho, cuando hubiera bastado para impedirlo con obedecer á las leyes y no colocar la nacional administración y el poder público á las plantas del crimen. Mas, contemos los hechos. Alentados por las complacencias serviles que ha tenido con ellos el Gobierno francés, los anarquistas de Carmaux, como sabéis, mineros, amenazaban diariamente al Consejo de la Sociedad en su residencia de París, grande Avenida de la Opera, con la dinamita. Conociendo los administradores, por una larga y dolorosa experiencia, cuán fácil al desalmado es prescindir de la conciencia y acometer en su inconciencia un crimen grande, redoblaron las precauciones tomadas de antemano en los alrededores de la residencia social, que tiene sendas fachadas á dos calles. Con efecto, un dependiente de la sociedad, llamado Garín, encontró á la puerta del establecimiento cierta olla ó marmita, envuelta en viejo número usado de un periódico grande, al mediar el día 8 de Noviembre; y temeroso de que pudiera contener un explosivo, la llevó, en compañía de un guardia del servicio municipal diario, al despacho del comisario, sito tras los almacenes del grande Louvre. El petardo, como llamamos á estos explosivos en español, no podía estallar, según dicen los expertos en estas cosas, sino volviendo la olla en sentido contrario á como la dejó el criminal, boca arriba, en lugar de boca abajo, cual estaba en el sitio donde la colocaran. Debieron volverla en la Comisaría, y digo debieron, porque no queda testigo alguno de la catástrofe, pues, á guisa de cráter en erupción, estalló la marmita con estruendo y todo lo devastó con furia. Cayeron los suelos, saltaron los techos, derrumbáronse las paredes; el fuego prendió las vigas, carbonizándolas como por un incendio; una especie de lava en torbellino calcinó las piedras; y entre tantas ruinas causadas por las explosiones perecieron de súbito cuantos estaban próximos del foco de la catástrofe, del terrible devastador explosivo. Al ruido que armó, cayeron casi todos los cristales del barrio; y al humo y al polvo cegáronse muchos de los transeuntes á muchísimos pasos de distancia. No parecía producto artificial aquello de la perversidad humana; parecía terremoto, huracán, ciclón, todo, menos la obra de una mano criminal y oculta con fuerzas casi diabólicas para la destrucción y para el mal. El espectáculo que ofrecía la sangre coagulada y como frita en aceite hirviendo; las cenizas humanas dispersas en átomos negros; los huesos rotos y á medio calcinar; aquí un montón de intestinos semiquemados, allí unas tripas enroscadas como serpientes, más lejos los cuerpos separados de sus cabezas, y las cabezas rodando con los ojos y las lenguas de fuera espantaban como si por un mo-

vimiento demoníaco hubieran surgido al aire vital y á la luz diurna los horrores inventados para castigo de los réprobos en la tormentosa y cruelísima Edad Media. El dependiente de la Compañía que celaba el edificio de su Consejo y recogiera el explosivo en las aceras; el guardia de orden público que le acompañaba y á su lado iba en el trayecto á la calle de Bons Enfans desde la Grande Opera; el escribiente de la inspección que se graduó uno de los días últimos y entró allí desempeñando modesto destino; los guardias de la paz que iban en espera de órdenes; hasta un ratero detenido en el cajón de la policía; todos murieron entre los escombros lanzados por el horroroso estallido. Unicamente la portera del establecimiento y su hija, quienes almorzaban en aquella hora con tranquilidad, pudieron eximirse y escaparse á la catástrofe que hizo estremecer las sillas y saltar la mesa y caer los cristales, pero que las preservó por un verdadero milagro. Cuando llegó el imprevisor ministro de la Gobernación, avisado por el ruido material y el escándalo popular, aún humeaba la catástrofe. Uno de los guardias, que le acompañaban en aquel instante, cayó muerto al terror causado en su ánimo por la emoción. Quien debió morirse fué, con seguridad, el ministro, si tuviera un escrúpulo de sentimiento y otro escrúpulo de conciencia en los dos sentidos dados por nuestro lenguaje á la palabra escrúpulo. Reunidas las Cámaras, el estupor llegó á su colmo. Y, sin embargo, aún hubo socialista que dijo una gracia de tigre, y socialista que intentó diferenciar su horroroso sistema del principio anarquista, cual si una sombra no se pareciese á otra sombra en las tinieblas del mundo. Hubo necesidad imprescindible de prestar por el pronto apoyo al Gobierno y darle un voto de verdadera confianza. Mas el diputado conservador Delafosse, dijo todo cuanto latía en las sienes y en el pulso de los allí reunidos, cuando dijo que debía irse de prisa el Gobierno y dejar aquel puesto á quien desease gobernar. Parece imposible tuviera todavía tanto cuajo M. Loubet que se atreviese sin empacho á dar tras las públicas libertades, inocentes de todo, en vez de dar tras su propia incapacidad generadora de los desastres. Siendo la República el mejor gobierno ¡ah! no puede hallarse, no, en las peores manos. Y llamo peores á los jefes de la política francesa, no por malos, por débiles. El mundo necesita, franceses, que salvéis la democracia, la libertad, la República, con una mayoría parlamentaria conservadora y un sólido Gobierno.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Castelar y su último libro.—*Polémicas y Estudios literarios*, por Doña Emilia Pardo Bazán.—Estreno en la Princesa.

No ha habido en España en todo lo que va de siglo, nombre más ensalzado que el nombre de Castelar. ¿Quién no recuerda lo que acontecía allá por los años que siguieron á la revolución de Setiembre? Cuando el tribuno de la democracia hablaba en el Congreso, las puertas del palacio de las Cortes eran entradas por la multitud poco menos que á viva fuerza. La víspera dormía la gente en las inmediaciones del edificio á fin de posesionarse con tiempo de un sitio desde donde oir al insigne orador. Sus discursos, reproducidos por cien periódicos, eran arrebatados de manos de los vendedores, y en provincias á cada triunfo oratorio, consecuencia obligada de todas las oraciones parlamentarias de Castelar, era cosa de ver en plazas, en cafés, en paseos, corros numerosos de ciudadanos, como entonces se decían, oyendo, entusiasmados, á un lector de buenos pulmones leer á voz en cuello los hermosísimos períodos esculpidos por la maravillosa palabra de nuestro gran tribuno. Con verdad puede decirse que era el nombre de Castelar lo que en el siglo de oro fué el del *Fénix de los ingenios;* pues así como en aquella privilegiada centuria todo lo bueno y excelente era de Lope, así por los años de 1869 y siguientes, cuando se quería ponderar á un orador notable ó á un sabio ilustre ó á un escritor eximio, se empleaba la palabra Castelar como *summum* de lo más perfecto y admirable.

¡Tiempos aquellos inolvidables para el que escribe estos renglones! Entonces yo, como el poeta, amaba todo y sentía como él aquel secreto movimiento

de grandes hechos generoso guía.

La palabra de Castelar, aunque sólo leída, conmovía todas las fibras de mi

ser, y aquellos apóstrofes á las viejas tiranías, aquellos panegíricos de la libertad, aquellas evocaciones de los hechos de nuestra historia llegaban tan á lo hondo de mi alma como jamás llegaron ni la poesía con todo su poder ni la música con todos sus encantos.

Había yo leído que cuando Esquines recitaba en Rodas delante de sus discípulos las arengas de Demóstenes, viéndolos entusiasmados con las palabras del orador de Atenas, solía decirles con noble sinceridad: «¡Oh, pues si hubierais oído á aquella fiera!» Existe, en efecto, una diferencia tan grande entre el discurso leído y el hablado como la que media entre el drama y la representación. Comprendiéndolo así, ardía yo en deseos vehementísimos de oir á Castelar. Al fin, después de mucho tiempo, satisfízose mi deseo. Fué en la tarde del 28 de Febrero de 1888. «Nunca jamás—son palabras del mismo Castelar—como aquel día fué movida la Cámara al eco de mi voz.» En aquella sesión, de imperecedera memoria, comprendí cómo es el poder de la persuasión fuerza tan sugestiva que ante ella ceden por el momento las más arraigadas convicciones, y me expliqué también en virtud de qué impulso el decaído pueblo ateniense, á la voz de Demóstenes, corría á buscar la muerte en Queronea; y por qué Cicerón exterminó á Catilina en el Senado, antes que el ejército leal lo deshiciera en Pistoya; por qué los envilecidos mercaderes de Florencia, heridos por la palabra de fuego de Savonarola, arrojaban sus galas para vestir el sayal del asceta; por qué Mirabeau y Vergniaud, y Lanjuinais y Saint-Just desencadenaron en Francia el huracán más tempestuoso de cuantos han pasado sobre la triste humanidad.

A esa ilustre familia de oradores pertenece nuestro gran tribuno. Nadie le aventaja en esa fuerza persuasiva que ciega el entendimiento y arrastra la voluntad. Podrá la razón fría y aislada discutir sus conceptos y rebatir muchas de sus ideas; pero cuando se está bajo el influjo de aquella palabra privilegiada, no hay más remedio que declararse vencido por la elocuencia del gran artista. Sólo quien no le haya oído podrá tachar de exageradas mis apreciaciones.

*
* *

Si el lector ha admirado esas portadas platerescas, en cuya contemplación se pierden los ojos, ya en afiligranados adornos y primorosísimas labores, ya en bustos admirables, ya en doseletes aéreos, ya en festones, grecas y calados que convierten la piedra en delicadísimo encaje, podrá formarse idea de lo que es cada una de las páginas de la *Historia del descubrimiento de América*. Así como en las susodichas portadas la profusión de los adornos no altera la regularidad de las líneas generales ni la belleza del conjunto; así en la obra del Sr. Castelar el

ornato no oscurece la narración, antes bien la realza y aclara. En medio de todos aquellos primores de estilo y de lenguaje ha sabido el autor engarzar su relato, esmaltándolo con profundas sentencias, con elocuentes digresiones, con descripciones llenas de color y con imágenes deslumbradoras por lo brillantes. Así, por ejemplo, al referir la partida de Colón desde el puerto de Palos, resucita el Sr. Castelar las escenas que debieron presenciar las playas onubenses y las emociones que sintieron sin duda, los que en aquel instante se lanzaban á la peligrosa aventura, y hace vibrar de nuevo los adioses de los que se alejaban y los sollozos de los que veían partir, quizá para siempre, á los marinos. El mar tenebroso le proporciona ocasión para pintar con colores que nada tienen que envidiar á los empleados por Camoëns, el espectáculo del cielo tranquilo y de las olas infinitas. Una tempestad, la aparición de las islas, la candidez de los indios, sus costumbres, todo cuanto constituye la odisea del gran navegante, sirve de motivo al historiador para dejar correr la ancha vena de su imaginación poética y soñadora.

En general, el estilo y el lenguaje se acercan más á la pompa, á la grandilocuencia y á la amplificación oratorias que á la concisión y á la sobriedad de los libros históricos. Castelar es siempre el orador elocuente, cuidadoso, sí, de la verdad del fondo, pero apasionado de la esplendidez y lujo de la forma. A veces esta esplendidez es tan grande y tan predominantes las galas de la imaginación, que la narración histórica, después de haber ascendido en la escala de lo artístico á declamación oratoria, llega á convertirse en canto épico. Párrafos y capítulos enteros hay en la *Historia del descubrimiento* tan saturados de poesía como cualquiera de los libros ó cantos de *Los Mártires*. Y es que Castelar no es sólo un gran orador, es además un gran poeta. En la manera de ver la historia de Colón, en el plan de la obra, en lo acompasado y no sé si decir simétrico de sus capítulos, en la candencia de sus períodos, en el corte de las cláusulas, en el empleo mismo de los vocablos... se descubre á la continua ritmo tan marcado, que en ocasiones llega á acercarse á las musicales ondulaciones del verso. Para comprobarlo no hay sino abrir el libro por cualquiera de sus páginas, y en todas ellas podrá patentizarse la exactitud de lo que dejo dicho.

Quizá alguien ponga reparos á este predominio de lo poético en una obra cuyo carácter histórico la aproxima, más que á otro alguno, al género didáctico. De antemano contesta el autor á tal observación, cuando llama «al poema de la invención del Nuevo Mundo, poema épico siquiera se refiera en prosa por la historia». Esta frase no deja duda acerca de los propósitos del Sr. Castelar. Están, en efecto, en el asunto por él elegido, tan compenetradas la historia y la poesía, que imposible hubiera sido, aunque el historiador se lo hubiera propuesto, separar á la una de la otra. No, no es

posible, ni verosimil siquiera, que un artista como el Sr. Castelar, al referir aquellos arrebatos místicos de Colón, casi fronteros con la locura; al verle quebrantar con la gota de agua de su constancia, el peñasco de la indiferencia pública; al medir el temple de su voluntad de hierro, fija durante treinta años en un mismo pensamiento; al verle después lanzarse á los mares en busca de lo desconocido; al asistir en espíritu al nacimiento de las tierras ignoradas, y al penetrar en los secretos de toda aquella vida nueva que la palabra de un solo hombre hace salir de entre las brumas de los mares, es imposible, digo, que ante todas estas maravillas, hubiese el autor de la *Historia del descubrimiento* ajustado su estilo á la fría aridez de aquellas historias que, según Thiers, deben ser semejantes á un espejo en cuyos lindes, completamente diáfanos, debe desaparecer la personalidad del escritor.

Si el precepto del historiador francés fuese absoluto, sería preciso conceder que el Sr. Castelar había pecado gravemente. Al autor de la *Historia del descubrimiento* se le ve, ó, mejor dicho, se le oye al través de todas las páginas de su libro.

La importancia que el Sr. Castelar concede al elemento estético, no daña en lo más mínimo á la verdad histórica. En su obra no tienen cabida otros hechos que los totalmente comprobados. No faltará, sin embargo, quien niegue, por ejemplo, la estada de Colón en Valcuebo, ni quien rechace la exactitud de algunas fechas, ni quien dispute á Génova el honor de haber sido cuna de Colón, ni quien niegue que muriera el gran Almirante el día de la Ascensión. Pero con ser todos estos pormenores de poca ó ninguna cuenta, no están las opiniones en contrario tan fuera de duda, que hagan suponer la imposibilidad de la defensa en lo escrito por el señor Castelar.

***

«Yo seré un poco á lo Bossuet—escribe el autor en el prólogo de su obra—en mis miramientos con la providencia de Dios ó un mucho á lo Hegel en mis convicciones de que la idea humana, el conjunto de ideas humanas, constitutivo de la civilización terrestre, se determina en series lógicas por medio de un movimiento lógico interno ajeno en absoluto á nuestra voluntad individual.» Castelar armoniza á Bossuet con Hegel, y estos dos nombres que á espíritus escrupulosos podrán parecer antitéticos, resultan en la *Historia del descubrimiento* coincidiendo en el punto esencial de sus respectivas doctrinas. Porque, en último extremo, ¿qué es ese movimiento lógico interno sino el resultado y consecuencia de aquel *La humanidad marcha y Dios la guía*, que constituye el principio fundamental del discurso famosísimo del Aguila de Meaux? En rigor, existe una verdadera concordancia entre dos tan opuestos filósofos. No pretenderé yo

explicar á Hegel; pero sí diré que cuanto más le leo tanto más me parece vislumbrar la intervención de la Providencia en aquella «realidad absoluta de la idea que lleva en sí la razón de lo existente». Mas prescindiendo de cuestiones metafísicas, es evidente que en la obra de Castelar la Providencia y «el movimiento lógico interno, ajeno en absoluto á nuestra voluntad», se confunden de tal suerte, que al través de todo el relato se ve siempre á Colón obedeciendo á un mandato imperativo que, si responde al plan general y preestablecido de las series lógicas de la historia, es merced á una inteligencia suprema que ordena y dispone todo lo que es y lo que ha de ser.

A otro elemento histórico otorga el Sr. Castelar capitalísima importancia: el medio ambiente. Como Taine, acude para explicar muchos hechos de la Historia á esa teoría tan de moda en nuestro tiempo, y aunque no la lleva hasta la exageración del autor de las *Notas* acerca de Inglaterra — quien llega, dicho sea de paso en su *Filosofía del Arte*, hasta á explicar los cuadros de Rubens por la abundancia de las lluvias en los Países Bajos, teoría á que de seguro no hubiera llegado ni el mismo Tales de Mileto con haber sostenido que el principio de todas las cosas era el agua — es lo cierto que le concede papel importantísimo en la explicación de los sucesos y en el desarrollo de los caracteres. Partiendo de aquí, explica sabia y concienzudamente el caracter de Colón, en cuyo espíritu hubieron de concentrarse y tomar cuerpo, no sólo las circunstancias geográficas de su patria, sino la vida toda del siglo XV, tan fecunda en novedades, en esperanzas y anhelos emanados del Renacimiento, «verdadero día de Pascua, después del Viernes Santo de la Edad Media», según frase tan feliz como gráfica del Sr. Castelar. Los incidentes de la vida del sublime navegante son, durante cincuenta años, preparación providencial ó lógica, según los gustos del que leyere, que van trazando el paralelógramo de las fuerzas, cuya resultante ha de ser el descubrimiento de América. Su viaje á Lisboa, su misma estrechez que le obliga, para ganar la subsistencia, al estudio constante de la Geografía y de las Matemáticas á fin de dibujar sus cartas de navegación; sus viajes, sus conferencias con los pilotos que pululaban en los muelles de la capital portuguesa, su matrimonio con la descendiente de los Palestrello, su estancia en Porto Santo, su venida á España, su ida á Palos de Moguer... todos estos sucesos dispuestos por una superior sabiduría, son el prólogo de aquel drama gigantesco que había de terminar en la playa hermosa de Guaraní.

Fortalecida el alma del gran genovés por las amarguras que hubo de sufrir en Portugal, síguese haciendo potente en ella la fuerza imperiosa á que siempre obedece el genio, á quien, no sin causa, se le ha llamado el hombre de Dios. Era preciso, conforme á los planes de la Providencia, que fuese España la nación que borrase la enga-

ñosa leyenda de las columnas de Hércules. Para ello, era menester que Colón no saliese de España, que esperase, por tiempo indefinido, la terminación de los importantes sucesos que por entonces preocupaban á los reyes de Castilla, á fin de que los católicos monarcas diesen oídos á aquel aventurero que ofrecía un mundo á cambio de tres pobres carabelas. El hecho providencial que determina la permanencia de Colón en España, no se hace esperar; el amor encadena al marino en nuestra patria. Sin doña Beatriz Enríquez de Arana, Colón, quizá desfallecido por el peso de tantas contrariedades como agobiaron su azarosa vida y despechado por los obstáculos de todo género que le salían al paso, no hubiese sobrellevado, sin abandonar á Castilla, aquellos siete años de dolorosísima espera.

Así van entrelazándose los sucesos en la *Historia del descubrimiento* y mostrándose, ya lo exprese claramente el autor, ya se desprenda de la misma sucesión de los hechos, la necesidad, y quien dice necesidad, dice lógica, y quien dice lógica, dice ley inteligente y eterna, que interviene en la vida de Colón como en toda su historia, como en la historia de todas las naciones. Que así como no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios, ni un solo latido del corazón humano, ni un solo destello de la inteligencia del hombre, dejan de estar regulados y encaminados á un fin por el incomprensible Autor de lo creado.

***

No se contiene tan sólo en la *Historia del descubrimiento* la narración de los hechos externos que terminan en el gran acontecimiento del siglo xv. Paralelamente á este relato, ha escrito el Sr. Castelar la historia del alma del genovés. La mirada del gran escritor ha penetrado hasta los últimos repliegues de aquella alma abismo, que, como el Océano refleja el cielo, reflejaba todas las grandezas y las flaquezas todas del Renacimiento, época semejante á un crepúsculo en que las sombras de una edad que muere luchan todavía con los resplandores del día que nace. No convierte el Sr. Castelar á su héroe en dechado de perfecciones, ni le regatea, como tantos otros escritores colombinos, grandes cualidades. No hace de él ni un santo, ni un réprobo; nos da á conocer al hombre tal como fué, tal como debió ser, con sus éxtasis y arrebatos de vidente y con ruindades de mercader; con la intuición de su destino providencial y con sus instintos de desatentada codicia, grande como un semidiós y mezquino como un negociante, despreciando su vida en medio de los peligros del Océano y despojando al marinero de Triana de su miserable propina, «cándido como paloma, y astuto como serpiente»; mezcla, en fin, del limo de la tierra y de la esencia divina.

Es acaso lo más atractivo del libro del Sr. Castelar, el análisis delicado con que nos va mostrando las diversas fases por que pasa el alma del marino, los sentimientos contradictorios de su corazón y el choque y relampagueo de

sus ideas en su mente. No otros que los analizados por el autor de la *Historia*, debieron ser los pensamientos que bullían en el alma de Colón al lanzarse con sus naves en los ignorados senos del horizonte ó al penetrar en el mar tenebroso ó al ver brillar en la oscuridad la luz anhelada que anunciaba la tierra prometida. Sólo un entendimiento tan soberano como el del Sr. Castelar, ha podido hacernos sentir aquellos desfallecimientos, aquellos anhelos, aquellas plegarias, aquellas tempestades encerradas en el alma del heroico descubridor del Nuevo Mundo.

Después de lo dicho, sólo me resta añadir que tal libro digno es de tal autor.

Colón explicado por Castelar: esta frase resume todo cuanto pudiera decirse de la *Historia del descubrimiento de América*. Tamaña empresa para él solamente estaba guardada.

***

El tomo sexto de las obras completas de doña Emilia Pardo Bazán se titula *Polémicas y estudios literarios*, y comprende los trabajos de crítica que la insigne escritora ha publicado en los periódicos más importantes de España y en la revista mensual titulada *Nuevo teatro crítico*.

Cuantos han leído *La Cuestión palpitante*, uno de los libros de más importancia literaria entre los escritos en los últimos diez años, conocen la sagacidad en el análisis, la independencia de criterio y la seguridad de juicio para apreciar el mérito de las obras artísticas de la Sra. Pardo Bazán.

Y si estas cualidades, unidas á las demás que como estilista y pensadora reune la autora de *Los Pazos de Ulloa*, de *Bucólica*, de *Morriña* y de tantos otros libros admirables, aún se encuentran nuevas dotes en sus *Polémicas*, en las que no se sabe qué admirar más, si el vigor siempre cortés en el ataque, el razonamiento siempre sólido en la defensa y la penetración siempre sutil para encontrar el punto vulnerable del contrario.

Digan si estas afirmaciones son ciertas los que lean, si es que ya no los han leído, los artículos escritos por tan temible polemista con motivo de los *resquemores* de Pereda. No fué ciertamente el autor de *Sotileza* quien en aquella lid obtuvo los honores del triunfo.

Dificilísimo sería señalar uno por mejor entre tantos y tan buenos estudios como comprende la presente colección. Todos son excelentes, y á decir verdad, iguales en mérito; igualdad muy poco frecuente aun en los escritores más eximios, y que en mi concepto depende del buen equilibrio y sanidad perfecta de las facultades estéticas de la eminente escritora.

***

De teatros poco habré de decir. El único estreno que merece consignarse

es el de la comedia *Luisa Paranquet*, original de Dumas hijo y de Durantín, y puesta en lengua castellana por el distinguido crítico de teatros don Pedro Bofill. El traductor de *Luisa Paranquet* ha demostrado con su trabajo cuán exacto conocimiento tiene de la escena y cuán bien sabe graduar el efecto en el público de las producciones teatrales.

La comedia por él elegida despierta desde la primera escena el interés de la curiosidad, interés que va en aumento á medida que la acción adelanta y que van surgiendo los diversos incidentes imaginados por los autores. La fábula de la comedia estriba en la lucha que se establece entre una madre perversa é intrigante y un padre noble y honrado, éste por retener á su lado y aquélla por arrebatársela á una hija inocente y angelical, fruto de amores clandestinos. La honradez vence al fin, la madre se arrepiente, el traidor es castigado, la hija se casa á su gusto, y todos felices.

Como en la obra abunda el sentimiento de buena ley, como los afectos están bien expresados y bien presentadas las situaciones, el público pasa por alto algunos lunares que fácilmente pudieran señalarse ya en cuanto á la identidad de los caracteres, ya en lo artificioso de algunas escenas, ya, finalmente, en la forma un tanto amanerada en que se expresan los personajes.

En general, la ejecución de la obra confiada á la compañía del teatro de la Princesa fué bastante aceptable. Vallés en su papel de abogado enredador y Sánchez de León en el de padre de la joven, han obtenido verdaderas ovaciones.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

ÍNDICE

	Páginas.
Miguel, por el Conde Léon Tolstoy	5
Los dos ancianos, por íd. íd	27
Hedda Gabler (drama en cuatro actos), por Enrique Ibsen	51
Un desesperado, por Iván Turguenef	112
Cavallería rusticana, por Verga	135
Pierrot, por G. de Maupassant	141
Un salón en el mes de Diciembre, por Sofía Gay	146
El Pesimismo en el siglo XIX, por E. Caro	154
Filigranas (poesía), por Ricardo Palma	169
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro	170
Crónica internacional, por Emilio Castelar	184
Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas	200

España moderna

AÑO IV NÚM. XLVIII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

DICIEMBRE—1892

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL VERDUGO

Á MARTÍNEZ DE LA ROSA

En el campanario de la pequeña villa de Menda acababan de dar las doce de la noche. En aquel momento, un joven oficial francés, apoyado en el pretil de una larga terraza que costeaba los jardines del castillo de Menda, parecía abismado en una contemplación más profunda de lo que permite el indiferentismo de la vida militar; preciso es decir, sin embargo, que nunca se vieron hora, sitio y noche más propicios para la meditación. El hermoso cielo de España extendía una cúpula azul sobre su cabeza. El centelleo de las estrellas y la suave luz de la luna iluminaban un delicioso valle coquetonamente extendido á sus piés. El comandante de batallón, apoyado en un naranjo en flor, podía ver á cien piés por bajo de él la villa de Menda, que parecía haberse puesto al abrigo de los vientos del Norte al pié de los peñascos sobre los cuales se levantaba el castillo. Volviendo la cabeza veía el mar, cuyas aguas brillantes limitaban el paisaje con un ancho marco de plata. El castillo estaba iluminado. Mezclados con el lejano murmullo de las olas, llegaban hasta él el alegre tumulto de un baile, los acordes de la orquesta, las risas de algunos oficiales y de sus parejas. La frescura de la noche daba una especie de fuerza á su cuerpo, fatigado por el calor del día. Y, en fin, los jardines estaban poblados de árboles tan olorosos y flores tan suaves, que que el joven encontrábase sumido en un baño de aromas.

El castillo de Menda era propiedad de un grande de España, que á la sazón habitaba en él con su familia. Durante todo aquel sarao, la mayor de las hijas había mirado al oficial con un interés marcado de

tal tristeza, que el sentimiento compasivo expresado por la española, podía ser muy bien la causa de las meditaciones del francés. Clara era hermosa; y aun cuando tenía tres hermanos y una hermana, los bienes del marqués de Leganés parecían bastante considerables para hacer creer á Víctor Marchand que la joven hubiera de llevar una rica dote. Pero, ¡cómo atreverse á imaginar que la hija del anciano más imbuido de su grandeza que hubiese en España, pudiera ser dada en matrimonio al hijo de un tendero de París! Además, odiábase á los franceses. Habiendo sospechado el general G., que mandaba en la provincia, que el marqués preparaba un levantamiento á favor de Fernando VII, el batallón de que era comandante Víctor Marchand, había sido acantonado en la pequeña villa de Menda, para contener á los campesinos de los contornos, obedientes al marqués de Leganés. Un reciente despacho del mariscal Ney hacía temer un próximo desembarco de los ingleses en aquella costa, y señalaba al marqués como hombre que mantenía relaciones de inteligencia con el gabinete de Londres. Por eso, á pesar de la buena acogida que este español había dispensado á Víctor Marchand y á sus soldados, el joven oficial estaba constantemente en guardia. Al encaminarse á la terraza donde acababa de reconocer el estado de la villa y del campo, cuya vigilancia se le encomendara, preguntábase cómo debiera interpretar la amistad que no cesaba de manifestarle el marqués, y cómo podía conciliarse la tranquilidad del país con las inquietudes de su general; pero desde hacia un rato, esas ideas habían sido desalojadas del espíritu del joven comandante, por un sentimiento de prudencia y por una legítima curiosidad. Acababa de ver en la villa un número bastante grande de luces. A pesar de la festividad de Santiago, había prescrito aquella misma mañana que se apagasen los fuegos á la hora dispuesta en el bando. Sólo estaba exento de este deber el castillo. Vió relucir acá y allá las bayonetas de sus soldados en los puestos de costumbre; pero el silencio era solemne y nada anunciaba que los españoles fuesen presa de la embriaguez de una fiesta. Después de haber tratado de explicarse la infracción de que se hacían culpables los habitantes, encontró en este delito un misterio tanto más incomprensible cuanto que había dejado oficiales encargados de la policía nocturna y de las rondas. Con la impetuosidad de la juventud iba á lanzarse por una brecha para bajar rápidamente por entre las rocas, y llegar así más pronto que por el camino ordina-

rio á un pequeño puesto de guardia situado á la entrada de la villa mirando al castillo, cuando un débil ruido le detuvo en su carrera. Le pareció oir que la arena de las sendas crujía bajo los ligeros piés de una mujer, con paso rápido. Volvió la cabeza y no vió nada; pero llamóle mucho la atención el extraordinario brillo del Océano. De pronto vió un espectáculo tan funesto, que se quedó inmóvil de sorpresa, acusando de error á sus sentidos. Los blancos rayos de la luna le permitieron distinguir unas velas á bastante gran distancia. Estremecióse y trató de convencerse de que aquella visión era una añagaza óptica creada por el capricho de las ondas y de la luna. En aquel momento una voz ronca pronunció el nombre del oficial, quien miró á la brecha y vió aparecer con lentitud la cabeza del soldado por el cual se había hecho acompañar al castillo.

—¿Es V., mi comandante?

—Sí. ¿Qué pasa?—le contestó en voz baja el joven, á quien una especie de presentimiento le advirtió que obrara con cautela.

—Esos desharrapados se mueven como gusanos, y, si V. me lo permite, me apresuraré á comunicar á V. mis observaciones.

—Habla—respondió Víctor Marchand.

—Acabo de seguir á un hombre del castillo, que se ha dirigido por aquí con una linterna en la mano. ¡Una linterna es furiosamente sospechosa! No creo que ese cristiano tenga necesidad de encender cirios á estas horas. ¡Quieren comernos!, he dicho para mí, y me he puesto á examinarle los talones. Así, pues, mi comandante, he descubierto á tres pasos de aquí, sobre un montón de rocas, ciertos haces de leña.

Una terrible gritería que resonó en la villa, de pronto, interrumpió al soldado. Un resplandor repentino iluminó al comandante. El pobre granadero recibió un balazo en la cabeza y desplomóse en el suelo. Una fogata de paja y de leña seca brillaba como un incendio á diez pasos del joven. Los instrumentos musicales y las risas dejaron de oirse en el salón de baile. Un silencio mortal, interrumpido por gemidos, había reemplazado de pronto á los rumores y músicas de la fiesta. Resonó un cañonazo en las llanuras del Océano. Frío sudor corrió por la frente del joven oficial. Estaba sin espada. Comprendía que sus soldados habían muerto y que iban á desembarcar los ingleses. Vióse deshonrado si vivía, y conducido ante un consejo de guerra; entonces midió con la vista la profundidad del valle, y lanzábase hacia él, en el momento en que las manos de Clara se apoderaron de la suya.

—¡Huya V.!—dijo.—Mis hermanos me siguen para matarle. Al pié de las rocas encontrará V. por allí á Juanito. ¡Corra!

Empujóle ella, y el joven la miró estupefacto durante un momento. Mas, obedeciendo bien pronto al instinto de conservación, que nunca abandona al hombre, por fuerte que sea, lanzóse al par que tomando la dirección indicada y corrió por entre peñascales por donde sólo habían andado hasta entonces las cabras. Oyó á Clara gritar á sus hermanos que le persiguiesen, oyó los pasos de sus asesinos, oyó silbar en sus oídos las balas de varias descargas; pero consiguió llegar al valle, encontró el caballo, montó en él y desapareció con la rapidez del rayo.

En pocas horas el joven oficial llegó á la residencia del general G., á quien halló comiendo con su estado mayor.

—¡Le traigo mi cabeza!—exclamó pálido y desconcertado el jefe de batallón.

Sentóse y refirió la horrible aventura. Un silencio espantoso acogió su relato.

—Le encuentro á V. más desgraciado que criminal—respondió al fin el terrible general. V. no tiene la culpa de la fechoría de los españoles; y á menos de que el mariscal decida otra cosa, le absuelvo á V.

Estas palabras fueron pobre consuelo para el desgraciado oficial.

—¡Cuando el Emperador sepa esto!—exclamó.

—Querrá hacerle fusilar á V., pero veremos. En fin, no hablemos más de esto—dijo el general—sino para tomar de ello una venganza que infunda saludable terror en este país, donde se hace la guerra al modo de los salvajes.

Una hora después poníanse en camino un regimiento entero con una sección de caballería y otra de artillería. A la cabeza de esta columna iban el general y Víctor. Sabedores los soldados de la muerte de sus camaradas, iban poseídos de un furor sin ejemplo. Con asombrosa rapidez salvaron la distancia existente entre el cuartel general y la villa de Menda. En el camino encontró el general pueblecillos enteros alzados en armas. Cada una de esas miserables aldeas fué devastada, y diezmados sus habitantes.

Por una de esas fatalidades inexplicables, los buques ingleses permanecieron al pairo sin avanzar; pero súpose más tarde que esos barcos no llevaban más que la artillería, y que se habían adelantado al resto de las embarcaciones de transporte. Así, pues, privada la villa de Menda de los defensores que aguardaba y que parecía prometer la aparición de las velas inglesas, vió-

se rodeada por las tropas francesas, sin disparar un tiro. Presa de terror, los habitantes ofrecieron rendirse á discreción. Por una de esas abnegaciones nada raras en la Península, los matadores de los franceses, previendo por la crueldad del general que quizá fuese entregada á las llamas Menda y pasada á cuchillo la población entera, propusieron denunciarse ellos mismos al general. Aceptó éste la oferta, poniendo por condición que quedarían en sus manos los habitantes del castillo, desde el último criado hasta el marqués. Consentida esta capitulación, el general prometió perdonar al resto del pueblo é impedir que sus soldados saquearan la villa ó la prendieran fuego. Exigióse una enorme contribución de guerra, y los vecinos más ricos constituyéronse prisioneros para garantir el pago de ella, que había de efectuarse en el plazo de veinticuatro horas.

El general tomó todas las precauciones necesarias para la seguridad de las tropas, proveyó á la defensa del país y se negó á alojar sus soldados en las casas. Después de haberlos hecho acampar, subió al castillo y apoderóse de él militarmente. Los miembros de la familia de Leganés y la servidumbre fueron cuidadosamente guardados de vista, atados y encerrados en el salón donde se verificara el baile. Desde las ventanas de esa estancia podía vigilarse con facilidad la terraza que dominaba á la villa. El estado mayor se aposentó en una galería próxima, donde el general celebró un consejo de guerra acerca de las medidas que debieran tomarse para impedir el desembarco. Después de enviar un ayudante al mariscal Ney y ordenar que se pusieran baterías en la costa, el general y su estado mayor se ocuparon de los prisioneros. Doscientos españoles que los habitantes habían entregado fueron fusilados inmediatamente en la terraza. Después de esta ejecución militar, el general mandó poner en la terraza tantas horcas como personas había en el salón del castillo y que viniera el verdugo de la villa. Víctor Marchand aprovechó el tiempo que había de transcurrir antes de comer en visitar á los prisioneros. En seguida volvió á presencia del general, y le dijo:

—Corro á pedir á V. una gracia.

—¡V.!—replicó el general con un tono de amarga ironía.

—¡Ay de mí!—respondió Víctor.—Triste gracia es la que pido. El marqués, al ver levantarse las horcas, espera que cambiará V. este género de suplicio para su familia, y le suplica que á los nobles se les decapite.

—¡Sea!—dijo el general.

—También piden que se les otorguen los socorros de la religión y les libren de las ligaduras; prometen no tratar de huir.

—Consiento en ello—dijo el general;—pero V. me responde de eso.

—El viejo le ofrece á V. toda su fortuna si se digna V. perdonar á su hijo menor.

—¿De veras?—respondió el jefe.—Sus bienes pertenecen ya al rey José.

Se detuvo; un pensamiento despreciativo arrugó su frente, y añadió:

—Voy á ir más allá de sus deseos. Adivino la importancia de su postrera petición. Pues bien; que compre la eternidad de su apellido, pero que España no se olvide nunca de su traición y de su suplicio. Dejo su fortuna y la vida al hijo que haga el papel de verdugo. Váyase V., y no me hable más de esto.

Sirvióse la comida. Los oficiales que estaban á la mesa satisficieron un apetito aguijoneado por la fatiga. Sólo uno de ellos faltaba en el festín, Víctor Marchand. Después de vacilar mucho tiempo, entró en el salón donde gemía la orgullosa familia de Leganés, y lanzó tristes miradas al espectáculo que presentaba entonces aquel salón, donde la víspera, por la noche, había visto girar, arrebatadas por el vals, las cabezas de las dos señoritas y de los tres jóvenes caballeros. Tembló al pensar que dentro de poco habían de rodar, cortadas por el sable del verdugo. Fijos en sus dorados sillones, los cinco jóvenes permanecían en un estado de completa inmovilidad. Ocho criados estaban de pié, con las manos atadas á la espalda. Estas quince personas mirábanse con gravedad, y sus ojos apenas revelaban los sentimientos que en ellos había. En algunas frentes leíase una profunda resignación y el pesar de haber fracasado en su empresa. Los soldados los miraban inmóviles, respetando el dolor de esos crueles enemigos. Cuando apareció Víctor, un movimiento de curiosidad animó los semblantes. Dió orden de que desataran á los condenados, y él mismo fué á soltar las cuerdas que retenían á Clara, prisionera en su asiento, la cual sonrióse tristemente. El oficial no pudo contenerse sin acariciar con disimulo los brazos de la joven, admirando su negra cabellera y su talle flexible. Era una verdadera española: tenía española la tez, españoles los ojos, largas pestañas encorvadas y unas pupilas más negras que las alas de un cuervo.

—¿Ha logrado V. lo que queremos?—preguntó dirigiéndole una de esas sonrisas fúnebres en que aún hay algo propio de la mujer joven.

Víctor no pudo contener un gemido. Miró alternativamente á los tres hermanos y á Clara. Uno de ellos, el mayor, tenía treinta años. Pequeño, bastante mal formado, con aspecto altivo y desdeñoso, no carecía de cierta nobleza en sus modales, y no parecía extraño á esa delicadeza de sentimientos que antaño hizo tan célebre la galantería española; se llamaba Juanito. El segundo, Felipe, era de unos veinte años de edad y se parecía á Clara. El último tenía ocho años; un pintor hubiera encontrado en las facciones de Manuel, un poco de aquella constancia romana que el pintor David ha prestado á los niños en sus páginas republicanas. El anciano marqués tenía una cabeza cubierta de cabellos blancos, que parecía haberse escapado de un cuadro de Murillo. Al verlos, el joven oficial meneó la cabeza, desesperando de ver aceptar por uno de esos cuatro personajes el trato del general; sin embargo, se atrevió á confiárselo á Clara. La española estremecióse al pronto, pero en seguida recobró su aire tranquilo y fué á arrodillarse delante de su padre.

—¡Oh!—le dijo.—Haga V. que Juanito jure obedecer fielmente las órdenes que V. le dé, y quedaremos contentos.

La marquesa tembló de esperanza; pero, cuando inclinándose hacia su marido oyó la horrible confidencia de Clara, aquella madre se desmayó. Juanito lo comprendió todo y dió un salto como un león enjaulado. Víctor tomó sobre sí la responsabilidad de hacer salir á los soldados, después de haber obtenido del marqués la seguridad de una sumisión absoluta. Los criados entregáronse al verdugo, quien los ahorcó. Cuando la familia no tuvo más vigilante que Víctor, levantóse el anciano padre.

—¡Juanito!—exclamó.

Juanito no contestó más que con una inclinación de cabeza, que equivalía á una negativa, y miró á sus padres con ojos áridos y terribles. Clara fué á sentarse en sus rodillas, y pasándole el brazo alrededor del cuello y besándole en los párpados, le dijo con tono alegre:

—Mi querido Juanito, ¡si supieras cuán dulce me será la muerte, dada por ti! No tendré que sufrir el odioso contacto de las manos del verdugo. Tú me curarás de los males que me esperan; y... mi buen Juanito, tú no querrías verme de nadie; pues bien...

Sus aterciopelados ojos lanzaron una fogosa mirada á Víctor, como para despertar en Juanito horror á los franceses.

—Ten ánimo—le dijo su hermano Felipe—de otro modo se extinguirá nuestra raza, casi regia.

De repente levantóse Clara, se deshizo el grupo formado en torno de Juanito, y este hijo, rebelde con justo motivo, se acercó á su padre, quien con tono solemne, exclamó:

—Juanito, yo te lo mando.

Como el joven conde permaneciera inmóvil, su padre cayó de rodillas á sus piés. Involuntariamente le imitaron Clara, Manuel y Felipe. Todos ellos tendieron las manos hacia aquel que debía salvar del olvido á la familia, y parecieron repetir estas palabras paternas:

—Hijo mío, ¿te faltará la energía española y la verdadera sensibilidad? ¿Quieres tenerme mucho tiempo de rodillas, y debes tener en cuenta tu vida y tus sufrimientos? ¿Es este mi hijo?—añadió el anciano volviéndose hacia la marquesa.

—¡Y consiente en ello!—exclamó la madre con desesperación al ver á Juanito hacer un gesto con las cejas, cuyo significado sólo ella conocía.

Mariquita, la hija segunda, estaba de rodillas, estrechando á su madre con sus débiles brazos; y como llorase á lágrima viva, se acercó á ella su hermanito Manuel para reñirla. En ese momento entró el capellán del castillo, rodeóle al punto la familia entera, y le llevaron junto á Juanito. No pudiendo resistir Víctor más tiempo aquella escena, hizo una seña á Clara y apresuróse á intentar con el general un supremo esfuerzo. Le encontró de buen humor en medio del festín, y bebiendo con sus oficiales que empezaban á tener conversaciones alegres.

Una hora después llegaron á la terraza cien de los vecinos más notables de Menda, para ser testigos de la ejecución de la familia Leganés, con arreglo á las órdenes del general. Situóse un destacamento de soldados para contener á los españoles, á quienes se puso al pié de las horcas donde habían sido ahorcados los individuos de la servidumbre del marqués. Las cabezas de aquellos vecinos tocaban casi los piés de estos mártires. A treinta pasos de ellos alzábase un tajo y brillaba un machete. Allí estaba el verdugo, para el caso en que rehusara Juanito. Bien pronto oyeron los españoles, en medio del silencio más profundo de los pasos de varias personas, el acompasado sonido de la marcha de un pelotón de soldados y el ligero rumor de sus fusiles. Mezclábanse estos diversos ruidos con los alegres acentos del banquete de los oficiales, como antes habían disfrazado los aprestos de la sangrienta traición las danzas de un baile. Todas las miradas se dirigieron hacia el castillo, y se vió á la noble familia adelantarse con increíble firme-

za. Todas las frentes estaban tranquilas y serenas. Sólo un hombre, pálido y contristado, apoyábase en el sacerdote, quien prodigaba todos los consuelos de la religión á aquel hombre, único que había de sobrevivir. El verdugo comprendió, como todo el mundo, que Juanito había aceptado su plaza por un día. El anciano marqués y su mujer, Clara, Mariquita y los dos hermanos fueron á arrodillarse á pocos pasos del sitio fatal. Juanito fué acompañado por el sacerdote. Cuando llegó al tajo, el ejecutor de la justicia, tirándole de la manga, le llamó aparte y le dió algunas instrucciones, probablemente. El confesor situó á las víctimas de manera que no presenciasen el suplicio; pero eran verdaderos españoles, que se mantuvieron de pié y sin debilidades. Clara fué la primera que se lanzó hacia Juanito, diciéndole:

—Juanito, apiádate de mi poco valor; comienza por mí.

En ese momento resonaron los pasos precipitados de un hombre: Víctor llegó al lugar de la escena. Ya estaba Clara de rodillas; su blanco cuello llamaba ya al machete. Palideció el oficial, pero encontró fuerzas para acudir corriendo.

—El general te concede la vida, si te quieres casar conmigo—la dijo en voz baja.

La española lanzó al oficial una mirada de menosprecio y altivez.

Su cabeza rodó á los piés de Víctor. La marquesa de Leganés no pudo reprimir un movimiento convulsivo al escuchar el ruido: fué la única muestra de su dolor.

—¿Estoy bien así, mi buen Juanito?—preguntó Manolín á su hermano.

—¡Ah, lloras Mariquita!—dijo Juanito á su hermana.

—¡Oh!, sí!—replicó la joven.—Pienso en ti, pobre Juanito mío: serás muy desgraciado sin nosotros.

Bien pronto apareció la gran figura del marqués. Miró la sangre de sus hijos, volvióse hacia los mudos é inmóviles espectadores, extendió las manos hacia Juanito, y dijo con voz fuerte:

—¡Españoles, doy á mi hijo mi bendición paternal! Ahora, *marqués,* hiere sin miedo, no tienes de qué acusarte.

Pero cuando Juanito vió acercarse á su madre, sostenida por el confesor, exclamó:

—¡Me ha criado á sus pechos!

Su voz arrancó á la asamblea un grito de horror. Ante este clamoreo terrible, apagáronse el ruido del festín y las alegres risas de los oficiales. La marquesa comprendió que estaba agotado el valor de Juanito; lanzóse de un salto por enci-

ma del pretil, y fué á estrellarse de cabeza contra las rocas. Alzóse un grito de admiración. Juanito se había desmayado.

—Mi general—dijo un oficial medio borracho—Marchand acaba de contarme algo acerca de esta ejecución. Apuesto á que V. no ha dado orden de llevarla á cabo...

—¿Olvidan Vds., señores—exclamó el general G.—que dentro de un mes, cien mil familias francesas estarán sumidas en lágrimas, y que nos encontramos en España? ¿Quieren Vds. que nos dejemos aquí los huesos?

Después de esta alocución, no hubo nadie (ni siquiera un subteniente) que se atreviera á vaciar su copa.

A pesar del respeto que le rodeaba, á pesar del título de *el Verdugo* que el rey de España dió como título de nobleza al marqués de Leganés, se halla devorado por el pesar, vive solitario y rara vez se deja ver. Bajo la pesadumbre de su admirable delito, parece aguardar con impaciencia á que el nacimiento de un segundo hijo le dé derecho á reunirse con las sombras que de continuo le acompañan.

H. DE BALZAC.

MATEO FALCONE

1829

Saliendo de Porto-Vecchio, conforme nos dirigimos al Noroeste hacia el interior de la isla, vemos alzarse el terreno con bastante rapidez, y después de tres horas de marcha al través de senderos tortuosos, obstruidos por grandes peñascos y cortados á veces por barrancos, se encuentra uno á la orilla de un dilatado *mâquis*. El maquis es la patria de los pastores corsos y de todo el que tiene cuentas pendientes con la justicia. Es de saber que el labrador corso, para evitarse la molestia de abonar su campo, prende fuego á cierta extensión de bosque; tanto peor si la llama se propaga más lejos de lo preciso: pero, suceda lo que quiera, hay la seguridad de tener buena cosecha sembrando en esa tierra fertilizada por las cenizas de los árboles que sustentó. Llevadas las espigas, porque la paja, como ocasionaría trabajo recogerla, se abandona, las raíces que han quedado en el suelo sin consumirse brotan á la primavera siguiente en cepellones muy espesos, que en pocos años alcanzan una altura de siete á ocho piés. Esa especie de maraña tupida es lo que se llama maquis. La componen diversas especies de árboles y arbustos, mezclados y confundidos como Dios quiere. Allí no podría abrirse paso el hombre más que con el hacha en la mano, y se ven maquis tan espesos é intrincados, que los mismos carneros monteses no pueden penetrar en su interior.

Si matáis un hombre, id al maquis de Porto-Vecchio y viviréis seguros, sin más que una buena escopeta, pólvora y balas; no olvidéis un capote pardo provisto de capucha (1) que sirve de cobertor y

(1) *Pilone*.—(N. DEL A.)

de colchón. Los pastores os dan leche, queso y castañas, y nada tendréis que temer de la justicia ni de los parientes del muerto, salvo cuando necesitéis bajar á la ciudad para renovar vuestras municiones.

Mateo Falcone, cuando yo estaba en Córcega en 18..., tenía su casa á media legua de ese maquis. Era hombre bastante rico para un país como aquél; vivía á lo grande, es decir, sin hacer nada, con el producto de sus rebaños, apacentados en diversos parajes de las montañas por pastores, que eran una especie de nómadas. Cuando lo vi, dos años después del suceso que voy á contar, me pareció tener á lo sumo unos cincuenta. Figuraos un hombrecito pequeño, pero robusto, de pelo crespo y negro como el azabache, de nariz aguileña, labios delgados, ojos grandes y vivos, y tez del color del becerro. Su habilidad en el tiro de escopeta pasaba por extraordinaria aun en su país, donde hay tan buenos tiradores. Por ejemplo, Mateo jamás habría tirado con postas sobre un carnero montés, pero á ciento veinte pasos lo derribaba de un balazo en la cabeza ó en el lomo, á voluntad. Por de noche servíase de sus armas con la misma facilidad que durante el día, y me han citado, á propósito de él, este rasgo de destreza, que acaso parezca increíble á quien no haya viajado por Córcega. A ochenta pasos se colocaba una vela encendida detrás de un transparente de papel, del tamaño de un plato. Nuestro hombre apuntaba, luego se apagaba la luz, y al cabo de un minuto, en medio de la más completa oscuridad, tiraba y agujereaba el transparente tres veces de cada cuatro tiros.

Con mérito tan superlativo, Mateo Falcone se había conquistado una gran reputación. Se le consideraba tan buen amigo como peligroso enemigo; era servicial, daba limosnas, y vivía en paz con todo el mundo en el distrito de Porto-Vecchio. Pero referíase que en Corte, donde se había casado, se deshizo muy enérgicamente de un rival que pasaba por hombre tan temible en guerra como en amor; por lo menos, á Mateo se atribuía cierto tiro que sorprendió á ese rival estando afeitándose delante de un espejito colgado á la ventana. Echóse tierra sobre el asunto, y Mateo se casó. Su mujer, Josefa, le dió en un principio tres niñas (con lo cual estaba furioso), y, por fin, un hijo al cual puso por nombre Fortunato: era la esperanza de la familia, el heredero del nombre. Las muchachas estaban bien casadas; el padre podía contar, en caso necesario, con los puñales y las escopetas de sus yernos. El hijo no tenía más que diez

años, pero ya anunciaba felices disposiciones.

Cierto dia de otoño Mateo salió temprano con su mujer para ir á visitar uno de sus rebaños en un claro del maquis. Fortunatillo quería acompañarlo, pero el claro estaba demasiado lejos; además era necesario que se quedase alguien guardando la casa; negóse, pues, el padre. Ya se verá si tuvo motivos de arrepentirse.

Hacía algunas horas que estaba ausente, y Fortunatillo se hallaba tendido tranquilamente al sol, mirando las montañas azules, y pensando que el próximo domingo iría á comer á la ciudad á casa de su tío el *cabo* (1), cuando de pronto interrumpió sus meditaciones la detonación de un arma de fuego. Se levantó y se volvió hacia la parte del llano de donde ese ruido venía. Sucediéronse otros tiros disparados á intervalos desiguales, y cada vez más próximos; finalmente, en el sendero que llevaba del llano á la casa de Mateo apareció un hombre, con gorro puntiagudo como el que llevan los montañeses, barbudo, cubierto de harapos, y arrastrándose trabajosamente apoyado en su escopeta. Acababa de recibir un tiro en el muslo.

Ese hombre era un *bandido* (1) que, habiendo salido de noche para ir á comprar pólvora á la ciudad, había caído durante el trayecto en una emboscada de cazadores corsos (2). Después de una vigorosa defensa, había conseguido emprender la retirada, activamente perseguido y disparando de peña en peña. Pero llevaba poca delantera á los soldados, y su herida le imposibilitaba de ganar el maquis antes de que lo alcanzaran.

Se acercó á Fortunato, y le dijo:

—¿Eres tú el hijo de Mateo Falcone?

—Sí.

—Pues yo soy Gianetto Sanpiero. Andan persiguiéndome los cuellos amarillos (3). Ocúltame, porque no puedo ir más lejos.

—¿Y qué dirá mi padre si te escondo sin su permiso?

(1) Los *cabos (caporali)* fueron antiguamente los jefes que eligieron los comunes corsos al levantarse contra los señores feudales. Hoy aún se denomina así, á veces, á un hombre que, por sus haciendas, sus relaciones de parentesco y su clientela, ejerce influencia y una especie de magistratura de hecho sobre una *pieve* ó un canton. Los corsos se dividen por una antigua costumbre en cinco castas: los *hidalgos* (de los cuales unos son *magníficos* y otros *signori*), los *caporali*, los *ciudadanos*, los *plebeyos* y los *extranjeros*.—(N. DEL A.)

(1) Esta palabra es aquí sinónima de *proscrito*.—(N. DEL A.)

(2) Es un cuerpo creado hace algunos años por el Gobierno, para fines de policía.—(N. DEL A.)

(3) El uniforme de los cazadores era entonces una casaca oscura con cuello amarillo.—(N. DEL A.)

—Dirá que has hecho bien.

—¿Quién sabe?

—Ocúltame pronto, que vienen.

—Espera que vuelva mi padre.

—¡Que espere! ¡Maldición! Dentro de cinco minutos estarán aquí. Vamos, ocúltame, ó te mato.

Fortunato le respondió con la mayor sangre fría:

—Llevas descargada la escopeta, y no tienes ya cartuchos en la *carchera* (1).

—Tengo mi verduguillo.

—Pero ¿correrás tanto como yo?

Dió un salto, y se puso fuera de alcance.

—¡Tú no eres hijo de Mateo Falcone! ¿De modo que dejarás que me detengan delante de tu casa?

El muchacho pareció conmovido.

—¿Qué me darás, si te escondo? —dijo acercándose.

El bandido metió la mano en un bolso de cuero que colgaba de su cinturón, y sacó una moneda de cinco francos que había reservado sin duda para comprar pólvora. Fortunato sonrió á la vista de la moneda, la cogió, y dijo á Gianetto:

—No tengas miedo.

En seguida hizo un agujero grande en un montón de heno que había cerca de la casa. Allí se acurrucó Gianetto, y el niño lo tapó dejando que pasara un poco de aire para que respirase, pero sin que pudiera conocerse que aquel heno ocultaba un hombre. Ideó además una artimaña de salvaje bastante ingeniosa. Cogió una gata con sus hijuelos, y los instaló en el montón de hierba para hacer creer que no había sido removido poco antes. Luego, reparando que había rastros de sangre en el sendero cerca de la casa, los cubrió muy bien con polvo; y, hecho esto, volvió á tumbarse al sol con la mayor tranquilidad.

Minutos después estaban delante de la puerta de Mateo seis hombres de uniforme oscuro con cuello amarillo, mandados por un sargento. Ese sargento era algo pariente de Falcone. (Sabido es que en Cócega se siguen los grados de parentesco mucho más lejos que en otras partes). Se llamaba Teodoro Gamba: era un hombre activo y muy temido por los bandidos, á varios de los cuales había batido ya.

—Buenos días, primito—dijo á Fortunato, acercándose.—¡Cuánto has crecido! ¿Has visto pasar un hombre hace poco?

—¡Oh! Todavía no soy tan alto como V. primo—respondió el niño con aire inocentón.

—Ya llegarás. Pero di, ¿no has visto pasar un hombre?

—¿Si he visto pasar un hombre?

—Sí, un hombre con un gorro

(1) Cinturon de cuero que sirve de canana y de cartera.—(N. del A.)

negro puntiagudo y un chaleco con bordado rojo y amarillo.

—¿Un hombre con un gorro negro, puntiagudo y un chaleco con bordado rojo y amarillo?

—Sí, responde pronto y no repitas mis preguntas.

—Esta mañana ha pasado por nuestra puerta el señor cura en su caballo Piero. Me ha preguntado cómo estaba papá, y le he respondido.

—¡Ah, bribonzuelo! ¡Te haces el desentendido! Dime ahora mismo por dónde ha pasado Gianetto, porque á ese es al que buscamos, y ha tomado por este sendero, no me cabe duda.

—¿Quién sabe?

—¿Que quién sabe? Pues yo soy el que sabe que lo has visto tú.

—¿Es que se ve á los que pasan, cuando está uno dormido?

—No dormías, tunante; han tenido que despertarte los tiros?

—¿Tanto ruido cree V. que hacen sus fusiles, primo? La escopeta de mi padre hace mucho más.

—¡Llévese el diablo, maldito! Estoy bien seguro de que has visto á Gianetto. Hasta puede que lo hayas escondido. Vamos, camaradas, entrad en esa casa, y ved si está ahí nuestro hombre. No andaba más que con una pata, y tiene demasiado pesquis el pillo para haber tratado de ir al maquis renqueando. Además que aquí acaba el rastro de la sangre.

—¿Y qué dirá papá?—preguntó Fortunato sonriendo.—¿Qué dirá, si sabe que ha entrado gente en la casa, estando fuera él?

—¡Pícaro! — dijo el ayudante Gamba cogiéndole de una oreja.—¿Crees que no sé yo la manera de hacerte bailar á otro son? Veremos si cantas al fin dándote veinte cintarazos con el sable.

Fortunato continuaba con su falsa risita.

—¡Mi padre es Mateo Falcone!—dijo enfáticamente.

—¿Sabes tú bien, picaruelo, que te puedo llevar á Corte ó á Bastia? Yo te haré dormir sobre paja en un calabozo, con grillos en los piés, y dejaré que te guillotinen, si no dices donde está Gianetto Sanpiero.

El muchacho soltó la carcajada al oir aquella amenaza ridícula, y repitió:

—¡Mi padre es Mateo Falcone!

—Mi sargento—dijo por lo bajo uno de los cazadores—no nos enredemos con Mateo.

Gamba parecía evidentemente indeciso.

Habló en voz baja con sus soldados, que habían registrado ya toda la casa. Y no era muy larga la operación, porque la cabaña de un corso se compone de una sola pieza cuadrilonga, y el ajuar se reduce á

una mesa, bancos, cofres y utensilios de caza ó de menaje. Entre tanto Fortunatillo acariciaba á la gata, y parecía gozarse en la confusión de los cazadores y de su primo.

Un soldado se acercó al montón de heno. Vió la gata, y dió un bayonetazo en la hierba negligentemente, y encogiéndose de hombros, como si comprendiera que su precaución era ridícula. Ni se movió nada, ni el rostro del niño denunció la emoción más leve.

El sargento y sus hombres se daban á todos los diablos; y ya miraban hacia la parte de la llanura como dispuestos á volverse por donde habían ido, cuando el jefe, convencido de que las amenazas no producirían ninguna impresión sobre el hijo de Falcone, quiso hacer un último esfuerzo y probar el poder de los halagos y de las dádivas.

—Primito—dijo—¿sabes que me pareces un mozo despavilado? Te pronostico que harás carrera. Pero á mí me estás jugando una mala pasada, y si no fuese por no dar un disgusto á mi primo Mateo, que me cuelguen si no te llevaba conmigo.

—¡Bah!

—Pero, cuando mi primo esté de vuelta, yo le contaré lo que ha pasado, y en castigo de haber mentido él te dará de azotes hasta que te haga saltar sangre.

—¿De veras?

—Ya verás... Pero, mira..., si eres buen muchacho, te daré alguna cosilla.

—Pues yo, primo, le daré á V. un consejo, y es que mire que, si se retrasa más, Gianetto estará en el maquis, y entonces hará falta más de un peine como V. para ir á buscarlo allí.

El sargento sacó del bolsillo un reloj de plata que valdría muy bien sus diez escudos; y advirtiendo que á Fortunatín se le encandilaban los ojos al mirarlo, le dijo, teniendo suspendido el reloj de su cadena de acero:

—¡Pícaro! Ya querrías tú llevar colgado un reloj como éste; luego te pasearías por las calles de Porto-Vecchio, más esponjado que un pavo real, y las gentes te preguntarían: «¿Qué hora es?», y tú les responderías: «Miren el reloj.»

—Cuando yo sea mayor, mi tío el cabo me dará uno.

—Sí, pero el hijo de tu tío ya lo tiene... no tan bonito como éste, es verdad... Y él es más pequeño que tú.

El niño suspiró.

—Vamos, ¿es que lo quieres, primejo?

Fortunato miraba el reloj con el rabillo del ojo, como un gato á quien enseñan un pollo entero, que comprendiendo que se burlan de él,

no se atreve á echar la zarpa, y de cuando en cuando aparta los ojos para no exponeros á sucumbir á la tentación; pero á cada momento se relame el hocico, y parece decir á su amo: ¡Qué bromas tan pesadas gasta V.!

Sin embargo, el sargento Gamba parecía ofrecerle de buena fe el reloj. Fortunato no alargó la mano; pero le dijo con amarga sonrisa: «¿Por qué se burla V. de mí? (1).»

—¡Por Dios! Si no me burlo. No tienes más que decirme dónde está Gianetto, y el reloj es tuyo.

Fortunato dejó escapar una sonrisa de incredulidad, y clavando sus ojos negros en los del sargento, se esforzaba por leer en ellos el crédito que debía dar á sus palabras.

—¡Que pierda mi charretera—exclamó el sargento—si no te doy el reloj con esa condición! Los camaradas son testigos, y no puedo desdecirme.

Hablando así, fué acercándole el reloj hasta casi tocar la mejilla pálida del niño, cuyo semblante delataba de sobra el combate que estaban librando en su alma la codicia y el respeto debido á la hospitalidad. Levantábasele violentamente el pecho desnudo, como si estuviera á punto de ahogarse. Entre tanto, el reloj oscilaba, giraba y le daba á veces en la punta de la nariz. Por fin, poco á poco levantó hacia él la mano derecha, lo rozó con los dedos y acabó por sentir todo su peso en la mano, aunque el sargento no soltaba todavía el extremo de la cadena... La esfera era azulada... las tapas estaban recién acabadas de limpiar... al sol parecían enteramente de fuego... La tentación era demasiado fuerte.

Fortunato alzó también lo mano izquierda, y con el dedo pulgar señaló por cima del hombro el montón de heno en que estaba recostado. El ayudante comprendió en seguida. Soltó la cadena; Fortunato quedó dueño del reloj. Se levantó con la agilidad de un gamo, y se alejó diez pasos del montón de hierba, que empezaron á remover al punto los cazadores.

No tardaron en ver menearse el heno y salir de él un hombre manchado de sangre, con un puñal en la mano; pero al tratar de ponerse en pié, la herida, ya enfriada, le impidió sostenerse y cayó. El sargento se avalanzó á él y le arrancó el verduguillo. En seguida lo maniataron fuertemente, á pesar de su resistencia.

Gianetto, tendido en el suelo y atado como un haz de leña, volvió la cabeza hacia Fortunato, que se había acercado.—¡Hijo de...!—le dijo, con más desprecio que cólera.

(1) *Perché me* c...?—(N. del A.)

El niño le tiró la moneda de plata que recibiera de él, conociendo que había dejado de merecerla; pero el proscripto no hizo aprecio ninguno de aquel movimiento. Con mucha sangre fría dijo al sargento:

—Mi querido Gamba, no puedo andar; va V. á tener que llevarme á la ciudad.

—En cambio, no hace nada que corrías más que un corzo—replicó el cruel vencedor;—pero tranquilízate: estoy tan contento de tenerte, que te llevaría á cuestas una legua sin fatigarme. No pases apuros, amigo; vamos á hacer una cama con ramas y tu capote, y en la granja de Crespoli encontraremos caballos.

—Bien—dijo el prisionero;—pondrán Vds. también un poco de paja en la cama para que yo vaya más cómodo.

Mientras los cazadores se ocupaban, unos en hacer una especie de angarillas con ramas de castaño, y otros en curar la herida de Gianetto, aparecieron de pronto Mateo Falcone y su mujer en el recodo de un sendero que conducía al maquis. La mujer andaba penosamente agobiada por el peso de un enorme costal de castañas, en tanto que su marido iba pavoneándose, sin llevar más que una escopeta en la mano y otra á la bandolera, porque es indigno de un hombre llevar otra carga que sus armas.

A la vista de los soldados, el primer pensamiento de Mateo fué que iban á prenderlo. Mas, ¿por qué tal idea? ¿Andaba él á mal con la justicia? No. Gozaba de buen predicamento. Era, como suele decirse, *una persona bien reputada;* pero era corso y montañés, y hay pocos corsos montañeses que, escudriñando en su memoria, no encuentren algún pecadillo, como, por ejemplo, algún tiro, alguna puñalada ó cualquier friolera por el estilo. Mateo tenía la conciencia más limpia que otros, porque hacía más de diez años no había dirigido su escopeta contra un hombre; pero, con todo, era prudente, y tomó sus medidas para poder hacer una buena defensa, si era preciso.

—Oye—dijo á su mujer—suelta el saco y estate dispuesta.

Josefa obedeció al momento. El marido le dió la escopeta que llevaba á la bandolera, y que hubiese podido estorbarle; amartilló la que tenía en la mano, y se adelantó lentamente hacia la casa, arrimado á los árboles del camino, y pronto á apostarse, á la menor demostración hostil, detrás del tronco más corpulento para hacer fuego á cubierto. La mujer le seguía los pasos, llevando la escopeta de repuesto y la canana. El cometido de una buena ama de casa, en trance de combate, es cargar las armas al marido.

El sargento, por su parte, no las tenía todas consigo viendo acercarse á Mateo á pasos contados, con la escopeta por delante y el dedo en el gatillo. ¡Si resultase por casualidad—pensó—que Mateo fuese pariente de Gianetto ó amigo suyo, y quisiera defenderlo, los tacos de sus dos escopetas llegarían á dos de nosotros tan derechos como una carta á su destino; y si le da por apuntarme á mí, á pesar del parentesco...!

En esta perplejidad, tomó un partido heroico, que fué adelantarse sólo hacia Mateo para contarle el caso, hablándole como á un antiguo conocido; pero el corto espacio que lo separaba de Mateo le pareció terriblemente largo.

—¡Hola! ¡Eh! Compañero—gritaba.—¿Cómo va, amigo? Soy yo, soy Gamba, tu primo.

Mateo, sin responder una palabra, se detuvo, y á medida que el otro hablaba, fué levantando poco á poco el cañón de la escopeta, de suerte que lo tenía dirigido hacia arriba en el momento en que el sargento se unió á él.

—Buenos días, hermano (1)—dijo el sargento alargando la mano.—¡Cuánto tiempo que no te he visto!

—Buenos días, hermano.

—Pasaba por ahí, y he querido darte los buenos días á ti y á mi prima Pepa. Hoy hemos hecho una buena tirada, pero no debemos quejarnos porque también hemos hecho una buena presa. Acabamos de echar el guante á Gianetto Sanpiero.

—¡Loado sea Dios!—exclamó Josefa.—La semana pasada nos robó una cabra de leche.

Gamba se regocijó al oirlo.

—¡Pobre diablo!—dijo Mateo.—Tenía hambre.

—El pícaro se ha defendido como un león—prosiguió el sargento un poco mortificado—me ha matado uno de mis cazadores, y, no contento con eso, ha roto un brazo al cabo Chardon; aunque eso no importa mucho, porque era francés... En seguida se escondió de tal manera, que el diablo que lo encontrara. Si no es por mi primillo Fortunato, en la vida hubiera dado con él.

—¡Fortunato!—exclamó Mateo.

—¡Fortunato!—repitió Josefa.

—Sí, Gianetto se había escondido debajo de aquel montón de heno que hay allá abajo; pero mi primito me ha enseñado el escondite. Por mi parte, no dejaré de decírselo á su tío el cabo para que le envíe un buen regalo por su servicio. Y su nombre y el tuyo irán en el parte que pondré.

(1) *Buon giorno, fratello*, saludo ordinario de los corsos.—(N. DEL A.)

—¡Maldición!—dijo por lo bajo Mateo.

En esto se reunieron al destacamento. Gianetto estaba ya instalado en las angarillas. Cuando vió á Mateo en compañía de Gamba, sonrió de un modo extraño; después, volviéndose hacia la puerta de la casa, escupió en el umbral, diciendo: «¡Casa de un traidor!»

Sólo un hombre decidido á morir podía atreverse á pronunciar esa palabra refiriéndose á Falcone. Una puñalada, que no hubiese sido menester repetir, habría vengado inmediatamente el insulto. En aquella ocasión Mateo no hizo más que llevarse la mano á la frente como muestra de abatimiento.

Fortunato entró en la casa al ver llegar á su padre, y no tardó en reaparecer con una jarra de leche, que ofreció á Gianetto, bajando los ojos. «¡Lejos de mí!»—gritó el proscrito con voz de trueno—y después, volviéndose hacia uno de los cazadores. «Camarada—le dijo—dame de beber». El soldado le puso en las manos su calabaza, y el bandido bebió el agua que le ofrecía un hombre con el cual acababa de andar á tiros. Luego pidió que le ataran las manos cruzadas sobre el pecho, en vez de llevarlas atadas á la espalda. «Deseo ir echado á gusto» dijo. Se apresuraron á satisfacer su deseo; después el sargento dió la señal de marcha, y despidiéndose de Mateo, que no le contestó, bajó más de prisa que á paso á la llanura.

Cerca de diez minutos transcurrieron antes de que Mateo abriera la boca. El niño miraba inquieto, tan pronto á su madre como á su padre que, apoyado en la escopeta, lo contemplaba con expresión de cólera reconcentraba.

—¡Empiezas bien!—dijo al fin Mateo con voz tranquila, pero espantosa para quien conociese al hombre.

—¡Padre!—exclamó el niño, adelantándose con las lágrimas en los ojos en ademán de echarse á sus piés. Pero Mateo le gritó: «¡Lejos de mí!» y el niño se quedó inmóvil sollozando á pocos pasos de su padre.

Josefa se acercó. Acababa de reparar en la cadena del reloj, uno de cuyos extremos salía de la camisa de Fortunato.

—¿Quien te ha dado ese reloj?—le preguntó con tono severo.

—Mi primo el sargento.

Falcone cogió el reloj, y, estrellándolo contra una piedra, lo hizo mil pedazos.

—Tú—dijo á su mujer—¿es mío este niño?

Las mejillas morenas de Josefa se tornaron del rojo del ladrillo.

—¿Tú que dices, Mateo? ¿Sabes bien á quién hablas?

—¡Pues bien! Este niño es el primero de su raza que ha hecho una traición.

Los sollozos y gemidos de Fortunato redoblaron; Falcone no apartaba de él sus ojos de lince. Por fin, dió un golpe en el suelo con la culata de la escopeta; después volvió á echársela al hombro, y tomó de nuevo el camino del maquis, ordenando á Fortunato que lo siguiese. El niño obedeció.

Josefa corrió junto á Mateo, y le cogió del brazo.

—¡Que es tu hijo!—le dijo con voz temblorosa, fijando sus ojos negros en los de su marido, como queriendo leer lo que pasaba en su alma.

—Déjame—respondió Mateo—yo soy su padre.

Josefa abrazó á su hijo; entró llorando en la cabaña, se arrodilló delante de una imagen de la Virgen, y rezó fervorosamente. Falcone anduvo unos doscientos pasos por el sendero, sin detenerse hasta llegar á un pequeño barranco, al cual bajó. Tanteó la tierra con la culata de la escopeta, y la encontró blanda y fácil de cavar. El sitio le pareció á propósito para su designio.

—Fortunato, anda junto aquella piedra grande.

El niño hizo lo que le mandaba, y se arrodilló.

—Reza tus oraciones.

—¡Padre, padre, no me mate V.!

—¡Reza tus oraciones!—repitió con voz terrible.

El niño, sollozando y balbuciente, rezó el *Padre nuestro* y el *Credo*. Mateo, con voz firme, respondía *Amén* al fin de cada oración.

—¿Son esas todas las oraciones que sabes?

—Padre, sé también el *Ave María* y la letanía que me ha enseñado la tía.

—Muy larga es, pero no importa.

El niño concluyó la letanía con voz apagada.

—¿Has acabado?

—¡Padre, por favor, perdóneme V.! ¡No lo volveré á hacer más! ¡Yo suplicaré tanto á mi primo el cabo que harán gracia á Gianetto!

Mientras seguía hablando, Mateo amartillaba la escopeta, y se la echaba á la cara diciendo: «¡Que Dios te perdone!» El niño hizo un esfuerzo desesperado por levantarse y abrazar las rodillas de su padre; pero no tuvo tiempo. Falcone hizo fuego, y cayó rígido.

Sin dirigir una mirada al cadáver, Mateo tomó el camino de la casa para ir á buscar una azada á fin de enterrar á su hijo. Apenas había dado unos pasos, cuando en-

contró á Josefa, que acudía alarmada por la detonación.

—¿Qué has hecho?—exclamó.

—Justicia.

—¿Dónde está?

—En el barranco. Voy á enterrarlo. Ha muerto cristianamente; mandaré decirle una misa. Que avisen á mi yerno Teodoro Bianchi que se venga á vivir con nosotros.

PRÓSPERO MERIMÉE.

AMOR VERDADERO

DE SHAKESPEARE

No, no aparta á dos almas amadoras
Adverso caso ni cruel porfía;
Nunca mengua el Amor ni se desvía,
Y es uno y sin mudanza á todas horas.

Es fanal que borrascas bramadoras
Con inmóviles rayos desafía;
Estrella fija que los barcos guía;
Mides su altura, más su esencia ignoras.

Amor no sigue la fugaz corriente
De la edad, que deshace los colores
De los floridos labios y mejillas.

Eres eterno, Amor: si esto desmiente
Mi vida, no he sentido tus ardores
Ni supe comprender tus maravillas.

M. A. CARO.

EL LIBRO JAPONÉS

¡Es mío! ¡Cinco minutos más, y se me escapa!

¡Mirad de lo que depende la suerte! Yo me iba tranquilamente, á mi despacio, al muelle de los Agustinos. ¿Qué podía yo temer? Sólo existe un hombre en Francia que sepa el japonés, y puesto que no ha comprado el libro, pensaba yo, es que no le quiere, ó que está enfermo, ó de viaje, ó que se ha muerto; hasta es posible que, como hace tanto tiempo que sabe japonés y no ha podido jamás hallar una ocasión de hablarle, haya olvidado que le sabía. No queda, pues, en Francia más que una sola persona á la que pueda ocurrirse la idea de comprar ese libro, y esa soy yo.

Y, sin embargo, en el momento en que bajaba mi escalera para dirigirme al muelle de los Agustinos, un viejecillo flaco, con gabán color marrón y facha de bibliófilo, se dirigía también á la bendita tienda á que yo iba para comprar el *artículo* siguiente:

«1735.—Libro japonés. Curiosa muestra del arte tipográfico en el Japón, 3 francos.»

Seamos francos: allí, ¿quién había de figuráselo? ¿Puede concebirse que á un hombre que no sabe japonés vaya á ocurrírsele comprar un libro escrito en esta lengua? ¡Es un dolor! No es posible tener una idea propia, y cuando se piensa en tantos grandes descubrimientos hechos simultáneamente por dos ó tres sabios á un tiempo, se llega á esta triste conclusión: que las tres cuartas partes del tiempo la gloria es un premio de carreras.

Caminaba, pues, sin desconfianza, es decir, sin demasiada desconfianza; pero debo decir que no iba yo, sin embargo, como un estornino, no.

A medida que se va uno acercando á la tienda donde está el libro deseado, conviene dejarse poseer de una inquietud vaga, que va haciéndose cada vez más viva según se aproxima uno al objeto. Se han visto ocasiones únicas, hallazgos que parecían imposibles, perdidas por falta de tacto y circunspección en aquel momento decisivo. Si se anda demasiado deprisa, si se mira con demasiada constancia hacia la tienda, si se deja traslucir su inquietud, ó si se detiene uno á recorrer los estantes del librero de viejo, un rival que nos sigue, ó que nos ve venir, se aprovechará de nuestra falta y no vacilará en echar á galope, si es preciso, para adelantársenos.

Y era terrible aquel hombrecillo flaco, de gabán color de marrón, á quien por lo demás conozco: le he visto en todas las ventas; es un poste de esquinas; casi diariamente se le encuentra entre el puente de Saint-Michel y el Pont-Royal, de dos á cuatro.

Había yo emparejado con él al salir del Pont-Neuf, y había tenido la imprudencia de mirarle de alto abajo y de calcular con una ojeada inquieta la distancia que nos separaba de la tienda.

El había comprendido, había adivinado, y había apresurado el paso.

Y yo también.

Entonces él se había contenido.

Y yo también.

Había hecho ademán de querer examinar libros viejos.

Y yo también.

La guerra estaba declarada. Avanzábamos, ya á pasitos cortos, ya á largas zancadas, sin ventaja alguna por una ú otra parte, cuando se le ocurrió una astucia tan indigna, que por el honor del cuerpo de bibliófilos me avergüenzo de tener que descubrirla.

Aquel muelle es ordinariamente poco frecuentado por los coches, por más que ahora se están allí edificando magníficas casas. Un camión cargado de largos maderos daba la vuelta para descargar, en el momento en que llegaba un carro de piedra de sillería, produciendo esto un entorpecimiento que dos ó tres coches vinieron á agravar en seguida. Al verlo, dejé de vigilar la calzada, como había hecho antes por miedo de que se me escapase por aquel lado atravesando el muelle.

El se plantó inocentemente en el borde de la acera con el aspecto de un papanatas que se para á mirar. Al cabo de un minuto, se volvió hacia una de esas columnas que sabéis, y no le dió vergüenza de fingir que hacía una visita á aquel establecimiento municipal.

Mientras tanto, seguía yo andando alegremente, sin volverme.

Pero á los diez pasos me sobrecoge una vaga inquietud; vuelvo la cabeza, y veo á mi viejecillo que se escurre por entre los coches, salta por los maderos, llega á la fachada de las casas, coge la acera y echa á andar á trote corto.

Me creí perdido.

Quiero correr; pero en mi azoramiento tropiezo con un transeunte, se me cae el sombrero que rueda por la acera; me lanzo á recogerle...

¡Oh fatalidad! Pasa un coche, y me corta el camino.

Entre tanto, veía el viejecillo que trotaba, alargando el cuello y frotándose las manos.

Pero tuve una inspiración:

—¡Cochero! A escape, allí, al número 25. ¡Un franco de propina si llegas antes que aquel vejete del traje color de chocolate!

Me zampo en el coche, el auriga latiguea al caballo, llego, abro la puerta de la tienda, y digo al librero:

—¿1735? ¿El libro japonés? Curiosa muestra del arte tipógrafo en el Japón? ¿Tres francos? ¿Le tiene V. todavía?

—Se ha vendido—contesta el librero.

—¡Que no!—dijo su mujer.

—¡Que sí!

—¡Que no!

—Julio—dijo el primero á su dependiente—¡1735, á ver!

—¿1735? Aquí está—dijo éste.

En aquel instante entró el viejecillo. A la primera ojeada lo adivinó todo, y aparentando la mayor indiferencia que pudo, y con voz entrecortada, que á él le parecía natural, preguntó:

—¿1735? ¿Lo tiene V.?

—Este caballero le está ajustando.

—¿V. se queda con él?—me dijo el pobre bibliófilo con voz llorosa.

—¡Sí, señor!

—¿V. sabe japonés?

—¿Yo? Absolutamente. ¿Y V.?

—Yo tampoco.

Y se marchó dirigiendo al libro una mirada que partía el alma, y sonándose ruidosamente en una sábana de percal á cuadros azules.

Ya estoy encerrado con él. El es el libro; ya lo habrá comprendido el lector. Le suelto respetuosamente sobre mi mesa, le abro al azar, y le contemplo.

¡Con que esto es un libro japonés! ¿Y un libro puede ser japonés? Jamás me había parado á pensar seriamente en esto, y ahora que veo éste, presente y real ante mí, comprendo la famosa frase: «¡Y se puede ser persa!»

Nunca he visto con tanta claridad qué diferencia hay entre ver y saber. Ya sabemos que hay por esos mundos de Dios personas que son persas, y libros que son japoneses;

pero hasta que los vemos con nuestros ojos, nuestra mente casi no los concibe sino como adjetivos, y la verdad es que no creemos en ello seriamente. Si así no fuese, ¿cómo explicar nuestra sorpresa cuando los vemos por primera vez?

Así, pues, le estoy mirando y no me canso de admirarle. Por primera vez en mi vida veo caracteres japoneses. Ahí, bajo esos extraños garrapatos yace el misterio augusto del pensamiento humano; una inteligencia como la mía, un corazón como el mío, han trabajado, han palpitado en la creación de esta obra. También él, el autor desconocido, soñaba con la gloria, cuando inclinado sobre su manuscrito dejaba correr su pluma. Ha tenido, como nosotros, sus momentos de entusiasmo y de fiebre y sus largas noches de desaliento. ¿Vive todavía? ¿Goza aún de todo el fuego de la juventud, ó la edad y los pesares han encanecido ya sus cabellos é inclinado hacia la muerte, que se aproxima, su frente destrozada por el pensamiento? ¿Ha muerto lleno de días, como Voltaire, ó hace mucho tiempo que murió de hambre, como Malfilâtre? Acaso era un hombre de genio, y yo no puedo ni aun saber su nombre.

Pero, ¿qué importa? Es un hombre, es un escritor; pertenece á la gran raza de los que piensan y trabajan, y, sea el que quiera su nombre, ha sufrido lo que yo he sufrido, ha creído en lo que yo creo, ha amado lo que amo; no es un desconocido, es un hermano.

¿Y cuál puede ser el asunto de este libro? ¿Será una novela? ¿Será un poema? ¿Algunas páginas más que añadir á la eterna historia del corazón? ¿Es uno de esos libros en que el orgullo humano ostenta la vanidad de nuestro saber y la miserable enfermedad de nuestra inteligencia? ¿O uno de esos tratados de filosofía en que intentamos adivinar por el ensueño los misterios que buscamos más allá de las realidades visibles?

Todo eso es á la vez; siempre es el pensamiento, siempre es el hombre; y esto basta ya para interesarme por este libro, y sigo hojeando sus páginas interrogándolas.

A medida que recorro aquellos caracteres misteriosos, me parece verlos aclararse y animarse bajo mis miradas. La escritura es más que un dibujo y más que un signo; es el pensamiento revestido de un cuerpo visible. Y cuando sigo en sus evoluciones esos trazos negros que han fijado ahí para siempre la huella visible del paso y de los movimientos de un alma, no puedo creer que la figura de ese lenguaje no me hable, no deje escapar por lo menos algunas palabras de su secreto...

¿Por qué no había yo de intentar, como otro Champollion, descifrar los jeroglíficos de esta lengua desconocida? ¡Bien se han descifrado las inscripciones cuneiformes! Por otra parte, yo tengo una ventaja sobre los sabios que han hecho ese milagro, y es que conozco la lengua que se trata para mí de traducir. Es verdad que sólo la conozco de nombre, pero, en fin, sé y veo que es japonés, y «ver es tener», dice el proverbio. ¿Qué es lo que me separa del sentido oculto detrás de ese texto? Nada ó poca cosa, una miseria: algunas difencias en la forma y en la disposición de los caracteres, y luego la significación de las palabras... Y eso es todo. Cuando me encuentro en presencia de un hombre de raza extranjera, en vano sus facciones, su voz, su lenguaje, su traje, causan en mí la impresión de lo desconocido. A despecho de esas diferencias de detalle, el conjunto permanece, y yo reconozco á uno de mis semejantes. Que sonría ó que llore, que sufra ó que goze, yo lo sabré. ¿Y cómo un libro, es decir, la cosa del mundo que más se aproxima á la naturaleza del alma, no había de conservar algo de su origen, el relámpago de una mirada, el calor de un hálito, el eco de un suspiro, el rastro furtivo de una lágrima?

En cuanto á la escritura, desde luego esto no ofrece duda; ¿pero será lo mismo respecto á la tipografía? Que no se diga que los mismos caracteres de imprenta sirven para expresar millares de ideas y de palabras distintas; porque ¿no puede decirse lo mismo de los caracteres trazados por la mano? Ahora bien, el punzón que da su forma á los tipos de las letras, ¿no está también grabado por la mano del hombre, después de haber sido concebido por su pensamiento? ¿Y qué sabemos si esos tipos, por invariables que sean cada uno dentro de su propia forma, no tomarán, luego que se conviertan en materia parlante é inteligente, una expresión tan clara como la del rostro humano? Y siendo así, ¿por qué me había de estar prohibido, ya que no pueda leer una obra escrita en una lengua desconocida, interpretarla?

Esto es lo que resolví hacer al instante. Dejando á un lado pluma y papel, coloqué el libro sobre mi mesa, y después de haberle olfateado, contemplado, leído, meditado, y, en fin, examinado perfectamente de cabo á rabo; después de haber pesado atenta y concienzudamente todas las pruebas, semipruebas, probabilidades y presunciones; apoyándome en todos los indicios deducidos del aspecto material y aparente del libro, ilustrándome con las nociones que poseo sobre la historia

y las costumbres del Japón, he aquí el resultado de mis investigaciones.

Ante todo, y para prevenir toda objeción restrospectiva sobre este punto, tengo que examinar y resolver una cuestión previa; aunque, á decir verdad, no se haya presentado á mi mente sino en último lugar.

Es un tomo en 18.° tamaño Charpentier, de 25 hojas, ó sea, 50 páginas. Abierto, presenta la disposición y aspecto general de nuestros libros. Está impreso con tinta de imprenta; tiene márgenes, principio y fin, enteramente como los nuestros. Es, pues, un libro impreso; no tiene duda.

Hemos dado un gran paso. Pero antes de ir más lejos, hay que notar las particularidades que diferencian este libro de los nuestros. En primer lugar, el papel; papel de arroz, de tono crudo, con el aspecto de nuestro papel de seda, aunque más fuerte. Se distinguen los *corondeles;* prueba de que es de mano; pero no tiene *puntizones,* ó sea esas rayas perpendiculares á los corondeles, como se notan en nuestros papeles de tina, en el sellado, por ejemplo. Otra diferencia además, que cada hoja está doble; se ha impreso aisladamente, abierta del todo, por una sola cara, plegándola luego en el medio del margen exterior, de modo que cada página tiene la mitad de este margen. Los signos de paginación están entre las dos páginas, en medio de la altura, sobre el mismo margen, y el doblez los corta en dos. La otra cara del papel no está impresa; el resto de las páginas pares y el verso de los impares están por dentro; el papel no sufriría dos tiradas; los caracteres están tan marcados por detrás como por delante. Un fino filete rodea el texto.

La encuadernación se diferencia también completamente de las nuestras. Las hojas no están reunidas por cuadernos; la imposición, como ya he dicho, se hace por hojas de dos páginas y como *galeradas,* es decir, imprimiendo por un solo lado. Plegadas las dos páginas de la primera hoja, se coloca la segunda, la tercera, y así sucesivamente. Se pone al principio, por un solo lado, una cubierta de una hoja sencilla, en que va el título, y al fin, una hoja doble de papel blanco de arroz. Después se cose.

El cosido consiste en cuatro puntos de hilván, reunidos por ambos lados del lomo por una vuelta del mismo hilo de seda.

Tal es el conjunto de la encuadernación. Después se recortan, pero sólo por el lomo y por los cantos superior é inferior, porque el papel de la margen exterior está doblado, y así debe quedar.

Estos detalles son preciosos, y

dan ya alguna luz sobre el problema que intento resolver. Tadavía no es la luz, pero ya no es la noche; es, como si dijésemos, un débil resplandor dulce, como el que se entrevé por la noche en el fondo de un bosque en un cuento de hadas. Adelante.

No he querido anticipar los sucesos, dando á conocer al lector todos los recursos de que dispongo para la dilucidación del enigma que me propongo descifrar; necesitaba su confianza, y quería que fuese entera y absoluta, pura y simple, sin condiciones ni peros. Me la ha concedido, y yo se lo agradezco y quiero recompensárselo: es el momento de hacer la primera revelación.

La cubierta del libro, impresa en color, tiene el título de la obra y el retrato del autor ó del héroe.

Esto es de la mayor trascendencia, y ya se descubren los datos que puedo deducir al instante de este precioso documento.

El autor ó el héroe no es ni una mujer, ni un niño; es un hombre.

Lleva traje y sombrero como los japoneses; no es, por tanto, ni francés, ni inglés, ni turco, ni chino; es un japonés del Japón, japonés, japonante y japonizante.

Tiene nariz aguileña, ojos y cejas oblicuos, frente recortada, barba angulosa, labios finos, rojos como la sangre, y espesos y negros cabellos. Es joven, y tiene vuelto hacia un lado, con aspecto amenazador, su pálido rostro, semejante á una máscara de Pierrot; pero en aquella mirada inanimada, en aquellos labios apretados, en aquellas narices abiertas y movidas por la cólera, hay un no sé qué que espanta y que no tiene nada de humano. No, aquel no es un poeta ni un filósofo.

Pero además, ¿puedo yo dudarlo? Tiene las mangas remangadas, y con sus desnudos brazos sostiene la vaina y la empuñadura de uno de esos sables japoneses cuyo sólo aspecto hace estremecer. ¡Es un asesino; estoy viendo que va á derramar sangre! Esta imagen representa, pues, al héroe, y no al autor del libro.

A no temer la acusación de paradójico, me atrevería á decir que en el punto á que he llegado, y sólo con lo que ya sé, me encuentro en estado de dar cuenta de este libro. Pero no quiero pasar por un aturdido, y aun cuando no fuese más que por respeto al público, no afirmaré nada sin pruebas. Antes, pues, de empezar mis investigaciones en el texto, tengo que hacer algunas aclaraciones indispensables.

Desde luego hay que prescindir de toda pesquisa respecto al nombre del autor ó del héroe; aunque le descubriéramos, á nada nos conduciría, por la gran razón de que

los japoneses cambian de nombres como de camisa. Dejando aparte las ocasiones en que se hace por un motivo determinado ó por simple capricho, es de rúbrica dejar el primer nombre al salir de la adolescencia, y tomar otro, que se cambia otra vez cuando se llega á viejo.

Descartado este punto, ¿no estaré próximo á conocer el argumento del libro si me hallo en disposición de conocer con cierta exactitud el carácter y las costumbres de los japoneses? Porque si «el estilo es el hombre», ¿no será el hombre el estilo? ¿Y qué es el estilo? La forma del pensamiento; pues quien ve la forma, ve el fondo.

¿Se me acusará de temeridad si declaro que la literatura de un pueblo no es más que la expresión fiel de su genio, y que la obra literaria de un hombre no es más que una parte de la literatura de su nación?

Si, pues, el autor de este libro es japonés, y el héroe también, ¿cómo puedo suponer que en aquél se refieran anécdotas alemanas ó americanas? Es seguro que no: antes de abrir el libro, y sólo con ver la cubierta, puedo afirmar que aquí todo es del Japón.

Ahora bien, en el Japón nada se hace como en las demás naciones, y todo el mundo pasa allí su vida haciendo siempre lo mismo. Sí, los japoneses han simplificado la vida hasta un punto inconcebible. Sólo conocen tres cosas: hacer el amor, ajusticiar personas y abrirse el vientre. Por lo demás, [illegible] respetabilidad, no puede imaginarse nada más apreciable. Una delicadeza, una intensidad extraordinaria de los sentimientos; buenos padres, incomparables esposos, modelos de piedad filial, amigos hasta dejarse hacer trizas por uno y machacar al que le ofenda en un mortero de hierro hecho ascua; al mismo tiempo, inteligentes, valerosos, importándoseles un ardite la muerte, y, sobre todo, no viviendo ni respirando sino por el honor y para el honor. Tienen defectos, ¿quién no los tiene? Son susceptibles como un demonio, recelosos, vengativos. Aunque son profundos filósofos y grandes moralistas, se dejan á veces arrastrar por sus pasiones, y en materia de mujeres no reconocen freno.

Por aquí puede comprenderse lo que será una obra literaria en el Japón. ¿Qué puede interesar en aquella tierra? Pues lo que constituye el fondo de la vida: amar, ajusticiar y abrirse el vientre. ¿Qué sucesos puede escoger un autor para interesar al público? Pues amores, suplicios y despanzurramientos.

Ahora abro el libro. Y téngase en cuenta que lo hago puramente por acallar la conciencia; lo hago,

sábelo Júpiter, tan sólo porque es posible que encuentre algunos detalles, que se me hayan escapado y puedan agradar al lector completando mi trabajo, porque, por mi parte, tengo formado mi juicio. Abramos el libro.

¿Hay cosa que más anime y lisonjee al sabio que ver confirmarse, por algún descubrimiento inesperado y decisivo, la profundidad y perspicacia de sus intuiciones? Pues ese era el gozo que me estaba reservado, y era la recompensa que debía obtener al volver la segunda hoja. Un artista desconocido ha representado por medio de dibujos las principales escenas de la novela; ilustran el libro grabados en que cada personaje lleva en lo alto su nombre, y al pié las palabras que pronuncia. Está escrito en cuadritos largos, dispuestos para el efecto. Con el auxilio de los grabados podré, pues, comprobar las apreciaciones que me sugiera el aspecto del texto.

Ruego, por otra parte, al lector, que observe una cosa, y es que el dibujo de los japoneses es casi tan incomprensible como su escritura: ésta, imagen sorprendente y fiel de de su genio, puede definirse diciendo que es una línea que una voluntad de hierro se esfuerza constantemente por trazar recta, y que siempre rompen ó tuercen pasiones volcánicas.

Todo el que ha perseguido un ideal sin lograr alcanzarlo, comprenderá lo que tiene de penoso esta escritura japonesa.

Pero el dibujo es otra cosa: me parece evidente por la manera de dibujar de estas gentes, que no ven como nosotros. ¿Depende esto de la oblicuidad de sus ojos, ó bien de que, siendo nuestros antípodas, viven con la cabeza abajo y los piés en el aire? No me atrevería á afirmarlo; pero lo cierto es que expresan la perspectiva como si todos los objetos se les apareciesen en un plano inclinado atrás 45 grados. Carecen del sentimiento del relieve, no saben lo que es la sombra proyectada; para ellos la naturaleza es una paleta de porcelana, manchada de abigarrados colores. No se aperciben tampoco de que los objetos representados deben expresarse con más ó menos detalles á proporción del puesto que ocupan en la perspectiva; de modo que dibujan una fila de árboles situada en el horizonte, exactamente igual que un árbol del primer término. En cuanto á las personas y á los animales, se diría que, antes de dibujarlos, el pintor ha empezado á aplastarlos contra la pared. De todo esto resulta un efecto antipatico y grosero, que todo el mundo experimenta á la vista de los dibujos chinos ó japoneses, y que, á mi parecer, se encuentra en todos

los productos artísticos de esas naciones.

Esta observación es importante bajo otro punto de vista, porque nos demuestra que esos pueblos no se colocan para considerar el mundo en el mismo ángulo que nosotros; y así se explica uno, cómo sus sentimientos y sus ideas son bajo todos aspectos tan diferentes de las nuestras, y cómo pueden encontrar, por ejemplo, puros goces en despanzurramientos ó en torturas en que nosotros no experimentaríamos sino sensaciones por lo menos importunas.

Sea de esto lo que quiera, ya he dicho bastante para que el lector no se equivoque; imaginándose que hago este relato por los grabados y no por el texto: que no crea tal cosa, porque no tendría excusa alguna después de la advertencia que acabo de hacer.

Creo que he tomado bastantes precauciones, y que puedo empezar. Empiezo, pues.

En primer lugar, hablemos del prólogo. Es notable; pero, vaya, notable de veras.

El autor empieza por declarar que es un gran hombre.

Y tiene razón.

En otro tiempo, los Montaigne, los Racine, los La Fontaine, los Molière escribían prólogos cortos y tan modestos, tan modestos, que no había más remedio que hacerlos seguir de una manera maestra; porque están tan admirablemente escritos aquellos prólogos, inspiraban tanto respeto y confianza, que verdaderamente se les hubiera cogido la palabra, sin la obra maestra. Pero nosotros lo hemos arreglado de otra manera; la obra maestra está en el prólogo, y la modestia en el cuerpo de la obra. De este modo la gloria se hace más accesible. No todos pueden escribir *Don Juan* ó *Athalía;* pero cuál es el botarate bastante falto de imprudencia ó desprovisto del suficiente descaro para no saber garrapatear y notificar en ese estilo de notario y de pedante que todos conocemos una recomendación á la admiración pública.

Repito que este prólogo es lo que se llama una obra maestra. A lo que puedo conocer entre la oscuridad del giro de las frases, está impregnado de metafísica trascendental, porque veo en él pasajes y hasta páginas enteras, casi tan ininteligibles, como la *Crítica de la razón pura* de Kant. Empezaba á parecerme su lectura enojosa, lo confieso; me dolía un poco la cabeza, y unas gotitas de sudor principiaban á humedecer mi frente, cuando llegué á un pasaje en que el texto, completamente embadurnado, formaba una especie de mancha negra. Examinando atentamente

aquel pasaje, acabé por reconocer que representaba poso de café, y aquello fué para mí un rayo de luz. El autor tremola aquí su bandera; anuncia al mundo asombrado que pretende resolver todas las cuestiones morales, filosóficas, políticas y sociales por la inspección del poso del café, la *posocafemancia*.

Una vez bien establecido este punto de partida, explica al público con suma condescendencia que si ha creído deber tomar por héroe á un malvado, y hacer de esta novela un extracto triple de la quinta esencia de lo más repugnante del crimen y de lo más infame del vicio, es porque ejerce el sacerdocio del arte soberano y porque en nadie reconoce derecho para prohibirle que escoja éste ó el otro argumento.

Este prólogo es verdaderamente magnífico.

Ahora empieza la novela.

Mioxindono, porque hay que darle un nombre, es hijo de un señor japonés. Es joven, guapo, fuerte, sano, rico; tiene reservado el puesto de gobernador de una provincia para cuando muera su padre. Ha recibido esmeradísima educación, y se ha criado en los principios de la más elevada y más severa moral; no tiene nada que desear, ni nada que envidiar en este mundo.

Pero un día, pasa por la puerta de un comerciante que casa á su hija, y por curiosidad pide que le enseñen la novia. Se la presentan, se enamora de ella, la coge del brazo y declara que se la va á llevar, porque le conviene. Entonces sale el padre, y declara al joven príncipe que si se lleva á la joven, no podrá cumplir el compromiso que ha contraído de entregársela á su futuro yerno, y que quedará deshonrado. El príncipe sigue adelante; el comerciante saca su sable y se saja el vientre. Llega el yerno, é informado de lo que pasa por su suegro, se hace también una incisión en cruz en el vientre y va á sentarse á su lado. Se abrazan, confunden sus lágrimas, su sangre y sus intestinos, y expiran en medio de la consternación general. El príncipe, después de haberse regodeado un instante con la contemplación de aquel espantoso espectáculo, se aleja tranquilamente llevándose á la joven que va muy emocionada.

¡Qué talento! ¡Qué habilidad en el efecto teatral! ¡Cómo resplandece una estética espeluznante en esos arroyos de sangre mezclados á cuanto de más noble tiene el sentimiento de la honra, y de más desgarrador el pesar humano! ¡Cómo hace vibrar las fibras y latir el corazón los gruesos borbotones de aquel bandullo reluciente!

En el segundo capítulo, la historia, siento decirlo, se hace un tanto sombría. Mioxindono padre, cuan-

do sabe la travesurilla de su señor hijo, lo toma muy á mal. Se retira á su gabinete, convoca allí á sus amigos y parientes, hace llamar á su hijo, le dirige una patética peroración para explicarle que ha deshonrado á la familia, y se abre el vientre.

Este padre es el último hombre honrado, que se encuentra en toda la novela, y es de admirar la prontitud con que el autor le ha eliminado desde el principio, porque en efecto, hubiera estorbado mucho para lo sucesivo. Hasta me había yo preguntado tímidamente si no hubiera sido mejor hacer de él otro malvado; pero pronto comprendí que su honradez era indispensable para dar, por un efecto de contraste de tintas, que es un rasgo de genio, más vigor y relieve á la plástica de la figura del hijo.

La historia, como digo, se va poniendo triste. Mioxindono, exasperado contra la sociedad, la declara la guerra. Hace aprender esgrima y equitación á su prometida Taïco-Sama, la viste de hombre, y se la lleva á hacer vida de bandido con él á las montañas. Estos detalles son exactos, porque la primera estampa representa á Mioxindono y á Taïco-Sama atacando á unos comerciantes en el camino real. Mientras que su amante lucha con uno de aquéllos, la joven coge á otro por la cabeza, le echa boca abajo y le clava la nuca con un sable de seis piés.

Como esta feliz operación mejora algún tanto la situación económica de la pareja, Mioxindono y Taïco-Sama compran una casita, un verdadero nido de tigres enamorados, y durante varios meses se entregan allí á las dulzuras de la luna de miel.

Confieso que esta parte de la novela es algo pesada, pero lo compensa el encanto de aquella pintura de la vida íntima en el Japón. Pájaros en una jaula, una flauta, una taza de té de cuando en cuando, un canastillo de labor, dos buenos sables, uno para él y otro para ella, tales eran los instrumentos de su felicidad, los utensilios de su dicha.

Pero ¿hay alguna exenta de nubes? Un día un señor ricamente vestido y terriblemente armado llega á pasar por delante de la casa en que Taïco-Sama está asomada á su ventana. Coqueta, como todas las japonesas, se inclina y deja caer un tiesto de flores sobre la cabeza del joven señor, que le recoge, sube precipitadamente la escalera, y se postra á sus piés, dejando en el suelo el tiesto. Ella se inclina graciosamente hacia él...

¡Santo Dios! Reconoce á su hermano que la anda buscando y á Mioxindono para hacerlos desollar vivos.

¿Qué hacer? Lo que cualquiera hubiera hecho en su lugar; coge su sable, le corta al hermano la cabeza y la tira por la ventana, cayendo sobre el vientre del magistrado de las buenas costumbres, que pasaba por allí á la sazón.

La sorpresa de este digno magistrado es extraordinaria. Entra, interroga á la joven, á quien toma por un muchacho; confiesa ella su crimen, y él la manda que se abra el vientre, á lo que contesta ella que no puede hacerlo porque es mujer y no hombre, y no estaría decente.

Pero al confesar el disfraz, que es un crimen sin nombre en el Japón, el magistrado da gritos; acuden y rodean la casa. Taïco-Sama, que se defiende como una leona, está á punto de sucumbir, después de haber matado siete curiosos y quince soldados, cuando Mioxindono llega, atraviesa por entre la multitud, la liberta, pone en fuga al ejército, y ambos se vuelven á las montañas.

Entonces empieza una serie de acontecimientos tan complicados, que los límites de este trabajo no me permiten pensar ni siquiera en mencionarlos á la ligera, porque sólo para ello necesitaría veinte páginas. Básteme, para que se comprenda lo grandioso de la obra, que en los veinticinco años que dura la serie de sus crímenes, Mioxindono y Taïco-Sama, ya aislados, ya reunidos, no cometen menos de noventa y cinco asesinatos, cuatrocientos noventa y ocho robos á mano armada, mil ciento cuatro incendios y trescientos diez y siete envenenamientos. Cometen también, y en mucha mayor proporción, atentados contra las costumbres, pero se comprende que de esto yo ni siquiera pueda dar una ligerísima reseña. Porque está reconocido que se pueden tomar por héroes de una novela á envenenadores y presidiarios, y por argumento, robos, asesinatos, incendios, falsificaciones de documentos públicos y privados; pero todo el mundo conviene en que lo que toca á las buenas costumbres, debe estar severamente excluido del dominio del arte.

Acá, para inter nos, yo no he comprendido nunca esta distinción. Hasta confieso que me obstino en considerar el asesinato y el envenenamiento como mucho más inmorales que ciertas flaquezas de un corazón tierno, y que una novela compuesta sobre un asunto de este género es á mis ojos, no ya un horror, no ya una mala acción, sino un crimen, y en todo caso la explotación más abominable y más peligrosa al mismo tiempo de lo más corruptor que tiene la curiosidad y

el atractivo del mal... Pero soy casi el único que así piensa, y no lo digo delante de cualquiera, porque más de una vez me han mirado de soslayo por haber dicho:

—Mejor quisiera cometer diez adulterios que un asesinato.

Pero volvamos á la novela.

El autor no quiso prolongar por más de veinticinco años el período de impunidad de los crímenes de Mioxindono y de Taïco-Sama. No cabe duda de que cuanto más hubiera durado aquél, más interés hubiera tenido la historia, y más saludable hubiera sido la enseñanza, según la teoría moral que acabo de combatir. El objeto moral del autor está conseguido si logra hacer que resplandezca esta verdad poco conocida, según parece, que en rigor, puede escaparse del castigo de un solo crimen, pero que si se cometen dos, tres, cinco, diez, veinte, ciento, lejos de aumentar las probabilidades de impunidad que se tenían después del primer crimen, se corre más bien riesgo de dejarse prender. Téngase entendido.

Por lo demás, hay que ser justo; convengo que eso es una gran enseñanza; porque cuanto más crímenes haya dejado acumularse la Providencia sin impedirlos, más imponente será su entrada en escena á la hora del castigo.

Hasta el año vigésimoquinto no expían, pues, sus crímenes Mioxindono y Taïco-Sama. La guardia civil japonesa los arresta en un combate contra las brigadas á caballo de Méaco, reforzadas por una brigada de infantería de Konang-bat-se. El proceso verbal de arresto, cuyo texto da el autor por extenso, es una obra maestra, como lo es también el interrogatorio. Hay allí una figura de juez instructor de las más curiosas. Sin la habilidad de aquel magistrado, los culpados se escapan, y hubiera sido gran lástima, porque entonces nos quedamos sin el relato del suplicio.

¡El suplicio! Aquí es donde la obra se eleva hasta perderse de vista. Con un rastrillo, un tridente y una especie de araña de hierro sujetos al mango de largas pértigas, se ejecutan sobre la piel y las carnes del paciente una serie de operaciones capaces de hacer resucitar á un muerto. Luego, cuando todo su cuerpo no es más que una llaga, ó más bien, un picadillo, á duras penas colgante de sus huesos hechos mil pedazos, se comprime todo aquel amasijo en un puchero que se tapa sin dejar más que un agujero para que pase la cabeza, se unta la cara con miel para atraer á las moscas, y todo ello se coloca sobre un tablado al calor del sol.

Así acaba Mioxindono. En cuanto á Taïco-Sama, se la hace presen-

ciar todas esas formalidades judiciarias. Durante los preparativos de su suplicio, se la permite que vaya á rezar algunas oraciones sobre el puchero de picadillo donde la cabeza de su esposo hace los últimos gargarismos en la carne machacada. Acabada su oración, se la entrega á su verdugo.

Es costumbre en el Japón ajusticiar á las mujeres y á los niños con todos los miramientos y dulzura posibles. El verdugo coge pues á Taïco-Sama por la cintura, la arrastra delicadamente y sonriendo hacia un banco de piedra rodeado de canalillos para que corra la sangre, y la hace sentar sobre sus rodillas. Desátala el pelo, se enrosca á una de sus manos la larga cabellera de la joven, y empuñando con la otra un cuchillito afilado como un puñal y puntiagudo como una aguja, empieza por cortarla delicadamente los dedos de las manos y de los piés, falange á falange; luego la desuella y la desarticula metódicamente, hasta no dejarla más que la cabeza y el tronco. En aquel instante llega un mensajero cubierto de sudor y de polvo, anunciando que el *Taïcun* perdona la vida á la hermosa culpable. Inmediatamente se suspende el suplicio, se la venda y se la cura.

El último episodio, que podría llamarse la apoteosis moral de Taïco-Sama, es realmente de los más conmovedores. Pregúntanla qué quiere que se haga con lo que la han cortado, y contesta:

—Que lo dividan en trozos, lo machaquen lo más menudo que sea posible, y lo metan en la misma vasija en que pusieron el picadillo que fué mi adorado Mioxindono.

—Y con vuestros restos, ¿qué se hace?

—Dios mío, puesto que aún tengo una cabeza para comprender y un corazón para arrepentirme, deseo que lleven mis restos á un convento de bonzos, donde haré penitencia de mis pecados hasta el fin de mis días.

Así acaba la novela.

Mucho trabajo me ha costado; pero el placer de tantas dificultades vencidas me recompensa ampliamente. No ignoro lo mucho que puede dejar que desear mi trabajo, pero espero que el lector me agradecerá la buena voluntad. Se necesita cierta dosis de valor para emprender la traducción de un libro en idioma extranjero, sobre todo cuando se ignora éste en absoluto. Pero lo que me ha sostenido, y lo que me daba completa confianza en el valor de mi trabajo, es un principio en que me apoyo invariablemente, porque jamás me ha engañado. Este principio es el siguiente:

El único medio de juzgar imparcialmente de un libro es no leerle, porque la lectura inspira necesariamente prevenciones.

P. D. Escrito, compuesto y corregido este trabájo, pasaba yo casualmente por la puerta de un comerciante de objetos del Japón, cuando se me ocurrió enseñarle el libro y preguntarle lo que era. Me recibió una mujer joven, alta y bella, de negros cabellos, nariz aguileña y labios encarnados como el coral; indudablemente, una japonesa.

—¿Tendría V. la bondad, señora, de indicarme qué es este libro, y qué puede valer?

—Es una colección de canciones populares. Valdrá 1,50 francos.

Eché á correr á la imprenta para retirar mi manuscrito; pero ya era tarde. En lo sucesivo, la novela de Mioxindono y de Taïco-Sama añadirá un número más al catálogo de la literatura maleante.

Eugenio Moutón (Merino).

UN ANIMAL SARNOSO

Un gato viejo con sarna echado sin duda por sus amos, habíase establecido en la calle sobre la acera de nuestra casa, donde aún le calentaba un poco de sol de Noviembre. Es costumbre en ciertas gentes de conmiseración egoista enviar así á que se *pierdan* lo más lejos posible los animales á quienes no quieren cuidar ni ver sufrir.

Todo el día estaba lastimeramente sentado en algún alféizar de ventana, ¡con un aire tan sin ventura y tan humilde! Objeto de asco para los transeuntes, amenazado por los chicuelos y por los perros, en continuo peligro, de hora en hora más enfermo, y manteniéndose con no sé qué desperdicios atrapados á duras penas en el arroyo, arrastraba allí solo su vida, prolongándola como podía, esforzándose en retardar la muerte. Su pobre cabeza estaba toda ella carcomida por la sarna, cubierta de costras y casi falta de pelo; pero sus ojos, lindos aún, parecían revelar profundos pensamientos. Ciertamente debía sentir con toda su horrible amargura aquel sufrimiento, el último de todos, de no poderse hacer ya su tocado, de no poder alisarse más la piel y atusarse como con tanto esmero lo practican todos los gatos.

¡Hacer su tocado! Creo que, para las bestias como para los hombres, esa es una de las más necesarias distracciones de la vida. Los muy pobres, los muy enfermos, los muy decrépitos, que en ciertas horas acicálanse un poco y tratan de componerse todavía, no lo han perdido todo en la existencia. Pero no ocuparse ya del propio aspecto, porque en verdad, no hay nada que hacer con eso ante la podedumbre final,

siempre me ha parecido el último grado de todo, la suprema miseria. ¡Oh, viejos mendigos que antes de la muerte llevan ya en el rostro tierra é inmundicias, seres corroídos por lepras visibles que ya no pueden lavarse, animales sarnosos de que ni siquiera se tiene ya conmiseración!

Dábame tanta pena mirar á ese gato abandonado, que después de echarle de comer en la calle, acabé cierto día por aproximarme para hablarle con dulzura. (Los animales llegan á comprender muy bien las palabras cariñosas, y encuentran consuelo en ellas.) Por la costumbre de ser perseguido, al principio tuvo miedo al verme parado delante de él; su primera mirada fué de desconfianza, llena de acusaciones y de súplicas: «¿También tú vienes á echarme de este último rincón donde tomo el sol?» Luego, comprendiendo muy pronto que habíame yo presentado por simpatía, y absorto por tamaña ventura, me dirigió en voz baja su pobre respuesta de gato: «¡Miau! ¡Murrumiau!» levantándose por urbanidad y hasta intentando una zalema, á pesar de sus costras, acaso con la esperanza de que le acariciase.

No llegaba hasta ahí mi conmiseración, aun siendo yo el único que sentíala por él. Es indudable que nunca más volvería á conocer esa felicidad de ser acariciado. Pero, en compensación, imaginé darle muerte por mi propia mano, instantánea y de una manera casi dulce.

Así sucedió una hora más tarde en la cuadra, donde mi criado Silvestre, que antes había ido á comprar cloroformo, le había traído con dulzura y obligado á que se echara sobre heno bien caliente en el fondo de una canasta de mimbre que iba á ser su cámara mortuoria. Nuestros preparativos no le inquietaban lo más mínimo; arrollamos una tarjeta en forma de cono, como se lo habíamos visto hacer á los cirujanos en las ambulancias; él nos miraba con aspecto confiado y feliz, creyendo haber hallado por fin una yacija y gentes que tuvieran compasión, nuevos amos que le recogiesen.

Sin embargo de lo espantoso de su mal, me bajé á acariciarlo, habiendo recibido ya de manos de Silvestre el cucurucho de cartulina empapado en la mortífera sustancia. Sin dejar de hacerle caricias, traté de hacer que se estuviese allí tranquilo y metiera poco á poco la punta de la nariz en aquel adormecedor cartucho; sorprendido él al principio y husmeando con un vago espanto aquel olor desconocido, acabó, sin embargo, por dejarse llevar, con una sumisión tal, que vacilé en continuar mi obra. El

aniquilamiento de un animal, lo mismo que el de un hombre, es para confundirnos; pensando en ello, se advierte siempre el mismo misterio que subleva. Y, además, tiene en sí la muerte tanta majestad que es capaz por un instante de agrandar de un modo inesperado y desmedido las más ínfimas escenas, en cuanto está próxima á aparecer su sombra; en aquel momento me hice á mí mismo el efecto de algún sectario de la magia negra arrogándose el derecho de otorgar á los que sufren lo que cree ser el sosiego supremo, el derecho de abrir á quienes aún no se lo han pedido las puertas de la gran oscuridad...

Una vez levantó para mirarme fijamente su pobre cabeza, que muy presto moriría; cruzáronse nuestros ojos; los suyos, interrogantes y expresivos, con una extremada intensidad, me preguntaban: «¿Qué me haces? Tú, á quien me he confiado y á quien conozco tan poco, ¿qué me haces?» Y yo vacilaba todavía. Pero, dobló el cuello; su pobre cabeza asquerosa apoyábase entonces en mi mano, la cual no retiré; á pesar suyo invadíale cierto entorpecimiento, y esperaba yo que no me volvería á mirar más.

¡Sin embargo, así lo hizo por última vez! Los gatos, como dicen las gentes del pueblo, tienen siete vidas. En un postrer sobresalto de la suya, me miró de nuevo á través de su semisueño mortal; hasta pareció haberlo comprendido entonces todo: «¿Conque esto era para matarme?... Ya ves que consiento... Es demasiado tarde... Me duermo...»

A la verdad, tenía miedo de haberme extraviado; en este mundo, donde no sabemos nada de nada, ni siquiera nos es lícito tener lástima de una manera inteligente. Su mirada, de infinita tristeza, poniéndose vidriosa con la muerte, continuaba persiguiéndome cual una acusación: «¿Por qué te has metido en mi destino? Sin ti hubiera podido ir tirando otro poco de tiempo, tener aún algunas pequeñas ideas lo menos durante una semana. Quedábame fuerza bastante para saltar al poyo de tus ventanas, donde los perros no me atormentarían demasiado, donde nunca tuve un frío excesivo; sobre todo por la mañana, cuando daba el sol en ellas, pasaba algunas horas mirando en torno mío el movimiento de la vida, interesándome por las idas y venidas de los otros gatos, por tener aún conciencia de algo; al paso que ahora voy á descomponerme para siempre, convirtiéndome en no sé qué otra cosa que ya no se acordará de nada; dentro de poco, *no existiré ya...*»

Hubiera debido acordarme, en efecto; los más valetudinarios gustan más de prolongar la existencia por todos los medios, hasta los límites más miserables; prefieren, no importa el qué, al terror de no ser nada, de *no ser ya*...

Cuando volví á verle por la noche, lo encontré rígido y frío en la postura de sueño con que le había dejado. Entonces mandé á Silvestre que cerrara el cestito mortuorio y lo llevase lejos de la ciudad, para tirarlo al campo.

PEDRO LOTI.

EL BABIECA DE LA SEÑÁ ANTOÑICA

Nil habuit Codrus:
¿quis enim negat? Et tamen illud,
Perdidit infelix totum nihil.
JUVENAL.

Cómo he sabido yo la historia que voy á contaros? ¿Qué os importa, con tal que os la cuente bien? Y estoy seguro de contarla bien; lo declaro de antemano, sin amor propio de autor, porque no tengo arte ni parte como autor en la tal historia, y he de limitarme á consignar simplemente los hechos según han llegado á mi noticia.

Había una vez una pobre abuela con el pobretín de su nieto, que no poseían en el mundo sino el cariño que recíprocamente se profesaban.

Esta abuela tenía setenta y siete años, y el nieto tenía ocho.

Vivían en el sexto piso de una casa de obreros situada en el callejón del Orillón, entre Belleville y Ménilmontant, un barrio donde no abundan gran cosa los ricos. Y, á pesar de todo, entre la misma pobretería del vecindario descollaban los dos por su miseria. Con eso está dicho á dónde llegaría.

Juzgad vosotros. El niño andaba mal; iba á hacer doce meses que guardaba cama, y la vieja estaba muy acabada, muy débil, casi inválida también; de forma que, con los mejores deseos del mundo, no podía hacer cosa mayor.

¡Gracias á que los míseros son buenos para sus semejantes! Los pobres del barrio daban limosna á esa pobreza más desdichada todavía que la suya; y su caridad, unida á algunos socorros de la Beneficencia pública, bastaban para la subsistencia de la abuela y del nieto.

A la vieja la llamaban la señá Antoñica, y al niño el babieca de la señá Antoñica. No se le daba otro nombre, porque jamás se le había visto correr y jugar por la calle con

los chicos de su edad, jamás se había oído á un compañero gritarle de acera á acera, acompañando su nombre, á la usanza popular, de algún asonante absurdo y sonoro:

—¡Anda abajo, Torcuato!

—¡Justo y cabal, Pascual!

—¡Mozo listo, Calixto!

—¡Aquí te quiero, Severo!

—¡No! Los vecinos no pasaban de decir de tarde en tarde:

—Pero, ¿y el babieca de la señá Antoñica, sabe V. cómo anda?

¡Ay! El babieca de la señá Antoñica iba de mal en peor. Hijo de una enferma del pecho y de una laceria, el pobrete era tísico y raquítico á la vez, y cuando no ponía el grito en el cielo con los dolores sordos de su coxalgia, se desencuadernaba con una tos seca y sanguinolenta que estampaba en sus mejillas dos ramitos de violetas de un tono sombrío.

Durante los primeros años, aunque andaba medio á rastra, y se pasaba muchos ratos tendido, no dejó de tener sus épocas buenas.

Entonces el abuelo, que trabajaba todavía á pesar de tener más de ochenta años, se lo llevaba á dar paseos al aire puro y al sol; y alguna que otra vez ganaba para comprarle medicinas que lo ponían como nuevo por espacio de algunas semanas. Pero desde que habitan en ese fementido zaquizamí del piso sexto, con vistas á un patio de donde suben los más ingratos olores; desde que la vieja no encuentra modo de agenciar sino lo estrictamente necesario para no morirse de hambre; desde Diciembre, en fin, del año último, el babieca de la señá Antoñica no ha vuelto á levantarse de la cama, y es probable que no se levante jamás.

La última vez que salió fué en la Navidad pasada.

Aquel día la señá Antoñica lo arropó como pudo con una bufanda que le hizo de su pañuelo viejo; le puso los dos únicos pares de medias que ella tenía para que llevase abrigados los piés dentro de sus flamantes zuecos, y lo paseó por los bulevares á lo largo de los puestos atestados de juguetes, de estampas y de muñecos, que formaban un mágico conjunto de esplendores y colorines.

No se ha borrado esa magia de los ojos y de la imaginación del enfermo; siempre ha hablado de ella desde entonces, agitándose á su recuerdo con el ansia de la posesión, abriendo extasiado la boca, y tendiendo los bracitos secos hacia el espejismo de todas aquellas maravillas entrevistas é inolvidables.

Había allá sobre todo, cerca de la plaza de la Gran Opera, un soberbio polichinela dorado y de mil colores, casi tan alto como el mu-

chacho mismo, y que, cuando se le tiraba de la cuerda, agitaba alegremente multitud de cascabeles y campanillas, alzaba los brazos, abría las piernas, y os miraba con su carota encendida, haciendo unos visajes que no parecía sino que estaba vivo.

—¡Ay qué cosa tan bonita! ¡pero qué bonita!—exclama á menudo el babieca—Di, abuelita, ¿un *porrichinela* así costará muy caro?

Y la vieja responde siempre:

—Calla, que te he de comprar uno, cuando seamos más ricos.

—¿Y cuándo vamos á ser más ricos?

—En seguida, cordero mío; dentro de nada.

—Entonces tendré yo un *porrichinela*, ¿eh?

—Sí que le tendrás, sí.

—Mira, abuelita, si lo tuviese, de fijo me ponía bueno al momento.

Y á todas horas le persigue esa idea como una obsesión. Y cuando empeora la pobre criatura, cuando la torturan más sus dolores, cuando la horrible tos le sacude como si fuese á arrancarle el postrer aliento, ¡oh!, entonces se avivan sus ansias hasta trocarse casi en un acerbo martirio. Se ve palpablemente que tales ansias aumentan sus sufrimientos, y que la posesión del juguete mitigaría, en realidad, la dolencia como por encanto.

¡Y eso lo comprendía la vieja! A fuerza de prometer el polichinela, acabó por creer que debía cumplir lo prometido, y que no tenía más medio que ese para prolongar un poco la vida de su querubín. ¡Sí, tendría su polichinela! ¡Y se curaría! También ella había concluido por abrigar esa loca esperanza.

¡Lo tendría, sí! Pero, ¿cómo? Según decía él mismo con lágrimas de codicia impotente, ¡un polichinela por el estilo debía costar muy caro! Era un juguete de ricos. Cuatro duros lo menos. Acaso más. ¿Dónde iba á encontrar, eso ella, que ni siquiera veía ya el color del dinero si no es de tarde en tarde el de alguna calderilla que le solían dar en unión con las limosnas en especie? ¡Cuatro duros! ¡Vamos, una fortuna!

Vendió la ropa vieja que le daban á la entrada del invierno; vendió hasta los bonos de carne y de pan, que tanto le costaba obtener, y tan mezquinos. No reservó sino lo imprescindible para el chico. Ella ayunaba. Y cuando el nieto, comiendo solo, le decía:

—¿Pero es que no tienes hambre, abuelita?

—No—respondía ella;—me han hecho tragar un platazo de sopa en casa del ebanista.

Y así pasó la vieja días seguidos,

sin que á veces hubiera entrado nada en su estómago. ¡Qué importaba! ¡El niño tendría su polichinela!

Tres meses va á hacer que ahorra de ese modo, y anteayer por la mañana reunía en junto treinta y seis reales y seis cuartos.

—Me hacen falta dos duros—pensó—dos duros, por lo menos. Todavía hay que buscar veintiocho cuartos de aquí á mañana.

Aquel día no podía estar ya peor el babieca. ¡Demonio! Con el medio mes de invierno que acababa de pasar, cualquiera se hace cargo de la situación en que debía encontrarse el angelito. Y los pobres, muertos á su vez de hambre y de frío, no han podido correrse á muchas larguezas con la vieja. Se acabaron los trapos que vender. Todo lo que quedaba en la buhardilla eran tres bonos de pan y de leña.

Pero el niño está tan caído, tan caído, que ya no puede atravesar nada. Por consiguiente, ¿qué falta hace hoy el pan? ¿Para ella? ¡Tendría que ver! ¿Y mañana? ¡Ah! Mañana sabrá buscarlo. Lo que hace falta en este momento, lo necesario, lo indispensable, no es el alimento, es el polichinela. Si ahora lo tuviese él en sus manecitas temblorosas, á buen seguro que se pondría mejor.

—¡Qué cosa tan bonita!—exclama con un estertor ahogado.

Y se dilatan sus ojos; la nariz, afilada por la enfermedad, palpita de repente; afluye á la piel una oleada de calor, y torna la vida á aquellos labios tan descoloridos. ¡La vida, sí, la vida! Como su sueño se realice, ha de vivir aún.

—¡Qué bonito era!

—Voy á buscártelo, no te apures tú; voy en seguidita.

—¡Qué! ¿El *porrichinela?*

—Sí, el *porrichinela.*

—¿Entonces somos ricos, abuelita?

—Sí, cordero mío. Mira lo que tengo.

Enseña sus treinta y seis reales y seis cuartos. Un montoncito regular, porque todo está en calderilla.

El niño palmotea.

—Anda, abuelita, anda á escape—dice.—No tardes mucho.

La abuela ha salido. No, no tardará mucho. Con sus débiles piernas corre primero á casa de los vecinos para vender sus tres bonos, los últimos.

—Es para buscar un remedio al babiequita — dice.

Y dice bien: un remedio es lo que va á buscar.

¡Dos duros! ¡Al fin los tiene! Ha necesitado perder en eso una media hora; pero los tiene. ¡Cómo se menea, á pesar de sus achaques, á pesar de lo resbaladizo del piso, á pesar del entumecimiento del frío que

le hiela los huesos; porque ayer no comió nada, ni hoy tampoco; y ha dejado todos sus trapitos en el camastro del enfermo! No lleva más que una mala saya y una chaquetilla muy delgada encima de la camisa. ¡Brrr! ¡Y andando va contra viento y marea! Y es lejísimo. Hay que ir allá, muy allá, cerca de la Gran Opera. Puede que el polichinela esté allí todavía este año, y quizá no cueste más de dos duros.

Sí, el mismito era, y lo ha conseguido por dos duros á fuerza de regatear. Era el mismito; lo ha conocido al momento. Vuelve, estrechándolo contra su corazón, con precauciones de madre, como si temiese hacerle daño. Y también ella dice:

—¡Qué bonito es!

Abreviemos. El destino es el más terrible de los dramaturgos. Nadie inventa golpes teatrales al nivel de la realidad. Cuando se cuenta los que depara la vida, no hay sino decirlos en dos palabras.

La vieja había estado ausente dos horas largas. Al volver, encontró al niño muerto.

Ayer enterraron al babieca de la señá Antoñica.

Ella ha colocado en la cajita, sobre la sábana remendada que servía de sudario, el hermoso polichinela de brillantes colores, de sonoras campanillas y de maravillosos dorados; así ha tenido el pobre cadáver su aguinaldo de Noche Buena.

¡Que no tarde en venir el de la abuela Antoñica, la muerte!

JUAN RICHEPIN.

MALACHKA Y AKULINA

Aquel año cayó baja la Semana Santa. Apenas acababan de cesar los viajes en trineo, la nieve cubría aún los patios y deslizábanse los arroyos por la campiña.

En una calleja entre dos puertas se había formado un charco grande; y dos niñitas de dos casas diferentes se encontraron en la orilla, una pequeña y la otra de un poco más edad. Llevaban traje nuevo, azul la menor, amarillo con dibujos la mayor. Ambas iban con pañuelo de seda á la cabeza.

Al salir de misa habían corrido al charco; se enseñaron los trajes y se pusieron á jugar. Querían divertirse haciendo saltar el agua. Como la menor se dispusiera á meterse en el charco con botitas y todo, la de más años la dijo:

—No hagas eso, Malachka, porque te reñiría tu madre. Yo voy á quitarme las botas; haz tú lo mismo.

Las niñas se descalzaron, recogiéronse las sayas y fueron por dentro del charco al encuentro una de otra.

Malachka se metió en el agua hasta los tobillos, y dijo:

— ¡Qué hondo está, Akulina; tengo miedo!

— Eso no es nada — replicó la otra.—En ningún sitio estará más hondo. Ven á mi encuentro en derechura.

Cuando se acercaban una á otra, dijo Akulina:

—Ten cuidado, Malachka, cuidadito de no salpicarme de lodo. Anda más despacio.

Pero, apenas acababa de hablar, cuando Malachka revolvió el pié dentro del agua, y salpicó de barro el traje de Akulina.

Y no sólo el traje de Akulina

quedó salpicado todo él, sino que le saltó el agua también á la nariz y á los ojos. Al ver manchas en su vestido nuevo, enfadóse contra Malachka, gritó diciéndola injurias y corrió detrás de ella con ánimo de pegarla.

Malachka tuvo miedo. Comprendió que había hecho una necedad, salióse á escape del charco y se dirigió á su casa al vuelo.

En aquel momento pasaba la madre de Akulina. Al ver la camiseta y el traje de su hija tan sucios, exclamó:

—¿Dónde te has manchado el sarafán, cochina?

—Malachka me lo ha salpicado de barro.

La madre de Akulina cogió á Malachka y la dió un cogotazo.

Malachka atronó á gritos toda la calle. Oyóla su madre y se precipitó fuera de casa.

—¿Por qué pegas á la mía?—dijo, insultando á su vecina.

Agravábase la disputa. Las madres iban á agarrarse del moño. Salieron de las casas los aldeanos y formáronse corrillos en toda la calle. Todo el mundo gritaba á la vez y nadie quería oir á su vecino. Dirigíanse improperios, era inminente venir á las manos, cuando una vieja, la abuela de Akulina, se arrojó en medio de los aldeanos para que se diesen á razones.

—¿Qué vais á hacer, amigos míos?—exclamó.—¡Y además, en un día como éste! ¡Pecar de esa manera, cuando debemos regocijarnos!

Pero nadie la hizo caso, y hasta poco faltó para que la tirasen al suelo. Y la vieja no hubiera podido apaciguarlos, sin Akulina y Malachka.

Mientras que las madres le daban al pico, Akulina se había limpiado el traje. Volvióse corriendo al charco, tomó un guijarrito y con él empezó á excavar la tierra para que corriese el agua por la calle.

Estando en esta tarea, se acercó por su parte Malachka, y armada con un palo la ayudó á hacer una canaleta.

Comenzaban ya los aldeanos á darse de golpes, cuando, escapándose el agua calle abajo por la canaleta, llegó precisamente al sitio donde la anciana abuela trataba en vano de separar á los aldeanos. Las niñas corrían por ambos lados del arroyuelo.

—El agua corre más que nosotras; atájala, Malachka—gritaba Akulina—atájala.

Malachka quiso decir alguna cosa, pero el exceso de alegría la cortó la palabra.

Las dos niñas no cesaban de correr, y se reían viendo las zambullidas de un palito en el agua del

arroyuelo. Así llegaron hasta en medio de los aldeanos. Las vió la anciana, y gritó:

—¡No tenéis temor de Dios! Precisamente á causa de esas niñitas comenzasteis á pegaros; ellas lo han olvidado todo hace mucho tiempo, y ahí las tenéis poniéndose á jugar juntas en buena armonía. Son más sensatas que vosotros.

Los aldeanos miraron á las chiquillas, y les dió vergüenza. Burláronse de sí mismos, y cada cual volvió á meterse en su casa.

«Si no sois como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

León Tolstoy.

MUERTE VOLUNTARIA

En otro tiempo me traté mucho con el poeta Luis Miraz en el barrio Latino, donde ambos tomábamos nuestros piscolabis en una cremería de la calle del Sena, propiedad de una vieja polaca, á quien habíamos apodado «la princesa Chocolawska» á causa del enorme lebrillo de crema de chocolate que exponía diariamente en el escaparate de la tienda. En rigor, podía comerse allí por diez sueldos, con *dos de pan*, un *ordinario de treinta céntimos* y una *chica de tinto*. Los delicados gastaban cinco céntimos más por tener una servilleta.

Aparte de algunos jóvenes que iban para *genios*, los habituales parroquianos de la polaca eran pobres compatriotas de la patrona, todos los cuales el que menos había mandado ejércitos. Había, sobre todo, un imponente y melancólico anciano, de barbilla gris, cuyo antiguo gabán con alamares y las botas rezumantes y el sombrero, sobre el cual parecían haberse paseado los limacos, ofrecían un poema de miseria, y á quien los demás polacos trataban con marcada indiferencia por haber sido dictador durante tres días.

También conocí en casa de la princesa Chocolawska á un raro loco que ganaba el pan dando lecciones de lengua alemana, y que declaraba haberse convertido á la religión búdhica. En la chimenea del mísero cuartucho donde vivía en concubinato con una modista del mercado de Saint-Germain, tenía su trono un Budha de piedra jade, bastante bien hecho, con los hipnotizados ojos fijos en su ombligo y con los pulgares metidos en el puño de las manos. El profesor de alemán demostraba la más profunda veneración al ídolo; pero cuando llega-

ba el vencimiento del inquilinato, veíase algunas veces obligado á empeñarlo en el Monte de Piedad. Entonces caía en un pesar sombrío, y no recobraba la serenidad sino cuando había podido reparar su sacrilegio. Por lo demás, nunca dejaba de renovar el empeño en tiempo hábil, y, finalmente, de libertar á su Dios.

En cuanto á Luis Miraz, tenía las ojeras, la palidez y las enmarañadas melenas de todos cuantos van en vagón de «tercera» á conquistar la gloria, gastan más en aceite para la lámpara que en biftecks, y, poseedores ya de varios manuscritos, han lanzado el clásico reto de Rastignac al gran París desde lo alto de alguna colina de los alrededores. Por aquellos tiempos, mi cabellera suficientemente merovingia manchaba de grasa el cuello de mi gabán. Así, pues, éramos á propósito para comprendernos; y bien pronto me condujo Luis Miraz á su elevada habitación de la calle de los Cuatro Vientos, donde me metió dentro del cuerpo dos mil alejandrinos.

Hablando con formalidad: eran unos versos jóvenes y hechiceros, de una inspiración primaveral, con el aroma de las primeras lilas. Y los *Pájaros sueltos* (título de esta colección de poesías, publicadas por Luis Miraz poco tiempo después de habérmelas leído) conservarán un lugar entre los libros predilectos de los lectores escogidos, junto á los poetas de un solo tomo; por ejemplo, del Daudet de las *Amorosas*.

Porque Miraz no hizo otros versos. Joven aguilucho, enamorado de las alturas, fué á plantar su nido en el cerrillo de Montmartre, y durante bastante tiempo nos perdimos uno á otro de vista. Luego encontré su firma en los diarios y en las revistas, donde comenzaba á publicar los breves y exquisitos cuentos que fundaron su reputación. Transcurrieron cinco años; al fin, le encontré un día en la redacción de un periódico donde yo colaboraba.

***

Tuvimos tanto gusto el uno como el otro en volvernos á ver. Y después de los primeros «¡Cómo! ¿Eres tú?... ¿Y tú?» permanecimos frente á frente, apretándonos la mano y, con una risa de cordial alegría, mostrándonos los dientes que en otro tiempo habían mordido el mismo pedazo de pan duro. No había cambiado en nada; ni siquiera había sacrificado sus largos cabellos, que echaba de continuo hacia atrás con el lindo movimiento de cabeza con que un caballo sacude las crines. Solamente tenía la tez fresca y los

ojos tranquilos de un hombre feliz, y su flexible talle iba oprimido por la levita más elegante.

—Ya no nos separamos, ¿no es así?—me dijo, pasando su brazo por el mío con un afectuoso ademán de camarada. Y me llevó al bulevard, donde el sol de Abril doraba las hojitas nuevas de los plátanos.

¡Ah, qué día tan feliz! Agotamos los «¿te acuerdas...?» ¿Te acuerdas de los huevos al plato, que olían á paja, y del horrible arroz con leche de la princesa Chocolawska? ¿Y de la melancolía del viejo dictador? ¿Y del alemán que llevaba su Dios á peñaranda cada tres meses? Al fin se habían acabado los malos días. El había aplaudido desde lejos mis buenos éxitos, yo conocía los suyos; pero ignoraba que se hubiese casado con una mujer á quien adoraba, y que tuviera una hijita, ¡una *alhaja!*...

—Ven á verlas, comerás en casa.

Accedí; y me llevó allá abajo, al Enclos-des-Ternes, donde habitaba en un pabellón entre árboles. Todo daba allí la bienvenida; y tan pronto como empujamos la puerta del jardinillo, se acercó un perrito saltando á nuestras piernas.

—¡Abajo, Gavroche!... Te va á manchar.

Pero al ruido de la campanilla, apareció en la escalinata la señora de Miraz con su niñita en brazos. Era una frescachona y bella rubia, de magnífica pechera modelada bajo su peinador azul.

—Haz que pongan un cubierto más... es un antiguo camarada.

Y el feliz padre, conservando puesto el sombrero por haber cogido en brazos á su hijita, me hizo ver en seguida toda la casa: el comedor, alegre con sus claros azulejos; el gabinete de trabajo, lleno de libros, con la ventana abierta frente al follaje... tanto, que una racha de viento había cubierto de flores de castaño rosa las pruebas de imprenta desparramadas encima de la mesa.

—¡Atiende! ¿Sabes? Esto no es más que empezar... No hace tanto tiempo que se emborronaban cuartillas á quince céntimos línea.

Y mientras me extasiaba yo mirando un árbol de Judea, todo él en flor, que veía en el jardín, Miraz se había puesto á sus anchas, metiéndose la bata de trabajo y las zapatillas; y arrellanado en su gran sillón, cogía á su hijita Elena con los dos brazos para hacerla saltar: «¡Aúpala, aúpala!»

No creo haber experimentado nunca una sensación más perfecta de la felicidad. Comimos alegremente (dos platos fuertes, y se acabó), una comida sin ceremonias, en la que cada uno se servía á sí mismo la pimienta. La bella señora de Miraz la presidía con su luminosa

sonrisa, teniendo á su lado á la pequeñuela sentada en una silla alta. Hablaba poco, pero su mirada inteligente y dulce seguía nuestra loca y paradójica charla de literatos de buen humor; y á los postres, cogió una rosa del ramo que adornaba la mesa y se la puso en el pelo junto á la oreja, con imponderable gracia. Era la bella y silenciosa amiga nenesaria al pensador.

Tomamos el café en el gabinete (pronto iban á amueblar el salón, con el precio de la novela que iba á publicar la casa editorial Lévy). Luego, como la noche estaba fresca, se encendió una fogata de ramitas y virutas; y mientras Miraz y yo fumábamos evocando antiguas memorias, la dueña de la casa, teniendo en el regazo á su Elenita en camisilla, hacíala repetir un «Padre nuestro» y un «Ave María» que la niña pronunciaba á media lengua frotándose voluptuosamente los piececitos delante de la llama.

*
* *

Volvimos á vernos, primero bastante á menudo, después más de tarde en tarde; la vida, la difícil y complicada vida de los literatos de profesión, nos llevaba á cada cual por su lado. Pasaron años y años. Nos encontrábamos y nos estrechábamos las manos. «¿Va bien todo?» «A las mil maravillas.» Y no había más. Luego, en los últimos tiempos, rara vez encontraba ya la firma de Luis Miraz en los diarios y revistas. «¡Hombre feliz! Descansa», decía para mí, acordándome de que pasaba por haber hecho una fortunita. Al fin, en el último otoño supe que estaba gravemente enfermo.

Corrí á verle. Continuaba viviendo en el Enclos-des-Ternes; pero en aquel tétrico día de fines de Noviembre la casita parecía tener frío, y estaba como desnuda entre los árboles sin hojas; me pareció encogida, achicada, como todo lo que en mucho tiempo no hemos visto. El perro había muerto sin duda, porque su ladrido no contestaba al sonido de la campanilla, al empujar yo el postiguillo y penetrar en el jardín, alfombrado todo él de hojas secas, y en el que la helada de la noche había quemado los últimos crisantemos.

No fué la señora de Miraz quien me recibió (estaba ausente), sino Elena, convertida en una chicarrona de catorce años y aire montaraz. Me abrió el gabinete de su padre, levantando bruscamente el velo de sus grandes pestañas negras y echándome una mirada inquieta y tímida.

Encontré á Miraz acurrucado en una silla baja junto á la chimenea,

con vestidos de casa á lo viejo, con mechones grises en su larga cabellera. Y por la mano húmeda y fría que me alargaba, por la mirada mustia que me dirigió, comprendí que estaba perdido. ¡Cosa horrible! Encontraba en mi desventurado compañero aquel aspecto de ruina inminente que nos chocaba antaño en los pobres polacos de la cremería.

—¿Qué es eso, veterano, no va bien?

—¡Clavado, querido!—me respondió con una horrible sonrisa.—Me largo tontamente del pecho, como en un quinto acto... ¿sabes?... cuando el venerable doctor, con una cabeza á lo Béranger, pulsa á la dama joven y levanta al cielo los ojos exclamando: «¡Se acerca la agonía!...» La diferencia está en que en mí la agonía se prolonga, no acaba nunca... Fuma, no me molesta—añadió al verme tirar el cigarro; y le dió una tos que parecía un hipo estertoroso.

Traté de encontrar frases que le animaran. Le hablé cogiéndole la mano y dándole golpecitos en el hombro. Pero sentía yo sonar mi voz en el vacío como cuando se miente; y al mirarme, parecía tener Miraz lástima de mis esfuerzos. Me callé.

—Mira—dijo, enseñándomela—mira mi mesa de trabajo... Hace seis meses que ya no puedo escribir.

Y era verdad. Nada tan siniestro como aquel montón de papelotes llenos de polvo; y en un platillo antiguo de Rouen había una porción de plumas de ganso sucias de tinta y parecidas á esos trofeos de floretes herrumbrosos que cuelgan en las paredes de las casas de los antiguos espadachines.

Hice una nueva tentativa para reanimarle. ¡Morir, á su edad! ¡De ninguna manera! De seguro que no se cuidaba. Debía irse á pasar el invierno al Mediodía, tomar un buen baño de sol. Podía hacerlo... ¿No estaba desahogado?

Pero me detuvo, poniéndome la mano en el brazo.

—Escucha—me dijo con gravedad:—aunque no nos vemos, tú eres mi más antiguo y acaso mejor camarada... Me lo has probado con la pluma en la mano... Pues bien; quiero hacerte una confidencia que guardarás para ti, salvo el valerte de ella cuando llegue la ocasión, para desalentar á los jóvenes pinches literarios que sometan á tu examen manuscritos suyos, lo cual siempre es una acción loable... Sí, yo he tenido buen éxito. Sí, me han pagado á franco la línea. Sí, he ganado dinero; ahí dentro de esa gaveta tengo unos papeles amarillos, verdes y rojos, de los cuales se corta un pedacito cada seis meses,

que representan tres ó cuatro mil francos de renta... Esto es muy raro en la profesión ; y para hacer tan pobres ahorros me ha sido preciso, á mí, poeta, imitar las más feroces virtudes de un burgués, saber negar una joya á mi mujer, un vestido á mi hija... En fin, tengo ese dinero... Y me decía á menudo : «Si muero, eso es su pan asegurado, una pequeña dote para Elena.» ¡Y estaba contento, orgulloso!... Porque conozco las historias de nuestras viudas y de nuestras huérfanas... Los socorros de veinte céntimos del ministerio, las expendedurías de tabaco con seiscientos francos en provincias... y si la hija es inteligente y bonita, como la mía, el autor dramático, antiguo amigo de papá, que la aconseja entrar en el Conservatorio y la convierte en una... ¡Demonio! ¡He ahí lo que no sucederá!... Mas para eso, querido, es preciso que yo no dure mucho. La enfermedad es una cosa cara; y ya hubo que vender dos ó tres de esos papeles con cupones que están en la gaveta... Para ir al sol, como tú dices, para hacer el lagarto en Cannes ó en Meuton, sería preciso largar otro... y al fin y al cabo ya no quedaría ni uno solo, si me retrasara aún siete ú ocho años, ahora que ya no puedo llenar cuartillas... Por fortuna, eso no es de temer... Pero espanta pensar lo que he sufrido desde que soy incapaz de escribir, y siento fundirse aquel puñado de oro y disminuir dentro de mi mano, como la *piel de zapa* de Balzac... ¿Me has comprendido ahora? Ya no me aconsejarás que me cuide... Anda, y si aún sabes rezar á Dios misericordioso, dile que me envíe pronto los amortajadores.

*
* *

Quince días después íbamos una treintena tras del féretro que llevaba á Luis Miraz al cementerio de Montmartre. Había nevado la víspera, y el doctor Arnould, el veterano concurrente asiduo á los estudios de los pintores, el amigo y médico del difunto, me dijo con voz de ave de rapiña, andando á mi lado :

—Contraste bien común, pero terrible siempre... Un entierro en tiempo de nieve... Negro sobre blanco... Es cosa de no chunguearse del *entierro del pobre*, del malogrado Vigneron... ¡Birr, qué frío!

Al fin llegamos al borde de la fosa. El sitio y el momento eran lúgubres. Bajo un cielo sucio, los enanos cipreses sacudían al viento sus copos de nieve fundida. Los asistentes habían formado corro y

miraban á los sepultureros cómo dejaban resbalar al hoyo la caja sujeta con cuerdas. Junto á un sacristán con cruz alzada, cuya sobrepelliz, demasiado corta, dejaba ver la parte baja del pantalón, esperaba el sacerdote con un dedo entre las hojas del breviario; y después de sujetar el ala del sombrero con el brazo izquierdo doblado, el orador de la Asociación de Escritores tenía ya en la mano, calzada con guante negro, las cuartillas del elogio fúnebre, acabado de garrapatear, con ayuda de un camarada ante dos copitas, en un ángulo de una mesa de café.

De pronto, cuando el clérigo comenzaba las preces en latín, el doctor Arnould me agarró del brazo y acercó la boca á mi oído, diciendo en voz baja:

—¿No sabe V.? Se ha matado.

Le miré estupefacto. Pero me señaló con el dedo el negro grupo formado por la señora de Miraz y su hija, que se ahogaban bajo sus largos velos y se estrechaban con un abrazo trágico, y añadió:

—¡Por ellas!... Sí; desde hace seis meses tiraba al fuego todos los medicamentos, cometía de propósito las mayores imprudencias... Antes de morir me lo ha confesado todo... Yo no comprendía nada; yo que con la creosota prometíame alargarle la vida lo menos tres años... En fin, la otra noche en que heló tan fuerte, dejó la ventana abierta como por olvido y pescó una fluxión de pecho... ¡Sí, por dejar pan á esas dos mujeres!... El cura no sospecha que está bendiciendo á un suicida. Pero anda, buen hombre, que Miraz está en el paraíso de los valientes... ¡Esta muerte en detalle, eh!... ¡Mucho mayor arrojo que pasar el puente de Arcole!

F. Coppée.

EL EMPERADOR CIEGO

Ó VIAJE Á BAVIERA EN BUSCA DE UNA TRAGEDIA JAPONESA

I

El señor coronel Sieboldt.

El Sr. de Sieboldt, coronel bávaro al servicio de Holanda, tan conocido entre los círculos científicos por sus notables obras acerca de la flora japonesa, vino á París durante la primavera de 1866, para someter al emperador un vasto proyecto de asociación internacional con objeto de explotar ese maravilloso *Nipon-Jepen-Japon* (Imperio de la salida del Sol), donde había habitado por espacio de más de treinta años. En espera de conseguir una audiencia en las Tullerías, el ilustre viajero (que había continuado siendo muy bávaro á pesar de su estancia en el Japón) pasaba sus veladas en una pequeña cervecería del arrabal Poissonnière, en compañía de una señorita joven de Munich que viajaba con él, y á quien presentaba como sobrina suya. Allí fué donde yo le encontré. Cuando entraba, volvíanse todos á mirar la fisonomía de ese anciano, firme y tieso con sus setenta y dos años, sus largas barbas blancas, su interminable hopalanda, su ojal lleno de cintas con los colores de todas las academias científicas, y aquel extraño aspecto, donde había á la par tanta timidez y desenvoltura. El coronel se sentaba muy serio y sacaba del bolsillo un gran rábano negro; luego, la joven señorita que le acompañaba, con todas las trazas de una alemana, de falda corta, chal de cenefa y sombrerito de viaje, cortaba ese rábano en rodajas delgadas, al estilo de la tierra, las espolvoreaba de sal, se las ofrecía á su «tío», como ella decía,

con su vocecita de ratón, y ambos se ponían á rumiar uno frente á otro, tranquila y sencillamente, sin sospechar siquiera que pudiese haber la más mínima ridiculez en conducirse en París como en Munich. Lo cierto es que formaban una pareja original y simpática, y conseguimos pronto llegar á ser buenos amigos. El bueno del hombre, viendo el gusto con que le escuchaba al hablarme del Japón, habíame pedido que revisara su Memoria; y yo me apresuré á aceptar el encargo, tanto por amistad hacia ese viejo Simbad, como por enfrascarme más y más en el estudio del hermoso país, el amor al cual me había transmitido. No dejó de costarme trabajo el hacer la tal revisión. Toda la Memoria estaba escrita en el estrafalario francés que hablaba el Sr. de Sieboldt: «Si yo *tendría* accionistas... si yo *reuniría* fondos...» esos defectos de pronunciación que le hacían escribir por lo regular: «Los grandes *botes* del Asia» por «los grandes *vates* del Asia» y «el *Jabón*» en lugar de «el *Japón*...» Unase á esto, frases de cincuenta líneas sin punto ni coma, sin ningún descanso para respirar, y, sin embargo, tan bien clasificadas dentro del cerebro del autor, que le parecía imposible suprimir ni una sola palabra; y, cuando me ocurría quitar una línea de un lado, inmediatamente la transportaba él un poco más lejos... ¡Lo mismo da! El hecho es que ese demonio de hombre era tan interesante con su *Jabón*, que me hacía olvidar las fatigas del trabajo; y cuando llegó el día de la audiencia, la Memoria casi podía ir por su pié.

¡Pobre veterano Sieboldt! Aún le veo al irse á las Tullerías, con todas sus cruces en el pecho, con ese magnífico uniforme de coronel (grana y oro) que no sacaba del cofre sino en las grandes ocasiones. Aun cuando todo el tiempo estaba «¡brum! ¡brum!» irguiendo su elevada estatura, comprendí cuán conmovido estaba, por el temblor de su brazo sobre el mío, y, sobre todo, por la insólita palidez de su nariz, un narigón de sabihondo, de color carmesí por el estudio y por la cerveza de Munich. Cuando volví á verle, por la noche, estaba triunfante: Napoleón III le había recibido entre dos puertas, escuchado durante cinco minutos y despedido con su frase favorita: «Veré... pensaré en ello.» Sin más que eso, el cándido japonés hablaba ya de arrendar el primer piso del *Grand-Hôtel*, poner comunicados en los periódicos, lanzar prospectos; me costó mucho trabajo hacerle comprender que Su Majestad quizá se tomase mucho tiempo para reflexionar y que entre tanto lo mejor sería que se marchase otra vez á Munich, donde

la Cámara estaba precisamente á punto de votar un crédito para la compra de sus grandes colecciones. Mis advertencias acabaron por convencerle; y, en recompensa del trabajo que me tomé con su famosa Memoria, me prometió al partir enviarme una tragedia japonesa del siglo XVI, preciosa obra maestra absolutamente desconocida en Europa, y que había traducido exprofeso para su amigo Meyerbeer. Cuando murió el maestro, estaba disponiéndose á escribir la música de los coros. Como veis, el excelente hombre quería hacerme un verdadero regalo.

Por desgracia, algunos días después de su marcha estalló la guerra en Alemania, y no volví á oir hablar más de mi tragedia. Habiendo invadido los prusianos los reinos de Wurtenberg y de Baviera, era bastante natural que, con su ardor patriótico y el gran trastorno de la invasión, el coronel se hubiese olvidado de mi *Emperador ciego*. Pero yo pensaba en él más que nunca; y ¡á fe mía!, un poco por deseos de mi tragedia japonesa y otro poco por curiosidad de ver de cerca lo que era la guerra, la invasión (¡Dios mío, ahora la tengo con todos sus horrores en la memoria!), lo cierto es que una mañanita decidíme á partir para Munich.

II

Le Alemania del Sur.

¡Habladme de los pueblos de sangre pesada! En plena guerra, con ese sol abrasador de Agosto, el país entero de más allá del Rhin, desde el puente de Kehl hasta Munich, tenía su aspecto tan frío y tan tranquilo. Por las treinta ventanillas del vagón wurtenburgués que me conducía lenta y pesadamente á través de la Suabia, desplegábanse paisajes, montañas, torrenteras, quebradas de espléndido verdor en que se sentía la frescura de los arroyos. Por las pendientes que desaparecían girando según el movimiento de los vagones, había aldeanas tiesas en medio de sus rebaños, vestidas con sayas encarnadas y corpiños de terciopelo; y los árboles eran tan verdes en torno suyo, que parecía todo aquello una pastorela sacada de una de esas cajitas de abeto, que tan bien huelen á resina y á pino, de los bosques del Norte. De distancia en distancia, una docena de soldados de infantería vestidos de verde marcaban el paso en una pradera, con la cabeza alta y una pierna al aire, llevando sus fusiles á guisa de ballestas: era el ejército de cualquier principillo

de Nassau. A veces también pasaban trenes con la misma lentitud que el nuestro, cargados con grandes barcas, donde los soldados wurtenburgueses, apiñados como en una carroza alegórica, cantaban barcarolas á tres voces, huyendo ante los prusianos. Y nuestras paradas en todas las fondas, la inalterable sonrisa de los camareros, aquellas rechonchas caras tudescas ensanchadas, con la servilleta debajo de la barba, ante enormes tajadas de carne en salsa, y el parque real de Stuttgardt lleno de carretelas, de galas, de cabalgatas, la música tocando valses y cancanes alrededor de las fuentes, mientras se combatía en Kissingen; en verdad que cuando me acuerdo de todo esto y pienso en lo que he visto cuatro años después en ese mismo mes de Agosto, esas locomotoras delirantes corriendo sin saber á dónde, como si la insolación hubiese enloquecido sus calderas, los vagones parados en pleno campo de batalla, los carriles cortados, los trenes pasando apuros, Francia disminuida de día en día conforme se hacía más corta la línea férrea del Este; y en todo el trayecto de las abandonadas vías, el hacinamiento siniestro de esas estaciones, que se quedaban solas en un país perdido, llenas de heridos olvidados allá como bagajes..., comienzo á creer que aquella guerra de 1866 entre Prusia y los Estados del Sur no era más que una guerra de farsa, y que, á despecho de cuanto nos hayan podido decir, «lobos con lobos no se muerden», si son de Germania.

Para convencerse de ello, bastaba con ver Munich. La noche que llegué, una hermosa noche de domingo llena de estrellas, toda la gente de la ciudad estaba fuera de sus casas. Flotaba en el aire un alegre rumor confuso, tan vago ante la luz como el polvo levantado por los pasos de todos aquellos paseantes. En el fondo de las bodegas de cerveza, abovedadas y frescas; en los jardines de las cervecerías, donde balanceaban sus mustias luces los farolillos de colores; por todas partes, mezclándose con el ruido de las pesadas tapaderas al caer sobre la boca de los jarros de cerveza, oíanse las notas de triunfo salidas de los instrumentos de metal, y los suspiros de los de madera...

En una de esas armoniosas cervecerías fué donde encontré al coronel Sieboldt, sentado con su sobrina, ante su eterno rábano negro.

En la mesa inmediata tomaba un *bock* el ministro de Negocios Extranjeros, en compañía del tío del rey. Alrededor, burgueses con sus familias, oficiales con gafas y estu-

diantes con gorritas rojas, azules, verdemar, graves todos y silenciosos escuchaban religiosamente á la orquesta de M. Gungel, y miraban subir el humo de sus pipas sin dárseles un ardite de Prusia, como si no existiese. Al verme el coronel pareció turbarse un poco, y creí advertir que bajaba la voz para dirigirme la palabra en francés. En torno nuestro cuchicheaban: *Frantzose... Frantzose...* Veía malquerencia en los ojos de todos. Salgamos — me dijo el Sr. de Sieboldt; — y una vez fuera, encontré en él su agradable sonrisa de otros tiempos. El buen hombre no había olvidado su promesa, pero estaba muy ocupado en colocar clasificada su colección japonesa, que acababa de vender al Estado. Por eso no me había escrito. En cuanto á mi tragedia, estaba en Wurtzburgo, en poder de la señora de Sieboldt; y para llegar hasta allá me era preciso una autorización especial de la embajada francesa, porque los prusianos se aproximaban á Wurtzburgo y ya no se entraba allí sino con suma dificultad. Tenía tales ganas de mi *Emperador ciego,* que hubiera ido aquella misma noche á la embajada, si no hubiese temido encontrar á M. de Trévise acostado...

III

En Droschken.

A la mañana siguiente, el fondista de la *Grappe-Bleue* me hizo montar temprano en uno de esos pequeños carruajes de alquiler que hay siempre en los patios de las fondas para enseñar á los viajeros las curiosidades de la ciudad, y desde donde se os aparecen como entre las hojas de una Guía los monumentos y las calles de primer orden. Entonces no se trataba de llevarme á ver la ciudad, sino de conducirme á la embajada francesa: *¡Frantzosiche Ambassad!* — repitió dos veces el fondista. — El cochero, un hombrecillo con traje azul y un sombrero gigantesco, parecía muy asombrado del nuevo destino que se daba á su coche, á su *droschken* (para hablar como en Munich). Pero yo me quedé más absorto que él, cuando le vi volver la espalda al barrio noble, tomar por una larga ronda de arrabal, llena de fábricas, casas de obreros y jardinillos, atravesar las puertas y llevarme extramuros de la ciudad...

—*¿Ambassad Frantzosiche?* — le preguntaba de vez en cuando, con inquietud.

— *Ya, ya* — respondía el hombre-

cillo, y continuábamos rodando.— Hubiera querido obtener algunos otros informes; pero lo endiablado es que mi conductor no hablaba francés, y yo mismo por aquella época no conocía de la lengua alemana más que dos ó tres frases muy elementales, en que se trataba de pan, lecho, comida, y en manera alguna de embajador. Y aun esas frases no sabía decirlas sino con música; he aquí por qué.

Algunos años antes, con un camarada tan loco como yo, había hecho á través de Alsacia, Suiza y el ducado de Baden un verdadero viaje de buhonero, con el saco á cuestas, á jornadas de doce leguas, rodeando las ciudades de las cuales sólo queríamos ver las puertas, y tomando siempre por sendas y atajos sin saber á dónde nos conducirían. Esto nos proporcionaba, con frecuencia suma, la sorpresa de pasar las noches á campo raso ó bajo el alero desmantelado de alguna granja; pero lo que acababa de hacer más llena de incidentes nuestra excursión es que ni uno ni otro sabíamos una palabra de alemán. Con ayuda de un diccionario de bolsillo, que compramos al pasar por Basilea, habíamos llegado á construir algunas frases muy sencillas, tan inocentes como *Vir vollen trinken bier* (queremos beber cerveza), *Vir vollen essenkœse* (queremos comer queso); por desgracia, por poco complicadas que os parezcan, nos costaba mucho trabajo retener esas malditas frases. No las teníamos en la punta de la lengua, como dicen los cómicos. Entonces se nos ocurrió la idea de ponerlas en música; y tan bien se adaptaba á ellas la tonadilla que hubimos de componer, que las palabras penetraron en nuestra memoria en pos de las notas, y ya no podían salir de allí las unas sin arrastrar consigo á las otras. Era de ver la cara de los posaderos badeneses cuando por la noche entrábamos en el gran comedor del Gasthaus, y, en seguida de desatar nuestras mochilas, entonábamos con voz retumbante:

Vir vollen trinken bier *(bis)*
Vir vollen, ya, vir vollen
¡Ya!
Vir vollen trinken bier.

De entonces acá me he hecho muy fuerte en el alemán. ¡He tenido tantas ocasiones de aprenderlo!... Mi vocabulario se ha enriquecido con una multitud de locuciones, de frases. Solamente que las hablo, ya no las canto... ¡Oh, no; no me dan ganas de cantarlas!...

Pero volvamos á mi droschken.

Ibamos con paso muy reposado, por una avenida festoneada de árboles y casas blancas. De pronto, detúvose el cochero.

—¡*Da!*—me dijo, enseñándome una casita oculta bajo las acacias, y que me pareció muy silenciosa y retirada para ser una embajada. En un ángulo de la pared relucían junto á una puerta tres botones de cobre superpuestos. Tiro de uno al azar, ábrese la puerta y penetro en un vestíbulo elegante y cómodo, con flores y alfombras por todas partes. En la escalera estaban colocadas media docena de camareras bávaras que acudieron al oir mi campanillazo, con aquel nada gracioso aspecto de pájaros sin alas que tienen todas las mujeres del lado allá del Rhin.

Pregunto: *¿Ambassad Frantzosiche?* Me lo hacen repetir dos veces y héte aquí que se echan á reir, pero á reir haciendo retemblar la baranda con sus sacudidas. Me vuelvo furioso hacia mi cochero, y trato de hacerle comprender á fuerza de gestos que se ha equivocado, que la embajada no está allí. *Ya, ya...*—contesta el hombrecillo, sin inmutarse—y regresamos á Munich.

Preciso es creer que nuestro embajador de por entonces cambiaba á menudo de domicilio, ó bien que por no alterar mi cochero las costumbres de su droschken, se le había puesto en la mollera hacerme visitar, que quieras que no, la ciudad y sus alrededores. Lo cierto es que transcurrió toda la mañana en recorrer Munich en todos sentidos, en busca de aquella fantástica embajada. Después de otras dos ó tres tentativas, acabé por no apearme ya del coche. El cochero iba y venía, parábase en ciertas calles y hacía como que se informaba. Me dejé conducir, y ya no me ocupé sino en mirar en mi derredor... ¡Qué ciudad más aburrida y fría ese Munich, con sus grandes paseos, sus alineados palacios, sus calles demasiado anchas y donde resuenan los pasos, su museo al aire libre de celebridades bávaras tan muertas dentro de sus estatuas blancas!

¡Qué de columnatas, de arcos, de frescos, de obeliscos, de templos griegos, de propíleos, de dísticos en letras de oro sobre los frontones! Todo esto se esfuerza por parecer grandioso; pero parece como que se siente el vacío y el énfasis de aquella aparente grandeza, al ver en todos los confines de las avenidas los arcos triunfales por donde sólo pasa el horizonte, los pórticos abiertos sobre el espacio azul. Así me represento esas ciudades imaginarias, mezcla de Italia y de Alemania, por donde Musset hace pasearse el incurable tedio de su *Fantasio* y la peluca solemne y necia del príncipe de Mantua.

Esta carrera en droschken duró cinco ó seis horas, al cabo de las cuales el cochero me volvió á con-

ducir triunfalmente al patio de la *Grappe-Bleue,* haciendo restallar su látigo, orgullosísimo de haberme enseñado Munich. En cuanto á la embajada, acabé por descubrirla dos calles más allá de mi fonda; pero esto de nada me sirvió. El canciller no quiso darme pasaporte para Wurtzburgo. Según parece, en aquel momento éramos muy mal vistos en Baviera: un francés no hubiera podido aventurarse sin peligro hasta los puestos avanzados. Así, pues, tuve que aguardar en Munich que la señora de Sieboldt encontrase ocasión de hacer llegar á mis manos la tragedia japonesa...

IV

El país de lo azul.

¡Cosa rara! Esos buenos bávaros, que tanto nos vituperaban por no haber tomado parte en pro de ellos en esa guerra, no sentían la más mínima animosidad contra los prusianos. Ni vergüenza por las derrotas, ni odio al vencedor. «¡Son los primeros soldados del mundo!...» me decía con cierto orgullo el fondista de la *Grappe-Bleue*, al día siguiente de la batalla de Kissingen; y ese era el sentir general en Munich. En los cafés arrancábanse de las manos los periódicos de Berlín. Se reían hasta desternillarse con las cuchufletas del *Kladderadatsch*, esas burdas chacotas berlinesas tan pesadas como el famoso martillo-pilón de la fábrica de Krupp, de cincuenta mil kilogramos de peso. No cabiendo dudas á nadie acerca de la próxima entrada de los prusianos, cada cual se disponía á recibirlos bien. Las cervecerías almacenaban provisión abundante de salchichas y de cochinillos de leche. En las casas particulares preparaban alojamientos de oficiales...

Los museos eran los únicos que manifestaban alguna inquietud. Un día, al entrar en la Pinacoteca, encontré desnudas las paredes, y á los celadores clavando grandes cajones llenos de cuadros prontos á partir hacia el Sur. Temíase que el vencedor, muy escrupuloso respecto á la propiedad particular, no lo fuese tanto con las colecciones del Estado. Por eso, de todos los museos de la ciudad, sólo continuaba abierto el del Sr. de Sieboldt. En su calidad de oficial holandés y condecorado con la cruz del Aguila de Prusia, pensaba el coronel que nadie se atrevería á tocar su colección en presencia suya. Y mientras esperaba la llegada de los prusianos, no hacía más que pasearse con su uniforme de gala á través de los tres largos salones que el rey le había

concedido en el jardín de la corte, especie de Palais-Royal más verde y triste que el nuestro, rodeado de claustrales muros pintados al fresco.

Esas curiosidades expuestas con rotulatas en ese gran palacio tétrico constituían, en efecto, un museo, conjunto melancólico de cosas venidas de muy lejos, separadas de su medio ambiente. El mismo veterano Sieboldt parecía por su aspecto formar parte de él. Todos los días iba yo á verle, y pasábamos juntos largas horas hojeando esos manuscritos japoneses adornados con láminas, esos libros científicos ó históricos, unos tan inmensos que era preciso ponerlos en el suelo para abrirlos, otros tan largos como una uña, solamente legibles con un cristal de aumento, dorados, finos, preciosos. El Sr. de Sieboldt me hacía admirar su enciclopedia japonesa en noventa y dos tomos, ó me traducía una oda del *Hiah-nin*, maravillosa obra publicada bajo los auspicios de los emperadores japoneses, y donde se encuentran las vidas, los retratos y fragmentos líricos de los cien poetas más famosos del Imperio. Después colocábamos en orden su colección de armas, los cascos de oro con anchas carrilleras, las corazas, las cotas de mallas, y esos grandes sables de mandoble que requieren su caballero templario y con los cuales se abre tan bien el vientre.

Me explicaba las divisas de amor pintadas sobre las áureas conchas, me introducía en los hogares domésticos japoneses enseñándome el modelo de su casa en Yeddo, una miniatura de laca donde todo estaba representado, desde las cortinillas de seda de las ventanas hasta las grutas artificiales de rocalla del jardín, un jardinillo liliputiense adornado con plantas enanas de la flora indígena. Lo que también me interesaba mucho era el ver los objetos del culto japonés, sus pequeños dioses de madera pintada, las casullas, los vasos sagrados y esas capillas portátiles, verdaderos teatros de muñecas, que cada uno de los fieles tiene en un rincón de su casa. Los pequeños ídolos rojos están alineados en el fondo; hacia delante cuelga una cuerdecita con nudos. Antes de comenzar el japonés su plegaria, se inclina y toca con este cordón un timbre que brilla al pié del altar, llamando así la atención de sus dioses. Tenía yo un placer infantil en hacer sonar estos timbres mágicos y en dejar que mis ensueños volasen en alas de esas ondas sonoras hasta el fondo de esas Asias de Oriente donde el sol que nace parece haberlo dorado todo, desde las hojas de sus grandes sables hasta los cantos de sus pequeños libros...

Las calles de Munich me produ-

cían singular efecto al salir de allí con los ojos deslumbrados por todos esos reflejos de laca y jade, por los chillones colores de los mapas geográficos, sobre todo los días en que el coronel me había leído una de aquellas odas japonesas de una poesía casta, distinguida, tan original y profunda. El Japón y Baviera, estos dos países nuevos para mí, que conocía casi al mismo tiempo, viendo cada uno al través del otro, se mezclaban y confundían dentro de mi cabeza, convertidos en una especie de paisaje vago, en el país de lo azul... Aquella línea azulada de los viajes que acababa de ver representando en las tazas japonesa los rasgos de las nubes y el boceto de las aguas, acababa de encontrarla en los azulados frescos de los muros... ¡Y esos soldados azules que hacían el ejercicio en las plazas, con sus cascos japoneses; y ese cielo despejado y tranquilo, azul como la flor del *Vergiss-mein-nicht;* y ese cochero azul, que me llevaba á la fonda de la *Grappe-Bleue!*

V

Paseo sobre el Starnberg.

Y también era propio del país azul ese lago centelleante, que espejea en el fondo de mi memoria. Nada más que con escribir ese nombre de Starnberg, he visto de nuevo cerca de Munich la gran sábana de agua, tersa, llena de cielo, familiar y viva por el humo de un vaporcillo que costeaba sus orillas. Alrededor suyo, las oscuras masas de los grandes parques, separadas de sitio en sitio y como rotas por la blancura de las casas de campo. Más arriba villorrios con los aleros apiñados, nidos de casas puestos encima de los ribazos escarpados; más arriba aún las montañas del Tirol, lejanas, del color del aire en que flotan, y en un rinconcito de ese cuadro un poco clásico, pero tan encantador, el viejo, viejísimo batelero, con sus largas polainas y su chaleco rojo con botones de plata, quien me paseó un domingo entero y parecía tan orgulloso de llevar un francés en su barca.

No era la primera vez que tenía semejante honor. Acordábase muy bien de haber hecho pasar en su juventud el Starnberg á un oficial. Hacía de esto sesenta años, y por el respetuoso modo con que me hablaba el buen hombre, comprendí la impresión que debió de hacerle aquel francés de 1806, algún lindo Oswaldo del primer imperio, con su pantalón colán, sus botas con arrugas en la caña, un gigantesco *schapska* é insolencias de vencedor... Si el barquero del Starnberg

vive aún, dudo que profese tanta admiración á los franceses.

Los ciudadanos de Munich pasean sus alegrías del domingo sobre ese hermoso lago y dentro de los abiertos parques de las residencias que lo rodean. La guerra no había alterado esta costumbre. El día que yo pasé en él, al borde del agua, estaban llenos de gente los merenderos; gordas señoras sentadas en corro ahuecaban sus faldas sobre las praderas. Por entre las ramas que se cruzan sobre el lago azul, pasaban grupos de «Gretchen» y de estudiantes, envueltos en una aureola de humo de las pipas. Un poco más lejos, en un claro del parque Maximiliano, una boda de campesinos, estrepitosa y vistosa, bebía delante de largas tablas colocadas en banquillos; mientras que un guarda de monte, con traje verde y escopeta en mano, en la actitud de un hombre que dispara, enseñaba el manejo de ese maravilloso fusil de aguja de que con tanto éxito se servían los prusianos. Necesitaba yo verlo, para acordarme de que se batallaba á pocas leguas de nosotros. Y, sin embargo, era de creer que se combatía, puesto que aquella misma noche, al regresar á Munich, vi en una plazuela, abrigada y recogida como una capilla de iglesia, cirios ardiendo en torno de una *Marion-Saule,* y mujeres arrodilladas, cuyos largos sollozos interrumpían las plegarias.

VI

La Bavaria.

A pesar de todo cuanto se ha escrito desde algunos años ha sobre la patriotería francesa, nuestras necedades patrióticas, nuestras vanidades y nuestras fanfarronadas, no creo que haya en Europa un pueblo más jactancioso, más vano, más infatuado consigo mismo que el pueblo de Baviera. Su pequeñísima historia, diez páginas sueltas de la historia de Alemania, se ostenta en las calles de Munich, gigantesca, desproporcionada, toda en pinturas y en monumentos, como uno de esos libros de aguinaldo que se regalan á los niños: poco texto y muchas estampas. En París no tenemos más que un arco de triunfo. Allá tienen diez, el pórtico de las Victorias, el pórtico de los Mariscales, y qué sé yo cuántos obeliscos erigidos «*Al valor heroico de los guerreros bávaros*».

Conviene ser grande hombre en este país; se está seguro de tener grabado su nombre por todas partes en mármoles y bronces, y, á lo menos una vez, su estatua en medio de una plaza ó en lo alto de al-

gún friso entre victorias de mármol blanco. Esa chifladura por las estatuas, las apoteosis y los monumentos conmemorativos, llega hasta tal punto entre estas buenas gentes, que en las esquinas de las calles tienen puestos pedestales vacíos, preparados para los desconocidos grandes hombres del mañana. En este momento deben de hallarse ocupados ya todos ellos. ¡Les ha suministrado la guerra de 1870 tantos héroes, tantos episodios gloriosos!...

Me gusta figurarme, por ejemplo, al ilustre general *von der* Than ligero de ropas (á la antigua), en medio de un verde jardinillo, con un hermoso pedestal adornado con bajo-relieves representando por un lado los *Guerreros bávaros incendiando la aldea de Bareilles* y por el otro los *Guerreros bávaros asesinando heridos franceses en la ambulancia de Wœrth*. ¡Qué espléndido monumento debe constituir!

No satisfechos con tener desparramados de esta suerte por la ciudad sus grandes hombres, los bávaros los han reunido en un templo situado á las puertas de Munich, y al cual denominan la *Ruhmeshalle* (la sala de la gloria). Bajo un amplio pórtico con columnas de mármol que dan vuelta formando tres lados de un cuadrado, están puestos en repisas los bustos de los electores, de los reyes, de los generales, de los jurisconsultos, etc... (El catálogo se vende en la portería.)

Algo delante yérguese una estatua colosal, una *Bavaria* de noventa y dos piés de altura, enhiesta sobre el último rellano de una de esas grandes escalinatas tan tristes que ascienden al descubierto entre el verde follaje de los jardines públicos. Con su piel de león al hombro, su espada en una mano, y en la otra la corona de la gloria (¡siempre la gloria!), cuando vi aquella inmensa mole de bronce, al fin de uno de esos días de Agosto en que las sombras se alargan de un modo desmedido, llenaba la silenciosa llanura con su actitud enfática. En torno de ella, á lo largo de la columnata, los perfiles de los hombres célebres hacían guiños al sol poniente. ¡Y todo aquello tan desierto, tan tétrico! Al oir resonar mis pasos sobre las losas, encontraba otra vez aquella impresión de grandeza en el vacío que me perseguía desde mi llegada á Munich.

Una escalerilla de fundición sube dando vueltas por el interior de la *Bavaria*. Tuve el capricho de subir hasta lo más alto y sentarme un momento dentro de la cabeza del coloso, un saloncito redondo iluminado por dos ventanas, que son los ojos. A pesar de esos ojos abiertos

en dirección al horizonte azul de los Alpes, hacía mucho calor allá dentro. El bronce, caldeado por el sol, me envolvía en un calor pesadísimo. Me vi obligado á bajar más que á escape... Pero, lo mismo da. Eso me había bastado para conocerte, ¡oh gran *Bavaria* finchada y sonora! Había visto tu pecho sin corazón, tus rollizos brazos de cantante inflados y sin músculos, tu espada de metal repujado, y sentido dentro de tu hueca cabeza la embriaguez pesada y el aplanamiento cerebral de un bebedor de cerveza... ¡Y decir que, al embarcarnos en esa insensata guerra de 1870, habían contado contigo nuestros diplomáticos! ¡Ah, si se hubiesen tomado también ellos el trabajo de subir por dentro de la *Bavaria!*

VII

¡El emperador ciego!

Diez días llevaba yo en Munich, y aún no tenía noticia alguna de mi tragedia japonesa. Comenzaba á desesperar de lograrla, cuando una noche, en el jardín de la cervecería donde acostumbrábamos á comer, vi llegar á mi coronel con la cara radiante.

—¡La tengo en mi poder!—me dijo;—venid mañana por la mañana al museo... La leeremos juntos. ¡Ya veréis que magnífica es!

Aquella noche estaba muy animado. Sus ojos relucían al hablar. Declamaba en alta voz pasajes de la tragedia, pretendía cantar los coros. Dos ó tres veces vióse obligada su sobrina á hacerle callar: «¡Tío... tío!» Atribuía yo aquella fiebre, aquella exaltación á un puro entusiasmo lírico. En efecto, me parecían bellísimos los fragmentos que me recitaba, y sentía prisa por tomar posesión de mi obra maestra.

Al siguiente día, cuando llegué al jardín de la corte, quedé muy sorprendido de hallar cerrada la sala de las colecciones. La ausencia del museo era tan extraordinaria en el coronel, que corrí á su domicilio con una vaga inquietud. La calle en que vivía, una calle de arrabal apacible y corta, con jardines y casitas bajas, me pareció más agitada que de costumbre.

Había corrillos hablando delante de las puertas. La de la casa de Sieboldt estaba cerrada, pero las persianas no.

Entraban y salían gentes con aspecto de tristeza. Presentíase allí una de esas catástrofes demasiado grandes para caber dentro del hogar, y que se desbordan hasta la calle... Al llegar oí gemidos sollo-

zantes. Salían del fondo de un pequeño corredor, de dentro de una gran estancia atestada y clara como una sala de estudios. Había allí una larga mesa de madera blanca, libros, manuscritos, anaqueles con colecciones, álbums encuadernados en brocado de seda; en la pared, armas japonesas, estampas, grandes mapas geográficos, y entre ese desorden de viajes y de estudios, el coronel extendido encima de su cama, con sus largas barbas rectas sobre su pecho, y la pobrecilla «Tío» llorando arrodillada en un rincón.

El Sr. de Sieboldt había muerto de repente por la noche.

Salí de Munich aquella misma tarde, sin tener ánimos para perturbar toda aquella desolación nada más que por un antojo literario; y así fué como de la maravillosa tragedia japonesa nunca llegué á saber sino el título: *¡El Emperador ciego!...* Después hemos visto representar otra tragedia, á la cual hubiera venido de perillas este título traído de Alemania: tragedia siniestra, preñada de lágrimas y sangre, y que no era japonesa.

ALFONSO DAUDET.

EL PESIMISMO EN EL SIGLO XIX

(Conclusión.)

Hay un gran egoísta que nos engaña: la naturaleza ó Dios: esta es la idea fija que vuelve sin cesar, que oprime el espíritu del autor y llena su libro de la más lúgubre poesía. Las maniobras de un poder oculto, la malicia que emplea para llegar á sus fines valiéndose de nosotros, á nuestro pesar y contra nosotros mismos, forman el gran drama que se representa en el mundo, y en que somos los actores y las víctimas. Siempre es ese poder sin nombre, que engaña á los individuos, por un interés que les es extraño, en lo que se refiere á sus instintos, á la generación, al mismo amor: «Todo deseo es una ilusión, pero las cosas están dispuestas de modo que no se ve la sinrazón del deseo hasta que se ha cumplido... Nunca alcanzamos un objeto deseado sin reconocer en seguida su suprema vanidad. No ha fallado esta regla una sola vez desde el principio del mundo. Pero los que lo saben lo desean, sin embargo, y aunque el eclesiástico predique eternamente su filosofía de castidad y todo el mundo le dé la razón, todo el mundo deseará.» Estamos explotados, esa es la última palabra del libro. «Algo se organiza contra nosotros; somos el juguete de un egoísmo superior... El anzuelo es evidente, y, sin embargo, le muerden y le morderán siempre.» Unas veces es el placer, cuyo equivalente hay que pagar en dolor, «otras es la visión de quiméricos paraísos, cuyo parecido no encontramos nunca en el mundo, ó es esa de decepción suprema de la virtud que nos hace sacrificar á un fin extraño á nosotros nuestros más sagrados intereses».

¡La virtud una decepción! No era de esperar ese concepto de un filósofo que en el naufragio universal de las ideas metafísicas, á pesar del oleaje y del huracán, había mantenido con mano tan firme, como en una arca santa, la idea del deber. El imperativo categórico sufriría la suerte de los principios de la razón pura, y el privilegio de mandar á la voluntad en vez de mandar á la razón, que á los ojos de Kant y de sus

discípulos debía salvarle del escepticismo, ese privilegio sería la última ilusión que habría que destruir. Una crítica más penetrante y más sutil quita la máscara que se coloca la naturaleza al obrar sobre nosotros: «Tiene evidentemente interés en que el individuo sea virtuoso... Esto es un engaño bajo el punto de vista personal, porque el individuo no saca ningún provecho de su virtud: pero la naturaleza necesita la virtud de sus individuos... Estamos engañados sabiamente para el fin trascendental que se propone el universo, que es infinitamente superior á nosotros.» De modo que el mismo deber es uno de los engaños del tirano que nos hace servir á sus fines, que nos son ajenos y desconocidos; pero por una extraña é inesperada consecuencia, crea el escepticismo especulativo, al extenderse en la esfera moral, un tipo nuevo de la virtud, una virtud más hermosa que la de Kant, más desinteresada que la suya, á pesar de que el gran moralista se niega á reconocer la virtud, cuando á ella se mezcla algún elemento extraño al deber. Aquí se trata de una virtud heroica, porque el sacrificio de la persona á un fin desconocido no es, como en Kant, la moralidad del hombre, sino una cosa de la cual no tenemos idea; una virtud caballeresca, puesto que se mantiene por el sentimiento del humor, y se tributa á un objeto absurdo en sí. Es preferible ser virtuoso sabiendo que se está engañado. Por este rasgo característico se distingue de Kant el autor de los *Diálogos*; éste reconoce claramente que la moralidad, que lo era todo á los ojos de Kant, no es nada para el hombre, no es más que un medio de que se vale la naturaleza para un fin que desconocemos y que nada tiene que ver con nosotros. En esto se distingue también de Schopenhauer, que ha penetrado y puesto á luz las intrigas de la naturaleza, pero que á causa de ello se niega á someterse. «Yo me resigno—dice Filatethe—no hago como Schopenhauer. De este modo la moral se reduce á la sumisión. La inmoralidad es la rebelión contra un estado de cosas en que se ve el engaño manifiesto. Es preciso destruirla y al mismo tiempo someterse á ella.»

¿Y por qué someterse? No comprendo cómo se puede seguir obedeciendo á órdenes cuya farsa se conoce, cuando basta un acto de voluntad para rebelarse contra ellas. Es un heroismo de sumisión superior á mis fuerzas y á mi entendimiento. A mi modo de ver tiene razón Schopenhauer en atacar esta caballerosidad que se admira con motivo cuando es la del ideal, pero que deja de admirarse cuando se sacrifica á esa orden de un tirano que los engaña. El pensamiento que nos ha robado la ilusión, nos ha libertado del deber. Schopenhauer hace bien en hablarnos de la rebelión, si nos engañan. No queremos ley intelectual ni moral que nos pueda imponer el sacrificio para un fin que no se relaciona de ningún modo con nosotros. No existe el deber sino cuando se cree en él; no creyendo, pensando que el deber es un engaño, cesa toda obligación. Si es verdad, como se nos

dice, que el hombre, por el progreso de la reflexión, pone en claro todas las farsas que se llaman religión, amor, bien, verdad, el día en que la crítica ha matado estos engaños de la naturaleza, ha prestado un servicio inmenso á la humanidad: la religión, el amor, el bien, la verdad, todas estas cadenas invisibles que nos ligaban han caído; no hemos de imponérnoslas de nuevo para dar gusto «á un gran egoísta que nos engaña.» Se han burlado de nosotros y ya no se burlarán; el hombre es libre, y si quiere emplear, como Schopenhauer, su libertad reconquistada en destruir al maligno encantador que nos tenía encadenados, debemos bendecirle por su intención. Y si quiere pronunciar las mágicas palabras que Schopenhauer le enseña y que deben poner fin á esta triste fantasmagoría; si pretende sujetar la voluntad que ha desplegado su poder bajo la forma del universo y obligarla á replegarse en sí misma, á volver á la nada, ¡gloria al hombre que haya destruido con la crítica las ilusiones y que con valor haya agotado la fuente del veneno! ¡Gloria á él por no haber hecho voluntariamente el papel del eterno juguete del universo! Todo esto es lógico, desde el momento en que soltamos la última amarra que nos retiene á ese «mar infinito de ilusiones», y esta amarra última es el deber, sujeto á su vez á lo absoluto.

Esperemos que esto no sea más que una crisis momentánea en la historia del espíritu francés y en la historia del espíritu brillante que ha parecido padecerla un día. Lo que nos hace pensar que esta esperanza no es vana, es que el autor marca una fecha precisa á sus sueños, y que esa fecha, asociada á los más tristes recuerdos, es una revelación del estado moral en que fueron escritos esos diálogos. En los primeros días de Mayo de 1871, se paseaban Eutyfron, Eudoxe y Filalethe, y entristecidos por las desgracias de su patria, conversaban en uno de los sitios más recónditos del parque de Versalles. Era después de la guerra extranjera y durante la guerra civil; esto explica lo demás. París era víctima de tales locuras, que comprendo que despertasen ciertas ideas pesimistas. Versalles estaba tranquilo, pero guardaba el reciente y amargo recuerdo del largo tiempo que lo habían habitado los vencedores: los pesimistas de casco de Bismarck. Flotaba aun en el aire el contagio, y Filalethe se sintió atacado. Pero cuando publicó el libro parecía que se reponía de la indisposición que padeció al escribirlo. En él promete, por medio de una nota, que publicará pronto un ensayo, compuesto en otra época y bajo influencias diferentes, más consolador—añade—que este libro. A los lectores que pudiesen conmoverse demasiado por sus cuadros desconsoladores, les cuenta en el prefacio una anécdota singular, que nos ofrece como un antídoto infalible; si alguno se entristeciese con exceso con la lectura de ese libro, habría que decirle lo que dijo aquel cura que hizo llorar demasiado á sus feligreses al predicarles la pasión: «Hijos míos, no lloréis tanto; hace mucho

tiempo que ha ocurrido todo esto, y además puede que no sea cierto.»

Sospecho que si se ha dicho eso en el púlpito, ha sido en Meudon, cuando oficiaba Rabelais, ó en Ferney, en el famoso día en que el «buen cura» Voltaire predicó en la iglesia.

Sea de ello lo que fuere, basta que la figura de Voltaire aparezca en el prefacio de los *Diálogos*, para que sea inofensiva la sombría visión del libro, y no inquiete al lector sino como una fantasía de artista. La sonrisa del autor ha matado al monstruo, el pesimismo no es más que una pesadilla. Con todo ocurre, generalmente, lo propio en Francia, en que no han tenido éxito la filosofía ni la literatura de las pesadillas. Los cuentos fantásticos de Hoffmann no han podido aclimatarse bajo nuestro cielo y en nuestra lengua; Schopenhauer y Hartmann no serán entre nosotros más que objetos de curiosidad.

Volvamos al pesimismo alemán, examinémoslo en su verdadera patria de adopción, donde ha florecido en nuestros días como si encontrase un clima propicio y una cultura conveniente.

Hemos visto que Leopardi resume con rara sagacidad casi todos los argumentos de experiencia propiamente dicha, y de los cuales es la teoría de la *infelicitá* un programa anticipado. Este poeta enfermo llevaba sobre sí, y describía de un modo apasionado, la extraña enfermedad que había de apoderarse de parte del siglo XIX. El pesimismo está en el estado de experiencia en Leopardi; en Schopenhauer y en Hartmann está en estado de razonamiento. ¿Cuáles son las pruebas de análisis y de teoría expuestos por ambos en la demostración del dolor universal? Nos reduciremos lo más que podamos en las tesis que merezcan ser examinadas con alguna atención, dejando de propósito la metafísica, de la que se proponen que dependan, porque en el fondo no es más que un conjunto de construcciones arbitrarias y personales. Añadiré que no hay realmente ningún enlace lógico entre las teorías especulativas y la doctrina moral que les es anexa. Podría quitarse toda la moral del pesimismo de esas dos obras, *El mundo como voluntad y representación* ó *La filosofía del inconsciente*, sin disminuir un átomo su valor especulativo. Son concepciones *à priori*, más ó menos bien enlazadas, sobre el principio del mundo, sobre el Uno-Todo y sobre el orden de evoluciones en que se manifiesta; pero es muy difícil ver por qué la consecuencia de esas evoluciones es necesariamente el mal absoluto de la existencia, por qué el querer vivir es al mismo tiempo el atractivo irresistible del primer principio y la más patente sinrazón. Esto no se ha explicado jamás, es el eterno postulado del pesimismo.

Basta citar un ejemplo. ¿En qué se fundan las conclusiones pesimistas de la *filosofía del inconsciente?* ¿En qué medida dependen de las especulaciones metafísicas que llenan la mayor parte de la obra? ¿Qué enlace puede concebirse entre esta filosofía de la nada y la profunda teoría de la finali-

dad universal, que constituye el interés y el atractivo de la gran obra de Hartmann? En otros términos, ¿cuál es el principio metafísico del mal, según esta nueva filosofía? Sólo con esfuerzos complicadísimos llega Hartmann á esa concepción del nacimiento del universo por el golpe de una trágica fatalidad y por su lenta evolución hacia el conocimiento del mal á que ha sido condenado al nacer. En este asunto limitado puede apreciarse la fecundidad original de esas imaginaciones que pretenden imponerse á todos en nombre de una fantasía muy ingeniosa, que juega con las cosas, con las ideas y con las palabras, inventando principios y seres, según le conviene, y creando para su uso una especie de mitología.

Hartmann ha comprendido que la teoría del *Monismo* era lógicamente incompatible con la existencia del mal absoluto. El mal en sí es una contradicción en la doctrina de la unidad, y para que se produzca una contradicción de ese género, se necesita la presencia de dos principios. En ese sentido ha corregido Hartmann el monismo de su maestro Schopenhauer, y aunque pretende que sigue profesando la teoría de la unidad, veremos con qué resolución introduce el dualismo en el seno del Todo-Uno. Su filosofía se resuelve en una especie de maniqueísmo que nos muestra la oposición fundamental entre la voluntad de Schopenhauer y la idea de Hegel, reunidas al menos si no reconciliadas. Nada más romántico que el juego alternativo de estos dos principios antagonistas y contemporáneos en el seno del mismo principio que los ha producido y que los contiene. Toda esta metafísica es una verdadera caja mágica, gracias al doble fondo que encierra: en uno de ellos está la voluntad, la voluntad que explica el ser, el deseo de la felicidad, el instinto de vivir; en el otro está la idea, que no explica el hecho de la existencia, sino el concepto del mundo, su esencia, y trata de organizarlo de la manera más sabia y mejor posible, aunque el hecho sólo de su existencia le haya condenado á la más absoluta desgracia. De este modo se concilia, si las palabras bastan para conciliar las cosas, el optimismo más inesperado con el más desesperado pesimismo. La idea que representa á la razón soberanamente sabia, se esfuerza en sacar el mejor partido posible de la locura de la existencia, que sin consultarla le ha sido impuesta por el principio ciego: la voluntad. De ahí nace una lucha titánica que sólo acabará, cuando acabe el mundo, entre los dos principios: en el terreno de la idea domina la lógica, la razón; la voluntad por su parte es tan extraña á la razón como lo es ésta al deseo ciego é irracional del ser á la vida. Por eso debe esperarse que la idea, en cuanto haya conquistado el grado necesario de independencia, condene el principio irracional que descubra en la voluntad, y se esfuerce en aniquilarla.

Pero la idea inconsciente no tiene por sí misma ningún poder sobre la voluntad; no puede oponerle ninguna

fuerza propia, se ve obligada á recurrir al ardid. Consigue que la voluntad cree por medio del individuo una fuerza independiente, capaz de oponerse á la voluntad, y de este modo comienza el conflicto trágico, cuyo desenlace necesario sólo puede consistir en llevar á la voluntad, esclareciéndola, al anulamiento. Esta es la obra de la conciencia, que debe destruir sucesivamente todas las ilusiones del instinto, y quitar la máscara de la sinrazón del deseo de vivir, demostrar la impotencia de los fuerzos de la voluntad para alcanzar el bien positivo, reducirla poco á poco á esta convicción: de que todo deseo conduce á la desgracia, y que sólo el renunciar á la felicidad conduce al mejor estado que puede alcanzarse, que es la ausencia de toda sensación.

No puede dudarse, pues, que el *Inconsciente*, ó, mejor dicho, el *Sobre-consciente*, en su ciencia absoluta que abraza á un tiempo los fines y los medios, ha creado la conciencia para libertar á la voluntad de su ciego deseo del cual no podría librarse por sí sola. El fin del proceso universal será la realización de la mayor felicidad posible, que sólo consiste en dejar de existir.

¿Debe tomarse en serio ese personaje fantástico del *Inconsciente*, dotado de sabiduría y de razón, pero sin conciencia, obligado á engañar á una parte de sí mismo, creando al individuo y á la conciencia, que debe con el tiempo libertarle? Hubiera valido más que el primer principio, adivinando con su intuición absoluta la desgracia y la sinrazón de la vida, no molestase su reposo y no crease nada, y no que se entretenga en crear una á una las lentas evoluciones que traen la libertación, á menos que el todo haya sido tiranizado por la voluntad, que no es más que parte de él mismo, ó que haya sufrido una retricción que no se comprende absolutamente.

¡Cuántos misterios y cuántas complicaciones! Esta formidable y detallada teoría se parece á un aparato gigantesco, movido penosamente por multitud de pesos y contrapesos, de rodajes y de muelles, que se han creado para vencer todas las dificultades que se presenten, que se emplean en las grandes circunstancias, que se detienen en los tiempos normales, y que se olvidan por la costumbre de vivir; tan extraño y tan complicado es el sistema. Hartmann representa á un tramoyista de ópera, que pone en escena una magia gigantesca y pesada, llena de abstracciones dramáticas. Falta todavía el acompañamiento necesario, que nos procurará, sin duda, la música del porvenir; yo espero que Wagner, el compositor predestinado del pesimismo, halle un día asunto para una ópera en el drama del *Inconsciente*, y lo traduzca en lúgubres sinfonías, dignas del mundo que va á nacer y á desarrollarse ante nosotros con tan trágica historia.

CAPÍTULO IV

LOS ARGUMENTOS DE SCHOPENHAUER CONTRA LA VIDA HUMANA.—LA IDENTIDAD DE LA VOLUNTAD Y DEL DOLOR, LA TEORÍA DE LOS PLACERES NEGATIVOS Y EL MAQUIAVELISMO DE LA NATURALEZA.

Abandonemos esta metafísica del sueño; abordemos directamente los argumentos que han impresionado tanto á las imaginaciones alemanas, y con los cuales pretenden Schopenhauer y Hartmann demostrar la verdad del antiguo pensamiento de Cakya-Mouni: «el mal es la existencia». Evitaremos con cuidado lo que toque á la esencia del mundo, la cuestión teológica y trascendental de saber si el universo es en sí bueno ó malo, y si hubiera valido más que no existiese. Nos limitaremos á la vida humana. Yo opino que los argumentos del pesimismo, despojados de la gruesa armadura que los cubre y de los accesorios inútiles que arrastran tras de sí, pueden reducirse á tres: una teoría psicológica de la voluntad, la concepción de un poder burlón que envuelve á todo ser viviente, y especialmente al hombre, de ilusiones contrarias á su felicidad, y, por fin, el balance de la vida que se liquida con un déficit enorme de placer y con una verdadera bancarrota de la naturaleza. Los dos primeros argumentos pertenecen del todo á Schopenhauer, el tercero ha sido desarrollado por Hartmann.

Todo es voluntad en la naturaleza y en el hombre; por eso tiene todo que sufrir; este es el axioma fundamental del pesimismo de Schopenhauer. La voluntad-principio es un deseo ciego é inconsciente de vivir, que despierta del fondo de la eternidad por un capricho extraño, se agita, determina lo posible á ser, conduce al ser á todos los grados de la existencia hasta llegar al hombre. Después de haberse desarrollado en la naturaleza inorgánica, en el reino vegetal y en el reino animal, llega la voluntad al hombre y á la conciencia. En este momento se completa la desgracia incurable, empezada ya en el animal con la sensibilidad. Ya existía el dolor, pero sentido y no conocido; en este grado superior se siente y se conoce el sufrimiento; el hombre comprende que la esencia de la voluntad es el esfuerzo, y que todo esfuerzo es dolor. Este descubrimiento robará al hombre su reposo, y al hacerle perder la ignorancia, le condenará á un suplicio que no hallará término más que en la muerte, llegada á su hora ó provocada por el cansancio de vivir. Vivir es querer, y querer es

sufrir; la vida es, pues, en su esencia un dolor. El esfuerzo nace de la necesidad; mientras no está satisfecha esa necesidad resulta de ella dolor, el esfuerzo se convierte en cansancio; cuando la necesidad está satisfecha, es ilusoria esa satisfacción, de tal modo es pasajera; resulta una nueva necesidad y un nuevo dolor. «La vida del hombre no es más que una lucha por la existencia, con la seguridad de ser vencido.»

De esta teoría de la voluntad, resultan dos consecuencias: la primera es que todo placer es negativo, sólo es positivo el dolor; la segunda es que cuanto más crece la inteligencia, es el ser más sensible al dolor; lo que el hombre llama en su locura el progreso, no es más que la conciencia más íntima y más penetrante de su propia miseria.

¿Qué debemos pensar de esa teoría? Todo reposa sobre la identidad ó la equivalencia de esos términos que juntos fórman una especie de ecuación; voluntad, esfuerzo, necesidad, dolor. ¿Es la observación la que establece la recíproca dependencia de los diferentes términos de esta ecuación? Seguramente no; es un raciocinio abstracto y sistemático que no se comprueba por la experiencia. Consentimos, dando una latitud desmesurada al sentido ordinario de la palabra para permitirle que contenga un sistema, en que esas fórmulas elípticas, muy discutibles, porque devoran las dificultades con los problemas, demuestren que la vida sea toda voluntad, pero que toda voluntad sea dolor; esto, con el mejor deseo del mundo, no podemos admitirlo ni comprenderlo. Aunque la vida sea un esfuerzo, ¿por qué ha de ser el esfuerzo necesariamente dolor? Ya estamos detenidos en el primer paso de la teoría. ¿Es cierto, después de todo, que todo esfuerzo nazca de una necesidad? Y si somos esencialmente una actividad, el esfuerzo que es la manifestación de esta actividad, el esfuerzo que es la fuerza en acción, en conformidad completa con nuestra naturaleza, ¿por qué ha de resolverse en pena?

Lejos de nacer de una necesidad, es el esfuerzo la primera necesidad de nuestro ser, y se satisface desarrollándose, lo cual es indudablemente un placer. Encontrará, sin duda, obstáculos, tendrá que luchar contra ellos, y con frecuencia será vencido. Ni la naturaleza ni la sociedad están en perfecta armonía con nuestras tendencias, y en los encuentros de nuestra actividad con el doble medio que la rodea, los fenómenos físicos y los fenómenos sociales, hay que confesar que predomina el conflicto. De ahí nacen muchas penas y muchos dolores, pero éstas son consecuencias y no hechos primitivos. El esfuerzo en sí, en un organismo sano, es una alegría; constituye el placer primitivo más puro y más sencillo: el de sentir la vida; él nos da ese sentimiento, y sin él no llegaríamos á distinguirnos de lo que nos rodea, no apercibiríamos nuestro propio ser, perdido en la inmensa y vaga armonía de los objetos que existen. Que haya cansancio por el abuso de la acti-

vidad que nos constituye, que haya dolor por el efecto natural de esta actividad contrariada, son cosas evidentes; pero ¿qué derecho hay para decirnos que la actividad es en su esencia un tormento? Y este es, sin embargo, el resumen de la psicología del pesimismo.

Un instinto irresistible conduce al hombre á la acción y por la acción al placer vislumbrado, á la felicidad esperada ó al deber que se impone. Este instinto irresistible es el instinto de la vida, la explica y la resume. Al mismo tiempo que desarrolla en nosotros el sentimiento del ser, mide el verdadero valor de la existencia. La escuela pesimista desconoce estas verdades elementales; repite en todos los tonos que la voluntad, en cuanto llega á conocerse, se maldice al comprender que es idéntica al dolor, y que el trabajo, al cual está el hombre condenado, es una de las más duras fatalidades que pesan sobre su existencia.

Sin exagerar las cosas en un sentido opuesto, sin desconocer el rigor de las leyes bajo las cuales se desarrolla la vida humana y la aspereza de los medios en que está reducida, ¿no podría oponerse á esta psicología fantástica un cuadro que formaría con ella armónico contraste, representando en él las alegrías puras de un grande y sostenido esfuerzo, venciendo obstáculos y dirigiéndose á un fin grande y noble, con una energía que se hiciese dueña de la naturaleza, domando la mala voluntad de los hombres, triunfando de las dificultades de la ciencia ó de las resistencias del arte, del trabajo, en fin, el verdadero amigo, el verdadero consuelo, el que levanta al hombre de todos sus desfallecimientos, le purifica y le ennoblece, le salva de las tentaciones vulgares, le ayuda eficazmente á llevar su carga á través de las largas horas y de los tristes dias, y ante el cual ceden por algunos momentos los más agudos dolores? En realidad el trabajo, cuando se han vencido los primeros cansancios y la primera repugnancia, es por sí mismo, y sin apreciar los resultados, uno de los más vivos placeres. Es desconocer su encanto y sus dulzuras, es calumniar á ese dueño de la vida humana que sólo es duro en apariencia, el tratarle como le tratan los pesimistas, como á un enemigo. Producir con la mano, contemplar la obra en el pensamiento, identificarse con ella, como decía Aristóteles, bien sea la mies del labrador, ó la casa del arquitecto, ó la estatua del escultor, ó un poema, ó un libro... Crear fuera de sí mismo una obra y dirigirla, poniendo en ella su propio esfuerzo y su huella, y verse de ese modo representado de una manera sensible, ¿no compensa esta alegría todas las penas que ha costado, el sudor vertido sobre los surcos de la tierra, las angustias del artista ansioso de perfección, el abatimiento del poeta, las meditaciones á veces tan penosas del pensador? El trabajo ha sido el más fuerte, la obra ha vivido, vive, lo ha compensado todo, y lo mismo que el esfuerzo contra el obstáculo exterior ha sido la primera alegría de la vida al despertar, que se

siente y se rehace contra sus límites, así el trabajo, que es el esfuerzo concentrado y dirigido, llegado á la plena posesión de sí mismo, es el más intenso de nuestros placeres, porque desarrolla en nosotros el sentimiento de nuestra personalidad que lucha con el obstáculo, y porque consagra nuestro triunfo parcial y momentáneo sobre la naturaleza. Ese es el esfuerzo, ese es el trabajo en su realidad.

Estamos en el corazón del pesimismo. Si está probado que la voluntad no es necesariamente y por su esencia idéntica al dolor; si, por el contrario, es evidente que el esfuerzo es el origen de los mayores placeres, no tiene el pesimismo razón de ser. Continuemos, sin embargo, el examen de las tesis secundarias que se agrupan alrededor de este argumento fundamental.

Todo placer es negativo, nos dice Schopenhauer, solo es positivo el dolor. El placer no es más que la suspensión del dolor, puesto que según la definición es la satisfacción de una necesidad y que toda necesidad se traduce por un dolor; pero esta satisfacción negativa tampoco dura, y empieza otra vez la necesidad con el dolor. Es el círculo eterno de las cosas, una necesidad, un esfuerzo que suspende momentáneamente la necesidad, pero crea otro dolor, el cansancio, después la reaparición de la necesidad y de nuevo el dolor; el hombre se consume y se pasa la existencia deseando siempre la vida sin un motivo razonable, contra el propósito de la naturaleza que le hace la guerra, contra el deseo de la sociedad que no la evita; siempre sufrir, siempre luchar, y morir después, esta es la vida; apenas ha comenzado cuando se acaba, sólo ha durado para el dolor.

Esta tesis del carácter puramente negativo del placer es un grado de paradoja en que Hartmann no ha seguido á Schopenhauer. Hace buen efecto el ver que los jefes del pesimismo se combaten entre ellos; así se tranquiliza la conciencia del crítico. Hartmann hace notar con mucho acierto que su maestro cae en la misma exageración en que cayó Leibnitz. El carácter exclusivamente negativo que Leibnitz atribuye al dolor, lo atribuye Schopenhauer al placer. Los dos se engañan de igual modo, aunque en sentido inverso. No negamos que el placer pueda resultar de la cesación ó de la diminución del dolor, pero opinamos que es además otra cosa. Hay muchos placeres que no tienen su origen en la suspensión de un dolor y que suceden inmediatamente al estado de completa indiferencia. «Los placeres del gusto, el placer sexual, en el sentido puramente físico é independientemente de su significación metafísica, los placeres del arte y de la ciencia, son sentimientos de placer que no tienen necesidad de ser precedidos por un dolor, ni de proceder de otro estado que el de la completa indiferencia ó perfecta insensibilidad.» Hartmann concluye así: «Schopenhauer se engaña en la característica fundamental del placer y del dolor; estos dos fenómenos sólo se distinguen como el positivo y el negativo en matemáticas;

puede escogerse indiferentemente para el uno ó para el otro los términos de positivo ó de negativo.» Quizá sería más exacto decir que el uno y el otro son estados positivos de la naturaleza sensible, que tienen en sí algo real y absoluto, que son actos, como decía Aristóteles, que ambos son expresiones igualmente legítimas de la actividad que nos constituye.

¿Hay más verdad en la otra proposición, de la cual hace Schopenhauer la prueba de su axioma fundamental, á saber: que cuanto más elevado es el ser más sufre, como resulta del principio de que toda vida es dolor? En un sistema nervioso perfeccionado en que está más acumulada la vida, más sentida por la conciencia, debe crecer el dolor en proporción. La lógica del sistema lo exige y Schopenhauer pretende que los hechos están de acuerdo con la lógica. En la planta no llega la voluntad á sentirse á sí misma, por eso no sufre la planta. La historia natural del dolor empieza con la vida que se siente; los infusorios y los radiados ya sufren; los insectos sufren más, y la sensibilidad dolorosa no hace más que crecer hasta el hombre; en el hombre mismo es muy variable esta sensibilidad, no llega á su más alto grado sino en las razas más civilizadas, y en esas razas en el hombre de genio. Como él es el que concentra en su sistema nervioso mayor cantidad de sensación y de pensamiento, ha adquirido, por decirlo así, más órganos para el dolor. Ahí se ve lo quimérico que es el progreso, puesto que á pesar de su nombre misterioso, no es más que la acumulación, en el cerebro agrandado de la humanidad, de una cantidad mayor de vida, de pensamiento y de dolor.

No tenemos inconveniente en reconocer que algunos hechos de observación psicológica y fisiológica parecen dar la razón á esta tesis del pesimismo. No puede dudarse que el hombre sufre más que el animal, el animal que tiene sistema nervioso más que el que no lo tiene. Tampoco se puede dudar que al añadirse el pensamiento á la sensación aumenta el dolor. El hombre no sólo percibe como el animal la sensación dolorosa, sino que la eterniza con el recuerdo y la anticipa con la previsión, la multiplica de un modo incalculable con su imaginación; no sólo sufre como el animal con lo presente, sino que le atormenta lo pasado y lo porvenir: añádase á esto el inmenso contingente de penas morales, que son patrimonio del hombre, y que el animal apenas percibe y olvida en el acto. He ahí un estudio de fisiología comparada sobre el dolor, que concluye formalmente en el mismo sentido. «Es probable que haya, según los individuos, las razas y las especies, notables diferencias en la sensibilidad. Así sólo pueden explicarse las diferencias que presentan esos individuos, esas razas y esas especies en su manera de obrar contra el dolor.» Conviene decir algo sobre lo que se llama vulgarmente valor para sufrir. La diferencia en la manera de obrar contra el dolor físico, no depende tanto de un grado diferente de voluntad como de un grado diferente de sensibilidad;

el dolor puede ser diferente siendo idéntica le causa. Un médico de marina asegura que ha visto á negros que andaban sobre úlceras que tenían en los piés sin sentir dolor alguno, y los ha visto sufrir operaciones terribles sin gritar. No creamos que será por falta de valor por lo que grita un europeo durante una operación que un negro resistiría sin quejarse, sino porque sufriría diez veces más que el negro. Todo esto tiende á establecer que hay entre la inteligencia y el dolor una relación tan estrecha, que los animales más inteligentes son los que más capacidad tienen para sufrir. En las diferentes razas se observa exactamente la misma proporción. La ley parece ser esta: «El dolor es una función intelectual tanto más perfecta cuanto más desarrollada está la inteligencia.»

Parece que la tesis de Schopenhauer encuentra en esto una especie de confirmación. Hartmann se valdrá á menudo de este argumento y lo desarrollará en todas sus fases. La conclusión es siempre la misma: el hombre vulgar es más feliz que el hombre de genio, el animal más feliz que el hombre, y en la vida, el instante más feliz, el único feliz, es el sueño, el sueño profundo y sin ensueños, cuando no se siente la vida. Ya tenemos el ideal invertido. ¡Piénsese en el bienestar de un buey ó de un cerdo! ¡Recuérdese la felicidad proverbial del pez en el agua! Más envidiable aún que la vida del pez debe ser la de la ostra, y la de la planta es muy superior á la vida de la ostra. Descendemos poco á poco del nivel de la conciencia y con ella desaparece el sufrimiento individual.

Esta conclusión lógica contiene lo que puede llamarse la refutación *ad absurdum* de la tesis pesimista. Llevada á sus últimas consecuencias, nos repugna esta tesis y nos sugiere una contestación muy sencilla. ¿Quién no ve que la ley de la vida formulada de este modo no es completa? Falta una parte esencial. Convengo en que crece con la inteligencia la facultad de sufrir; pero ¿puede dudarse que la capacidad para un orden nuevo de placeres negado á las naturalezas inferiores, se revela al mismo tiempo, y que los dos términos crecen exactamente en la misma proporción? Si la fisiología del placer estuviese tan adelantada como la del dolor, estoy seguro de que la ciencia positiva nos daría la razón, como ya lo ha hecho la observación moral.

La inteligencia ensancha la vida en todos los sentidos, esa es la verdad. El hombre de genio sufre más que el hombre vulgar, pero tiene placeres que están á la altura de su capacidad. Supongo que Newton al encontrar la fórmula exacta de la atracción, condensó en un solo momento más alegría que la que todos los obreros de Londres reunidos puedan sentir en un año entero en sus tabernas, ante su pastel de liebre y su pale-ale. Pascal sufrió durante los treinta y nueve años de su vida estrecha y pobre. Pero la visión clara y distinta de los dos infinitos que nadie había notado hasta entonces con tan firme mirada en su misteriosa analogía y en su contraste, ¿no habrá lle-

nado á ese espíritu superior de una felicidad proporcionada á su grandeza, de una alegría cuya embriaguez dejase atrás á las alegrías vulgares y que compensase sus penas? ¿Quién no preferiría ser Shakespeare á ser Falstaff, ser Molière á ser un hombre vulgar lleno de dinero y de estupidez? Y no vaya á suponerse que en esta elección nos engañaría el instinto. Este no es más que la expresión de la razón; nos dice que vale más vivir como hombre que como cerdo, aunque se oponga Hartmann, porque el hombre piensa y el pensamiento, que es la fuente de todos los tormentos, es también la fuente de las alegrías ideales y de las contemplaciones divinas. El colmo de la desgracia no es el ser hombre, sino siendo hombre, despreciarse lo bastante para dolerse de no ser un animal. Yo no afirmo que este sentimiento no haya existido; puede ser la expresión grosera de una vida vulgar que quiere librarse de la pena de vivir, conservando la facultad de gozar, y en ese caso es el último grado del envilecimiento del hombre: ó bien es un grito de desesperación bajo el peso de un dolor demasiado fuerte, un desarreglo ó una sorpresa momentánea de la razón; de todos modos no es la expresión filosófica de un sistema. Una paradoja semejante, sostenida con sangre fría por los pesimistas, rebela la naturaleza humana que después de todo es, en esa materia, la única autoridad y el único juez. ¿A quién puede apelarse de semejante jurisdicción?

Se ha intentado, sin embargo. Schopenhauer ha comprendido que ese era el punto débil del sistema, y por eso se ha valido de la maravillosa invención que ha tenido tanto éxito en la escuela y cuya huella hemos encontrado en el autor de los diálogos filosóficos: no podemos—dice—fiarnos en este orden de ideas, del testimonio de la naturaleza humana, que es juguete de una inmensa ilusión organizada contra ella por poderes superiores. El instinto es el instrumento con que se representa esta comedia á nuestra costa; es el hilo por el cual nosotros, miserables fantoches, decimos lo que no queremos decir, deseamos lo que deberíamos detestar, y obramos de un modo palpable contra nuestro interés. Schopenhauer es realmente el inventor de esta explicación que contesta á todo. Invocáis contra las teorías pesimistas la voz de la conciencia, el impulso de nuestras inclinaciones; y es precisamente esa imperiosa y falaz claridad de la conciencia, que atestigua contra la evidencia de nuestros intereses, la que nos prueba que es ella el órgano de algún poder exterior, que le roba la voz y la figura para convencernos mejor. Acudís á las inclinaciones: ¿no veis que cada inclinación es como una pendiente secreta, preparada dentro de nosotros por un artífice misterioso para llevarnos hacia su fin, enteramente distinto al nuestro, opuesto á los fines que debiéramos perseguir, contrario á nuestra verdadera felicidad?

Estos son los engaños del *Inconsciente* de Hartmann, las burlas de la voluntad de Schopenhauer. Es el «dios

malo» de Descartes que ha reemplazado al dios-providencia de Leibnitz. Lo que no había sido más que un juego de lógica provisional, una hipótesis del momento para Descartes, desechada en seguida por su elevada razón, se convierte en una teodicea, en una metafísica, en una psicología. No voy á hacer más que una objeción sencilla. Debemos asombrarnos de que «este fraude, que es la base del universo», sea tan fácilmente conocido. Se nos ha dicho que á pesar de nosotros, nos engañará siempre la naturaleza, que lo ha dispuesto todo admirablemente para alcanzar su fin, que es el de engañarnos. Esto es lo que nos dicen, pero nos prueban lo contrario. ¡El juego ha tenido éxito durante diez mil, quizá cien mil años, y ahora de pronto nos denuncian que la naturaleza se vale contra nosotros de la trampa! Yo no puedo admirar un juego tan torpemente llevado, que un hombre de ingenio descubra y señale en él la trampa. Este gran poder, oculto y malhechor, que dispone de tantos medios, que se vale de tantos artificios y tiene tantas máscaras á su disposición, se deja sorprender con tanta facilidad por algunos de esos seres que trata de engañar. Hay que suponer entonces que no son simples mortales los que escapan á sus redes tan sabiamente tendidas, que las describen y las denuncian á los demás. Si fueran hombres, tendrían que sufrir como los demás ese maquiavelismo que los rodea, que penetra en ellos hasta el fondo de su ser, en su conciencia y en sus instintos. Librarse de él es obrar fuera de esa naturaleza de que forman parte. Para conseguirlo es menester ser una cosa diferente y superior al hombre, un dios, algo, en fin, que esté en estado de luchar contra ese tirano anónimo y enmascarado que nos explota para su fin.

Todo esto es una serie de contradicciones manifiestas, de combinaciones ingeniosas, de pura motología; y admitiendo la contradicción en la base de la teoría, todo se explica y se deduce con facilidad. Si es verdad que estamos engañados, nada más facil que la demostración del pesimismo; se apoya precisamente sobre esa contradicción fundamental de nuestros instintos y de nuestros intereses, de nuestros instintos que nos llevan de un modo irresistible á sentimientos y á actos funestos, como aquellos con que tratamos de conservar una vida tan desgraciada ó de perpetuarla transmitiéndola á otros seres que serán más desgraciados todavía. El interés supremo del *Inconsciente* es opuesto á nuestro propio interés: el nuestro sería el de no vivir, el suyo es de que vivamos y de que otros vivan por nosotros. El *Inconsciente* quiere la vida—dice Hartmann, desarrollando el argumento favorito de su maestro;—debe, por consiguiente, mantener entre los seres vivientes todas las ilusiones capaces de hacer que encuentren la vida llevadera, y hasta procurar que sientan placer en guardar la fuerza necesaria para cumplir su cometido. Hay que volver á las palabras de Juan Pablo Richter: «Amamos la vida, no porque sea hermosa, sino porque debemos

amarla; por eso hacemos el siguiente razonamiento falso: puesto que amamos la vida, es que es hermosa.» Los instintos no son en nosotros sino diversas formas bajo las cuales se desarrolla este deseo irracional de vivir, inspirado al ser viviente por el que le emplea en su provecho. De ahí la energía que gastamos locamente en proteger esta existencia, que no es más que el derecho á sufrir; de ahí también los falsos juicios que hacemos sobre el valor medio de las alegrías y de las penas que se derivan de ese amor insensato por la vida. Las impresiones que deja en nosotros el desencanto del pasado se modifican siempre por las ilusiones de nuestras nuevas esperanzas. Esto ocurre en todas las excitaciones violentas de la sensibilidad: el hambre, el amor, la ambición, la avaricia y todas las demás pasiones de ese género. A cada una de estas excitaciones corresponden diferentes ilusiones que nos prometen un exceso de placer sobre la pena.

A la pasión del amor es á la que el pesimismo hace una guerra más encarnizada. Diríase que es un duelo á muerte entre Schopenhauer y las mujeres que son las intermediarias del insigne engaño de que es juguete el hombre, los *instrumenta regni aut doli* en las manos del gran farsante. En el amor es en el qué más se manifiestan la mentira del instinto y la sinrazón del querer. «Imagínese un instante—dice Schopenhauer—que el acto generador no resulta ni de las excitaciones sensuales, ni de la voluptuosidad, y sea un acto de pura reflexión; ¿subsistiría la raza humana? ¿No se compadecerían todos del porvenir de la nueva generación, y no tratarían de librarla de la carga de la existencia, y no se negarían por lo menos á aceptar la responsabilidad de haberle procurado semejante carga?» Para vencer estas vacilaciones que pondrían término al deseo de vivir, ha vertido la naturaleza sobre los fenómenos de ese orden toda la riqueza de que dispone. El gran interés del principio de las cosas, de esa voluntad embaucadora, es la especie, fiel guardadora de la vida. El individuo sólo está encargado de transmitir la vida de una generación á otra; pero es necesario que se cumpla esta función, aunque al individuo le cueste su reposo, su felicidad, su misma existencia. El principio inconsciente quiere vivir á toda costa, y sólo por este medio miserable consigue sus fines: se apodera del individuo, le maltrata á su capricho, después de haberle escogido en condiciones especiales. De ahí ha nacido el amor, una pasión *específica*, que para hacerse aceptar se viste de pasión individual y persuade al hombre de que será feliz con ella, cuando en el fondo sólo es el esclavo de la especie, cuando se agita, y sufre, y, por último, muere por ella.

Este es el principio de la *Metafísica del amor*, una de las partes más originales del *Mundo como voluntad y como representación*, del cual dice modestamente Schopenhauer (1) que lo considera como

(1) En los *Memorabilien*.

una «perla». Vuelve á menudo á esta teoría, que le era en extremo simpática en otros escritos, en *Parerga*, en conversaciones de inagotable gracejo que nos han sido transmitidas.

A decir verdad, no es cosa fácil poner á la luz esta «perla». Schopenhauer trata esta cuestión delicadísima más como fisiologista que como filósofo, con una riqueza de detalles, con una jovialidad lúgubre, que se complace en descubrir todos los velos, en desconcertar todos los pudores, en asustar á todo el mundo, con la intención de convencer al hombre de la locura de amar. Al través de las escentricidades de una ciencia á un tiempo técnica y rabelaisiana, que no se detiene ante ningún escrúpulo, llega á pintar con un vigor asombroso, y bajo su punto de vista exclusivo, esa lucha dramática del genio de la especie contra la felicidad del individuo, ese antagonismo cubierto de sonrisas y de flores, escondido bajo la pérfida imagen de una felicidad infinita, de donde resultan todas las tragedias y también todas las comedias del amor.

Considérese—dice—el papel que hace el amor no sólo en el teatro y en las novelas, sino también en la vida real; se nos presenta al lado del amor á la vida, como el más enérgico y el más poderoso de los estímulos; produce los perjuicios más enormes á nuestros más graves intereses; absorbe la mitad de la fuerza de los pensamientos de la humanidad; suspende las ocupaciones más importantes, aturdiendo las cabezas más fuertes, mezclando la frivolidad en los trabajos del hombre de Estado y del sabio; coloca descaradamente en la cartera del ministro y entre los manuscritos del sabio las cartas amorosas, los rizos de la mujer amada; todos los días urde nuevos enredos; rompe los más sólidos y los más sagrados lazos; exige y obtiene de sus esclavos el sacrificio de la vida, de la salud, de la posición, de la felicidad; expone al hombre delicado á faltar á sus escrúpulos y convierte en traidor al amigo fiel; desquicia el mundo y todo lo vuelve del revés. No es, sin embargo en el fondo más que un instinto: el instinto sexual; este es el verdadero nombre de toda pasión amorosa, por etérea y pura que parezca. ¿Y por esta bagatela, se dirá, se está armando tanto ruido en el mundo, en la vida y en la historia? No es bagatela. El objeto de toda intriga de amor, lo mismo si se resuelve en tragedia que si resulta comedia, es el objeto más importante de todos los que pueda proponerse el hombre: es la formación de la generación futura: *meditatio compositionis generationis futuræ, equa iterum pendent innumeræ generationes*. Lo que llamáis una intriga frívola es la determinación positiva, en su existencia y en su naturaleza, de los seres futuros, los verdaderos personajes de la comedia, *dramatis personæ*, que aparecen en la escena cuando nosotros nos retiramos entre bastidores. Esto es lo que hace la gravedad y la importancia del trabajo preparatorio y misterioso que se llama el amor: no se trata aquí, como en otro interés cualquiera, de un

placer ó de un dolor puramente individuales, sino de la existencia y de la esencia de los seres que nacerán, es decir que se trata nada menos que del porvenir de la especie humana. En estas circunstancias la voluntad del individuo se convierte en la voluntad de la especie entera y se encuentra por este hecho en la mayor altura de su poder. De esa altura nace lo patético y lo sublime del amor, como lo infinito de sus alegrías y de sus dolores. Todo esto no es más que el instinto impersonal: cuando se aparece á la conciencia como un deseo detenido sobre un objeto determinado, es en su esencia el *amor á la vida* individualizado. Pero ese amor á la vida de la especie sabe cubrirse hábilmente con la máscara de la admiración hacia tal ó cual persona y engañar á la conciencia y al individuo. Así lo ha querido la naturaleza, que necesita de esa estratagema para conseguir su fin. Por eso impone al individuo cierta ilusión que le hace ver como su propio bien lo que en el fondo no es más que el bien de la especie, y le persuade de que obra en su propio interés, cuando sólo se trata del interés de la humanidad. El encanto que siente el hombre al hallarse en presencia de la mujer cuya belleza responde á su ideal, es precisamente el *sentido de la especie,* que reconoce en tal ó cual persona la huella de un tipo, y quiere perpetuarlo por medio de esa unión. Gracias á esta predilección por la belleza, se conservan en toda su pureza las razas, y esto explica el papel importante que hace el amor. De ahí las consideraciones que determinan nuestra elección, las que se refieren á la belleza física, las del carácter ó de la inteligencia, las que resultan, en fin, de la necesidad que tienen los individuos de corregirse mutuamente y de neutralizarse en bien de la especie, limando las imperfecciones y los defectos de su naturaleza. De ahí también los desencantos del amor. Cuando el afan de vivir nos ha conducido, engañándonos, á sus fines, ya no tiene empeño en proseguir el engaño, no lo necesita: por eso el amante, después de haber gozado del quimérico placer en que cifraba su felicidad, se asombra al caer tan rápidamente á tierra de lo alto de sus ensueños. Este deseo que era á los demás deseos como lo infinito á lo finito, llenaba y absorbía todo su ser. La satisfacción, por el contrario, sólo aprovecha á la especie; ésta está enteramente fuera de la conciencia ; es evidente que el fin perseguido por el infeliz mortal, al precio de tantos sacrificios, no era el suyo. Por eso, después de haberlo conseguido, se encuentra con la desilusión. No ha trabajado para él sino para un fin impersonal. Platón dice con gran acierto que la voluptuosidad es el más vano de todos los placeres.

Esta serie de consideraciones que no perdería nada si se expresase con mayor sencillez, se resume en una sola idea: el hombre es en la pasión el juguete y el esclavo de la especie por la cual se agita, sufre siempre, y á veces muere. El amor más puro no es más que el trabajo de la generación futura, que quiere vivir á costa de la genera-

ción presente y la obliga á sacrificarse á su irresistible y ciego deseo. Esto es lo que un poeta contemporáneo, expresaba con tan salvaje energía:

«Esos delirios sagrados, esos deseos sin medida, desencadenados como enjambre sin colmena, ese desvarío, es la humanidad futura que se agita en vuestro seno.»

Los que aman no saben lo que hacen. Ciegos, arrastrados por el instinto que los deslumbra, no sólo trabajan para su propia desgracia (pues no hay amor que no termine en catástrofes y en crímenes, ó por lo menos en un tedio sin consuelo ó en un prolongado martirio), sino que además al sembrar la vida, perpetuan la simiente imperecedera del dolor. «¿Veis á esos enamorados que se buscan tan ardientemente con la mirada? ¿Por qué guardan tanto misterio y sienten un temor parecido al de los ladrones? Esos amantes son unos traidores, que se conjuran en la sombra para perpetuar el dolor en el mundo: sin ellos se detendría; pero ellos lo impiden, como lo han hecho ya sus padres con ellos. El amor es un gran criminal, porque al transmitir la vida, inmortaliza el sufrimiento.» Su historia se resume en dos ilusiones que se encuentran, dos desgracias que se comparten, y otra desgracia que se prepara. ¡Romeo y Julieta—de ese modo explica el filósofo de Francfort, en pleno siglo XIX—con los aplausos de la sabia y docta Alemania, vuestra poética leyenda! No ve bajo el velo mentiroso del instinto que os engañaba más que la fatalidad fisiológica. Cuando cambiasteis la primera mirada que os perdió, el fenómeno que se verificaba en vosotros no era en el fondo más que el resultado «de la meditación del genio de la especie», que trataba de restablecer con vuestra ayuda el tipo primitivo «por la neutralización de los contrarios», y que, satisfecho sin duda de su examen, desencadenó en vuestros corazones esa locura y ese delirio. Fué un simple cálculo de química. El genio de la especie juzgó que los dos enamorados «se neutralizaban como el ácido y el álcali se neutralizan en una sal»; desde entonces se decidió la suerte de Romeo y de Julieta. La fórmula química los condenaba á amarse; se amaron á pesar de todos los obstáculos y de todos los peligros, y se unieron á pesar del odio y de la muerte. Murieron á consecuencia de ese amor. No hay razón para apiadarse de ellos; si hubiesen vivido, ¿hubieran sido más felices? La especie hubiera ganado con ello, pero ellos no. Un tedio larguísimo hubiera sucedido á la embriaguez primera y hubiera vengado al pesimismo. ¡Romeo envejecido y desilusionado, Julieta fea y de mal humor, que cuadro, Dios mío, tan horrible! Dejemos á los dos amantes de Verona en la tumba que guarda su juventud, su amor y su gloria.

En toda esta química y esta fisiología del amor, no se ocupa Schopenhauer del verdadero fin que eleva y legitima el amor humano, pagándole con creces sus sacrificios y sus penas, la formación de la familia y la creación del hogar. Puede medirse esta felicidad

por el dolor que embarga el alma cuando la muerte extingue la llama del hogar y rompe para siempre sus piedras. El mismo exceso de la desgracia prueba en este caso la inmensidad de la dicha que se ha conocido por un momento.

También olvida Schopenhauer la forma más pura que puede revestir el amor en el alma humana, gracias á la facultad de idealizar, sin la cual no se explicará jamás ni la ciencia, ni el arte, ni el amor. Del mismo modo que basta una sensación para excitar todas las energías del pensamiento y hacerle producir, en determinadas circunstancias, las más admirables obras de genio, en las cuales ha desaparecido toda huella de la primitiva sensación; así es propio del hombre transfigurar lo que no es más que un instinto animal, convertirlo en un sentimiento desinteresado, heroico, capaz de preferir la persona amada á sí mismo, y la felicidad de esa persona á la realización apasionada del placer. Esta facultad de idealizar todo lo que le toca, la ejerce el hombre en lo que está bajo su imperio; por ella se transforma el amor, cambia en su esencia y pierde en su metamorfosis casi todo el recuerdo de su humilde punto de partida. La ciencia encuentra lo universal en una sensación limitada, el arte crea tipos que sugieren pero no contienen las formas reales, el amor se emancipa del instinto que le ha hecho nacer y se eleva hasta la abnegación, hasta el sacrificio. Esto distingue al hombre; de este modo se libra de la naturaleza, ó más bien crea una naturaleza nueva en que termina su personalidad.

Tal es, en todas las cuestiones que tocan á la vida humana, el lado débil del pesimismo: suprime lo que la eleva y ennoblece; es un ejemplo característico por el cual puede juzgarse la estrechez y la inferioridad del punto de vista en que se coloca esta escuela, para apreciar el valor de la vida y declarar después de un maduro examen que la mejor vale menos que la nada.

CAPÍTULO V

LOS ARGUMEMTOS DE HARTMANN CONTRA LA VIDA HUMANA.—EL BALANCE DE LOS BIENES Y DE LOS MALES.

Hartmann se dedica con gran habilidad á resolver este problema propuesto por Schopenhauer: «Dados el total de bienes y el de males que existen en el mundo, establecer la balanza.» Hace un extenso análisis de las condiciones y de los estados de la vida, con relación al placer y al dolor; esto es objeto de un capítulo importante y largo titulado *La sinrazón del deseo de vivir y la desgracia de la existencia.* Daremos de él una idea.

Ya sabemos que hay tres formas posibles de la ilusión humana sobre la felicidad: ó la concibe el hombre como un bien que puede alcanzarse en el presente estado del mundo, realizable sobre la tierra bajo determinadas condiciones, para el actual individuo; ó como un bien realizable para el individuo en una vida transcendental después de la muerte; ó, por último, como un bien realizable por el progreso del porvenir de la humanidad, como el fin del proceso del mundo. Hartmann se fija principalmente en la primera forma de ilusión, tratando de demostrar que la imaginación del hombre es víctima de una mistificación enorme en el aprecio que hace de los bienes de la vida actual. Añade que esa ilusión es la más tenaz y la más arraigada, y es la que se propone combatir con toda la fuerza del análisis y de la dialéctica. Porque es un hecho incontestable que el hombre, aun el desgraciado, ama la vida, que no sólo la aprecia en un porvenir vago y en un orden transcendental, sino en sus condiciones actuales, tan miserables y tan precarias como son. Sobre ese misterioso instinto dará, pues, el pesimismo su golpe decisivo; hay que demostrar á toda costa la locura del deseo de vivir.

Es inútil acudir á la autoridad de los filósofos antiguos ó modernos, Platon ó Kant, Schelling ó Hegel. No inspiran confianza esas opiniones de espíritus superiores, porque están casi siempre impregnadas de esa tristeza peculiar al genio. La humanidad debe ser apreciada con su propia medida y no con la del genio.

Además, el mundo no puede en su conjunto ser juzgado con suficiente exactitud, más que ciñendo el juicio al término medio de las existencias que le componen.

Aquí se produce un hecho curioso que parece contener una contradicción si no se resuelve con un análisis más profundo. Pregúntese á todos los seres; todos preferirán su vida á la nada, pero preferirán la nada á una vida inferior á la suya. Si se pregunta á un europeo, á un hotentote y á un orangután qué prefiere, la nada ó una vida nueva en el cuerpo de un hipopótamo ó de un cangrejo, todos contestarán que prefieren la nada; pero no dudarán en preferir su propia vida á la nada, y el hipopótamo y el cangrejo á su vez contestarán lo mismo. ¿De donde proviene esta diferencia en el juicio comparativo que hace cada ser sobre su propia vida y sobre los grados inferiores de la vida de los demás seres? Proviene de que cada ser interrogado, en el momento de contestar, se coloca con su inteligencia en el lugar ó en el cuerpo del ser inferior. Es natural que le parezca insoportable la existencia de ese ser, y lo sería efectivamente en otras condiciones, con un grado de inteligencia más desarrollado. Pero se olvida al pensar de esa manera, que si se viviese bajo una forma inferior de existencia, seno tendría para juzgarla más que la inteligencia del mismo grado. La diferencia entre el juicio que hace el cangrejo de su propia condición y el que hago yo sobre la vida del cangrejo, procede únicamente de que el cangrejo tiene

ilusiones groseras de las que yo no participo, y de que esas ilusiones le dan un exceso de felicidad imaginaria, del todo subjetiva, que le hace preferir su vida á la nada. No piensa mal el cangrejo; evidentemente tiene razón; el precio de la existencia no puede medirse para cada ser más que con su própia medida; y en ese sentido vale para él tanto la ilusión como la verdad.

Sáquese la moralidad de esta ingeniosa apología; está saltando á la vista. A cada forma de ser corresponde una cantidad de ilusiones proporcionada á la elevación y á la perfección relativa de esa forma. La inteligencia del ser superior puede juzgar la vida inferior porque está colocada por encima de ella y fuera de las condiciones que le son propias; pero no puede juzgar la suya. Puede disipar la atmósfera de ilusiones que envuelve al ser inferior, y no puede sustraerse á las condiciones de ilusión que le pertenecen á ella; sólo lo consigue con gran trabajo, á fuerza de dolorosas meditaciones y en circunstancias excepcionales, como ocurre con el genio. En este rasgo se ve la acción misteriosa y constante del *Inconsciente*. El es el verdadero autor de todos estos juicios falsos que se han formado sobre la vida; él que ha creado los seres con determinados instintos y con determinada sensibilidad, debe obrar tambiné por esos instintos y por esa sensibilidad sobre el pensamiento consciente y determinarlo en el sentido de su deseo de vivir. El es el que queriendo la vida, y para conseguir determinados fines, tal ó cual vida particular, mantiene en los seres vivientes todas las ilusiones capaces de hacer que encuentren soportable la vida, y hasta de que les guste y entusiasme el trabajo.

Por eso cada ser, al absorber su propia vida, condena la vida inferior á la suya: incapaz de juzgar la propia, juzga la vida del ser inferior tal como es y sin hacerse ninguna ilusión. Al subir la escala de los seres, de los inferiores á los superiores y de éstos á los seres posibles que pueden suponerse superiores á los seres reales que conocemos, una inteligencia total y absoluta condenaría la vida entera como nuestra inteligencia relativa condena la vida parcial. Lo que con seguridad haría una inteligencia absoluta, podemos hacerlo nosotros en cierta medida. Podemos, hasta cierto punto, desembarazarnos de la ilusión por medio de la ciencia; el genio ya se ha librado de ella y ese es el secreto de su melancolía incurable. Hay otra consecuencia de gran alcance: si el desarrollo de la inteligencia lleva al hombre á convencerse de la sinrazón del deseo de vivir, el desarrollo progresivo de la inteligencia en el mundo llevará infaliblemente á todos los hombres á reconocer la absoluta vanidad de todas las cosas por la ruina insensible de todas las ilusiones. La humanidad llegará á elevarse en su término medio á un grado de inteligencia y de ciencia que sólo alcanza en la actualidad un pequeño número de individuos. El mundo será, pues, tanto más desgraciado cuanto mayor sea el grado de inteligencia á que llegue al envejecer. Lo más razonable se-

ría detener el desarrollo del mundo, y lo mejor hubiera sido aniquilarle en el momento de su aparición; y aun hubiera sido mejor que el deseo vago del ser no hubiese jamás turbado el reposo eterno de lo posible.

De estas consideraciones preliminares que tienen gran importancia en el pensamiento de Hartmann, pasaremos al examen comparado de los bienes y de los males de la vida.

Hemos visto que Hartmann se separa de Schopenhauer en la cuestión del carácter puramente negativo del placer, opuesto al carácter positivo del dolor. Concede á su maestro que el placer es con frecuencia un fenómeno indirecto y negativo, la cesación ó la diminución del dolor, pero pretende que no es eso solo el placer, que es otra cosa, que algunas veces es *pósitivo* (aunque fundado en la ilusión), como el amor, ó es *real*, como el arte y la ciencia. Pero hay que saber á qué precio se compran esos bienes, y aunque tuvieran alguna realidad, sería preciso saber si podían compensar los males. Aunque se separa en este punto esencial de la opinión de Schopenhauer, en la práctica y en la aplicación llega Hartmann á consecuencias que no son sensiblemente diferentes de las de su maestro sobre el papel predominante del dolor. Puede reducirse todo este razonamiento á algunos argumentos principales, separándolos de las múltiple digresiones y de las discusiones que los acompañan:

1.° El filósofo no puede en realidad llamar placeres sino á los que provienen de una satisfacción inmediata y directa de la voluntad, y no á los que provienen de la cesación de un sufrimiento ó de la desaparición de un dolor.

2.° La naturaleza de la vida orgánica, especialmente de las funciones nerviosas en que descansa la conciencia, conduce al necesario resultado de que el placer debe tener un término, como el dolor. La excitación, el cansancio de los nervios hacen nacer esa extraña necesidad de la cesación del placer. Un goce demasiado prolongado se convierte en un suplicio intolerable. ¿Pero se convierte en placer un dolor que no cesa? No, nos exalta y nos irrita contra la suerte que nos le ha deparado, y es menor que ese enfado el agradecimiento á la suerte que nos ha librado de él. En estos dos casos contrarios hay, pues, un exceso de mal sobre el bien.

3.° Numerosas circunstancias fisiológicas y de otro genero interceptan ó disminuyen la conciencia del placer, mientras que la pena despierta inevitablemente la sensación ó el sentimiento correspondiente.

4.° La satisfacción dada á la voluntad es muy corta; la conciencia del placer apenas dura un momento, mientras que el disgusto que sufre la voluntad dura tanto como el acto de la voluntad; y puesto que no hay apenas momento en que no obre la voluntad realmente, puede decirse que la contrariedad es eterna y que sólo se interrumpe por rápidas y falsas alegrías que debemos á la esperanza.

5.° Por último, y este es un punto capital, ¿no es cierto que el placer sea

una compensación suficiente del dolor, y con este propósito expone Hartmann el problema bajo la siguiente forma matemática: ¿Qué coeficiente ó exponente debe fijarse á un grado de placer para que sea equivalente á un grado de dolor? De seguro no es igual ese coeficiente á la unidad. Probablemente se necesitan muchas unidades de placer para hacer la exacta compensación de una unidad de dolor. Así pensaba Petrarca: *Mille piacere non vagliono un tormento*. Schopenhauer, al comentar esta melancólica frase, deduce que un mundo en que es tan general el dolor, cualquiera que sea la cantidad de placer que nos ofrezca, vale menos que la nada. Hartmann, á su vez, desarrolla de un modo ingenioso la teoría de los coeficientes, propios para disminuir siempre el placer y para dejar el dolor en toda su fuerza, aumentándolo á veces en proporción considerable. Si me dan á escoger entre no oir nada ó escuchar durante cinco minutos estridentes y desafinados acordes, y después una música hermosa también durante el mismo tiempo; si tengo que elegir entre no oler y oler primero un objeto infecto y después un perfume; si puedo escoger entre no gustar ó gustar un manjar repugnante y después una comida sabrosa, prefiero no oir, no oler, no gustar nada, aunque las sensaciones contrarias que deban sucederse sean del todo iguales. Es verdad que Hartmann confiesa de buena fe que es muy difícil demostrar esa igualdad. Pero aunque no se pueda, en el estado actual de la ciencia, determinar matemáticamente esa igualdad, no puede dudarse que el placer debe ser sensiblemente superior en vivacidad al dolor de la misma especie, para que se equilibren los dos en la conciencia. Si este hecho es exacto, resulta un argumento terrible en favor del predominio del mal en el mundo. Admitiendo que las sumas del placer y del dolor fuesen iguales, su combinación en el seno del individuo daría un estado inferior al de la pura indiferencia: habría un escedente considerable de mal sobre el bien. El mundo parece una lotería: los dolores representan la postura del jugador, los placeres representan su ganancia; pero el jugador no recoge sus premios sino con un descuento correspondiente á la diferencia que existe entre los coeficientes del placer y los del dolor. Suponiendo, pues, una suerte igual, le resultará un déficit al jugador al fin del día; porque el banquero que maneja las cartas le paga en moneda de título inferior, y en el caso de que el jugador gane tantas veces como pierda, habrá jugado un juego de desventaja, habrá perdido. Es verdad que no tenía libertad para negarse á jugar; como decía Pascal, eso no es voluntario, le han embarcado á su pesar.

Estas leyes, sacadas de la constitución de la sensibilidad, prejuzgan la cuestión y la resuelven antes del examen detallado de los supuestos bienes de la vida. Sigamos, sin embargo, á Hartmann en el análisis que va á hacer de ellos, y veamos los principales resultados.

Empieza por establecer que hay un

estado de indiferencia que podría representarse por el cero del termómetro. Todo fenómeno, para ser apreciado y sentido, debe elevarse por encima ó descender por debajo de ese nivel, que es el de la perfecta insensibilidad. Este estado de insensibilidad absoluta, es la nada en la vida. El que coloca en este estado la felicidad decide la cuestión, prefiere la nada. Los que prefieren la vida, la agitación, el movimiento, la variedad de las sensaciones, y esto es lo más frecuente, son aquellos en quienes el termómetro marca un grado superior ó inferior á cero.

Hay, en primer lugar, estados de sensibilidad que se aprecian como los mayores bienes de la vida: la salud, la juventud, el bienestar, la libertad de acción. Hartmann demuestra que esos estados no procuran por sí mismos ningún placer positivo, excepto el momento en que suceden á los estados dolorosos opuestos. Mientras nada turbe su curso, sólo producen el estado de pura indiferencia. En este estado no existe sensación; pero todo lo que baja de este nivel produce amargo dolor, como ocurre con la enfermedad, la vejez, la pobreza y la dependencia. No se siente un miembro más que cuando está enfermo; hay que estar nervioso para apercibirse de que se tienen nervios, hay que tener mala la vista para recordar que se tienen ojos. Lo mismo ocurre con la juventud: es la única edad de la vida en que se reunen la perfecta salud, y el libre ejercicio del espíritu y del cuerpo. En cuanto desaparece, llegan el cansancio, las molestias de todo género, y la capacidad de gozar disminuye sensiblemente. De donde resulta que la juventud, como el resto de los bienes negativos, sólo es una aptitud, una condición propicia, la capacidad de gozar, la posibilidad y no la posesión del placer. El bienestar sólo se siente por su ausencia; la certidumbre de estar al abrigo de la necesidad y de las privaciones, es la condición *sine qua non de* la vida indiferente, que aún espera las condiciones que han de enriquecerla. Una vida saturada de bienestar es un tormento, si ninguna otra sensación llena el vacío: ese tormento se traduce por el tedio que puede llegar á ser insoportable en medio del mayor bienestar. El trabajo es un gran recurso; pero es en sí una pena, y se decide uno por él como por el menor de dos males, bien para escapar á males positivos, la necesidad, la ambición, el fastidio, ó en vista de bienes positivos superiores que puede procurar, como por ejemplo, la satisfacción de hacer la vida más agradable á sí mismo ó á las personas queridas, ó bien para producir obras meritorias. Todos estos supuestos bienes, como la libertad de acción, la paz del alma, no valen más que porque nos libran de un dolor; ¿y qué es esto sino un estado de pura indiferencia? No lo conseguimos, sin embargo, más que parcialmente, por poco tiempo y por casualidad. La vida vale, pues, menos que el no ser, que es la indiferencia absoluta é inmutable.

Examinemos ahora los dos grandes impulsores de toda actividad: «Mientras la filosofía no gobierne la máquina del

mundo—dice Schiller—serán el hambre y el amor los principales motores que aseguren el movimiento.» Veamos, pues, cuáles son las satisfacciones que consiguen. Los sufrimientos del hambre son infinitos; ella reina de un modo absoluto sobre gran parte de la tierra, produce con frecuencia la muerte, y en todas partes la pobreza física é intelectual de la raza, la mortalidad de los niños, las enfermedades especiales que reconocen por causa el hambre de un individuo ó de una familia. Compárese con tanto sufrimiento la satisfacción de un individuo que acalla su hambre. ¿Puede compararse con el dolor del que no la satisface? Los placeres de este género no elevan la sensibilidad animal sobre el estado de pura indiferencia. Recordemos la terrible frase de Schopenhauer: «Para averiguar si en el mundo es superior el placer al dolor, ó al menos si se equilibran, basta comparar la sensación de la fiera que devora á su semejante con las sensaciones de la fiera devorada.»

Después del hambre viene el instinto sexual que no puede confundirse con el amor, pero que contiene, sin embargo, según asegura Hartmann, «todo el placer real que hay en el amor, no siendo más que pura fantasía lo que no se refiere á la materialidad del acto». Hay en él, efectivamente, algo real, pero es una sensación ciega y fugitiva, aun en los animales superiores. En casi todo el reino animal, no se refiere este instinto á ningún individuo; tiene un carácter puramente genérico. En los vertebrados hay un goce físico, capaz de interesar el egoísmo del individuo, pero en las especies inferiores es extraño el placer á la reproducción, y depende el acto de impulsiones irresistibles, que no carecen de fin, pero sí de intención. El fin está en la naturaleza y es extraño al animal. Al ver las maneras diferentes é indirectas con que se lleva á cabo este acto, es fácil concluir que el goce es vago, casi insignificante. En las especies superiores es otra cosa; se libran sangrientas batallas entre los machos, que hacen pagar muy caro este placer fugaz. La continencia forzada de la mayor parte de los machos que forman el rebaño del macho vencedor, los sufrimientos y la rabia de los vencidos, forman sumadas una cantidad mayor que los placeres amorosos del macho favorecido por la suerte. En la especie humana, sobre todo en las razas civilizadas, son mayores para la mujer los dolores de la maternidad que los placeres correspondientes. Tenemos en esto un ejemplo elocuente de las ilusiones que el instinto impone al juicio. Recuérdese esa mujer que después de haber sufrido varias operaciones cesáreas, no se decidía á renunciar al placer del amor. Esta es una gran prueba del poder del inconsciente. En cuanto al hombre, sólo entre los veinticinco y los treinta años está en estado de fundar una familia. ¿Cómo puede pasar—dice Kant en su *Antropología* — tanto tiempo en esa continencia *contra natura*? Casi siempre en el vicio, y esos vicios destruyen la idea de la belleza, corrompen la delicadeza del espíritu y producen á la larga el peor de los males: la inmoralidad.

El amor es una creación del hombre; lo deriva del hecho de que la unión de los sexos está subordinada al capricho por tal ó cual persona, y á que la imaginación, cuyo poder es infinito, promete con la posesión de ese objeto una felicidad ilimitada. ¡Qué contraste en la realidad! Supóngase una muchacha pobre, costurera ó criada, que apenas gana para vivir. Sucumbe una noche al poder irresistible de lo que supone que es amor, y que en el fondo no es más que el ardid del *Inconsciente* que quiere la vida. Ya es madre; ¡cuántos sufrimientos y que pocos goces! Después del parto, está sola con ese hijo que no deseaba. Sólo puede elegir entre matarle ó decidirse á trabajar para los dos, cuando apenas podía sostenerse ella misma, ó lanzarse al vicio para asegurar á su juventud los fáciles recursos que le procuraran una vejez ignominiosa y una miseria horrible. «¡Todo eso por un poco de amor!» Otro hecho y en un orden diferente: el amor que tiene por fin la familia. Este cae de lleno, bajo el golpe de Schopenhauer, de la terrible sentencia que ya conocemos, á saber: que el acto de la generación sería imposible si no fuese resultado de las excitaciones del instinto ó el irresistible efecto de una especie de embriaguez momentánea que crea la lujuria. Cometido con sangre fría, resulta un crimen contra la nueva generación á que da vida. Semejante responsabilidad es capaz de hacer retroceder á todos los que no hayan perdido la razón.

Después de tanto como se ha censurado el amor en todas las lenguas y en todas las literaturas; después de las invectivas satíricas de Schopenhauer, era difícil ser original. Hartmann ha conseguido, sin embargo, agrupar en un cuadro siniestro todas las miserias y todas las decepciones del corazón. No cae ningún rayo de luz celeste sobre ese cuadro sombrío. Todo es duro y cínico. ¡El amor ilegítimo es contrario á la sociedad, á la opinión y á las leyes, y entonces son grandes los peligros y los sufrimientos, sin contar el vicio y la degradación; en cambio el amor legítimo dura tan poco!... En la mayor parte de los casos, se elevan entre los dos amantes obstáculos invencibles, de donde nace la desesperación irremediable; y en los casos favorables que son muy escasos, ¡qué ilusoria es la felicidad! Aquí es, sin embargo, donde el deseo de vivir resiste más y se venga con mayor crueldad cuando se le contraría, de suerte que se ve uno colocado entre dos males extremos, teniendo que elegir uno de los dos. Compárense además los sufrimientos del amor engañado con las alegrías del amor satisfecho. ¡Cuánto más grandes son aquéllos qué estas en intensidad y en duración! Casi siempre ocurre que uno de los amantes quiere más que el otro. El que quiere menos se aleja el primero, y el otro, al sentirse abandonado, muere de dolor y de pena por esa traición. El sufrimiento de la mujer es incalculable, porque es la víctima predestinada de los engaños del *Inconsciente*, y se sacrifica más completa y más profundamente que el hombre al objeto amado.

El amor que se llama feliz, ¿lo es realmente? Aun aquí descansa la felicidad sobre una serie de ilusiones. Buena prueba de ello es que la alegría de la posesión está en proporción directa de los obstáculos vencidos; por lo cual no es la posesión en sí misma la que causa esa alegría, sino la dificultad de vencer los obstáculos exteriores. Y cuando se han vencido esas dificultades, ¿puede compararse el placer con las penas que se han sentido? La idea en que descansa esa alegría es en sí también una última ilusión; la satisfacción sería la misma si pudiese sustituirse, durante la noche ó de otro modo cualquiera, la persona que el amante cree poseer por otra persona con la cual se avergonzaría de unirse (1). Pero la mejor prueba de que es uno juguete de una ilusión al esperar del amor una felicidad infinita, es la rapidez con que se desvanece esa alegría. Cuando se recuerda el animal humano pintado por Lucrecio con tan enérgicos rasgos, se le ve triste después de ese relámpago de alegría. Esa decepción que sigue tan de cerca al entusiasmo, se agranda más cada día y acaba por llenarlo todo. La desilusión se hace gradualmente en la conciencia; se revela por dos juicios consecutivos, el uno sobre la cosa en sí reducida á la nada, el otro sobre la persona amada. Cuando la posesión asegurada le devuelve claridad de juicio, no ve ya el amante en el objeto ideal que ha creado su deseo, más que un miserable ser humano, con sus vicios, con sus debilidades y con todos sus defectos. Entonces comprende que su sueño ha sido el sueño de un tonto, pero su amor propio le hace hipócrita. No quiere ser engañado de un modo tan horrible; trata de ocultar su decepción al mundo; querría ocultársela á la persona amada, ante la cual se sonroja de las insensatas palabras de cariño que le ha dirigido; procura engañarse á sí mismo y esto agrava su dolor. Comprende que mienten sus ilusiones, y padece por haber amado, por no seguir amando y por no atreverse á confesárselo á sí mismo ni á comunicarlo á los demás.

Después de verificada esta prueba dolorosa, está advertido para no empezar de nuevo. Por eso sólo el primero es verdadero amor; el segundo y los siguientes están contrariados por el recuerdo de la primera experiencia. Por eso dice Goethe en *Verdad y poesía*, refiriéndose á Werther: «Nada contribuye más al hastío de la vida que un segundo amor. El carácter de eterno y de infinito que eleva el amor por encima de todo se ha desvanecido; el amor parece efímero como todo lo que concluye.» Y á pesar de todos los argumentos que le hace la razón, no se deja destruir el instinto; sus reclamaciones son tan enérgicas, que sólo nos queda la elección entre dos males. Como decía Anacreonte: «es difícil no amar; pero es

(1) Este argumento parece que se lo ha inspirado á Hartmann la lectura de la novela de M. Cherbuliez: *Ladislas Bolski*, en la cual se refiere y analiza una aventura de ese genero; en el caso de que la idea hubiese sido original de Hartmann, hay que reconocer en ello una coincidencia singular entre dos hombres de imaginación.

igualmente difícil amar.» Queda un tercer partido que tomar, el de Orígenes, no en el sentido en que lo tomaba Orígenes, ó sea en nombre de un bien superior al cual quería dedicarse sin reservas, sino como hombre convencido de que bajo el punto de vista del egoísmo vale más desarraigar en sí físicamente la necesidad que sufrir por ella de dos maneras, cediendo á ella y resistiéndola. Digna conclusión de esta filosofía, que produce lógicamente los eunucos.

El casamiento está juzgado por una frase que Hartmann toma de Lessing: «No hay más que una mujer mala en el mundo; pero desgraciadamente es ésta para cada cual la mujer propia.» Lo que solo era una genialidad más ó menos ingeniosa en Lessing se convierte en un argumento enfático y pedante en Hartmann.

Los sentimientos de la familia, el amor á los hijos, la amistad, la compasión, todo lo trata con la misma desenvoltura, todo cae bajo el golpe del mismo dogmatismo, ligero y duro á la vez. El sentimiento del honor, el aprecio público, la ambición, la mansión de la gloria, dependen de la opinión de los demás y no tienen, por consiguiente, más fundamento que nuestra imaginación; mis penas y mis alegrias sólo existen en mi cerebro, no en el cerebro de los demás. La opinión de mis semejantes sobre mí no tiene más que un valor imaginario y convencional; no tiene valor efectivo alguno sobre mí. ¿Serán, quizá, exceptuadas de este análisis las opiniones religiosas? De ningún modo; no habría razón para que tuviesen ese privilegio. Esa exaltación del ser relativo que pretende sentir al ser absoluto, que le persigue en el infinito vacío de un cielo imaginario como el objeto de una sensación y de un goce, toda esa falsa felicidad, irrealizable en sí se corrompe en su misma ilusión por los profundos dolores, por el espanto del alma piadosa asustada de su iniquidad, por su miedo al juicio de la otra vida, por sus lamentaciones sobre los pecados que su imaginación ha creado á su capricho. El devoto se engaña á sí mismo; es á la vez la víctima y el verdugo: Hartmann lo asegura; hay que darle crédito. Todo tiene el mismo valor en este análisis, superficial y autoritario.

Acabamos de examinar dos especies de bienes, los unos que sólo son estados negativos, condiciones de un estado de indiferencia, como la salud; los otros, que son formas de placer *subjetivamente real*, fundadas en un escedente de felicidad inútilmente esperado y por consiguiente ilusorio, como el amor. Hay, finalmente, otra categoría, la de los placeres *objetivamente reales*, producidos por el arte y por la ciencia. «Estas—exclama Hartmann—son los oasis del gran desierto.» ¡Y aún hay que reducir tanto de estas alegrías! Si separamos de estos placeres que se fundan en la contemplación estética y en el conocimiento científico lo que sólo es apariencia, afectación ó cálculo positivo, todo lo que obedece á razones extrañas al arte ó á la ciencia, se desvanecerá casi por completo esta última forma y

este supremo recurso de la humana felicidad. En cuanto á los verdaderos goces que permanecerán inscritos en el imperceptible haber de la humanidad, ¡cuestan tanto dolor! Han sido comprados con el sufrimiento, con el estudio, con el trabajo, con la necesidad de aprender la parte mecánica de cada manifestación del arte ó de ser siempre iniciado en la ciencia anterior. No hay más que un momento feliz, el del descubrimiento ó de la concepción; pero casi enseguida suceden á ese delicioso instante las largas horas de la ejecución mecánica y técnica de la obra. Después vienen las decepciones, las luchas contra la envidia, los fracasos ante el público. Añádase á esto la organización nerviosa de los artistas y de los sabios, más viva, más impresionable al choque menor que la de los demás hombres, y se verá que los goces privilegiados de una minoría reducida se expian por una capacidad para el dolor infinitamente más grande. En esto, como en todo lo demás, se concluye que el sentimiento guarda exacta proporción con el desarrollo de la conciencia. La felicidad sólo existe en el mundo mineral: ese es el estado inmóvil y fijo, el cero puro de la sensibilidad, por encima del cual nos agitamos inútilmente.

Los supuestos bienes de la vida humana pueden clasificarse del siguiente modo: 1.° Los que corresponden al estado de pura indiferencia y sólo representan la ausencia de determinadas especies de dolor, como la salud, la juventud, el bienestar. 2.° Los que no sirven más que para realizar fines extraños y que son ilusorios desde el momento en que se les toma por fines verdaderos, como el deseo de la fortuna y del poder ó el sentimiento del honor. 3.° Los que por término medio causan más sufrimiento que placer, como el hambre, el amor físico. 4.° Los que se fundan en ilusiones que el progreso de la ciencia debe disipar, como el amor sentimental, la piedad, la esperanza. 5.° Los que están claramente reconocidos como males y que se aceptan para evitar otros mayores, como el trabajo, el matrimonio. Y 6.° Los que procuran más placer que pena, pero cuyo placer está más ó menos ligado al dolor y comprado por él, y que sólo puede repartirse entre un número reducido de individuos, como el arte y la ciencia.

Tal es el balance de la vida, trazado por una mano que no ha temblado de emoción un solo instante. Yo he tratado de exponer con fidelidad esta dialéctica que palpa las raíces del corazón humano para romperlas y secarlas. He seguido hasta el final este teorema que se desarrolla con una rigidez inflexible á través de todo lo más profundo y más íntimo de las razones que tiene el hombre para vivir, y que no deja penetrar por el espeso tejido de su lógica, ni una emoción, ni un grito, ni un acento que denuncie la compasión y el arrepentimiento. Sólo hay un sentimiento, el del afán calculado y frío de destruir la vida y de conducirla, quitándole todas las ilusiones, á la nada. No perdemos el tiempo al refutar este análisis, al mostrar que en todo hay exceso ó de-

fecto en este cuadro. Sabemos que la atracción de la actividad resistirá siempre victoriosamente á la fascinación de la muerte; nos parece inútil demostrar que hay muchísimo mal en el mundo, pero que el peor de los males es la maldición del ser, es la abdicación de la vida.

No examinaremos, pues, los elementos arbitrarios y la fantasía que se hacen entrar en esta balanza de la vida humana. Pero quisiéramos marcar la distinción de estas dos cuestiones diferentes, que el pesimismo siempre confunde: la del valor de la existencia para cada uno de nosotros y la del valor de la existencia considerada en sí, el valor relativo y el valor absoluto de la vida. La primera cuestión no es susceptible de una contestación general, y todas las consideraciones destinadas á convencernos de que debemos ser desgraciados, son trabajo y tiempo perdidos. No hay medida común ni entre los bienes comparados los unos con los otros, ni entre los males comparados entre sí, ni entre los bienes y los males: no es posible compararlos ni en el sujeto, ni en el objeto, ni en el acto que los constituye. Aquí es quimérico todo ensayo de análisis cuantitativo; la calidad de los bienes y de los males es el único punto de vista de una comparación factible; y la calidad no se puede reducir á números. No hay, pues, método preciso de determinación, no hay tarifa posible, ni signo matemático ó de fórmula que expresen el valor del placer y de la pena, por lo cual la idea de formar el balance de la vida humana es una quimera. Hay placeres tan vivos, que un relámpago de esas alegrías devora una vida de miseria; hay dolores tan intensos, que devoran en un instante y para siempre una vida feliz. Además, el placer y el dolor contienen un elemento subjetivo de apreciación, una parte personal de sensación ó de sentimiento que destruye todos los cálculos, que escapa á toda evaluación, á toda apreciación exterior. Como decía con mucho ingenio un crítico inglés: V. prefiere que le arranquen una muela dolorida, yo prefiero soportar el dolor de muelas; ¿quién podrá juzgar de nuestras apreciaciones? El uno prefiere casarse con una mujer hermosa y tonta, el otro con una mujer inteligente y fea; ¿quien tiene razón? La soledad es una pena insoportable para V. y constituye un placer inmenso para mí; ¿quién tiene peor gusto de los dos? Ninguno. Podrían citarse infinitos ejemplos que sugieren el buen sentido y la experiencia de la vida. Un marinero de Londres prefiere su ginebra al vino más delicado y aromático del mundo; ¿podrá demostrársele que comete un error? Tal amigo mío se entusiasma con mil canciones de zarzuela y se duerme oyendo las sinfonías de Beethoven. Se le podrá decir que no tiene gusto; pero nada le importará á él. Seguirá gozando con sus canciones. Un hombre que ha nacido con un organismo fuerte, con un cerebro bien constituido, con facultades bien equilibradas, le gusta la lucha y el ejercicio de su voluntad contra los obstáculos, hombres ó cosas; otro que es enfermizo, tímido, con una imagi-

nación y con unos nervios predispuestos á las impresiones exageradas, enemigo de la lucha, en éste y no en el otro tendrá razón Hartmann al decir que el esfuerzo es una pena y la voluntad un trabajo cansado. ¿Quién decidirá si ese estado es en sí una pena ó un placer? El sentimiento del placer ó de la pena es el placer y es la pena en sí; el sentimiento de la felicidad se confunde con la misma felicidad. ¿Se juzga que mi vida es mala? ¿Qué me importa si yo la encuentro buena? ¿Hago mal en ser feliz? Puede que sí; pero lo soy si creo serlo. No ocurre con la dicha como con la verdad; la dicha es subjetiva: si se soñase siempre y el sueño fuese siempre feliz, se hubiera conseguido la eterna felicidad. Todo balance de la vida humana formado sobre el examen comparativo de las penas y de las alegrías, es falso por su punto de partida, que es la apreciación individual del que lo establece. La falsedad del sistema pretende imponer la razón como una necesidad contra los hechos.

Queda la otra cuestión, la del valor de la existencia considerada en sí, ó sea su valor absoluto. Esta cuestión, única importante, la han abandonado por completo los pesimistas; merece, sin embargo, ser estudiada, pero no puede tratarse si no se establece un orden diferente de consideraciones. En todo el análisis de Hartmann reina un error fundamental sobre la significación y el sentido de la vida. Si el objeto de la existencia es la mayor suma de placeres, es posible y aun probable que la existencia sea una desgracia. Pero si tiene razón Kant; si el mundo entero no tiene más que una explicación y un fin, realizar la moralidad; si la vida es una escuela de experiencia y de trabajo en que el hombre tiene que llenar su cometido aparte de la dicha de que pueda gozar; si esta tarea es la creación de la personalidad por el esfuerzo, lo cual constituye la más alta concepción que puede formarse de la existencia, cambia por completo el punto de vista, puesto que la desgracia es un medio y tiene su utilidad, sus consecuencias ordenadas y previstas en el orden universal. En ese caso el sistema de la vida, tal como lo desarrolla Hartmann, es radicalmente falso. Si hay, realmente, un excedente de dolor en la existencia humana, no hay que concluir por eso que el pesimismo tiene razón, que el mal del ser es absoluto, que es urgente y necesario convencer á la humanidad de la sinrazón del deseo de vivir y precipitarla en la nada. Si existe ese excedente de dolor, es un título para el hombre. La vida desgraciada vale la pena de vivir, y el dolor vale más que la nada: crea la moralidad y garantiza un derecho.

CAPÍTULO VI

EL FIN DE LA EVOLUCIÓN DEL MUNDO: LA NADA, ÚLTIMO TÉRMINO DE PROGRESO

Réstanos averiguar cómo pretenden combatir el mal radical de la existencia los apóstoles de esta nueva religión del pesimismo que ya tiene sus fanáticos y sus mártires, y con qué procedimientos esperan destruir ese mal. También conoceremos el principio de acción que se nos propone como el único digno de la nueva humanidad. Aquí se opera el paso de las teorías puras del pesimismo á la filosofía práctica. Después de haber hecho *tabula rasa* en la razón y en la conciencia del hombre, después de habernos desposeído de todos los fines ilusorios en torno de los cuales se agitaba nuestra incurable miseria, debe remplazarlas asignándonos un motivo razonable de vivir, un fin hacia el cual podamos dirigir útilmente nuestra vida errante en el vacío, ocupada en la inutilidad sacrificada á quimeras. De la consideración del *processus universalis* y del fin á que tiende, se deducirá el fin positivo que en adelante debe regular á la acción humana. La lógica exige que el hombre no separe su causa de la del universo y que haga, como dice Hartmann, «de los fines del *Inconsciente* los fines de su conciencia.» Bajo dos aspectos es el mismo problema: renunciar al ser por sí mismo, llevar el Todo á la nada.

Tal es en su vaga y abstracta generalidad el importante concepto de la redención, que ocupa un lugar tan grande en la filosofía de la voluntad y en la del *Inconsciente*. Se trata nada menos que de compensar los sufrimientos de este Prometeo cósmico, del ser único que vive en la humanidad, pero que también vive en el resto de la naturaleza. Siendo el supremo mal la existencia, la ley del sufrimiento es universal; no tiene ni excepciones ni límites, se extiende tanto como se extiende el ser, bastante más allá del punto oscuro en que nace la conciencia, más allá de aquel en que aparece la forma orgánica; resuena vagamente en las últimas vibraciones del eter. Pero aunque todo lo que existe sufre, sólo conoce su sufrimiento la humanidad, y ella sola puede trabajar para su redención; gracias á ella debe cesar este tormento sin tregua que se impone á sí mismo lo absoluto con su constante esfuerzo hacia la existencia que siempre se renueva y se ve siempre castigada por el dolor. Es verdad que el remedio no es de fácil aplicación.

Para conseguir que la humanidad lo conciba, para convencerla de su eficacia, para decidirla á su aplicación, se necesitará mucho tiempo, largos esfuerzos, y numerosas generaciones de pesimistas tendrán que emplearse en esta tarea. Pero también será enorme la gloria de conducir al mundo al término supremo, al desenlace de esta tragedia lamentable en que trabajamos á nuestro pesar, mezclados los espectadores y los actores, y en la cual nos han precedido tantos siglos silenciosos, las innumerables y lentas evoluciones de la vida órgánica y de la naturaleza inorgánica, mudas víctimas de la misma fatalidad, personajes oscuros de este drama infinito y misterioso de las cosas.

El enigma del dolor, que es el mismo enigma del universo, es, pues, el hombre que está destinado á descubrirlo por el pensamiento y por la acción. En este punto concuerdan Hartmann y Schopenhauer. Seductor y místico es el acento con que ambos nos convidan á la obra de nuestra salud. Diríase que se está oyendo á unos profetas ó á unos místicos, siempre inspirados. «Sabemos — exclama Schopenhauer, imitando á San Pablo, que toda criatura suspira como nosotros por su redención, pero la espera de nosotros que somos los primogénitos del espíritu.» «Sí—repite Hartmann con un entusiasmo sombrío;—estamos en el mundo como los hijos preferidos del espíritu, y debemos combatir valerosamente. Si la victoria abandona nuestro campo y esteriliza nuestros esfuerzos, no tendremos al menos nada que echarnos en cara. Sólo si estuviésemos hechos para vencer y perdiésemos la batalla por nuestra cobardía, recibiríamos nosotros (es decir el ser del mundo que vive dentro de nosotros), el castigo de soportar durante más tiempo el tormento de la existencia. Adelante, pues; trabajemos para el progreso universal, como los obreros de la viña del Señor.» Estos filósofos exhortan á las voluntades indecisas en un tono religioso, animándolos á despojarse de todas las formas del egoismo que no es más que la perversidad obstinada en vivir contra su propio interés, contra el interés del mundo entero; al son de los cánticos y de los himnos pesimistas se libra la gran batalla de la muerte contra la vida.

Tratemos de hacernos cargo, siguiendo estas teorías, de la evolución del mundo y del fin que persigue. Sólo el pesimismo, según se nos asegura, ha podido apreciar este fin absoluto de las cosas á la luz siempre creciente de su principio, con el maravilloso instrumento de su lógica implacable, indiferente á todas las reclamaciones del sentido individual, sorda á las voces del instinto. La atenta lectura de un capítulo de la obra de Hartmann nos pondrá en estado de poder resolver esta grave cuestión, de la cual depende la de la redención del mundo.

Hay un fin supremo en la evolución del universo. Es un axioma más bien que un principio demostrado, que no puede ser infinita la serie de fines, y que cada uno en su serie no es más que

un medio con relación á la serie siguiente, que es necesario que haya un fin último y supremo, al cual se dirijan todos los fines intermediarios. Aceptemos el axioma en lo que es y en lo que vale. Si la serie de fines es necesariamente finita, ¿cual es la de todos los fines propuestos y que puede considerarse como la última explicación y el término del movimiento del universo?

¿Es la felicidad positiva? Toda la argumentación de la filosofía pesimista se ha dirigido contra esta solución. Recuérdense «los tres estados de la ilusión» recorridos instintivamente por la dolorosa experiencia de Leopardi, y descritos científicamente en el reflexionado análisis de Hartmann. El primer estado de ilusión nos ha conducido á esta verdad, que la existencia presente es mala; en el segundo estado se ha reconocido que la vida futura es una ilusión; por último, el tercer estado nos lleva á renunciar á la felicidad positiva, aun bajo la forma del progreso. Ningún período de evolución nos presenta la felicidad positiva realizada; todas las edades concuerdan en descubrirnos que sus contrarios, la desgracia y el sufrimiento, son los únicos que se producen en el universo, y que el progreso del mundo, al destruir la ilusión y desarrollar la conciencia, no hace más que acrecentar el mal.

Por otra parte, ¿puede creerse, sin divagar, que la evolución del mundo es su propio fin y que no se propone otra cosa, en las laboriosas vicisitudes del ser, que el juego pueril de un espectáculo variado que se procura á sí misma? Evidentemente no. Esto sería contrario á la sabiduría absoluta que reconoce Hartmann al *Inconsciente*. Hay contradicción en admitir que la evolución sin un término ideal ó real y por sí misma constituye un bien absoluto. La evolución no es más que la suma de los momentos sucesivos que la componen: si cada uno de esos momentos no tiene ningún valor ó representa una cantidad negativa, la evolución total no tiene sentido. ¿Será la libertad, como algunos pretenden, el fin del *processus* del mundo? ¿Pero de qué libertad se trata? ¿De la del individuo? ¿Cómo puede su aislamiento y su separación del Todo constituir un bien absoluto? Y si se trata de la felicidad del Todo, ¿qué significa esto? Si el *Inconsciente* es el Uno-Todo, nada puede desde fuera ejercer sobre él influjo alguno.

¿Podría, como ha sostenido Kant, ser la moralidad el único fin racional de la evolución? Hartmann discute varias veces esta cuestión y la resuelve negativamente. Según él, la moralidad sólo tiene significación bajo el punto de vista de los individuos, es decir, que no pertenece al mundo de los fenómenos, ni al ser verdadero. El instinto de la individualidad es la conservación de su propio ser, y su forma necesaria es el egoísmo. Egoísmo é individualidad son términos inseparables; con el egoísmo nace el desprecio de los derechos ajenos, cuando están en conflicto con nuestro interés, es decir, la injusticia, el mal, la inmoralidad. Para ha-

cer contrapeso á los males necesarios del egoismo, ha puesto el *Inconsciente* otros instintos en el corazón del hombre, como la piedad, el agradecimiento, el sentimiento de la equidad y el deseo de devolver bien por mal, sin los cuales la sociedad, ahogada por el egoísmo, no podría subsistir. Pero los maravillosos efectos de la moralidad y de la justicia no deben engañarnos en lo que á su naturaleza se refiere: no representan en el fondo más que ideas abstractas, que sólo se aplican á las relaciones de los individuos, entre sí ó con asociaciones de individuos, pero que no tienen ningún sentido con relación al ser verdadero, al Uno-Todo. «No son más que formas de relaciones entre fenómenos; no pueden tener un valor teológico absoluto.» Además, está demostrado que mientras la injusticia aumenta el sufrimiento en el mundo, es impotente la justicia para disminuirlo. No hace más que trabajar en el mantenimiento del *statu quo;* no edifica nada: su obra es de reparación, no de construcción. El bien que la caridad hace en el mundo no es nada comparado con los males que produce la violación de la justicia. «De todos modos, la moralidad positiva del hombre caritativo debe sólo considerarse como un mal necesario que previene otro mayor. Es más triste que haya personas para aceptar las limosnas que ventajoso que haya personas que las den.» Por último, si fuese la moralidad, según la doctrina de Kant, el fin absoluto del *processus*, se la vería sin duda aumentar con el tiempo, elevar su nivel, extenderse en superficie y ganar en profundidad en las diferentes clases sociales. Hartmann pretende que esa es una pura ilusión de los filántropos y de las almas sensibles. Realmente, sólo ha cambiado la forma de la inmoralidad: la misma relación existe, con corta diferencia, entre el egoísmo y la caridad. Si nos extrañan la crueldad y la brutalidad de los tiempos pasados, no hay que olvidar que la rectitud, la sinceridad, el sentimiento vivo de la justicia, el respeto á la santidad de las costumbres caracterizan á los pueblos antiguos, mientras que vemos reinar en el dia la mentira, la falsedad, la perfidia, el espíritu de burla, el desprecio de la propiedad, el abandono de la probidad instintiva y de las costumbres honradas, cuyo valor con frecuencia no se comprende ya. La perversidad ha quedado la misma, pero ha dejado los zuecos y se viste de frac. Nos acercamos al tiempo en que la injusticia tomará formas aún más pronunciadas, en que el robo y algunos otros fraudes condenados por la ley, se despreciarán como faltas vulgares, como torpeza inferior resultando sólo más hábil el que respete el texto de la ley, violando al mismo tiempo el derecho de los demás. La injusticia no se convertirá: quedará igual á sí misma, y la moralidad no aumentará un punto porque no sufrirá la legalidad. Habrá siempre, bajo distintas apariencias, el mismo fondo de egoísmo y de avidez: la suma de la inmoralidad es invariable en el mundo.

Esta falta de verdadero progreso en la realidad, basta, como dicen algunos,

para refutar la ilusión de los que pretenden con Kant, que el universo no tiene fin más elevado que el reino de la justicia sobre la tierra. Hay que buscar este fin en otra parte, en la dirección en que encontremos realmente un progreso determinado y constante, un perfeccionamiento gradual. Pero un signo semejante no se encuentra más que en el desarrollo de la conciencia del universo, es decir del pensamiento en que reflexiona el ser. Aquí vemos realizarse el progreso con mucha claridad y sin interrupción, desde la aparición de la primera célula, hasta la humanidad en su estado actual, y probablemente seguirá todavía mientras subsista el mundo. Todo contribuye á producir y á aumentar la conciencia, no sólo la perfección del sistema nervioso que le sirve de órgano, sino las condiciones mismas de la individualidad, el deseo de la riqueza, que aumentando el bienestar, da mayor libertad al espíritu, la vanidad, la ambición, la pasión de la gloria, estos estimulantes de la actividad intelectual, el amor de los sexos que lleva al perfeccionamiento de las aptitudes; en una palabra, todos los instintos útiles á la especie, que cuestan al individuo más sufrimientos que placeres, se convierten en ganancia pura y siempre creciente para la conciencia.

El continuo desarrollo de la conciencia marca la dirección en que debemos encontrar el fin de la evolución universal. Pero la conciencia en sí misma no es más que un medio para conseguir otro fin. Es sin duda el fin más elevado que existe en el mundo; pero no puede ser ni un fin absoluto ni tampoco el fin de sí misma. Esto es lo que hay que comprender bien: «Está engendrada en el dolor, no prolonga su existencia más que en el dolor; y al precio del dolor compra su desarrollo. ¿Qué compensación hay aquí para tantos males? No es más que el espejo en que el ser se satisface mirándose. Si el mundo fuese bueno y hermoso, podríamos aprobar esa satisfacción. Pero un mundo absolutamente desgraciado, que no puede tener ningún placer en contemplar su propia miseria, que debe maldecir su existencia, desde el momento en que sabe juzgarla, ¿cómo puede un mundo tal considerar el agrandamiento aparente y puramente ideal de la personalidad en el espejo de la conciencia como el fin racional, el fin absoluto de su ser? ¿No hay bastantes sufrimientos en la realidad? ¿Es necesario reproducirlos como en una linterna mágica? No; la conciencia no puede ser el fin supremo de un mundo cuya evolución está dirigida por la sabiduría inmensa del *Inconsciente.*» Hay que buscar, pues, en otra parte el fin absoluto del cual el desarrollo de la conciencia sea sólo un medio.

Este fin sólo puede ser la felicidad. No sirve darle vueltas á la cuestión: no hay otro principio á que pueda atribuirse un valor absoluto, que podamos considerar como un fin en sí, nada que toque tan profundamente á la naturaleza propia, á la esencia interna del mundo. Todo lo que vive tiende á la felicidad: sobre ese principio descan-

san, á pesar de sus diversas formas, todos los sistemas de filosofía práctica. La aspiración á la felicidad es la esencia misma de la voluntad que busca el medio de gozar. ¿Pero no se ha declarado ya que es imposible la felicidad? ¿No ha demostrado el pesimismo que es insensato ese deseo, que todo es ilusión, decepción, sufrimiento en este trabajo, que el desarrollo progresivo de la conciencia sólo llega á un resultado negativo y á una conclusión triste, la locura del deseo de la felicidad? Aquí se nos presenta una antinomia: por una parte, el único desarrollo real que es sensible en el mundo es el de la conciencia, pero este desarrollo de la conciencia no es un fin en sí mismo, exige otro fin. Este fin absoluto no puede concebirse fuera de la felicidad; la felicidad es la única cosa que representa la fuerza de un motivo y la realidad de un fin. Por otra parte, no puede haber felicidad bajo ninguna forma real ni posible de la existencia; este es un punto sobre el cual no admite el pesimismo contradicción.

¿Cual será, pues, la solución de esta antinomia que presenta á la felicidad á la vez como necesaria y como imposible? La solución es muy sencilla en sí, aunque muy inesperada: no puede haber felicidad positiva, y la felicidad es, sin embargo, necesaria; puede haber, pues, ó mejor dicho debe haber una felicidad *negativa absoluta*, que es precisamente la negación misma del ser, la anulación total, el mejor estado que pueda conseguirse; es la ausencia de todo sufrimiento, la más alta felicidad es la de no ser. La felicidad negativa de dejar de ser, ese es el fin supremo, el único fin lógico de las cosas, la explicación del *processus* universal, la fórmula soberana de la redención. No puede dudarse que este triunfo de la idea sobre el deseo de vivir ha de realizarse con el tiempo. Fuera de esta solución no habría más que una evolución sin fin, un *processus* que la necesidad ó las circunstancias detendrían algún día ciegamente. La vida sería una continua desesperación como un infierno sin salida. «Para nosotros—dice Hartmann—que reconocemos en la naturaleza y en la historia el movimiento grandioso y admirable de un desarrollo progresivo, que creemos en el triunfo final de la razón cada vez más esclarecida, nosotros confesamos nuestra fe en la realidad de un fin, que será la redención de todos los sufrimientos de la existencia; y debemos contribuir por nuestra parte, bajo la dirección de la razón, á terminar esta obra suprema.» De este modo se llega, por medio de un concepto razonado de la evolución, á suprimir la misma evolución.

Schopenhauer llegaba más rápida y más directamente á la misma conclusión, por una deducción de la naturaleza de la voluntad, que en cuanto se realiza no puede ser más que esfuerzo, cansancio y actividad contrariada.

Todo ser sufre, decía, puesto que no es más que un grado de *objetivación* de la voluntad; toda vida es tanto más dolorosa cuanto más se siente, y como la vida humana representa en su grado

más intenso el deseo de vivir, representa el máximum de dolor en ese máximum de conciencia. Nuestro mundo es, por la naturaleza misma de su principio, el peor de los mundos posibles: de ahí se deduce inmediatamente y sin tantos rodeos la necesidad científica de la nada.

De ese modo se encuentran, en las mismas consecuencias, el pesimismo resuelto y absoluto de Schopenhauer con el pesimismo mixto y contradictorio de Hartmann, que sostiene que este mundo es el mejor de los mundos posibles, dado el hecho de su existencia, que es la peor de todas las cosas.

Una sinrazón lógicamente organizada, eso es para él el mundo actual; una locura administrada racionalmente y conducida hasta el punto en que ella misma se convenza de que es una locura, eso es la redención.

CAPÍTULO VII

LOS EXPEDIENTES Y LOS REMEDIOS PROPUESTOS POR SCHOPENHAUER CONTRA EL MAL DE LA EXISTENCIA.—EL BUDHISMO MODERNO.

La redención del mal de la existencia es el fin de toda filosofía pesimista; ¿con qué medios se obtiene este resultado? Antes de emprender el estudio del gran remedio, del que, finalmente, debe aplicarse al mal de la existencia, indiquemos algunos de los remedios provisionales que han sido propuestos por los filósofos pesimistas, no para destruir el mal, sino para reducirlo, para suspender momentáneamente su terrible acción sobre la conciencia. Estos expedientes, imaginados contra la sensación actual del mal, se reducen á dos: la ciencia y el arte. Por la ciencia y por el arte puede el sujeto de la voluntad, el individuo, el desgraciado esclavo de la vida, escapar durante algunos instantes á la conciencia de su individualidad y alcanzar un grado superior de libertad, de paz y de serenidad, capaz de prometerle una redención futura.

Examinemos bajo este punto de vista el arte, sobre el cual Schopenhauer, siguiendo de cerca á Kant y comentándole, por decirlo así, ha desarrollado algunas ideas notables. ¿Cuál es el efecto más seguro del placer estético? Es la supresión momentánea de todo lo que constituye el cansancio de vivir, la supresión del egoísmo, un estado de completo desinterés en la contemplación pura de la idea. En este estado se despoja el espíritu de todo interés personal y de la miseria de la voluntad, como la idea del objeto se despoja á los ojos del artista de las imperfecciones del objeto particular y se idealiza en nuestro pensamiento. Por

una parte es la redención del sujeto que contempla, por otra parte, la redención de la cosa contemplada, que se eleva al estado de idea pura, de idea platónica, deshaciéndose de las condiciones del tiempo, del espacio y de la casualidad. «Mientras nos abandonamos á la inmensidad de nuestros deseos, de nuestras esperanzas y temores continuos, estamos sujetos á la voluntad y no tendremos ni placer ni reposo duraderos; el sujeto de la voluntad permanece bajo la rueda inexorable del Ixión. Pero cuando una circunstancia exterior ó una disposición interior nos eleva de pronto por encima del torrente infinito de la voluntad, cuanto el conocimiento redimido se apodera de las cosas redimidas de toda relación con la voluntad, es decir, fuera de todo interés personal, abandonándose por completo á ellas como á representaciones puras y no como á motivos, entonces el reposo, inútilmente buscado en otras partes, penetra en nosotros y nos llena de bienestar (tanto al menos como es posible, no pudiendo ser el bienestar la supresión del sufrimiento). Es el estado sin dolor que Epicuro apreciaba como el mayor bien y como la manera de ser habitual de los dioses. Nos vemos libres del árido esfuerzo de la voluntad. Es como el reposo del *sabbat* que celebramos al sentirnos por un instante libertados del trabajo en la prisión correccional de la voluntad. Por un momento se detiene la rueda del Ixión.»

Feliz estado aquel en que el espíritu se abandona á la intuición, se sumerge en ella por completo, se deja llenar por la contemplación natural del objeto de arte que tiene delante, sea un paisaje, un árbol, ó bien un cuadro admirable. «El espíritu se pierde entonces con la conciencia de sí mismo, no subsiste más que como un sujeto puro, libre de toda relación con la voluntad, como un espejo claro del objeto, de modo que parece que el objeto está sólo sin que haya nadie para percibirle... El que tiene la intuición no se separa más de ella, formando ella con él un solo todo.» El objeto ya no existe, sólo existe la idea, es la forma eterna, por la cual se ha elevado el sujeto, se ha redimido; se ve libre del tiempo, libre de la voluntad, libre del esfuerzo, libre del deseo, libre del dolor; participa de lo absoluto, de la eternidad de la idea; ha muerto para sí mismo, sólo existe en lo ideal. ¿Qué importan entonces las condiciones y las formas de su individualidad pasajera? ¿Qué importa en ese estado de absoluto desinterés, que sea del fondo de una cárcel ó de un palacio de donde se contemple una puesta del sol? Ya no hay prisionero, ya no hay rey; no hay más que una intuición pura, una visión libre del ideal, una participación momentánea de la *idea* de Platón, un *noumène* de Kant, olvidado de la vida transitoria y del tormento diario, por un instante suspendido.

Seria la gloria ese estado si pudiese durar; pero es imposible que se prolongue un reposo tan ideal. Tanto para el que contempla la naturaleza, como

para el artista, es pasajera esta concepción objetiva del mundo y de las cosas. La tensión de espíritu exigida para ello, es artificiosa y está fuera de las condiciones de existencia; la naturaleza misma del deseo se opone á que se prolongue. El curso de la vida y del mundo, olvidados un instante, se renuevan para el artista y para el sabio, perdido en la contemplación de las leyes, y para el filósofo, absorbido por la meditación de lo absoluto. «Pronto vuelve el momento en que cada uno debe obrar con sus semejantes en la gran comedia de la vida y en que el hombre ensimismado, llamado bruscamente á su papel, sentirá el hilo del cual está suspendido y que le comunica el movimiento.» Luego no es más que una redención momentánea la que nos ofrecen la ciencia y el arte. Además, el empleo de esos medios no está al alcance de todos en la ruda batalla por la vida que libran la mayor parte de los hombres, para los cuales el pan de cada día es el más importante problema. Privilegio de pocos, no pueden consolar estos remedios á la inmensa muchedumbre humana, ni disminuir el peso de su miseria; son provisionales y relativos, no sirven más que un instante, y el sufrimiento llena pronto la existencia de los más favorecidos por el ideal. Todo esto es insignificante, comparado con la cantidad de desgracia y de sufrimiento que llena el mundo. Contra un mal universal y absoluto, se necesitan otras armas mejor templadas, que estén al alcance de todos los hombres, que hieran al mal profundamente en su raíz y le destruyan.

¿Existe un remedio universal y absoluto como lo es el mal de la existencia á que debe combatir? ¿Es de una eficacia segura, es de fácil aplicación? Ya veremos que no es tan sencillo como se cree el convertir en la nada al ser; el ser resiste á todas las tentaciones de este género por una fuerza indomable, cuyos dos tipos son, en el orden físico, la indestructibilidad del átomo, en el orden moral, la persistencia del deseo de vivir. ¿Cómo se podrá, pues, verificar «ese paso de la sensibilidad y de la voluntad, á la insensibilidad del no ser absoluto?» Esto es lo que pregunta Hartmann, sin desconocer la dificultad del problema. Pero trata de franquear ese paso formidable, siguiendo á Schopenhauer, y veinticuatro siglos después de una tentativa análoga, la que en la historia religiosa del Oriente está marcada con el nombre de Buda. ¿Ha tenido más éxito Hartmann que sus predecesores en este estraño y peligroso esfuerzo de la razón? Nuestros lectores lo juzgarán. Nos ha parecido curioso presentar las tres soluciones propuestas para la conversión del ser á la nada con los comentarios y con las críticas que han levantado cada una de ellas, la de Cakya-Mouni, rectificada por Schopenhauer, la de Schopenhauer destruida y reemplazada por Hartmann. Veremos si la solución que nos ofrece la nueva filosofía del *Inconsciente*, presenta menos dificultades que las otras dos, y levanta menos objeciones. Después de

todo, cuando se trata de atacar á todas las energías de la voluntad humana, á todas las fuerzas de la naturaleza, de separarlas de su aspiración al ser y de hacerlas volver á la nada, no es de extrañar que se muestren indóciles los espíritus, y puede concedérsenos que haya derecho de ser exigentes en esta materia. Al final de este examen comparado, se nos impondrá una conclusión: que es en definitiva muy difícil que muera el universo, sea porque no se hayan encontrado razones convincentes para determinarle á ello, ó medios de hacerle comprender la razón, sea porque el procedimiento práctico no sirva para procurarle el bien de esta anulación. Es cosa fácil demostrar los sufrimientos del ser y la necesidad de que terminen; este es el proyecto, cuya ejecución tiene aún tantos lunares, después de tres tentativas tan grandes.

Hay que fijar bien los puntos: no se trata aquí, ni para el budista ni para el pesimista cansado de la vida, de morir pura y simplemente; matarse es una verdad demasiado fácil y nada resuelve. En primer lugar el suicidio destruye al individuo y no á la especie, y menos aún destruye á la naturaleza; bien mirado tampoco resuelve la cuestión del individuo. Una muerte de ese género, completamente material, no ataca á la esencia de la voluntad, que sobrevive á esta forma efímera, destruida por un golpe de desesperación sin consecuencia filosófica, sin resultado útil para el porvenir. De modo que no es la existencia momentánea la que hay que extinguir, es el principio de esta existencia, lo que llama Schopenhauer el deseo de vivir, destruyendo la mentira de las formas y de los fenómenos que mantienen la absurda tenacidad del deseo. Esto es lo que importa suprimir en nosotros; el resto sólo es un calmante que no tiene valor alguno, un accidente de poca monta. Como dice Schopenhauer, fiel intérprete del pensamiento de Çakya-Mouni, el suicidio, lejos de ser la negación del deseo de vivir, es la afirmación de esta voluntad en su más alto poder. Lo que determina este acto, es el amor de la vida llevado hasta el odio de su contrario el dolor. El hombre que se mata, desea en realidad la vida de un modo exclusivo, quiere la vida feliz; no puede sobrellevar la privación de la felicidad. Si le quitasen el sufrimiento, se precipitaría con ansiedad en la alegría de la vida. El suicida no rechaza, pues, más que una forma accidental de la vida, no la vida misma. Lo único que importa, lo único que tiene carácter moral, es la negación filosófica que consiste en negar la vida, no sólo en sus dolores, sino en sus placeres y en su falsa felicidad, en reconocer la nada, en penetrar la sinrazón.

Sólo con esta condición puede esperarse que se atacará á la raíz de la existencia cortándola para siempre. Mientras no se dé fin al principio del deseo de vivir, suscitará otras formas que sucederán á las primeras, y el círculo de la miseria humana comenzará de nuevo. El fondo de la filosofía primitiva y nacional de la India es el dog-

ma de la metempsícosis, la creencia de que el efecto de nuestras buenas y de nuestras malas obras nos sigue, no se separa de nosotros, y que resucita con nosotros á través de las existencias ulteriores, y al mismo tiempo el temor, el horror de que esas existencias sucesivas que no son más que una pesadilla ó un suplicio, continuen sin detenerse jamás. Esa pesadilla es la que hay que terminar á todo precio, pero esto no puede hacerse sino rompiendo el encanto del sueño y convenciéndose uno de que realmente lo es. Este suplicio, oculto bajo las formas del deseo y del placer, hay que hacerlo cesar, y esto no se conseguirá sino deshaciendo el prestigio que le envuelve y que nos atrae irresistiblemente al dolor. La obra que hay que emprender es, pues, del orden intelectual y moral, no físico. No es una puñalada que destruye el encanto, es la meditación, es el ascetismo. Schopenhauer llega por medio de un razonamiento análogo á la misma conclusión, á la condenación del suicidio físico. Pero en el siglo XIX no se atreve nadie á hablar de metempsícosis, se nos habla de palingenesia. La diferencia no es grande. Para Schopenhauer como para Buda, para Kapila, para todos los filósofos indios sin excepción, hay un principio de ser indestructible. Schopenhauer llama la Voluntad lo que los filósofos indios llaman Brahma, el fondo misterioso de todo ser, la fuerza universal. Por virtud de este principio, nada de lo que ha sido puede dejar de ser. De ahí nacen dos consecuencias, el renacimiento indefinido del ser que ha dejado de vivir, menos la inteligencia y el recuerdo, que se extinguen con el sujeto *cognoscente*, y la reaparición de las cualidades buenas ó malas, resultado de las costumbres contraídas en las existencias anteriores, lo cual constituye la vida anterior, el carácter innato de todo hombre que viene á este mundo. Sea la metempsícosis, sea la palingenesia admitida, el resultado es el mismo: el suicidio no es un remedio, es un calmante del mal; el que se mata es un loco, lega á su sucesor, que será él mismo, una voluntad violenta, llena de ilusiones de la vida, por las cuales se ha matado estúpidamente; no ha resuelto nada, todo queda en el mismo estado que antes. Lo que importa no es morir, sino vivir, extinguiendo gradualmente en sí mismo la llama de la vida, persuadiendo con inflexible dulzura al principio del ser de que se quiere renunciar á la existencia; es el suicidio moral el que importa, lo demás no es nada.

Casi en los mismos términos proponía Çakya-Mouni, el antecesor filosófico de Schopenhauer, el problema de la redención. Lo que no dejaba de recomendar con su ejemplo y con sus teorías, era que no se suprimiese el accidente de la vida, necesario para procurarnos el tiempo y la materia de la meditación, sino que se destruya el deseo imperecedero que sostiene la existencia y la renueva bajo otras formas; elevarse á la conciencia plena y entera de la desgracia del ser y de la sinrazón de todo deseo, con el objeto de

encontrar la fuerza necesaria para morir, para entrar después de la muerte en la nada, para dejar de renacer á la vida. «La verdadera sabiduría consiste en comprender la nada de todas las cosas, en desear la nada, extinguirse, entrar en el nirvana.» La rendición se obtiene por la extinción completa. «Si la existencia hace la desgracia, la no existencia hace la felicidad»; todos estos términos son equivalentes. Cualesquiera que sean las diferentes opiniones que se hayan sostenido sobre la interpretación del nirvana, parece cierto que aquella es la verdadera interpretación, al menos en el pensamiento de Çakya-Mouni, antes de adaptarse y de descender al nivel de las creencias populares. La expresión más precisa de esta doctrina se encuentra en las *Svabhavikas,* traducidas por primera vez por M. Eugenio Burnouf: «*Sunyata* (el aniquilamiento) es un bien (podría decirse el mayor bien), á pesar de no ser nada; porque fuera de él está condenado el hombre á pasar eternamente á través de todas las formas de la naturaleza, condición á la cual es preferible la de la nada.» Parece establecido por la etimología de la palabra, que el alma humana, en el nirvana, no está absorbida, como dicen los bramanes, á la manera de una gota de agua en el Oceáno, pero que al llegar á la perfección se extingue como una lámpara, según la expresión consagrada de los budistas en la célebre estancia que ha guardado la tradición de la muerte de Çakya-Mouni: «Con un espíritu que no desfallecía, ha sufrido la agonía de la muerte; como la extinción de una lámpara se ha verificado la redención de su inteligencia.» La redención es en este lugar la nada: ¿qué le queda á la llama cuando se ha extinguido?

La preparación al nirvana es el ascetismo, y es también la práctica de la simpatía universal por todo lo que vive. La individualidad no es más que una ilusión. «Tú eres esto, tú eres aquello, tú lo eres todo»—decía Buda;—de ahí sus consejos: «mucha mansedumbre, mucha compasión»; y después añadía: «muchísima indiferencia.» Mientras recomendaba la dulzura para con los demás seres, aconsejaba á todos que fuesen implacables consigo mismos. Las reglas de su enseñanza moral, resumidas en los diez mandamientos destinados á sus discípulos, son de un rigor ejemplar; los preceptos impuestos á los religiosos y á las religiosas son de una austeridad terrible. Les estaba prescrito que sólo se vistiesen de harapos recogidos en los cementerios; no podían poseer nada, tenían que vivir de los residuos que les echaban en sus vasijas de madera; tenían que vivir en los bosques, sin más abrigo que las ramas de los árboles; podían extender su alfombra al pié del árbol que habían escogido para refugiarse, y sentarse sobre ella; pero no les estaba permitido echarse encima, ni siquiera para dormir. De vez en cuando tenían que pasar una noche en los cementerios para meditar allí sobre la vanidad de todas las cosas. El mismo Buda igualaba y dejaba atrás ese género de vida

que imponía á sus discípulos. No debe verse en esto algo como el principio de la preparación á la vida eterna ó como un medio de ganar el cielo: es el principio de supresión gradual de todo deseo, el aprendizaje de la nada.

En las *cuatro verdades* completa Buda su enseñanza dándonos las últimas fórmulas de la redención y las operaciones psicológicas que la realizan. Podemos resumirlas con el ejemplo del mismo Buda, recogido por sus discípulos, y que nos presenta en actos la teoría que había enseñado. El sabio pasa del primer grado de la contemplación cuando ha llegado á conocer la naturaleza de todas las cosas, y que no tiene más deseo que el del nirvana; pero ahí existe aún un sentimiento de placer, el juicio y el raciocinio. En el segundo grado cesan el raciocinio y el juicio; en el tercer grado desaparece el sentimiento vago de satisfacción, que proviene de la perfección intelectual; en el cuarto grado se desvanece la conciencia confusa del ser: aquí se abren las puertas del nirvana. Ahora son otras esferas, donde la palabra y el pensamiento no pueden apenas adaptarse á lo ininteligible. Cuatro esferas se escalonan delante de Buda: la región de lo infinito en espacio, la región de lo infinito en inteligencia, después la tercera esfera, donde nada existe; por último, la cuarta, donde desaparece la idea de la nada. El nirvana se ha realizado; la peregrinación ha sido ruda y larga: en esta última región está el vacío de toda forma y de todo ser, así como también de todo concepto: ni hay ideas ni ausencia de ideas. La ausencia sentida de las ideas sería una idea; aquí ya no hay nada, ni siquiera el sentimiento de la nada, que sería algo: es la nada absoluta.

De esta región ya no se vuelve á otra. El nirvana no abandona su presa. Tal es la vertiginosa altura á que se ha elevado la inteligencia contemplativa de ese asceta indio; esto es lo que ha imaginado para escapar al horror de la transmigración, para romper el eterno círculo de las existencias en que el bramanismo encerraba al alma miserable, condenada durante una eternidad á los duros trabajos de la vida; esto es lo que ha intentado su audacia para extirpar en el hombre la última raíz del ser. Que esta locura metafísica, esta embriaguez de la muerte, este objetivo apasionado del no ser; que todo esto haya sido inventado y propagado, por una especie de contagio irresistible, entre razas soñadoras, en numerosas poblaciones aniquiladas por la servidumbre y por la miseria, y que encontraban en esta esperanza desesperada el único remedio al horror de revivir siempre para ser presa del hambre, de la sed, del trabajo implacable bajo un clima de fuego, todo puede concebirse en esos siglos de enervante misticismo y de absoluta ignorancia frente á una naturaleza hostil, cuyas fuerzas no se habían medido aún y cuyos resortes eran desconocidos. Podía creerse que se era dueño de la vida y de la muerte, que bastaba renunciar al ser para dejar de existir, y creían conjurar el eterno espectro de la existencia por una

especie de magia inocente del alma, que suprimía gradualmente en sí todas las energías, destruyendo uno á uno todos los fenómenos. Pero en pleno siglo XIX, en la edad de la ciencia experimental; cuando los dominios de lo real, de lo posible y de lo imaginario están tan deslindados; cuando se ha conquistado ese criterio tardío, que no sirve para saberlo todo, pero sí para distinguir lo que se sabe de lo que se ignora; que un hombre tan perspicaz, tan poco susceptible de engañarse y de ser engañado, tan sabio como Schopenhauer, quiera volver á la teoría del nirvana, pretenda destruir, no sólo la vida, sino el ser, que empiece de nuevo con la seriedad de un Buda esta obra irracional, la deificación de la nada, esto supera á toda creencia; y, sin embargo, lo hemos visto en nuestros días. Merece que se exponga á los ojos del público como uno de los fenómenos más sorprendentes de una edad y de una raza científicas.

En el fondo hay poca originalidad en «el concepto de la redención», tal como nos lo propone Schopenhauer. El budismo es, con una forma religiosa, la expresión anticipada de su filosofía y de su moral. Sólo en dos puntos podrían señalarse algunas diferencias, más, sin embargo, en la intención que en el hecho, entre las dos doctrinas del nirvana, la del asceta indio y la del filósofo de Francfort. Schopenhauer procede, en su opinión al menos, de un modo lógico y filosófico. Mientras que el místico—dice (Buda sin duda)—*empieza desde adentro*, parte de su experiencia interna, individual, en la cual se reconoce como esencia eterna, universal, imponiendo todo lo que dice como si debiese ser creído bajo palabra, porque no le es posible probar nada, el filósofo, al contrario, parte de lo que es común á todos, del fenómeno objetivo, del hecho de conciencia, tal como se encuentra en cada cual. Su método es la reflexión sobre los hechos del mundo exterior; se vale de la intuición, tal como la encuentra en nuestra conciencia, y pretende que prueba sus asertos. El místico forma una teología, el filósofo completa una cosmología.

En otro punto pretende el filósofo alemán que difiere de Buda, porque aspira á la redención de la especie humana entera, de toda la naturaleza, mientras que el nirvana de los budistas es la recompensa y el privilegio de los sabios, de los que han abrazado la moral de los diez mandamientos y el sistema de las cuatro verdades. Schopenhauer tiene la ambición de extender la mágica influencia de sus operaciones más allá del individuo, hasta la misma humanidad, más allá de la humanidad, al universo entero. En el hombre es donde más se eleva la voluntad, que considerada en sí misma, es un deseo ciego é inconsciente de vivir y que ha atravesado todos los grados de la naturaleza inorgánica, el reino vegetal y el reino animal, antes de llegar, en el cerebro humano, á la conciencia de sí misma. Este es el último término conocido de la ciencia de la voluntad: sólo en ese grado se pro-

pone la alternativa que ha de decidir de su suerte, su eterna desgracia ó su reposo definitivo; la afirmación ó la negación del deseo. No es natural suponer que la voluntad alcance más allá, y, además, no lo necesita, porque en ese grado se presenta la alternativa con perfecta claridad. De la decisión del hombre dependerá, pues, no sólo su porvenir, sino el porvenir del universo. El hombre es el que realmente es el redentor de la naturaleza; es, á la vez, el sacerdote y la víctima.

En cuanto á los procedimientos de la redención, se parecen mucho á los que ya hemos visto en la obra de las operaciones psicológicas y fisiológicas de Çakya-Mouni, el despojo gradual de todas las formas y de todos los fenómenos de la individualidad, la renuncia metódica á sí mismo, el ejercicio de la penitencia y del sacrificio. Si la voluntad, en la terrible alternativa que se le presenta, ha escogido el negarse á sí misma, «entramos, como dicen los místicos, en el reino de la gracia: es el mundo verdaderamente moral en que empieza la virtud por la compasión y por la caridad; se completa por el ascetismo y se propone la perfecta redención».

La base de la moral que conduce á la redención es la simpatía, es la compasión, es la caridad. Parece que se está oyendo á un discípulo de Buda:

«El que ha reconocido una vez la identidad de todos los seres ya no distingue entre su persona y los demás; goza de las alegrías ajenas como de las suyas propias; sufre con los dolores de sus semejantes; al contrario de lo que ocurre con el egoísta, que abriendo un abismo entre su persona y la de los demás, y considerando su individualidad como la única real, niega prácticamente la realidad de las demás... La compasión es ese hecho asombroso, por el cual vemos que se borra la línea de demarcación, y que el no yo se convierte en cierto modo en el yo... La misma justicia es un primer paso hacia la resignación: bajo su verdadera forma es un deber tan pesado, que el que quiere cumplirlo por completo debe sacrificarse á ella; es un medio de anularse y de anular el deseo de vivir.» De modo que las virtudes sólo son virtudes por ser medios directos ó indirectos de renunciar á sí mismo; toda la moral comprendida en su verdadero sentido, es una abdicación metódica del sentido propio, una extinción racional de todas las formas del deseo, un sacrificio perseverante de la voluntad que es el fondo del ser, una negación filosófica del mismo ser.

Esta teoría de las virtudes es esencialmente budista; Çakya-Mouni no vacilaría en reconocer en su autor á uno de sus adeptos preferidos, á uno de sus religiosos favoritos. Mas para nosotros, que hemos conocido íntimamente á Schopenhauer, gracias á las confidencias de sus entusiastas y de sus amigos, particularmente de Frauenstaedt y de Gwinner, no podemos evitar una sonrisa á la lectura de esas teorías; comparamos involuntariamente esa predicación de la *gran mansedumbre* con la violencia de sus

odios, con la injusticia y con la sabia brutalidad de sus anatemas contra sus adversarios, especialmente contra los hegelianos y los profesores de universidad, á los cuales acusa de ser «unos criados que están de rodillas ante el poder, unos farsantes, mogigatos, hipócritas». Léanse todos sus sermones sobre la renuncia al sentido propio, sobre la humildad necesaria que es una forma del despojo de sí mismo, sobre la dulzura universal y sobre la compasión hacia todo lo que vive, y compárense con ese rumor crónico que le anima contra el público ingrato, contra la estupidez humana, contra la «canalla soberana». Ese dulce asceta, que parece que rebosa simpatía universal, era el hombre más fogoso, un misántropo exasperado, un misionero rabioso. Frauenstaedt trata de distinguir, porque así conviene á sus propósitos, entre una misantropía desinteresada y una misantropía egoísta: la primera objetiva y moral, nacida del conocimiento de la maldad en general y del horror al vicio; la segunda subjetiva é inmoral, que se dirige directamente á los hombres. Todas estas distinciones son muy sutiles y no impiden que una moral tan desinteresada pierda su efecto en la boca de un hombre cuyo corazón está enamorado de sí mismo, embriagado por la exaltación de su sentido propio, lleno de desprecio para los demás.

La moral es la iniciación necesaria á la renuncia. Pero el procedimiento más activo de esta negación del deseo de vivir, es el ascetismo, la mortificación regular de este deseo ciego por las prácticas que doman la carne bajo los golpes de la disciplina ó por las más duras privaciones, extinguiendo la llama corruptora y malsana de la vida hasta que se extinga voluntariamente y por sí misma. Después de la moral viene el aprendizaje necesario de la redención, que es como el segundo grado del noviciado en la busca del nirvana: «Siendo el cuerpo la voluntad visible, negar el cuerpo es negar la voluntad.» En todos tiempos se ha presentado este ejemplo en el mundo, sin que el mundo haya comprendido su significación, sin que los mártires voluntarios hayan comprendido el valor y la belleza de esas sangrientas mutilaciones que los penitentes indios y los fakires ofrecen aun en el día á los ojos del mundo, ó de esas prácticas rigurosas más difíciles porque no las sostiene la exaltación del espectáculo por las cuales los anacoretas del cristianismo y los santos probaban su fuerza moral sobre el cuerpo herido y humillado.

Todo esto se comprende aunque no es muy práctico; pero menos lo es el procedimiento que recomienda Schohauer, y que llama la muerte por inanición. Ya sabemos que reconoce que el suicidio violento y directo es un acto inútil y absurdo, porque no asegura la negación de la Voluntad; pero admite que la muerte voluntaria por inanición es la forma más perfecta que puede adoptarse para realizar esta negación. Hartmann, familiarizado con el pensamiento de Schopenhauer, declara que

no comprende bien lo que ha querido decir el Buda moderno. ¿Podrá uno renunciar á tomar alimento para matar el cuerpo? Esto sería un caso particular de suicidio, y el que se matase por hambre voluntaria demostraría, lo mismo que el que se mata con un puñal, que no está en estado de negar y de suprimir directamente en sí el deseo que le sujeta á la vida. Puede que haya querido decir Schopenhauer que por un esfuerzo de la voluntad puede producirse momentáneamente la suspensión de todas las funciones que dependen de esa voluntad, bajo forma inconsciente, como las pulsaciones del corazón, la respiración, la digestión, todos los actos fisiológicos y los movimientos reflejos que constituyen y garantizan nuestra vida orgánica, y que entonces el cuerpo se descompondría como un cadáver. Pero esto es materialmente imposible, y es pura quimera el creer que podrá destruirse así.

¡Cuánto más claro, más eficaz, más directo es el procedimiento del ascetismo, que consiste en la obligación de mantenerse en una pureza voluntaria y absoluta! A ese ascetismo invita Schopenhauer á la humanidad en términos seductores, incisivos, que no admiten réplica ni aplazamiento. Nos invita á una extinción en masa de la humanidad futura por una resolución unánime y gloriosa, por una especie de suicidio genérico y colectivo que no sólo niega la forma y la voluntad individualizadas en el cuerpo, sino el principio de la voluntad en la especie, agotando de una vez la fuente de la vida y el flujo de las generaciones. Schopenhauer despliega sobre este punto una elocuencia y una abundancia maravillosas de argumentos y de exhortaciones, bien sea que sintiese instintivamente que en ello encontrara la mayor resistencia y una indocilidad invencible, aun en los sectarios más fieles.

Bajo este punto de vista de la castidad obligatoria, juzga los sistemas religiosos, según los encuentra más ó menos propicios á la próxima supresión de la humanidad. Exceptuando las religiones optimistas como el helenismo y el islamismo, todas las demás han recomendado, según Schopenhauer, esta forma excelente y superior del ascetismo. «En este sentido, no tiene el cristianismo más rival que el budismo, y entre las comuniones cristianas el catolicismo, á pesar de sus tendencias supersticiosas, tiene el mérito de mantener rigurosamente el celibato de los sacerdotes y de los monjes. Los protestantes, al suprimirlo, han destruido la esencia misma del cristianismo para llegar á un racionalismo, religión muy buena para los pastores pero que no tiene ya nada de cristiana. Ha sido un mérito del cristianismo primitivo el haber tenido la clara intuición de la legación del deseo de vivir, aunque haya dado erradas razones en apoyo de una tesis excelente.» Y aquí emprende Schopenhauer con profunda erudición un examen de los Padres de la Iglesia. Cita autoridades de todas las categorías,

ilustres y oscuras; al lado de San Agustín y de Tertuliano, recuerda el evangelio de los egipcios: «El Salvador ha dicho: Yo he venido para destruir las obras de la mujer; de la mujer, es decir, de la pasión; sus obras, es decir, la generación y la muerte.» Se apropia los textos, los comenta con pasión, goza como si viese en ellos la fórmula de la salvación.

Esto es, sin embargo, lo más claro de su teoría: la supresión del comercio sexual; el resto no es más que palabras y pura quimera. Suprimir la vida directamente, destruir su principio y su fuente, no en las categorías especiales de los monjes, de los sacerdotes ó de los célibes laicos, sino en la humanidad entera, por un acuerdo espontáneo de todas las inteligencias, de todas las voluntades; concertar este acto grandioso de abstención voluntaria que burlará todos los ardides del genio de la especie; convertir de un solo golpe en la nada todos los siglos futuros y todas las generaciones que suscitamos, sin consultarlas, á la vida, al sufrimiento; detener la historia en la hora actual del globo y no dejar herederos de nuestras miserias, poder, en fin, decir como el poeta:

«Ya no hay hombres bajo el cielo, somos los últimos.»

¡Qué sueño más hermoso, que la determinación de los hombres podría convertir en realidad! ¿Qué hombre no se obligaría con entusiasmo y sin vacilar á este programa, á celebrar ese *sabbat* universal de la redención, cuando la razón esté más esclarecida y haya llegado el reino de Schopenhauer sobre la tierra? A esta decisión del hombre se añadirá, por efecto de la solidaridad de todos los seres, la redención de la naturaleza entera. «Yo creo poder admitir —exclama Schopenhauer— que todas las manifestaciones fenomenales de la Voluntad se sostienen entre sí, que la desaparición de la humanidad, que es la manifestación más alta de la Voluntad, arrastraría la del animal, que no es más que un reflejo debilitado de la humanidad, y también la de los demás reinos de la naturaleza que representan los grados inferiores de la Voluntad. De este modo se desvanece el fenómeno del sueño ante la brillante claridad del día.»

Tal es la apocalipsis. Esperando el fin del mundo y con intención de prepararle, dicen que hay en Alemania, y particularmente en Berlín, una especie de secta schopenhauerista que trabaja activamente en la propaganda de estas ideas y que se reconoce por ciertos ritos, por determinadas fórmulas, como una francmasonería consagrada por juramentos y por prácticas secretas á la destrucción del amor, de sus ilusiones y de sus obras. Se nos asegura que esta secta publica folletos misteriosos, llenos de informes y de instrucciones del mayor interés bajo el punto de vista de la patología moral, pero de un efecto muy cómico sobre los lectores que no están iniciados. El apostolado de algunos prosélitos llega á un grado tal, que no puede la pluma describirle. Cuando la teoría de una

castidad de este género, completamente negativa, se produce en espíritus y en corazones que no son castos, en vista de fines quiméricos como la destrucción del mundo, conduce en la práctica á un sistema de compensaciones que no son otra cosa sino desarreglos horribles. Nada se gana con querer detener la naturaleza que desea vivir, que debe vivir y que se rebela contra esos frenos imaginarios. Pervierte las imaginaciones, causa la depravación de los sentidos, y esa es su venganza.

CAPÍTULO VIII

LA REDENCIÓN DEL MUNDO POR SUPRESIÓN VOLUNTARIA, SEGÚN HARTMANN. UN ENSAYO DE SUICIDIO CÓSMICO.

La teoría de Schopenhauer se resume en el ascetismo y en algunos procedimientos prácticos, como la muerte voluntaria por inanición y la supresión del comercio sexual. Hartmann ha criticado severamente á su predecesor en el pesimismo. Sobre todo por el desacuerdo entre el concepto de la redención y los principios esenciales del sistema Schopenhauer; y también por la inutilidad de sus procedimientos bajo el punto de vista de la redención final.

La Voluntad es la esencia universal y única del mundo; el individuo no es más que una apariencia subjetiva. Pero aunque fuese un fenómeno meramente objetivo del Ser, ¿cómo podría suprimir por su autoridad propia la voluntad individual, como un todo distinto, si no es más que un rayo de la voluntad universal? ¿Qué derecho puede tener el hombre, que no es más que el fenómeno, sobre la existencia de esé fenómeno que sólo emana de su principio? Admitamos, sin embargo, que se realizase esta imposibilidad; ¿que sucedería? Sea; se muere un hombre, un hombre, es decir, una de las formas múltiples bajo las cuales se ha objetivado la voluntad del Uno-Todo. ¿Qué sucede después? No sucedería ni más ni menos que lo que ocurre siempre que muere un individuo, cualquiera que sea la causa. El caso sería exactamente el mismo que si una teja al caer hubiese matado á ese individuo. La Voluntad inconsciente continua después como antes, sin haber perdido nada de sus fuerzas, sin que se haya disminuido en nada su deseo infinito é insaciable de vivir; continua desarrollando la vida dondequiera que pueda realizarla. El esfuerzo para anular la voluntad de vivir, mientras sólo se trate del individuo, es tan estéril como el suicidio y más insensato aún que éste, por-

que al precio de largos sufrimientos llega al mismo resultado. El *Inconsciente* no se instruye por experiencias individuales. Supóngase que ha desaparecido la humanidad renunciando á reproducirse. El mundo, como mundo no dejaría de vivir y se encontraría en la misma situación que la que ocupaba inmediatamente antes de la aparición del primer hombre sobre la tierra. El *Inconsciente* aprovecharía la primera ocasión para crear un hombre nuevo ó una especie análoga, y todas las miserias de la vida emprenderían otra vez su curso.

Lo que se necesita para procurar al universo el beneficio de la redención final, es un medio de obrar, no sobre la voluntad individual de un hombre ó sobre la voluntad genérica de la especie humana, lo cual es todavía muy insignificante, sino sobre la voluntad universal, sobre el principio mismo de las cosas. Aquí se eleva y se generaliza la cuestión; ya no se trata del suicidio del hombre ó de una especie; se trata del suicidio de un mundo. Hartmann tiene la buena fe de confesarnos que esta operación es difícil, y nosotros le creemos bajo palabra. Este acto pondrá término al *processus* del universo; «será el acto del último momento, después del cual no habrá ni voluntad ni actividad, después del cual, como dice San Juan, el tiempo habrá cesado de existir.» ¿Será capaz la humanidad de este grandioso desarrollo de conciencia, que debe preparar ese acto supremo, la renuncia absoluta de la voluntad? ¿O bien aparecerá una raza superior de animales sobre el globo para emprender de nuevo la tarea interrumpida por la humanidad y conseguir su fin? ¿O bien, en fin, está destinada nuestra tierra á ser el teatro de nuestros abortos para aumentar más tarde el número de los astros helados, legando la espléndida herencia del esfuerzo y del éxito á algún planeta invisible? Todo esto es incierto, pero lo que sí es verdad, es que en cualquier sitio en que el drama se termine, el fin y los elementos del drama serán los mismos que en el mundo actual. Puede suponerse, pues, para mayor claridad, que es la humanidad la destinada á conducir el *processus* del mundo á su coronamiento, la anulación final. Hartmann ha tratado de darnos una idea de este fin de la evolución del mundo, en el caso en que fuese el hombre y no otra especie desconocida, quien estuviese llamado á resolver el gran problema. En los caminos extraños que nos abre aquí la fantasía colosal del pensador, procuraremos seguirle lo más cerca posible, cerrando nuestro espíritu á las objeciones y tratando de comprenderle. No es fácil la tarea.

La primera condición para alcanzar el término de la evolución, es que llegue un día en que la humanidad concentre en su seno tal cantidad de inteligencia y de voluntad cósmicas, que la voluntad y la inteligencia repartidas en el resto del mundo, parezcan insignificantes en comparación. Esto no es absolutamente imposible, nos dicen, pues la manifestación de la vo-

luntad en las fuerzas atómicas es de una especie muy inferior, relativa á la que se manifiesta en el vegetal, en el animal, y con mayor razón en el hombre. Puede, pues, legítimamente suponerse que la mayor parte de la voluntad en acto ó de las funciones del espíritu se capitalizará un día en la humanidad, á consecuencia de la elevación progresiva de la población del globo. Pues bien, ese día bastaría que la humanidad no quisiese vivir para que el mundo entero desapareciese, porque ella representaría sola más voluntad que el resto de la naturaleza. Esta parte de la voluntad que se niega á sí misma, destruiría al destruirse, la parte más débil y menos grande que se expresa en el reino inorgánico. En esta balanza gigantesca en que pesan los destinos del universo, se inclinaría el platillo del lado de la voluntad humana, que arrastraría hacia la nada la voluntad ciega que del fondo de sus tinieblas aspira todavía al ser. La cosa es clara: sólo se trata para el hombre, agente de salud del universo, de *atraer* á él la mayor cantidad de voluntad cósmica ó de adquirir con dulzura, poco á poco y como por infiltración, y cuando sea el amo, esa voluntad, y decidirla á que se aniquile. Nada más sencillo, en verdad.

La segunda condición para que este suicidio gigantesco del mundo pueda realizarse, es que la conciencia de la humanidad se penetre profundamente de la locura de la voluntad, que se deje arrastrar por un deseo absoluto de reposo, que se haya convencido de tal modo de la vanidad de los motivos que sujetan hasta el presente al hombre á la existencia, que la aspiración á la nada se convierta sin esfuerzo alguno en el único y en el último motivo de su conducta. Se nos asegura que esta condición se realizará en la vejez de la humanidad. La certidumbre teórica de la desgracia de la existencia se admite ya como una verdad por los pensadores; con el tiempo seguirá triunfando sobre las resistencias instintivas de la sensibilidad y sobre los prejuicios de la multitud. Pasará quizá mucho tiempo antes que esta idea, que no ilumina actualmente más que á las cumbres de la conciencia humana, se extienda por las regiones inferiores y adquiera el poder universal de un motivo. Pero esa es la suerte de todas las ideas que conducen al mundo; empiezan por nacer en la cabeza de un pensador, bajo una forma abstracta; acaban por penetrar en forma de un sentimiento en el corazón de las masas y por ejercer sobre su voluntad una acción tan profunda que engendra con frecuencia el fanatismo. Ninguna idea tiene mejores condiciones que el pesimismo para convertirse en sentimiento; ninguna está llamada con más naturalidad á triunfar sin violencia, á ejercer sobre las almas una acción pacífica, pero profunda, duradera, que asegure el éxito de su misión histórica. La experiencia nos prueba todos los días que una voluntad individual que llega á negarse á sí misma, basta para triunfar sobre el amor instintivo de la vida; ha conducido á la muerte á mu-

chos místicos y ascetas, y, sin embargo, esta negación individual de la voluntad está en desacuerdo con los fines del *Inconsciente;* además es completamente estéril para la especie humana y para la naturaleza, no puede producir ningún resultado metafísico. Lo que un individuo puede hacer para sí mismo, ¿no lo podría hacer la masa de la humanidad, cuando se trata de una negación universal, conforme al fin supremo del *Inconsciente?* ¿No podría esta negación colectiva destruir el deseo instintivo de vivir, cuando puede hacerlo un acto individual de renuncia? Piénsese solamente que toda empresa difícil se ejecuta mejor con el concurso de mayor número de voluntades.

Hartmann abunda en argumentos para hacernos comprender la facilidad y la verosimilitud de este acto de redención suprema. La humanidad dispone aún de bastante tiempo para alcanzar ese fin antes de que comience el período del enfriamiento del globo que marcan los sabios para la extinción completa de la vida sobre la tierra. Que trate de emplear bien el tiempo que le queda para vencer las resistencias que el egoísmo, ciego por su propio interés, opone al sentimiento pesimista y al deseo de la eterna paz. Verá que se dulcifican y ablandan poco á poco esas pasiones refractarias bajo la lenta acción de la costumbre, verá que se extiende y que crece, por el efecto irresistible de la herencia, la cantidad de disposiciones pesimistas de cada generación, concentradas primero en número reducido de corazones y de inteligencias privilegiadas. Hoy se pretende ya que la pasión, á pesar de su natural energía y de su poder diabólico, ha perdido gran parte de su imperio en la vida moderna, ¿y qué es la pasión, sino el atractivo ilusorio que crea en nosotros el deseo de vivir? Pues bien; se nos asegura que las pasiones bajan sensiblemente entre nosotros bajo las influencias políticas y sociales que tienden á igualar y á suavizar los caracteres. Esta enervación de los instintos egoístas, será más sensible cuanto más se haga sentir el progreso de la razón y de la conciencia.

Ese será uno de los signos que anunciarán la vejez de la humanidad; la humanidad envejecerá como envejecen los individuos, como envejecen las naciones. Madura para la contemplación, reunirá ante su vista todos los sufrimientos y todas las locas agitaciones de la vida pasada, reconociendo la vanidad de los fines que hasta entonces perseguía. A diferencia del individuo cuando llega á la vejez, no tendrá hijos ni nietos para turbar con las ilusiones del amor paternal la seguridad de su juicio y para hacer renacer con una generación nueva las ilusiones desvanecidas. Caerá entonces en esa melancolía superior que los hombres de genio y los ancianos de grande entendimiento sienten habitualmente. Se la verá flotar como por encima de su propio cuerpo, como un espíritu desligado de la materia, ó como Edipo en Colonia, disfrutar anticipadamente la paz

de la nada y asistir á los sufrimientos de su propia existencia, como á males extraños. Es aquella claridad celeste, aquella paz divina que se extiende en toda la ética de Spinoza; las pasiones se han desvanecido en las profundidades de la razón, y se han resuelto en ideas ante la pura claridad del pensamiento... Sin embargo, el dolor, la pena, no habrán cesado. Esta última forma de la desgracia es la que hay que hacer desaparecer, después que hayan muerto todas las ilusiones, que se haya extinguido la esperanza, que esté asegurada en adelante la convicción de que todo es vanidad, y la más vana de todas las vanidades, la de la ciencia, desterrada para siempre del corazón humano. Todavía queda la vida, y esto es demasiado. La humanidad está cansada de vivir; está cansada también de morir tan lentamente. Sigue siendo frágil y débil, condenada á trabajar para vivir y sin saber por qué vive. Como todo anciano que se da cuenta de su estado, no formula más que un deseo: el reposo, la paz, el sueño eterno sin ensueños y sin despertar. ¿Y qué es esto, sino la sensibilidad absoluta, la nada, siempre el nirvana?

Queda una tercera condición indispensable para que el gran acto de la renuncia al ser, se realice con el poder de una sentencia sin apelación; es menester que todos los pueblos de la tierra se comuniquen entre sí con suficiente facilidad, para que sea posible que en un mismo momento, en todos los puntos en que el hombre se encuentra, pueda tomarse una resolución única y común. Conviene que esto se haga sin esfuerzo, sin vacilación, sin resistencia, para que el efecto se realice sin obstáculos, para que toda voluntad positiva, vencida y arrastrada, se anule inmediatamente en la nada absoluta, para que al mismo tiempo que deje de existir la humanidad, abdicando de su ser, toda forma de lo que llamamos la existencia sea anulada, la organización, la materia, etc., etc., para que en fin se desvanezca el cosmos todo entero con sus archipiélagos, sus nebulosas, sus mundos en formación, y que el universo caiga hecho polvo en la tumba en que el hombre se haya acostado voluntariamente. Este sí que será un suicidio grandioso, absoluto, definitivo, sin amanecer posible; será el suicidio cósmico realizado por la humanidad. En cuanto á los detalles que permitirán al hombre que entonces viva, participar de esta resolución común que destruirá el mundo, no debe preocuparse la especulación filosófica, habituada á esas alturas; es tarea esa de la invención científica; para ello cuenta con los perfeccionamientos indefinidos en la aplicación de los agentes físicos como la electricidad, y además, cuando sólo se trata de los medios prácticos de orden inferior, hay que dejar ancho campo abierto á la imaginación. Cada cual es libre de representarse á su manera este acto último del *processus* universal y del anulamiento final. Baste al filósofo el haber mostrado que es posible y que es necesario.

Hemos expuesto tan fielmente como

nos ha sido posible la serie de estas extravagantes concepciones. Nos falta valor para discutirlas: ¿y para qué habíamos de emprender esta tarea? Los que sean capaces de dejarse seducir por semejantes quimeras, que se parecen á las escenas de una pesadilla, serían insensibles á los procedimientos de la lógica vulgar y del raciocinio. Además, reina tal independencia de sentido propio, tal fantasía de especulación en ese drama metafísico, que falta base para una argumentación seria. ¿Cómo probar á Hartmann que su *Inconsciente* es una pura invención, como el dualismo de la Idea y de la Voluntad que introduce en el seno del Uno-Todo, uno de esos dos principios, irracional y ciego, aspirando al ser, el otro, el racional, reaccionando contra la miseria de la existencia, cada vez más sentida? ¿Cómo probarle que todo esto no puede ser sólo porque á él le plazca que así sea y porque ese maniqueismo le alegre el espíritu, llenándole de poderosas emociones, sin contar el éxito de la representación pública y la celebridad que ha valido á su autor? En regiones tan vagas, tan poco consistentes, tan nebulosas, no puede uno apoyarse en nada, y una discusión seria resultaría insoportable y pedantesca. Debíamos á la curiosidad del público esta muestra de la sorprendente imaginación de uno de nuestros contemporáneos. Una vez analizado el conjunto, sería perder el tiempo y el trabajo el criticarlo. Ha interesado ó no, esta es la cuestión: vayan en buena hora á silbarla ó á aplaudirla en el teatro en que se representa, quiero decir, en el libro de su autor.

En cuanto á los procedimientos de la redención final que indica Hartmann, no hay que temer que se pongan demasiado pronto en práctica y que se procure al mundo la desagradable sorpresa de anularle, cuando lo que él desea es seguir viviendo. Lo que debe tranquilizarnos sobre el alcance de este remedio, es su misma ineficacia. Es muy poco probable que, á pesar de hermosos razonamientos, se deje convertir la humanidad y se decida por la nada; y yo apuesto que si, por un imposible, se convenciese la humanidad de lo conveniente de esta triste empresa, habría siempre incorregibles refractarios que resistirían hasta el final á la aplicación del remedio. Esto significaría por su parte un mal gusto, igual á su ceguera; pero esta indocilidad sistemática bastaría, según confesión de Hartmann, para que no se realizase la operación, y no es desagradable el pensar que de cada uno de nosotros depende el que se aplace el éxito de la experiencia. Esperemos á que obre la gracia del pesimismo, y mientras tanto vivamos en paz. Pero aunque la humanidad hubiese tomado esta hermosa resolución de hacer en un momento y en la debida forma acto de renuncia al ser, yo me imagino que esto no cambiaría mucho la marcha del mundo ni la evolución de los fenómenos que arrastra tras de sí. Depende hasta cierto punto de la humanidad el detener el flujo de las generaciones humanas, y en esto nos parece Schopenhauer mil

veces más práctico que su discípulo. ¿Pero á quién podrá convencerse de que la conexión sea tal entre los diversos órdenes de fenómenos que el suicidio metafísico de la humanidad detenga la marcha de los planetas ni la misma revolución del humilde globo terreste, teatro de tan grandiosa experiencia?

Además, suponiendo que no haya más que una fuerza única, repartida en proporciones diferentes entre las diversas regiones del ser y que constituye su unidad, ¿qué es la masa de las fuerzas físicas, como se dice; es decir, la inteligencia y la voluntad, concentradas en el seno de la humanidad, comparada con la masa total de las fuerzas físicas distribuidas en el resto del mundo, en el infinito cósmico, sin hablar de las otras fuerzas físicas, análogas á las que nos animan, que pueden estar esparcidas en los mundos innumerables que no conocemos? ¿Qué lazo de solidaridad ó de subordinación puede existir entre esta pequeña cantidad de fuerza cósmica, transformada en humanidad bajo la forma de una millonada de hombres, y esos espacios llenos de especies vivas ó de formas animadas, ó de conjuntos orgánicos ó de átomos de éter? Esas regiones ilimitadas, esas formas del ser, de las que ha dicho Pascal que «la imaginación se cansaría de concebir antes que la naturaleza de proveer», ¿cómo puede uno figurarse que todo eso obedece en un instante á la orden expedida en una parte pequeña del globo, emanada de los labios expirantes del último hombre, y que á la consigna de este ser miserable que no ha podido combatir en sí mismo la enfermedad y la muerte, va á desplegar la naturaleza su obra, como una decoración de teatro, y enviar á la nada la riqueza infinita, la variedad de sus fenómenos, el esplendor de su incesante creación? Todo esto es pura fantasmagoría. El orden eterno de las cosas nos envuelve y nos sujeta por todas partes. Puede crecer sin cesar nuestro poderío; sólo ejercerá su actividad en los límites de la tierra; para el resto es pasiva: el hombre recibe la luz y el calor del sol; los modifica de mil maneras diferentes, pero nada puede sobre la fuente de donde emanan, y que los niega ó los da sin obedecer á sus mandatos: por mucho que adelante la ciencia, los límites de su acción serán los de nuestra atmósfera. Más allá no alcanza, sólo observa los fenómenos, no puede producirlos ni modificarlos; ya no manda, obedece. Y aun sobre esta tierra en que manda, ¿á quién manda? ¿A la vida? ¿A la muerte? Seguramente no: combina fuerzas y crea nuevos efectos; no ha creado un solo ser; no ha librado á uno solo de la muerte.

Es una lucha absurda la que se emprende contra la vida universal y la fuerza del ser. Ni Schopenhauer ni Hartmann han encontrado la fórmula que ponga en la mano del hombre la virtud mágica de la destrucción del mundo. Hay que tomar un partido: la rebelión contra el ser es insensata, es el último término del orgullo intelectual y el producto más estéril de la

arrogancia metafísica. Con relación al orden universal en que nos vemos comprendidos, perdidos como átomos, pero como átomos pensadores, no hay más que una actitud digna del pensamiento que no se enamora de sí mismo: la resignación.

Esta sola palabra, sublime y altiva en su tristeza, más grande que todas las quimeras de la rebelión, esta palabra puede comprenderse de dos maneras diferentes. Hay entre los resignados los que habiendo comprendido la inutilidad de la lucha contra la fuerza de las cosas, se vengan con el desprecio de su impotencia: así Leopardi, por ejemplo, sintiendo que es vana su lucha y renunciando á ella, no esperando nada de la vida, ni de Dios, ni de los hombres, viviendo en una especie de estoicismo altivo y representando con una amargura apasionada esta queja que resume su poesía: «¿Para qué sirve la vida sino para despreciarla?» Hay entre los que piensan en la muchedumbre humana, otra clase de resignados; son los que sin comprenderlo todo, no niegan nada; los que sin esperar demasiado de la vida, tratan de mejorarla, si no para ellos mismos, al menos para los demás y para aquellos que vendrán después de ellos; que obran como si sus acciones debieran tener una continuación, esforzándose en hacerlo lo mejor posible, persuadidos de que los resultados de la acción buena no serán anulados y se convertirán en simiente de acciones mejores y en gérmenes de progreso; que esperan que nada se destruirá en el mundo moral ni en el mundo físico, considerando á cada uno de los hombres como á un humilde obrero de este mundo moral que crece sin cesar; aquellos, en fin, que creen que el ideal que regula el movimiento de su inteligencia no es sólo una quimera hermosa, y que esta fuerza misteriosa obra tan profundamente sobre la conciencia y sobre el corazón de la humanidad porque emana de un principio vivo de orden y de armonía que presentan bajo las nubes de la vida, que buscan en las veladas profundidades del universo como en la marcha misteriosa de la historia. Hay, pues, dos especies de resignación muy diferentes: la que niega el progreso y la realidad del ideal, proclamando la soberanía de la fuerza y de la casualidad en todas las regiones del ser, y la resignación viril á la vida porque puede mejorarse, á la acción porque puede ser fecunda, á la moralidad y al progreso porque la humanidad, como el universo, debe tener un fin divino. ¿Tienen razón la desesperación y la muerte, ó la vida y la esperanza?

Harmann satiriza en algunos puntos, con una dureza implacable, la vanidad de esas esperanzas y proclama muy alto la soberana indiferencia de la filosofía con relación á la queja humana. «La filosofía—nos dice—no debe ningún consuelo al hombre, ni ninguna esperanza: esas necesidades encuentran su satisfacción en los manuales piadosos. La filosofía no debe preocuparse de saber si lo que encuentra gusta ó no al juicio sentimental de la

muchedumbre instintiva. Es insensible y dura como una piedra. No vive más que en el éter del pensamiento puro, sólo persigue el conocimiento frío de lo que es, de las causas de la esencia de las cosas. Si el hombre no es bastante fuerte para soportar este régimen del pensamiento puro; si su corazón se hiela de horror ó se rompe de desesperación ante la verdad vislumbrada; si su voluntad se disuelve en el desfallecimiento, registrará la filosofía estos hechos preciosos entre sus riquezas psicológicas. La filosofía no observa con menos interés las disposiciones más enérgicas y contrarias con las cuales otros espíritus aceptan la verdad: la indignación y la cólera que hacen fruncir el ceño, la rabia fría y contenida que inspira el carnaval insensato de la vida, el furor mefistofélico que se traduce en epigramas fúnebres sobre la disolución de la vida y extiende una ironía soberana sobre las víctimas entusiastas de su ilusión; ó bien el esfuerzo de los que luchan contra la fatalidad para salir de este infierno por una suprema tentativa de evasión. En cuanto á la filosofía en sí misma, queda impasible, sin ver en la deplorable desgracia de la existencia más que la manifestación de la locura del deseo de vivir, más que un momento transitorio del desarrollo teórico del sistema.»

Sí, diremos, la filosofía sin duda no debe cuidarse más que de la verdad, pero de la verdad entera, no parcial, falseada, no ficticia y atormentada por hábiles manos para hacerla entrar en el estrecho recinto de un sistema. Si pensamos (y tenemos el derecho de pensarlo) que la realidad es más amplia y más comprensiva, más profunda, y sin embargo, más clara que todos esos sistemas, no podemos considerar como una filosofía definitiva la que suprime estas advertencias, estas reclamaciones enérgicas de la naturaleza y de la vida. No es enternecimiento banal ni compasión vulgar, sino afán de verdad. Antes de burlarse con tanta altivez de las aspiraciones y de las esperanzas del corazón humano, es preciso demostrar que son engañosas.

Pero admitámoslo que desprecie el filósofo la queja humana: ese es su deber, si tiene la certidumbre de que esa queja no emana de la conciencia de la humanidad que siente la injusticia de su dolor, que protesta contra la violación de su derecho y que confía en un porvenir desconocido que justifique la justicia. Es su deber el combatir esa queja, si sabe con seguridad que ha de estrellarse contra un cielo vacío y que no tendrá eco en una conciencia superior que la recoja; pero antes que nada hay que demostrar que esas son ilusiones. Necesítase, sobre todo, que teorías tan extrañas como el pesimismo pongan especial cuidado en establecerse más sólidamente ante la razón y la lógica que no se contentan con fantasías artísticamente combinadas; hay que probar esa historia inverosímil del *Inconsciente*, dividido en dos principios independientes, aunque idénticos en el fondo, de donde ha salido un día la vida para romperse con-

tra mil escollos en el mundo, reflejarse en la conciencia, apercibirse, arrepentirse de haberse conocido y sumergirse con sus propias manos en la nada. Todo esto necesita quedar bien probado. ¿No es resolver la cuestión con la cuestión misma el condenar *à priori* las aspiraciones de la hamanidad? Decís que son ilusiones puras ó engaños del *Inconsciente* para ligarnos á la vida con lazos imaginarios. ¿Son ilusiones todas esas ideas, todos esos sentimientos que renacen sin cesar en el corazón del hombre, aun después de tantas tentativas de destruirlas? ¿Engaños del *Inconsciente* decís? ¿Pero qué es el *Inconsciente* que trabaja contra sí mismo, que se aplica con tanto ingenio en engañarse víctima eterna de su propio fraude? Todo esto es mas inteligible que lo que pretendéis destruir. Allí donde sólo veis gigantescos fraudes, creemos que hay grandes hechos psicológicos, permanentes, llenos de vitalidad, indestructibles. Esas son bases de inducción para una filosofía sin criterio. ¿Quién se engaña, vosotros ó nosotros? Nos dicen: ¡No son más que puras quimeras! El hombre ha creído siempre lo que ha deseado; la fuerza de su deseo crea el objeto que desea. ¿Pero de dónde viene ese deseo y su fuerza siempre renaciente, y el vuelo invencible de nuestras pasiones más nobles, y qué es una filosofía que no las tiene en cuenta? En este orden de problemas, ni la cólera ni el desprecio resuelven nada, y si la naturaleza es más grande, más alta, más profunda que el sistema, pues tanto peor para el sistema. No hace nada á las cosas el enfadarse contra ellas, y si hay desacuerdo entre la realidad humana y las teorías, con seguridad no es la realidad la que se engaña.

CAPÍTULO IX

EL PORVENIR DEL PESIMISMO.—CONCLUSIÓN

¿Cuál es el porvenir reservado al pesimismo? Para contestar á esta pregunta, no basta hacer resaltar la exageración violenta de las tesis que contiene, el estupor del sentido común, ante una doctrina que quiere convencer á la humanidad de que acabe lo más pronto posible con la vida y al mundo mismo, de abandonar esta broma lúgubre que se permite prolongando su existencia. No basta repetir lo que decía Pascal del pirronismo exagerado: «La naturaleza sostiene la razón impotente é impide que se extravíe hasta ese punto.» ¿A qué concurso de circunstancias debe esta filo-

sofía de la naturaleza su éxito y los ardientes prosélitos con que cuenta? ¿Durarán esas circunstancias? ¿Hay motivos para creer que esta fortuna de un sistema, tan contrario á la naturaleza humana, se detenga, y que esta propaganda irracional se agote por la indiferencia de los unos y la resistencia de los demás?

Mr. James Sully ha ensayado en el libro que hemos citado, hacer una definición y clasificación de las fuentes de esta filosofía. Expone lo que llama con un nombre muy en boga «el génesis del pesimismo», enumera con gran lujo de divisiones y subdivisiones «los elementos y los factores externos é internos». Según él, hay que considerar la concepción optimista y la concepción pesimista de la vida como efectos de multitud de causas más ó menos escondidas en la constitución intima de cada uno de nosotros. El pesimismo es á la vez un fenómeno patológico y un fenómeno mental. Cuando se le lleva á la exageración, revela una alteración grave en el sistema nervioso: se convierte en una verdadera enfermedad. El optimismo y el pesimismo son, pues, antes que nada, cuestión de temperamento, herencia mórbida, de humor y de nervios. Hay que atribuir también su influencia al carácter propiamente dicho, aunque el temperamento entre como un elemento esencial, y también al ejercicio y al desarrollo de la voluntad, más ó menos dispuesta á luchar con el exterior, á sufrir la pena, á contemplarla de frente y sin miedo. Resulta, pues, que hay temperamentos optimistas y temperamentos pesimistas, caracteres felices y caracteres desgraciados, sensibilidades más ó menos temerosas ó propensas al dolor; naturalezas de espíritu, en fin, dispuestas á apreciaciones del todo contrarias sobre los mismos hechos. Los acontecimientos y las situaciones de la vida revisten dos aspectos muy diferentes; toman dos modos de ser opuestos, según se presentan á los unos ó á los otros; los unos preparados anticipadamente á interpretaciones favorables, los otros dispuestos á encontrar siempre el lado defectuoso en los hombres y en la vida *(fault-finding)*.

Son estas observaciones muy justas y muy discretas. Voy á citar la de un químico ilustre, delante del cual hablamos sobre esta cuestión de pesimismo y que la resumió del siguiente modo: según él, esta filosofía con sus tristes visiones, es la filosofía natural de los pueblos que no beben más que cerveza. «No hay cuidado—añadía—de que se aclimate nunca en los países de la viña y menos en Francia; el vino de Burdeos aclara las ideas, y el vino de Borgoña destierra las pesadillas.» Esta es la solución química de la cuestión, al lado de la solución filosófica de Mr. James Sully.

Estas explicaciones tienen su valor; pero quedan muchas oscuridades todavía. Ha habido en todo tiempo temperamentos tristes, caracteres desgraciados; también ha habido siempre bebedores de cerveza; lo que no ha existido siempre, son las doctrinas pesimistas,

es este afán terrible por una filosofía absolutamente desesperada. Dudo, además, que este género de explicación sirva para la inmensa población del extremo Oriente, que piensan y que sueñan con Buda; era menester modificar mucho las fórmulas para aplicarlas allí. Pero no salgamos de Occidente, y tratemos de no complicar una cuestión bastante compleja en sí. Yo presto la atención que merecen á las observaciones del anatomista Henle en sus *Lecciones de antropología,* cuando busca las causas del temperamento melancólico. Este temperamento resulta, según él, de una desproporción entre la fuerza de las emociones y la de los movimientos voluntarios; cuando las impresiones son muy vivas y muy numerosas, se aglomeran, por decirlo así, en el sistema nervioso, no pudiendo salir al exterior ni gastarse en una medida conveniente. También oigo con curiosidad á Sully cuando nos dice que donde se reunen un sentimiento exagerado del mal de la vida con una imaginación ardiente para los bienes ideales, y al mismo tiempo una debilidad relativa de los impulsos activos y del sentido práctico: hay grandes probabilidades de que la falta de equilibrio se traduzca en un concepto pesimista de la existencia. También me interesa el estudio de Seidlitz sobre *Schopenhauer bajo el punto de vista médico*, y comprendo muy bien que Schopenhauer haya sido el terrible misántropo que hemos conocido. Yo me aprovecho de todas estas observaciones de detalle, arrojadas en la corriente de la ciencia. También observo que de este modo se explica el pesimismo subjetivo é individual, pero no el pesimismo objetivo, el impersonal, el que se expresa por un sistema y se traduce por la popularidad del sistema. Este es el hecho que hay que comprender en su contraste terrible con los sentidos y con los instintos más enérgicos de la naturaleza humana que quiere vivir, que está ligada á la vida, hasta el punto de exclamar, si sólo se escuchase á sí misma: «Lleváoslo todo, pero dejadme la vida.» Se acerca uno más á una explicación plausible cuando se aborda el lado etnológico y social del problema, las afinidades y los temperamentos de las razas, los medios en que se desarrollan, las grandes corrientes que modifican la vida intelectual y moral de los pueblos.

Hay también causas morales de esta fortuna del pesimismo; es, en primer lugar, el efecto natural de una reacción «contra el optimismo vacío del último siglo», después la depresión que se produce por el efecto de una ley tan verdadera en la historia como en la psicología, después de un período de tensión extraordinaria en los sentimientos, y de confianza exaltada en los fines ideales con que nos habían engañado. Se ha producido en Alemania, como observa Sully, en estos últimos veinticuatro años, una especie de desfallecimiento de los espíritus, que resulta del fiasco de las grandes esperanzas intelectuales, de la pérdida de un ideal político y social, del de-

rrumbamiento de las ambiciones extravagantes de algunas escuelas estéticas y filosóficas. El ideal militar que ha brillado á los ojos de Alemania, no es, ni con mucho, el que ha soñado; lo que le prometía la filosofía de la historia, construida para su gloria y para su uso, era la conquista del mundo por las ideas, más bien que por las armas. Añádase á esto la destrucción gradual por la crítica de las tradiciones y de las creencias religiosas, que al retirarse parece que se llevan consigo todo lo que constituía la belleza y el valor de la vida. La ciencia, es verdad, está en plena floración, y sus progresos debieran consolar al hombre; pero todavía no ha provisto á la masa del género humano de una fuente nueva de inspiración, de nuevas formas que puedan traducir sus emociones. La ausencia de todo impulso y de toda renovación en el arte, una especie de aniquilamiento que es probablemente algo más que un fenómeno pasajero, deja sin satisfacción la necesidad de entusiasmo que existe dentro de nuestro ser. El único arte que parece conservar una vitalidad suficiente y fecunda, es la música, que en las vías particulares que ha emprendido, tiende á convertirse en la expresión del temperamento pesimista, como lo prueban los lazos secretos, casi místicos, que unen á Wagner y á la música del porvenir con la escuela de Schopenhauer.

Hay que tener también en cuenta un elemento literario que no carece de importancia: el esplendor con que ha ofuscado tan vivamente el nombre de Schopenhauer la atención de la Alemania entera, desde que sobre él cayo el primer rayo de luz, esa locuacidad de escritor satírico, esa crítica de filósofos de universidad, esas diatribas brillantes contra Hegel y su escuela, esa crítica acerba de las costumbres pedantescas y del sentimentalismo, esa justicia vengadora, más cómica que terrible, contra las mujeres, instrumentos del amor que maldice, secretos agentes del genio de la especie que combate. A la voz de los pesimistas ha despertado después el antiguo fondo de romanticismo germánico. Hay cierto orgullo secreto en tomar la actitud de un mártir de lo absoluto, en sentirse encadenado y sin esperanza por la naturaleza misma de las cosas y en deleitarse con el ruido de sus propias cadenas. «En realidad—dice ingeniosamente Mr. Sully—el pesimismo halaga al hombre presentándole un retrato suyo en que aparece como otro Prometeo, un Prometeo vencido, torturado por la mano implacable de un nuevo Júpiter: el universo que nos ha engendrado y nos contiene, el universo que nos hastía y que, sin embargo, no puede poner fin á nuestra resistencia ni á nuestra desconfianza. El pesimismo coloca á su secuaz sobre el pedestal de una divinidad ultrajada y paciente, y le expone á su propia admiración, á falta de admiración de los espectadores que le rodean.»

Una de las causas más activas del éxito de esta filosofía, es que da una impresión, una voz á los sordos queji-

dos, á los rencores ó á las reivindicaciones de toda especie que agitan á la sociedad alemana, bajo su disciplinada superficie, oficial y militar. Los estudiantes de las universidades y parte de las clases burguesas aprenden en la escuela y con el pretexto del pesimismo á preguntar en alta voz si las desigualdades monstruosas en las condiciónes del bienestar entran como un elemento eterno y necesario en el plan de la naturaleza. Se maldice la vida tal como está ordenada, y siempre la misma historia, esperando á que la cambie el que sea el más fuerte. Sábese que los síntomas de desafecto casi universal se han multiplicado en una proporción considerable, desde hace algunos años sobre todo. Un escritor muy concienzudo y de mucho talento, Karl Hillebrand, hacía constar, en un artículo de la *National Zeitung*, el hecho siguiente: «Nuestros soldados (y nuestros soldados son la nación) se han visto en contacto, durante su residencia en Francia, con una civilización más antigua y más rica, han vuelto á sus casas con necesidades y aspiraciones que recuerdan de un modo asombroso las necesidades y las aspiraciones de las legiones romanas cuando volvían del Oriente.» La burguesía alemana parece preocuparse menos por la gloria desde que se ha apercibido de que la ha pagado tan cara, al precio de impuestos siempre crecientes y del rudo sistema de milicia nacional á que está sujeta; y en cuanto á las clases obreras—esto ha podido verse en las últimas elecciones de Berlín—están impregnadas de socialismo.

Más de una vez nos ha ocurrido asombrarnos de que la filosofía del nirvana, rejuvenecida por la ciencia moderna, haya tenido un renacimiento inesperado en el siglo XIX y en el pueblo alemán, en el momento mismo en que ese pueblo descendía de lo alto de sus sueños para pisar la tierra firme, y cuando extendía sobre la realidad terrestre una mano necesitada y dura. En el fondo, vemos ya cómo se explica este fenómeno; es una especie de reacción de determinados instintos de esa raza, oprimidos y contrariados por el militarismo exagerado y por la vida de cuartel que esa gloria le impone. El antiguo idealismo alemán, maltratado bajo una disciplina de hierro en una batalla sin tregua que ha remplazado los idilios de otros tiempos y las epopeyas metafísicas, se refugia en una filosofía amarga que protesta contra la dura ley de la lucha por la existencia, que condena el esfuerzo, que maldice la vida, que mide la vanidad de la gloria por el cansancio que cuesta, por la sangre que hace verter, por los resultados que son siempre ó conquistar ó mantener por la fuerza. El pesimismo es lo contrario del triunfo en un pueblo que no es belicoso por naturaleza, á quien obligan á hacer el papel de un conquistador á su pesar, y que en medio de su triunfo tiene visiones de su vida tranquila de otro tiempo y una especie de nostalgia de reposo. Si no puede descansar en otra parte, aspirará á la nada. Esos serán accesos y

crisis, se dirá, sea; pero hay que hacerlos constar.

Entre todas esas influencias, la más importante, la más decisiva, la que con demasiada frecuencia se olvida, es una influencia de un orden completamente filosófico, es la evolución que se ha realizado durante estos últimos treinta ó cuarenta años, el progreso constante de la filosofía crítica que ha destruido los ídolos *metafísicos* con la misma mano segura y hábil con que había minado «los ídolos religiosos». La metafísica gobierna el mundo, sin que éste se aperciba de ello, por una acción de presencia ó de ausencia. No puede desaparecer momentáneamente ni eclipsarse sin que se produzca un profundo desequilibrio en el espíritu humano. Indiquemos con un rasgo las negaciones y las supresiones que se han hecho en la filosofía, ó si se prefiere, las simplificaciones radicales que la han reducido á su más simple expresión, y veremos, á medida que se operan estas supresiones, disminuir el valor de la vida hasta igualarle á cero, y después por debajo del cero, de modo que sólo pueda apreciarse por cantidades negativas, como lo hace el pesimismo.

El cristiano, el deista, el discípulo de Kant encuentran la razón de vivir, aunque la vida sea desgraciada. Tiene ella en sí misma su valor absoluto, determinado por la idea de la prueba, por la educación de la persona humana que vence el obstáculo y el sufrimiento, por la certidumbre de un orden trascendente. Pero suprimamos esas ideas y veremos cómo se empobrece la vida. Queda el deber, que bastará todavía al estoico para pensar que vale la pena de vivir: trabajaba para el fin ideal del universo que concibe aun fuera de toda idea de sanción. Cree en lo absoluto bajo la forma del bien; también esto basta para que viva, basta para que muera satisfecho de una existencia que no habrá sido inútil, con la mirada y el pensamiento fijos sobre ese bien abstracto que venera sin poderlo definir. La crítica prosigue haciendo su obra, juzga que el deber en sí mismo no tiene más que un valor relativo; ó bien, como se nos ha dicho, «es la forma de las relaciones de los fenómenos», ó es un engaño para hacernos obedecer á costa nuestra á las aspiraciones de la especie que necesita nuestro sacrificio. Otra ilusión destruida: cuando se descubre el engaño, nos hacemos indiferentes ó nos rebelamos. El progreso queda, sin embargo, como razón suficiente para vivir. Pero la ciencia demuestra que no hace más que desarrollar nuestra miseria, y que el infortunio humano crece con todo lo que conquista el hombre en el tiempo, en el espacio y en las formas de la naturaleza.

Sólo queda como fin de esta pobre existencia, despojada sucesivamente de todos sus móviles y de todos sus fines: la misma ciencia; pero la ciencia sólo está al alcance de un corto número de individuos, que no encontrarán todos en ella un valor absoluto. La ciencia es un *medio* para des-

arrollar la conciencia, para mejorar la suerte de los hombres sobre la tierra; si sus fines se declaran quiméricos, caerá con ellos el medio, y perderá su valor. ¿Los afectos? Los afectos no son en la vida, tal como nos la pintan, más que razones de sufrir, ó por la traición que nos los arranca, ó por la muerte que nos separa de ellos. ¿El placer? ¿Quién no está convencido de que sería pagar demasiado caro, al precio de tanta angustia y de tanta pena de todo género, algunas sensaciones recogidas de paso y desvanecidas en el acto? ¿Para qué encadenarse, á través de esta dolorosa aversión á la vida, á tan grandes trabajos y disgustos como los que envenenan su corriente? ¿A nosotros mismos, al yo humano?

Nos enseña el último progreso de la filosofía, que la idea del yo «no es más que una apariencia producida en nuestro cerebro, y no contiene más verdad que la idea del honor y del derecho, por ejemplo. La única realidad que responde á la idea que me hago de la causa interior de mi actividad es la del ser que no es un individuo, el Uno-Todo inconsciente». Nada, pues, nada más que ese principio único, absoluto, anónimo, ese inconsciente lúgubre, que encontramos en el fin y en el fondo de todo, un principio ciego que ha sido obligado á vivir por no sabemos qué resorte incomprensible, pero que sufre á consecuencia de ese movimiento que él mismo se imprime, de esa actividad que se impone, y que siente vergüenza y miedo ante su propio ser; cuando se encuentra cara á cara con su imagen en su conciencia, siente horror por lo que ve y se rechaza arrojándose á la nada, de donde ha salido, no se sabe cómo, de donde no debiera haber salido jamás para dar tan triste espectáculo y procurar al mundo ese tormento sin razón, sin tregua y sin fin. Bajo ese punto de vista se nos aparece el pesimismo como el último término de un movimiento filosófico que todo lo ha destruido: la realidad de Dios, la realidad del deber, la realidad del yo, la moralidad de la ciencia, el progreso, y con él el esfuerzo, el trabajo, cuya inutilidad absoluta proclama esta filosofía.

El exceso mismo de estas negaciones y de estas destrucciones nos tranquiliza, probándonos lo artificial y momentaneo de la influencia de esta filosofía. Podrá producirse de vez en cuando en lo historia del mundo, como un síntoma del cansancio de un pueblo trabajado por el esfuerzo industrial ó militar, de una miseria que sufre y se agita sin haber encontrado todavía su fórmula económica ni el remedio, como una confesión de desfallecimiento individual ó propio de una clase en las civilizaciones antiguas, una enfermedad de la decadencia. Pero todo esto no dura.

La actividad útil y necesaria, el deber de cada día, el trabajo, salvan y salvarán siempre á la humanidad de esas tentaciones pasajeras y disipará sus pesadillas. Si por un imposible existiese un pueblo contagiado de ese mal, la necesidad de vivir, que no su-

primen esas vanas teorías, le levantaría pronto de ese letargo y le conduciría de nuevo hacia su fin invisible, pero cierto. Esos estados son un entretenimiento de los que nada tienen que hacer, ó una crisis demasiado violenta para ser larga. El carácter del pesimismo nos revela su porvenir: es una filosofía de transición.

En el orden político, es como en Alemania, la expresión de una laxitud momentánea de la acción, ó profundos sufrimientos que se agitan secretamente; denuncia una especie de socialismo vago é indefinido que sólo espera un momento favorable para estallar, y que mientras tanto aplaude con todas sus fuerzas esos anatemas románticos contra el mundo y contra la vida. En el orden filosófico, representa el estado y el espíritu como suspendido sobre el vacío infinito entre sus antiguas creencias que han sido destruidas una á una y el positivismo que se resigna á la vida y al mundo tal como son. También hay aquí una crisis y nada más.

El espíritu humano no se mantendrá mucho tiempo en esta trágica actitud: ó bien renunciará á esta postura violenta y desesperada de luchador, cansado de insultar á los dioses ausentes ó al destino sordo á sus gritos teatrales, bajará la frente y volverá á la sabiduría de Cándido, que le aconseja que «cultive su jardín», ó bien, haciendo un esfuerzo para volver á la luz, recobrará el antiguo ideal abandonado por promesas ilusorias, al que ha destruido el positivismo sin poder reemplazarle y que renacerá un día de sus ruinas, más fuerte, más vivo, más libre que nunca, en la conciencia del hombre.

E. Caro.

EL MOVIMIENTO PEDAGÓGICO EN ESPAÑA

I. El Congreso pedagógico hispano-portugués-americano.—II. Composición del Congreso. III. Discusiones y conclusiones.—IV. Libros de pedagogía.

El primer signo de que un pueblo comienza á regenerarse, ó siente á lo menos el deseo de hacerlo así, es que convierta su atención, en movimiento reflexivo y serio, al estudio de sus propias cualidades y faltas, para conocerse tal cual es y plantear, sobre este dato positivo, el problema de los remedios que deben allegar para aquel fin.

Tal es el sentido íntimo y la grande importancia que debe verse, como fondo común, en las diversas iniciativas que, lo mismo en el terreno de la pura historia que en el de la antropología, la sociología, el derecho, etc., inclinan con preferencia el ánimo de los estudiosos al conocimiento del sujeto nacional (en vez de perderse en vagas generalidades ó en dilettantismos de ciencia extraña), y con intento de aprovecharlo como base del plan de reformas que se requieren.

Pues quizá es de todos estos movimientos el que más directamente toca ese propósito común, el movimiento pedagógico: y consuela un tanto ver que, en medio de nuestro deplorable atraso, y, lo que es peor, suicida indiferencia y atonía, van de momento en momento multiplicándose las voces que en la escuela, en los institutos, en la propia Universidad (tan cerrada por tradición á tales preocupaciones, que, sin embargo, le interesan de lleno) y en la masa general del país, denuncian paladinamente los defectos de nuestra educación nacional, y piden con espíritu generoso, sin mezquindades de bandería, llamando á todas las puertas para huir del terrible *regnum divisum*, que se ponga fin á tan hondo y trascendente daño.

No es ya, en efecto, la pedagogía, ni disciplina que se concreta á un solo grado de la enseñanza, á un solo tiempo de la edad del hombre, ni culto privativo y como heteróclito de un corto grupo de gentes, sino que abraza todos los grados y todas las edades de uno y

otro sexo, y por ella se interesan gentes de diversos campos, categorías y sentido. Por esto mismo, es decir, por formar ya *serie* la corriente pedagógica, parécenos llegado el momento de señalarla al público, para que de una vez aprecie éste la intensidad de su fuerza, la razón con que va calando en el fondo del alma nacional y las características de orientación que ofrece.

La ocasión no puede ser más propicia, aun en el orden de los hechos externos y visibles, sin los que muchos hombres no se dan por avisados del eterno y constante latir de las energías sociales: ya que en corto plazo han coincidido la publicación de algunos libros de gran interés y la celebración de un Congreso pedagógico. Con referencia á estos hechos, principalmente, trazaremos la presente reseña crítica.

I

En 1882 se celebró en España el primer Congreso nacional pedagógico, comprensivo solamente de la primera enseñanza y debido á la iniciativa de la benemérita sociedad de Madrid, «El Fomento de las Artes». En 1888, con motivo de la Exposición universal de Barcelona, se repitió la experiencia, también limitada al primer grado de la enseñanza oficial. Ahora, con ocasión del Centenario del descubrimiento de América, hubieron de manifestarse á la vez y en diferentes grupos, vivos deseos de convocar un tercer Congreso con programa más amplio que los anteriores, á semejanza del convocado en 1870. Estos deseos se concretaron muy luego en dos iniciativas fundamentales, la de «El Fomento de las Artes» y la de algunos profesores primarios de Madrid, iniciativas que al cabo se fundieron en una sola, publicando juntas el programa de un Congreso pedagógico hispano-portugués-americano, comprensivo de todos los grados de enseñanza y abierto á todas las opiniones y tendencias. Con este objeto, la comisión organizadora solicitó la cooperación de todos los elementos que se interesan ó pueden interesarse en el progreso de la educación nacional, y justo es decir que todos ellos aparecen representados en las adhesiones, aunque en la efectividad de cooperar activamente á la obra del Congreso hayan predominado los hombres de un sentido liberal más ó menos acentuado.

La comisión de bases formuló su programa, que fué aprobado por la organizadora, y en virtud de él quedó establecido que formarían parte del Congreso todas las personas de España, Portugal, las Repúblicas hispanoamericanas y el Brasil que lo deseasen, y enviaran su adhesión, rompiendo así con la estrechez que representaría la exigencia de un título académico ó de una representación oficial. A la vez, se invitó á las corporaciones, sociedades y centros docentes, para que nombrasen representantes; habiendo respondido todos, lo mismo

los administrativos que los técnicos, públicos y privados, al buen deseo de la comisión.

Se acordó igualmente que el Congreso se dividiría en las cinco secciones siguientes:

1.ª Enseñanza primaria.
2.ª Enseñanza secundaria.
3.ª Enseñanza técnica.
4.ª Enseñanza superior.
5.ª Enseñanza de la mujer.

Los temas correspondientes á cada una, se formularon del siguiente modo:

1.ª *Sección.* — Bases capitales para un buen sistema de educación primaria, y medios prácticos de desenvolverlas.

2.ª *Sección.*—Principios á que debe obedecer la organización de la segunda enseñanza.

3.ª *Sección.* — Carácter y extensión de la enseñanza técnica y de los estudios de aplicación.

4.ª *Sección.*—Bases fundamentales de la organización universitaria.

5.ª *Sección.*—Concepto y límites de la educación de la mujer, y de la aptitud profesional de ésta.

La comisión organizadora recomendó el siguiente programa, que desarrolla los anteriores temas:

1.ª *Sección.*

1. Carácter y organización que corresponden á las Escuelas normales y manera de restablecer las prácticas de la enseñanza que necesitan hacer los alumnos de ellas. ¿Cómo ha de procederse para que las Normales continúen ejerciendo su influencia sobre los maestros que formen y las escuelas que éstos regenten?

2. Organización que deba adoptarse para la inspección de la primera enseñanza, á fin de que pueda ejercer una constante y eficaz acción pedagógica sobre las escuelas. ¿Debe encomendarse á la mujer la inspección de las escuelas de niñas?

3. Requisitos que deben exigirse para el ejercicio de la primera enseñanza pública y privada. ¿Por quién, cómo y de qué manera deben nombrarse y pagarse los maestros públicos?

4. Bases en que debe descansar la organización pedagógica de las escuelas, y materias y ejercicios que debe comprender el programa para que resulte una educación completa. Necesidad y modo de establecer relaciones entre las escuelas y las familias de los alumnos.

5. Medios de promover la educación física en general y de implantarla en las escuelas. Ejercicios corporales más adecuados en éstas. Información acerca de los juegos infantiles en los países que concurran al Congreso.

6. Elementos que deben concurrir á integrar en las escuelas un buen régimen higiénico, y modos prácticos de utilizarlos. Manera más adecuada de proceder, respecto de la enseñanza de la higiene, para que los escolares se la asimilen y la practiquen.

7. Medios más adecuados para la educación y cultura de los sordo-mudos y los ciegos.

2.ª *Sección.*

1. Relación de la segunda enseñanza con la primaria. ¿Son ambos períodos de un mismo grado de cultura?

2. Relación de la segunda enseñanza con los demás grados de la instrucción pública. ¿Cómo debe entenderse?

3. Unidad ó pluralidad de sistemas de segunda enseñanza. La segunda enseñanza especial.

4. Programa de la enseñanza secundaria.

5. Carácter que debe darse á la segunda enseñanza para que influya en la cultura popular.

6. La educación física en la segunda enseñanza. Juegos y otros ejercicios corporales más adecuados y más en uso en los países convocados al Congreso, para los alumnos de este grado de cultura.

7. Formación y elección del profesorado de segunda enseñanza. Procedimientos más adecuados.

3.ª *Sección.*

1. Organización más conveniente de las Academias ó Escuelas de esta clase. Escuelas de Artes y Oficios, de Industrias artísticas, de Comercio y de Bellas Artes. ¿Como deben establecerse estas escuelas, desde el punto de vista de su necesidad y de las condiciones especiales de cada comarca?

2. Enseñanzas teóricas y manuales que pueden introducirse en las escuelas primarias, como preparatorias de la enseñanza técnica. El establecimiento de talleres en las escuelas, ¿puede responder á este fin?

3. Procedimientos más adecuados para la enseñanza de un oficio á los sordo-mudos y los ciegos.

4. Modo de combinar con la enseñanza técnica la educación física de los jóvenes que á ella se dediquen. Ejercicios corporales más propios al efecto.

5. Formación y elección del profesorado de las diferentes enseñanzas técnicas. Procedimientos más convenientes.

4.ª *Sección.*

1. Carácter de los estudios universitarios. Relación entre las enseñanzas facultativas y profesionales.

2. ¿Debe existir separación entre las enseñanzas de las Facultades de Letras y de Ciencias?

3. Modos como pueden contribuir las Universidades á la cultura general.

4. Organización del trabajo científico. Clases prácticas y establecimientos auxiliares.

5. Pensiones y Asociaciones escolares.

6. Juicio acerca del sistema general de exámenes.

7. Procedimientos más adecuados para la formación y la elección del profesorado de la enseñanza superior.

8. La educación física en relación con este grado de la enseñanza. Ejercicios corporales más á propósito. Información acerca de los juegos físicos

propios de este grado, en los países que concurran al Congreso.

9. Relación internacional de las Universidades. Validez de los estudios y grados académicos.

5.ª *Sección.*

1. Relaciones y diferencias entre la educación de la mujer y la del hombre.

2. Medios de organizar un buen sistema de educación femenina y grados que ésta debe comprender. Cómo pueden utilizarse los organismos que actualmente la representan en punto á la cultura general.

3. Aptitud de la mujer para la enseñanza. Esferas á que debe extenderse.

4. Aptitud de la mujer para las demás profesiones y límites que conviene fijar en este punto.

5. La educación física de la mujer.

Nótese la importancia concedida, muy justamente, al problema de la educación de la mujer, que constituye hoy una de las preocupaciones más salientes de los pensadores europeos, y no sólo de los propiamente pedagogos, sino de los políticos como Gladstone y Bebel, de los filósofos y de los experimentadores como Mosso, D'Aguanno y Le Bon. Y conviene decir muy alto que esta nota del Congreso, enteramente nueva en España, por lo cual pudiera parecer atrevida, ha obtenido el éxito más franco y expontáneo que cabía imaginar, dado el estado de nuestra cultura; promoviendo, no sólo la concurrencia de gran número de hombres interesados en aquel problema, sino también la de muchísimas mujeres que con sus trabajos han ofrecido la primera prueba de la razón que asiste á los que defienden su aptitud para la cultura y la necesidad de promoverla ampliamente, como principal elemento de la dignificación del sexo que una inveterada tradición sensual y despreciativa ha venido llamando por antonomasia «bello» y «débil».

Todavía interesa advertir que, si esta importancia dada á una cuestión especial y la extensión del Congreso á todos los grados de enseñanza, han obtenido el asentimiento general de los convocados, no ha sucedido lo propio con el carácter de internacional (aunque limitado) que se dió á aquél desde un principio: pensando algunos que, no obstante las razones de fraternidad y aun las de comunidad de problemas que nos unen al pueblo postugués y á los hispano y luso-americanos, parece atrevida la idea de convocarlos á una reunión de este género, cuando es tal el estado de nuestra patria, por su atraso, que no nos permite ofrecer á los extranjeros sino el espectáculo de un país pobre y desgraciado, que tiene la organización pedagógica y la administración de su enseñanza en una situación de que han salido ya, hace mucho, todos los pueblos cultos. Sin embargo de esta reflexión, los propios que la hacían han concurrido al Congreso, movidos por la esperanza de que siempre había de ser útil, en cuanto habría, mediante él, ocasión de

consultar nuestros problemas pedagógicos con grandes autoridades en este orden, oyendo saludables consejos, y, especialmente, aprovechándolo para establecer la comunicación, de que tan necesitados estamos, con las personas que en los demás países se preocupan por estas cuestiones. Algo también de estas prudentes y modestas reservas se expresaron en la circular de la comisión organizadora del Congreso.

Queda, en fin, por señalar dos aspiraciones de esta comisión. Aparte de las Memorias que con el carácter de ponencias habían de servir para la exposición de los temas del programa y como base de las discusiones, se acordó admitir todas las que se quisieren enviar sobre los mismos temas; solicitando á la vez informaciones, dictámenes, notas estadísticas, etc., referentes á la ciencia pedagógica y sus relacionadas, los resultados de ensayos de métodos, procedimientos y medios auxiliares de enseñanza y el estado de ésta en los países llamados al Congreso. Este deseo, así como el de celebrar una Exposición pedagógica, no han podido cumplirse sino en parte, en virtud de dificultades surgidas, y, en especial, por la falta de tiempo.

II

El criterio amplísimo é imparcial que la comisión organizadora había tenido (deseosa de hacer del Congreso una obra común de todos los que se interesan por las cuestiones pedagógicas) en las invitaciones particulares y en la general de sus circulares, produjo la concurrencia de personas de todas las ideas y de todos los partidos políticos, cuyos principales nombres, combinados, figuraron luego en la mesa efectiva del Congreso, en la de honor y en las de secciones.

Prescindiendo ahora de la representación portuguesa, hispano-americana y brasileña de que luego hablaré especialmente, creo de justicia citar los nombres españoles más caracterizados que han formado parte de las citadas mesas, á cuya actividad y celo se debe gran parte del éxito alcanzado.

Para la presidencia, fué elegido don Rafael M. de Labra, del cual no es preciso enumerar los bien conocidos títulos que le hacen acreedor á la consideración y gratitud de todos los que se preocupan por el progreso de la enseñanza en España. Vicepresidentes de la mesa efectiva han sido los señores Sardá, profesor de la Escuela Normal Central de Maestros, y Morán, director en Madrid de un colegio privado de primera y segunda enseñanza; y de la secretaría fueron encargados el distinguido y popular escritor y antropólogo Sr. Salillas, el Sr. Díaz Ocaña, el Sr. Aguilera Garrido, ilustrado maestro de instrucción primaria de Madrid, y (lo que constituye otra de las grandes novedades de este Congreso) una señora, doña Matilde García del Real, Inspectora de las escuelas de niñas y autora de libros muy interesantes sobre asuntos pedagógicos.

En la mesa de la sección primera han figurado: como presidente, D. José M. Pontes, profesor en la «Asociación para la enseñanza de la mujer»; como vicepresidentes, doña Carmen Rojo, directora de la Escuela Normal Central de Maestras, y D. Hilario Sánchez, maestro de Madrid, y como secretarios, D. Pedro Izquierdo y Ceacero, maestro; doña Concepción Sáiz, profesora de la Normal; D. Eugenio García Barbarín, maestro, y doña María Carbonell, maestra de instrucción primaria de Valencia.

La mesa de la segunda sección estaba compuesta por D. Ricardo Becerro de Bengoa, profesor del Instituto de San Isidro, presidente; D. Enrique Serrano Fatigati, profesor del Instituto del Cardenal Cisneros, tercer vicepresidente; y secretarios, los Sres. D. Agustín Caballero, maestro primario; D. Blas Valero, profesor del Instituto de Tarragona, y la señorita doña María Goyri, maestra superior é institutriz.

De la tercera sección han sido: presidente, el conocido hombre público D. Manuel Becerra; vicepresidentes segundo y tercero, D. Jenaro Alas, cuyos estudios sobre la organización de la enseñanza militar son bien conocidos, y D. Manuel Luxán, ingeniero militar, y secretarios, D. Horacio Bentabol, ingeniero civil, y D. Eusebio Jiménez, ingeniero militar.

De la cuarta sección ha sido presidente D. José Rodríguez Carracido, catedrático de la facultad de Farmacia, y vicepresidente tercero D. Manuel Torres Campos, profesor en la Universidad de Granada. Las secretarías han estado desempeñadas por D. Adolfo Posada y D. Aniceto Sela, profesores en la Universidad de Oviedo, la doctora doña Matilde Padrós y el que firma esta crónica.

Por último, la quinta sección, la dedicada á la enseñanza de la mujer, ha tenido esta brillantísima mesa:

Presidente, D. Manuel Ruiz de Quevedo, que lo es de la «Asociación para la enseñanza de la mujer».

Vicepresidente 1.°, doña Emilia Pardo Bazán, cuyo nombre, por conocido de todos, no necesita adjetivos.

Vicepresidente 2.°, doña Berta Wilhelmi de Dávila, iniciadora, en Granada, de las colonias escolares de vacaciones y autora de una Memoria sobre este generoso medio de educación.

Vicepresidente 3.°, D. Rafael Torres Campos, profesor en la Escuela Normal Central de Maestras.

Secretarios: D. Luis Ballesteros, maestro de Madrid; doña Asunción Vela, secretaria de la «Asociación para la enseñanza de la mujer»; doña María Fernández y doña Concepción Alexandre, doctora en Medicina.

Constituidos de este modo, y con el concurso que se dirá luego de los elementos portugueses é hispano y luso-americano, los organismos directores del Congreso, se celebró el día 12 de Octubre último la sesión preparatoria, en la cual los señores congresistas nombraron las mesas de honor en la forma siguiente, que revela una vez más el juego libre y amplio que han

tenido todas las tendencias científicas y sociales.

Mesa de honor del Congreso en pleno:

Excmo. Sr. Ministro de Fomento.

General Riva Palacio, ministro de Méjico.

Sr. Rector de la Universidad de Madrid.

Sr. Rector de la Universidad de Coimbra.

Señora doña Concepción Arenal.

Sr. D. Manuel María José de Galdo.

Señora doña Soledad Acosta de Samper, escritora venezolana.

Señora doña Amalia Vaz de Carvalho, distinguida escritora portuguesa.

Sr. Theophilo Braga.

Dr. J. Berra, ilustre pedagogo del Uruguay.

D. Mariano Carderera, escritor de pedagogía.

D. Francisco Giner de los Ríos, profesor en la «Institución libre de enseñanza».

D. Adolpho Coelho, pedagogo portugués.

Presidencia de las secciones:

1.ª (Enseñanza primaria): D. Santos María Robledo, inspector general de las escuelas públicas.

2.ª (Enseñanza secundaria): Don Francisco Commelerán, profesor en el Instituto del Cardenal Cisneros.

3.ª (Enseñanza técnica): D. Francisco Coello, presidente de la Sociedad Geográfica de Madrid.

4.ª (Enseñanza superior): D. Manuel María Piernas, ex-profesor de la Universidad Central.

5.ª (Enseñanza de la mujer). Don Juan Facundo Riaño, ex-director general de Instrucción pública y ex-profesor en la Escuela de Diplomática.

Constituido ya definitivamente el Congreso, el día 13 se celebró la sesión inaugural, presidida, en nombre del Gobierno, por el señor ministro de Fomento.

En los cuatro días sucesivos discutieron sus temas separadamente las cinco secciones, y el 17 empezaron las sesiones generales, prolongadas más de lo usual hasta el 27, en que tuvo lugar la de clausura. Téngase en cuenta que, tanto las secciones como el Congreso en pleno hubieron de reunirse, en un mismo día, dos y aun tres veces: dato que bastará para formar idea del número de sesiones celebradas, muy superior al cálculo que la propia mesa directiva se había hecho.

No quiere esto decir que la aglomeración de gente haya sido excesiva. Pudiera ayudar á creerlo el número respetable de congresistas inscritos: 2.475; pero el dato á que verdaderamente hay que atender es al de los congresistas que han asistido, y no se puede negar que el número de éstos es bien inferior al de aquéllos, como sucede siempre en todo género de Asambleas libres.

Descompónese la cifra antes expresada, del siguiente modo, según los datos que obran en secretaría:

España.

Cargos superiores de la Administración.	30
Universidades y profesores de enseñanza superior.....	93

Institutos y profesores de segunda enseñanza	107
Escuelas especiales	78
Juntas é inspectores de primera enseñanza	60
Escuelas normales	153
Maestros y maestras de enseñanza pública	688
Idem íd. privada	288
Profesiones diversas	480
Corporaciones y asociaciones	138
Otros cargos	59
Periódicos, escritores é indefinidos	153
Adheridos de Ultramar	18
Portugal	51
América latina	60
Otros países	19

Nótese, en primer lugar, que, no obstante ser este Congreso el primero que se celebra en España comprensivo de todos los grados oficiales de la enseñanza y aun de problemas ajenos á ella, el contingente mayor de adheridos lo da la enseñanza primaria. El hecho es de lógica explicación. El único cuerpo académico que tiene alguna tradición pedagógica es el de maestros primarios, y el problema de la educación nacional ha empezado á verse y á preocupar en todas partes con relación á la escuela primaria. Los maestros tienen, además, á su favor el precedente de dos Congresos nacionales (1882 y 1888) y alguno regional; mientras que los profesores de los demás grados, para quienes el problema es, en tesis general, nuevo, no se han reunido nunca para cambiar ideas acerca de él y romper el aislamiento y desorganización individualista que les aqueja. Esto se vió muy bien en las tareas del Congreso.

No son muchos los profesores de enseñanza superior que han tomado parte en las discusiones de su sección, siendo de notar que, entre los que faltaron, no obstante haberse adherido expontáneamente, figuran algunos residentes en Madrid y caracterizados por sus ideas expansivas; pero si se tiene en cuenta las condiciones antes expresadas, todavía parecerá un triunfo, muy interesante sin duda, que la primera reunión celebrada por el profesorado superior para tratar de cuestiones de educación y enseñanza haya rido relativamente numerosa, y tan animada y de buen resultado como luego ha de verse.

No ha respondido mejor el profesorado secundario, en que se notaron bastantes huecos, sin embargo de ser muchos los catedráticos adheridos. En cuanto á las personas ajenas á la enseñanza oficial que han concurrido al Congreso, justo es decir que suben á respetable número, formado en su mayor parte por profesores privados, escritores de pedagogía y señoras. El cuerpo escolar ha tenido igualmente representación muy superior á lo que podía esperarse.

Esto, en cuanto á España. De las demás naciones convocadas, corresponde el primer puesto á Portugal. Las Repúblicas hispano-americanas y el Brasil, aunque se adhirieron al Congreso y nombraron sus representantes, no han contribuido tan activamente como era de su deseo á los trabajos de aquél; debido, de una parte, al retraso

con que llegaron las invitaciones y los programas, y de otra, á los temores que la aparición del cólera en algunos puntos de Europa hubo de despertar en América, muy justamente. Por esto, salvo la representación diplomática que concurrió á las sesiones de apertura y clausura, el Congreso no ha oído más voz americana que la del profesor y delegado costarriqueño Sr. Ferraz. También han sido escasas las Memorias enviadas, aunque entre éstas las haya tan importantes como la del pedagogo uruguayo Sr. Berra, y la de la escritora doña Soledad Acosta de Samper. El Congreso, no obstante, reservó varios puestos de honor á la representación americana, según se hace notar en párrafos anteriores.

Portugal ha concurrido de una manera espléndida, con 39 Memorias impresas, cincuenta y tantas manuscritas y una interesante colección de libros, fotografías y documentos de que se formó una exposición pedagógica especial. La mayoría de estos objetos ha pasado luego al Museo pedagógico á título de donativo. La representación personal ha sido numerosa y escogida, figurando en ella el Dr. Bernardino Machado (verdadero director y organizador de la sección de su país en el Congreso), y los Sres. Pinheiro Chagas, Simões Raposo y Vasconcellos, presidente de la Asociación académica de Lisboa, todos los cuales han intervenido en las discusiones. Entre los adheridos y firmantes de las Memorias se destacan los nombres de Th. Braga, Rocha Peixoto, Serpa Pimentel, Abreu, Freire, Rodrigues, Sousa Pinto, Ferreira, Almeida y Cincinato da Costa.

Trazadas estas líneas generales, vengamos á determinar los caracteres y resultados científicos del Congreso.

III

Según la mente de la comisión de bases, los trabajos habían de tener dos períodos: uno, que se consideraba como el principal, dedicado á la reunión de las secciones declaradas autónomas, las cuales discutirían sus temas respectivos con toda la amplitud que fuese necesaria y formularían las conclusiones; otro, en que estas conclusiones se llevarían á la asamblea general del Congreso para ser allí ratificada ó no su aprobación. El peligro de este régimen fué advertido bien pronto; y ante la consecuencia casi segura de que las discusiones del Congreso en pleno no fueran más que repetición de las ocurridas en las secciones, con el aditamento de la mayor retórica que las grandes reuniones suelen provocar, hubo algunos elementos de la comisión organizadora, y aun de la de bases, que pensaron sería lo mejor dejar en plena libertad á las secciones para que éstas llevasen al Congreso, no todas las conclusiones votadas, sino tan sólo las que pareciera necesitaban, ó de más amplio debate, ó de la superior sanción de la asamblea general para su mayor fuerza. Con ser esta opinión más con-

forme con el discreto deseo de los que trataban de cortar los excesos oratorios, tan frecuentes y perjudiciales en reuniones deliberantes, todavía no expresaba la nota más radical, y á nuestro parecer más razonable, de algunos congresistas; á saber: que sólo se celebrase una sesión de Congreso en pleno, en la cual se diese meramente cuenta y se votasen (si se creía preciso) las conclusiones ampliamente discutidas y aprobadas por las secciones. Prevaleció, no obstante, un aparente término medio, que consistió en nombrar una comisión de conclusiones cuyo objeto era presentar al Congreso, concretadas y resumidas en pocas, todas las votadas parcialmente por las secciones. El efecto de esta medida no se hizo esperar. Ha habido ocho secciones de Congreso en pleno, sin contar la última, dedicada á la presentación de mociones y adopción de acuerdos sobre la votación, y la de clausura; y en ellas se ha repetido punto por punto el debate, con más aparato, pero quizá con menos provecho que en el primer período.

En cuanto á la votación, se comprendió en seguida que era muy difícil hacerla por signos convenidos, é imposible nominalmente, tratándose de una asamblea tan numerosa. Se adoptó, como medio más adecuado, la votación por escrito, en la forma realizada por otros Congresos. Las conclusiones así votadas las redactó la comisión correspondiente (de acuerdo con los ponentes y oradores de las secciones y en vista del giro de la discusión en la asamblea general), y no invalidan las que cada sección aprobó antes especialmente, distinguiendo así entre el Congreso en pleno y aquéllas. El resultado no es aún conocido.

***

Los temas que más parece haber interesado á los congresistas son los de las secciones quinta (educación de la mujer) y primera (enseñanza primaria). Son, en efecto, los que han atraído mayor concurrencia y suscitado más viva discusión.

En la primera han intervenido exclusivamente los maestros primarios, algunos profesores de las Normales, contado número de funcionarios administrativos de la enseñanza y un solo profesor extranjero, el Sr. Simoes Raposo; circunstancia debida quizá á la división de secciones, que ha impedido estuviesen en cada grupo las personas más directamente interesadas en los problemas especiales correspondientes, como sucedió en el Congreso de 1882, ceñido á la primera enseñanza.

Se discutieron todos los temas, dando más importancia á los de carácter administrativo y deteniéndose quizá demasiado en pormenores de organización burocrática. El criterio predominante acusa cierto progreso en las cuestiones técnicas, pero ninguno en las de organización, notándose más bien recrudecimiento del formalismo tradicional. Así, en las conclusiones del tema tercero se incluye la exigencia

del título de maestro, no sólo para la enseñanza pública, sino también para la privada, para la Inspección y para todos los cargos técnicos ó administrativos del ramo: manteniendo á la vez la forma de oposición para ingresar en las escuelas en lugar del nombramiento hecho por las propias Normales en que se educa el maestro, según propuso el ponente del tema Sr. Herrainz (director de la Normal de Maestros de Segovia); y en las del tema segundo se exige como condición para ser inspector haber desempeñado escuelas públicas por oposición y poseer título de la mayor categoría que se expida en la Escuela Normal Central (es decir, ser profesor normal).

En cambio de esta exageración formalista, se ha votado la unificación de título; el aumento de sueldos, siendo el mínimun de 1.000 pesetas; la atribución de las escuelas de párvulos á las maestras, exclusivamente; el pago de las atenciones de primera enseñanza por el Estado; la ampliación del programa hasta hacerlo integral, introduciendo en él estudios nuevos como el Derecho, el Arte, la Sociología y la Antropología general; el establecimiento de excursiones, visitas y de colonias escolares, aunque en estas últimas parece haber error de expresión, puesto que las conclusiones hablan de colonias agrícolas, industriales, artísticas, etc.; la necesidad de atender á la educación física mediante los recreos al aire libre en los intermedios de clase á clase; el emplazamiento de los edificios escolares en el campo y cercanías de las poblaciones, construyéndolos según los dictados de la higiene en punto á iluminación, ventilación, desinfección, etc.; el establecimiento de registros antropológicos, con observaciones antropométricas, según se practica ya en alguna escuela pública; algo de reconocimiento del sistema cíclico; el carácter eminentemente profesional de las Escuelas Normales; la unión de éstas con la Inspección de modo que formen un solo organismo; la separación de las escuelas de sordomudos y las de ciegos, y la reducción del número de alumnos á 50... Quedaron, sin embargo, por discutir cuestiones tan importantes como el modo de dar carácter técnico á las funciones de inspección; la manera cómo pueden seguir influyendo las Normales en la cultura de los maestros que regentan escuelas, y la relación entre éstos y las familias de los alumnos; y se rechazaron proposiciones como la de formación de grupos escolares y la de organización de las prácticas en las Normales, que merecían por su buen sentido mejor acogida.

***

La quinta sección (educación de la mujer) ha excedido á todas en movimiento, en concurrencia y en el interés despertado por sus discusiones. Nótese que es la primera vez que en España se trata, en reunión pública y numerosa, de aquel importantísimo problema; y ciertamente, el empeño

con que se ha debatido, da buena muestra de que empieza á preocupar á las gentes de cultura, y, sobre todo (lo que más importa), á las mismas mujeres. Estas, en efecto, han concurrido con grande y altísima representación. Las Memorias principales sobre el tema á ellas se deben, y bastará citar la general suscrita por la ilustre escritora doña Concepción Arenal; la de doña Emilia Pardo Bazán (cuyo nombre es bien conocidos de todos), sobre el tema primero; la de doña Berta Wilhelmi, sobre el cuarto; la de doña Carmen Rojo, sobre el segundo, y la de una señora americana de gran reputación en el mundo de las letras, doña Soledad Acosta de Samper. De las Memorias presentadas por hombres deben mencionarse la citada del señor Berra (tema primero), las de los señores Sama y Pulido (tema quinto) y la de D. Rafael Torres Campos (tema cuarto.)

Regla general: las conclusiones de los firmantes han sido radicales, abogando por la igualdad de la educación del hombre y de la mujer, ó, cuando menos, por una mayor amplitud en la educación de ésta, pidiendo, juntamente, la libertad de ejercer todo género de profesiones, y en especial las de la enseñanza, medicina, farmacia, ingeniería y sus análogas, ciertos destinos de la administración pública (como los de Museos, Bibliotecas, etc.), y los del comercio y la industria. También ha sido nota de una de las ponencias (la del Sr. Torres Campos) abogar por la enseñanza mixta, es decir, por la unión de ambos sexos en todos los establecimientos educativos.

Semejante conformidad en las conclusiones no debe inducir á error en punto al estado de la opinión pública respecto de estos problemas. Los firmantes de las Memorias son precisamente aquéllos á quienes interesa la cuestión de la enseñanza de la mujer y de su dignificación, y, por esto mismo, se halian inclinados á resolverla amplia y favorablemente; pero la gran masa del Congreso y del país—aunque empieza á preocuparse por el problema mismo—está lejos de llegar á una resolución satisfactoria. Bien es verdad que, no obstante haberse discutido y combatido mucho las mencionadas conclusiones, pareció al fin que el Congreso cedía bastante en favor de la mujer; pero esto que, á lo sumo, representa una cierta victoria formal, satisfactoria en una primera campaña, no asegura, por desgracia, de la inclinación interna y convencida del público que, por otra parte, sería locura pretender conseguir de golpe, contra la inmensa fuerza de la tradición y la rutina.

Justo es decir que las mismas interesadas han predicado con el ejemplo, tomando parte en la discusión, no sólo las señoras citadas anteriormente como autoras de las ponencias, sino también otras muchas, la mayor parte en pro de las conclusiones expansivas. En igual sentido han hablado no pocos profesores, médicos y publicistas, como los Sres. Vidart, Sela, Sardá, Espina, Pulido, San Martín, Ferraz, Sama, To-

rres Campos (D. R.) y Salillas. No se votaron conclusiones, volviendo á discutirse en la Asamblea general todas las Memorias, lo cual reprodujo, en mayores proporciones, el debate.

***

La segunda sección (enseñanza secundaria) ha tenido menos público, compuesto, casi exclusivamente, de profesores oficiales de provincias. Las Memorias presentadas ascendían á trece, la mayor parte comprensivas de todos los temas. La sección se ha pronunciado en sentido muy restrictivo y estrecho en punto á casi todos los problemas discutidos. En las conclusiones se mantienen los exámenes en la misma forma actual, y la oposición, como medio de ingresar en el profesorado, si bien á la vez se recomienda la creación de un Centro pedagógico para los aspirantes á él.

La diferencia entre este criterio y el de otras secciones merece notarse, tanto más cuanto que, considerando la segunda enseñanza como una cosa particularísima y totalmente diferente de los demás grados, ha habido profesor que ha votado la supresión de los exámenes en la Universidad y su sostenimiento en los institutos.

Semejante rigor rutinario apenas si bastan á templarlo otras conclusiones en que se consigna el reconocimiento del carácter educativo de la segunda enseñanza (como las demás secciones lo han reconocido en sus respectivos grados, siendo esta una conquista en que se muestra unánime el Congreso); la necesidad de subir la edad escolar; la condición experimental y práctica de los estudios secundarios, y el mantenimiento de la unidad de éstos, sin bifurcaciones, ponderando la representación en el programa (aunque sin decir en qué forma) de las disciplinas literarias y las científicas. También acordó la sección que cada dos años se celebrasen asambleas de profesores, para discutir los problemas relativos á la segunda enseñanza. De esperar es que esta práctica, si arraiga, influirá mucho en la clase profesional, y hará progresar su sentido pedagógico en provecho del grado de educación á que pertenece.

***

La cuarta sección (enseñanza superior) ha sido una de las más familiares y menos retóricas, animada constantemente de un elevado espíritu progresivo y mantenedora del criterio de resolver por sí las cuestiones puestas á discusión, sin renovar el debate en la Asamblea general. Por este motivo redujo todas las conclusiones votadas á seis, que se presentaron al Congreso en pleno, y que fueron bien recibidas por éste. Son como sigue:

1.ª En su sentido más genuino, constituyen la Universidad la universalidad de las enseñanzas de la cien-

cia pura, con carácter de alta investigación, para lo cual habrán de organizarse en ella los trabajos con arreglo á los principios realistas é intuitivos, y mediante la condición previa de la reducción del número de alumnos en cada clase.

2.ª Reconociendo en lo exterior la superioridad del Estado, en el gobierno interior será autónoma la Universidad, principalmente en lo qu se refiere al número y calidad de las enseñanzas, distribución y aplicación de los fondos y elección del personal que ha de desempeñar aquéllas y dirigir la vida del Centro docente. Para realizar esta aspiración, se adoptarán temperamentos prudentes que preparen sin violencia el cambio respecto de la organización actual.

3.ª El fin de la Universidad no se limita á la instrucción, sino que se dirige á la educación total de la juventud, mediante la intimidad de vida entre alumnos y profesores, a intervención de los primeros en el gobierno de la Universidad, la formación de asociaciones escolares y demás medios oportunos.

4.ª En el supuesto de la reducción de los alumnos de cada clase, de la organización del trabajo científico y del carácter educativo de la Universidad, el examen por asignaturas se sustituirá por el juicio personal de cada profesor, formado en vista de la conducta constante del alumno durante el curso.

Respecto de los alumnos no oficiales, se organizarán, para prueba de su aptitud, ejercicios conformes con el espíritu general de los trabajos á que alude la conclusión primera.

5.ª El profesorado de las Universidades se formará en el período del doctorado, organizando éste, á la vez que como escuela de altos estudios, como escuela normal, con lecciones y prácticas de carácter pedagógico. El ingreso en el doctorado será por oposición.

6.ª La Universidad atenderá á la educación física de sus alumnos, mediante la reforma de los locales y mobiliario, de modo que reunan condiciones higiénicas; la habilitación de salas para descanso y para ejercicios gimnásticos adecuados; la libre entrada en sus jardines, si los posee, y el aprovechamiento de terrenos propios, ó de otras corporaciones que los presten, para formar campos escolares de juegos. Para la obtención de estas mejoras se constituirá, en cada establecimiento, un comité de educación física.

Estas conclusiones, que muestran claramente, sin necesidad de comentarios extensos, el criterio relativamente avanzado del grupo importante de profesores que ha trabajado en la sección, fueron añadidas con el acuerdo siguiente, que demuestra solícito interés hacia las cuestiones pedagógicas relativas á la Universidad. «Cada dos años se celebrará una reunión de catedráticos y personas que se interesan en la reforma y progreso de la enseñanza superior, para estudiar los problemas propios de la misma. Para este fin, se nombra una comisión permanente organizadora, compuesta de

los individuos de la Mesa de la sección y de los ponentes que residen en Madrid.»

Se notará que faltan declaraciones concretas respecto de los temas primero y noveno. El segundo se discutió conforme á la ponencia del profesor de la Universidad de Zaragoza, D. Eduardo Ibarra, pero sin que se tomara acuerdo alguno, en razón al escaso número de congresistas que en el momento se hallaban presentes. La sección se limitó á consignar en el acta que la tendencia predominante era favorable á una mayor relación é intimidad de la que hoy día existe, entre las Facultades de Letras y de Ciencias. El tema noveno no se llegó á discutir.

La concurrencia á esta sección ha estado principalmente formada por profesores españoles de Universidad de todas las Facultades, predominando la de Derecho; algunos de distinto grado (segunda enseñanza, Escuela Normal de Maestras y Museo pedagógico) y representantes de corporaciones privadas, como la de «antiguos alumnos de la Institución libre de enseñanza». En la discusión del tema relativo á «Pensiones y Asociaciones escolares», intervinieron algunos estudiantes de la Universidad, y en la de los temas primero y cuarto el profesor de Coimbra, Dr. Machado, que también presidió algunas sesiones.

Fuera de las ponencias encomendadas, por el orden de los temas, á los Sres. Carracido, Ibarra, Sela, Posada, Altamira, Cossío, Torres Campos (D. M.) y San Martín, no ha habido más Memorias que una española general del Sr. García de Galdeano, otra americana del Sr. Carrasquilla, y dos de los Sres. Soler y Torres Campos (D. R.) sobre puntos especiales de los temas cuarto y tercero.

***

La sección tercera (enseñanza técnica) ha discutido muchas más cuestiones concretas de las que aparecen en el programa. Ha habido, en efecto, ponencias acerca de los temas primero, segundo, tercero y quinto, y Memorias especiales sobre la enseñanza de la música, el comercio, la astronomía, la ingeniería, la agricultura, el arte naval, interviniendo en la discusión crecido número de profesores, ingenieros y militares. También figura entre las Memorias una de doña Concepción Arenal, sobre «La instrucción del obrero». El espíritu dominante en la sección se expresa en las siguientes conclusiones presentadas al Congreso en pleno por el ponente D. Eusebio Jiménez, ingeniero militar.

«1.ª La enseñanza técnica, en su acepción más genuina, debe ser educativa, intuitiva, esencialmente práctica y progresiva.

2.ª Deben considerarse cinco grados en la enseñanza técnica, que son:

a) Escuelas de aprendices.

b) Escuelas de capataces y maestros de taller.

c) Escuelas de sobrestantes y contramaestres.

d) Escuelas de ayudantes, peritos y maestros de obras.

e) Escuelas de ingenieros y arquitectos.

3.ª La enseñanza técnica en la escuela de instrucción primaria se considerará como preparación de la que se dé en las escuelas especiales.

4.ª Las escuelas técnicas elementalos, ó sea, las que forman los tres primeros grados, se organizarán teniendo en cuenta la índole de cada oficio ó profesión y las industrias y cultivos propios de cada región.

5.ª Las carreras de ingeniero y de ayudante se considerarán como dos grados sucesivos de la enseñanza técnica superior y no como carreras independientes.

6.ª Se organizará en las escuelas de ayudantes y sus análogas la enseñanza libre y voluntaria de las matemáticas superiores, en tal forma, que todo alumno pueda, si su aplicación y sus facultades se lo permiten, estudiar la ciencia de aplicación que corresponde al cuarto grado de la enseñanza técnica, y adquirir al mismo tiempo los conocimientos científicos necesarios para ingresar en la carrera de ingeniero y todos los demás que están comprendidos en el quinto grado.

Quedaron por discutir algunas Memorias, como la del Sr. García Arenal, ingeniero jefe del puerto de Vigo.

Las cuestiones más debatidas en esta sección han sido la de organización de las Academias y Escuelas técnicas; la relativa á Escuelas preparatorias y la del carácter de los estudios de este orden. La sección pide que se creen Escuelas de Artes y Oficios para sordomudos, y se inclina á la adopción del método modal para la enseñanza de la música.

Tal es, en resumen, la crónica de los trabajos hechos y de los resultados obtenidos por el Congreso pedagógico hispano-portugués-americano.

IV

Sean cuales fueren los resultados del Congreso pedagógico, lo que importa sacar de él es la prueba que ofrece del interés que van despertando las cuestiones de educación en nuestra patria, y la consecuencia positiva que desde luego ha producido, á saber: un intenso movimiento de opinión, una agitación ideal que, seguramente, dará sus frutos beneficiosos.

Prueban también la existencia efectiva y normal de esa opinión que va formándose, y que no es pasajero fenómeno más lleno de luz que de calor, las publicaciones pedagógicas. Sólo quiero hablar de cuatro de ellas, las más importantes y todas del presente año; debiendo notar á los que tuviesen por escaso el número, que no puede conceptuarse así, antes al contrario, en un país como el nuestro, donde al cabo de doce meses no se registra la publicación de más de dos libros científicos (dejando á un lado los de texto, que no siempre son de ciencia) y escasamente tres novelas que no sean tra-

ducidas del francés. Considerando este dato general y el de la novedad que los empeños pedagógicos tienen aquí para el gran público—lo cual hace difícil la producción—ya no parecerá tan exiguo el número antes apuntado, al cual, además, habrá luego que añadir algunas citas, en cuyo desarrollo no me puedo detener.

Empiezo por el libro más antiguo, dentro del año: el que lleva el título de *Estudios de economía social* y la firma de D. Rafael M. de Labra. En rigor, el contenido de estos *Estudios* es propiamente pedagógico. Bastará ver los títulos particulares de tres de ellos, que llenan casi el volumen: *La escuela contemporánea*, *La educación popular*, *La dignificación de la mujer*.

En el primero estudia el Sr. Labra el carácter de la escuela moderna, los principios de la reforma pestalozziana y de la froebeliana y la difusión posterior de éstos, deteniéndose mucho en la parte española, de la cual da numerosos é interesantes datos, bastantes á formar una breve pero completa historia de las ideas pedagógicas en nuestra patria durante el presente siglo: género de trabajo cuyo interés y actualidad parece ocioso encarecer.

En el segundo, examina el autor los presupuestos europeos de Instrucción primaria, fijándose luego especialmente en las Escuelas de Artes y Oficios y en las asociaciones que tienen por objeto la educación popular y el mejoramiento de las clases trabajadoras, con motivo de la Asamblea verificada en el «Fomento de las Artes», y cuyo resultado fué crear una *Liga* de sociedades (1).

El tercer estudio—que considero el más importante—comprende todo el problema de la educación de la mujer y de su puesto social; é interesa sobre todo—aparte del sentido, que es muy sano y favorable á la causa femenina—por los innumerables datos que contiene acerca de la situación jurídica, profesional, religiosa, política, etc., de la mujer, en todas las naciones europeas y americanas. Esta reunión de datos importa tanto más, cuanto que por ella vendrán en conocimiento muchos que contrarían lo que se ha dado en llamar «la emancipación de la mujer», de que lejos de ser gran parte de sus pretensiones que rechazan quiméricas y abonadas á graves peligros, tienen ya efectivo cumplimiento en algunos países, sin que perturben en lo más mínimo el orden social.

Otro de los libros que deben citarse es la Memoria que con el título de *Los trabajos manuales en la escuela primaria*, ha dirigido el maestro D. Miguel Porcel y Riera á la Excma. Diputación provincial de las Baleares. No se trata de un estudio teórico, es decir, hecho sin la vista directa y la experimentación del objeto. El Sr. Porcel fué comisionado por la citada Diputación—caso único en España—para seguir en el célebre *Seminario de Slöjd* establecido en Nääs (Suecia) un curso de trabajos manuales; y lo siguió efectivamente,

(1) Se han publicado las *Actas* de las sesiones y las Bases acordadas.

en el verano de 1890, bajo la dirección de los profesores Otto Salomon y John Damelson. No se limitó el Sr. Porcel á este objeto concreto de su misión, sino que, además, completó su estudio visitando varias escuelas suecas, noruegas, dinamarquesas, alemanas y belgas, para apreciar en ellas, no sólo el desarrollo y carácter dado al trabajo manual, sino también la organización general pedagógica.

Con estos antecedentes, se comprenderá el valor de información que tiene el libro del Sr. Porcel, que ojalá sea punto de partida para un movimiento en este sentido en las escuelas españolas. Por su parte, la Diputación de Baleares, queriendo completar la obra, encargó al propio Sr. Porcel que diese, en Palma de Mallorca, un curso de trabajo manual. Empezó éste en 1.° de Marzo último y acabó en 9 de Abril. En la publicación que nos ocupa, figura el informe acerca de la marcha y de los resultados obtenidos.

Los maestros españoles tienen, pues, ya un libro español que—aparte de los extranjeros de Salomon, Sluys, Dauzat, etc.—les podrá informar, con datos seguros y prácticos, acerca del mejor modo de establecer el trabajo manual en las escuelas. Tanto esos libros como los propios modelos en madera del Seminario de Näas existen, á disposición del público, en el Museo pedagógico de Madrid.

***

D. Adolfo Posada, cuya firma conocen ventajosamente los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, ha reunido, con el título de *Ideas pedagógicas modernas*, varios interesantes estudios sobre los que llama *pedagogos filósofos* (Guyau, Fouillée y González Serrano), sobre varios establecimientos de enseñanza extranjeros (Oxford, Bruselas, Estrasburgo, Lausana y Bolonia), y sobre otros diferentes asuntos de educación profesional y general.

El Sr. Posada pertenece á ese grupo de profesores de la Universidad de Oviedo en que figuran los nombres de Aramburu, Buylla, Alas, Sela y otros, que representa un sentido acentuado y práctico en favor de la reforma educativa de la enseñanza superior. Todos ellos—incluso el Sr. Alas, que ha entrado resueltamente en el cultivo de la pedagogía, como lo demuestran su discurso de 1891 y el prólogo que pone á este mismo libro de Posada—han escrito varios trabajos en que exponen sus ideas sobre los problemas de educación; pero no se han contentado con la propaganda ideal, sino que ofrecen el ejemplo de la práctica de sus principios. Así puede verse, en punto á la organización de los trabajos de clase, en la Memoria documentada que presentaron los Sres. Posada y Sela al Congreso pedagógico (1).

Esta significación da al libro que ahora nos ocupa la importancia, no de una obra individual, sino de una representación de obra colectiva.

(1) Se ha publicado en el número de 15 de Noviembre del *Boletín de la Institución libre de enseñanza.*

En cuanto á su contenido, debo señalar, en primer término, el estudio sobre Guyau, que es quizá el trabajo más sentido, de mayor ideal y de más amplio horizonte que ha escrito el señor Posada, cualidades que se reflejan en el propio estilo y frase empleados. El que se refiere á Fouillet es muy completo, y no puede menos de recomendarse á los que deseen formar concepto del laborioso y desigual autor de *Las ideas-fuerzas*. El que se refiere á González Serrano, tiene, para todo español, una importancia que huelga encarecer.

Del resto de los capítulos no he de hablar. Dejo esta tarea al crítico de la conocida *Revue internationale de l'enseignement*, cuyas palabras traduzco:

«La segunda parte de la obra no es menos atractiva: encuéntranse en ella páginas penetrantes y llenas de simpatía sobre Oxford y la vida universitaria inglesa; sobre A. Sluys y la escuela modelo de Bruselas; sobre la Universidad de Estrasburgo; sobre las Universidades suizas; sobre las fiestas de Bolonia, etc. El informe dirigido al ministro por el Consejo general de las facultades de París, en Diciembre de 1890, acerca de la situación de los establecimientos de enseñanza superior en la Academia de París, está analizado y comentado con gran suma de datos. Se leerán con provecho é interés los dos capítulos concernientes á la reforma de la enseñanza del Derecho en las Universidades prusianas y la información hecha sobre el estado de estos mismos estudios en la patria del señor Posada. Interesantes consideraciones sobre las tendencias actuales de la juventud estudiosa, sus aspiraciones, sus ideas y las doctrinas políticas que predominan en ella, completan este libro, que merece leerse con atención, puesto que suministra—aparte de cierta cantidad de datos muy útiles—un juicio tan halagüeño y benévolo como es posible, y dicho por un español culto y competente, acerca del estado actual de la enseñanza superior francesa.»

Después de esto, no tengo nada que añadir en punto á crítica. Me limitaré á observar que el criterio predominantemente francés que usa el redactor de la *Revue internationale de l'enseignement*, no debe inducir á engaño respecto del carácter del libro. Las cuestiones que en él se plantean—aunque sea con motivo de un hecho extranjero—están discutidas con sentido general á todos aprovechable, y especialmente á naciones atrasadas como la nuestra, con relación á lo mucho que aquí hay que hacer (y por deshacer) todavía en punto á ideas y organismos educativos.

Para terminar, dos palabras sobre el prólogo. Es de Leopoldo Alas y está escrito con la originalidad y agudeza de pensamiento que caracterizan las críticas serias de *Clarín*. Lo recomiendo á todos los que hablan á tontas y á locas del krausismo español, sin conocer, ni su historia, ni sus propósitos característicos, ni sus efectos en la cultura nacional. A lo menos, después de leerlo, ya no tendrán sus gratuitos juicios la disculpa—poco razonable además—de la ignorancia.

Otro libro del cual debo hablar, es el publicado con el título de *Estudios pedagógicos* por el profesor de la Escuela normal central de maestros, don Agustín Sardá. Ofrecen estos *Estudios* un carácter especial que los hace muy recomendables, habida consideración al estado de nuestra cultura en punto á los problemas educativos. No son disertaciones teóricas (en el mal sentido de la palabra) dichas con esa elevación de tono que no puede ser nunca popular y que resulta baldía para los pueblos atrasados, sino exposiciones sencillas, sobrias, que van derechas al fin de hacer resaltar una observación esencial, un punto de vista nuevo, ligándolas siempre al dato de la experiencia alcanzada en España y en otros países.

El programa de asuntos que comprende el libro es variado é importante. Puede dividirse en tres grupos: uno de temas doctrinales, otro de informes sobre establecimientos y organización de la enseñanza primaria en Francia y en nuestro país y el tercero formado por modelos de lecciones.

Con estas condiciones, cabe decir sinceramente que la propaganda de las ideas pedagógicas ha de hallar en el libro del Sr. Sardá un eficaz é inteligente instrumento.

Añádanse á estas cuatro publicaciones el discurso sobre la *Educación moral en la Universidad*, leido por el profesor de Oviedo, Sr. Sela, en la apertura del presente curso; el del profesor Sr. Buylla en la Escuela de Artes y Oficios de la capital de Asturias, y el éxito creciente de la revista titulada *La Escuela moderna* que, dirigida por el Sr. Alcántara García, se dedica á estudiar las cuestiones pedagógicas que interesan á la enseñanza primaria, y se tendrá idea de la fuerza que va adquiriendo entre nosotros la opinión en punto á los problemas á que se refiere esta *Crónica*.

Felicitémonos de ello, y confiemos en que el movimiento ha de crecer de día en día, para bien de la patria.

RAFAEL ALTAMIRA.

LA CANTINERA

(DOLORA)

I

Fué Lersundi un general
discreto, galante y bueno,
en los peligros sereno,
y en sus acciones leal.

—

Este tipo del honor,
recordando por su historia
que tanto, ó más, que la gloria
nos electriza el amor,

—

En un terrible momento
mostrando á una cantinera
que por sus hechizos era
alma de su regimiento,

—

«Ea, á morir ó á vencer»,
dijo—á Napoleón copiando—
«ved que os están contemplando
los ojos de una mujer.»

—

Y haciendo correr la voz
de que una mujer los mira
hasta al más tibio le inspira
una arrogancia feroz.

Todos á luchar se lanzan,
honrando á mujer tan bella,
y al pasar por cerca de ella
miran, se cuadran y avanzan.

—

¡Hermosa enseña de amor!
por ella cada soldado
siente el aire saturado
de un aroma embriagador.

—

Entre descargas cerradas
mirando hacia la bandera
les manda la cantinera
hurras, besos y miradas.

—

Y aunque parezca locura
pudo más que los cañones
la rompiente de pasiones
que promovió la hermosura.

II

¡Gran victoria! Al terminar
aquella función de guerra,
todo era paz en la tierra,
y melodía en el mar.

—

Sólo al final de la acción
la cantinera lloraba
porque murió el que ella amaba
con todo su corazón.

CAMPOAMOR.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Perturbación de las fiestas.—Detención forzosa de la corte en Sevilla.—Cambio de estación.—Asonada en la plaza de Madrid.—Estatuas en peligro.—Ejercita el alcalde los derechos constitucionales.—Escándalos en Granada.—Contraste con la manifestación en otras ciudades.—Lápidas fijadas en Valladolid y en Lebrija.—Monumento á Colón en Canarias.—Cortejos en la Habana.—Cabalgatas en Madrid.—Visita de los Reyes de Portugal.—Congresos.—Nota cómica.—Exposición de Bellas Artes.—El monumento erigido en Granada—Música.—Poesía.—Historia.—Infortunio de Colón.—Publicaciones.—Castigo á los detractores del Almirante.—Necesidad de una bibliografía del Centenario.—Exposición histórica.—Oráculo espantoso.—Las famosas carabelas corriendo por todo el mundo.

Sufren los planetas perturbaciones en la marcha constante por sus órbitas; no es mucho que los hombres encuentren tropiezos impensados al moverse por propia voluntad en la ruta que mejor les parece. El viaje de la corte, que desde Huelva habia de continuar á través de las provincias andaluzas según el plan acordado, hubo de interrumpirse en Sevilla por indisposición del Rey, no seria por fortuna, pero prolongada lo bastante para que se iniciara el cambio de estación con lluvias y malos tiempos. Trastornó la forzosa detención los programas dispuestos en las poblaciones del itinerario: aguáronse las fiestas en varios conceptos y acepciones, cambiando en los ánimos la satisfacción, por el disgusto que produce siempre el desengaño.

Contribuían en Madrid al descontento los muchos forasteros, que pensando estar pocos días mal acomodados en alojamiento provisional, veían pasar el tiempo ociosos, prorrogados los espectáculos y sin cumplimiento los anuncios que les hacían ir de un lado á otro, ávidos de diversiones. Las de carácter popular, á todos parecieron estar reñidas con el buen gusto, con la novedad, y, sobre todo, con el orden preventivo de excesos en la aglomeración de gentes, ya mal dispuestas contra el municipio, acusado de incapacidad organizadora, y objeto de la burla y de la sátira de los periódicos.

Una noche en que los avisos mal redactados ó no bien entendidos llevaron á la masa de curiosos hacia el paseo del Prado, esperando escuchar la música de bandas militares y orfeones en competencia, produjo el chasco la explosión del mal humor reprimido. Preci-

samente se había puesto el tablado en la plaza de Cibeles (que ahora llaman de Madrid), punto en blanco de la censura general por el desbarajuste con que los obras de transformación se hicieron y el caprichoso empeño de adornarlas con estatuas, que el público calificó epigramáticamente de monigotes, por la ejecución material, tanto como por la elección de asuntos; observando, sobre todo, la sinrazón de dedicar al dramaturgo Lope de Vega una, teniendo á doscientos metros de distancia otra bastante mejor en Recoletos.

Volviéndose en la función las cañas lanzas, como en otros tiempos, trató la turba disgustada de esgrimirlas contra los inocentes figurones de yeso, é hiciéralo de prestarse el temple de la noche á parlamentos; lo desapacible incitó á los más bullangueros á convertir en calentador y luminaria al cadalso de los músicos, exceso que dispersó á los espectadores pacíficos. Algunos de otra especie, se encaminaron desde la plaza hacia la vivienda del presidente del Ayuntamiento en manifestación tumultosa, vociferando y destruyendo al paso lo frágil que encontraban, con befa del buen sentido y escándalo de la cultura. Por algunas horas ofrecieron las calles de Madrid en grande escala, las escenas de grosera expansión que se ensayan y perpetúan en las plazas de toros, tronando contra el alcalde, que por resultado se vió en la necesidad de usar de los derechos constitucionales, haciendo dimisión del cargo, ya que no pudiera ejercerlo como el funcionario tradicional de su clase en Zalamea, cuando tales derechos no existían.

Las asonadas tienen algo de común con las enfermedades epidémicas; son contagiosas, y bástales la comunicación telegráfica para propagarse. Sin la noticia de las ocurrencias de Madrid, la de las causas que privaban á los reyes de recibir más ovaciones, obligándoles á regresar á la capital desde Sevilla, se hubiera recibido en Granada lo mismo que en Málaga, en Córdoba y en otras poblaciones: con el sentimiento de la contrariedad inevitable. En la ciudad del Genil, más que otras favorecida por la Junta directiva del Centenario, se extendió el contagio madrileño con la intensidad correspondiente á la materia maleable, que no se satisfizo con quemar los arcos, banderolas y tribunas; puso fuego también á los fielatos de consumos, divirtiéndose á solas y á su gusto con actos tan conformes con la naturaleza primitiva de las gentes esculpidas en la base de su monumento americano, que sirvieron de diversión al mundo civilizado de paso que llevaban al concierto de la solemnidad española la nota discrepante.

Después de todo, ha servido el despecho irracional de la hez del pueblo de Granada para realzar por contraste el espíritu patriótico á que, por el momento, se han subordinado en los pueblos las ideas que pudieran menoscabarlo, cuando de la glorificación de España se trataba, esforzándose cada cual por dar á los festejos el sello de su

especialidad. Así como en Huelva sobresalió el elemento naval en obsequio de los marinos extranjeros concurrentes, así en Sevilla ha preponderado el militar, sirviendo la ocasión para dar muestra gallarda de la instrucción y buen porte de las diversas armas del ejército, así como de lo que su concurso vale, por la organización de las maniobras, y retreta con farolas y carrozas artísticas, tan del gusto de la concurrencia.

Barcelona, una vez más, ha dado á conocer la fecundidad de sus recursos con la variedad de diversiones á que el adorno de la catedral, el del paseo de Colón ostentoso y las cabalgatas, iluminaciones y conciertos musicales en el puerto, atraían. En los banquetes se dió la natural preferencia á los comisionados del municipio de Génova, huéspedes ilustres que dejaron á la ciudad por memoria una medalla de oro de las que se han grabado para el Centenario.

Valladolid, debiendo recordar que en su recinto pasó de este mundo el que más ha contribuido á su conocimiento, esmeró las funciones religiosas sin perjuicio de las generales de regocijo popular y asociados al conjunto los huéspedes, por más que esté plenamente probada la falsedad de la tradición que señala la casa mortuoria, no conociéndose cuál fué, ni si en pié se mantiene todavía, algunos costearon é hicieron colocar una lápida que dice:

Los americanos residentes en Valladolid, dedican este recuerdo á la memoria del inmortal Cristóbal Colón, en el IV centenario del glorioso descubrimiento de América. — Valladolid 12 *de Octubre de* 1892.—*José Pintó.—Antonio Pintó. — Pablo Muñoz.—Narciso Urdanibia. —Cándido Pequeño.—José Nieto.*

Dió carácter en Salamanca la presencia de comisiones del profesorado y de los estudiantes extranjeros, acompañándolas otras de Madrid, y no hay que decir cómo fraternizaron los jóvenes, y cuánta enseñanza se desprendió de los discursos y de los brindis cosmopolitas de los catedráticos más viejos. Dícese que antes de la visita á los monumentos, se veló la leyenda abundosa recientemente puesta en San Esteban, que los lectores de La España Moderna conocen. En opinión de personas ilustradas, mayor severidad requieren, el concepto de la ciudad universitaria y el desagravio de la epigrafía, la historia y la gramática.

Los amigos de pormenores tendrán que reunir las crónicas locales, si desean formar idea de las variantes discurridas en las capitales de provincia ó de partido, mientras cronista general voluntario no aparezca que se tome el trabajo de describir y comentar tantas veladas literarias ó artísticas, de resumir oraciones, de catalogar bailes, concursos, serenatas, comidas, procesiones, y de copiar versos. En lo que no ha tenido mutación el prurito de los pueblos, es en levantar monumentos grandes ó pequeños al insigne marino genovés. Las Palmas de Canarias cuenta ya con el suyo, brillantemente inaugurado, y si una excepción hay

ahora que registrar, procede de ajeno impulso que no era razonable detener. En el Congreso de americanistas de la Rábida, se trató de la fijación de una memoria que tomaba á su cargo don Justiniano Carranza, auditor de marina y delegado de la República Argentina, y por resultado, este señor, concurriendo el rector de la iglesia parroquial de Lebrija con las autoridades civiles, presidió á la ceremonia de colocar en el templo lápida con esta leyenda:

Al intrépido navegante, hijo de Lebrija, Juan Díaz Solís, descubridor del Río de la Plata; 20 *de Enero de* 1516, *consagra esta memoria en nombre de la República Argentina, su delegado en el Congreso de la Rábida.—MDCCCXCII.*

Es de advertir que muchos años ha, desde que el panteón de marinos ilustres tuvo fundamento, dedicó la marina militar, en su recinto, inscripción honrosa á Juan Díaz de Solís, como su muerte desdichada merecía.

Tanto interés como en las provincias de la Península ha habido en las de Ultramar por el realce de las fiestas, resaltando las de la Habana en cuatro días de continuada demostración. Se organizaron dos cortejos cívicos de gran espectáculo: el uno en representación de los progresos de la isla desde su descubrimiento, con carrozas alegóricas y atributos de las artes y oficios. Formaban serie la canoa del indio y el vapor trasatlántico, intercalados los tipos que han servido á la navegación en cuatro siglos; la carreta y la locomotora, la choza y el palacio, el humazo de los indígenas y el tabaco selectamente elaborado al presente, y así los demás productos del suelo. A la otra procesión concurrieron compañías de los institutos del ejército y la armada, voluntarios y bomberos, con músicas y banderas; el comercio, la industria y las sociedades de cualquier índole, presentando grupos de jinetes con variados trajes y carrozas ricas. Hércules en una, en actitud de escribir la divisa *Non plus ultra;* Colón, destruyéndola, en otra; los dos continentes unidos por los hilos eléctricos, acompañándolas personajes de la conquista, representaciones de las provincias y de las colectividades que contribuyeron á la gran obra de la civilización.

Con la vuelta de la corte á Madrid puede decirse que empezó aquí la segunda parte de las alegrías populares; salió también á las calles formación muy lucida del comercio, rivalizando los gremios en el lujo de los estandartes de agrupación como en el número de individuos que á cada cual guiaba, sirviéndoles de enseñas comunes las carrozas en que se mostraban simbolizadas la agricultura, la navegación, la industria.

La cabalgata organizada por el Ayuntamiento de la villa, sin reunir acaso tanto personal como alguna de las otras, por la homogeneidad del plan, la propiedad y buen gusto de los trajes, por la exactitud con que los modelos se han copiado y la acertada dirección del conjunto, resultó espectáculo digno de la capital, muy grato,

muy aplaudido por la concurrencia, que, eso sí, excedía considerablemente á la que presenciaron las enumeradas antes, por componerse de gran masa forastera en aumento de la ordinaria.

Generalmente desluce la multitud semejantes actos invadiendo la carrera y estrechando el paso, por el afán natural con que quieren todos formar la primera fila. Esta vez, las disposiciones adoptadas mantuvieron expedito el camino, con beneficio de la comodidad general, ganando también el efecto de la cabalgata. Muy bien parecieron los Reyes Católicos, rodeados de los dignatarios de la corte; el infortunado Boabdil con la suya, los arqueros, espingarderos y piqueros á pié y á caballo; los indios del Nuevo Mundo; los capitanes, marineros y soldados de las carabelas; muy bien la figura de estas embarcaciones, tan exacta como en general lo era la de las armas, monturas y guiones; muy bien la carroza de apoteosis que cerraba la comitiva. Reciba la corporación municipal felicitaciones justas, ya que hasta ahora no se las acordó el público por otros actos.

Ha dado esplendor á las funciones la presencia de los reyes de Portugal, huéspedes obsequiados por los nuestros con las galas palatinas que tan bien supieron siempre disponer, y recibidos por el pueblo con la respetuosa deferencia debida á monarcas de una nación hermana y la simpática consideración que personalmente merecen. Doña Amelia *(vox populi)* se adorna con las coronas de la belleza y de la distinción al mismo tiempo que con la de brillantes; es tres veces soberana.

También hemos tenido entre nosotros eminencias en las esferas del saber, que aceptando la invitación, han pasado el Atlántico para asistir á los Congresos del Centenario y dejar en la obra duradera de las conclusiones votadas el contingente valioso de su cooperación. Sucesivamente han discutido en el geográfico, el pedagógico, el jurídico, el literario, el mercantil, el militar, con elevación de miras y elocuencia magistral, señaladamente en el de los jurisperitos, en el de los amantes de las bellas letras, y en el pedagógico, que por privilegio contaba con algunas señoras deliberantes y muchas oyentes. El privilegio no fué, sin embargo, exclusivo; túvolo más notable el Congreso de espiritistas, en que actuaron como secretarias ciertas distinguidas señoritas, con contento del público, presuroso en acudir á las sesiones como espectáculo de los más entretenidos y apropiados para tentar la risa.

Toda medalla tiene reverso; convenía á la seriedad de las reuniones de notables el contraste de la nota cómica, y aun el de la trágica, ofrecido en la parodia del Congreso de librepensadores con universal representación, según los que lo anunciaron, y tan generalmente aceptado, que hasta el gremio de faquines, ó sea mozos de cordel de Barcelona envió mantenedores de la inverecundia de lenguaje, de la intransigencia de opinión, de la rudeza

de modales, á que hubo de poner término la autoridad judicial mandando cesar el escándalo que daban, con satisfacción general un tanto mezclada con el sentimiento egoísta, porque, en verdad, no deja de ser divertida la aberración del espíritu que lleva á los actores de las escenas del Circo (en el Circo se verificaron las sesiones) á preconizar el sistema persuasivo del apostolado de Omar, para que los que yacen en las tinieblas del oscurantismo abran los ojos y gocen de la dicha de su liberal beatitud. El programa está perfecmente sintetizado en la copla:

«El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera el que no piense
igual que pienso yo.»

La Exposición de Bellas Artes que por, las circunstancias del Centenario, ha tenido esta vez un carácter internacional, no ha sido afortunada en la concurrencia del exterior, pues aunque en las obras haya firmas de artistas de Baviera, Francia, Rusia, Austria, Portugal, Brasil, Inglaterra, Bélgica, Estados Unidos y Suecia, no llegan los envíos á doscientos cuadros, ni son todos ellos de los que detienen la vista de los inteligentes. Por los trabajos de artistas nacionales, no se ensalza tampoco su fortuna. Se ha censurado la benevolencia ó el criterio del jurado de admisión, más inclinado á lo mucho que á lo bueno, estimando que pareciera mejor la muestra de las facultades de nuestros pintores con solos 400 de los 1.300 lienzos expuestos, si bien de cualquier modo es unánime la opinión de que ni por conjunto ni por selección había de resultar el concurso con nivel tan alto como han tenido exposiciones anteriores.

Veinticinco de las obras entran de lleno en la materia de esta reseña; es decir, obedecen á la memoria del suceso histório del Centenario, agrupadas en el catálogo (1) de forma que corresponden 10 á la sección de pintura, 7 á la de escultura, 4 á la de grabado y 4 á la de arquitectura. En la primera, separadas dos copias de retratos de Colón, y uno de los cuadros que por la fecha figura en la sala de la historia de la pintura, quedan siete dedicados á la vida del Almirante, y aun dos de manera indirecta, pues que representan el convento de *Santa María de la Rábida* (2) é *Isabel la Católica orando por la empresa de Colón* (3). Los asuntos de los restantes son éstos.

Primeros homenajes en el Nuevo Mundo á Colón (4).

Colón exponiendo su proyecto á los Reyes Católicos (5).

Llegada de Cristóbal Colón á la isla de Guanahani (6).

Los últimos dias de Colón (7).

---

(1) *Catálogo de la Exposición internacional de Bellas Artes*, 1892. *Edición oficial*. Madrid, 1892, R. Alvarez, 8.°, 258 págs.
(2) Número 418 del Catálogo.
(3) Número 828 ídem.
(4) Número 425 ídem.
(5) Número 765 del Catálogo.
(6) Número 1.114 ídem.
(7) Número 1.193 ídem.

Colón comulgando en la isla descubierta (1).

En la sección de escultura:

Proyecto de sarcófago á Colón (2).

Colón, estatua (3).

Isabel la Católica, busto (4).

Agonía de Colón (5).

Cristóbal Colón, boceto (6).

Alegoría del descubrimiento de América, barro cocido (7).

Hernán Cortés, estatua (8).

En grabado en hueco hay tres proyectos de medalla conmemorativa del Centenario, con busto de Colón y una medalla acuñada en bronce con el mismo objeto (9).

En arquitectura:

Proyecto de monumento á Colón (10).

Proyecto de arco monumental (11).

Proyecto de monumento á Colón (12).

Idem íd. (13).

Desde luego se advierte por la relación, que los artistas, como la mayoría de de los españoles, no aceptan, ó más bien desconocen la significación que el Centenario tiene á juicio de pocas pero significadas inteligencias, juicio condensado por el Rdo. P. Mir en este apotegma: «El descubrimiento de América debe ser solemnizado, no ya como hazaña de un hombre particular, sino como el resultado del desenvolvimiento de la historia y de la grandeza de la nación que lo llevó á cabo (1).» Los artistas se atienen al concepto más estrecho y vulgar de que el suceso se sintetiza en la figura de Colón. No sólo en la Exposición actual de Bellas Artes, antes lo habían demostrado al presentar en diferentes concursos proyectos de monumentos conmemorativos.

Bien lo enseña el que se ha erigido en Granada con absoluta libertad del autor, después que la Academia de San Fernando desechó los que optaron al premio. En la ciudad arrancada á la Media Luna ocupa el conquistador lugar de figura decorativa secundaria, en el pedestal, cediendo el puesto primero al navegante, que figura decorativa debiera ser allí. Ha separado el escultor á los que ni la historia ni la razón separar pueden, precisamente á la vista de la sepultura en que reposan juntos, como unidos vivieron, y á tanto más alcanza aquel concepto erróneo preponderante que todavía en otro de los relieves del basamento aparece el Colón exaltado, firmando de igual á igual con los Reyes la capitulación,

(1) Este título es arbitrario: El cuadro, pintado por D. Eugenio Teixeira, en París, se halla en la sección francesa y no tiene número ni descripción en el referido Catálogo.

(2) Número 1.342 del Catálogo.

(3) Número 1.349 ídem.

(4) Número 1.408 ídem.

(5) Número 1.411 ídem.

(6) Número 1.414 ídem.

(7) Número 1.416 ídem.

(8) Número 1.426 ídem.

(9) Números 1.332, 1.373 y 1.388. La medalla de bronce está expuesta en la sección extranjera y no la incluye el Catálogo.

(10) Número 1.435 del Catálogo.

(11) Número 1.442 ídem.

(12) Número 1.443 ídem.

(13) Número 1.444 ídem.

(1) *Influencia de los aragoneses en el descubrimiento de América*, por D. Miguel Mir, de la Real Academia Española. Palma de Mallorca, 1892, pág. VIII.

documento en cuyo original se lee: «*Place á Sus Altezas.—Juan de Coloma.*»

«La generalidad de nuestros artistas no lee (ha dicho un eminente crítico de la Exposición) (1), y al pueblo español, siempre preocupado con la política, le sucede lo mismo.»

Podrá ser el monumento de Granada joya del arte, si se quiere apreciar el mérito aislado que tengan las figuras; pero es á todas luces monumento histórico infeliz, aun por el descuido de los nombres esculpidos.

El jurado de la Exposición, elegido por sufragio de los artistas interesados, declara lo que las obras colombinas han parecido, con el veredicto de adjudicación de premios. Ni una sola ha alcanzado siquiera el de mención honorífica.

La música, lo mismo que las otras artes bellas, ha inspirado en las fiestas del Centenario himnos, sinfonías, cantatas, composiciones múltiples en loor del inmortal descubridor de las Indias, interpretadas en los concursos de bandas y de orfeones, en que, dicho sea de paso, se ha oído con mucho gusto á la orquesta militar del octavo regimiento de caballería de Méjico, que de tan lejos vino á alegrar nuestras funciones con su concurso. Prestó el teatro el adorno de las decoraciones, los trajes y las luces, á las escenas de la vida del marino que se representaban, y no obstante, la reunión de atractivos con que la voluntad buscaba el éxito, no ha logrado conseguirlo, pasando á duras penas en el teatro Carlo Felice de Génova la ópera *Cristoforo Colombo* del maestro Franchetti, produciendo tempestad y naufragio en Barcelona la partitura *Cristóbal Colón* de D. Francisco Vidal, haciendo bostezar en Madrid la del mismo nombre de D. Antonio Llanos.

Ha publicado el Sr. D. R. Mitjana un curioso estudio titulado *Cristóbal Colón y la música* (1), analizando las grandes composiciones producidas en todos tiempos por la consideración de la gloria del genovés insigne, y aunque enumera catorce más de las contenidas en la bibliografía colombina de la Academia de la Historia, con lo cual se eleva considerablemente la cifra, asienta la sensible conclusión de que no existe ninguna que conmoviera al auditorio é hiciera grabar las notas en el repertorio clásico.

Parecidas deducciones se obtendrían registrando las obras dramáticas; si se han admitido á beneficio de á propósito las que por virtud del Centenario se han puesto en escena, no solamente en España desaparecerán con las fiestas, sufrirán probablemente desdén igual la tragedia del Dr. Wolf, *Columbus*, aplaudida en Hamburgo el 12 de Octubre; el drama en cinco actos de Giacomo Poletto *Cristoforo Colombo* (2); *El triunfo de Colón*, de Pratt, representado el mismo día en *Carnegie Hall* de Nueva York.

(1) D. Pedro de Madrazo.

(1) *La Correspondencia de España*, Madrid, 10 Noviembre 1892.

(2) S. Benigno Canavese, Tip. Salesiana, 1892, 32.°, 96 págs.

Tampoco en la poesía épica ó lírica ha producido el asunto, que es único en la historia de la humanidad, ni menos la figura con que quiere simbolizarse, los destellos del genio. Los versos por millares han surgido, más de la calidad juzga uno de tantos autores, bien que en número le achique la rima, escribiendo (1):

«Colón, cuatrocientos vates
Celebran tu Centenario,
Diciéndote disparates
Con arrojo extraordinario.
Así á tu costa se exhiben;
Pero no te desazones...
No saben lo que se escriben,
Y es justo que los perdones.»

¿Sabránlo mejor los prosistas? Fácil sería averiguarlo reuniendo los llamados *pensamientos* que con firmas en facsímile por mayor solemnidad, han llenado las columnas de revistas y diarios en los momentos álgidos de la manifestación del entusiasmo. ¡Qué cosas tan peregrinas se han impreso! ¡Qué colección harian, escogidas!

Cualquiera pensara que la esterilidad de las artes y de las letras en las épocas de su mayor lustre al igual que en las de decadencia, cada vez que se empeñaron ó se empeñan en asunto tan digno de la inspiración sublime de unas y otras, procede de causa inexplicable. Cualquiera, admitiendo el sentir supersticioso con que los italianos presumen en determinadas personas maligno espíritu, dijera que el que torcía los pasos del virrey de las Indias se trasmite á través de los siglos, y afecta á cuantos quieren identificarse con él ó penetrar en el arcano de su existencia.

Sea como se quiera, continúan aumentando los libros colombinos con enorme proporción entre los que produce el Centenario. Uno nuevo muy notable se debe al Rdo. P. Feuillette, de la Orden de Santo Domingo; bella oración pronunciada en la catedral de París, mostrando á los fieles como objeto de reverencia al Colón soñado por Roselly de Lorgues, con agravantes consideraciones originales relativas al concepto de los españoles de aquel tiempo, derivadas de los *pensamientos* de los antedichos entusiastas compatriotas nuestros (1).

Italia nos supera en publicaciones destinadas á divulgar las generalidades de la vida y viajes del preclaro ligur (2), sin dejar de la mano la deba-

(1) D. Carlos Frontaura, *Colón y el Círculo de Bellas Artes*, Madrid, 1892.

(1) *Quatrième centenaire de la découverte de la Amérique. Christophe Colomb. Dircours prononcé à Notre-Dame en présence de S. E. le Cardinal Archevêque de Paris, le* 16 *de Octobre* 1892, par le R. P. P. Feuillette de l'ordre de Saint-Dominique, docteur en Téhologie et en Droit Canon. Paris, A. Quelquejen, 1892, 8.°, 54 págs.

(2) *Cristoforo Colombo e la scoperta dell'America, storia popolare ad uso della gioventú*, da Guiseppe del Corno. Milano, Giovani Gussoni, 1892, 18.°, 326 págs.

Cristoforo Colombo, da G. B. Lemoyne. X^a^ edizione interamenta rifatta. Torino, tip. Saliesana, 1982, 16.°, 522 págs.

Cristoforo Colombo, da P. Paglinea. Aversa, 1892, 16.°, 86 págs.

Vita di Cristoforo Colombo ad uso del popolo, da Luigi Rodino. Génova, 1892, 8.°, 312 págs.

Vita popolare di Cristoforo Colombo, raccon-

tida cuestión de la cuna (1), ni otras especiales (2) ó de recientes descubrimientos, siendo de mencionar entre éstos los debidos al P. Civezza, cronista de la Orden de San Francisco.

El diligente escudriñador que tuvo en España la suerte de conocer tradiciones de nadie sabidas, tales como la de la comunión de Beatriz Enríquez en la Rábida, con su esposo, al presente ha enriquecido el caudal, averiguando en la biblioteca de Todi que acompañó á Colón en el primer viaje de descubrimiento el Rdo. P. Bernardino Monticastri, noble de aquella ciudad, del Orden de Menores, hombre de gran literatura, práctico en Astronomía y confesor que fué del Almirante (1). Por la noticia resulta que iba persona religiosa en la expedición, sin ser la de fray Juan Pérez *de Marchena*.

No paran aquí los descubrimientos. Parece que Colón fué estudiante en Siena, y tenía gran devoción por la Virgen del Pórtico, vulgo de Fontegiusta. Habiendo hecho voto por la realización de su empresa, al regreso envió al santuario la osamenta de una ballena, en acción de gracias (2).

Dos trabajos de investigación, muy estimables, hay que añadir al catálogo de los españoles: el uno, leído por el Sr. Altolaguirre ante la Academia de la Historia (3), trata de *La llegada de Colón á Portugal* con vista de relaciones de combates navales sobre el Cabo de San Vicente entre naves castellanas, portuguesas, francesas y genovesas, que por el lugar, la fecha, el número de embarcaciones y las circunstancias del encuentro coinciden con las noticias consignadas por D. Fernando Colón, salvo en la presencia de barcos venecianos y en la data, dife-

---

tata in dodici conversazioni, da G. Olmi. Génova, 1892, 16.°, 108 págs.

Vita de Cristoforo Colombo, secondo i documenti piu recenti publicati in occasione del quarto Centenario della scoperta d'America, da Virginio Prinzivalli. Roma, 1892, 8.°, 351 págs.

(1) *La patria di Colombo, secondo i documenti degli ordini militari* dal Sig. F. Uhagón, versione italiana di Giovanni Bat. Garassini. Seconda et tercera edizione. Savona, L. Bassetti, 1892, 8.°, 69 págs.

Colomb n'est pas né à Savône, par. M. H. Harrisse, *Révue Historique*. París, Noviembre, 1892, pág. 308.

Della patria di Cristoforo Colombo, da G. B. Fazis. Savona, tip. Bertolotto, 1892, 16.°, 77 págs.

Patria e lavoro di Cristoforo Colombo, da Fede. Foligno, 1892, 8.°, 62 págs.

(2) *Cristoforo Colombo e la legittimitá di suo figlio*, di Antonio Marcone. Milano, 16.°, 39 págs.

Il IV Centenario colombiano ovvero Cristoforo Colombo e i Francescani nella scoperta dell'America. Appunti e note pel P. Bonaventura da Sorrento. Napoli, Testa, 1892, 8.°, 100 págs.

Due centenari. Il terzo centenario di S. Luigi Gonzaga e il quarto centenario di Cristoforo Colombo. Verona, 1892, 8.°, 160 págs.

Cristoforo Colombo ed il primo vescovo di S. Domingo, da Belisario Geraldini. Amelia, Petrignani, 1892, 4.°, 36 págs.

(1) *Cristoforo Colombo e la scoperta dell'America, presentati al popolo italiano per Fray Marcellino da Vorzano M. O. con prefazione storico critica dei PP. M. da Civezza e F. Domenichelli*. Roma, Desclée, Lefebvre e C. 1892, 8.°, 60 págs. y grabados.

(2) *Una tradizione su Cristoforo Colombo in Siene. Omaggio degli studenti della R. Universitá di Siena alla citá di Genova, nel IV centenario colombiano*. Siena, 1892, 8.°, 36 págs.

(3) Se publicará por acuerdo de la Corporación en su Boletín.

rencias que bien pudieran imputarse al traductor Ulloa. El otro estudio, hecho por D. Eduardo Ibarra, abraza el oscuro período de los ocho primeros años de estancia de Colón en España y comenta las capitulaciones de Santa Fe (1).

Los libros de amenidad y de raciocinio siguen en aumento de consideración (2), y algunos han aparecido de crítica y controversia enderezados á los que los firmantes califican de *detractores de Colón*, por no haber comprendido, como ellos, que Centenario del descubrimiento de América vale tanto como apoteosis de aquel marino. La indignación patriótica, inspiradora del poema que castiga á estos *tábanos* (1), ha dictado otros correctivos oportunos, como este que copio á la letra:

«Al iniciarse la campaña en favor del Centenario, al convertirse la Península española en mar azul y hermoso, sobre cuya tranquila superficie se deslizaba la brisa embriagadora del entusiasmo, allá en el fondo de las grutas escondidas entre las negruzcas rocas donde buscan su albergue los reptiles marítimos... (!!), se engendró un movimiento de flujo y reflujo, producido tan sólo por el oleaje perdido de la envidia y por el hálito repugnante que levanta el polvo que cubre esos

(1) *D. Fernando el Católico y el descubrimiento de América*, por Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático de Historia universal en la Universidad de Zaragoza. Madrid, Fortanet, 1892, 8.°, 203 págs.

(2) *Cristóbal Colón y la Historia*, por Víctor Ozcariz. Madrid, Domingo de los Ríos, 1892, 8.°, 47 págs.

Colón ante el comercio del mundo, estudio económico y comercial del descubrimiento de América, precedido de un breve resumen de la *historia y geografía y del comercio*, por Joaquín Abajo Fernández. Madrid, Fernando Fe, 1892, 8.°.

Centenario de Colón. La reconquista española y el descubrimiento de América, por D. Vicente de la Cruz, 8.°, 161 págs.

N. Estévanez. *Resumen de la historia de América*. Madrid, 1892, 8.°.

La epopeya de Colón (Bosquejo épico), por J. Devolx. Madrid, 1892, Imp. de San Francisco de Sales, 8.°, 67 págs.

La cruzada española, fantasía poética, por D. José de la Rica, Ministro de S. M. C. en Montevideo. Montevideo, Dornaleche y Ríos, 892.

Cristóbal Colón y los escritores gaditanos, por D. Antonio de Portugal y Faria. París, 1892, 8.°, 28 págs.

Colón en Santa Fe y Granada. Estudio histórico por Francisco de Paula Valladar. Granada, Viuda é hijos de P. V. Sabatel, 1892, 8.°, 123 páginas.

Colón y América, poema histórico por don C. de Soto y Corro, 8.°.

Ensayo biográfico del célebre navegante y consumado cosmógrafo Juan de la Cosa, y descripción é historia de su famosa carta geográfica, por Antonio Vascano.

Códize maya denominado Cortesiano, que se conserva en el Museo arqueológico nacional. Reproducción fotocromolitográfica ordenada en la misma forma que el original, hecha y publicada bajo la dirección de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. S. López de Ayala y del Hierro, vizconde de Palazuelos. Madrid, 1892.

Evangelización de América antes de Cristóbal Colón, disertación escrita en francés por el Dr. Luka de Spalato, traducida por el doctor Pedro Roca. Madrid, M. G. Hernández, 1892, 4.°, 31 págs.

Un discurso inaugural del Sr. Cánovas del Castillo, apuntes críticos por D. Luis Vidart. Madrid, Enrique Rubiños, 1892, 8.°, 29 págs.

(1) Véase la Reseña del mes de Setiembre.

legajos antiguos donde el brazo revestido por la manga del hábito del fraile, enemigo de la instrucción del pueblo, ó de la sotana del inquisidor fanático, han escrito la historia de nuestras épocas pasadas desfigurando los hechos y convirtiendo á un Bobadilla en árbitro de la vida y de la honra de quien, como las águilas reales, podía mirar al sol de hito en hito al remontar su vuelo hacia las esferas de la inmortalidad, y, cual rey de las selvas, podía lanzar un rugido sonoro en la inmensidad del desierto, esculpiendo en el escudo de España el emblema del arrojo, de la lealtad y de la fortaleza.

»¡Pobre Colón! En la cátedra del Ateneo Científico y Literario, que representa en Madrid todo lo que bulle y se agita en el medio ideal de la inteligencia, y en el Centro del Ejército y de la Armada, donde se reunen los que, á semejanza de las sacerdotisas del templo de Vesta, guardan en España el fuego sagrado del amor á la patria, haciendo del honor una religión sacrosanta, he oído palabras que en los tiempos antiguos hubieran sido calificadas de herejías, pero que en la época presente han pasado, por fortuna, como desahogos inocentes de unos cuantos folicularios de ambos sexos que han querido buscar la notoriedad arrojando el aliento impuro de su obcecación sobre el límpido cristal de tu gloria, ante la cual se inclinan en este momento todas las inteligencias del mundo civilizado... (1).»

(1) *Desagravio*, artículo suscrito por D. Vicente Sanchíz, comandante de artillería y diputado á Cortes, en *El Memorial de Artillería en el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo*. Madrid, 1892. Contiene este notable número extraordinario muchos otros trabajos, de los que el citado se distingue por el criterio y por el lenguaje.

Por lo que enseñan las demás reprimendas, no existen en España más que tres disidentes; tres que no han hecho coro al himno nacional; tan sólo tres *ranas literarias*, *folicularios de ambos sexos ó reptiles marítimos*.

Si es así, no había por qué tomarse el trabajo de notar singularidades que ninguna influencia podrán ejercer en la opinión, á menos que no sea por buscar la notoriedad de que habla el autor amigo de la instrucción del pueblo. Una vez denunciados los detractores, cumple, sin embargo, advertirlo y dar á conocer los títulos de las *vindicaciones y desagravios* (1).

No hay que decir cuán reducido es el apunte de obras contenido en ésta, como en las anteriores reseñas, en relación con el desarrollo que al movimiento intelectual ha dado la celebración del Centenario. Ofrecerá serias dificultades la empresa de acopiar en totalidad las manifestaciones, no siendo

(1) *Colón y sus detractores*, por D. J. Contreras Ramos. *La Ilustración Puertorriqueña*, 12 Octubre 1892.

El sentimiento y la cultura de España contra los detractores de Colón, artículo sin nombre de autor, con carta introducción de D. José M. Asensio. *Revista Literaria*, Sevilla.

El Ejército Español en el Centenario, por D. Francisco Barado, *El Correo Militar*. Madrid, Noviembre 1892.

Colón en el Ateneo, por D. Miguel Carrasco Labadía, *Revista Contemporánea*. Madrid, 30 Octubre, 15 Noviembre 1892. Continúa.

fácil siquiera conocer la existencia de las más; pero el conjunto mostraría elocuentemente el íntimo sentimiento, el noble impulso con que la glorificación de España y la oportunidad de rendir tributo de admiración y de respeto á los que, bajo la sombra de su bandera, dieron á conocer el Mundo Nuevo, han instado á las letras y á las artes á uno de esos alardes que hacen época. Sería la bibliografía española del Centenario un monumento más que, acrecentando el número de aquellos que el entusiasmo ha levantado, sirviera á los otros de complemento y de remate digno, por condensar las bellezas de todos, contrarrestando como ninguno la acción destructora del tiempo.

Contra opiniones aisladas (1), las fiestas del Centenario darán, entre otros, el importante resultado de reunir para la historia del descubrimiento de América los elementos aportados por la indagación simultánea de los estudiosos. Cuando el ruido cese, cuando acabe la oportunidad del asunto y los más lo olviden por entretenimiento que pasó de moda, no ha de faltar quien para el espíritu lo busque en la soledad, y del montón extraiga, como las abejas, producto sabroso.

Ha de ser para la labor también floresta, la Exposición histórica hispano-americana, dispuesta en el palacio de Recoletos; esa reunión asombrosa de objetos que por el concurso de circunstancias raras se ha conseguido por primera vez, juntando «lo que guardaban los templos en sus relicarios, los recuerdos de antiguas grandezas transmitidos de padres á hijos por los descendientes de nuestros héroes; lo curioso y lo sublime, lo útil y lo bello; las labores de la paciencia y las obras del genio; cuanto subsiste del pasado, lo que aún flota sobre las olas del tiempo, con profusión deslumbradora, sometido á esa clasificación que es el orden del desorden, con una fuerza tal de contraste, que el espíritu más equilibrado acaba por sentirse arrebatado de no sé qué extraño vértigo que le aparta de la realidad presente para engolfarle en un mar de recuerdos, en algo que está más allá de la vida, en la región nebulosa donde la historia, la tradición, la leyenda y la poesía se mezclan, combinan y confunden (1)».

Si para conmemorar el Centenario del descubrimiento de América no hubiera hecho España otra cosa que esa Exposición, que constituye un perfecto cuadro de lo que fué la civilización europea en los momentos de llevar sus luces hacia Occidente, y otro cuadro en correspondencia de lo que allí eran las razas pobladoras del Continente nuevo, de Norte á Sur, con esas muestras solas hiciera memorables sus fiestas, ofreciendo al mundo espectáculo y escuela dignos del glorioso suceso.

Quien los aproveche, vuelvo á decir, no faltará seguramente; mas no será nacido en las tierras que los Pirineos confinan hacia el mar. Por un momen-

(1) *Inutilidad de las fiestas del Centenario*, por D. Francisco de la Fuente Ruiz, *Revista Latino-Americana*. México, 15 Octubre 1892.

(1) Zeda: *La Epoca*, Madrid, 7 Noviembre 1892.

to hemos podido creer que en ellas se pensara todavía; hemos acariciado la idea presuntuosa de que un entendimiento soberano penetrara é hiciera sentir aquellos desfallecimientos, aquellos anhelos, aquellas plegarias, aquellas tempestades encerradas en el alma del heroico descubridor del Nuevo Mundo (1); el oráculo nos desengaña desde el trípode de su infalibilidad. Los españoles, por fatal influencia de la cuna, por estado cerebral particular, innato y rebelde, ó por una de las consecuencias de la Inquisición, que atacó al entendimiento humano en su iniciativa y hasta la medula de los huesos, son incapaces para el estudio, y aun incapaces de sacramentos.

Es el Sr. Henry Harrisse, escritor americano ingerto en francés, que nunca se equivoca, el que se sirve comunicánoslo para satisfacción nuestra y conocimiento del orbe. Dícenos al mismo tiempo, ó nos da á entender que no hay al presente más que una sola persona capaz de juzgar y escribir la historia del descubrimiento de Américe, persona para la que los cielos reservaron la empresa, y es... la del señor Henry Harrisse.

Inclinémonos, reconocidos; habrá quien elabore la miel. Mientras llega el momento de saborearla, recomendemos la traducción literal y la propaganda de sus impresiones (2) por modelos de tolerancia, de cultura, de distinción... y de modestia, para que nos sirvan de fin del Centenario y aun de *fin de siglo*.

Aquí acabaron las fiestas; empiézase á pensar en las que principiarán pronto en Chicágo. Como anuncio de su grandeza, ha decretado el Gobierno de los Estados Unidos que se pongan en circulación cinco millones de pesos en oro y plata llevando las monedas en el anverso la efigie de Colón y en el reverso á la nao *Santa María*. Además, circularán durante el año de 1893 tres series de timbres de Correos, de cinco, dos y un centavo, grabándose en la primera el busto del Almirante, en la segunda la dicha *Santa María*, y en la tercera el convento de la Rábida. Va, pues, á correr por todo el mundo la gloriósa capitana cruzando rumbos con sus compañeras, porque según noticia de Buenos Aires (y es curiosa) ordenó el Gobierno de la República Argentina que tuvieran curso el 12 de Octubre, y solamente ese día de fiesta nacional, otros timbres de correos de cinco y dos centavos en que se grabaron delicadamente las tres carabelas, estampándolas con dos matices de tinta azul sobre blanco (1).

A las ocho de la mañana de dicho día se pusieron á la venta: á las dos de la tarde no se encontraba un solo ejemplar de los doscientos mil estampados, y se ofrecían cinco pesos por cada uno.

(1) *Castelar y su último libro*, por D. Francisco F. Villegas. España Moderna, Madrid, Noviembre, 1892.

(2) *Un historien espagnol de Christophe Colomb. Revue Critique d'Histoire et de Litterature*, París, 26 Setiembre, 3 Octubre, 1892.

(1) Colores nacionales. Han llegado aquí ejemplares: son muy bellos.

Cesáreo Fernández Duro.

SECCIÓN ULTRAMARINA

Hatuey, poema dramático, por Francisco Sellén.

Nueva York, 1891.

De todos los delirios que la pasión política engendra, ninguno tan lamentable en el orden moral ni tan contraproducente en absoluto, como el de aquellos enamorados de ideales incompatibles con nuestra dominación americana, que en la historia precolombina rebuscan argumentos para sostener que los hombres y las cosas que en el Nuevo Mundo existían á nuestra llegada eran superiores á lo que nosotros llevamos, para deducir que sobre injusta y arbitraria y cruel ha sido contraproducente nuestra dominación. Los anarquistas de la cátedra, que sobre las ruinas de todo lo existente pretenden rehacer los organismos sociales, son más lógicos y más científicos, porque su ideal está envuelto en los misterios de lo porvenir, ofrece á los espíritus el atractivo y las contingencias de lo ignoto, mientras los que para combatir vicios y defectos actuales idealizan el primitivo estado selvático de las razas que se alimentaban de pescado cuando no de carne humana, hacen obra tan irracional y absurda, que apenas se comprende en un siglo positivista, neurótico y melindroso por excelencia. Hace setenta años, cuando luchaban por su emancipación las actuales repúblicas americanas, tuvo algunos partidarios este pueril sistema, que ahora resucitan ciertos pseudo-escritores filipinos con más irracionalidad todavía, pues por la tierra americana han pasado indudablemente civilizaciones dignas de estudio, mientras por el Archipiélago de los Luzones sólo pasaron antes que nosotros corrientes plutónicas y miríadas de zoófitos y madréporas.

Interin dedicamos á estos últimos publicistas alguna fraternal corrección, que ya va mereciendo su insistencia en aplicar á tontas y á locas á su país el antiguo é inadmisible sistema americano de principios de siglo, cierta comezón de limpiar de nubes un hori-

zonte en estos momentos despejado, nos mueve á cerrar los ojos sobre la multitud de libros importantes que América nos acaba de ofrecer, para volverlos á un caso más y más agravante del pasado extravío, que surge entre los emigrados de Cuba, y de un poeta para nosotros muy simpático, en cuyas obras nos hemos ocupado alguna vez, aunque ligeramente, porque nos apena su situación, á la cual deben en nuestro concepto sus composiciones la mayor parte de los lunares que las afean.

Perdónenos, pues, por hoy la Academia ecuatoriana, cuya *Antología de poetas* de aquel país, impresa en Quito en un elegante volumen en 4.°, no sólo ha venido á honrar el centenario del descubrimiento de América, sino á vulgarizar oportunísimamente entre nosotros, amén de los *Dii majores* del Parnaso ecuatoriano, como Olmedo, Zaldumbide, Stona, Mera y tantos otros, los nombres de poetisas injustamente desconocidas hasta ahora, como Isabel Donoso, Victoria Nasch, Dolores Veintemilla, Angela Caamaño, etc. Tampoco dejaremos para muy tarde la *Geografía de Colombia*, que por mayor alarde de fraternidad ha impreso en Barcelona con sencillez y elegancia el representante de aquel país en el Centenario, D. Ramón Montero Barrantes, que tantos amigos deja en España y en el que esto escribe sentimientos personales de varia índole que no pueden expresarse aquí, concluyendo no la enumeración de los muchos libros á que hoy damos de mano, sino la de aquellos cuyo aplazamiento nos es á primera ojeada más sensible, con la segunda edición de la hermosa novela-poema *Cumandá*, original del ya citado ecuatoriano D. Juan León Mera, honor de la América moderna como prosista. Oblíganos, según hemos dicho, á aplazar estos estudios para otras Revistas, cierta comezón patriótica que los lectores apreciarán.

Francisco Sellén, que es el poeta á quien antes nos referíamos, ha llegado esta vez acaso más lejos que ninguno de los americanos que del arsenal de su llamada prehistoria pretendieron sacar armas contra España, oponiéndola como ideal á nuestra conquista y civilización, porque no canta en su poema, ni se refiere su ideal á aquellas prehistorias ya admitidas á discusión, por decirlo así, bajo el punto de vista de las artes por lo menos. En efecto, la peruana, la yucateca, la azteca misma, y las de algunas otras regiones, están revelando á cada momento ser producto de razas no tan inferiores como hasta aquí se había creído; prehistorias, ó, mejor dicho, precolombismos que en la actual Exposición, pasmo de propios y de extraños, coadyuvan gallarda y vigorosamente á la admirable síntesis que representa el Centenario del descubrimiento para la civilización y para España. No por cierto; no pertenece *Hatuey* á esas razas privilegiadas, cuyas aptitudes adivinaron ya nuestros antiguos historiadores y á quien hicieron tanta justicia como ahora mismo acaba de demostrar el eminente americanista Sr. Espada, con la sencilla pu-

blicación de un extracto comentado de la *Apologética historia* del P. Las Casas. Allí palmariamente se demuestra que este llamado apóstol de los indios y azote de los españoles, no hizo en puridad otra cosa en su destartalada apología precolombina, que copiar, abultar, y en muchos casos desfigurar las confesiones y aun alabanzas que en muchos casos inspiraron el espíritu de justicia y el amor á la verdad á los padres de nuestra historia americana, los Ciezas y los Oviedos, por ejemplo.

Se trata en esos casos, como es notorio, de hechos concretos y tangibles, de producciones y obras artísticas, que han llegado hasta nosotros para justificar la capacidad intelectual de ciertas razas aborígenes, y puede concederse á la pasión política que en la apreciación de esa capacidad pase ciertos límites que podemos llamar racionales y aun la anteponga á la nuestra en el juicio comparativo, por más que siempre en el fondo de tal paralelismo haya para el europeo que lo hace algo contraproducente y depresivo, que no disculpan virtudes patrióticas ni sutilezas metafísicas; pero, ¿qué diremos del que cegado por pasiones pueriles de este momento histórico, no ya abofetea á su propia raza, sino que la abofetea con la mano del negro ó del caribe, con ellos descendiendo al último peldaño de la escala humana, donde la doctrina de Darwin piensa encontrar su fundamento científico, su realidad antropológica?

¡Ah! Y si esto lo hace un poeta melancólico y simpático, como Sellén, de gusto más formado cada día, y formado para mayor contradicción en la buena escuela española y en los moldes más característicos de nuestro espíritu romántico, que fué justamente una de las principales causas de lo que llaman ellos nuestros errores y nuestras crueldades en América, á saber: la religión y el amor á las aventuras; si esto se hace, en fin, con formas imitadas de nuestros romanceros, con gallardías y poéticos arranques dignos de aplauso, el más sincero dolor cede su puesto en nuestra alma á la indignación patriótica, y desearíamos que no fuera la última producción de Sellén, en su forma extrínseca, la más completa y vigorosa de todas las suyas. Y no nos apena, ciertamente, por ser una prueba más de su hostilidad constante á la madre España, sino porque á esa rebeldía incorregible agrega ahora el error filosófico de la elección de asunto, error impropio de su talento que anula su misma obra, digna, en verdad, de mayor armonía estética. Presentar á la raza haitiana mezclada ya con la caribe en la mayor de nuestras Antillas, como contraste y reverso moral de los primeros descubridores y conquistadores, es con tal extremo absurdo, que, sólo por cansancio y hastío de una estéril lucha nos lo explicamos, á semejanza del cansancio que en el descubrimiento de la Florida señoreó de tal manera á un soldado de Hernando de Soto, que arrojó á puñados á un zacatal las perlas que llevaba y por cuartillos se medían, para que á nadie sirvieran ni

pudiera nadie aprovecharlas. Hasta el papel que en *Hatuey* representa Fray Bartolomé de Las Casas, nos parece en estos momentos, una de las perlas con mayor razón arrojadas al zacatal. ¡Triste destino el del triste fraile. En el siglo XVII ya corrían sus obras unidas á las de los primeros filibusteros, sirviéndoles como de prólogo y explicación; durante la guerra de la independencia americana fué moda entre los poetas ultramarinos traerle y llevarle á puto el postre, hasta el extremo de haberlo divinizado el célebre Olmedo en su *Canto á la victoria de Junín*. poniéndole en el cielo pagano de las Incas y declarándole único español digno de tal gloria; y en nuestros días, coincidiendo con un suceso que ha tenido no poco de apoteosis de los frailes, tócale al de Santo Domingo salir otra vez al teatro del mundo de bracero con los caribes, haciendo el triste papel que van á ver nuestros lectores. ¡Pobre Padre Las Casas!

Pronunciado ya este nombre, adivínase la fuente de inspiración del poema dramático que nos ocupa. Es la *Historia de las Indias*, que en sus capítulos XXI y XXV del libro 3.°, recuenta muy por menor las hazañas de un cacique de la provincia de Guahaba en la isla Española, que se pasó con su gente á la de Cuba huyendo de los españoles, adonde no tardaba en seguirle la expedición de Diego Velázquez. Pintanos á Hatuey el buen obispo de Chiapa, no ya como hombre prudente y esforzado, sino también como orador mañero y artificioso, con cierto artificio teatral y melodramático, pues para encender contra los españoles el odio de sus haitianos y caribes, por epílogo de un discursito donde el autor español anda más desnudo que el mismo indio, saca éste una cesta llena de oro, predicando á los suyos que aquel es el Dios de los españoles, y que á fin de que les inspire virtud y humanidad, deben adorarle, bailarle y festejarle, cosa que hacen los indios al punto, hasta que el feliz ingenio de Hatuey, hablando según se ha dicho, por boca de Las Casas, remata la escena con la invención de echar al río aquel oro «Señor de los cristianos», porque «debajo del agua no sabrán dónde está...» (de lo contrario), aunque lo tengamos «en las tripas, nos lo han de sacar.» Ocurre aquí naturalmente meditar, que el buen fraile omitió en la ilustración biográfica de su Hatuey, decirnos si fué, por ventura, de los caciques haitianos que se comieron á los treinta y ocho españoles que dejo Colón en la isla Española al emprender su tercer viaje, de los cuales sólo se encontraron al retorno algunos miserables y bien roídos huesos, por cuya hazaña, visto que los autores no se descubrían, con derecho natural y derecho de guerra, se extendió ésta por toda la isla Española con la buena voluntad del buen estómago de gentes, que si no eran vencedoras, eran comidas. ¿No sería, á su vez, la emigración á Cuba del prudente cacique de Guahaba, obra del temor de que se le indigestase la comilona de los treinta y ocho? Punto es éste curiosísimo, de aquel período en que la

prehistoria y la historia se confunden, que Las Casas no aclara ni investiga siquiera, antes con delectación morosa en este episodio se extiende, terminándolo con un ditirambo tan estupendo, que antes parece de un filibustero desatinado de nuestros días, que de un obispo del gran siglo y la gran nación católica.

«Bien paresce—exclama entusiasmado—que los cognoscía Hatuey á los españoles, y que con prudencia y buena razón de hombre temía venir á sus manos, y que no le podía venir de ellos otra utilidad, otro bien, ni otro consuelo al cabo, sino el que le vino.» ¡De suerte, que la civilización y la verdadera fe nada significaban para Las Casas, por ser bajo otro aspecto censurables los medios y caminos por donde venían! Este mismo hombre, que así da por ciertas las prendas y virtudes del salvaje, puso en duda la antropofagía de que los españoles hablaban horrorizados, cuando hallaron las casas de los indios llenas de huesos y cabezas humanas; y dice en el capítulo LXXXIV «que después de comidas, no había para qué guardar las cabezas y huesos... todo esto es adevinar». En cambio, los discursos de Hatuey en el fondo de los bosques de Cuba, no eran adivinanzas para el hijo del *Mejor Guzmán de los buenos*. En verdad y con dolor confesamos, que tan alto ejemplo amengua no poco las censuras que Sellén merece.

Véase ahora el drama:

Abrese el primer acto poniendo en verso la curiosa escena en que presenta Hatuey á sus indios la cestilla de oro para que adoren al Dios de los cristianos; item más, aquello de arrojarlo al río, que, sin calumniar al obispo de Chiapa, debe calificarse de invención suya groserísima.

> Sólo por ti el cristiano
> medita nuestro mal,

canta el coro, y Hatuey le replica en lenguaje por cierto más culto que el de Las Casas:

> ...libres
> del furor y codicia del cristiano
> no hemos de estar, mientras guardemos oro,
> aunque en nuestras entrañas lo escondamos,
> de allí lo arrancarán con nuestras vidas...
>
> (*Muchas voces.*)
>
> ...Al río, al río,
> arrojemos al Dios de esos malvados.

El areito (canción) que sigue con el estribillo *oro infernal*, es buen trozo de poesía.

El desembarco de los españoles, anunciado por un espía, disuelve el concurso y trae á un cacique caribe á concertarse con Hatuey para la defensa del territorio cubano. Estas escenas, en vez de color de época ni local, trascienden á club moderno. He aquí lo que dice Hatuey á Macorijes, para que lo transmita á su tribu:

> La unión, la unión les suplica,
> ahora unión, unión después.
> Diles que yo no pretendo
> mando supremo ejercer
> ni ser cacique de todos;
> que el mando al más digno den.

Escenas del campamento de Velázquez ocupan el acto segundo. Nuestro lector fácilmente las adivinará, por

esta reflexión que hace Morales al oir á Pedro de Ordaz:

...Alma llena
de ambición, que no reparas
en medios, como se obtenga
tu deseo, lo que buscas
no hallarás en esta tierra.

Grijalva y Diego de Ordaz traen prisionero á Macorijes, que demuestra un estoicismo propio de un romano de los mejores tiempos. Ni en el tormento descubre el paradero de Hatuey, á quien Velázquez ansía conocer, no para destruirle ciertamente, sino para brindarle con la paz, pues el autor pone estos nobles conceptos en su boca:

Tu bien y el de Hatuey deseo,
que el valiente dondequiera
respeto y honra merece,
y él lo es, según se cuenta.

Obstinado Macorijes en su silencio, muere en la hoguera.

ACTO III

Andan los españoles maltrechos y derrotados por la *selva selvaggia*, para que ocurra la acción casi de Caín que Oviedo cuenta de Pedro de Ordaz, cuando abandonó á su hermano Diego en la ciénaga, porque los indios les daban alcance. Diego se salvó milagrosamente y Pedro viene á morir en la misma ciénaga poco después y del mismo modo. En el drama hace el milagro una hermana de Macorijes, Atabaiba, que se enamora perdidamente del español, escena con algunos toques bellos y no poco inverosímiles, como la declaración de la *virginidad* de Atabaiba, que es en boca de una india bien singular, y recuerda aquello de nuestro Tioco:

que son muchas gollerías
pedir doncellez gallega.

Véase en cambio este trozo poético y de propio colorido:

Soy Atabaiba, la hermana
de Macorijes el fuerte,
si él amargo cual la muerte
yo dulce como la anana.
.....
Sé preparar el casabe
y el maíz sé preparar,
y nadie el baile guiar
como yo en las fiestas sabe.
Yo sé tejer con primor
mantas bellas, y también
hamacas de jeniquén
para mi dueño y señor.
Y redes para pescar
tejo cual nadie, y si canto
mi areito agrada tanto
que es mío el primer lugar.
Soy fiel cual la biajaní,
soy como ella amorosa;
seré mujer cariñosa...
¿Qué me respondes?

ORDAZ.

...Que sí

Como primera prueba de amor ofrece al soldado de Velázquez averiguar dónde se hallan el cacique y sus indios, y mientras queda aquél en el bosque curado y confortado por ella, se entretiene en dar pasto á los amores del autor, de este modo:

Capricho, tú el mundo riges;
Me niega auxilio mi hermano;
Huye y me tiende una mano
La hermana de Macorijes.
Pues mi destino dirijes,
Echarme en tus brazos quiero;
Que me sonrías espero
Y realices mi ambición,
Que no tengo corazón,
Porque es mi bien lo primero.

El nudo se ve ya claramente, y también el desenlace. Haitianos y caribes celebran su triunfo en el acto cuarto con areitos y bailes, en que, por cierto, echan muy de menos á Atabaiba, que sabía lindamente dirigirlos. He aquí lo que cantan:

El hombre blanco en rostro
Y negro en corazón,
El hombre blanco, lleno
De odio, de ambición,
El hombre blanco vino,
Vino iracundo aquí
A hacernos sus esclavos...

como ellos se hacían unos á otros; en sus guerras, cuando no gigote en sus tripas, valiéndonos de la culta frase de Las Casas. ¡Qué ceguedad política la de los escritores que piensan como Sellén! A un descendiente de Caonabo ó de Guarionex podría perdonársele el odio al blanco; pero á él, que tiene el mal gusto de volvernos á aquellos tiempos en que decía algún poeta trasatlántico:

Y si es cierto que tengo sangre goda,
Por no tenerla la vertiera toda,

á él hay que decirle, como ya se le dijo entonces á aquel poeta hispanófobo:

¿Maldices de esa sangre y esa gente
Tú de esa sangre más que yo nacido?

Antes de llegar á las más tristes escenas, que son aquellas en que figura el obispo Las Casas, solacémonos con este excelente cuadro que un espía indio hace del suplicio de Macorijes. Es un buen remedo de nuestros buenos romances:

Macorijes no responde;
Macorijes mudo está.
Lo desgarran, lo destrozan,
Lo atormentan sin piedad
Para hacer que abra sus labios
Y responda al preguntar;
Mas no habla Macorijes;
Macorijes mudo está...
Y suspenden los tormentos,
Y los vuelven á empezar,
Y de nuevo le preguntan,
Y de nuevo mudo está.—
Al fin cesan los tormentos,
Y en un árbol le vi atar,
Y hojas secas, yaguas secas
En redor echando van.
Fuego aplican, y las llamas
Pronto empiezan á brotar,
Y de todas partes suben
Y lo envuelven más y más;
Y humo y llamas, llamas y humo
Brotan, suben sin cesar;
Y silencio todos guardan,
Y en silencio todo está:
Sólo se oye el estallido
Que las secas ramas dan.
No se ve ya á Macorijes...
¡No podré verle jamás!...
Mas sus labios no se abrieron
Y él ha muerto sin hablar.

Tras algunas escenas con dejos de *Pablo y Virginia*, Diego de Ordaz consigue su objeto, y los españoles caen sobre el campo indio apoderándose de Hatuey. Con enorme inverosimilitud, Atabaiba penetra en la prisión de éste á pedirle perdón por haber vendido á sus hermanos, donde la presencia de Las Casas la salva de morir á manos de Hatuey. Es escena que, con llamarla peregrina y estupenda, aún nos quedamos bien cortos.

ATABAIBA, *arrojándose al suelo.*

¡Piedad!

LAS CASAS, *entrando precipitadamente.*

¿Que pasa aquí?

HATUEY.

Tú, ¿qué pretendes?
Dí, cristiano, ¿quién eres?

LAS CASAS.

Soy Las Casas.
(*A Atabaiba.*)

Aléjate de aquí. (*Sale Atabaiba.*)

HATUEY.

¡Cómo! ¿Tu eres
El hombre justo, el compasivo, el bueno;
Unico en esa turba de crueles
Que no es cruel, y hacia nosotros muestra
Justicia, amor, piedad? Deja que bese
La tierra que ahora pisas, y á tus plantas
Dejáme prosternar.

(*Se arroja á los piés de* LAS CASAS.)

No se dirá que los haitianos de aquel tiempo, no estaban ya influidos por lo que hoy se llama opinión pública y al tanto de la celebridad que no había alcanzado aún el futuro obispo de Chiapa. El fué justamente á Cuba en 1512, después de la muerte de Hatuey, llamado por Diego Velázquez «que le amaba», y fué de simple clérigo. En la Española, como cualquier otro conquistador, había tenido sus indios de encomienda, y él mismo declara en su *Historia apologética*, que en el Cibao, á orillas del Istmo, tuvo labranzas que le producían más de cien mil castellanos. ¿Cuántos indios se las trabajarían?

Pero prosigamos la escena.

LAS CASAS, *haciéndole alzar.*

Alza, detente;
Ven á mis brazos, ven: yo soy tu amigo,
Tu hermano soy.

HATUEY.

¿Del cielo acaso vienes?
¿Te envió un Semí para ventura nuestra?...
Tú, ni cristiano ni español ser puedes.

LAS CASAS.

Humilde siervo soy de un Dios piadoso,
Nuestro padre común: Dios que no quiere
Llanto, sangre, injusticia, y nos ordena
Que todos nos amemos, y al que debes
Rendir adoración, noble cacique.

HATUEY.

No me hables de tu Dios; no, no lo mientes.
Es un Semí de iniquidad: tan sólo
Un Semí de malvados, pues consiente
Impasible, en sus blancos servidores
Crímenes tan horrendos.

LAS CASAS.

No blasfemes.
Perdónale, Jesús. Tu furia calma;
Escucha mis palabras y en ti vuelve.
Hatuey, el reino del malvado es corto;
Crimen no hay que sin castigo quede.

HATUEY.

¡Si todos los cristianos cual tú fueran,
Cuán otra, hombre piadoso, nuestra suerte
Hubiera sido!

LAS CASAS.

Hatuey, los hay mejores.
Del Salvador Divino humildemente
En seguir los preceptos yo me afano.
Cada vez más intenso en mí se vuelve
Por los tuyos mi amor, y tus dolores
Me laceran el alma.

HATUEY.

¡Hombre clemente!

.....

Los cristianos no cambian; hoy sucede
Lo que ya ha sucedido...
Venganza en nuestro pecho sólo siembran:
Odio y execración sólo merecen.

LAS CASAS.

Rencor, venganzas, odios en los tuyos
No ví jamás; la mansedumbre siempre.

.....

Animo, ten valor, amigo, hermano;
Yo velo por los tuyos: en mi tienen
Un defensor...

.....

¡Ya no hay palabras!
¡Todo sollozos, lágrimas se vuelve!...
Mas todo cambiará: mejores días
Para tu raza han de lucir en breve.

HATUEY.

¡Vana esperanza de tu noble pecho!

LAS CASAS.

¿En mí la fe también, hermano, pierdes?

HATUEY.

En ti la tengo, pero no en los tuyos.

LAS CASAS.

Yo iré á España: ante el solio de sus reyes
Me postraré: su corazón es noble;
Oirán mi voz, escucharán mis preces,
Y alivio han de alcanzar los males vuestros,
Y justicia os harán. Voto solemne
Hago de no gozar paz ni reposo
Hasta que obtenga protectoras leyes
Para la raza tuya: en Dios confío
Que fuerzas me dará; pero al presente
De tu vida se trata.

HATUEY.

Ya yo he muerto.
¿A qué mi vida sirve? ¿Quién me vuelve
Lo que he perdido? Mis florestas libres,
Mi hermano de armas... ¡Venga, pues, la [muerte!

LAS CASAS.

¡Hatuey! ¡Hatuey! Vivir te ordeno ahora:
A los tuyos tu vida pertenece.
Para ellos vive; para mí: lo ordeno.
No se hable de morir: he visto al jefe
De los cristianos: defendí tu causa.
Yo quiero que le veas.

HATUEY.

¿Debo verle?

LAS CASAS.

Le has de ver, le has de hablar; pero modera
Tu indignación: humano es y prudente,
Mas fácil de irritarse: tus palabras,
Por tanto, mide, y como cuerdo cede
Al rigor de lo que es inevitable.

HATUEY.

Es para mí sagrado cuanto ordenes.

Fácil es presumir lo que pasa entre Velázquez y el cacique haitiano. Lo que nadie adivinaría, seguramente, es el sitio donde se enciende la hoguera para el sentenciado, hoguera que le consume al fin, á pesar del perdón que Las Casas obtiene de Velázquez, porque Grijalva se apresura á hacer la justicia, y el fraile llega tarde... Pues bien, ese sitio es... pero que lo diga el mismo sentenciado.

Este el campo es de Yara donde muero.
¡El campo de Yara!...

Nuestra historia contemporánea lo conoce muy bien, desde que estalló la insurrección cubana de 1868 que tanta sangre y tanta ruina ha costado á ambos pueblos. ¡Guerra triste! ¡Guerra fratricida la que allí comenzó! ¡Y que hoy la recordemos cantada por un poeta simpático, en mal hora obcecado, tan obcecado, que resulta de su obra, que en los campos de Yara renacerá la civilización... ¡Civilización!... ¿La de Hatuey? ¿La de los haitianos y caribes? El lo canta.

Suelo que mis cenizas hoy fecundan,
Campos que dejo esclavos...
...en vosotros
En lunas por venir, para esta gente,
También ha de empezar dura enseñanza.
¡Feliz quien de tu sol el brillo viese!
¡Oh, grande, suspirado, hermoso día
de redención!...

El final está en boca de Las Casas, y es como suyo:

Abre tu cielo al infeliz salvaje,
Y perdón sus verdugos en ti encuentren.

Sí, perdón, pidamos al cielo perdón para todos los errores, incluso para los de los frailes y los legos que, cegados por pasiones políticas, impropias de este siglo, resucitan á los Velázquez y los Hatuey para encender nuevas hogueras en Yara, acaso más abominables que las del décimosexto.

V. BARRANTES.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Insensatez de los republicanos franceses.—Irrupción de unos poderes en el campo de otros. —Las operaciones bursátiles sobre el canal de Panamá.—Generosos errores de Lesseps.—Su analogía con los errores de Colón.—Las estafas colosales.—Su represión por la Cámara.—Junta de investigaciones.—Su presidente Brisson.—Carácter de tal república.—Combinaciones ministeriales.—El ministerio Ribot.—Política de este republicano conservador.—Estado general de nuestra Europa.—Conclusión.

No hay en la política europea fenómeno tan digno de observación y estudio, como el ser y estado de la República francesa, desorganizada por culpa de los republicanos, á quienes falta criterio político y verdadera disciplina. Cuando en las lecturas continuas de papeles tan importantes como los diarios de sus Cámaras, tropieza uno con propósitos tan descabellados como el puesto hace poco en conocimiento del mundo por M. Pigeón, deseosísimo de consagrar las fuerzas del Gobierno á convertir la nación sus ciudadanos en positivistas, extrayéndolos por una serie de disposiciones y leyes políticas del infierno de lo sobrenatural y de lo metafísico; cuando escucha términos tales de expresión en joven é inteligente orador desde la esclarecida tribuna patria, porque lo cree así necesario á su radicalismo; cuando antiguos ministros tenidos por conservadores, como Constans, presentan leyes, cuyo contexto se deja muy atrás los extintos fantaseos de las antiguas escuelas internacionalistas, bien puede sospecharse hoy en la democracia francesa una demencia social por todo extremo asoladora en lo presente y peligrosísima para lo por venir. Pero, entre tanta insensatez, ninguna se asemeja, ninguna, de suyo, á la cometida por el último ministro Loubet, aceptando el cargo de árbitro en litigios particulares; y con esta increíble aceptación invadiendo las fronteras del poder judicial, que deben respetarse con escrúpulo, porque lo hemos instituido con cuidado en defensa y salvaguardia de todos nuestros fueros. Apenas había cometido tal desaguisado, y los espíritus previsores habíanle ya puesto en autos, diciéndole cómo al cabo de tan tortuosas vías únicamente se columbraban terribles despeñaderos, en cuyos cor-

tes iban las instituciones á herirse y á rodar despeñadas hasta el fondo de los más insondables abismos. Con efecto, como un solo error trae aparejada siempre larguísima serie de irreparables errores, á la invasión del poder ejecutivo en el poder judicial, por una consecuencia indeclinable, no ha podido menos que subseguir otra invasión del poder legislativo. Horrible la triste aglomeración de todos los poderes en uno solo, pues de sumarse dentro de una persona, sobreviene por fuerza el abrumador despotismo; y, de sumarse dentro de una grande Asamblea, sobreviene la triste anarquía. Tras el arbitrage de Loubet, ha surgido la Comisión de Panamá. ¡Inútil negarlo! Este asunto aparece como el escándalo de los escándalos. Explotando el nombre gloriosísimo de Lesseps y el fabuloso logro del Canal de Suez, propúsose una legión de muy atrevidos especuladores realizar enorme negocio en los mercados bursátiles más que abrir una nueva comunicación marítima entre los continentes del planeta; y á este fin expidieron valores, cotizados con prima en un principio y al poco tiempo desplomados en el descrédito por la imposibilidad material de que correspondieran los resultados á las promesas y los provechos á las esperanzas. Lesseps había creído, en sus alucinaciones de mitológico héroe, cosa tan hacedera y fácil abrir el istmo de Panamá como abrir el istmo de Suez y comunicar el Pacífico y el Atlántico, cual el mar Mediterráneo y el mar Rojo. Pero las resistencias del suelo, las plagas del clima, las enormes distancias entre los centros de operaciones económicos y los campos de la industria y del trabajo, los aniquilamientos de trabajadores en la horrible voracidad del trópico que todo lo extraga, el combate consciente y continuo y perseverantísimo del Gobierno americano á esta ingerencia europea en América, convierten lo que primero se creía exacto en probable, y, por último, lo que apareció probable, desde seguro, en imposible y hasta inverosímil. Colón, dotado por el cielo de aquellas adivinaciones verdaderamente divinas, que distinguían su genio é iluminaban su obra, creyó durante sus viajes últimos, cuando le parecía con el paraíso haber tropezado y se le figuraba próximo el momento de coger á manos llenas el oro en Veragua para proseguir las Cruzadas y traer al seno de la cristiandad el Santo Sepulcro, en la existencia de un estrecho por aquellos sitios, imaginando la Naturaleza bastante próvida y sabia para en sus previsiones maternales haber abierto un canal, facilitador de las comunicaciones y de los cambios con Asia. El estrecho requerido por el descubridor, no estaba ciertamente allí, no tan á la mano y alcance de todos, no cerca de las Antillas y Bahamas, no en la tierra de Veragua y junto al cabo de Gracia de Dios; estaba en otro hemisferio semejante á otro planeta, bajo cielos esclarecidos por constelaciones nunca vistas, cerca del polo austral; y había de ser descubierto, en uno de los atrevimientos mayores que la historia recuer-

da, por el mártir Magallanes; así como puesto en conocimiento de la humanidad entera por Sebastián Elcano por la primer circunnavegación de nuestro globo. Erró Lesseps imaginando fácil abrir lo que cerrara la Naturaleza, como erró Colón atribuyendo á la implacable Naturaleza previsiones y solicitud impropias de su terrible indiferencia. Pero en tiempo de Colón, aunque algunos pusieron sus tesoros en la empresa y los recobraron tarde ó no los recobraron jamás, se desconocía esta facilidad moderna de convertir en valores movibles y cambiantes los valores muebles, y repartir entre las familias de Pekin ó Lima la propiedad directa de Almadén ó de Ríotinto. Y como estos valores en papel vuelan tanto y pasan de mano en mano con facilidad tan grande y en curso tan rápido, la inspección de sus circulaciones múltiples y la busca de sus dueños legítimos es cosa tan difícil, que las estafas mayores se sustraen á las acciones varias de los tribunales y caen fuera del Código penal.

El Parlamento francés ha querido suplir esta deficiencia con un organismo que no puede improvisarse y que pide, además de mucho tiempo, mucho tino. Al ver montada por gran tropel de sórdidos explotadores una máquina, como la sociedad gigante del Panamá, con ánimo de abrir las bocas del bolsillo francés antes que los senos del canal interocéanico, llevándose y evaporando así mil cuatrocientos millones de la fortuna pública, intentó buscar un organismo que ocurriese al castigo de tan colosal estafa; y lejos de ocurrírsele aquello que se hallaba en sus facultades, como la excitación al Gobierno y á los tribunales para que persiguiesen estos hechos, se convirtió en tribunal de justicia, lo más contrario á un cuerpo verdaderamente político; y anuló de un golpe dos poderes rivales, el poder ejecutivo, que anda en perpetua crisis, y el poder judicial, que se cree herido mortalmente y está en realidad anulado. Una debilidad incomprensible del gobierno Loubet, muy semejante á la cometida en el negocio de Carmaux, convirtió la Cámara en tribunal de justicia, como antes había convertido el ministerio en árbitro de los negocios civiles. Buscando al más austero entre los diputados para presidir el Comité de investigaciones, dieron los fundadores de tal junta con Brisson, y á éste, ya presidente, no se le ocurrió sino meterse, de hoz y de coz, en las atribuciones judiciales, decretando medidas que sólo pueden decretarse allá en lo alto y obedecerse por los de abajo si las toma y dispone un juez competente. Había intervenido mucho en la gestión del Panamá y en las emisiones de sus valores un célebre banquero llamado Reinach, tío y suegro del joven diputado de este apellido, á quien le tocara en suerte continuar el periódico de Gambetta, y, por lo mismo, ser una especie de Benjamín en la escuela oportunista, de tan odiosa memoria para todos los radicales, conjurados en la obra de maldecirla y de vejarla. En medio del

escándalo promovido por tales hechos, Reinach muere; y la general murmuración atribuye á suicidio y aun á veneno preparado por manos ajenas su muerte. Hallándose la comisión investigadora con que todo el secreto de las operaciones bancarias relativas al Panamá se contenía en los libros del banquero, y con que había desaparecido en la eternidad éste; sin encomendarse á Dios ni al Diablo, dispuso una inmediata irremisible autopsia de su cadáver con doble desconocimiento y desacato, así de las facultades correspondientes á los médicos forenses, como de las facultades correspondientes á los jueces instructores. Aquel Gobierno que tolerara la fundación de un organismo así, no quiso tolerar la consecuencia obligada del ejercicio suyo, y se interpuso entre la Comisión y los tribunales en tardío rasgo de inesperada independencia. El ministro, reacio á presentir y preveer, estaba en el caso de remediar las propias imprevisiones recluyendo la Comisión dentro del Parlamento y refrenando el trote que había tomado hacia el solio de la justicia. No puede condenarse á nadie, sino por leyes y por tribunales anteriores á la comisión de su delito. No se pueden aplicar á un solo hecho dos códigos y dos jurisdicciones y dos procedimientos y dos tribunales diversos al mismo tiempo. No se pueden investigar los móviles del voto dado y del discurso dicho en una Cámara, porque todas las Constituciones del mun lo reconocen la inviolabilidad de los representantes de un país en el cumplimiento de su cargo, y no hay medio de procesarlos ni por sus opiniones, ni por sus votos. Todas estas verdades, que son de sentido universal, y todos estos aforismos, que han pasado á la conversación corriente, todos estos lugares comunes que no piden para su comprensión cursos y libros de derecho, sino una escasa y superficial noticia del mundo y sus leyes, cayeron en olvido del Gobierno al consentir la Comisión, y no se le presentaron hasta el primer encuentro, que la Comisión tuvo con las facultades todavía más respetables del poder judicial. Negóse, pues, el ministro de Justicia con fundado motivo al cumplimiento de un decreto, por el cual cometía la Comisión el delito penado en las leyes de usurpar las atribuciones ajenas; y el Congreso, muy ufanado de su nuevo poder y muy apercibido á hacer mangas y capirotes con la honra de los ciudadanos, derrotó al ministro y se constituyó por este voto en una verdadera Convención. Presidía, cual hemos dicho arriba, el increíble organismo parlamentario Brisson; y como presidía este organismo, dirigió las operaciones contra el Gobierno; y como dirigió las operaciones, tropezó en la derrota del Gobierno con una designación muy natural á la Presidencia del Consejo que debía remplazar al vencido. Y lo llamaron del Elíseo, como era congruente con lo sucedido, á formar y á presidir el nuevo Gobierno. Pero Brisson pertenece al número de los hombres rectos, que como andan rectamente, sin quererse desviar ni á la derecha ni á la izquierda,

tropiezan con todo el mundo. De tropezones en tropezones llegó el estoico á traer una Cámara como la triste anterior, la cual estuvo á dos dedos de traernos la dictadura del general Boulanger. Pero váyasele á los caracteres subjetivos, que nunca se asoman á la ventana, con el recuerdo de la historia y con el inconveniente y el obstáculo que la realidad opone á los puros conceptos de una mente moral y de una voluntad austera. Creyó la cosa más fácil del mundo este cariñoso y buen amigo mío unirse á los mismos que había derrotado y formar con ellos, heridos por sospechas indignas, un ministerio representante de la quisicosa conocida en Francia con el nombre de reconcentración republicana. Como el gobierno Loubet no se había enterado de lo que iba la Comisión á resultar hasta después de verla en ejercicio, Brisson, por su parte, no conocía la imposibilidad en que se hallaba de constituir un ministerio, sino después de haberlo intentado y haber visto frustradas todas sus combinaciones. Yo quiero mucho á Brisson, le confiaría mi honra y mi dinero y mi vida, segurísimo de que velaría por todo ello como un héroe y un santo, pero en política no le fío ni la secretaría de mi comité del barrio, con haber sido ministro, presidente de la Cámara y Presidente del Consejo. Si Arístides era como Brisson, hicieron muy bien los atenienses en desterrarlo. Con su Cámara indefinida é indefinible, generada por unos comicios, á los cuales no había querido presentar ningún programa, dió el primer golpe á la República, y con su junta de información acaba de darle ahora otro golpe mortal. El primer efecto de una manía tan enorme ha sido grave pugna con el poder judicial, resistiéndose por necesidad y por deber éste á la intrusión en sus facultades propias de un poder anómalo y extraño. El segundo efecto ha sido que muchos ciudadanos, obligadísimos por las leyes y por sus sanciones á prestar declaración ante los tribunales ordinarios, no han querido prestarla de ningún modo ante un tribunal extraordinario que ni tiene jurisdicción alguna, ni código á que sujetarse, ni facultades por la Constitución dadas y por la costumbre reconocidas, ni cosa ninguna. Y el procurador general de la República se ha erguido ante tal irregularidad y ha sublevado con su proceder enérgico y entero al cuerpo de magistrados que protesta, mientras Francia pasa una quincena completísima sin Gobierno y metida en el horno de unas calumnias tan espesas que roban la luz á los ojos, la respiración á los pulmones, condensando un aire pestilente, alcual serían preferibles para el alma del alma, para la vida de nuestra vida, para el honor, la muerte material y el sueño eterno.

Todos estos desaguisados y entuertos han traído una crisis de quince días, que no es una crisis de la política sino una crisis de la sociedad. El régimen parlamentario, de tantos resortes diversos y de tantas complicaciones difíciles, exige la producción de ciertos organismos, cuya falta y ausencia lo matan sin re-

medio, empujándolo hacia la dictadura ó hacia la anarquía, los dos abismos, entre cuyos bordes á la continua caminamos los pueblos recién emancipados, y por ende poco diestros en el ejercicio y cumplimiento de su colectiva soberanía. Es indispensable al régimen parlamentario la existencia de dos fundamentales partidos, como es indispensable á los partidos la existencia de sus jefes ó de sus cabezas, en quienes todo el organismo se resuma y resida lo mismo el impulso á todo movimiento que la consagración de toda idea. En el pueblo modelo de las instituciones parlamentarias, en Inglaterra, la importancia, la grandeza, la fuerza del primer ministro, del que llaman allí por sabia elipsis primero, frisa con la importancia y la grandeza y la fuerza que tienen la monarquía y el monarca. No llega entre los ingleses á primero todo aquel que quiere llegar, como no se forma gobierno ninguno sin tener el primero á su cabeza. No hay más que dos primeros posibles en Inglaterra: Salisbury el uno y el otro Gladstone. Comparad esto con lo que pasa entre los franceses. La lista de los presidentes del Connsejo vivos no se acaba nunca. Recordad los más notables y os quedaréis espantados de su número: Simon, Ferry, Freycinet, Goblet, Rouvier, Loubet y tantos más constituyen una baraja de ases como no hay ninguna. Tal copia de primeros ministros no significa sino la indeterminación y la indefinición, porque pasa en estos instantes críticos la República francesa. Quieren á toda costa concentrarse; y el radicalismo, débil por su número, se impone por la debilidad servil de aquellos que, debiendo ser sus enemigos, son sus cómplices. Bajo la denominacion común de republicanos y el denominador común de república, creen la cosa más fácil del mundo casar á la Señoría de Venecia con el gran turco, cual dicen los franceses en sus claros y hermosos modismos. Pero el toque de todo esto se halla en que los radicales oprimen á los oportunistas, valiéndose de la común característica republicana, lo cual no les impide aliarse con sus enemigos los reaccionarios y los realistas siempre que les conviene jugar pésimas pasadas á sus buenos hermanos. Y así no es maravilla que unas veces aparezcan los diputados como rebeldes indómitos dispuestos á derribarlo todo y otras veces como ceros dóciles colocados á la izquierda de cualquier unidad para engrandecerla. Y así á Brisson se le ocurría consultar con Casimiro Perier después de haber consultado con Camilo Pelletan y formar un ministerio de concentración republicana requiriendo para ello los ministros á quienes acaba de maltratar y herir en su honra. Pues de igual suerte procede Carnot en sus encargos para las composiciones de los diversos ministerios posibles.

Lo mismo le importa un republicano muy reaccionario que un republicano muy socialista, si le forma Gobierno de tres ó cuatro meses y le aglomera mayorías de acarreo y de aluvión. Por fin, después de haber caído en cien

trampas y haber andado de ceca en colodro, uno de los hombres más conservadores del partido republicano por sus antecedentes y más tímidos con los radicales por sus procederes ha formado ministerio. Este hombre se llama M. Ribot. Una velada de la Grande Opera, encontrándome yo en el palco de la Presidencia, por invitación de M. Grevy, M. Goblet, á la sazón Presidente del Consejo, me honró con su compañía, y en las conversaciones de los entreactos, me dirigió esta curiosa pregunta: «Si V. estuviera en la Cámara francesa, ¿dentro de qué fracción republicana se incluiría?—Republicano desde mi lejana infancia—le dije—republicano hasta la muerte, profeso dentro de la República ideas tan por extremo conservadoras, que no encuentro en vuestro Parlamento grupo bastante conservador para en él inscribirme.—¿Aún le parece á V. poco echado atrás M. Ribot?—me preguntó.—M. Ribot—le dije—no es republicano de abolengo como yo, es republicano reciente, y sin duda por esta condición tiene con los radicales complacencias incomprensibles para mí.» Goblet se mordió los labios y no continuó la conversación; pues en ella estaba calificado el nuevo Presidente de ahora y dicha la causa de sus debilidades con el radicalismo republicano. Todos cuantos, después de haber pasado por las ideas monárquicas, entran en los partidos nuestros, creen la República de una tan radical complexión y tan demagógica naturaleza que consideran imposible habitar en ella sino declarándose demagogos y radicales. Parecen los realistas convertidos á la idea republicana cangrejos; mientras están en el agua fresca de la Monarquía, muy pálidos, pero zambullidlos en el agua caliente de la República y veréis cómo se vuelven rojos.» Esta broma, dicha por mí hace tiempo respecto de los monárquicos españoles pasados á la República, cógele de medio á medio al nuevo Presidente del Consejo en Francia. Estaba destinado á presidir una situación franca y claramente conservadora; preside, por no indisponerse con los republicanos, una situación de confusiones radicalescas dominada por un espíritu socialista de somatén y de rebato. Que no se queje si la historia y la conciencia se lo toman en cuenta y le arguyen de un desaguisado tan triste. Ya es Presidente. Pero ¿sabrá refrenar los excesos de la comisión parlamentaria y sostener el derecho de los Tribunales de justicia? Si tal no hace, ¿qué será de su crédito? Y si tal hace, ¿qué será de su cartera? Se ha llegado en el pueblo francés á una situación imposible por esas concentraciones en las cuales todos están fuera de su quicio. El Gobierno allí no tiene la debida estabilidad y el régimen parlamentario carece de aplomo por esta indeterminación, en la cual flotan las moléculas, pero nunca se unen por las grandes afinidades misteriosas, ni se cristalizan con arreglo á una geometría exacta y á un tipo regulador. Está salvada por la Providencia, pero no establecida la forma republicana entre los franceses.

No anda bien el resto de nuestra Europa. Las elecciones, lejos de robustecer al gobierno Giolitti en Italia, lo han debilitado. Mucho se ha dicho de sus violencias electorales y no puede negarse que, si el río suena, piedra ó agua lleva. Mal camino emprenden los italianos, si no resulta la triste afirmación un desahogo de vencido. En lo que no cabe dudar de ningún modo, es en la terrible aspereza con que acaba de recibirlo el Senado. Tiene allí la corona el derecho de nombrar los senadores, que son vitalicios todos, dentro de ciertas categorías. Y por virtud, y en ejercicio de tal derecho, nombró el ministerio senador á un candidato que le dejará libre para un ministerial cierto distrito siciliano. La vieja Cámara se ha erguido y ha invalidado el nombramiento. Jamás el rey se había visto en éstas. Y como no se había visto, tendrá que tomar orientaciones nuevas, contando con una Cámara que pide se la tenga en cuenta, y resuelta en su decisión á no dejar sean mutilados ú olvidados sus correspondientes derechos. En Austria también están soliviantados los ánimos. Las resistencias del emperador al matrimonio civil en sus estados de Hungría, con la cual se ha roto el Gobierno, sucesor de Tisza, mete la persona del monarca en las competencias políticas, y trae por ende muy sublevados los ánimos. La perdurable agonía de Kossuth, el gran personificador de la separación, que allá en el destierro muere á la edad avanzadísima de noventa y tres años, ha suscitado tal número de lutos y duelos, que todo el mundo comprende, y el primero Francisco José, cómo en Hungría es más amada la imperial persona suya que la institución, en cuyo nombre domina y reina. Todo esto genera inquietudes extendidas á los demás pueblos de Oriente, con especialidad á Bulgaria y Servia. En este último punto, un conflicto entre la municipalidad de Belgrado, la capital, y el ministerio, ha suscitado una votación, en la que se han cometido tantas violencias para impedir el triunfo de los regidores abominados, que sólo han obtenido en el escrutinio docenas de sufragios cuando en la votación creyeron tenerlos por miles y miles. Mayor en el fondo, aunque menor en la superficie, mayor agitación entre los búlgaros. Un principado, contra el cual se ha vuelto su propio generador, el czar de todas las Rusias, debía recordar á cada instante lo frágil de su complexión, y no meterse por nada del mundo en camisa de once varas. Pues hace precisamente lo contrario de aquello debido en justicia y en razón. Pretende cosas tan graves como tener una flota en el Mar Negro, exclusivamente consignado á Rusia y Turquía como pretende también reformar la constitución, cosa de no menos gravedad. Y esta reforma se refiere al trascendental asunto de la religión que deben profesar los herederos del príncipe Fernando, próximo á casarse. Tal vástago de los Coburgos y de los Orleanes ha escogido una nieta de la reina Victoria por esposa. Hija la bella novia del duque de Edimburgo pertenece, no sólo á familia tan poderosa en el mun-

do como la familia real británica, pertenece á la familia imperial rusa, pues nada menos que hermana del emperador Alejandro III es su madre. No está mal escogida la novia; pero está muy mal escogido el momento en que suscita Fernando esta cuestión político-religiosa, cuyo desarrollo únicamente puede conducirle á una enajenación de la voluntad del pueblo y á una tardanza en su difícil reconocimiento por las potencias europeas. En Oriente tropieza con muchísimas dificultades un soberano que participa de una religión distinta de la religión del pueblo. No pasa lo que suele acontecer en Alemania, donde así como se reunen los protestantes y los católicos á celebrar sus respectivos cultos en un mismo templo, dinastías de religión católica reinan en la Sajonia de Lutero y dinastías de religión luterana en ciudades tan de nuestra iglesia como Constanza. Cuando hace poco el rey de Grecia unió su primogénito á una princesa germánica, pactóse la conservación del culto luterano en ésta y no pudo cumplirse lo pactado, pues el pueblo griego impuso á la reina futura de Grecia la religión griega. Mucho de todo esto puede pasar en Bulgaria, que tiene también su religión propia, y que antes de constituir su independencia nacional, constituyó su independencia religiosa. Los pueblos de Oriente marchan con una mecha encendida sobre un montón de pólvora. El día que susciten una dificultad grave, pueden suscitar con ella una guerra europea. Y el día que susciten una guerra europea, importaráles poco ser vencedores ó vencidos; después de haber hecho muchos sacrificios tendrán que pagar los vidrios rotos, aplastados entre todos los martillos y todos los yunques. Por fortuna, los terrores apocalípticos despertados al temor de una catástrofe, contienen la mano de los poderosos y aplazan el momento fatal. Ni el emperador de Rusia, ni el emperador de Austria, ni el sultán de Constantinopla, quieren un conflicto. Pero tales podrían ser las imprudencias que suscitasen una catastrofe, y entonces no tendrían lágrimas bastantes para llorar sus desgracias, ni fuerzas para soportar su responsabilidad.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Mariana, por D. José Echegaray.—*Nerón*, por D. Florencio Moreno Godino. *Discursos*, por D. Francisco Silvela.

Doble podría apostarse contra sencillo, en la seguridad de no salir perdiendo, á que la historia de la última comedia del señor Echegaray es, sobre poco más ó menos, la siguiente: D. José—diría Mario ó cualquiera de las actrices ó actores del elegante teatro de la calle del Príncipe—¿por qué no escribe V. una comedia, cuyos papeles se ajusten á nuestras particulares aptitudes del modo mismo que á nuestros cuerpos se ajustan los trajes que nos confeccionan sastres y modistos? Y cátate al insigne dramaturgo aplicando el metro á las facultades de aquellos apreciables artistas, y cortándoles sobre la mesa del taller una comedia de las que pudiéramos llamar *á la medida*. El talento de María Guerrero—debió de pensar el Sr. Echegaray—se adapta á la expresión de los caracteres nerviosos y un tanto fantásticos y extravagantes, pues haré para ella un papel en que tengan ámplia cabida las nerviosidades y extravagancias. Mario se pinta solo para hacer de viejo simpático, pues papel de viejo simpático para Mario. ¿Le da á Balaguer por lo grotesco? pues papel grotesco á Balaguer. ¿Es frío en la expresión Cepillo? pues frialdad en su caracter. ¿Acierta Thuiller en los movimientos pasionales y vehementes? pues pasión y vehemencia para Thuiller. Ideados así los diversos personajes de la obra y elegidos éstos, como queda dicho, no entre los innumerables modelos que ofrece la sociedad, sino entre los tipos que posee lo que pudiéramos llamar la guardarropía viva del teatro de la Comedia, procedió el autor á agruparlos á fin de que cada uno de aquellos apreciables actores alcanzase el mayor lucimiento posible. Atento siempre á su propósito, como quiera que los compañeros del Sr. Mario, dicen, salvo rara excepción, bastante mal el verso, escribió el Sr. Echegaray en prosa su drama; como por regla general, aquel escenario parece á causa de la costumbre, marco de lo cómico más bien que de lo dramático, cuidó con singular esmero el poeta, que abundase en su composición el primero de ambos elementos; y como el uniforme, por decirlo así, de los artistas del teatro de la Comedia es el traje de etiqueta, el autor vistió á los personajes de *Mariana* con los atavíos de la más alta sociedad.

Así fué, sin duda, concebida, y así fué formándose la última obra del autor de *El gran Galeoto*. Parece lo natural que los actores sean para las obras; pero en el caso á que me refiero, la obra es para los actores. Si las aptitudes de éstos hubieran sido distintas de

lo que son, *Mariana* no sería lo que es. Ya en otras ocasiones ha subordinado el Sr. Echegaray su inspiración á las facultades de los comediantes. *En el seno de la muerte*, por ejemplo, con su *romanticismo de cabeza* y no de corazón; con su castillo de Argeléz, con sus quintillas de la *banda carmesí* y de la *armadura de Milán* y *el viejo lebrel;* con sus rimbombantes endecasílabos y sus sombrías venganzas y sus pasiones delirantes y su horrible cripta, no fué otra cosa que un conjunto de relumbrantes oropeles, no exéntos de grandiosidad, diestramente combinados para que Rafael Calvo pudiese hacer fastuoso alarde de su inolvidable talento. Muerto el gran actor, murió también *En el seno de la muerte;* como que el protagonista del drama no era ni un carácter real, ni un personaje histórico ó legendario: era Calvo, ó más bien la manera artística de Calvo, del mismo modo que *Mariana* es María Guerrero ó la manera artística de María Guerrero.

No influyen poco en el valor del último drama del Sr. Echegaray el modo y forma en que ha sido concebido. No es *Mariana* una obra que tenga aquella *finalidad sin fin* de que habla el filósofo, es más bien un pretexto para que resalten las gracias y habilidades de los artistas para quienes aquella se escribió; no es hija de la inspiración, es una obra de encargo; no es la estatua que los actores levantan sobre sus hombros para que el público la admire y la contemple, es la peana sobre la cual ellos se exhiben. Declaro sinceramente que me causa cierta impresión penosa, ver un ingenio tan soberano como el del Sr. Echegaray, plegarse á un papel tan secundario. Jamás he podido imaginarme á Lope escribiendo comedias para el lucimiento escénico de Jusepa Vaca ó de Juan de Morales.

Aparte de este motivo generador de *Mariana*, no hay que buscar en ella una idea capital que abarque y domine á todas las demás, idea madre, de cuyo tronco fecundo broten todas las ideas secundarias como del árbol las ramas y de las ramas las hojas; esa idea capital y primera en toda obra verdaderamente artística, falta en la última del autor de *O locura ó santidad*. En *La vida es sueño*, ese pensamiento general está contenido en el título, y es como la cúpula del maravilloso drama de Calderón; en *Otelo*, es la pasión de los celos; en *Marta la piadosa*, la hipocresía; en *Don Alvaro*, la fatalidad: en *El tanto por ciento*, la usura; en *Consuelo*, la vanidad y el lujo, en *Un drama nuevo*, el adulterio; en *El Gran Galeoto*, la fuerza sugestiva de la calumnia. ¿Cuál es ese pensamiento en *Mariana?* Podrá contestarse á esta pregunta, diciendo: «El Sr. Echegaray se ha propuesto no desarrollar una tesis, ni siquiera presentar una afirmación en forma dramática; ha querido hacer el análisis psicológico de un carácter de mujer; ha intentado, en una palabra, algo parecido en *Mariana* á lo que Ibsen ha hecho en *Hedda Gabler*. Sea; pero, ¿lo ha conseguido (1)?

De esto de los análisis psicológicos en el teatro habría mucho que hablar. La escena es por naturaleza eminentemente sintética; tiene necesidad de reducir los días y hasta los años al breve período de unas cuantas horas, le es fuerza prescindir de los hechos pequeños para presentar los momentos decisivos de la existencia, y como es siempre el personaje quien habla, sin que el autor pueda explicar las palabras de aquél ni sus pensamientos, so pena de que sea el susodicho personaje un consumado filósofo que haya llegado á la meta de la sabiduría, al inalcanzable *nosce te ipsum*, imposible es que nos dé

(1) Alguien ha creído ver en *Mariana* la intención de presentar los efectos perniciosos de la mala educación. No creo que el autor haya tenido este propósito; mas si por ventura se hubiera propuesto semejante cosa, convengamos en que no ha salido adelante con su empresa. ¿Qué tiene que ver la educación de Mariana con su enamoramiento de Daniel y con todo lo demás que de este enamoramiento se sigue?

á conocer, por sí mismo, los misteriosos engranajes y las complicadas relaciones de su vida interior, y que penetre en la región del espíritu, analizando allí una por una las fibras inmateriales del alma. Sólo de una manera imperfecta y siempre por medio de hechos escénicos, se logra dar idea de la vida interna; pero en rigor esto es presentar, no analizar los caracteres. El análisis, propiamente dicho, supone nimiedad casi científica, y tan prolijo detenimiento, que uno y otro son completamente ajenos á las condiciones de la escena. Por esto creo, y los hechos hasta ahora lo confirman, que es estéril en el teatro intentar el análisis de los caracteres. Basta con que el autor acierte á expresarlos bien.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que si el Sr. Echegaray ha pretendido analizar un carácter no ha logrado por completo su propósito. No negaré yo que en el infinito número de combinaciones que contribuyen á la formación de caracteres, pueda resultar uno tan extravagante y original como el de Mariana. Que hay en el mundo mujeres medio locas, románticas en ocasiones, en ocasiones excépticas, marisabidillas, fantásticas y gárrulas, cosa es tan evidente, que no es necesario acudir al milagro para aceptarla de buen grado: los caprichos de los poetas no llegan nunca á igualarse con los caprichos de la realidad. Lo que sí me parece extraordinario, y más que extraordinario falso de todo punto, es que aquella extravagante criatura se pase sus mocedades estudiándose á sí misma y contándole á su novio y á su protector y al público, cuantas evoluciones y fenómenos se verifican en su espíritu. Merced á este trabajo interior que envidiaría el más reflexivo filósofo, explica la joven cómo y por qué han nacido en su espíritu tales tendencias y cuales extravíos, coloca su propio ser en la mesa de disección y va mostrando como pudiera hacerlo concienzudo psicólogo, la razón y el origen y las consecuencias de todas sus genialidades, exponiendo, en una palabra, la filosofía de su vida. Al oirla escuchamos al autor: no es una muchacha locuela la que habla, es un pensador de madura experiencia. Por esta razón los amores de la joven nos interesan poco. No ama como Margarita, como Ofelia, como Julieta, como Melibea, cediendo, por decirlo así, con los ojos cerrrados á esa fuerza divina que avasalla á todo cuanto vive; ama ó pretende amar de una manera *conscia* como decían los krausistas. Hasta su coquetería es reflexiva; no trae al retortero á Daniel y D. Pablo por vanidad y ligereza, sino como medios para el cumplimiento de sus vagos proyectos de venganza, no contra un hombre, sino contra todos los hombres. Porque Mariana discurre de esta suerte: «mi madre se escapó con un miserable que acabó por maltratarla y abandonarla... luego todos los hombres son unos perversos». Como se ve, no es la lógica la cualidad esencial de estos caracteres originales. Amor que todo lo puede, llega por fin á dominarla y á hacerle olvidar momentáneamente su rencor al sexo feo; pero una circunstancia imprevista le descubre que Daniel, á quien pocos momentos antes ha otorgado el dulcísimo *sí*, es hijo del seductor infame á quien Mariana ha jurado odio eterno. Entonces la joven no se para en barras y entrega su mano á D. Pablo, á quien Daniel ciego de cólera insulta y desafía.

Este D. Pablo es un general bastante excéntrico, frío, valiente y pundonoroso. Se cuenta de él, que celoso de su honor mató á su primera mujer. Pero este médico de su honra, á pesar de sus cuarenta y ocho años cumplidos y de su poca fortuna conyugal, y aunque Mariana es una jovenzuela de poco juicio, que por añadidura no sólo no le ama sino que quiere á otro, no vacila en hacerla su esposa, sin duda decidido á aumentar con un nuevo caso su clínica especialista en curas de honor. Ya he dicho que D. Pablo es un valiente. Y á fe que buena falta hacen en la comedia unos cuantos maridos como

él, porque además del conato de adulterio de Mariana, juegan otros tres en la obra del Sr. Echegaray: el adulterio de la madre de la joven, el de la primera esposa del general y el inminente de la mujer de D. Cástulo. Para un solo drama son, en efecto, demasiadas infidelidades.

En cuanto á Daniel, sólo diré que es el galán joven de todos los dramas y melodramas; guapo, bueno, noble, valiente, apasionado, tipo ya consabido y que pasa de unas comedias á otras sin más alteración que el cambio de nombre; es el mismo que llora en las comedias de Feuillet, que jura amor eterno en las de Sardou, que prorrumpe en enamoradas endechas en los dramas románticos y que tan indispensable es en las obras dramáticas, como el gracioso en nuestras comedias antiguas ó como Polichinela en las farsas italianas.

Decía que D. Pablo da muestras de un valor á toda prueba casándose con *Mariana*. El epílogo lo evidencia cumplidamente. Daniel, valiéndose de un procedimiento bastante ingenioso, entra en la casa de su rival en la noche misma de bodas. Mariana, que ha despachado con cajas destempladas á su marido, recibe con los brazos abiertos á su antiguo novio y le explica la razón del rompimiento con él; el joven, delirante de pasión, le propone la fuga, Mariana se resiste, trata él de llevársela á la fuerza, grita ella, sale D. Pablo, revólver en mano, y viendo por segunda vez en riesgo su honor... ejerce de nuevo de *médico de su honra*, matando á su mujer y desafiando á muerte al amante infortunado.

¿Qué decir del epílogo *calderoniano*? ¿Qué hay de común entre el general D. Pablo, especie de Barba azul, destinado á matar mujeres, y aquellos don Lope y D. Gutierre, personificaciones del honor español? D. Pablo, aunque otra cosa quiera expresar el autor, es risible; un galán de cuarenta y ocho años que cree que le quedan quince todavía para hacer el cadete, es de una fuerza cómica extraordinaria. No inspira terror, sino risa. No es un hombre, sino un instrumento de muerte. Entre él y su revólver apenas si existe diferencia.

En torno de esta acción, falta de realidad, que no conmueve pero que deleita, ha agrupado el autor varios personajes, como D. Joaquín el simpático protector de los dos amantes, D. Cástulo el arqueólogo, su mujer, el cortejo de su mujer y la hermana de D. Pablo, personajes los tres últimos completamente inútiles, y que podrían, por consiguiente, suprimirse, sin que la acción sufriese el más pequeño detrimento. D. Cástulo, aunque necesario, puesto que en él estriba la peripecia más importante de la obra, es, más bien que un tipo cómico, una verdadera caricatura; en un sainete podría pasar, en una comedia dramática es inaceptable. Todo aquello de los peines y de las herraduras y del mechón de pelos de Asurbanipol ó de Amenofis, es propio de un artículo de Taboada, no de una comedia en que cabe sí lo cómico, pero nunca lo caricaturesco. La caricatura, además, sólo puede estar aislada ó mezclada con otras caricaturas; es una desproporción que necesita un mundo también desproporcionado.

Y al llegar aquí, no porque venga precisamente á cuento, sino porque ahora me ocurre, he de manifestar un escrúpulo que siento y que lealmente declaro. Estos defectos que he señalado y que á mí me parecen garrafales, ¿son lunares sin importancia que ni afean ni deslucen las bellezas de una obra maestra? ¿No han logrado mis ojos ver las perfecciones, y en su falta de alcance han confundido granos de arena con montañas enormes? No lo sé; pero si así fuese, me basta con reconocer la posibilidad de mi error. He leído en la prensa entusiastas ditirambos en loor de esta comedia, se ha sacado á relucir á Shakespeare, se ha hablado de final calderoniano, de cumbres del arte, de concepción maravillosa y de no sé cuántas cosas más. Nada de esto, vuel-

vo á repetirlo, he alcanzado á ver en la última obra de Echegaray; estaré quizás equivocado; pero haría traición á mi pensamiento si manifestase un entusiasmo que estoy muy lejos de sentir. Verdad que la factura de la obra es más perfecta que la de otros dramas del mismo autor, maneja mejor el poeta en este drama que en los otros suyos los resortes que siempre sorprenden al público, ha sabido dar á éste no pocas dedadas de miel, ha preparado hábilmente las situaciones de efecto, ha escrito diálogos llenos de viveza y de interés, como el hermosísimo de la confesión, ha demostrado, en una palabra, que es maestro en el arte de hacer comedias, tan maestro que supera á Sardou y compite con Dumas; posee, en el inagotable tesoro de su fantasía, siempre joven, joyas preciosas que derrama á granel en el estilo, joyas muchas veces inoportunas, pero que deslumbran al espectador; sorprende, engaña, juega con el público, «transfigura el absurdo—como decía Revilla—con la fuerza de su genio»; pero aquella belleza grande de *En el puño de la espada* y de *La esposa del vengador*, aquella hermosísima concepción de *El Gran galeoto*, aquel conflicto del espíritu y la materia de *La muerte en los labios*, aquel grandioso problema moral de *O locura ó santidad*, ¿tienen, por ventura, algo semejante en *Mariana?* Quizá esta comedia esté mejor *hecha* que las otras que he citado; quizá haya sido aquí mejor artífice el Sr. Echegaray; pero fué allí mucho más artista.

Claro es que al hablar así no le comparo con la mayor parte de los poetas que abastecen el teatro moderno. El autor de *Mariana* está á muchos codos por encima de ellos. Comparo á Echegaray con Echegaray mismo y le aplico la parábola de los talentos. Mucho debe exigírsele, porque de mucho es capaz. Escritores hay á quienes es justo aplaudir, si por acaso se encuentra algún poco de cobre en la mina de su cerebro. Al primero de nuestros actuales dramaturgos, hay derecho para exigirle oro fino... oro del de veintidós quilates. Por esto, cuando en una obra suya se encuentran tantos oropeles como en *Mariana*, cuando se advierte la ausencia de todo pensamiento capital, cuando se echa de ver que los personajes son muñecos grandes como D. Pablo y Daniel ó grotescas caricaturas como D. Cástulo ó un conjunto de extravagancias como *Mariana*, cuando nos enteramos de todo esto, sin dejarnos engañar por los artificios de una factura pulida, y, por decirlo así, bien labrada, experimentamos, los sinceros admiradores del Sr. Echegaray, una verdadera decepción.

Pasado el efecto que produce en el ánimo la destreza con que están presentadas las situaciones, desvanecido el encanto pasajero de aquel estilo sujestivo, terminada la sorpresa de aquellos ingeniosos recursos, nos preguntamos, después de todo, ¿que es *Mariana?* Y fuerza es contestar entonces: *Mariana* no es más que un pretexto para que se luzcan unos cuantos actores.

Si ha sido este, como yo creo, el propósito del Sr. Echaray, cumplidamente lo ha logrado. Jamás obra alguna ha sido mejor representada que *Mariana* en el teatro de la Comedia.

*
* *

La tragedia de D. Florencio Moreno Godino, titulada *Nerón*, estrenada recientemente en el teatro Español, demuestra lo estéril que es el intento de resucitar géneros literarios muertos y enterrados largo tiempo há. El autor de *Nerón* ha observado fielmente todas las reglas de la retórica: acción sencilla, acertada expresión de los afectos, vigor y verdad en algunos caracteres, intento de color local, y robustez y galanura en la versificación. A pesar de todas estas cualidades, la obra resulta lánguida, sin que logren darle animación, ni los gritos del Sr. Perrín, ni los sollozos de la señorita Contreras, ni los lamentos del Sr. Vico.

Es aquella una historia que no nos interesa. Y hay razones para ello. En primer lugar, la figura de Nerón, salvo en lo que se refiere á la cobardía de sus últimos momentos, no se parece en poco ni en mucho al monstruo que pintaron Tácito y Suetonio y que la leyenda nos ha transmitido con colores espantables. Todos nos imaginos al hijo de Agripina, sanguinario, lascivo, feroz, gozándose con la muerte de sus maestros, asesinando á Lucano, reventando de una patada á Popea, envenenando á Británico, incendiando á Roma, exterminando á los cristianos, revolcándose en lecho de infamias, persiguiendo, ébrio de lujuria, á su propia madre, ordenando su muerte y recreándose en la contemplación de su desnudo y ensangrentado cadáver... Convertir á semejante ser en un padrazo tierno y cariñoso, ó en un amante rendido y complaciente, es, á la verdad, intento más que temerario.

Bien se me alcanza que en todo corazón, por corrompido que esté, hay siempre algún latido noble y bueno. El mismo Tácito, cuando refiere la noche en que debía morir Agripina, encuentra palabras para mostrarnos algo parecido al remordimiento en el alma del tirano; pero el público no entiende de estas cosas, y ve á Nerón siempre perverso, siempre infame, y le niega todo derecho á la bondad.

Pero no es esto sólo: el gusto moderno es tal, que quiere, por lo menos en la apariencia, perfecta verosimilitud. En este género trágico sólo podría interesarle, el autor que llevase al teatro procedimientos parecidos á los empleados por Flaubert en su *Salambó*, el que acertase á presentar las sociedades remotas, si no como fueron, por lo menos de una manera parecida á como lás pintan la historia y la tradición. Los personajes ideados por el poeta, aunque juran por los dioses y navegan en trirremes y hablan del Foro y del Senado, sólo tienen de romanos el nombre. Piensan, sienten y se expresan como nosotros, á tal extremo, que cambiando los trajes y alguna que otra alusión á las instituciones del siglo primero de Cristo, la tragedia del Sr. Moreno podría perfectamente desenvolverse en la época actual.

No quita lo dicho, para que reconozca yo que contiene *Nerón* bellezas de primer orden; la rápida enumeración que el protagonista hace en el momento mismo en que va á morir, de todo lo que para él constituye la vida, es un rasgo de inspiración verdadera que ya lo quisieran para sí los más aplaudidos y renombrados dramaturgos; también merece citarse el monólogo en que el hijo de Electra arranca la venda de sus ojos, y el tierno coloquio entre éste y la candorosa Flavia.

En resumen: *Nerón* es una obra que contiene grandes bellezas, que revela númen poético en su autor y envidiables condiciones dramáticas, pero que llega tarde. La generación que sentía esos dramas ya no existe, y los actores que hubieran podido prestarle alguna vida, no existen tampoco.

***

Otro drama ó comedia más interesante que *Nerón* se ha representado en ese escenario que se llama política, y en el cual hay tantas tramoyas y tantas intrigas como en los teatros de verdad. Uno de los primeros actores era, hasta hace unos pocos días, Don Francisco Silvela, quien en estos momentos se retira como Wamba á su monasterio de Pampliega, esperando, sin duda, á que vayan á sacarle de su voluntario retiro sus fieles admiradores. Pero el calculador ex-ministro, presintiendo acaso que se acercaba para él la hora de abandonar las pompas y vanidades de la vida pública, ha querido dejarnos por vía de testamento la colección completa de sus discursos pronunciados en el espacio de tiempo comprendido entre los años 1885 y 1890. Debe advertirse—si hemos de dar crédito á lo que dice la portada—que dichos discursos publícanlos algunos

correligionarios, sin duda, del autor.

Sucede con esta clase de trabajos, cuando no son hijos de la verdadera elocuencia y sí sólo disertaciones ó pláticas más ó menos habilidosas sobre cuestiones muchas veces personales, y, por consiguiente, baladíes, lo que con los artículos de periódico. Leídos éstos en momentos de pasión, y cuando tanto el que los escribe como el que los lee respiran el mismo ambiente y están sometidos á idénticas ó semejantes influencias, los diputamos por excelentes; pero pasa el tiempo, registramos la necrópolis de las colecciones pasadas, y al volver á echar los ojos á aquel artículo que un día aplaudimos con entusiasmo, exclamamos: ¡Y este es el trabajo que nos produjo tanta admiración, y que casi, ó sin casi, echó á rodar un ministerio!

Algo de esto acontece con los discursos del Sr. Silvela. Cuando en momentos de efervescencia se le ha visto levantarse en el Congreso y amargar con aceradas alusiones á su contrario ó pincharle en su amor propio, sus oraciones no habrán parecido modelos de oratoria parlamentaria, pero sí han sido reputadas como hábiles, intencionadas y crueles, cualidades todas estas que, aunque no las juzgo envidiables, tienen, á lo que se ve, gran valor entre la gente que á la cosa pública se dedica. Hoy, al leer tales discursos faltos ya del calor de la oportunidad, resultan—justo es decirlo—bastante inferiores á lo que en un principio parecieron.

Puede comprobarse lo que acabo de decir con la lectura del celebradísimo discurso que el Sr. Silvela pronunció contra el Sr. Romero Robledo en la sesión del 4 de Enero de 1886. Abundan en él los alfilerazos, las burlas, los sarcasmos envueltos en frases melosas y atildadas. La intención que los dictó pudo ser grande; pero, en rigor, y por fortuna, las heridas que semejantes pinchazos causaron fueron insignificantes. Porque, dígase lo que se quiera, tales artificios podran molestar y mortificar, pero carecen de vigor para causar heridas profundas y mortales; esas grandes victorias de la palabra que anulan y destruyen al contrario no se obtienen con sutiles ingeniosidades ni epigramas más ó menos jocosos; para conseguir esos triunfos hay que ser un orador de verdadero empuje, no un hábil confeccionador de frases.

Esta es la especialidad del Sr. Silvela: la frase, el arte de elegir la palabra más cáustica, el término más incisivo; de aquí cierta premiosidad de palabra y de pensamiento. El orador parece que anda dando vueltas alrededor de la misma idea que insiste demasiado sobre un punto insignificante, todo ello para dar con la palabra buscada, y una vez hallada, para descargar el golpe, no muy fuerte, no muy hondo, pero si certero y doloroso.

Léase, en prueba de ello, el discurso que pronunció el Sr. Silvela en Enero de 1888, y en él las alusiones á D. Venancio González, así como en la rectificación las aceradas palabras con que hubo de contestar al hijo de aquél, don Alfonso, que salió gallarda y elocuentemente á la defensa de su padre.

En otros discursos, como los que pronunció en defensa del Jurado, en apoyo de una enmienda sobre prórrogas de los tratados de comercio, sobre reformas y mejoramiento de la administración y acerca del Código civil, el expolítico liberal-conservador se eleva sobre aquellas pequeñeces, que son, sin embargo, su especialidad, y acierta á exponer con claridad y lucidez las cuestiones importantes del derecho; entonces su oratoria, sin ser brillante, sin conseguir nunca dar á los pensamientos el relieve y la altura propios de los grandes discursos en que tan fecundo es nuestro Congreso, tiene las condiciones más didácticas que artísticas propias de la oratoria forense. Pero ni en los discursos de carácter puramente político, ni en los que más ó menos se relacionan con las cuestiones administrativas ó de derecho, aparece el Sr. Silvela como un

orador de primera fila. Falta siempre en ellos la inspiración, el entusiasmo, la grandeza, y abundan con exceso la habilidad, el ingenio, la intención, más propia de los sueltos de periódico que de la seriedad de los grandes debates.

El público le oye con interés, sobre todo cuando el orador se ocupa de personalidades, porque siempre agrada todo lo que significa daño para alguien; pero jamás la palabra fría y poco atractiva del Sr. Silvela ha causado en el auditorio otros movimientos que el de la sonrisa.

Su oratoria, dicen los que le elogian, se parece á la esgrima del florete... ¡Triste elogio! ¡La palabra, el don más grande que de Dios hemos recibido, convertida en pincho!... Si esto fuese el ideal de la elocuencia, entonces sí que deberíamos proscribirla, como la proscribían los espartanos de su ciudad.

Débese, sin embargo, reconocer que casi siempre su palabra se ajusta á su pensamiento, que dice lo que quiere y que posee gran fuerza dialéctica y arte poco comunes para enlazar sistemáticamente las diferentes partes del discurso; sus oraciones nada brillantes, faltas de calor, desprovistas de toda pasión y entusiasmo, son siempre proporcionadas y por decirlo así orgánicas, esto es, cada una de ellas forma un todo completo.

El Sr. Silvela parece resuelto á retirarse á la vida privada. Ignoro, y en rigor poco me importa, lo que con ello pueda ganar ó perder la política.

Lo que sí aseguro es que si con su retirada pierde el Parlamento un hábil polemista, un frío y sagaz ingenio, un orador hábil para desvirtuar el efecto de los discursos apasionados y entusiastas de los adversarios, en cambio la elocuencia hermosa, esa que hace triunfar las grandes ideas y que graba de cuando en cuando una fecha feliz en la historia de las conquistas del pensamiento, esa elocuencia, digo, de los Castelares, de los Cánovas, de los Salmerones, de los Aparisi... esa pierde poca cosa con el voluntario apartamiento del ex-ministro ex-canovista.

Francisco F. Villegas.

ÍNDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN «LA ESPAÑA MODERNA» DURANTE EL AÑO 1892

Acosta de Samper (Soledad).—La mujer española en Santafé de Bogotá. Abril, pág. 161.

Alcover (Juan).—El pintor de Corinto (poesía). Mayo, pág. 179.

Altamira (Rafael).—El movimiento pedagógico en España, Diciembre, página 142.

Anónimo.—Libros. Mayo, pág. 207, Junio, pág. 202.—El libro del Sr. Castelar. Octubre, pág. 207.

Asenjo Barbieri (Francisco).—La música de la lengua castellana. Abril, página 146.

Asensio (José María).—La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón en su primer viaje. Febrero, pág. 157.—Martín Alonso Pinzón. Mayo, página 142; Junio, pág. 144; Julio pág. 112.—La leyenda colombina. Julio, página 127.

Balzac (H. de).—El Verdugo. Diciembre, pág. 5.

Banville (Teodoro de).—Madama Josse. Julio, pág. 101.

Barbey d'Aurevilly (J.).—El Dandismo y Jorge Brummell. Enero, pág, 97; Febrero, pág. 97.

Barrantes (Vicente).—Sección hispano-ultramarina. Octubre, pág. 159; Diciembre, pág. 181.

Benavente (J.).—Ibsen. Febrero, pág. 201.

Bourget (Pablo).—Barbey d'Aurevilly. Enero, pág. 187.—Un jugador. Marzo, pág. 81.—Retrato de un humilde. Agosto, pág. 171.

Campoamor (Ramón de).—Humoradas. Enero, pág. 132.—Doloras y humoradas. Junio, pág. 172.—La Cantinera. Diciembre, pág. 163.

Carducci.—Virgilio (soneto). Julio, pág. 100.

Caro (E.).—Las miserias de un dios en el siglo XIX. Julio, pág. 148; Agosto, pág. 37.—El pesimismo en el siglo XIX. Octubre, pág. 138; Noviembre, pág. 154; Diciembre, pág. 76.

Castelar (Emilio).—Crónica internacional.—Enero, pág. 155; Febrero, página 174; Marzo, pág. 174; Abril, pág. 181; Mayo, pág. 193; Junio, página 179; Agosto, pág. 186; Setiembre, pág. 187; Octubre, pág. 179; Noviembre, pág. 184; Diciembre, pág. 188.

Castro (Adolfo de).—Cádiz y la primera expedición de Colón. Enero, página 133.—De la esclavitud en España. Febrero, pág. 128.—Algo sobre las cuestiones acerca del primer viaje de Colón. Marzo, pág. 136.
Coppée (Francisco).—El pedazo de pan (cuento). Enero, pág. 116.—El guardabarrera (cuento). Mayo, pág. 129.—Muerte voluntaria. Diciembre, página 55.
Cherbuliez (Víctor).—El rey Apepí, Julio, pág. 31.—Eduardo el guapo. Agosto, pág. 5.
Daudet (Alfonso).—La partida de billar. Enero, pág. 92.—Las madres (recuerdos del sitio de París). Febrero, pág. 123.—El sitio de Berlín. Marzo, pág. 114.—Las tres misas rezadas. Abril, pág. 38.—Un condecorado. Mayo, pág. 136.—El mal zuavo. Junio, pág. 126.—El prusiano de Belisario. Julio, pág. 107.—Las emociones de un perdigón rojo. Octubre, página 87.—El emperador ciego, ó viaje á Baviera en busca de una tragedia japonesa. Diciembre, pág. 62.
Ex-ministro (Un).—Revista económica. Enero, pág. 168; Marzo, pág. 198; Abril, pág. 201; Junio, pág. 197; Octubre, pág. 201.
Fernández Duro (Cesáreo).—Concepto colombino. Marzo, pág. 166.—Reseña crítica del Centenario. Abril, pág. 170; Mayo, pág. 183; Junio, página 133; Julio, pág. 189; Agosto, pág. 175; Setiembre, pág. 175; Octubre, pág. 165; Noviembre, pág. 170; Diciembre, pág. 165.
Flores (Julio).—El último sueño (poesía). Octubre, pág. 136.
Gay (Sofía).—El salón de la baronesa de Staël. Junio, pág. 109.—El salón de la emperatriz Josefina. Setiembre, pág. 166; Octubre, pág. 93.—Un salón en el mes de Diciembre. Noviembre, pág. 146.
Goncourt (Edmundo de).—Querida (novela). Enero, pág. 49; Febrero, página 45; Marzo, pág. 5.
Guimerá (Angel).—Ultratumba (poesía). Abril, pág. 144.
Heine (Enrique).—Memorias de mi juventud. Agosto, pág. 73.
Hugo (Víctor).—Llamando á una puerta (poesía). Junio, pág. 131.
Ibsen (Enrique).—Casa de muñeca (drama). Agosto, pág. 131; Setiembre. página 150 — Los aparecidos (drama). Octubre, pág. 18.—Hedda Gabler, (drama). Noviembre, pág. 51.
Laverde Amaya (Isidoro).—La literatura colombiana. Octubre, pág. 124.
Longfellow (N. W.).—A Alfredo Tennyson (soneto). Agosto, pág. 207.
Loti (Pedro).—El hospital de Pen-Bron. Setiembre, pág. 96.—Un animal sarnoso. Diciembre, pág. 43.
Maupassant (G. de).—Pierrot. Noviembre, pág. 141.
Mélida (José Ramón).—La arqueología y las artes plásticas en el teatro. Marzo, pág. 151.
Menéndez y Pelayo (Marcelino).—La música de la lengua castellana. Mayo, pág. 167.
Merimée (Próspero).—La toma del reducto. Junio, pág. 121.—Mateo Falcone. Diciembre, pág. 15.
Moltke (General conde de).—La guerra franco-prusiana. Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5.
Mouton (Eugenio).—El Libro japonés. Diciembre, pág. 27.
Musset (Alfredo de).—Rola (poema). Julio, pág. 158.
Obligado (Rafael).—Los Horneros (poesía).—Febrero, pág. 150.
Ossorio y Bernard (Manuel).—Apuntes para un diccionario de escritoras americanas del siglo XIX. Enero, pág. 196; Febrero, pág. 166.
Oyuela (Calixto).—Noche de luna (poesía). Marzo, pág. 164.

Palma (Ricardo).—Filigranas (poesías). Noviembre, pág. 169.
Pardo Bazán (Emilia).—Teoría del consuelo. Enero, pág. 123.
Passarge (L).—Enrique Ibsen. Agosto, pág. 121.
Petrarca.—El aislamiento (soneto). Setiembre, pág. 165.
Richepin (Juan).—El Babieca de la señá Antoñica. Diciembre, pág. 47.
Rivas Frade (Francisco).—Diamantes (poesía). Abril, pág. 169.
Sainte-Beuve.—Madame de Staël. Setiembre, pág. 103.
Shakespeare.—Día y noche (soneto). Agosto, pág. 185.—Amor verdadero (soneto). Diciembre, pág. 26.
Stuart Mill (John).—Mis memorias, historia de mi vida y de mis ideas. Marzo, pág. 121; Abril, pág. 46; Mayo, pág. 22.
Sully Prudhomme.—El viento (soneto). Junio, pág. 81.—Los venideros (soneto). Julio, pág. 111.—La copa (soneto). Octubre, pág. 92.
Tolstoy (Conde León).—Una corta en el bosque. Marzo, pág. 45. La muerte de Nicolai Levine. Abril, pág. 30.—El Sitio de Sebastopol. Junio, pág. 5; Julio, pág. 5.—Iván el imbécil (cuento popular). Setiembre, pág. 5.—El primer fabricante de aguardiente.—Los tres Staretzi.—Dios está donde hay amor. Octubre, pág. 66.—Miguel. Noviembre, pág. 5.—Los dos ancianos. Noviembre, pág. 27.—Malachka y Akulina. Diciembre, página 52.
Turguenef (Iván).—Toc... toc... toc... Marzo, pág. 91.—Historia del teniente Yergunof. Abril, pág. 5.—Extraña historia. Mayo, pág. 5.—El Rey Lear de la Estepa. Setiembre, pág. 30.—Se oye ruido (novela). Octubre, pág. 5.—Un desesperado. Noviembre, pág. 112.
Verga (Juan).—Cavallería rusticana. Noviembre, pág. 135.
Villegas (Francisco F.).—Impresiones literarias. Enero, pág. 176; Febrero, página 190; Marzo, pág. 191; Abril, pág. 193; Mayo, pág. 202; Junio, página 190; Julio, pág. 200; Agosto, pág. 200; Setiembre, pág. 199; Octubre, pág. 192; Noviembre, pág. 200; Diciembre, pág. 197.
Wagner (Ricardo).—Recuerdos de mi vida. Enero, pág. 73.
Zola (Emilio).—Carta á la juventud. Abril, pág. 117.—Una gran figura literaria. Mayo, pág. 92.—El naturalismo en el teatro. Junio, pág. 82.

ÍNDICE

Páginas.

El Verdugo, por H. de Balzac 5
Mateo Falcone, por Próspero Merimée 15
Amor verdadero (poesía), por Shakespeare 26
El Libro japonés, por Eugenio Moutón (Merinos) 27
Un animal sarnaso, por Pedro Loti 43
El Babieca de la Señá Antoñica, por Juan Richepin 47
Malachka y Akulina, por el Conde León Tolstoy 52
Muerte voluntaria, por Francisco Coppée 55
El Emperador ciego, por A. Daudet 62
El pesimismo en el siglo XIX (conclusión), por E. Caro 76
El Movimiento pedagógico en España, por R. Altamira 142
La Cantinera (dolora), por Ramón de Campoamor 163
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro 165
Sección ultramarina, por Vicente Barrantes 181
Crónica internacional, por Emilio Castelar 188
Impresiones literarias, por Francisco P. Villegas 197
Indice, por orden alfabético de autores, de los artículos publicados en La España Moderna durante el año 1892 205

AP
60
E8
año 4
no.46-48

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY